SONIA PUENTE

MI PEQUEÑO MUNDO

Contents

Título
Copyright
SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA
REFERENCIAS MUSICALES

Mi Pequeño Mundo

Sonia Puente

Título original: Mi Pequeño Mundo
Autora: © Sonia Puente
Primera edición:
Diseño de portada: Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com
Correctora: Elisa Mayo • elisamayoescritora@gmail.com
Maquetación: Roma García • romagcia@gmail.com
Aviso legal: Reservados todos los derechos. Queda prohibido reproducir el contenido de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Todos los personajes, escenarios, eventos o sucesos de esta obra son ficticios, producto de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

SINOPSIS

Bienvenidos al mundo de Sophie y Jorge.

Ella, treinta años, con el corazón herido por la maldad de su hermana y huyendo del control de su madre. Acaba en Madrid donde, gracias a la ayuda económica de su padre, abre un BookCafé y comienza una nueva vida. Se tropieza con Tamara, Tammy para los amigos; una loca amiga y compañera de piso. Con Cloe, una dulce pequeña, que le tiene robado el corazón, y su casera, Juana, que es un gran apoyo para ellas.

Él, bombero de treinta y tres años, ejerce de padre en solitario por el abandono de la madre de su hijo Pol; un pequeño encantador de serpientes que lleva locos a su padre, su abuelo Eduardo, bombero retirado, y a Dani, un policía, gran amigo de Jorge.

Un cambio de piso precipitado y un reencuentro con el pasado serán la causa de que ellos las conozcan a ellas.

Amor, erotismo y acción es lo que vas a encontrar en esta intensa, alocada y apasionante historia.

CAPÍTULO 1

Sophie

—Sophie, Sophie… —Aquí viene la niña de mis ojos, mi pequeña princesa; si es que es preciosa, con esos ojos de niña buena y ese pelo tan largo color caramelo. Pero no os engañéis, es una pequeña bruja como su madre.

—Hola, mi princesa, ¿cómo estás? —le contesto, una vez me alcanza y se tira a mis brazos. A lo lejos veo a Tammy, su madre, que viene hacia mí con una sonrisa. ¡Uy, qué peligro tienen estas dos!

Tamara o Tammy, como yo la llamo, es mi compañera de apartamento; la tía más loca que te puedas encontrar, mi amiga y mi alma gemela, esa que siempre está ahí para todo.

La que siempre se lleva a todos los tíos de calle; con su metro sesenta y cinco, pelo oscuro, piel morena y esos ojazos azules que dejan a los hombres tiesos. Pero, sobre todo, una sonrisa infinita. Esa es Tammy, lo opuesto a mí. Pero ahora ya no puedo vivir sin ella y sin Cloe, mi princesa.

—¿Qué pasa, cerebrito? ¿Ya has acabado de mover tu masa viscosa? —me dice Tammy, y la oigo reír.

—¡Serás tonta! —le digo, mientras le tapo los oídos a Cloe para que no me oiga insultar a su madre.

—Venimos a recogerte, tita Sophie —me dice Cloe—. ¿Sabes que vamos a tener nuevos vecinos?

—Sí, princesa, Juana me lo dijo el otro día. Al parecer, es el hijo de un amigo de hace años. Lo han echado de su anterior piso, quieren reformarlo, o algo así, ¿ya lo habéis conocido? —pregunto, mirando a ambas.

—No. Bueno, hemos visto movimiento, ya están descargando cosas, pero hay varias personas y no sabemos quién es —me dice Tammy.

—También hay un niño —comenta Cloe con mucho interés en sus ojos. Si es que esta va a ser como su madre, se los va a llevar a todos de calle, y ella encantada.

—Venga, vamos, que no nos va a dar tiempo de hacer las galletas —le digo a Cloe.

—¡*Yupi*, tita! Pues vamos, vamos… –Y la vemos desaparecer corriendo.

Vivimos en la calle peatonal de un barrio tranquilo con poco tránsito de coches. El edificio es de Juana. Su fachada es antigua; consta de cinco alturas, con la entrada. Lo ha heredado de sus abuelos, pero está todo rehabilitado. Ella vive en el ático.

Juana es una mujer que está fantástica, ya quisiera yo estar así de estupenda cuando tenga su edad. Es como nuestra madre desde que llegamos hace siete años. Es fabulosa y todo corazón, ha estado ahí siempre y nos apoyó al cien por cien cuando Tammy decidió tener a su hija, aunque no hubiera padre de por medio, que huyó despavorido cuando supo que sus renacuajos habían hecho diana. Creo que desapareció del país como un cobarde.

—Chica, no sé quién será nuestro nuevo vecino, pero hay una colección de machos ibéricos descargando cajas, que es para flipar. ¿Qué te parece si en vez de hacer galletas los ayudamos secándoles ese sudor que seguro les resbala por…?

—Para, loca, que te veo venir —corto a Tammy. Esta cuando se emociona no hay quien la pare—. Le prometí a Cloe hacer galletas y no pienso faltar a mi palabra por culpa de unos hombres, son todos iguales.

—Ay, niña que insulsa eres, jolín —me dice, poniendo morritos—. Algún día tendrás que superarlo, no todos son iguales que tu ex. Mírame a mí; me dejan tirada con el bombo y todavía estoy convencida de que voy a encontrar a alguien que me haga feliz, a mí y a Cloe.

—Muchas *pelis* de princesas ves tú, *lady* Tamara… —le digo, sonriendo; pero estoy convencida de que así será, o eso quiero creer, que, aunque yo no lo pueda ser nunca, ellas serán felices y comerán perdices y todas esas cosas, con algún macho ibérico de esos que comenta.

Y, ahora, os preguntaréis, ¿por qué no puedo ser feliz?

Pues, ¿qué pensaríais vosotros si, después de dos años con Mark (así se llama el susodicho), todo un triunfador, metro ochenta y cinco, morenazo, ojos azules, su barbita de tres días y un cuerpo espectacular; de esos novios que piensas que son para toda la vida y haces planes de futuro con él… resulta que, a falta de unos meses para ser su esposa, me empieza a mentir y a dar largas para no quedar conmigo y, un día, me lo encuentro en mi cama, nada más y nada menos que con mi querida hermana mayor Jana? ¿No pensaríais como yo? Pues eso.

—Hola, mis niñas. Cuidado, no tropecéis con alguna cosa, que Jorge tiene que guardar todavía… —nos dice Juana con su perpetua sonrisa.

—No sabes tú nada, mi Juana. Aquí, dirigiendo el tráfico, que aburrimiento,

¿verdad? Viendo pasar a todos estos hombres, cargados con cajas —dice Tammy en voz baja para que solo la oigamos nosotras.

—No tienes remedio, eres un bicho, pero es verdad que el panorama no es del todo malo, ¿qué dices tú, Sophie? —pregunta Juana.

—Sois unas liantas, las dos —les reprocho, señalándolas con el dedo, y en ese momento pasa por nuestro lado alguien parecido a *Thor*—. ¡Oh! Pues, la verdad… —sin palabras me he quedado, y oigo que se ríen como locas.

—Por cierto, ¿dónde está la loquita de mi hija?

—Han subido a vuestro piso, les he abierto la puerta.

—¿*Han*, en plural? Dios mío, ¿ya se ha ligado a algún machote, antes que yo? —dice Tammy, dando media vuelta para subir las escaleras, con cara de pena.

—No tiene solución... —Oigo que ríe Juana. La verdad es que Tammy no tiene solución, pero la queremos con locura—. Ha subido con Pol, es el hijo de Jorge, no te importa que se quede con vosotras a hacer galletas, ¿verdad? Eres un sol mi niña —dice Juana, sin darme opción a abrir la boca. Le doy un beso en la mejilla y, con una mueca, subo para casa.

***

Nunca pensé, hace casi siete años, cuando hui de New York, mi casa, que podría llegar a ser tan feliz en Madrid. Cuando me enteré de la traición y cuernos de alce, de Mark y mi hermana, quise poner tierra de por medio.

Ese motivo fue la gota que colmó el vaso, yo ya no era feliz. Vengo de una familia con bastante poder adquisitivo; mi padre es americano y propietario de una famosa marca de ropa deportiva, vaya, que jamás de los jamases, nos faltó de nada, tangible, claro está. Mi madre es española, de ahí que hable perfectamente el idioma. Es una mujer absorbente y prejuiciosa que siempre está donde debe, independientemente de si es lo que quiere o no; en este mundo, las apariencias lo son todo, ya os lo imagináis. Resumiendo; no podíamos hacer nada que no estuviese estipulado por nuestra encantadora madre. Digo *podíamos* porque somos tres hermanos; Jana es la mayor, de ella no quiero hablar, después, estoy yo y, por último, el niño de mis ojos, Nico.

Ay, Nico… es todo un personaje y fue el más valiente de todos al liarse la manta a la cabeza y hacer lo que le da la real gana, literalmente, y lleva a mi madre por el camino de la amargura. Tiene veintiocho años y con las hormonas a flor de piel; músico, toca la guitarra eléctrica en un grupo de *rock*

o *heavy*, no sé, la verdad es que a mí me rallan un poco la cabeza. Su cuerpo parece un lienzo, lleva el pelo corto por los lados y, en la parte de arriba, un tupe; ojos azules y sonrisa perpetua, porque es feliz.

Y la segunda en hacer lo que le da la gana soy yo, harta de tanta hipocresía y un mundo de mentiras, fingiendo caras todo el día por *el que dirán*. Tanto mi hermano como yo tuvimos suerte con nuestro padre, la verdad, siempre estaba trabajando, pero nunca nos negó una charla para escuchar nuestras inquietudes; por eso, cuando le dije que no quería hacerme cargo del legado familiar, sino tener un BookCafé, me ayudó económicamente para poder empezar.

Así nació *Mi pequeño mundo*. Es mi gran proyecto profesional, uno de esos objetivos que una tiene en la vida, que te llenan y te hacen feliz. Adentrarse en el local, es poder disfrutar de la experiencia de leer o comprar un buen libro, tomándose un café, té o, incluso, pastas y pasteles. Poco después de nacer Cloe, decidí hacer obras, y adaptar una parte para los más pequeños; de ese modo, padres e hijos pueden gozar conjuntamente de lo maravillosa que es la lectura.

Este es mi mundo desde hace siete años, donde estoy rodeada de personas fabulosas, hago lo que quiero y soy feliz; aunque siempre hay gente envidiosa que no soporta la felicidad de los otros.

—Tita, tita, corre… que ya tenemos todo preparado —me dice Cloe, mientras viene hacia mí con una *cosita* rubia que corre detrás de ella. ¡Oh, Dios! ¡Creo que me he enamorado!

—Venga, vamos a por esas galletas, churri. Pero antes, ¿no me vas a presentar a tu amigo?

—No soy su amigo, nos acabamos de conocer y todavía no podemos ser amigos —contesta el pequeño. Parece tener cuatro o cinco añitos, rubio, con cara de pillín… Qué renacuajo más guapo.

—Pues, tienes razón —le contesto—. Iremos poco a poco. Me llamo Sophie y soy la tía de Cloe. —Le tiendo la mano, como si fuera mayor.

—Yo soy Pol, y soy el nuevo vecino con mi papá, Jorge. Es bombero, ¿sabes? —dice el pequeño muy resuelto y poniendo cara de «aquí estoy yo».

—Encantada, Pol, *hijo del bombero* —Levanto la cabeza y veo a Tammy, apoyada en la puerta, muerta de risa. ¿Será posible que hasta con los niños del sexo opuesto me cueste entenderme?

—Hechas las presentaciones correspondientes, ¿qué os parece si nos ponemos con las galletas? No nos va a dar tiempo, y mañana hay cole —dice Tammy, con su cara de madre sabelotodo.

Y así, conectando, primero, nuestro ordenador con la lista de música, empezamos nuestra tarea de pastelería.

Jorge

—Vamos, tío, solo nos quedan unas cuantas cajas —le digo a Dani, que me mira resignado. Los demás ya se han ido, así que estamos solos.

—Joder, estoy muerto. Ya estás llamando a tu padre para que haga de niñero el fin de semana que viene; me vas a invitar a unas birras, y a ver si *pillamos cacho*. Mi vida parece un pozo seco, colega —contesta con cara de pena.

—Tendrás queja. ¿Qué pasó con la rubia del viernes? ¿Te salió rana?

—Sí, algo parecido. Me salió una llamada del jefe para una redada de urgencia.

—¿Fue bien, al menos? —pregunto, ya que esas redadas son bastante peligrosas.

—Bueno, no mal del todo. Se nos escapó uno, pero logramos coger a los otros tres.

Dani es policía, concretamente inspector, y se le da bien. Es de los que se implican, quizá, demasiado.

Nos conocimos hace, más o menos, diez años. Éramos muy jóvenes y pardillos. Un día nos vimos envueltos en una pelea y cuando llegó la policía, los dos salimos por patas, juntos; casualidades de la vida. Él dice que fue el destino el que nos unió, tonterías de las suyas. Desde entonces, somos Zipi y Zape, a muerte los dos, pero diferentes en todo.

—Hola, chicos, ¿cómo lo lleváis? —pregunta Juana, la propietaria del edificio y, por lo visto, gran amiga de mi padre; cosa que nunca me había contado. Tengo que hablar muy seriamente con él. Nos ofrece unas cervezas fresquitas.

—Ay, doña Juana, es usted un ángel —dice Dani—. Un ángel muy…

—Y, tú, un zalamero, y te vas a llevar una colleja como vuelvas a tratarme de *doña* —lo interrumpe Juana, fingiéndose ofendida.

—No le haga caso, Juana, ya lo irá conociendo; perro ladrador… Por hoy, ya hemos acabado. Nos bebemos estas cervezas y vamos a buscar a Pol. Por cierto, muchas gracias, por todo.

La verdad es que Juana nos está ayudando mucho; parece una mujer estupenda y es muy guapa, se nota que hace las cosas de corazón.

—No es nada. Cuando quieras, subimos. Se ha quedado con Sophie, Tammy y Cloe, las vecinas. Son tres cielos, ya verás. Son como mis niñas, yo no pude

tener hijos, así que ellas son un trocito de mí. Son estupendas y muy guapas, por cierto.

—¿Y dónde dice que están esas monadas? Mire, estoy harto de cargar cajas y muebles, y una buena visión, ahora, no me iría nada mal… —pregunta Dani. Este chico va muy salido…

Dani es así, donde esté una mujer bonita, allí está él; hasta que le llegue la adecuada y acabe enamorado como un tonto, aunque él diga que eso nunca pasará. Solo espero que tenga más suerte que yo en ese aspecto.

Yo sí que me enamoré, como un tonto, de Clara. Éramos muy jóvenes, yo tenía veinticinco y ella solo veinte años. Fue en la fiesta de un amigo, y quedé prendado de ella nada más verla, de esa manera que, cuando la miras, solo piensas en que tiene que ser tuya. No era muy alta, metro sesenta y ocho, pelo largo y rubio como el trigo, ojos verdes y un cuerpo de infarto; imagino que seguirá igual, pues hace unos cuantos años que no la veo.

Supongo que tuve suerte, pues ella también se fijó en mí, fue todo un flechazo, por eso no fui capaz de ver cómo era en realidad. Es de una familia bien posicionada y siempre fue la niña consentida, de esas mujeres que tienen claro que, en la vida, lo que quieren es triunfar y ser importantes, a pesar de lo que dejen por el camino.

Cuando yo conseguí mi sueño, seguir los pasos de mi padre y ser bombero, a ella no le hizo mucha gracia y discutíamos muy a menudo, pero supongo que por comodidad siempre acabábamos juntos de nuevo. Hasta que un día tuvimos la *mala* suerte (para ella; buena para mí, pues no cambio a mi niño por nada del mundo), de encontrarnos con uno de esos preservativos que se rompen, y se quedó embarazada.

Yo sabía que éramos muy jóvenes, y fue todo un drama; fueron los peores meses de mi vida, cada día con la misma música. Que si, «ahora no podría hacer nada en la vida con un hijo», que «su perfecto cuerpo se iba a echar a perder». Así, mes tras mes, uno tras otro, hasta que llegó Pol, mi ángel. Cuatro meses después, Clara se dio cuenta, una mañana, después de dejar a Pol en la guardería, que ser madre la superaba, que ella todavía tenía que hacer muchas cosas, y nosotros estorbábamos para conseguir sus objetivos. Y, con un mensaje de móvil, me informó que se largaba y nos abandonaba. Sí, esa es la parte mala del amor, que no te deja ver de qué clase de personas te enamoras, aunque la gente que te rodea, como mi padre o Dani, me lo intentaran hacer ver en muchas ocasiones.

***

Por fin, habíamos acabado de guardar todas las cajas dentro del piso y nos habíamos bebido las cervezas, así que, fuimos en busca de Pol a casa de las vecinas.

—Juana, ¿le importaría acompañarme a recoger a Pol? Mañana hay colegio y no me gustaría que se acostara muy tarde.

—Claro, cariño. Vamos. —Los tres subimos el piso que nos separa del tercero, donde viven ellas.

La verdad es que siento curiosidad por ver cómo son. Juana dice que son muy guapas, así que, quizá, son chicas jóvenes, de nuestra edad.

Cuando llegamos a su rellano, Juana llama al timbre en dos ocasiones; en el interior se escucha música y está bastante alta. Dani y yo nos miramos, no entendemos nada.

—Creo que hemos llegado en la fase tres de hacer galletas —nos explica y se ríe al ver nuestra cara. Saca unas llaves para abrir la puerta—. Las chicas tienen cuatro fases para hacer las galletas —continúa—. La primera, preparar los ingredientes; la segunda, hacer la masa y al horno; la tercera, esperar a que se cocinen con la danza de las galletas; y la cuarta, adornarlas. Vais a flipar, como decís los jóvenes.

Flipar se queda corto, os cuento el panorama…

Al abrir la puerta, lo primero que siento es un olor a galletas que hace que mis tripas rugan y me pongo rojo de golpe, me recuerdan que hoy solo he comido un bocadillo. Lo segundo que ocurre es que la música suena cada vez más alta a medida que nos internamos en el piso. Normal que no nos escuchara nadie. De pronto noto una presión en el pecho. Juana mira a las chicas con una sonrisa y cara de orgullo, y Dani y yo, pues eso, se nos queda cara de tontos rematados. Muertos, así nos quedamos, viendo lo que tenemos delante.

La canción que suena es *Shape Of You,* de Ed Sheeran. Frente a nosotros tenemos, a la derecha, a una de las chicas; pelo negro, cuerpazo y piernas largas, un bombón en toda regla. Viste una camiseta larga hasta la rodilla (camisola, creo que la llaman), pero blanca, y el tanga negro debe de ser muy bonito, le debe de quedar de muerte, por lo que puedo percibir. Más o menos de nuestra edad o un poco más joven. En el medio, aparte de Pol, que se lo está pasando de muerte, hay una niña de unos seis años aproximadamente, con una mirada dulce y mucho arte bailando. A la izquierda, ella… con un pantalón muy corto y camiseta de tirantes, pelo negro y largo, recogido en una especie

de moño. Tiene pinta de medir cerca del metro setenta, parece un poco más alta que la otra chica, y también aparenta ser algo más joven que nosotros.

Todo un panorama. Pasito para un lado, ahora para el otro, que si movemos el culito para delante y para atrás… la verdad es que no lo hacen nada mal, y yo empiezo a notar cierta presión en una zona concreta de mis pantalones. El único que está un poco fuera de lugar es Pol, pobre, está alucinando; nunca ha visto tantas mujeres juntas y tan guapas, pues casi siempre está con mi padre, con Dani o conmigo. Dani, ese es otro. Se le cae la baba y ni siquiera pestañea. Y yo no me quedo atrás, claro. Cuando la canción acaba, Juana delata nuestra posición.

—Bravo, mis niñas. Cada vez lo hacéis mejor —dice orgullosa, mientras aplaude como una loca hasta que las chicas son conscientes de nuestra visita y se sonrojan como colegialas; no sé si de enfado o de vergüenza.

—Juana, ¿no sabes llamar antes de entrar? Jolín, qué vergüenza… —dice la que lleva la camisola.

—Pero Tammy, corazón, si hemos llamado dos veces; te lo pueden decir los chicos, ¿a que sí, chicos? —Nosotros solo somos capaces de mover la cabeza, afirmando.

—Perdón por molestar, venimos a buscar a mi hijo. Pol, cariño, recoge tus cosas que nos vamos, mañana hay que ir al cole. —No sé cómo, pero consigo que la voz me salga para llamar a mi hijo.

—*Jopelines*, papi… —refunfuña mi hijo. Y que conste que lo entiendo perfectamente, yo tampoco quiero irme.

—Por cierto, soy Jorge, el papá de Pol, y él es Daniel, un amigo —comento para romper el hielo.

—Para vosotras, mejor Dani, mucho gusto —apunta él, alargando la mano para saludar.

—Perdón, qué mal educadas somos. No esperábamos visita —contesta la del pantalón, mirando a Juana con cara de «te vas a enterar cuando estemos solas»—. Perdonad por las pintas.

—No hay problema, la verdad es que la visión es estupenda —comenta Dani, mordiéndose el labio. Observo que con su mirada repasa a la chica de la camisola de arriba a abajo.

—Yo soy Sophie, y ella es mi amiga Tamara; Tammy para los amigos. Y esta pequeñaja es Cloe —se presenta la chica del pantalón corto, mientras estrecha nuestras manos y nos mira a los ojos.

Es una mujer preciosa. De cerca se puede apreciar mucho mejor su belleza.

Ojos color chocolate, grandes, muy expresivos y unos labios carnosos, de esos que te incitan a probar. No es española, lo digo por ese acento tan *sexy* que tiene al hablar. No sé si pasan segundos o minutos cuando mi hijo me saca de mis pensamientos.

—Papi, ya estoy. ¿Crees que podré venir otro día a hacer galletas? —pregunta mi pequeño con cara de súplica. No sabe nada, el colega…

—Eso habrá que preguntárselo a las chicas, ¿no crees? —le digo, mientras miro a Sophie.

—¿Puedo, puedo…? Me voy a portar súper bien, lo prometo.

—Claro que sí, cielo. Otro día le dices a papi que te traiga y haremos un pastel —contesta Sophie con una sonrisa.

—Tita, también podría venir a la noche de palomitas y peli, ¿no? —apunta la pequeña Cloe.

—Poco a poco, princesa. Ya iremos viendo, ¿sí? —comenta Sophie a los pequeños.

—Bueno, chicas, ya no molestamos más, y muchas gracias por quedaros un ratito con este diablillo. Ha sido un placer conoceros, y perdonad la intromisión. Nos vemos en otro momento.

Doy media vuelta y salgo por la puerta con mi hijo delante. Me sigue Juana, y cuando creo que Dani viene detrás, lo oigo decir:

—Chicas, el viernes he quedado con este explotador de amigos, para que me devuelva el favor. Cena y cervezas, ¿os apuntáis? —La madre que lo parió, este no pierde baza.

—Por mí bien, buscaré a alguien que se quede con Cloe y me apunto —contesta Tammy, mientras le hace ojitos. Creo que estos dos son tal para cual.

—Dani, colega, todavía no sé si mi padre puede quedarse a Pol y tú ya haces planes.

—No te preocupes, Jorge, si Eduardo no puede, yo me quedo con los dos —dice Juana, como si tal cosa—. ¿Verdad, Pol? Si el yayo no puede, te quedas con Cloe y conmigo.

Los cuatro adultos la miramos como si le hubiera salido otra cabeza; no por el hecho de querer quedarse con los niños, lo cual me parece todo un detalle, sino por la confianza de llamar a mi padre por su nombre. Estos dos se traen algo entre manos, y tengo que averiguarlo.

—Con que Eduardo, ¿eh? Qué confianzas y qué calladito te lo tenías. Así que conoces al padre de Jorge —dice Tammy, con cara de diablillo y una sonrisa que hace que se le marquen unos hoyuelos preciosos, y dejan a Dani en

estado de *shock*.

—Pues sí, bonita. Nos conocimos hace muchos años. ¿Qué os pensáis? Que yo no tengo vida, ¿o qué? La pena es no tener treinta años menos, si no, os ibais a enterar. Y hasta ahí puedo leer. —Nos mira a los cuatro y se queda tan ancha—. Me recojo, que mañana madrugo. Y lo dicho, si necesitáis que me quede con los niños ya sabéis a qué puerta llamar. Hasta mañana.

—Hasta mañana —contestamos todos a la vez.

La vemos marchar hacia su piso, mientras deja una estela de misterio que nos mantiene a todos en silencio un rato, cada cual sumido en sus pensamientos.

—Entonces, chicas, ¿os animáis? —Dani rompe el momento—. Venga, seguro que lo pasamos genial. Por lo menos nosotros, así nos despejamos de esta pesadilla de mudanza. Estos dos tienen más trastos que un domingo en el rastro.

—Vale. Estamos en contacto y quedamos en hora y lugar —responde Sophie.

Y así, como quien no quiere la cosa, mi querido Daniel consigue, no solo, que quedemos con mis preciosas vecinas el mismo día que nos conocemos, sino también sus números de teléfono. Es todo un *crack*, ¿verdad?

—Tío, eres lo más. No me puedo creer que las acabemos de conocer y ya quedes para cenar con ellas, pero ¿cómo lo haces? —le comento en un susurro, ya que Pol va delante de nosotros.

—Hay que saber. Uno que tiene su encanto, pero vamos, que yo no dejo escapar a Tamara, ni loco. Pero ¿tú has visto qué pedazo de vecinas? Creo que me voy a venir a vivir aquí contigo, te sobra una habitación, ¿verdad? —dice muy decidido, al entrar por la puerta.

Una vez en el salón, me doy cuenta de que nos queda muchísima faena por hacer. El piso está lleno de cajas por todas partes, y todavía me queda por comprar algún mueble, sobre todo, para la habitación de Pol. Le prometí una habitación nueva.

—¿Sabes qué? —dice mi amigo, al ver el desorden y el jaleo que hay en el piso—. Casi prefiero vivir en mi piso y, en todo, vengo a verte más a menudo, ¿te parece?

Y así acabamos un día durísimo, eso sí, con una sonrisa en la cara.

Me meto en la cama, mientras Pol ya duerme a mi lado. Va a ser difícil conciliar el sueño, cada vez que intento cerrar los párpados, la veo a ella; esos ojos, esa boca…

CAPÍTULO 2

Sophie

Esto no es normal, no pueden existir hombres así; los dos son muy guapos, pero Jorge, con esa mirada verde esmeralda que me deja cautivada, y ese rictus tan serio que parece que nunca se va a reír.

Y su cuerpo… cómo se nota que es bombero. Me gustaría poner las manos debajo de la camiseta que llevaba, donde se le marcaban todos los músculos. Va a ser difícil resistirse a este hombre, mis bragas se han ido volando al verlo.

No estaría mal para una noche loca, aunque seguro que es de esos hombres atentos que te preparan el café por las mañanas. Pero ¿qué me pasa? ¿Me he vuelto loca?

—A ver, Sophie, no pienses cosas que no pueden ser, acuérdate de lo mal que lo pasaste en su momento —me digo a mi misma, en voz baja, más que nada, para ser consciente de lo que pienso.

—Florecilla. —Oigo a Tammy detrás de la puerta de mi habitación—. ¿Puedo pasar?

—Claro que sí.

—¿Estás bien? No has dicho nada desde que los vecinos se han ido. —Me mira preocupada—. Ya sé que impresionan. ¡Madre mía!, vaya hombretones, *my love*. Con estos, sí que me iba yo al fin del mundo, sobre todo con Daniel. Me encantan sus ojos, y esa pinta de chico malo, me pierde. Seguro que es un dios en la cama, ya te lo contaré.

—Se nota que no tienes abuela, petarda —digo, mientras pongo los ojos en blanco—. Sí, estoy bien. Me he quedado muy cortada de que nos pillaran mientras estábamos bailando y con estas pintas. Ya le vale a Juana. Es que a mí se me ve todo, no dejo mucho a la imaginación.

—¿Y qué, Sophie? No pasa nada. Se lo hemos hecho pasar genial y se han recreado la vista. Y qué vistas, ¿verdad? —lo dice contorneándose de forma *sexy*. No tiene remedio.

—Sí, seguro que se han ido encantados. Pero ¿cómo los miro yo ahora a la cara?

—Pues míralos a otro sitio, tonta.

Nos ponemos a reír como locas. Eso tiene Tammy, me encuentre en el estado en el que me encuentre, siempre consigue sacarme una sonrisa. Al final, vamos a despertar a Cloe con nuestras risas…

***

Me cago en el despertador. Lo odio, sobre todo cuando casi no he pegado ojo. He pasado gran parte de la noche con la visión del rostro de Jorge en mis sueños. ¡Qué tendrá ese hombre que me quita hasta el descanso! Nunca me ha pasado nada igual, ni siquiera con Mark me ocurrió algo parecido. Con él siempre fue muy fácil. Me gustas, te gusto; nos entendemos y estamos cómodos el uno con el otro y, sobre todo, tenía el visto bueno de mi madre, parte primordial. Pero con Jorge es distinto, nos conocemos desde hace unas horas. ¿Cómo es posible? Ni siquiera hemos mantenido una conversación, ni ningún tipo de intimidad para que pudiera impactar tanto en mi persona como lo ha hecho.

Resignada, me levanto de la cama para prepararme e irme a la ducha. Antes, elijo la ropa para ir a trabajar. Siempre intento ir cómoda, pues allí estamos muchas horas de pie. Escojo unos vaqueros *pitillo* con una camiseta rosa básica y mis Converse negras. Cuando salgo hacia la cocina, huele a café. Tammy y Cloe ya están sentadas a la mesa, con su desayuno.

—Buenos días, chicas. ¿Qué hay en la agenda de hoy? —les pregunto. Tammy no sale hasta las siete de trabajar y, por las tardes, Juana o yo solemos recoger a Cloe.

—Hoy me toca baile, tía Sophie.

—Sí, salen a las seis como siempre. No sé cuándo te vas a aprender las actividades, con lo lista que tú eres…

—Qué bonito es hablar con vosotras por la mañana… —digo con cierta ironía—. Por cierto, acuérdate de que hoy te toca ir a comprar; después te envío un mensaje con lo que necesito.

—Cómo te gusta abusar de la amistad. Vamos, Cloe, que llegamos tarde. ¡Te quiero! —grita, después de coger sus chaquetas y verlas salir por la puerta, lanzándome un beso.

Cuando me quiero dar cuenta, miro el reloj y veo que voy a llegar justa. Menos mal que soy la jefa…

—Buenos días, señorita. Disculpe que la moleste. Es que no sé si estoy en la dirección correcta. —Es un hombre de unos sesenta años, pero físicamente

está fantástico y me suena de algo—. Busco a mi hijo, Jorge, y a mi nieto, Pol. Se mudaron ayer, y no estoy seguro de si este es el edificio donde viven ahora. —Pues claro que me suena, se parece bastante a Jorge, el hombre que me quita el sueño sin conocerlo.

—Pues sí, está usted en la dirección correcta. Ellos viven en el segundo. Somos vecinos. Yo vivo en el tercero, soy Sophie, mucho gusto. —Le acerco mi mano para saludarlo, pero me sorprende cuando se acerca y me da dos besos. Qué hombre tan majo.

—Yo soy Eduardo, el placer es mío. Así que tú eres Sophie… Ayer, hablé con mi nieto por teléfono y ya me ha explicado que tiene unas vecinas muy —se queda pensativo un momento, como si buscara la palabra adecuada— molonas, sí, eso dijo. Que erais muy molonas.

—Anda, pues yo pensé que le diría muy locas. Ayer estuvimos haciendo galletas e, incluso, bailamos. Creo que lo impresionamos un poco, pobre. —Nos echamos a reír. Me cae bien Eduardo, parece un gran tipo.

—Eduardo, ¿eres tú? —Oímos una voz a nuestra espalda, y nos giramos para ver quién lo ha reconocido.

—¡Juana! Qué gusto verte. Mírate, estás guapísima, como siempre. —Qué hombre más zalamero. ¿Será así también su hijo? No creo, él parece todo seriedad.

—Anda, calla, bobo. ¿Has venido a ver a tu hijo? —¿Qué ha sido eso? Caída de ojos y cara de «calla, tonto. Tú sí qué estás guapo». Aquí hay tema, ya verás cuando se lo cuente a Tammy—. Veo que ya conoces a una de mis niñas.

—Juana, no te equivocabas. Es una chica preciosa, seguro que siempre está rodeada de muchachos.

—No diga esas cosas, Eduardo, que me va a sacar los colores.

—¡Por Dios, muchacha! Te aseguro que, sí tuviera treinta años menos, yo sería uno de esos pretendientes.

Me podría llevar bien con Eduardo. Con lo poco que hemos hablado, y ya me da la sensación de que es un gran hombre. No se me escapa cómo mira a Juana, con esos ojitos tiernos. No le veo alianza en el dedo, así que quizá ya no está casado. Tengo que hablar con Tammy, a ver si nos enteramos de cómo está el tema. Hacen una bonita pareja, me encantan.

—*Abu, abu*… —Oímos a Pol, que ha visto a su abuelo cuando bajaba por las escaleras—. Llegas muy tarde. Que sepas que tienes a papá enfadado y, esta vez, es contigo, no conmigo. Hola, Sophie. Hola, Juana —nos saluda el

renacuajo, sacándonos una gran sonrisa. Es adorable y tiene mucho desparpajo.

—Qué raro, mi vida, que tu padre esté cabreado. Le van a salir muchas arrugas de fruncir tanto el ceño. Tendremos que hacer algo, pequeñajo —lo dice mirándome, y me guiña un ojo. Por Dios, qué miedo me está dando, ¿que estará tramando? Ya me ha puesto nerviosa.

—¿Qué es el ceño, *abu*?

—Ya veo por qué llegas tarde. Estás en muy buena compañía y, además, criticando a tu hijo… —le dice Jorge muy serio, cuando llega a nuestra altura.

Va muy *sexy* con un pantalón de chándal negro, de los que se llevan ahora, apretados en el tobillo y más anchos en la parte de la cadera; una camiseta blanca con cuello de pico y una sudadera en la mano. Me están entrando unos calores…

—Hola, Juana. Sophie…

—Hola, Jorge. No le hagas caso a tu padre. Que sepas que llega tarde porque lo he pillado de charla con Sophie —dice Juana, guiñándole, ahora, el ojo a Jorge.

—Lo siento, familia, pero tengo que irme; llego tarde al trabajo.

—Hasta luego, mi niña. Después paso por el BookCafé a verte. —Juana me da un beso. Me despido del resto con la mano.

—¿Qué es eso del ceño, *abu*? —Oigo reclamar a Pol, mientras me marcho. Niños, son tremendos.

***

Me encanta entrar en *Mi pequeño mundo*. Siempre que pongo un pie dentro me embarga una tranquilidad y un bienestar que no puedo explicar con palabras. Casi cada mañana veo las mismas caras, muchos clientes son asiduos y mis empleados también. Hace tiempo que están conmigo, casi desde que abrí el BookCafé. Son Trini y Carlos.

Trini es una mujer maravillosa, pasa de los cuarenta años, está casada y no tiene hijos. Creo que no pueden y cuando se han querido dar cuenta ya era muy tarde. No hablamos mucho del tema, a ella se le pone la mirada triste cuando lo tocamos. Le encanta la lectura y transmite esa sensación de mujer soñadora que vive entre libros; por eso la contraté. Me ayuda muchísimo y siempre está dispuesta, se nota que le gusta su trabajo o, por lo menos, eso es lo que me dice a menudo.

También está Carlos. Lo conocí, por casualidad, una tarde mientras corría por el parque, poco después de llegar a España. Tropecé con su perro y casi me dejo los dientes. Es un chico muy guapo y tiene un aire al actor Scott Eastwood. Con sus treinta y cinco años, pelo castaño y ojos marrones, es el que da un toque de alegría al lugar y, muchas veces, es por su culpa que el café esté lleno chicas. Las hay de todas las edades, ¡qué listas somos!

—Buenos días, Trini. ¿Cómo estás? —Ella es la que abre el chiringuito esta semana, se va turnando con Carlos y, la verdad, es que entre ellos se entienden muy bien. Me ponen muy fácil el ser jefa.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué tal todo? Que sepas que ya tenemos el pedido que nos faltaba, está en el despacho. Cuando compruebes que todo está correcto hay que avisar a Ester; llama cada día para ver si ya tiene su libro.

—Por supuesto, ahora me pongo con ello.

Me voy quitando la chaqueta para ir al despacho, es mi guarida secreta; bueno, muy secreta no es, pero es donde paso más tiempo. A medida que paso, saludo a los clientes y me meto en mi mundo. Cuando me doy cuenta ya es la hora de comer. Lo sé porque mis tripas me lo recuerdan. De pronto oigo que llaman a la puerta y doy permiso para entrar. Es Carlos.

—Hola, jefa. ¿Has visto qué hora es? ¿Has comido? —Este chico parece mi padre, siempre preocupándose por mí. Niego con la cabeza—. Ve a comer que estás muy delgada. —Me guiña un ojo y, con una sonrisa canalla, se da media vuelta para salir del despacho.

Carlos es todo un personaje. Creo que le han roto el corazón en alguna ocasión. Ha levantado una coraza y no permite a nadie entrar, así que se limita a ir de flor en flor. Cuando nos conocimos, intentó que yo fuera una más de sus flores, pero ya le dejé claro que entre él y yo no habría nada que implicara sexo, por supuesto. Como empleado cumple perfectamente bien y yo estoy muy contenta con su trabajo.

Cojo mis cosas y voy hacia la salida para ir a comer o me desmayaré. Me pongo a rebuscar mi móvil en el bolso (siempre lo pongo en silencio cuando estoy en mi santuario) porque quiero enviarle un mensaje a Tammy con lo que necesito que compre. Al ir despistada, no me doy cuenta de que, al salir, a la vez, alguien entra, y choco con un pecho duro. Suerte a que dos fuertes manos me sujetan, si no me caigo de culo al suelo. Al levantar la mirada, veo que quien me sujeta es Jorge.

—Jefa, cómo te gusta tropezar para llamar la atención de los hombres. —Oigo que dice Carlos desde dentro y se echa a reír, ya que así nos conocimos

nosotros.

—Carlos, estás despedido —contesto, y dejo de oír su risa burlona. Chúpate esa, *Carlitos*.

—¿Estás bien? —pregunta Jorge, pero su mirada está centrada en Carlos. La verdad es que no es una mirada de «¿cómo estás, tío?», sino de «no te pases ni un pelo o te reviento la cara».

—Deberías mirar por dónde vas, en vez de hundir la cabeza en ese bolso que parece una maleta.

—Lo tendré en cuenta, gracias por salvarme la vida —contesto con ironía.

Intento soltarme de sus manos, pero al ver que no puedo, levanto la cabeza, ya que eso es justo lo que me saca de altura, y lo veo mirarme fijamente, como si quisiera traspasarme con la mirada. Dios, sus ojos verdes me provocan un escalofrío que me atraviesa la espalda. Pero ¿qué me pasa con este hombre? Me suelta poco a poco y me enseña una bolsa que lleva colgada de la muñeca.

—Me manda Juana. Me ha dicho que te dé esto, que seguramente no has comido y que un día te vas a desmayar. Creo que tiene razón, estás algo pálida, ¿seguro que estás bien?

—Sí, es solo cansancio, no te preocupes. Justo ahora iba hacia casa a comer, y me va de perlas no tener que cocinar, gracias por traérmelo.

—Vamos, te acompaño a casa —se ofrece, mientras pone una mano en mi espalda para darme paso a iniciar el camino. Me encanta lo rudo que parece y la delicadeza con la que me trata—. Así que es aquí donde pasas el día. Me ha dicho Juana que eres la jefa. ¿Funciona bien? ¿Te puedes ganar la vida? —pregunta con curiosidad.

—Sí, la verdad es que no me puedo quejar. Hace unos seis años que tengo el BookCafé, me costó arrancar, pues no se estila mucho esta clase de proyectos empresariales en España, pero funciona bien. A la gente le gusta poder tener un sitio donde pasar el día mientras lee y aprovecha para desayunar, merendar o tomar el simple café de sobremesa. Ayuda mucho la zona que hemos habilitado para los más pequeños, así los niños se entretienen y lo padres pueden desconectar un ratito. ¿Por qué no te pasas una tarde con Pol y experimentas cómo es? Te gusta leer, ¿verdad?

—¿Insinúas algo? Los bomberos también leemos, ¿sabes? —contesta con el ceño fruncido. Su padre va a tener razón, parece que siempre está enfadado.

—¡No! En ningún momento he querido insinuar eso. ¿Sabes qué?, mejor dejamos el tema, cuando quieras, ya sabes dónde encontrarme. —Enfadada, acelero el paso para llegar a mi piso y poder comer tranquila, menudo

gilipollas está hecho.

—Perdona, me he pasado. No te enfades. Sí, me gusta leer, me relaja. Parece que no, pero mi profesión es muy estresante, mi hijo lo puede ser más, y ya no te digo mi padre…

Cuando lo miro, veo que tiene una sonrisa de medio lado, que más que una sonrisa parece una mueca, pero es muy *sexy*. Me gustaría saber más de su vida, creo que no lo ha pasado bien del todo. Algo comentó Juana de la mamá de Pol, pero no sé los detalles. A ver si algún día consigo que se relaje de verdad y me explique qué pasó.

—Con el estómago vacío no soy capaz de perdonarte. ¿Qué tal si te pasas esta tarde con Pol por el BookCafé?, a ver si después puedo hacerlo.

Le guiño un ojo. Yo, Sophie, la tía más fría de Madrid, como me llama Tammy, a veces… ¡Le guiño el ojo a mi vecino! El bombero que me quita el sueño y me remueve el estómago, ¿serán mariposas?

Jorge

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero todavía sigo en la acera como un gilipollas, mientras miro hacia el portal por donde se ha ido Sophie. No me puedo creer que haya coqueteado conmigo, ese guiño de ojo, ese contoneo de caderas…

No entiendo nada, pero me encanta esta mujer, me gusta ver como sonríe y como se enfada, igual que antes. Le sale una curiosa arruga en la frente que la hace todavía más *sexy*, si cabe. Y como siga así de embobado voy a llegar tarde a buscar a Pol.

Aparco el coche y me acerco al edificio para recoger a mi hijo. Voy a tener que cambiarlo de colegio, pues este está muy lejos de nuestro nuevo hogar y perdemos mucho tiempo. Hablaré con Juana para ver si me ayuda a buscar uno más cercano.

Al llegar a la clase, espero mi turno para recoger a Pol. La profesora me ve, pero me hace un gesto para que me espere al final. ¿Qué habrá hecho el pequeño diablo esta vez? La verdad es que trato de hacer todo lo que puedo y sé que mi padre también lo intenta, pero no sé si lo hacemos bien, es todo muy complicado. Sé que debe de ser muy difícil para el niño criarse sin una figura materna. Yo quería a mi madre con locura, tenía veinte años cuando el cáncer se la llevó y la echo de menos cada día. Así que me puedo hacer una idea de lo mal que lo pasa Pol. Pero es que es bronca tras bronca, ya no sé cómo afrontar este tema. Me supera, ya no sé qué más puedo hacer para que sea feliz y no haga tantas trastadas para llamar la atención.

—Buenas tardes, señor Gutiérrez, ¿tiene unos minutos para poder hablar con usted?

—Claro, ¿qué ha hecho esta vez? —pregunto con resignación a la profesora; creo que ya me mira con pena y todo.

—Bueno, verá… Hemos tenido un pequeño incidente esta tarde, a la hora del recreo.

En ese momento miro a mi hijo por encima del hombro de la profesora, está cabizbajo y con lágrimas en la cara. Me fijo en que en una de sus rodillas lleva una tirita que esta mañana no tenía. Me acerco a él y me arrodillo, poniéndome a su altura.

—¿Qué pasa, campeón? —No me contesta, los suspiros de pena no lo dejan hablar.

—Se ha peleado con Mateo. Al parecer, han tenido unas palabras en el patio…

—Ese tonto me ha dicho que no tengo mamá porque soy feo — dice mi pequeño, y se me encoge el corazón. Ya sé que son cosas de niños, pero es mi hijo y no puedo ser inmune a eso.

—A partir de ese comentario se han lanzado a golpes. El resultado es que Pol tiene unos rasguños en la rodilla, que ya hemos curado, y alguna que otra lesión que seguramente veremos en unos días por su color morado. Mateo lleva un chichón en la frente sin más consecuencias.

—Cariño, ya sé que lo que te ha dicho Mateo es feo, pero no puedes pelearte con todas las personas que te dicen cosas que no te gustan.

—Ya se han pedido perdón, pero están castigados dos días sin patio para que puedan pensar en sus acciones.

—Muchas gracias.

—Hasta mañana, Pol. —Él no contesta y salimos del colegio como si hubiéramos perdido una batalla.

—¿Sabes?, hoy me he encontrado con Sophie y nos invita a su trabajo. ¿Qué te parece si vamos y merendamos allí?

—Vale —contesta cabizbajo. No me mira a los ojos, como suele hacer, y hago yo también. Soy de los que cree que una mirada y una expresión puede decir mucho de una persona—. Lo siento mucho, papi. Sé que está mal pegar a los demás. *Abu* siempre me dice que no se puede pegar. Pero es que Mateo siempre se mete conmigo porque no tengo mamá. ¿Nunca tendré mamá, papi?

—Pol, cariño, no todo el mundo tiene mamá. Yo tampoco tengo; ya sé que sería genial, pero a veces las cosas no son como queremos. No debes estar triste, mi vida, papa y el *abu* te queremos un montón. También está el tío Dani. Todos te queremos por encima de las nubes, el sol y la luna, ¿vale? —Al mirarlo, veo que asiente con la cabeza—. Y ahora, vamos a visitar a Sophie y nos comemos un trozo de tarta, ¿te parece?

—Buen plan —contesta con una sonrisa, y esta vez sí me mira a los ojos. Otra pequeña crisis superada.

***

Dejamos el coche en el aparcamiento de nuestro bloque y vamos andando hacia *Mi pequeño mundo*. Está a solo dos calles, y su nombre le hace justicia, es lo que tú quieres que sea.

Al entrar, está divido en zonas. Hacia la derecha, están las mesas para poder leer o tomar algo. Hay unas diez y todas redondas con cuatro sillas cada una; lo curioso es que ninguna silla es igual, las hay de plástico, de madera o de tela. Me gusta la idea, ya que no todos somos iguales y así te sientas en la que más cómodo estés. En la pared, hay estanterías con libros y objetos de decoración; a los lados, hay colgados varios cuadros, tanto a la derecha como a la izquierda. Tienen debajo un papel con un nombre y un precio. Supongo que está pensado para la gente que le gusta pintar y quiere ganarse un dinero, otra gran idea. Todo está decorado en tonos madera, blanco y azul, es realmente agradable. En la zona del centro, hay varios muebles bajos con libros; son las novedades. Una estantería más grande ocupa el espacio de la pared central. Está dividida por géneros y hay una pequeña zona de libros en inglés. En la parte izquierda está la zona de caja, por así decirlo. Tiene el mostrador para pagar lo que compres, ya sean los libros o el café, y la zona de servicio tiene todo lo necesario para hacer café o infusiones. Un mostrador donde encuentras toda clase de tartas y bocados dulces o salados; la verdad es que esto es el paraíso. Detrás del mostrador, veo al chico que estaba antes; Carlos, creo que lo llamó Sophie. Tiene cara de ser un gilipollas guapo, y no me gusta que esté tan cerca de ella. Toc, toc, ¿eso son celos? No puede ser, ¿verdad?

—Hola, quiero ver a Sophie. Tenemos una cita —dice mi hijo, todo resuelto. ¿Será posible, este niño? Creo que pasa demasiado tiempo con Dani.

—Hola, enano. No sabes tú nada, escoges a las feas, ¿eh? Creo que está en la parte de atrás. Ves a mirar, colega.

Y allí va mi hijo como si se acabara el mundo. Miro a Carlos, creo que se ha dado cuenta de que no me gusta y yo a él tampoco.

—Hola, Sophie. Hemos venido a verte a tu trabajo. Me ha dicho papi que nos habías invitado. ¡Hala! Es súper chulo y cuántos libros, ¿puedo coger uno? —pregunta mi pequeño, con emoción. La verdad es que no me extraña. La zona es impresionante, incluso para los adultos.

Al pasar las cortinas, la zona cambia completamente. El suelo es blando, adaptado para los niños. En medio hay una estructura de madera en forma de panel de abeja, en varias alturas, con cojines y muñecos para que los niños puedan estirarse y ponerse cómodos. Por los paneles, del otro lado, se ven varias mesas pequeñas de colorines con sus sillas, y por el resto de la sala hay muebles con ruedas llenos de libros. Vamos, todo un paraíso.

—Hola, campeón —saluda Sophie, dándole un beso en la cabeza—. Claro,

puedes coger libros, pero antes hay que leer las normas. —Señala un papel plastificado—. Mira, están aquí, ¿te las leo?

—Sí, *porfis*. Yo todavía no sé leer.

—La norma número uno es que no se puede entrar con zapatos. Es decir, que hay que ir descalzos, pero con calcetines. Aquí hay un sitio para dejar los zapatos.

—¿Como cuando vamos con el *abu* al *chiquipark*?

—Eso es, lo mismo. —Mi hijo se sienta en el suelo y se quita los zapatos para dejarlos en su sitio; parece mentira que aquí sea tan organizado, en casa no es así, os lo aseguro.

—La segunda norma es que no se puede chillar, es un sitio para pasárselo bien, leer o mirar libros, no estamos en el parque, ¿vale?

—Sí, esta también la entiendo —contesta, mientras da saltitos por la ansiedad de lanzarse a este mundo nuevo para él—. ¿Y la otra?

—Y la tercera norma es que los libros son para que los disfruten todos. Y para que siempre haya libros y te lo puedas pasar chachi, hay que cuidarlos mucho, no se pueden tirar al suelo o romper. ¿Lo entiendes, pitufo? —comenta Sophie con una sonrisa en la cara al ver la impaciencia de mi hijo.

—Sí, alto y claro. ¿Me puedo ir ya?

—Anda, ve y disfruta. —Vemos como se aleja—. Al final te has decidido a venir. No estarás buscando mi perdón, ¿verdad?

—¿Se me nota mucho? No me gusta estar enfadado con mis vecinas. Por cierto, me gusta mucho el local; lo tienes bien montado —digo, mirándola para saber cómo reacciona a mi halago—. La verdad es que es muy tú. Discreto, pero cómodo; agradable, pero con un toque picante; íntimo y *sexy*, muy *sexy*.

—¿El BookCafé te parece sexy? ¿En serio? —contesta extrañada.

—No, tú me pareces *sexy* —comento, mirándola de la cabeza a los pies.

Me paro en sus labios, esos que me encantaría probar. Veo cómo se ruboriza. Es preciosa, si yo no tuviera el corazón tan dañado… Nos miramos el uno al otro, fijamente, a los ojos como a mí me gusta, aunque a veces se me escapa la vista a sus labios. Nuestro momento queda interrumpido por su teléfono, que no me he dado cuenta de que lo lleva en la mano.

—Lo siento, tengo que responder. Es Juana —se justifica—. ¿Por qué no le pides un café a Carlos? Invita la casa. —Se gira para atender la llamada.

Le pido un café *latte macchiato*, pero frío. Ya estamos en el mes de mayo y, en Madrid, ya empieza a hacer calor. También le pido un trozo de tarta de queso que tiene una pinta buenísima. Carlos me mira de reojo, pero paso de él.

Me siento en una de las esquinas. No me había dado cuenta de que hay un banco y tengo la visión perfecta de la televisión donde salen las imágenes de las cámaras que hay en la sala para los niños. Veo a Pol en una de las colmenas de abajo, mientras mira un libro, concentrado; seguro que es de superhéroes, le encantan. Estoy tan abstraído con mi hijo, mientras remuevo mi café, que no me doy cuenta de que Sophie se ha sentado a mi lado.

—Hola. —Me dice tímida—. Ya estoy. Como Tammy trabaja hasta las siete, normalmente, Juana o yo recogemos a Cloe. Hoy le toca baile y me ha dicho que la va a buscar ella. ¡Anda! Tarta de queso, ¿eh? Tienes que probar la de chocolate, Marina las hace de muerte.

—¿Marina? —pregunto, pues ese nombre no me suena de nada. Bueno, tampoco es raro, acabamos de aterrizar en este barrio.

—Sí, es una vecina del barrio. Le gusta mucho hacer tartas y la verdad es que las hace muy bien, y a mí no me cuesta nada comprárselas a ella; así colaboro para que lance su proyecto profesional.

—Eso es muy bonito. Me imagino que pasa lo mismo con los cuadros colgados del fondo —digo, mientras los miro.

—Sí, es verdad. Los has visto, qué observador. Estoy muy agradecida, sobre todo a la gente del barrio; me acogieron muy bien cuando llegue de Nueva York para empezar de nuevo. —Al mirarla, veo que hay vergüenza en su rostro, supongo que por explicarme algo tan íntimo—. Fue duro dejar todo atrás para venir a una ciudad completamente distinta, pero ha valido la pena, no me arrepiento de nada, al contrario, soy muy feliz con mi familia española.

Me encantaría preguntarle mil cosas. Saber qué le pasó para tener esa mirada tan triste al hablar del pasado. Abrazarla y decirle que no dejaré que nadie le haga daño nunca más. No sé por qué, pero creo que ella está descongelando mi corazón, ¿por qué ella? No tengo ni idea, pero pasa algo que yo no quería que sucediera; aunque tengo la sensación de que me va a hacer sufrir, cosa que no me apetece en absoluto.

Por los altavoces, oigo que empieza a sonar *Vivir Mi Vida,* de Marc Anthony, y la veo mirar hacia todas partes, desesperada. ¿Qué le pasa?

—Ay, no. Madre mía… —dice con tono avergonzado.

Al levantar la vista, hay un señor de la edad de mi padre que le tiende la mano.

—No te rías, ¿vale? —me dice en un susurro.

—Querida Sophie, ¿me acompañas? —La coge de la mano y se dirigen al centro del café.

Todos los presentes se ponen a aplaudir, supongo que esta no es la primera vez que pasa. Y se ponen a bailar. Estoy flipando; lo hacen realmente bien, con ese contoneo de caderas de ella, que me está poniendo cardiaco. Se les ve muy compenetrados y se lo están pasando estupendamente; se les nota en la cara que están disfrutando como niños.

Hablando de niños, aparece el mío, supongo que, por el barullo, y se sienta en mi regazo, mientras mira como bailan.

—Que bien lo hacen, papi, ¿verdad?

—Pues sí, lo hacen genial.

—Sophie me cae muy bien, es muy buena y muy guapa. ¿A que sí, papi?

—Sí, cariño, es verdad. Es muy buena y muy guapa.

—Le podrías preguntar si quiere ser tu novia, a lo mejor quiere. El otro día yo se lo pregunté a María y me dijo que sí.

—Ah, ¿sí? ¿Mi diablillo tiene novia?

—Sí —contesta con su cara de pillo—. Así que tú le preguntas a Sophie, ¿vale?

Al parecer, los niños son más listos que nosotros, o realmente ven cosas que nosotros no llegamos a ver…

CAPÍTULO 3

Sophie

Por fin es viernes, hoy es el día en que hemos quedado con los chicos para cenar. No he vuelto a ver a Jorge desde ayer. Madre mía, qué vergüenza recordarlo. El señor Connor siempre suele sacarme a bailar cuando viene al BookCafé y suena alguna canción de salsa. Somos compañeros en las clases de baile del gimnasio.

Es un hombre encantador y, al ser también americano, hemos hecho muy buenas migas. Normalmente, no me importa que me saque a bailar, pero delante de Jorge… Espero que no piense que estoy loca; siempre me pilla bailando, será posible…

Llevo delante del armario como veinte minutos, no sé qué ponerme, estoy desesperada y casi es la hora.

—Sophie, ¿ya estás lista? Los chicos están a punto de llegar —grita Tammy, desde la cocina. Como no le digo nada, se acerca a mi habitación.

—Pero ¿aún estás así? Eso te pasa por ser beneficiaria de semejante armario; si solo tuvieras un vestido no habría tanto problema.

—Ay, *honey*, ¿qué me pongo? —La miro y hago pucheritos para que se compadezca de mí.

Ella va fantástica, como siempre. Lleva unos *leggings* de cuero, un top dorado con un escote de vértigo y unos botines negros con taconazo.

—*Uy*, pero ¿a ti qué te pasa? Siempre sabes qué ponerte. ¿Por qué tan indecisa esta vez? ¿Me he perdido algo? —dice con cara de asombro. Y tiene razón, yo nunca dudo.

—No sé qué me pasa con Jorge, Tammy. Es como si me transformara, me deja sin palabras o, simplemente, digo tonterías. Parece que siempre quedo en ridículo delante de él, me pone cardiaca. Cuando me mira o me toca, me entran unos escalofríos y se me revuelve el estómago. Estoy asustada, nunca había sentido tantas cosas por un hombre, y menos por uno que conozco de cuánto, ¿tres días?

—Ay, mi niña. Creo que ese hombre ha destruido esa coraza que tenías en tu corazoncito desde hace tanto tiempo. Déjate llevar, cielo. Disfruta de la vida, lo que tenga que ser, será. No te aferres a los malos momentos, no te

pierdas las cosas bonitas que seguro que el amor y, sobre todo, el sexo, te pueden dar. Seguro que el bombero te hace mojar las bragas, ¿a que sí?

—¿Tú qué crees? Las princesas de hielo también mojamos las bragas y con la sequía que yo llevo, aún más; creo que vuelvo a ser virgen.

Me mira seria. Intenta no soltar la carcajada que se está aguantando, pero sin éxito, y estallamos las dos hasta que nos duele la barriga y se nos caen las lágrimas.

—Anda, tonta, ahora tengo que volver a maquillarme, se me ha corrido todo el rímel —dice como puede, pues todavía no hemos parado de reír.

—Venga, ¿qué me pongo para poder deslumbrar a ese *bomberazo*?

—Creo que ya lo tienes en el bote. Al lío, voy a meter la cabeza en este armario, a ver si encuentro algo decente…

Al final, acabo con una minifalda elástica de color negro, una camisa verde flúor y algo transparente, por supuesto. Debajo, llevo un sujetador matador de La Perla, de tul bordado en color negro. Un capricho que me compré hace unos meses. No pueden faltar unos tacones negros. Sencilla, pero *sexy*.

Me dejo el pelo suelto, lo tengo largo hasta media espalda y ondulado, así que no me da mucho trabajo. No suelo maquillarme en exceso, pero como, hoy, hay que ir a matar, aprovecho. Pinto mis ojos de forma ahumada en negro con un toque de plateado y rímel; algo de colorete y un brillo en los labios, es la parte que menos me gusta maquillar. Y *voilà*.

—¡¡Sophie!! Dani me ha enviado un mensaje, dice que nos esperan abajo, ¿estás lista?

—Sí, ya voy.

—¡*Guauuuu*, nena! Estás impresionante. ¡Yo sé de uno que se va a morir cuando te vea!

—Anda, tonta. Vamos, no los hagamos esperar más.

Bajamos en el ascensor y al llegar a la calle, los vemos apoyados en un coche. Madre, qué dos maromos, a cuál más guapo.

Daniel lleva pantalón tejano azul desgastado, con un jersey negro, fular al cuello, botas negras y chaqueta de cuero. Con su eterna sonrisa, son tan opuestos que supongo que por eso se llevan tan bien, les pasa, un poco, como a nosotras.

Junto a él, está Jorge. Este hombre me quita el aliento, sobre todo cuando cruzamos nuestras miradas, como es el caso. Está guapísimo, con un pantalón color beis, jersey negro de pico, botas negras y lleva una chaqueta en la mano.

Dejamos de mirarnos para pasar a repasar nuestros cuerpos, la verdad es

que el panorama es espectacular. Cuando vuelvo la vista a su cara, veo que su ojeada también le ha gustado, pues tiene esa sonrisa de medio lado que tanto me gusta.

Nos acercamos y nos saludamos con dos besos, su aroma me embriaga y, cuando nos separamos, echo en falta su cercanía, su calor…

—¿Qué tal todo, chicas? —pregunta Dani—. Estáis espectaculares. Esta noche, vamos a ser los más envidiados.

—Creo que nosotras también debemos de tener cuidado con las lagartas, ¿verdad, Sophie? —me pregunta Tammy para sacarme de mi atontamiento.

—Vaya, estáis muy guapos, chicos.

—Tranquilas, hoy somos vuestros, no tenéis por qué preocuparos —comenta Dani, cogiendo a Tammy de la cintura para acercarla a él. Yo creo que estos dos, esta noche, no van a dormir solos—. Jorge ha reservado mesa en Tívoli.

—Perfecto, me encanta. Es uno de mis restaurantes favoritos —comento.

Fue uno de los primeros restaurantes al que fui cuando llegué a Madrid, y me encantó; es de tapas, y tienen unas patatas bravas de la muerte.

—Vamos, entonces —dice Dani—. Pero tenemos que ir separados, yo he traído a mi *nena*.

Señala una moto impresionante, en color rojo, preciosa. A Tammy se le salen los ojos de las órbitas; le encantan las motos.

—Sophie, tú te vas con Jorge y yo me llevo a Tammy, ¿te parece?

—Claro, por mí no hay problema si a Jorge no le importa cargar conmigo. Tammy ya sé que está encantada de ir en la moto.

—Por mí tampoco, te *cargo* encantado —contesta Jorge, con expresión traviesa.

Me subo al coche de Jorge; es de color gris, bastante nuevo, y, al girarme, me hace gracia ver la silla de Pol y unos cuantos juguetes en el asiento.

—No te asustes, Pol es un *marranito*; hay cosas suyas por todas partes. Hacemos muchos kilómetros cada día para ir al colegio, todavía no he podido hacer las gestiones para inscribirlo en otro más cerca de casa.

—No te preocupes, es un niño. Además, no me asusto con facilidad, te recuerdo que vivo con una princesa. Ya me dijo Juana que Pol todavía va a su anterior colegio y que os queda bastante lejos.

—Sí, bueno, al tener que salir tan rápido no era una prioridad cambiarlo, pero ahora… —dice con cara de preocupación, concentrado en el tráfico.

—Si quieres, te puedo echar una mano —comento de forma precavida. No

sé si le hará gracia que me meta en sus cosas, apenas nos conocemos—. Puedo hablar con Adela, la directora del centro, suele pasarse por el BookCafé, y concertarte una cita.

—¿En serio? Me harías un gran favor. Últimamente tengo algunos problemillas con el pequeño y me gustaría comentárselo.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien de salud? —pregunto preocupada—. Perdón, quizá me meto donde no me llaman.

—No, qué va. De salud está perfectamente. Es que creo que no he sabido gestionar de forma correcta la ausencia femenina. Ahora que es más mayor y se da cuenta de que no tiene madre, está como más… rabioso. El otro día se peleó con un compañero que le dijo que no tenía madre porque era feo. Casi cada semana nos comentan alguna incidencia de este tipo y ya no sé cómo manejar el tema.

—Supongo que son procesos por los que tienen que pasar. Yo no creo, en absoluto, que lo hagas mal; al contrario, veo que es un niño muy feliz y te quiere un montón. Igualmente, si os podemos ayudar en algo, no dudes en pedirlo, ¿vale? Ahora estáis rodeados de mujeres.

—Muchas gracias, Sophie, eres un cielo. Por cierto, todavía no te he dicho que estás preciosa —dice, mirándome con su media sonrisa—. Ya hemos llegado, ¿vamos?

Al salir del coche, en la entrada, ya nos esperan Dani y Tammy. Están muy cerquita el uno del otro, de forma muy íntima y riéndose de algún comentario que han hecho.

Cuando llego a la acera, Jorge me sorprende al cogerme de la mano para entrar en el restaurante. Me quedo un poco parada, mientras miro nuestros dedos unidos. Al ver que no avanzo, se gira y, al levantar la mirada, veo una media sonrisa de orgullo en sus labios.

Entramos en el restaurante; hace tiempo que no vengo, pero no ha cambiado mucho. En la entrada hay una barra donde esperamos a que nos indiquen la mesa que tenemos reservada. Tiene un pasillo largo; a la izquierda, las mesas son altas con taburetes, en cambio, a la derecha, son bajas. Tiene aspecto de restaurante antiguo, con vigas de madera y paredes adornadas con cuadros. Hay varios paisajes de diferentes ciudades e, incluso, esas placas metálicas de varias marcas o alguna matrícula de otros países.

Nos sentamos en una mesa al fondo del local. Tammy se acerca a Dani, así que no me queda mucho margen, pero la verdad es que me encanta estar al lado de Jorge; ya echo de menos el calor de su mano mientras agarraba la mía.

Escogemos las tapas; patatas bravas, jamoncito, croquetas, chipirones… vamos, lo normal en estos sitios, y cerveza, por supuesto.

—A ver, chicas, contadnos alguna cosa de vosotras, ¿cómo os conocisteis? —pregunta Dani.

—Pues, yo era una mendiga, la vida no me había ido muy bien y cuando Sophie llegó de Nueva York se apiadó de mí y me acogió —contesta Tammy como si nada.

Dani la mira con los ojos muy abiertos, creo que se ha tragado la broma y todo, pobre chico… Jorge me mira y calibra las palabras de mi amiga, creo que a él no lo ha convencido.

—Es broma, tonto —le dice a Dani, partiéndose de risa—. Hasta has perdido el color de la cara, te has quedado pálido.

—Serás cabrona —murmura por lo bajo, mientras empieza a hacerle cosquillas.

Jorge y yo también nos reímos por el espectáculo que dan nuestros amigos.

—Cuéntalo tú, Sophie, que eres de fiar —pide Dani, mientras mira a mi amiga con mala cara.

—Fue casualidad, la verdad. Cuando llegué de Nueva York, estuve una temporada buscando piso hasta que un día salí a correr por el barrio y vi el anuncio de Juana. Justo cuando lo iba a coger, una tía muy descarada me lo quitó de las manos. Nos pusimos a discutir como dos locas hasta que apareció Juana y puso paz. Cuando Tammy me contó el motivo de su necesidad por ese piso me di por vencida, pues yo podía buscar otra cosa, no lo necesitaba con tanta urgencia. Me fui y dos días después me llamó Juana para decirme que a la otra chica no le importaba compartirlo y… hasta ahora.

—Seguro que te engañó para que le cedieras el piso —dice Dani, mirándola, divertido.

—Pues no, listo. Me acababa de enterar de que estaba embarazada. No quería abortar y él no quería ser padre. La solución: él se largó y yo busqué un piso dentro de mis posibilidades. Tuve mucha suerte de encontrarla —dice Tammy, alargando la mano para coger la mía—. Es la mejor decisión que he tomado en mi vida junto a la de no abortar y tener a mi pequeña.

—Tonta, me vas a hacer llorar —le digo—. Sabes que ha sido mutuo, ¿verdad? Las dos nos hemos ayudado mucho. Es fantástico encontrar gente como Tammy. En el mundo de donde yo vengo no hay gente con tanto corazón, os lo puedo asegurar.

—Y vosotros, ¿cómo os conocisteis? —pregunta Tammy a los chicos.

—Bueno, lo nuestro no tiene mucho misterio. Nos salvamos mutuamente de la policía hace unos diez años y… hasta ahora —comenta Jorge.

—*Noooo*, eso es una mentira. —Los mira, incrédula, Tammy.

—Pues no, esta vez es verdad. Jorge nunca miente. Estábamos de fiesta y empezó una pelea muy fea; de pronto, se oyeron las sirenas y salimos por patas. Hubo un momento en que yo, con los nervios, iba directo hacia una patrulla. Justo cuando más apurado me vi, apareció Jorge de un callejón y pudimos escapar.

—¿Dejaste mucho en Nueva York? —pregunta Jorge, cambiando completamente de tema.

Este asunto no me gusta tocarlo, no suelo hablar con nadie de mi vida en Nueva York. Solo la conoce Tammy, solo ella sabe qué me pasó y a qué se dedican mis padres. Pero no sé si son las cervezas que llevamos o que, realmente, estos chicos me caen muy bien, que me lío la manta en la cabeza y les cuento lo que pasó con Mark.

—Nada importante, la verdad. Después de pillar a mi prometido en la cama con mi hermana, podéis imaginar que lo que menos me apetecía era quedarme allí.

—Qué cabrones. —Oigo decir a Dani—. Dame sus nombres y pongo una alerta para que no puedan entrar en España. —comenta muy serio, y creo que sería capaz.

De pronto, la temperatura del ambiente parece haber descendido veinte grados, y al mirar a Jorge creo que se va a partir la mandíbula de como la aprieta; parece que no le ha hecho mucha gracia mi comentario.

—¡¡¿¿En serio??!! ¿Cómo podemos hacerlo? —le pide Tammy a Daniel—. ¿Habría alguna manera de meterlos en una de esas cárceles de Latinoamérica?

—Claro que sí, nena, soy poli. Por los amigos puedo hacer muchas cosas. —Sonríe socarrón.

—Chicos, estáis como cabras —les contesto, riéndome para intentar acabar con esta tensión que se ha creado—. Todo eso es pasado y ya está olvidado.

Poco a poco, y con la ayuda de Dani y Tammy, seguimos la cena con risas y desaparecen las tensiones. Aparte de ese rato, disfrutamos mucho de la cena.

Me encantan los momentos que Jorge intenta rozarse conmigo o cogerme la mano con disimulo, no sé si porque, realmente, le gusto o porque siente pena de mi historia.

Jorge

Cuando acabamos de cenar, nos acercamos a un pub que hay cerca del restaurante. Todavía estoy un poco en *shock* por lo que nos ha explicado Sophie del cabrón de su ex y su hermana. Madre mía, yo no sé si lo podría superar; ya no solo el engaño de tu pareja, sino la traición de tu hermana, tu familia de sangre. Con su explicación, también he averiguado de dónde sale ese acento tan *sexy* que tiene.

Me encantaría poder abrazarla y decirle que no voy a permitir que le pase nada malo nunca más. Esto es algo que, con sorpresa, se me ha pasado por la cabeza esta noche, más de una vez. Yo, que me peleo con mi padre cada vez que me dice que soy muy joven y tengo que rehacer mi vida, o que mando a la mierda a Dani cada vez que quiere liarme con alguna de sus amigas…

Ahora me doy cuenta de que me gustaría que Sophie fuese mía, poder protegerla, y sería fantástico que Pol pudiera quererla y confiar en ella como si fuese su madre. No creo que sea amor, pero sí me gusta mucho y lo quiero intentar.

—¿Qué vais a tomar, chicas? —pregunta Dani.

—Yo quiero un ron con Coca-Cola y Sophie un mojito. Ahora venimos, chicos, vamos al baño —grita Tammy para que la oigamos por encima de la música. Y vemos como se alejan.

—¿Qué pasa, colega? Estás muy callado.

—No sé qué me pasa, Dani. No sé cómo afrontar esto con Sophie. Me encanta esta chica. No quiero estropearlo, pero es que llevo tanto tiempo dedicado a Pol y sin que ninguna chica me guste… Ahora no sé cómo actuar, ni cómo mantener una conversación.

—Déjate llevar, colega. No fuerces las cosas, que pase lo que tenga que pasar. Que sepas que me gusta mucho para ti, creo que es una tía muy legal.

—Sí, eso parece. ¿Y tú qué me cuentas? Parece que te mola Tammy y, por lo que puedo ver, ella también te hace ojitos, ¿no?

—La verdad es que está que cruje y, sí, yo le gusto. También ha quedado claro que ninguno quiere tener una relación, así que, sin ataduras, y, por cierto, esta noche no se me escapa —dice, guiñándome un ojo—. Mira, por ahí vienen.

Una vez las chicas llegan del baño y cogemos nuestras bebidas, encontramos unos sofás libres donde nos acomodamos. Yo no soy de bailar, no

me gusta demasiado, y si, encima, añades que estoy tan nervioso, que parezco un quinceañero en su primera cita, pues… no pienso levantarme siquiera.

—Al final, ¿has podido dejar a Pol con tu padre? —me pregunta Sophie, que se ha sentado a mi lado. Los otros dos ya están en la pista, magreándose.

—Sí, se ha quedado con el *abu*. Y mi padre encantado, mañana por la tarde se va de viaje, es de un pueblo de Orense. Tiene que arreglar unos papeles y estará fuera una semana.

—¿Y ya tienes todo organizado con Pol? ¿No tienes que trabajar esa semana? Bueno, sé que tenéis unos horarios muy raros y si necesitas que me quede algún día con Pol, me lo dices, ¿vale?

—Gracias, Sophie. Si necesito algo ya te lo haré saber. La verdad es que tengo mucha suerte de contar con buenos amigos y, aunque trabaje jueves y viernes, ya lo hemos medio organizado con Dani y Paula.

Veo que asiente con la cabeza y desvía la mirada hacía la pista, como si tuviera vergüenza de preguntar algo, y se toca el pelo. Me he dado cuenta de que es un gesto que hace cuando está nerviosa y, conmigo, lo hace muy a menudo. No me gusta que esté tan nerviosa a mi lado, quiero que disfrute. Así que decido coger su mano y acercarme un poco más a ella para ver si se tranquiliza. Cuando hago ese gesto, levanta la mirada y me mira fijamente, veo que hay una sonrisa en su cara, me gusta… me gusta mucho.

—¿Paula es tu chica? —pregunta con curiosidad.

—¿Mi chica? ¿Tú crees que estaría así contigo si tuviera novia? Mira, Sophie, me gustas y mucho. Paula no es mi chica, es una gran amiga, pero nada más. Sé que todavía no nos conocemos mucho, pero quiero que sepas que yo no soy como tu ex —le explico, aunque mi tono de voz sale más severo de lo que pretendo.

—Vale, lo siento, no quería incomodarte.

En ese momento, empieza a sonar la canción *Despacito,* de Luis Fonsi, y veo como Tammy viene hacia nosotros y se la lleva a la pista. Antes de irse me mira y veo que le ha dolido mi comentario; joder, no hago más que cagarla con ella. Dani se sienta a mi lado y nos quedamos embobados, mientras miramos como bailan. ¡Qué chicas más sexis! Vemos como se contonean de un lado a otro y menean sus caderas.

Ya empiezan a haber moscones a su alrededor, pero ellas bailan mientras nos miran. Presto atención a la letra y me doy cuenta de que está hecha para nosotros; a mí también me encantaría que le enseñara a mi boca sus lugares favoritos…

A medida que pasa la canción nos tenemos que levantar para que los hombres no las acaparen y, sobre todo, sepan que están acompañadas. Me pongo detrás de ella y oigo como canta la canción mientras mueve su trasero, despacito. Lo que provoca que no pueda controlar la presión que se forma en mis pantalones y no me cabe duda de que ella es totalmente consciente. Aun así, no parece que le disguste, pues sigue con su contoneo.

En un momento de la canción, se da la vuelta y pone sus manos en mi cuello. Está demasiado cerca, no sé hasta cuándo podré aguantar.

—Despacito, quiero respirar tu fuego, despacito, deja que te diga cosas al oído, para que te acuerdes si no estás conmigo, despacito, quiero desnudarte a besos, despacito, firmo en las paredes de tu laberinto y hacer de tu cuerpo todo un manuscrito…

Como os podéis imaginar, después de esas palabras, ya no me queda cordura, ni en la cabeza ni en el cuerpo.

—Lo siento —me disculpo, antes de acercar mi boca a la suya y devorarla.

El beso es devastador, por las dos partes. No es para nada como me lo había imaginado. Noto como se me ponen los pelos de punta y no quiero que acabe nunca; la verdad es que se nota mucho la tensión sexual que nos envuelve. La aprieto contra mí y, agarrándola por el culo, la anclo a mi cuerpo para que vea lo que me provoca. Me van a reventar los pantalones.

—Nena, debemos parar. Si seguimos así, te voy a follar aquí mismo; daríamos todo un espectáculo y Dani nos tendría que encerrar por escándalo público —le digo, apoyando mi frente en la suya.

—Tienes razón, lo siento. No sé qué me ha pasado —me contesta, bajando la mirada.

—Eh, pequeña. No tienes que disculparte por nada. —Le cojo la barbilla para levantar su mirada—. Vamos a llegar hasta donde tú quieras. Pero quiero que sepas, que después de muchos años, yo estoy dispuesto a seguir. Me gustas mucho, Sophie. Eres una chica preciosa y con un gran corazón. No sé qué me pasa contigo, pero desde que te conozco no te he podido quitar de mi cabeza.

—Oh… vaya… no pensaba que tú… —Parece que se ha quedado sin palabras.

—Chicos, nos vamos. Estoy muy cansada —dice Tammy con una sonrisa y un guiño de ojo—. Iremos a casa de Dani que está más cerca.

—Dile a mi amigo que no gaste mucha energía; hemos quedado mañana para ir a escalar. Recuérdaselo, ¿vale? Cuídamelo —le digo al oído, mientras le doy dos besos.

—Lo mismo te digo, o te cortaré esas canicas que tienes —me contesta.

Y es capaz, no me cabe la menor duda, yo haría lo mismo por Dani; es mi hermano, así que quien le haga daño se las tendrá que ver conmigo, y sé que es recíproco.

—Sophie, ¿quieres quedarte o nos vamos también?

—Prefiero marcharme, mañana tengo que ir a trabajar.

—Pues vamos, te acompaño a casa, ¿te parece? —Levanto las cejas con ironía.

—Eres todo un caballero.

—Solo porque eres tú, esto no lo hago por cualquiera —le contesto, robándole un beso.

Llegamos al aparcamiento de nuestro edificio, no quiero separarme de ella, creo que ella tampoco de mí. Me ha cogido la mano y no me la ha soltado en todo el camino. Me encanta sentir la suavidad de su piel.

— ¿Quieres subir a casa a tomar la última? Cloe está con Juana y Tammy no creo que aparezca tan pronto.

—Te iba a proponer lo mismo, pero será mejor que vayamos a tu casa, la mía está patas arriba. Me faltan muchas cosas, todavía tengo que ir a comprar algunos muebles, sobre todo la cama de Pol —le comento, mientras subimos en el ascensor donde empiezo a notar el ambiente cargado.

—¿Necesitas que te eche una mano?

—Pues no estaría nada mal, ¿te atreves a ir con un hombre de compras?

—¿Por quién me tomas? Soy una guerrera; además, tengo un hermano pequeño, así que he soportado toda clase de salidas, tanto de compras como nocturnas.

—Vaya, no sabía que tienes un hermano —contesto, mientras ella abre la puerta del piso—. Entonces, ¿sois tres o hay más?

—No, somos tres. Jana es la mayor, después estoy yo y el pequeño, y mi ojo derecho, es Nico. Si lo vieras, fliparías. No tiene nada que ver conmigo —dice con una sonrisa. Se nota que quiere mucho a su hermano, le brillan los ojos cuando habla de él—. ¿Qué quieres beber? ¿Cerveza?

—Perfecto.

Mientras espero a que Sophie regrese de la cocina con la bebida, le echo un vistazo al salón. Tienen un sofá grande de color azul lleno de cojines, a los lados hay dos sillones individuales, tipo butacas. En el centro, una mesita redonda donde hay varias revistas y algunas plantas. En la pared, detrás del sofá, hay un cuadro grande con una foto de alguna playa con rocas; se parece a

la playa de Las Catedrales de Lugo. También hay una estantería con muchos libros y varias fotos.

Regresa de la cocina con dos cervezas y unos frutos secos sobre una bandeja. Son las dos de la mañana, así que nos viene que ni pintado el piscolabis para que no se nos suba más la bebida a la cabeza. Veo que coge su móvil y conecta la música, no muy alta para no molestar dada la hora que es.

—¿Tienes hermanos? —pregunta, acercándose a mí. Apoya su cabeza en mi hombro, levanto mi brazo y la acerco a mí para que se apoye en mi pecho.

—De sangre no, pero tengo a Dani y a Paula que son como mis hermanos; desde que los conozco han estado a mi lado, incluso, cuando Clara nos abandonó.

—¿Algún día me lo explicarás? —Me besa en la mejilla.

—Supongo que sí. Cuando esté preparado. Es un tema del que no me gusta demasiado hablar, todavía hace daño —contesto, besando su pelo.

—¿Todavía la quieres? —Su voz suena nerviosa, como si, realmente, tuviera miedo a la respuesta.

La separo de mí para que me mire, sus ojos brillan, supongo que por culpa del alcohol o, quizá, por la situación. En ese momento empieza a sonar la canción *Dive,* de Ed Sheeran*,* que viene como anillo al dedo.

—No, creo que lo nuestro murió, incluso, antes de nacer Pol. Nunca sentí con ella lo que me haces sentir tú —le digo. Cojo su rostro con mis manos—. No lo entiendo, apenas te conozco. Acabé tan harto que cerré mi corazón, pero tú…

No puedo continuar, Sophie ha sellado mi boca con la suya.

—No me hagas daño, por favor —susurra, mientras apoya su frente en la mía.

—Nunca, y si así fuera, no sería intencionado, te lo prometo.

Nos volvemos a besar y me coge de la mano para llevarme a su habitación. Al cerrar la puerta, apoyo a Sophie en ella y la elevo hasta que enrosca sus piernas en mi cintura. Nos lanzamos con locura a besarnos, boca, cuello… Nos tocamos desesperados como si la magia fuera a desaparecer. Me suelta el cuello para levantar mi camiseta y quitármela. La dejo en el suelo para desabrochar su camisa y estar en las mismas condiciones. Es preciosa, perfecta, y quiero que sea mía.

Me siento en la cama y Sophie se sienta encima de mí. Consigo quitarle el sujetador antes de que me empuje para caer sobre la cama. Me desabrocha los pantalones y me los baja, acompañados de mi ropa interior hasta dejarme

desnudo. Me doy la vuelta para quedarme encima de ella y hago el mismo proceso; le quito primero la falda, los zapatos, las medias, el tanga…

—Me encanta esta tabletita —ronronea, pasando las uñas por encima de mis abdominales; gesto que me pone cardiaco y sigue hacia abajo poco a poco.

—Pequeña, no sigas o no voy a aguantar mucho. —Me lanzo a su cuello para morderlo y bajo hasta encontrarme con uno de sus pechos.

—Ah, Jorge… Hace tiempo que no estoy con un hombre y no sé si voy… —Gime de placer.

—No te preocupes, nena. Tenemos toda la noche para disfrutarnos.

Me separo un poco de ella, recojo mi pantalón del suelo para coger un preservativo y lo rasgo con los dientes. Ella me mira y se muerde el labio inferior. Me lo pongo con cuidado y me agacho para besar su boca. Guío mi erección para poder penetrarla, no necesito comprobar si está húmeda, se nota en el placer que expresa su cara. Entro con suavidad, no quiero hacerle daño. Escucho nuestros gemidos y yo aprieto la mandíbula para intentar controlarme, está tan prieta.

Hacemos el amor suavemente, pero no aguantamos mucho, sobre todo, por el tiempo que hace que los dos no tenemos relaciones sexuales y por lo que nos deseamos el uno al otro. Repetimos dos veces más; una, en la cama con más calma y, otra, de pie contra la pared.

Caemos rendidos, por supuesto. Nos metemos los dos en su cama y nos abrazamos. No me quiero ir, solo lo haré si ella me lo pide, cosa que dudo porque no han pasado ni dos minutos y ya se ha dormido entre mis brazos.

CAPÍTULO 4

Sophie

Oigo el despertador. Maldita sea, qué sueño tengo. Hoy va a ser un día difícil. De pronto, recuerdo lo que pasó anoche y una sonrisa ilumina mi cara; me doy la vuelta en la cama, pero está vacía. Se me encoge un poco el corazón, ¿y si se ha arrepentido?

Me incorporo para ir al baño y empezar a prepararme. Me fijo que en la mesita hay una nota:

«He tenido que irme pronto para recoger a Pol y rescatar a mi padre. Lo siento, me hubiera encantado despertar contigo y repetir lo de ayer. Nos vemos después, nena».

Vuelvo a recuperar la sonrisa y hasta tengo ganas de empezar el día; este hombre me aporta una energía increíble. Se me genera una inquietud en el estómago por no saber qué voy a hacer cuando lo vea.

Me doy una ducha y me visto con unos tejanos gastados, una camiseta color morado y mis Converse negras. Salgo al salón y me encuentro a mis chicas.

—Buenos días, dormilona. ¿Has tenido una noche agitada? — pregunta Tammy con una sonrisa y un guiño de ojo.

—Buenos días, chicas —respondo, dando un beso en la cabeza a mi princesa y un achuchón a Tammy y Juana.

—¿No te encuentras bien, mi niña? —pregunta Juana con cara inocente, como si no supiera de qué va la cosa.

—Juana, solo estoy cansada y con un poco de resaca.

—Sí, resaca… de tanto darle…

—Por Dios, Tammy. Y tú, ¿todo bien? ¿Acabas de aterrizar?

—Todo perfecto, y no acabo de llegar, me ha traído sobre las seis, tenía que hacer cosas…

—Tita, ¿sabes que hoy mami me va a llevar al zoo? ¿Por qué no vienes con nosotras?

—Lo siento, mi niña, pero tengo cosas que hacer. Seguro que te lo vas a pasar súper guay.

—*Síííí*, seguro que veo jirafas y tigres. A lo mejor puedo tocar un delfín…

—Cloe, ya veremos. No todos los días dejan tocar a los delfines —le contesta su madre.

Es la hora de ir al zoo, así que las chicas se despiden de mí con besos y abrazos, aunque mi loca ya me ha susurrado al oído que después tenemos que hablar. Acabo de tomarme un café para poder reactivar mi cuerpo. Cojo mis cosas y salgo del piso en el momento en que me suena el móvil. Miro la pantalla y veo que es mi padre.

—Hola, papá, ¿cómo estás?

—Hola, mi niña. Todo bien, con mucho trabajo. Los deportistas famosos son un poco coñazo, me tienen loco. ¿Y tú como vas, pitufa?

—Bien también, trabajando, que no es poco —le respondo, mientras bajo por la escalera para no perder la cobertura en el ascensor.

—¿Cómo están las chicas? Tengo ganas de verlas; seguro que Cloe ya está muy grande.

—Están muy bien…

Justo cuando llego al rellano de abajo, se abre la puerta de Jorge y este sale con Pol.

—Cariño, ¿sigues ahí? —me pregunta mi padre al no oírme hablar.

—Sí, papá. Un momento… —le susurro—. Buenos días —le digo a los chicos, tapando el altavoz.

—Hola, Sophie —me saluda Pol—. ¿Sabes que papá ya me ha leído el libro que cogí en tu trabajo? ¿Crees que esta tarde puedo ir a coger otro?

—Claro que sí, cariño. Cuando quieras, puedes venir y lo cambiamos.

—Buenos días —me dice Jorge, mientras se acerca y me besa en la mejilla —. Estás preciosa —susurra.

Veo como se alejan, y, al recomponerme, recuerdo que tengo a mi padre al teléfono.

—Papá, ¿estás ahí?

—Sí, cariño, ¿qué ha sido eso? Tú siempre vas preciosa, pero que te lo diga un hombre… ¿Tienes novio y no me lo has dicho?

¡Maldita sea! No me acordaba del fino oído que tiene, veo que se ha enterado de nuestra conversación. ¿Y ahora qué le digo yo a este hombre?

—Qué va, papá. ¡Qué cosas dices! ¿Solo me llamabas para preguntar si tengo novio? —Lo oigo reírse.

—No, pitufa. El motivo de mi llamada es que ayer me llamaron de la residencia y, al parecer, la abuela ha empeorado bastante. Me han pedido que estuviéramos pendientes, que no aguantará muchos días.

—¡Oh, papá! Lo siento mucho. Sé que lo estás pasando mal, pero en su estado, quizá, es mejor que descanse tranquila, ¿no crees?

—Supongo que sí. Es muy triste ir a visitarla y que ya no me conozca. Con la vitalidad que ella siempre ha tenido… Ya sé que no puedes venir a despedirte en vida, pero sí me gustaría que vinieras a darle el último adiós. ¿Crees que podrías? No tendrías que preocuparte por nada, yo te enviaría el billete de avión o te mando el *jet*. Sé que es duro para ti tener que volver, pero te necesito a mi lado.

—¡Ay, papá! Por supuesto que sí, nada ni nadie me va a impedir ir a despedirme de la yaya y estar a tu lado. Por el billete no te preocupes, de momento, no me va mal la vida. Tú solo tienes que avisarme. Te quiero mucho, papi.

—Yo también, cariño, muchas gracias. Estamos en contacto y te voy informando. Adiós, mi niña.

—Adiós, papá.

Pobre, mi papi. En una de las últimas conversaciones íntimas que tuvimos, cuando pasó todo el lío con Mark y Jana, me confesó que nunca había sido feliz junto a mi madre. Su matrimonio fue forzado por mi abuelo y ellos nunca se habían querido. Que sus mejores momentos fueron cuando nacimos y que, al final, por comodidad y por nosotros, ya no se esforzó en buscar su felicidad.

Ahora que nosotros ya no estamos revoloteando por casa, se da cuenta de que no es feliz, y está solo. La verdad es que es un hombre muy guapo y se mantiene muy bien físicamente, seguro que tiene una larga lista de admiradoras. Tiene cincuenta y nueve años, si él quisiera, podría encontrar a una mujer que lo hiciera feliz de verdad. Tiene el pelo corto y canoso como su barbita de varios días, que suele dejarse, y que a mi madre no le gusta nada. De cuerpo está espectacular, ya quisieran muchos jovenzuelos…

***

Las horas pasan y, cuando me quiero dar cuenta, ya casi es la hora de recoger. Entre el BookCafé y mi nuevo proyecto literario se me pasan las horas volando. Es otra de mis aficiones, escribir. Me encanta evadirme en el mundo de mis protagonistas y volverlos locos. No soy una afamada escritora, pero no me va mal. Ayer, me llamó la editora y ya me ha metido prisa, quiere leer algo lo antes posible. Qué presión, madre mía.

—¡Jefa! Tienes visita. —Oigo a Carlos desde la puerta.

—Voy. —Recojo un poco la mesa y guardo mi trabajo y mi portátil.

—¡Sophie! —Veo una cabecita rubia que corre hacia mí y se abraza a mis

piernas.

—¡Hola, campeón! ¿Cómo estás? ¿Qué has hecho hoy?

—Estoy guay. Hemos ido con papá y el tío Dani a escalar la montaña, y he subido hasta la mitad.

—Anda, pero eso es mucho, ¿no?

—Sí, y papi dice que pronto voy a llegar arriba de todo —comenta con una gran sonrisa en su cara y mirando a su padre.

—Hola, nena. ¿Cómo ha ido el día? —Jorge se acerca y me besa en la mejilla.

—Todo en orden. Con mucho trabajo y liada en nuevos proyectos.

—¿Va todo bien? No tienes buena cara —me dice con una sonrisa pícara.

—Qué gracioso. Alguien me tuvo entretenida anoche.

—Siento si, esta mañana, te he interrumpido cuando hablabas por teléfono.

—No pasa nada. Era mi padre para decirme que mi abuela está bastante mal. Tiene Alzheimer y se apaga poco a poco.

—Vaya, lo siento…

—Sí, yo también. Ahora, solo queda esperar a que nos informen del desenlace e ir a despedirla.

En ese momento, al fondo, veo a Dani que saluda a Cloe y Tammy, que entran por la puerta.

—Mira quién viene por ahí… —le comento a Jorge—. Hola, chicos. Hola, princesa.

—Hola, tita Sophie. ¿Sabes…? Hemos visto un montón de animales, pero no he podido tocar los delfines, había una cola hasta la China.

—Vaya, qué rollo —le digo, mirando a Tammy que pone los ojos en blanco —. Otro día vamos y lo volvemos a intentar, ¿te parece?

—¡¡*Síííí*, guay!! Tengo mucha sed, ¿le puedo pedir un batido a Carlos?

—Claro que sí, cielo. Después, si quieres, puedes ir a la zona de los libros, Pol está por ahí dentro, buscando uno.

—Vale. —La vemos salir disparada hacia Carlos.

Estamos entretenidos explicándonos nuestros días. Por lo visto, los chicos han ido a escalar los tres y han hecho día de montaña. Y las chicas, pues, al zoo.

—¿Dónde está la mujer más bonita del mundo?

Oigo que alguien chilla desde la puerta. Por supuesto, esa voz la conozco a la perfección. Es mi niño, mi trocito de vida. Mi hermano.

—¡*Oh my God!* —chillo y me levanto como un rayo.

Cuando llego a junto mi hermano, me tiro a su cuerpo y lo aprieto con todas mis fuerzas. Lo echo tanto de menos… Me hace tanta falta toda su energía, su calor y su positividad…

—Estás preciosa, *sweetie*.

—Y tú, mírate… ¿Qué haces por España? ¿Por qué no me has llamado?

—¿Y perderme la cara que se te ha quedado al darte la sorpresa? Ni hablar. —Se ríe—. ¿Se puede saber qué haces trabajando un sábado?

—Ya he acabado, tonto. Estábamos tomando algo. Ven, que te presento…

—*¡Nicoooooo!* —chilla Cloe y, como yo, se tira encima de él.

—Pero bueno, mírate… ¡Has crecido un montón! Estás preciosa.

—¿A que sí? Carlos dice que todavía soy una mocosa, ¿a qué no? ¿A que ya soy grande?

—Claro que sí, princesa. Tú ni caso a Carlos, que no se entera de nada.

Sonríe y se acerca para saludarlo. Desde que se conocen, se han llevado muy bien, se entienden a la perfección y sé que mantienen contacto muy a menudo. Mientras ellos se saludan con esas palmadas de hombres, me giro para mirar hacia la mesa y mis ojos se cruzan con los de Jorge, que tiene a Pol sentado en su regazo. Está muy serio.

—Vaya, vaya… ¡Si está aquí el amor de mi vida! —dice, cuando ve a Tammy que se levanta para abrazarlo.

—¿Cómo estás, guapísimo? ¿Qué se te ha perdido por España?

—Tengo que venir a vigilar a mis chicas. Veo que estáis muy bien acompañadas.

—Jorge, Dani, este es mi hermano, Nico. Nico, Jorge y este campeón son nuestros nuevos vecinos, y Dani es un amigo.

—Mucho gusto, chicos.

—Igualmente —le responden los chicos, con un apretón de manos.

—Y este chico tan guapo, ¿cómo se llama?

—Me llamo Pol. ¿Por qué llevas todos esos dibujos? —le pregunta el pitufo, alucinado, al ver los brazos de mi hermano—. ¡Son muy chulos!

—Tengo muchos más. Si te deja tu papá, después, te los enseño, ¿vale?

—¿Me dejarás, papi? ¿Podré verlos?

—Ya veremos, solo si te portas bien.

En ese momento le suena el teléfono a Nico y se aparta para contestar. Me encanta tener a mi hermano cerca. Tengo que preguntarle qué va a hacer cuando la abuela fallezca. Todo sería mucho más fácil si él estuviera allí conmigo.

—Vaya, tenías razón. Tu hermano no se parece en nada a ti —me dice Jorge.

—No, es todo un bohemio. Le apasiona la música. Toca la guitarra en un grupo, no me preguntes de qué; solo sé que hacen mucho ruido.

—Se te ve contenta, creo que te hace mucha ilusión tenerlo aquí, ¿verdad?

—No te haces idea. Me aporta serenidad y buen rollo. Siempre está ahí cuando lo necesito y se desvive por mí. Aunque esté un poco loco.

Nos estamos riendo, cuando veo que mi hermano cuelga el teléfono y se queda pensativo. Solo pone esa cara cuando habla con mi madre o mi hermana. Así que seguro que era una de las dos.

—¿Tienes un momento? A solas, *porfa*... —me dice, mientras mira a Jorge —. Ahora te la devuelvo, colega.

—¿Pasa algo? ¿Era papá? ¿Va todo bien? —le pregunto atropelladamente.

—Para, loca, para… Sí, todo está bien y no, no era papá, era Jana.

—Nico, sabes que no quiero saber nada de ella. Ahora vivo tranquila y tengo aquí mi vida. Todo me va bien si estoy lejos de ella…

—Lo sé, pitufa. Me ha llamado para preguntar si irás cuando la abuela fallezca.

—¿Y qué más le dará a ella si voy o no?

—A ella le importa una mierda, ya sabes cómo es… Era para que supiéramos que sigue con Mark y que él también irá. Vamos, para meter el dedo en la llaga, como le gusta hacer siempre.

Ella es así, le encanta joder a los demás y restregárselo por la cara en la menor ocasión. En el colegio lo hacía siempre; nosotras somos muy diferentes, tanto físicamente como de carácter. Jana es rubia, con unos ojazos azules como el cielo. Es un poco más alta que yo y siempre va espectacular, en eso se parece a mi madre. Bueno, en eso y en muchas cosas más. Entra a matar, a por el objetivo que tenga en mente y a mí, por desgracia, siempre me tiene en su cabeza. Nico dice que tiene envidia y de verdad que no lo entiendo. Ella es la guapa y yo siempre quise ser como ella. Menos ahora, cuando me he dado cuenta de que es mala de verdad, que no le importa nadie que no sea ella misma.

—Nico, dime que tú también vendrás. Dime que no me dejarás sola en esto, por favor.

—Haré todo lo posible, peque. Ya sabes que voy de aquí para allá y no sé dónde estaré, pero lo intentaré —dice, abrazándome.

—Gracias, Nico.

—Por cierto, ¿qué me dices de Jorge? Lo tienes loquito, no te quita el ojo de encima. ¿Este es el que te llama «preciosa»?

—¿Será posible? Papá es un chivato… No estarás aquí por eso, ¿verdad?

Se echa a reír. No me extrañaría que lo haya enviado mi padre para controlarme. Vaya hombres…

Jorge

No puedo dejar de mirarla, sé que está nerviosa, se le nota por como se toca las manos o se enreda el pelo en los dedos. Posiblemente habla con su hermano de los días que tendrá que ir a Nueva York. No me hace gracia la idea, no me gusta que tenga que volver. Sé que solo de pensarlo ya le supone una inquietud. Me encantaría poder acompañarla, que supiera que estoy ahí, a su lado; que no tiene que pasar por eso sola. Pero va a ser imposible con Pol y los turnos del trabajo…

—¡Eh, colega, despierta! —me dice Dani—. Solo es su hermano, no te la va a quitar.

—No es eso, imbécil. Creo que está preocupada porque tiene que volver unos días a Nueva York, y no sé cómo ayudarla…

—Jorge, no te preocupes. Ella es muy fuerte, aunque no lo parezca. Ha sido muy duro por todo lo que ha pasado, pero ha seguido adelante. Es una mujer muy grande. Ten paciencia, solo es necesario que estés ahí, con ella. Con eso ya la ayudas —interviene Tammy.

—Gracias, Tammy. Sé que la quieres mucho y te agradezco el consejo. No sé dónde nos llevará esto, pero quiero intentarlo. Hace mucho que no siento esta presión en el pecho. Tengo ansiedad por no poder protegerla y verla sufrir.

Ella asiente con una sonrisa en los labios y los ojos húmedos. Sé que también tiene muchas ganas de que Sophie sea feliz. No sé si lo conseguiré, solo sé que voy a intentarlo con todas mis fuerzas. Oímos como Cloe llama a Tammy y nos quedamos Dani y yo solos en la mesa. A mi amigo le extraña que yo me sienta así y no sabe qué decirme. Él siempre dice que nunca entenderá esto del amor, que solo hace sufrir y que él quiere disfrutar. Es decir, que el amor no entra en sus planes. Lo que no tengo tan claro es si Tammy no ha tocado ya un poco el corazón de mi colega. Aunque ese no creo que sea el problema; el problema para él, realmente, es que también se lo está robando Cloe, y eso sí que es peligroso.

—¡Tierra llamando a papi! Creo que papá está en la luna.

Oigo decir a Sophie. Se vienen riendo de mí, claro está. Ya ha encandilado también a mi hijo. Veo que Nico le dice algo a mi hijo al oído y este se descojona.

—¡¡*Papiiii*, tengo hambre!! ¿Podemos pedir pizza y comer todos juntos? A

Cloe le gusta de jamón como a *yo*.

—Como a *mí* —lo corrijo—. Por mí bien, cariño. ¿Has preguntado si todo el mundo puede? A lo mejor, como Nico acaba de llegar, ya tenía planes con Sophie…

Mi hijo nos observa a todos con cara de «no puede ser que haya otros planes mejores» y mira a Nico.

—¡Ah, no! A mí no me mires con esa cara de pena. No es justo. ¿Qué dices, Sophie? ¿Crees que podríamos ir a comer pizza con Pol?

—Pues… Creo que es una muy buena idea, me apunto. ¡Me encanta la pizza de atún! ¡Qué rica! —dice, haciéndole cosquillas a mi pequeño.

—¿Tu qué dices, mi princesa? —pregunta Nico a Cloe, que está encima de Dani, siguiendo la charla.

—¡Yo sí quiero, mami, *porfa*! Tú también puedes, ¿verdad, Dani?

—¡Dios mío! Sois unos manipuladores, así no se puede. Estoy con Nico, no es justo.

—Venga, todos a comer pizza —dice Nico.

—¡Síií, qué guay! —grita mi hijo con la ayuda de Cloe que ha comenzado a aplaudir.

Salimos del BookCafé para ir a buscar las pizzas, al final de la calle, según las chicas, parece que hay una pizzería. Pedimos la cena y vamos de camino hacia nuestros pisos.

Llegando, vemos que Nico se desvía en dirección a un coche, bueno, no… Un coche es quedarse muy corto, es un cochazo; un Mercedes Benz Clase C63 Coupe de color gris mate. Se debe de ganar bien la vida, pues ese vehículo vale una pasta. Vemos que recoge una mochila. Dani y yo nos quedamos mirando, supongo que pensamos lo mismo, nos hemos equivocado de profesión…

***

Finalmente, hemos decidido ir a casa de las chicas que no está tan desordenada y pasamos la tarde de charla. La compañía es de lo mejor y la verdad es que nos reímos mucho. Nico parece un gran tipo, hace buen equipo con Dani, son los dos igual de payasos. Yo no pierdo la ocasión para encontrarme con Sophie y rozar nuestras manos o piernas. Tengo unas ganas tremendas de besarla, pero me reprimo, más que nada por Pol, es pequeño, y no quiero que se encariñe y, después, las cosas no salgan bien y sufra.

Sophie se levanta y la miro de reojo; va hacia la cocina y, cuando creo que todos están despistados, aprovecho para ir tras ella. Intenta coger un vaso de un armario alto, por lo que está de puntillas, marcando ese culito que tiene. No me resisto, me sitúo detrás para ayudarla y que note lo que me provoca.

—Hay que comer más yogures o tenerme cerca más a menudo.

—Lo primero ya lo hago, pero creo que no sirve de mucho. Lo segundo no suena mal… —dice, girándose. Se abraza a mi cuello, mientras acaricia mi pelo y yo la cojo por la cintura. Me encanta sentirla cerca y creo que ella lo puede notar perfectamente—. Te he echado de menos en mi cama esta mañana… —susurra.

—Yo te he echado de menos todo el día. No sabes las ganas de abrazarte y besarte que tenía… —Uno mis labios con los suyos para poder besarla con todo el anhelo que siento por ella. El roce de nuestras lenguas es el paraíso. Esta mujer me tiene loco, definitivamente.

—Ejem… Perdón, no quiero molestar, pero no queda cerveza, hermanita.

—En la nevera, hermanito —contesta Sophie, separándose de mi cuerpo y dejándome vacío. Me da un beso, me guiña el ojo y me deja ahí, en medio de la cocina, con cara de bobo, la tienda de campaña montada y su hermano mirándome. ¡Será bruja!

—Vaya, creo que te han dejado con un problema. —Nico señala mis pantalones.

—Sí, eso parece, ya se lo haré pagar. Trae, te ayudo, ¿cuántas hay que llevar?

—Me gusta verla feliz —dice sin contestar a mi pregunta—. Por eso no me importa que la mires con esa cara de….

—Oye, mira, yo no….

—Espera, déjame acabar… Sé que te gusta y es normal. Es preciosa, tiene el corazón más grande que conozco y no me voy a meter en esto que tengáis. Pero si le haces daño, te puedo asegurar que tengo los medios suficientes para hacerte sufrir. Mientras no sea así, todo irá bien.

—Nico, solo la conozco desde hace cuatro días. Pero sí te digo que hace mucho tiempo que no siento por nadie lo que ella me ha despertado. Yo también me juego mucho, te recuerdo que tengo un hijo y, para mí, es lo primero.

—Lo entiendo, por eso mismo tenéis que hablar y sacar todas esas mierdas que arrastráis, o la cosa no irá bien. —Vaya, es un tío muy cabal y tiene razón; sería prudente poder sentarnos y hablar de las sogas que llevamos al cuello.

—¡Nico! Esas birras, que estamos secos… —grita Dani, desde el salón.

Sin darnos cuenta, se nos hacen las doce de la noche. Los pequeños se han quedado dormidos en el sofá, así que decidimos recoger el campamento.

—Hermanita, me voy ya. Mañana, mi vuelo sale a las tres, por lo que no sé si tendré tiempo para despedirme, así que aprovecho y lo hago ahora.

—Bueno, colega, ya nos informas cuando vengáis a tocar por España, para ir a verte —le comenta Dani.

—Claro, ya se lo digo a mi hermana y os hago llegar las entradas.

—Pórtate bien, guapetón.

—Siempre, Tammy, ya lo sabes. Dale un besazo a la princesa de mi parte.

—Oye, si quieres quedarte a dormir por aquí, yo tengo una habitación libre. La cama no es de última generación, pero para una noche sirve.

—Se agradece, Jorge, pero ya tengo reservada una habitación en el Villa Magna. Hazla feliz —me susurra al oído.

Se acerca a su hermana y la abraza con mucho cariño. Se nota la buena sintonía que los acompaña y que se quieren muchísimo. No sabemos qué se dicen, ya que entramos en el piso para darles intimidad. Vuelve con cara triste y los ojos húmedos de llorar. Sé que lo va a echar mucho de menos, tengo que animarla y creo que tengo la forma.

—Ven aquí, nena. —La abrazo para que se desahogue—. Oye, ¿qué te parece, si para animarte, nos acompañas mañana a dar un paseo por El Retiro y a comer un helado? Seguro que lo pasamos genial.

—No sé, Jorge, tendría que ir a trabajar.

—Vamos, pequeña, eres la jefa, ¿no? Necesitas un respiro, parar un poco…

—Ya, pero mi editora me presiona para que le entregue algo y lo que tengo no me convence.

—¿Estás escribiendo? ¿Eres escritora? —le pregunto asombrado, y me doy cuenta de lo poco que sabemos el uno del otro—. ¿Por qué no sabía nada?

No sé por qué le estoy recriminando nada, incluso el tono de mi voz no ha sido el adecuado y he sonado enfadado. Me encanta y sé que podría llegar a ser la mujer de mi vida, pero me preocupa no saber de ella, la veo tan hermética y me da la sensación de que me oculta cosas. Supongo que parte de esa desconfianza, es culpa mía, que tiene que ver con lo que me ha pasado con Clara y sus engaños. Me he vuelto más precavido y desconfiado, todo me da miedo. Pero no lo puedo evitar, estoy harto de sufrir, estoy harto de fiarme de la gente y que siempre me decepcionen. Se ha enfadado, no sé qué pasa por su cabecita ahora mismo, pero no es nada bueno. Arruga el ceño y entrecierra los

ojos, de observarla me he dado cuenta de que lo hace cuando está enfadada.

—Jorge, nos conocemos desde hace… ¿cuánto?, ¿cuatro días? Yo tampoco sé casi nada de tu vida y no te lo recrimino. Mira, es muy tarde, creo que será mejor que nos vayamos a dormir. Estoy muy cansada y no quiero decir cosas de las que mañana pueda arrepentirme. —Yo solo asiento, no puedo contestar nada, tiene toda la razón.

Entro a recoger a mi pequeño guerrero que ha caído en el sofá, muerto de cansancio. Al entrar, veo que Tammy ya ha llevado a Cloe a dormir, y Dani y ella están apoyados en los muebles de la cocina. Los veo desde el sofá mientras cojo a Pol. Están muy juntos. Dani la acorrala con las dos manos en sus costados y le da un beso en el cuello. Sonríen y hablan en susurros. Tengo que bajar la vista, por la pura envidia que siento ahora mismo. Cojo a Pol con cuidado y me acerco para despedirme.

—Dani, colega, yo me voy. Hablamos mañana. Hasta mañana, Tammy.

—Hasta mañana, Jorge —contesta ella, dejando un beso en mi mejilla.

—Hasta mañana, tío. ¿Todo bien? —Yo asiento. Como podéis comprobar soy un hombre parco en palabras.

Sé que han notado que ha pasado algo con Sophie, pero no tengo ganas de hablar, ni de compasión tampoco. Solo quiero meterme en la cama, abrazar a mi pequeño y que mi cerebro deje de pensar…

***

Me despierto con una manita que acaricia mi mejilla. Qué maravillosa manera de comenzar el día. Abro los ojos y veo la cara de mi hijo que me mira con ojos adormecidos. Lo voy a echar de menos cuando tenga su cama, pero es lo que toca…

—Buenos días, mi pequeño guerrero, ¿has descansado bien?

—Hola, papi. He dormido genial. Tengo hambre, ¿nos podemos levantar ya?

—Creo que sí. Vamos a mirar qué hora es. —Cojo mi reloj de la mesita y veo, con sorpresa, que son las diez de la mañana—. ¡Caray! Hemos dormido mucho. Venga, arriba, campeón.

Baja de la cama como un rayo y va hacia el baño, oigo la cisterna y, poco después, los dibujos en la televisión. Me incorporo y me rasco la cabeza, pensé que iba a tener resaca, por culpa de la ingesta de cerveza de anoche. Después de pasar por el lavabo, me dirijo a la cocina para preparar el

desayuno.

—Pol, a desayunar, campeón.

—Voy, papi.

He preparado unas tostadas con mantequilla y mermelada de fresa, con un zumo de naranja para Pol y café para mí.

—¡Jolín, papi! Yo quería chocolate. —me dice, de morros.

—Ya sé que el chocolate te gusta mucho, pero no se puede comer todos los días. Venga, campeón, si te lo comes todo nos vamos un ratito al parque con el patín y después nos acercamos a la estación.

No ha dejado ni las migas, las palabras *parque* y *estación* son mágicas para mi hijo; le encanta ir a los dos sitios. Mientras se viste, yo le doy vueltas a mi conversación de ayer con Sophie. Sé que todavía no tengo derecho a meterme en su vida, pero me gustaría tanto que pudiera confiar en mí y me explicara sus cosas… Ayer, al final, con la pequeña discusión, no me dijo si aceptaba mi invitación para venir con nosotros. Por lo que decido subir a su casa para saber qué ha decidido.

Llamamos al timbre y oímos a Cloe decir que abre ella.

—¿Quién es? —pregunta.

—Hola, Cloe. Somos Pol y Jorge. —Antes de acabar de decir mi nombre ya nos ha abierto la puerta—. ¿Cómo estás, princesa? ¿Está Sophie?

—Hola, estaba viendo dibujos. Sophie no está.

—Cloe, ¿quién es, cariño? —pregunta Tammy que se dirige hacia la puerta —. Buenos días, chicos.

—Buenas, Tammy. Veníamos a ver si estaba Sophie.

—Sí, vamos al parque y después a la estación de bomberos, la queríamos invitar para que venga con nosotros —contesta Pol.

—Pues, creo que ella ha madrugado mucho más que nosotros. Ya ha salido a correr y hace un rato que se ha ido a trabajar. ¿Por qué no le enviáis un mensaje a ver qué os dice?

—Gracias, Tammy. —Me parece buena idea enviarle un mensaje.

Jorge:

«Hola, pequeña. Ayer me porté como un capullo, lo siento. Voy a ir con Pol al parque, ya me dices si quieres venir. Un beso».

Veo que lo lee, así que espero impaciente la respuesta.

CAPÍTULO 5

Sophie

Leo el mensaje que me escribe Jorge, sé que ayer no lo hizo de mala fe, pero me fastidia que me recriminen cosas. Bastantes explicaciones he tenido que dar durante toda mi vida como para que ahora tenga que justificar mis acciones.

Lo siento, pero hoy necesito pensar, no me puedo ir con ellos como si no pasara nada. Además, está Pol, tenemos que pensar también en él y no ir a lo loco.

Sé que no le va a hacer gracia, pero es lo que hay. Aprovecho y le comento que le conseguí una cita para mañana con Adela, la directora del cole.

Sophie:

«Lo siento, pero tengo mucho lío, otro día. Por cierto, he hablado con Adela, la directora del cole. Me ha dicho que te puedes pasar mañana, sobre las nueve y media».

Sé que soy muy seca, pero no me queda más opción, necesito aclarar mis ideas y mis sentimientos, no quiero que me vuelvan a hacer daño. Noto que mi teléfono vibra en mi mesa de trabajo. Llevo desde las ocho de la mañana liada. Casi no he podido dormir, así que he madrugado y he aprovechado para avanzar la novela. Le he dado un cambio y, ahora, estoy más contenta con el resultado. Desbloqueo el teléfono. De fondo está sonando la canción *Y Caíste Del Cielo,* de Los Rebujitos.

Jorge:

«Pequeña, no me hagas esto… Vamos a hablarlo, por favor. No sé qué hechizo me has lanzado, que no te puedo quitar de mi cabeza. Gracias por lo de Adela, allí estaré. Te echo de menos».

Mientras leo los mensajes, escucho parte del estribillo de la canción… Mi mundo también se para cuando él me mira y todo parece más pequeño si no está a mi lado. ¿Entonces por qué no puedo dejarme llevar y disfrutar? Yo que pensaba que lo tenía todo superado, no es así; parece que lo que pasó con Mark y mi hermana lo voy a arrastrar toda mi vida. Maldita sea.

No le respondo y sigo tecleando. Me gusta tanto escribir que es lo único que me ayuda a desconectar de todo, y de todos. Cuando miro el reloj, ya es la hora de comer, así que recojo y cierro por hoy; es domingo, por lo que voy a intentar pasar la tarde con mis chicas.

—Hasta mañana, Trini. Si hay cualquier cosa me llamas al móvil.

—Claro que sí, reina. Descansa, que falta te hace, tienes una carita...

Llego al portal con la inquietud de poder encontrarme con los chicos, pero no ocurre, menos mal; todavía no estoy preparada para hablar con él.

—Hola, ¿hay alguien en casa?

—*Titaaaa*, mira lo que me ha comprado Juana —dice mi princesa, enseñándome un DVD de dibujos.

—¡Qué *chuli*! Eso es que te has portado muy bien, ¿no?

—Bueno, tú ya sabes que no hace falta portarse muy bien para que la malcríe, ¿verdad, Juana?

—Ay, mi niña. Yo ya no voy a ser abuela, así que ya sabes que vosotras sois mis niñas y Cloe es como mi nieta.

Me acerco a darle un beso a las chicas. Cloe ya se ha ido a ver la nueva película, no me ha hecho ni puñetero caso, la tía…

—Tienes mala cara, cielo, ¿no has dormido bien? —me pregunta Juana con cara de preocupación.

—No he dormido muy bien, la verdad.

—Ayer discutió con Jorge. ¿No has hablado con él? Esta mañana ha venido a buscarte para ir al parque.

—No, no he hablado con él, pero me ha enviado un mensaje para invitarme a ir al parque con ellos. He aprovechado para informarlo de que hablé con Adela y mañana puede recibirlo.

—Si estás aquí es porque no has aceptado la invitación —comenta Juana. Niego con la cabeza—. ¿Tan grave es la pelea para que no los puedas acompañar a dar un paseo?

—No, Juana. Ha sido una tontería. Pero estoy un poco superada por todo. Hace tan pocos días que lo conozco y tengo la sensación de que todo va tan rápido... Hacía mucho que no tenía estas mariposas en el estómago. Bueno, hace tiempo que no sentía, en definitiva.

Me siento en la silla de la cocina, estoy sobrepasada, y ellas lo saben. Se sientan a mi lado y Juana me coge la mano, dándome el apoyo que necesito, el apoyo que da una madre.

—A ver, cielo… Se nota que os gustáis, hasta un ciego puede ver eso, se respira en el ambiente cuando estáis cerca el uno del otro. Él es un chico maravilloso, ha conseguido sacar adelante a un bebé. Te puedo asegurar que no lo ha pasado nada bien. Su corazón ha sufrido mucho. ¿Y qué voy a decir de ti, mi niña? Eres muy grande y lo sabes, pero también lo has pasado muy mal. Sois dos personas heridas. Primero, hay que sanar el corazón dañado y

después, pasito a pasito, el tiempo y el destino dirán.

—Sophie, ya te he dicho muchas veces que no todos los hombres son como Mark. Que tú y yo vamos a encontrar a nuestro príncipe y seremos muy felices. Quién sabe si Juana también lo encuentra —le dice Tammy con cara de pícara. Juana la mira con las cejas levantadas y le da un empujón como si estuviera muy ofendida, antes de dirigirse a mí.

—Tienes que hablar con él y abrir el corazón, aclarar las cosas. Inténtalo, cielo, solo hay que ver como se te ilumina la mirada y te sale esa sonrisa tan bonita que tienes cuando él está cerca, esa que ocultas tan a menudo.

—Mami, tengo hambre —nos interrumpe Cloe.

—Claro, mi niña, ayúdame a poner la mesa para comernos estos macarrones tan ricos que ha hecho Juana.

Aprovecho que montan la mesa para ir a mi habitación, ponerme cómoda y pensar en todo lo que me han dicho las chicas. Tienen razón, me merezco ser feliz, quiero ser feliz. Intentaré hablar con Jorge y abrir mi corazón. Lo que sí tengo claro es que no quiero que se entere de quién es mi familia, al menos, todavía no. No me apetece que mi madre y mi hermana se enteren de que ellos existen y puedan llegar a estropear lo bonito que es tenerlos cerca. Ellas son así, todo lo que tocan lo destruyen con su maldad.

Cojo el teléfono del bolso y veo que tengo un mensaje, es de Jorge. Al abrirlo solo puedo reír, me ha enviado una foto de los dos con un helado, haciendo muecas. Debajo de la foto leo: *«Mira lo que te has perdido».*

La verdad es que están muy graciosos con la cara manchada de helado y esas muecas tan raras; hasta así están guapos, los puñeteros. Pienso en cómo devolverle la foto y, mientras comemos, le pido a Cloe que nos manche los morros de tomate. Tammy nos hace una foto, poniendo muecas como han hecho ellos y se la envío, con el mensaje: *«Nosotras también lo hemos pasado muy bien, comiendo los macarrones de Juana. De la muerte ;)».*

Recibo su contestación en pocos segundos.

Jorge:

«Estáis preciosas las dos, pequeña».

Ese *pequeña*... Me encanta que sea tan cariñoso y la verdad es que, al verlo, no lo parece. Tiene la típica pinta de chico malo, es más bien serio. Si no lo conoces, hasta parece que siempre esté enfadado. En cambio, es muy dulce y, con su pequeño, es todo un padrazo.

Después de comer y recoger la cocina, me he ido a mi habitación a

descansar. La verdad es que ahora estoy realmente cansada. Me estiro un rato y, finalmente, Morfeo me encuentra.

***

—Sophie. —Oigo a Tammy, detrás de la puerta—. ¿Todavía duermes?

—Ahora ya no, tonta, pasa.

—Qué mal despertar tienes, bonita.

—¿Qué hora es?

—Son las seis, dormilona.

Pues sí que he dormido, unas tres horas… Madre mía.

—Dani me ha enviado un mensaje. Dice que van al bar de la esquina a tomar algo. ¿Te vienes?

—No sé, Tammy. Todavía estoy medio dormida y no estoy vestida.

—Vamos, *churri*, hemos quedado en media hora. Tienes tiempo de sobra para despertarte y ponerte divina de la muerte. —Me guiña un ojo. Y sin esperarlo, me da una cachetada en el culo—. ¡Arriba!

—¡*Auuuuu*! Serás guarra —me quejo, mientras le lanzo un cojín de mi cama, que ni la roza siquiera.

Pasan cinco minutos de las seis y media, cuando vamos de camino hacia el bar de la esquina, donde hemos quedado. A medida que nos acercamos, ya se ven de lejos; la verdad es que dos hombres como estos es imposible que pasen desapercibidos. Me fijo en Jorge. Madre mía, qué pedazo de hombre. Cuanto más lo miro más guapo me parece. Lleva un tejano azul oscuro desgastado y un poco caído en la cintura, con una camiseta negra que se le ciñe a los músculos y una chaqueta tejana. Se ríe apoyado en la moto de Dani. De pronto, el pequeño torbellino rubio se nos abalanza en cuanto nos ve.

—¡Hola! —dice atropellado por el esfuerzo de correr—. Mira lo que me han dado los bomberos.

—Anda, qué pegatina más bonita.

—Papá también ha cogido una para Cloe.

Y vuelve a salir corriendo, esta vez, en dirección a su padre. Este levanta la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Un escalofrío me recorre el cuerpo y se me remueve el estómago. Por Dios santo, pero ¿cómo es posible que este hombre me afecte tanto?

—Hola, chicas. Pero bueno, hoy sí que pareces una princesa —le dice Dani a Cloe, que se ha querido traer una corona.

—Hola, guapetones —contesta Tammy—. ¿Lleváis mucho rato esperando?

—Como una hora, más o menos —la pica él, mientras se acerca para darnos un beso en la mejilla a cada una—. Las mujeres siempre tardáis un mundo para todo...

—Qué graciosillo se ha levantado hoy, el sabueso... —Vaya dos, con estos es imposible aburrirte y, además, van al pique, a ver quién puede más.

Miro a Jorge y veo que se ríe de estos dos y niega con la cabeza, dándolos por perdidos. Se acerca para darme dos besos.

—Hola, pequeña, ¿todavía sigues enfadada conmigo? —me pregunta, con una cara de gato que me recuerda al de Shrek y así es imposible seguir cabreada...

—Ya no, pero no cantes victoria, ni pongas esa cara, me puedo volver a enfadar rápidamente —le digo, señalándolo con el dedo—. ¿Cómo fue el día de parque?

—Bien. Hemos ido con el patinete, comimos un helado, nos hemos acercado hasta la estación para coger unos documentos y, aparte de echarte de menos, poco más.

Después de pasar lo que quedaba de tarde tomando algo con los chicos, hemos puesto rumbo a nuestros pisos.

Nos despedimos de Dani que tiene la moto frente al bar. Cloe va delante con Pol, hablando de sus cosas, así que Tammy aprovecha para despedirse de él en condiciones. Eso significa… besito, achuchón, un «no te vayas», un «me tengo que ir», otro beso... Lo típico cuando alguien te gusta y parece que tienes quince años. Aquí hay más que rollo.

—Pol, venga, cariño… Despídete de las chicas que mañana hay cole —le pide Jorge, cuando llegamos a nuestro bloque.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, campeón. Que lo pases genial en el cole. Después, si papá quiere, vienes a verme y cambiamos el libro. ¿Te parece?

—Vale. Me cogeré uno de Iroman que me mola mucho. —Nos da un beso a cada una y se va para dentro del piso.

—Sophie, nosotras subimos —me dice Tammy, guiñándome un ojo y se despide de Jorge con la mano.

—Hasta mañana, chicas.

Esperamos a que suban y, cuando creemos que ya no nos pueden ver, Jorge me arrincona contra la pared. Me mira fijamente, como si fuera a comerme, que, si así fuera, yo me dejaría, vamos...

—Por fin solos. No te imaginas las ganas que tengo de besar esos labios —susurra, mirándome la boca y tocándome los labios con sus dedos.

—¿Y a qué esperas?

Sinceramente, no sé quién está más ansioso por ese beso, si él o yo. Este hombre me hace temblar las piernas y me nubla el juicio. Se acerca poco a poco, con esa dulzura que lo caracteriza y que, a mí, ahora mismo, me está matando. Primero, muerde mi labio inferior, haciendo una pequeña presión. Se oye un pequeño jadeo, mío por supuesto, con el que consigue que abra la boca y él pueda introducir su lengua para besarme como si no hubiera un mañana. Me encantan sus besos, su sabor, su... todo él, vaya. Cuando acaba el beso, apoya su frente en la mía y los dos estamos jadeando por el cúmulo de sensaciones. Oímos que Pol lo llama y nos separamos, dejándome con una sensación de frío por la falta de su cercanía.

—Ahora voy, Pol. Nena, ¿qué te parece si mañana cuando acabe la reunión con Adela, te aviso y me acompañas a comprar unos muebles que me faltan?

—Vale, avísame y, si no hay novedades en el frente, te acompaño.

—Genial. —Vuelve a besarme los labios—. Hasta mañana, pequeña.

—Hasta mañana, nene.

Subo las escaleras con cara de tonta y una sonrisa que hacía tiempo que no enseñaba, como dice Juana.

Jorge

Estoy contento. He ido a hablar con Adela y, por fin, hay plaza en el colegio para Pol, así que el curso que viene ya empezará más cerca de casa. Al ser el mismo al que va Cloe, podemos aprovechar para organizarnos mejor.

Jorge:

«Morena ya he acabado, ¿te apetece un divertido día de compras? Necesito algunas ideas y mucho apoyo».

Le envío el mensaje a Sophie, tal y como acordamos ayer, a ver si, con un poco de suerte, me acompaña a comprar los muebles que me faltan y le preparo la habitación a Pol.

Sophie:

«Me apetece, pero solo si prometes comida incluida».

Menos mal, no sabe lo feliz que me hace poder tener un día con ella. La verdad es que me siento muy cómodo cuando estoy a su lado, aparte de tenerme loco todo el día.

Jorge:

«Dame veinte minutos y te espero en la esquina».

Así aprovecho para tomarme un café, tranquilo. En ese momento me suena el teléfono, es mi padre.

—Hola, papá, ¿cómo estás?

—Hola, hijo, todo viento en popa. Ya casi he acabado de arreglar todos los papeles, nos falta pasar mañana por el notario con tu tío. Creo que el viernes ya podré estar de regreso. Y mi pequeño, ¿cómo va?

—Bien, ayer estuvimos dando un paseo por el parque y fuimos a buscar unas hojas a la estación. Después, tomamos algo con las vecinas.

—Qué bien, hijo. Así que, con las vecinas, ¿no? —Oigo como se ríe, de tonto no tiene un pelo.

—Vamos, no empieces que te conozco. Por cierto, cuando vuelvas me tienes que explicar qué pasa con Juana...

—¡Ay, hijo! Cosas de mayores. Que sepas que Sophie me gusta mucho para ti. Parece una chica estupenda y es muy guapa.

—¿Y tú cómo sabes que es Sophie y no Tammy? Ella también es una mujer muy guapa.

—Sí, hijo, también es preciosa, pero la cara de tonto que se te pone cuando miras a Sophie te delata; además, eres mi hijo y te conozco. —Será puñetero, el tío. No pensaba yo que se me notaba tanto que esta mujer me tiene loco.

—Bueno, papá, te dejo que he quedado con ella para ir a comprar algunos muebles.

—Claro que sí, hijo. Me gusta mucho verte feliz, te lo mereces, sin duda. Te quiero, hijo. Le das un beso a mi niño, ¿vale?

—Claro, estamos en contacto.

Ni café ni puñetas, con la llamada de mi padre no he podido hacer nada más. Así que me encuentro en la esquina, con mi coche, mientras espero a que llegue. La veo caminar en mi dirección, está preciosa, como siempre. ¿Cuándo no lo está? Va vestida con un tejano apretado (*pitillo,* creo que lo llaman), y una camiseta blanca con los hombros descubiertos, una chaqueta tejana en la mano y zapatillas. Lo dicho, preciosa.

—¡Hola, *fireman*! —me saluda, cuando se sube al coche y se acerca para darme un beso en la mejilla, pero rozando la comisura de mis labios.

—Hola, pequeña, estás preciosa. ¿Preparada para un maratón de compras?

—Claro, ¿qué hay que comprar? ¿Ya tienes una idea?

Pasamos parte del día de tienda en tienda. Compro todos los muebles y artículos de decoración que necesito, y que no necesito también. Hemos comprado millones de cosas que no sé ni para qué sirven, pero con tal de verla feliz y con esa sonrisa… Es fantástico. Lo bueno es que ya tengo la habitación para Pol. A ver si le gusta cuando esté montada.

***

El resto de los días pasan sin pena ni gloria, consigo montar la habitación de mi campeón y, como bien dijo Sophie, le encantó. La estructura de la cama es de hierro y la funda nórdica de los superhéroes. Se la compró ella y está como loco por dormir en su cama. He acoplado una estantería con cubos para meter sus juguetes y otra para los libros que, al verla, ya me dijo que le molaba mucho porque *era como las que tenía Sophie*, palabras textuales. Como podéis comprobar esta mujer nos tiene locos a los dos.

Ya es jueves, así que hoy toca trabajar, dejo a Pol en el colegio y voy a la estación. Entro y me pongo el uniforme. Espero que sea un día tranquilo y no tengamos que hacer muchas salidas, eso sería lo mejor para todos.

Nada más entrar en la sala de descanso donde tenemos mesas, sillones para descansar y la televisión, me encuentro a *Oso*. ¿Que por qué lo llamamos así? Imaginaos a casi dos metros de hombre, con una espalda y unos músculos que dan miedo y cara de «no me toques los cojones». Menos en el pelo, que no

tiene mucho y va rapado, en el resto es como ver a uno oso *grizzly* de pie y enseñándote los dientes, acojona, y mucho. Lleva un tatuaje en el pectoral derecho y, ¿a qué no sabéis qué es? Correcto, un oso.

De fondo se oye música, algo de guitarra, como si fuera flamenco. Me he olvidado deciros que *Oso* es de Cádiz y siempre tiene puesta su música.

—¿Qué pasa, *Oso*? ¿Cómo vas? ¿Qué cojones de música estás escuchando, tío? ¿Ya estás otra vez con tus mariconadas?

—No te pases, rubiales, que te machaco. No insultes a mis paisanos, Los Rebujitos. Además, esta canción nos viene que ni pintada, se titula *Envuelto En Llamas*, capullo.

—*J*, no lo chinches que tiene mal de amores —me dice *Blue*, que acaba de entrar por la puerta.

—No me fastidies, *Oso*, ¿qué ha pasado esta vez? ¿Se acabó el amor? —*Blue* y yo soltamos una carcajada. Siempre le pasa lo mismo, al pobre, tan grande y tan bonachón.

—Joder, tío, me voy a quedar para vestir santos. Después de tres meses, me entero de que la tía está casada. Pero se enfada con su marido y aquí está el tonto de Manuel, que cómo es grande y asusta, nadie se mete con él —nos comenta compungido—. El amor es una mierda y las tías también, me voy a hacer gay. ¿Quieres salir conmigo, *Blue*?

—A la mierda, capullo —le contesta este.

Como podéis ver, casi todos tenemos un apodo y también somos muy mal hablados; es lo que tiene estar tantas horas rodeados de hombres.

Noto como me vibra el teléfono en el bolsillo y veo que es el número del colegio de Pol.

—Buenos días, ¿el señor Gutiérrez?

—Sí, yo mismo.

—Le llamamos del colegio de su hijo. Verá, tenemos a Pol en la secretaría. Ha vomitado en varias ocasiones. ¿Cree que podría venir a buscarlo? El pobre está llorando y quiere a su papá.

—Claro, en veinte minutos estoy allí.

—Perfecto, hasta ahora, señor Gutiérrez.

Cuelgo y me dirijo hacia mi superior para informarle de que debo salir un momento a recoger a mi pequeño, ya que mi padre sigue fuera.

No sé qué narices voy a hacer ahora, ni dónde puedo dejarlo. Mi primera opción es Dani, pero me dice que está fuera de la ciudad y no volverá hasta la tarde que era cuando tenía que recogerlo del colegio. Mi segunda opción es

Paula, nos conocemos de toda la vida, pero estará en el trabajo, es pediatra. Incluso Juana parece haber desaparecido, pues no me coge el teléfono. Así que como último recurso se lo pido a Sophie, me da rabia molestarla, no quiero que piense que puedo estar abusando de ella.

—¡Hola, *fireman*!

—Hola, pequeña, necesito un favor —le digo, y creo que mi voz suena un poco desesperada porque ella cambia su tono jovial por uno más serio.

—Claro, ¿pasa algo? Te noto nervioso.

—Me han llamado del colegio, y voy a buscar a Pol; ha vomitado en varias ocasiones. El problema es que hoy tengo que trabajar y no tengo con quién dejarlo. ¿Crees que te lo puedas quedar un rato? Solo hasta que llegue Dani y lo recoja.

—Por supuesto, no hay problema. ¿Dónde quieres que lo recoja?

—Si no te va mal, ¿puedes pasar por la estación y te lo llevas?

—Claro, nos vemos en un rato.

Apago el manos libres, aparco el coche en doble fila y corro para coger a mi pequeño. Al entrar en la secretaría ya veo a mi guerrero. Tiene la cara pálida.

—Hola, soy el papá de Pol —le digo a la señora del mostrador, señalando a mi hijo.

—Pol, cariño, mira quién ha venido a buscarte.

Me acerco y lo cojo. Pobrecillo, se ve tan indefenso que se te encoge en corazón.

—Hola, cariño, ya está aquí papá.

Me despido de la señora del colegio, dándole las gracias. De camino a la estación, donde he quedado con Sophie, se queda dormido. Aprovecho para llamar a la consulta de Paula, su secretaria ya me conoce y me la pasa en un momento.

—Hola, chicarrón, ¿va todo bien? Tú solo me llamas a la consulta si pasa algo.

—Hola, preciosa, es que he tenido que coger a Pol del cole, me han dicho que ha vomitado en varias ocasiones y está hecho polvo.

—Vaya, pobre, mi niño. Seguramente sea una gastroenteritis. Dale mucho líquido y si tiene fiebre, ibuprofeno. Sobre las cinco me paso por tu casa y le echo un ojo.

—Perfecto, gracias, Paula. Oye, te paso por mensaje mi nueva dirección y el piso, es el de Sophie, mi vecina, que se lo quedará un rato.

—Muy bien, Jorge. Nos vemos después. Un beso.

Al llegar, dejo a Pol en mi cama y le doy un poquito de agua. Él pobre está hecho polvo y sin fuerzas, con lo movido que es, cuesta verlo así, tan parado.

—*J*, colega, en la entrada hay un bombón y como no te des prisa *Oso* se la va a comer, tío —me dice *Blue*, para hacerme saber que Sophie ha llegado.

Cojo a mi pequeño y corro como si se acabara el mundo, no sé lo que le pueden decir estos animales. Cuando llego a la entrada de la sala, veo un corrillo de hombretones, donde imagino que, en el centro, estará Sophie.

—Pero bueno, parecéis sabuesos, ¿vosotros no habéis visto una mujer en vuestra vida o qué? —les pregunto con tono de enfado.

La tropa se dispersa hasta que consigo ver a Sophie en medio. No tiene cara de susto, al contrario, está sonriente y habla con *Oso*. Cuando ve que se empiezan a marchar, me mira y sonríe. ¡Dios mío, es tan bonita! Seguro que ya tengo cara de tonto como siempre que la tengo cerca.

—Tranquilo, rubiales, solo estábamos hablando. ¿Sabes que nos gusta la misma música? Chúpate esa, sargento —me dice *Oso*, por haberme reído de él antes—. Ha sido un placer conocerte Sophie, un día que tenga fiesta, ya me pasaré por *Mi pequeño mundo*.

—Para mí también ha sido un placer, *Oso* —contesta ella, guiñándole un ojo. Pero ¿qué narices ha sido eso?—. Allí te espero para poder seguir con nuestra conversación.

Mi compañero se queda allí, de pie, embobado. Esta chica nos deja a todos tontos.

—*Oso*, colega, creo que te llama el capitán —le digo, para ver si pilla la indirecta.

—Sí, ya, el capitán... —Se da media vuelta y lo oigo murmurar un «será capullo».

—Disculpa a estos cavernícolas. Espero que no hayan sido muy groseros.

—No, qué va, al contrario. *Oso* ha sido muy agradable conmigo. Y este campeón, ¿cómo sigue?

—Bueno, de momento no ha vuelto a vomitar. He hablado con Paula, que es pediatra, y me ha dado unas instrucciones. Mucho líquido y si tiene fiebre ibuprofeno.

—Perfecto, no hay problema, tengo de todo en casa.

—Espero que no te importe, pero me ha dicho que después se pasará para revisarlo mejor.

—Claro, allí la esperamos. Y tú… ¿cómo estás?

—Bueno, ahora mejor, la verdad es que siempre pasan estas cosas, tengo un montón de días de fiesta y se pone enfermo el día que trabajo y el resto del mundo está ocupado...

—Papi, tengo sed.

—Claro, campeón. Vete con Sophie y ahora te traigo un poco de agua. Oye, tienes que irte un ratito con ella, a su casa, ¿vale? Más tarde verás a Paula y te mirará esa barriguita para saber cómo está.

—Vale, papi. ¿Y tú cuándo vienes?

—Yo iré cuando acabe de trabajar, cariño. Después, el tío Dani se quedará contigo por la noche.

—Pol, ahora nos pondremos en el sofá a ver dibujos. —Mi hijo asiente con la cabeza.

—Voy a buscar agua y te lo llevas, ¿vale?

—Claro, ve.

Regreso con el agua, se la bebe y los acompaño al coche. Me despido de mi niño con un beso en la frente y de ella con uno en la comisura de los labios. Cada día que pasa me cuesta más tenerla tan cerca y no poder demostrarle lo que me gusta, que no tuviera que mantener las distancias y poderla besar cuando yo quisiera.

CAPÍTULO 6

Sophie

Dejo mi coche en el aparcamiento. La verdad es que tengo todo tan cerca que apenas lo cojo. Yo no me lo hubiera comprado, pero ya sabéis como son los padres y supongo que, dada la capacidad económica de los míos, pues peor. Aunque yo no lo quiera, ellos me lo compran.

Pol se ha quedado dormido nada más ponerlo en la silla que llevo para Cloe. La verdad es que se ve que el pobre está muy pachucho, con lo dicharachero que es él siempre… Ni se le ha oído.

—Pol, cariño, ya hemos llegado —le digo, moviéndolo un poco para no asustarlo—. Ya eres muy grande y pesas un montón, no te puedo llevar. Vamos, que te ayudo a bajar del coche.

—¿Ya ha llegado Paula? Me duele mucho la barriga —me pregunta, el pobrecito. Realmente se nota que está enfermo. Le toco la frente y está algo caliente.

—No, cariño, vendrá un poquito más tarde. Ahora subiremos a casa, beberás un poco de agua y tomaremos el jarabe para que te pongas bueno pronto. Si quieres puedes dormir un poquito y cuando venga Paula te despierto, ¿vale?

—Vale, Sophie, ¿te puedes quedar un poquito conmigo en el sofá?

—Claro, campeón, vamos.

Al llegar al piso, tumbo a Pol en el sofá, cojo un vaso de agua, le doy el jarabe y me siento a su lado. Pone su cabeza en mis piernas y le voy peinando el pelo, despacito, como haciendo un masaje.

—Me gusta mucho que me toques así la cabeza. A veces, papi también me hace un masaje cuando vemos una peli en casa, pero tú me lo haces mejor porque tienes uñas. Seguro que a papá también le gustaría que se lo hicieras tú, a él le gusta que le toquen la cabeza.

—¿En serio? —le pregunto, riéndome.

—Sí, a veces, le toco yo y, a veces, lo hace Paula, pero ni ella ni yo tenemos uñas, así que seguro que si se lo haces tú le gusta más.

Esa respuesta de Pol me llama la atención. Por lo visto el nivel de intimidad entre Jorge y Paula es más grande de lo que yo pensaba. Eso hace

que, de pronto, esté triste… o enfadada, no tengo claro qué siento. Yo creo que nunca he tenido esa intimidad ni con mi hermano Nico y eso que lo quiero con locura. Pol se queda dormido y mi cabeza saca humo de la cantidad de imágenes que pasan por ella. Mi nivel de celos está en lo más alto y ya sé que lo que voy a decir está mal, pero solo me queda esperar que Paula no sea de esas chicas guapas, simpáticas y que se llevan a todos los chicos de calle, porque si no...

Como Pol está dormido, decido levantarme despacio para no despertarlo, necesito hacer alguna cosa o mi cabeza estallará con todo lo que imagino de Jorge y Paula. Él me dijo que no había nada entre ellos, pero entre todo lo que mi corazón ha sufrido y que a Jorge casi no lo conozco, no sé si fiarme de su palabra. Decido coger mi portátil y traerlo a la sala; así, mientras echo un ojo a Pol, avanzo en mi libro. Como siempre que me pongo a escribir, pierdo la noción del tiempo y reacciono cuando oigo el timbre del telefonillo del portal. Me imagino que es Paula.

La espero en la puerta para recibirla, aunque esté rabiosa por dentro, todavía queda rastro de esa educación que me han pagado mis padres. Y ahí está. Guapísima, por supuesto. Es, más o menos de mi estatura, ojos color caramelo, muy dulces, pelo castaño y algo ondulado y cuerpo de infarto. Vaya, no tiene nada que ver con lo que mi mente quería imaginar.

—Hola, soy Paula —me saluda, estirando la mano para presentarse—. Tú debes de ser Sophie, ¿verdad?

—Así es. Encantada, Paula —le doy la mano para acabar la presentación. Espero que no haya notado en mi tono de voz los celos que me comen por dentro.

—Siento no haber venido antes, pero hay un montón de niños enfermos. ¿Cómo sigue Pol?

—No pasa nada, la verdad es que, el pobre, está tan hecho polvo que se ha quedado dormido y parece que no haya niño. Adelante, está en el sofá, en el salón. —Paula se adentra en la sala y se sienta al lado de Pol—. Cariño, mira quién ha venido.

—Hola, Paula. —Se tira a sus brazos, el niño también la quiere mucho, por lo que parece.

—¿Qué ha pasado, pequeño Iroman?

—Me duele mucho la tripa y he vomitado en el cole, tres veces —contesta él con cara de preocupación y enseñándole tres dedos.

—Bueno, pues vamos a mirar cómo sigues.

Lo estira en el sofá y levanta su camiseta para tocarle la barriga. Le hace abrir la boca, mira los oídos, lo ausculta y, de su maletín, saca un termómetro y le mira la fiebre. Mientras realiza todo el proceso de comprobar cómo se encuentra el pequeño, se lanzan sonrisas y se nota la complicidad que hay entre ellos, incluso sin decir palabra. Creo que me voy a morir de envidia y me da mucha rabia, porque yo no soy así. Esa sería la reacción de mi hermana, no la mía, y no quiero tener esta sensación tan amarga. No me quiero convertir en ella.

—Perdonadme un momento —me disculpo.

Ella me mira sorprendida, pues el tono de mi voz ha dejado muy claro que estoy molesta. Tengo que salir de aquí un rato para serenarme y analizar qué pasa en esta cabecita. Suena mi teléfono y doy un brinco, estaba tan concentrada en mis penas, que me he asustado como una tonta. Veo que es Jorge, así que contesto.

—Hola, Jorge.

—Hola, nena, ¿cómo estáis?

—Bien. Paula está aquí, revisando a Pol. ¿Quieres que te la pase y que te explique? —Mi tono vuelve a ser seco y borde.

—Claro. ¿Va todo bien, pequeña?

—Sí, solo estoy algo cansada. Espera, que te paso.

No quiero hablar con él o creo que me voy a poner a llorar. ¿Seré tonta? Seguro que dramatizo, pero no lo puedo evitar.

—Paula, es Jorge. —Le paso el teléfono y me doy la vuelta para irme, pero Pol me coge de la mano y no me queda otra que quedarme.

—Hola, chicarrón.

No oímos lo que le contesta, pero sí puedo ver como ella sonríe y tiene un brillo especial en los ojos. Por un momento, nuestras miradas se cruzan y supongo que se da cuenta de que la mía es triste.

—Jorge, pongo el altavoz y mientras te explico, guardo mis cosas. Así, también, puedes oír a Pol y a Sophie.

—Hola, papi.

—Hola, campeón. ¿Cómo estás, cariño? ¿Cuidas bien de esas chicas tan guapas?

—Claro que sí, papi, y ellas, también, cuidan de mí, súper. Paula me ha dicho que, cuando me ponga bueno, podremos ir a comer un helado de esos grandotes que tanto nos gustan y Sophie me ha hecho un masaje en la cabeza para que me durmiera y es… ¡Uf! para flipar, porque tiene unas uñas que

molan un montón. Le tienes que pedir que te lo haga un día, ya verás qué pasada.

Creo que estoy roja como un tomate por el comentario de Pol, pero este pequeño bicho siempre consigue sacarme una sonrisa, y los tres nos echamos a reír.

—Vaya, veo que te tratan como a un rey. Ya hablaré yo con Sophie para que me haga ese masaje en la cabeza, a ver si no exageras.

—A ver, vaya par que estáis hechos. Yo estoy curada de espantos con vosotros, pero vais a asustar a Sophie. Bueno, te explico, que me tengo que ir. Como ya nos imaginábamos tiene una *gastro*. Nada importante, mientras no se deshidrate. Como desde el medio día no ha vuelto a vomitar, pues vamos bien, así que te hago una receta de medicamentos que hay que darle y cómo hay que hacerlo. Yo no lo llevaría al colegio hasta el lunes y que descanse. Mañana trabajo, pero el sábado o el domingo me puedo quedar con él, si me necesitas.

—Gracias, preciosa. Te debo otra y ya perdí la cuenta de cuántas... —Se hace un silencio, como si los dos estuvieran pensando en qué hacer para devolverse los favores—. Creo que mañana llega mi padre y hablaré también con Dani, a ver si trabaja. Si necesito algo ya sé dónde localizarte, como siempre...

—Perfecto, entonces, un besazo. Te paso con Sophie.

—Un beso, guapísima, y gracias de nuevo.

Paula quita el altavoz y me pasa el teléfono con una sonrisa de oreja a oreja, creo que es totalmente consciente de que entre nosotros pasa algo y no veo en su cara que le importe demasiado. Así que todavía me siento peor de lo que me sentía; creo que mis celos me han traicionado y he pensado cosas que no son. No he sido justa con ninguno de los dos y mi actitud no ha sido nada correcta con Paula.

—Nena, ¿seguro que va todo bien? Oye, sobre las ocho llegará Dani a casa y pasará a buscar a Pol. Más tarde te llamo y podemos hablar de lo que te inquieta, sé que te pasa algo… Ya te voy conociendo.

—No es nada, de verdad, no te preocupes —le digo, mientras miro de reojo a Paula que habla con Pol.

—Quedamos así, pequeña. Me tengo que ir, nos llaman para una salida. Hasta luego, nena.

—Ten cuidado. Hasta luego.

Pienso que, en poco tiempo, este hombre ha calado bien hondo en mi corazón. Ahora soy consciente de que me importa de verdad; se me encoje el

alma al pensar que le pudiera pasar algo. Dios mío, creo que me estoy enamorando de este *fireman*. Cuando reacciono, me doy cuenta de que he sido tan egoísta al pensar en mí todo el rato, que ni siquiera le he ofrecido nada de beber a Paula.

—Perdóname, Paula, he sido una mal educada y no te he preguntado si quieres algo para beber. ¿Un café, un refresco...?

—No te disculpes, Sophie, entiendo que estos hombres, a veces, hacen que una pierda la cabeza y desmontan tu día en un momento. Son una parte muy importante de mi vida, así que te puedo entender perfectamente, yo tampoco puedo vivir sin ellos. Un refresco está bien, gracias.

No entiendo muy bien lo que me ha querido decir con esas palabras. Estoy hecha un lío y necesito aclarar este tema de una vez por todas o me volveré loca.

—Sophie, ¿puedo ver un ratito los dibujos?

—Claro que sí, campeón. Paula y yo estaremos en la cocina, si necesitas cualquier cosa nos llamas, ¿vale? —Afirma con la cabeza y conecto la televisión.

Vamos hacia la cocina, le doy su refresco y yo cojo otro.

—Oye, Paula, yo...

—Verás, Sophie...

Las dos empezamos a la vez, creo que tenemos las mismas ganas de aclarar la situación, ya que se ha creado una tensión entre las dos que resulta desagradable.

—Empieza tú, por favor —le pido.

Ella suspira y empieza a hablar.

—A ver, no sé por qué, pero creo que se ha creado entre nosotras un ambiente algo tenso. Yo soy una mujer que, para bien o para mal, siempre voy por delante y me gustan las cosas claras. Me da que tú eres muy parecida a mí en ese sentido, ¿verdad?

—Sí, no me gusta, en absoluto, dejar las cosas a medias.

—Perfecto. Entonces vamos a aclarar las cosas para poder hacer que esta tensión desaparezca de una vez. Conozco a Jorge de toda la vida. Hemos sido amigos desde pequeños, con la edad de Pol, más o menos. Ha estado en casi todos los procesos de mi vida y yo en los suyos. No te voy a negar que en más de una ocasión he deseado que él se fijara en mí como mujer, tendría que estar muy ciega si no fuera así. Está cañón y, con los años, ha mejorado bastante. El problema es que cuando lo conoces a fondo, es aún mejor. Es el hombre que

toda mujer quiere a su lado; es atento, cariñoso, respetuoso, amable... bueno, también tiene sus cosas malas, no creas que es perfecto, aunque ya sabemos que ese tipo de hombre no existe. —La dejo continuar, no la quiero interrumpir, pues veo que lo quiere mucho y necesito averiguar hasta dónde llega su relación, para saber si la nuestra puede funcionar o no—. Con el paso del tiempo, me he dado cuenta de que su amistad es lo mejor que tengo. Que no lo cambio por nada del mundo. Nunca podríamos ser pareja, somos como hermanos, por ese motivo voy a estar ahí siempre y no voy a permitir que le hagan daño, ni a él ni a Pol. Creo que ya he aclarado mi parte, que es la que generaba tu desconfianza, ¿cierto? Ahora quiero escuchar tus palabras para saber sí también consigues aclarar la desconfianza que tengo yo hacia ti.

Vaya, me gusta esta mujer; directa, sin rodeos y está claro que los quiere mucho. Es un cariño limpio y verdadero. Le sonrío, haciéndole ver que sus palabras han conseguido calmar mi ansiedad.

—Bien… no sé por dónde empezar, estoy en total desventaja. Nosotros hace una semana que nos conocemos, bueno estamos en ello. Nuestros pasados han sido complicados y eso dificulta la tarea de poder abrir nuestros corazones. Por el momento, solo puedo decirte que me encanta estar con ellos. Que tener a Jorge cerca me hace recuperar la sonrisa, el brillo en los ojos y despierta a los elefantes de mi estómago. Pero es muy pronto, y necesitamos aclarar muchas cosas para estar bien los dos.

Me mira seria, no sé si le ha servido mi aclaración y me inquieta, sé que es una parte importante en la vida de Jorge y tengo la necesidad de que apruebe nuestra relación.

—Bueno, para empezar, no está mal —me dice, ahora sí, con una sonrisa—. Creo que tú y yo nos llevaremos bien, siempre que me los cuides como corresponde.

Yo también creo que nos podemos llevar bien.

Jorge

Por fin, la hora de salir de trabajar. Vaya mierda de día hemos tenido hoy. Nos han llamado para tres salidas bastante complicadas, y estoy reventado. Tengo ganas de llegar a casa, abrazar a mi niño y ver cómo está. Por la noche se lo llevó Dani a nuestro piso a dormir y hoy han estado todo el día juntos. Parece que ya se encuentra bastante mejor. Tengo que hablar con Sophie, no sé qué le habrá pasado ayer por la tarde para notarla tan decaída. Al final, con el lío que tuvimos, no la pude llamar por teléfono.

—*J*, colega, ¿qué vas a hacer mañana? Hemos quedado para salir a cenar, *Blue* con su santa esposa, Tom y yo. ¿Por qué no te apuntas e invitas a Sophie? —me pregunta *Oso*—. Puedes decirle al madero que venga con alguna amiga, a ver si Tom y yo tenemos algo de suerte.

—No tienes cara, tú. Parece mentira, con lo grande que eres, que tengamos que buscarte rollo para pasar la noche.

—Tío, no seas duro con él que tiene el *Corazón Partío,* como decía Alejandro Sanz, ¿cómo era la canción? —*Blue* se pone a pensar y, de pronto, arranca a cantar—. *Quién me va a entregar sus emociones, quién me va a pedir que nunca la abandone, quién me tapará esta noche si hace frío, quién me va a curar el corazón partío, quién llenará de primaveras este enero y bajará la luna para que juguemos...*

Nos echamos todos a reír, mientras vemos a *Oso* correr, medio en pelotas, detrás de *Blue* para pillarlo; estos hombres, a veces, son peores que los niños. Me acabo de vestir y recojo todas las cosas. Me acerco a la tropa para despedirme.

—Me voy, tíos, portaos bien. *Oso*, mañana te digo algo sobre el plan de salir a cenar. Se lo comentaré a Sophie y a Dani, a ver qué les parece la idea.

—Ok, *J*, nos vemos mañana.

***

Llamo a mi padre para saber cómo está y cuándo vuelve, a ver si nos podemos organizar.

—Hola, hijo, ¿cómo estás?

—Hola, papá. Todo bien, saliendo de trabajar. No hemos parado. Nos han llamado para tres incendios de los duros y estoy molido.

—La verdad es que hace mucho calor para ser primavera y eso para nosotros no es bueno...

—Sí, es cierto, el calor no ayuda. El primero ha sido un accidente en un bloque de pisos y los otros… creo que han sido provocados.

—Vaya, la gente está muy loca, hijo. Ahora desconecta y vete a casa. ¿Cómo está mi pequeño?

—Por eso te llamaba. Ayer, me avisaron del colegio porque había vomitado. Ya lo ha revisado Paula y tiene una *gastro*. Se quedó toda la tarde con Sophie y hoy ha estado con Dani. ¿Sabes si llegarás mañana? Paula me ha dicho que sería conveniente no llevarlo al colegio hasta el lunes. Necesito saber si puedo contar contigo para organizarme.

—Ay, pobre, mi niño. ¿Por qué no me has llamado antes? Ya estaría de vuelta, hijo. Mira, ya tengo el coche cargado, pensaba salir mañana temprano, pero me pongo en marcha ahora mismo y haré noche por el camino. Nos vemos mañana cuando llegue, ¿vale?

—Vale, papá, pero ven despacio, no hay prisa. Ya se encuentra mejor, así que tómatelo con calma. Mándame un mensaje cuando pares a dormir.

—Perfecto, hijo. Hasta mañana, entonces. Un beso.

—Un beso, papá.

Llego a casa, destrozado, no puedo con mi alma y, encima, cuando llego a la puerta, parece que tienen una fiesta montada en el interior. Oigo la música y a alguien cantando. Me voy a cargar a Dani.

Entro por la puerta y saludo, pero nadie me contesta; no me extraña, la música está a todo trapo. Entro en el salón y el panorama es para grabarlo. Suena *Chantaje,* de Shakira y Maluma*,* y frente a la televisión, donde se ve el videoclip, están Dani y Cloe, tienen algo en la mano para hacer de micro y cantan cada uno su parte. Encima del sofá está mi hijo, que intenta bailar como Shakira en el vídeo.

Me he quedado en la puerta, con la boca abierta, no sé si echarme a reír, llorar o unirme a la fiesta. Noto que alguien me coge por detrás y me da un beso en el cuello. Sé que es Sophie, la reconozco por el olor; huele a pomelo, es un olor suave que me encanta. Creo que ya ha visto el panorama, noto como su cuerpo tiembla de la risa. También hay una presencia a mi lado y al girarme me encuentro con Tammy. Está como yo. Su cara es de alucine y parece que los ojos se le van a salir de las órbitas. Nada más acabar la canción, Tammy murmura un «la madre que me parió» que alerta a Dani. Nos mira y veo que se sonroja. ¿Dani de color rojo pasión? Ver para creer.

—Hola, mami, estamos cantando —dice la pequeña, mientras mira a su madre más orgullosa que si estuviera en Eurovisión.

—Ya veo, cariño, lo has hecho muy bien. Maluma no lo ha hecho tan bien, creo que se le da mejor coger a los malos que cantar —le contesta Tammy, mientras se ríe de Dani.

—Qué graciosilla, la morena. Que sepas que no lo haré tan bien, pero soy bastante más guapo que él.

—Menos lobos, Caperucita...

Estos dos son increíbles, están tirándose pullas el uno al otro constantemente y, por otro lado, se nota una electricidad a su alrededor cuando están juntos, que no sé cómo no estamos todos electrocutados.

—Hola, papi —saluda mi pequeño. Por lo que veo, está bastante recuperado.

—Hola, cariño. Ya te encuentras mejor, ¿verdad?

—Sí, ya estoy mucho mejor, hoy no he vomitado nada.

—Genial, pues ya es tarde, recogemos todo y a la ducha.

—Vale. —Sale corriendo hacia el baño.

—Joder, colega, qué cara traes, ¿te encuentras bien? A ver si vas a pillar algo tú también —me dice Dani.

—Solo estoy cansado, ha sido un día muy duro. ¿Y tú qué?, ¿preparándote para algún concurso de la televisión?

—Otro gracioso, encima que me quedo con los niños y los entretengo, tenemos cachondeo. Voy a ayudar a Pol en la ducha y tú ponte cómodo para descansar, pareces un cadáver.

—Oye, pero no te enfades...

Se aleja por el pasillo y veo como me enseña el dedo del medio. Creo que a Dani no le ha hecho gracia que cierta morena de ojos azules como el mar haya visto su parte más tierna. Ahí donde lo veis, mi colega tiene un corazón de oro y hace el payaso como nadie.

—Bueno, nosotras también nos vamos a la bañera, Cloe. Te esperamos arriba, Sophie.

Me quito la chaqueta y voy de cabeza a sentarme en el sofá. ¡Oh, qué placer! Me apoyo en el respaldo y cierro los ojos. Creo que ahora mismo sería capaz de quedarme dormido en esta posición.

—¿Día duro? Parece que vengas de la guerra, tienes cara de estar muerto —me dice Sophie, sentándose a mi lado en el sofá.

—Estoy reventado. Creo que, en estas veinticuatro horas de trabajo, he

dormido unas tres o cuatro. Y tú, ¿cómo estás? Casi no hemos podido hablar y tenemos una charla pendiente. Por cierto, *Oso* te manda saludos. Te lo has metido en el bolsillo a él también.

—Parece un buen tío, un poco grandote, pero... —Me mira y se echa a reír. Tiene una sonrisa preciosa. Madre mía, estoy tan cansado que parece que estoy viendo un ángel—. Yo estoy bien, no te preocupes más por lo de ayer. Son tonterías de mi cabeza.

La miro incrédulo, pero no quiero insistir; además, ahora mismo, no me encuentro con ganas de querer averiguar nada, ya buscaré la forma de enterarme, en otro momento.

—Mañana, los chicos de la estación van a cenar y me han comentado si queríamos ir. ¿Te apetece? Se lo podemos decir también a Dani y Tammy, a ver si se apuntan.

—Por mí bien. Mañana lo acabamos de decidir. Ahora a dormir, que ya te toca. Ya nos encargamos nosotros de Pol.

—Gracias, Sophie, eres un cielo.

Me acerco a ella despacio, cojo su cara con mis manos y acaricio sus mejillas. Esta mujer me tiene loco. Oigo que los chicos todavía están en el baño, así que aprovecho para acercar mi boca a la suya. Muerdo su labio inferior, haciendo una pequeña presión que permite que ella abra la boca. Me adentro en su interior y es como llegar al paraíso. Me encanta besarla, me encanta tocarla, me encanta que sea *mía*.

Al oír que Pol se aproxima me separo de ella, quedándome con ganas de más, nunca me canso de ella. Mientras ellos preparan alguna cosa para cenar, yo aprovecho para estar un ratito con mi hijo y que me explique cómo ha ido el día. Finalmente, caigo rendido en la cama, ni la ropa me he quitado. Tampoco he tenido ocasión de hablar con Dani para darle las gracias por todo y ver qué grado de enfado tiene. Bueno, mañana será otro día.

***

Noto un cosquilleo en la cara, como si fuera un bicho y le doy un manotazo. Oigo unas risas por detrás, uno es mi hijo, seguro, pero hay alguien más. Espero que se vuelvan a acercar y cojo a mi hijo con la guardia baja.

—¡Arggg! ¡Has despertado a Dientes de Sable y ahora me voy a vengar, Iroman! —le digo a mi hijo, tumbándolo en la cama.

—*Abu*, *abu*... —chilla, pidiendo auxilio a mi padre—. Ayúdame, que me ha

cogido con sus garras. —Le hago cosquillas mientras se ríe sin control, me encanta oír su risa, verlo feliz.

—Cariño, el abuelo no tiene poderes como papá y como tú. Tendrás que buscar la forma de ganar a Dientes de Sable, mientras, el abuelo va a preparar un desayuno para superhéroes.

—Te debo una, papá. —Lo miro agradecido, mientras hago ver que mi hijo me ha ganado la posición y se pone encima de mí—. Vaya, creo que todavía estoy medio dormido y me has ganado. Venga, campeón, vamos con el abuelo a desayunar o te voy a comer a ti de un bocado.

Nos levantamos y vamos hasta la cocina a la carrera, para ver quien llega primero. Mi padre hace zumo, y encima de la mesa de la cocina hay bollos de azúcar y chocolate, además de dos tazas de café.

—Venga, a desayunar para reponer las fuerzas de la batalla. Ya veo que mi pequeño está mucho mejor. Así que he pensado que, este fin de semana, me lo voy a llevar conmigo. Podríamos ir al parque. Creo que Juana también tiene planes para ir con Cloe al parque Warner...

—¿Podemos ir nosotros también, *abu*? *Porfa*, *porfa*... —le pide mi hijo con cara de pena y las manos en posición de súplica.

—Bueno, a ver qué dice papá.

—Por mí no hay problema, pero tienes que portarte bien, ¿vale?

—Me portaré súper, no… *megabien*. ¿Puedo ir a ver los dibujos, mientras espero al *abu*?

—Anda, ve... Estos niños tienen una capacidad de recuperación alucinante, tendrías que haberlo visto ayer, bailando en el sofá, mientras Dani y Cloe cantaban —le comento a mi padre, mientras nos acabamos el café—. ¿Seguro que no te importa quedarte con el niño? Yo te lo iba a pedir para esta noche, que queríamos ir a cenar con los chicos.

—No me importa, hijo, hace una semana que no estoy con él y tengo mono de nieto. —Se echa a reír—. ¿Sophie te va a acompañar a la cena?

—Bueno, ayer se lo comenté, pero no hemos quedado en nada. Tengo que hablar también con Dani, a ver si se anima y quiere venir. Supongo que, si Juana se queda con la niña, Tammy también vendrá. Y tú, ¿qué me cuentas?

—Todo en orden, hijo. La familia se ha quedado bien, que es lo importante. Y yo he podido arreglar todos los papeles con el tío Juan. Así que más tranquilo.

—¿Y no me vas a contar nada de lo que os traéis Juana y tú?

—Hijo, a Juana la conozco desde hace mucho tiempo, poco después de

llegar a Madrid y conocer a tu madre. Siempre fue una gran amiga nuestra y ahora está ahí. Es una mujer muy guapa, atenta, cariñosa y dulce, como puedes comprobar, y me gusta mucho, pero... Yo ya no estoy en edad de hacer tonterías, nos gusta mucho la compañía que nos hacemos el uno al otro y, a veces, también tengo alguna que otra *necesidad*, ya me entiendes...

Se ha puesto rojo. Supongo que no debe de ser fácil que tu hijo sepa de tus necesidades sexuales. Todavía es un hombre joven y puedo imaginar a lo que se refiere.

—Entiendo. Y veo que tienes muy buen gusto, Juana es una gran persona, además de ser muy guapa. Los dos estáis solos y no molestáis a nadie, así que no veo el problema.

—Gracias por entenderlo, hijo. Estos días, ha hecho una escapada a Orense y hemos estado juntos por allí —me dice con cautela. Con razón ha estado desaparecida.

—Anda, no sabes tú nada, viejo zorro. —Me río a carcajadas.

Parece que al final no va a ser tan malo que nos hayan echado del piso. Aquí parece que los dos podemos encontrar un nuevo camino y tiene pinta de ir más en línea recta que el anterior. Cuando mi padre y mi hijo se van, aprovecho para recoger un poco el piso y avisar a todos de los planes para esta noche. Por suerte, aceptan, incluso Dani, que parece que ya no está tan enfadado conmigo, o viene porque también va Tammy, no lo tengo muy claro.

CAPÍTULO 7

Sophie

Estoy nerviosa, y solo es una cena. Así que, para no dejarme las uñas en la espera, me pongo a navegar un poco en Internet y actualizarme con las redes sociales. También aprovecho para enviarle un mensaje a mi hermano.

Sophie:

«Hola, brother*, ¿cómo está mi hermano favorito?».*

Veo que lo ha leído y está escribiendo.

Nico:

«Mi querida sister*, ¿hoy se encuentra en modo payaso?*

Estoy haciendo de caballero por los parajes de Escocia».

Sophie:

*«*OMG*, qué envidia me das, yo* quieroooo*».*

Nico:

«Pues, ya sabes, no seas tan tacaña y haz una escapadita.

Por cierto, ¿cómo va mi cuñadito*?».*

Sophie:

«Jaja, ¿quién está ahora en modo payaso? Por aquí todo en orden. Hoy nos vamos de cena con los compañeros de Jorge».

Nico:

«Caramba, ya estáis en la fase de presentación en sociedad, no perdéis el tiempo, ¿eh?».

Sophie:

«Creo que los aires escoceses no te hacen bien, o ¿será tanta pelirroja...?».

Nico:

«Será eso... ni tiempo para pelirrojas tenemos. Pasadlo bien esta noche.

Te tengo que dejar, pitufa. TQM».

Sophie:

«Yo más, cuídate».

Lo echo tanto de menos...

Oigo el timbre de la puerta y como Cloe corre para abrir.

—*Juanaaaa.* —La oigo gritar, creo que la ha extrañado, pues llevamos sin verla unos cuantos días—. ¿Dónde has estado? Te he echado mucho de menos.

Eso quiero saber yo también; a veces, esta mujer es todo un misterio.

—Pero bueno, mi niña, estas guapísima, hasta parece que hayas crecido y todo... No sé si te va a servir lo que te he traído. —Cómo se nota la veteranía, le ha dado un giro a la conversación sorprendente.

—Sí, eso, tú cambia de tema. Yo también quiero saber dónde has estado estos días. Te has largado como si se acabara el mundo, ¿tan mal te tratamos? —le dice Tammy.

—Hola, Juana, qué gusto verte… sana y salva. Pensábamos que te habías fugado con un millonario y solo te veríamos en las revistas del corazón. —Se ríe y niega con la cabeza.

—Sois unas cotillas... Toma mi regalo, princesa, a ver si te gusta.

Le entrega un paquete que Cloe tarda cero segundos en abrir. Es un bikini de princesas como ella quería. Dice que ya es muy mayor para ir enseñando las *lolas*, que eso es una guarrada y solo lo hacen los bebés. Inocencia de los niños.

—¡Me encanta! Me lo voy a probar. —Sale corriendo, como alma que lleva al diablo, hacia su habitación.

—Bueno, ¿nos vas a explicar qué has hecho estos días? Y rapidito, que en una hora nos vienen a buscar los chicos —le pide, bueno no, le exige Tammy.

—He ido a despejar la cabeza unos días, y lo que no es la cabeza... —dice picarona, y nos deja con la boca abierta; como se pasee una mosca por la cocina, ya veremos donde acaba—. Chicas, no me miréis así que, si no, no os cuento nada. Ya sé que tengo una edad, pero todavía no soy una vieja y tengo unas necesidades que cubrir. Hacía mucho tiempo que estaba en dique seco, pero ha aparecido una persona muy importante en mi vida y bueno...

—Eduardo —le digo con la boquita pequeña. Ella afirma con la cabeza—. ¿Te has ido con él estos días? ¿A Orense?

—Sí, hablamos y decidí ir allí a pasar unos días con él. ¡Ay, niñas… y qué días!

—*Noooo*, por Dios, no sigas —chilla Tammy—. No quiero saber detalles, solo de imaginármelo... Joder, Juana, que eres como mi madre. No quiero hacerme la idea de verte cabalgando a Eduardo, qué repelús. ¿Ves?, ya me lo estoy imaginando.

—Eres más bruta... Que sepas que es todo un lujo cabalgar a un hombre

como Eduardo. Sophie, ¿tú no me vas a decir nada? Ya que te toca un poco más de cerca, me gustaría saber tú opinión.

—Bueno, Juana, trato de digerir la información y las imágenes de mi cerebro —le digo con una sonrisa—. Lo único que quiero es que seas feliz, seguro que Eduardo lo consigue, parece un buen hombre. Es muy guapo y está muy bien físicamente, puedo entender perfectamente esa sonrisa de amazona que llevas, sobre todo, si has podido montar todos los días.

—¿Y la que va salida soy yo? —dice Tammy, y nos echamos a reír. Así es como nos pilla Cloe, que viene con su mochila llena de cosas y su bikini puesto.

—Juana ya estoy preparada para irnos.

—Vamos a ver, pequeñaja, ¿adónde pretendes ir tú en bikini? Pasa a cambiarte y a revisar esa maleta, a saber qué llevas ahí dentro... —dice su madre.

—¡*Jope*! Yo quería ir así a casa de Juana.

—Venga, princesa, pórtate bien y haz caso a mamá. Te cambias, revisamos esa mochila y, si no te quejas, a lo mejor, mañana nos vamos al parque Warner con Pol y su abuelo. ¿Te parece?

—¡*Yupiiii*! Eres la más guay del mundo mundial —le dice Cloe, tirándose a sus brazos.

—Anda, *pelotera*, al final, va a tener razón tu madre… Haces conmigo lo que quieres.

Se van a la habitación a revisar la mochila y cambiarse. Cuando las perdemos de vista, Tammy se gira y me mira.

—Creo que todavía estoy en estado de *shock*. Joder, con nuestra Juana, no pierde el tiempo.

—Oye, creo que nosotras no podemos decir absolutamente nada. Hemos caído rendidas a esos dos y, por lo menos, Juana y Eduardo ya se conocían anteriormente, nosotras ni eso.

—Muñeca, rendida has caído tú. Te recuerdo que yo solo estoy pasándolo bien. Tú sí que parece que vas a piñón, mona, ¿para cuándo la boda?

—Qué tonta eres. —Le saco la lengua—. Yo también lo paso bien y me siento muy a gusto a su lado. Por lo menos, no soy hipócrita y lo reconozco, no como otras...

—Qué sabrás tú, princesa de hielo... —contesta, mientras se va hacia su habitación, enseñándome el dedo corazón en todo su esplendor—. Me voy a poner divina para triunfar esta noche y tú tendrías que empezar a hacer lo

mismo. Que siempre llegamos tarde por tu culpa.

Juana ya se ha llevado a Cloe y nosotras estamos en proceso de chapa y pintura. Yo me he decidido por un pantalón ceñido, con lentejuelas y en color negro, una blusa en blanco con los hombros descubiertos, mis tacones rojos a juego con mi bolso de mano y mi pelo suelto, un poquito de maquillaje, bastante natural, y lista. No me gusta para nada ser el centro de atención, ya lo he sido durante mucho tiempo, entre las amistades de mis padres y la prensa, acabé un poco harta. Por eso, cuanto más discreta, mejor.

Cuando salgo al salón, Tammy me espera, mirando su teléfono. Ella va matadora, como siempre. Viste un *short* brillante de color champán, una camisa blanca transparente que no deja nada a la imaginación y un sujetador *bralette* negro de encaje. Hoy, sé de un policía que se va a morir cuando la vea.

Bajamos a la calle y nuestros *demonios* ya nos esperan. El *madero* viste un tejano oscuro y camisa blanca con los tres primeros botones desabrochados. El *fireman*, bueno, yo no soy nada objetiva en este punto, para mí estaría guapo con cualquier cosa, pero... pantalón tejano azul desgastado, jersey de punto azul marino con rayas rojas. Como no tiene músculos... Por Dios.

—¡Guau! Pero ¿esto qué es, chicas? Cada vez nos ponéis más difícil salir con vosotras —dice Dani, al que se les salen los ojos, mirando las piernas de mi amiga.

—Pues tú te lo pierdes, seguro que hay muchos chicos que estarían encantados de acompañarnos, ¿a que sí, Sophie?

—Oye, oye, a Sophie no la metas en vuestros líos, que yo no he dicho nada y, a no ser que ella diga lo contrario, hoy, sale conmigo —contesta Jorge, mirándome intensamente. Dios mío, qué dura va a ser la noche—. Estás preciosa, nena.

Se acerca más a mí y me planta un besazo intenso, de esos que te dejan las piernas temblando. Cuando puedo recuperar mi cordura, aprovecho la cercanía para observarlo mejor. Hacía días que no estábamos tan cerca. Su olor y su calor me envuelven y me doy cuenta de lo loca que me tiene este hombre. Ha conseguido descongelar mi frío corazón. Con sus manos, me acaricia las mejillas y me vuelve a dar otro beso, no tan intenso, pero igual de sabroso.

—Tú también estás muy guapo, *fireman*.

Al girarnos, un poco, para buscar a nuestros amigos, vemos que también se comen el uno al otro. Estos mucho pelear, pero, después, no pueden mantener

sus manos y sus cuerpos quietos.

—Vaya dos, ni contigo ni sin ti. Venga, pareja, que vamos a llegar tarde —les grita Jorge para llamar su atención.

—Qué *cortarrollos* eres, colega.

Por lo visto, han quedado en una pizzería que está a dos calles de nuestros pisos, por lo que vamos dando un paseo. Hablamos de todo un poco, de cómo nos ha ido el día y no paramos de reír de algunas anécdotas que nos comenta Dani. Hasta que Tammy, cómo no, saca el tema clave. Ella no sabe estar callada, ya me extrañaba a mí que hubiera aguantado tanto.

—Por cierto, Jorge, ¿ya ha llegado tu padre?

Me giro de golpe y la recrimino con la mirada. Cuando la pille se va a enterar.

—Sí, claro, si no, no hubiera podido salir. Se ha quedado con Pol.

—¿Y le ha ido bien el viaje? ¿Ha vuelto contento?

—¿A qué viene ese interés, nena? —pregunta Dani a mi amiga con una sonrisa.

—No he podido hablar mucho con él, parece que las gestiones que ha ido a hacer se han podido arreglar. Y si tenemos en cuenta la sonrisa que traía y que Juana es una mujer preciosa, entiendo que ha vuelto muy contento, sí. ¿Es eso lo que querías saber, Tammy? —Vaya *zasca* le acaba de meter a mi amiga.

—Eso te pasa por chismosa —le digo en voz baja, a la cara de besugo que se le ha quedado.

Oigo que los dos hombretones se echan a reír, por lo que puedo suponer que Eduardo le ha explicado algo a su hijo, y este a Dani. Con esas risas, llegamos a la puerta del restaurante. Allí ya nos esperan los compañeros de Jorge. Puedo reconocer a *Oso*, al que es imposible no ver, dadas sus dimensiones. También hay otro chico que me suena de mi visita al parque de bomberos.

—Hombre, pero si ya ha llegado el soso de *J* y te has traído al *madero* —le dice *Oso*, mientras lo estruja entre sus enormes brazos —. Y qué bien acompañados venís, cabrones.

—*Oso*, no seas grosero, ¿qué van a pensar estas señoritas? —le dice Dani, saludándolo efusivamente.

—No creo que ellas se asusten, ¿verdad, señoritas? Sophie, preciosa, qué gusto verte de nuevo.

—Hola… ¿*Oso*? No sé cómo llamarte, me suena raro hacerlo así.

—Tú puedes llamarme como quieras, pero si estás más cómoda, mi nombre

es Manuel —me dice con un marcado acento andaluz—. ¿No me vais a presentar a esta chica tan guapa? —pregunta, mirando a Tammy.

—Hola, Manuel, yo soy Tammy y soy amiga de Sophie. Por favor, ¡eres enorme!

Todos estallamos en risas, la verdad es que tener a *Oso* cerca intimida. Es una mezcla entre Vin Diesel y Dwayne Johnson. Veo que Jorge se dirige al resto y se saludan, se nota que hay muy buen rollo entre ellos.

—Venid, chicas, que os presento —nos dice Jorge, mientras *Oso* y Dani se quedan detrás, jugando como si fueran niños—. Sophie, Tammy; estos son *Blue*, bueno, Pedro, y su mujer, Marta.

—Encantada de conoceros. Puede ser que tu cara me suene del otro día, ¿verdad? —Él me lo confirma con un movimiento de cabeza.

—Mucho gusto, chicas, no sabéis la ilusión que me hace poder salir a cenar con más mujeres —nos dice Marta.

—Y él es Tom. *Oso*, *Blue*, Tom y yo llevamos varios años trabajando juntos en los mismos turnos y la misma estación —nos aclara Jorge.

Después de todas las presentaciones, nos dirigimos a la entrada para ir hasta nuestra mesa. La cena es maravillosa, no solo por la comida, que también, sino por la compañía. Me duele la barriga de tanto reírme. Incluso Jorge, con lo serio que parece, ha estado toda la noche con una sonrisa en la cara. No me ha soltado la mano, cosa que no ha pasado desapercibida para sus compañeros y hemos sido parte de las bromas y risas de la noche.

Casi al final de la cena, con el brindis y promesas de que esto hay que repetirlo, Pedro y Marta nos sorprenden con la noticia de que van a ser papás. Los chicos están muy contentos por Pedro y, sobre todo, porque va a ser el centro de sus burlas durante los próximos meses.

Salimos de la pizzería sobre las doce y media. En la acera decidimos ir a tomar algo y echar unos bailes. Estamos concretando si ir a una disco actual o a un sitio de música latina, cuando me fijo en una figura que hay en la otra acera. Hombre, metro noventa, más o menos; cabeza rapada, muy musculoso y con traje y corbata. Levanta con disimulo la mano libre para saludarme. No puede ser él.

Hace mucho tiempo que no lo veía, pero sé que ha estado siempre ahí. Jorge me mira y se da cuenta de que ocurre algo. También lo ha visto, lo demuestra la tensión de su cuerpo.

—Sophie, ¿va todo bien? Nena, ¿conoces a ese hombre? –me pregunta preocupado.

—Eh… Sí, solo que... Ahora vengo.

No me salen las palabras y necesito respuestas. Lo dejo plantado en la acera y cruzo. Sé que estará muy enfadado, pero...

Necesito saber qué narices hace aquí Steven.

Jorge

No me lo puedo creer, me ha dejado aquí plantado. ¿Quién cojones será ese tío? Veo que se abrazan, por lo que parece que se conocen. Por un lado, me quedo más tranquilo, tiene pinta de ser un hombre peligroso.

—Jorge, ¿adónde ha ido Sophie? ¿Quién es ese hombre, lo conoces? ¿Quieres que vaya a ver qué pasa? —me pregunta Dani, haciendo amago de ir a cruzar la carretera.

Yo estoy en *shock*, no me puedo creer que alguien como Sophie conozca a esta clase de hombres. ¿Qué estará ocultando?

—Dani, no vayas. Sophie lo conoce, por lo que no se encuentra en peligro —le dice Tammy, cogiéndolo del brazo.

—¿Tú sabes quién es ese tío?

—Jorge, Sophie es mi amiga, mi hermana. Las dos sabemos muchas cosas la una de la otra. Pero es su vida y si alguien tiene que hablar o dar explicaciones es ella. No me corresponde a mí darlas.

Veo que no discuten, pero la tensión de su charla es visible. Ella parece afectada por algo que le ha dicho él. La coge por el hombro para consolarla. Le dice algo y ella sonríe, mirándome a mí.

—A ver, tíos, ¿nos vamos o qué? —nos pregunta *Oso*—. ¡Sophie, preciosa, espabila, que el tren se va!

Ella se despide y se acerca hacia nosotros, me mira como disculpándose, pero estoy tan enfadado que me doy media vuelta para no discutir y hacer un numero delante de todos. Tammy se acerca a ella y se ponen a cuchichear. No hay cosa que me dé más rabia que las mentiras y los secretitos. Me prometí que no iba a volver a sufrir por una mujer y eso haré. No pienso amargarme la noche, voy a celebrar con mis compañeros la próxima paternidad de *Blue* y a pasarlo bien. Mañana será otro día.

Llegamos a una disco que tiene varias salas. Una es karaoke, la otra música dance y la última de música latina. Lo bueno es que puedes ver dentro de todas, pues están separadas con paredes de cristal. Veo que Sophie no para de mirarme, intento ignorarla como ella ha hecho antes. Es difícil, pues cada día que pasa me doy cuenta de que estoy un poco más enganchado a ella. Pero, o se decide a contarme todo lo que hay detrás de ese tío o va a ser complicado seguir. Los hombres nos vamos a la barra y pedimos las copas. Yo, en vez de pedir cerveza, como hago siempre, pues no soy de beber mucho alcohol, me

pido un vodka con naranja.

—Colega, eso no te va a ayudar —me dice Dani al oído—. Las cosas se arreglan hablando, no llenándote de alcohol.

—Hoy no tengo ganas de hablar, solo quiero pasarlo bien y celebrar con *Blue*. Además, mañana no trabajo y hoy tampoco tengo que conducir.

—Está bien, pero no te pases, ¿vale?

Me da una palmada en el hombro y nos dirigimos hacia el grupo que, ahora, parece que se ha hecho más grande. *Oso* ya se ha puesto a bailar, para lo grandote que es, tiene bastante ritmo; supongo que es la sangre del sur y, claro, rápidamente, se rodea de mujeres.

Veo que Sophie se acerca a mí para hablarme.

—Jorge, oye, yo...

—Sophie, ahora no. Voy a disfrutar con mis colegas y no tengo ganas de escuchar tus tonterías. —Ese que habla no soy yo, es mi enfado y mi nivel de alcohol, por supuesto.

—Ya, pero es que yo...

—¿Que parte no has entendido? Me voy al baño a ver si consigo estar tranquilo…

Me dirijo hacia el baño para ver si puedo despejar un poco mi mente. Me echo agua en la cara, estoy un poco mareado y necesito refrescarme.

—*J*, tío, ¿estás bien? —pregunta *Oso*, detrás de mí—. Oye, no tienes buena cara. Mira, seguro que todo se arregla, hacéis muy buena pareja y, además, se ven corazones de mierda cuando estáis juntos. Ahora estás enfadado y un poquito bebido. Mañana lo verás todo más claro, así que ten cuidado con lo que haces, ¿vale?

—Sí, claro, es solo que no suelo beber tanto. Creo que me he pasado. Venga, vamos a disfrutar un poco de la noche.

Salimos del baño y vemos a las chicas en la sala de latino. Me sorprende ver que con ellas hay tres chicas más. Una de ellas es Paula y, detrás, hay un tío muy pegado a sus caderas. Lo que me faltaba, tener que ejercer ahora de hermano mayor. *Oso* se dirige al centro de las chicas y se pone a bailar con ellas. Mientras, voy a la barra, pero, esta vez, pido un agua y me dirijo a la sala donde están todos reunidos. Dani, al ver que tengo una botella de agua en la mano, me enseña su media sonrisa de aprobación.

Miro al grupo que está en la pista y me doy cuenta de que el tío que está bailando con Paula es Carlos, el que trabaja en el BookCafé de Sophie. Lo que me faltaba para rematar la noche. Cuando Paula sale de su ensoñación y se

cansa de menearle el culito al tío ese, se da cuenta de que estoy en la sala. No penséis que estoy celoso, pues no es así, ella es como mi hermana y supongo que nunca hay un hombre bueno para una hermana.

—Hola, chicarrón. —Se acerca para besarme la mejilla—. Qué raro que tú estés aguantando la barra.

—Qué graciosa. Y qué raro que tú estés restregándole el culo a ese.

—Vamos, Jorge, no empecemos. Sé que estás enfadado y que te pasa algo con Sophie, pero yo no voy a pagar tu mal de amores. Además, casi no lo conoces para hablar así de él. Creo que ya soy bastante mayorcita para restregar mi culo a quien yo quiera, ¿no crees? Mira, te perdono porque te quiero mucho y porque tus ojos me dicen que te has pasado un poquito bebiendo, porque, si no, te quedarías sin amiga.

Vaya, creo que esta noche no voy a tener suerte con las mujeres.

De pronto, se ponen todos a chillar, sobre todo *Oso*, que lo está dando todo en la pista. Suena una canción muy movida que no conozco, y la gente se mueve a mayor ritmo, menos yo, y Tom que está a mi lado. Sophie baila con *Oso*, la verdad es que es todo un panorama verlos bailar; ella se ve tan pequeña a su lado, pero se compenetran a la perfección. No recordaba yo que *Oso* se moviera tan bien. Cuando se acaba la canción, todos se dirigen a la barra para reponer fuerzas. Paso parte de la noche de charla con unos y otros, y mirando a Sophie. Ella baila con todos, se nota que lo pasa bien, aunque sé que está preocupada por mi enfado. La verdad, me gusta ver que se ha entendido muy bien con todos mis compañeros y ahora que ya llevo un rato sin beber alcohol, creo que, quizá, solo quizá, he exagerado un poco.

De pronto, me doy cuenta de que ella se acerca a mí, despacio, meneando el cuerpo al ritmo de la música, suena *Say My Name,* de David Guetta, Bebe Rexha y J. Balvin. Se arrima a mi cuerpo, bailando. Parece que el tiempo se para a nuestro alrededor, solo estamos ella y yo. No me puedo resistir a su energía, que me absorbe por completo y me deja sin ningún tipo de cordura; tendría que estar enfadado, pero con ella tan cerca no me puedo resistir. La sujeto por la cadera y ella se arrima más a mí, rodeándome el cuello con sus brazos.

—No me gusta que estemos enfadados, Jorge. Un día, con calma, te explico lo que necesites —me dice, acariciando mis labios.

Yo no le contesto, solo me limito a devorar su boca y acercarla a mi cuerpo como si no hubiera un mañana. Se roza conmigo al ritmo de la melodía y me imagino que ya puede notar la reacción que me provoca. Pongo mi mano en su

nalga para fundirme más en ella, si cabe, y eleva las piernas para enroscarlas en mi cintura.

—Joder, me vuelves loco, me descolocas por completo. Nunca me había pasado estar igual de cabreado que empalmado.

—Lo siento, de verdad, lo siento mucho...

—¡Parejita! —nos chilla *Oso*—. Las reconciliaciones en la intimidad, por favor, que no todos tenemos miel para comer.

Nos separamos a regañadientes y la noche continua con risas, bailes, miradas intimidatorias a Carlos y besos por parte de *mi* chica. Sobre las cinco de la mañana, nos despedimos en la puerta de la disco y, como lo hemos pasado tan bien, acordamos que habrá más salidas como esta. Tammy se va con Dani a su casa, así que Sophie y yo nos pedimos un taxi y nos vamos a nuestros pisos.

—¿Todavía sigues enfadado conmigo? —me pregunta, cuando entramos en nuestro edificio.

—No tanto, pero sí, todavía sigo cabreado. Hace años una mujer me hizo daño, me abandonó en un momento difícil de mi vida. Por eso no llevo bien que me oculten cosas —le digo, delante de mi puerta.

—La mamá de Pol. —Asiento con la cabeza—. Te prometo que, cuando esté preparada para contarte más de mi vida, te lo explicaré todo. Ahora no puedo, ya sabes alguna parte de ella, mucho más que otra gente que me rodea habitualmente. Eres muy importante para mí, estoy muy a gusto a tu lado y me gustas mucho. Por eso quiero ir paso a paso, para que nada, ni nadie, lo pueda estropear, ¿lo entiendes?

—Creo que sí. Yo también te prometo que, un día, con calma, te explico toda mi historia. —Ahora es ella la que asiente con la cabeza.

—Eso significa que, ¿podemos tener una tregua y no hace falta que siga subiendo escalones? —pregunta muy cerca de mí y con la mirada brillante—. Quizá, puedo hacer que desaparezcan los restos de enfado y me perdones.

Su voz es muy sensual, ha desplegado todas sus armas de mujer. Todas esas palabras las dice mientras mete su mano debajo de mi camiseta y me araña el pecho con sus uñas. Como os podéis imaginar, mis muros, mi defensa y mi cabreo se han aliado con mi entrepierna y se han largado; visto y no visto. No recuerdo cómo narices abro la puerta, ni como conseguimos desnudarnos antes de llegar al sofá; llegar a la cama es impensable. Cuando soy capaz de reaccionar, estoy sentado en el sofá, con ella encima; cara de bobo, mientras admiro sus pechos y muerdo sus pezones, ya que los tengo enfrente. No voy a

dejar que lloren por falta de mimos. Su movimiento de caderas y sus gemidos pueden conmigo, aprieto los dientes para esperarla y no parecer un adolescente.

—Sophie, nena, no puedo más. Necesito *salir*... no hemos cogido preservativo.

—Tomo la píldora y, como sabes, mi vida sexual no ha sido para tirar cohetes, estoy limpia, pero si quieres... —me dice, levantando su cuerpo para que salga de ella.

—Espera, no, pequeña. Por mí fantástico, no hace falta que… Pero esto va a ir muy rápido... —apenas puedo controlar lo que digo.

Me vuelve a acoger en su interior, hasta el fondo. Reinicia sus movimientos de cadera hasta que oigo como llega a la cumbre y me dejo ir yo también, exhausto, pero con una sonrisa de lo más boba en la cara. Son casi las siete de la mañana, cuando decidimos ir a dormir a mi cama. Me encanta sentir el calor de su cuerpo y como se apoya en mi pecho, mientras su mano me acaricia la piel. Creo que sería capaz de acostumbrarme a esto el resto de mi vida.

***

Me despierto sobresaltado, hay demasiada claridad en la habitación, y recuerdo que, al acostarnos, no bajamos la persiana. Me incorporo un poco y la veo a mi lado, todavía duerme. Está preciosa con su pelo esparcido por la almohada. De pronto, de fondo, oigo sonar mi teléfono, supongo que será mi padre, así que me levanto rápido, no sea que pase algo. Ella se remueve y levanta la cabeza.

—¿Pasa algo? —pregunta, incorporándose.

—Mi teléfono está sonando, supongo que será mi padre, ahora vuelvo.

Me agacho y le doy un beso en los labios. Poniéndome los calzoncillos por el camino, voy a por mi móvil. En ese momento se corta la llamada y, sí, era mi padre, pero no es la primera vez que me llama, tengo doce llamadas perdidas. Ahora sí que estoy nervioso y no dudo ni un segundo en llamarlo.

—Papá, ¿va todo bien? —le pregunto preocupado.

—Ay, hijo, menos mal que alguien nos coge el teléfono. ¿Dónde narices os habéis metido todos? —me chilla.

—A ver, tranquilo, explícame, ¿qué ha pasado? ¿Pol está bien?

La falta de información me angustia. Veo que, por la puerta, aparece Sophie con mi camiseta puesta y cara de preocupación, supongo que ha oído la

conversación.

—Sí, hijo. Pol está bien. Está aquí conmigo, un poco asustado. —Lo oigo suspirar para tranquilizarse—. El problema es Cloe. Se ha caído del tobogán y estamos en Urgencias, creo que se ha podido romper el brazo. Juana ha llamado a Tamara y a Sophie, pero no hemos podido contactarlas. Tú no sabrás nada de ellas, ¿verdad?

—Sophie está conmigo, papá. Seguramente, su móvil está en silencio o sin batería. —Tan pronto oye mis palabras, corre en busca de su teléfono.

—Dios mío, tengo un montón de llamadas perdidas de Juana. ¿Está con tu padre? ¿Qué ha pasado, Jorge? —Su rostro expresa el miedo por la falta de información.

—Tranquila, nena. Cloe se ha caído del tobogán y están en Urgencias, mi padre cree que se ha podido romper el brazo.

—Ay, mi pobre niña...

—Papá, nos vamos a vestir y salimos hacia el hospital. ¿En cuál estáis?

—En La Paz, os esperamos en la entrada. Hasta ahora, hijo.

—Perfecto, hasta ahora, papá.

Entro en la habitación y la veo de espaldas, ya se ha vestido. Me acerco a ella y la abrazo para darle consuelo.

—Todo va a estar bien, pequeña, ya lo verás. Cloe es una niña fuerte y ellos se recuperan muy rápido. Me visto, intentamos localizar a Dani y Tammy, y nos acercamos al hospital, ¿vale?

Ella afirma con la cabeza, se da la vuelta y me da un beso tierno en los labios.

—Te espero en la puerta —me dice, saliendo de la habitación.

Me visto lo más rápido que puedo para llegar lo antes posible al hospital y que mi morena se quede tranquila.

CAPÍTULO 8

Sophie

Pobre, mi niña, debe de estar muerta de miedo, menos mal que está con Juana, aunque esta estará como loca; seguro que se siente culpable. La pobre, hace tantas cosas por nosotras…

—Jorge, ¿podrías llamar a Dani, a ver si coge el teléfono? Yo he vuelto a llamar a Tammy y nada —le pido a Jorge, mientras subimos al coche.

—Claro, nena, pero tienes que estar tranquila. Los niños son así, siempre con sus aventuras; anda que no me he caído yo veces —me dice Jorge para calmarme, mientras marca en su móvil—. Dani, colega. Oye, ¿está Tammy contigo? ¿Le puedes pasar el teléfono? Sophie tiene que hablar con ella. —Jorge me entrega su teléfono.

—¡Hola, mi niña! ¿Me vas a invitar a comer? Supongo que has llamado a mi móvil, pero estoy sin batería y el cargador de Dani no me sirve.

—Anda, loca, que no tienes cara ni nada. Mira, después, sí que vamos a ir a comer, pero ahora necesito una cosa. Primero, tienes que poner el altavoz para que Dani también me oiga, seguro que necesito su ayuda —le pido para intentar no soltar la noticia, así, de golpe. Conozco a Tammy y, aunque seguro que no es nada, es su niña y el susto hasta que no la vea será importante.

—Jolín, bonita, qué misterio. ¿No me digas que ya tenéis fecha para la boda? —Oigo reírse a Dani por el altavoz.

—Calla, boba. Hola, Dani.

—Hola, preciosa, ¿qué necesitas?

—A ver, chicos, necesito que vayáis al hospital de La Paz. Juana y Eduardo llevan un rato intentando localizarnos.

—Mierda, Sophie, ¿qué ha pasado? ¿Es Cloe? ¿Está bien mi niña? —Su voz ya empieza a ser de histeria.

—Dani, ahora es cuando entras tú en acción. Mira, no tenemos mucha información, solo que se ha caído del tobogán y están en Urgencias, parece que se ha hecho algo en el brazo. No hemos podido hablar con Juana, pero sí con Eduardo. Están allí a la espera del resultado, pero no es más que eso, una caída, ¿vale?

Lo único que oigo al otro lado de la línea es como mi amiga del alma llora

y la voz de Dani dándole consuelo. Me duele tanto no poder estar ahí con ella ahora mismo y poder abrazarla.

—Vamos, nena, te tienes que tranquilizar. —Oigo a Dani—. Oye, Sophie, salimos ahora mismo hacia el hospital. Tammy está muy nerviosa y no puede hablar, pero todavía te escucha, ¿le quieres comentar algo más?

— Tammy, cielo, tranquilízate que, si no, no la vas a poder ayudar a ella, es una niña y seguro que estará asustada. Pero solo es el brazo, cariño, ya verás como solo es el susto…

—Te ha oído, Sophie. Nos vamos ya, nos vemos allí.

Concentrada en hablar con Tammy, no me he dado cuenta de que ya hemos llegado. Bajamos del coche y en la entrada del hospital, vemos a Eduardo y Pol. La cara de nerviosismo de Eduardo lo dice todo. Pol ya nos ha visto y corre hacia su padre, explicándole todo lo ocurrido.

—Papi, no veas que tortazo se ha metido Cloe, ha sido por culpa de otro niño que la ha empujado para que bajara deprisa. ¡El muy tonto! —dice el pequeño enfadado.

—Lo siento, chicos. No los hemos perdido de vista ni un momento, pero ese niño... —nos dice Eduardo.

—Y a ti, ¿qué te ha pasado en la frente? —le pregunta Jorge a su hijo.

—Nada, ha sido solo un golpe —le responde el niño, bajando la cabeza.

Hasta yo, que todavía no lo conozco mucho, sé que miente. Miro a Eduardo y veo que intenta esconder una sonrisa y su cara es de orgullo total.

—¿Qué hemos dicho de las mentiras, Pol? Sabes que papá te ha dicho muchas veces que siempre tenemos que decir la verdad y, sobre todo a la familia, así que ya me puedes explicar qué ha pasado.

El niño levanta la mirada y la alterna entre su padre y su abuelo, este último asiente, dándole ánimos para que diga la verdad. Es una imagen tan tierna y me encanta ser yo la que la pueda presenciar… Estos hombres son increíbles.

—Es que... es que... —El pobre está tan nervioso que no sabe cómo decirlo —. Era muy tonto, papá. Y le ha hecho mucho daño a Cloe, y es *mi* chica. Tenía que saber que a las niñas no se les hace daño, tú siempre me lo dices, papi; que a las mujeres hay que tratarlas muy bien. Era más mayor que nosotros y yo solo lo empujé y le dije que le tenía que pedir perdón, pero... pero... —explica, atropelladamente y con unas lágrimas asomando a sus ojos.

—El otro, al ser más mayor, lo ha empujado y se ha dado con el tobogán, ha sido solo un chichón —acaba su abuelo por él.

Es increíble que tan pequeño se haya enfrentado a otro niño por hacerle

daño a *su* chica, como dice Pol. Su padre no cabe dentro de él, se ve como el orgullo le crece en el pecho por tener otro héroe en la familia. Ellos, muchas veces, han arriesgado sus vidas para salvar la de los demás; estoy convencida de que eso se lleva en la sangre. Mientras Jorge abraza a su hijo y le da la charla de lo bien que lo ha hecho, pero que, para la próxima vez, sería bueno que pidiera ayuda a algún adulto; oímos el ruido de la moto de Dani y vemos como Tammy baja de esta; bueno, no baja, salta, más bien, y sin esperar a Dani se dirige hacia nosotros.

—¿Y mi hija? ¿Dónde está? Quiero verla —pregunta, dirigiéndose a Eduardo. Pronto se da cuenta de que Pol también tiene una herida y, acariciando su cabecita, le pregunta—. Y a ti, ¿qué te ha pasado?

—Después te lo explicamos, es un poco largo —le digo yo—. Vamos al mostrador a preguntar.

—¡Tammy! —la llama el pequeño. Cuando ella se da la vuelta, él continúa —. ¿Le puedes dar un beso de mi parte? Para que se ponga buena pronto.

—Claro que sí, cariño —le contesta con una tierna sonrisa en la cara.

Entramos en el hospital ella y yo. Dani, va detrás de nosotras, no se ha querido quedar con los hombres. Aunque ya le hemos dicho que, al no ser de la familia, no lo van a dejar entrar, pero, el cabezón, ahí viene. No sé cómo, pero consigue adelantarnos y es él quien pregunta por la niña. Tammy y yo nos miramos, sorprendidas por su reacción. Parece que el duro policía tiene su lado tierno.

—Saben que solo pueden entrar los familiares directos. ¿Ustedes son? —pregunta la enfermera, que tiene una cara de malas pulgas que no veas.

—Somos sus padres —le contesta Dani, y coge a Tammy por la cintura acercándola a su cuerpo. Esta mira a la enfermera y asiente con la cabeza, vaya dos.

—Entren por esa puerta y los acercaré al *box* donde está su hija.

Tammy me mira con cara de disculpa, pero sé que está encantada de que la acompañe Dani y no yo; no sabe nada, la tía. Les digo que esperaremos fuera y los veo desaparecer a los dos cogidos de la mano. Mientras me alejo hacia la entrada, noto mi móvil vibrar en mi bolsillo. Es mi padre, así que no dudo en coger la llamada.

—Hola, papá, ¿cómo estás?

—Sophie, cariño... —Su voz suena apagada, por lo que deduzco que las noticias no son nada buenas—. Ya está, ya se ha ido. Hace diez minutos que ha dado su último suspiro.

Se me encoge el corazón y noto como las lágrimas descienden por mis mejillas. Mi yaya. Siempre fue un gran pilar en la familia, fue una mujer recta, pero con un gran corazón; en eso, mi padre siempre fue como ella, se entendían a la perfección. Aún recuerdo mi última charla con ella, fue la que me animó a dejar todo atrás y empezar una nueva vida lejos de todo lo que allí me hacía daño. Nunca se llevó bien con mi madre, era una mujer muy lista y la caló rápidamente; me aconsejó que, si quería ser feliz, me alejara de ella. Suspiro profundamente, e intento mantener la compostura y no dar un espectáculo en la calle. Al levantar la cabeza, a lo lejos, veo a Jorge con el pequeño y su padre riendo y, como si lo llamara con la mente, levanta la cabeza y me mira. Supongo que se da cuenta de mi estado porque veo como frunce el ceño. Giro mi cuerpo para romper el contacto con él y me centro en la conversación con mi padre.

—Papá, lo siento mucho. ¿Cómo estás?

—Bien, dentro de lo que cabe. Pero necesito salir de aquí, tu madre me va a volver loco. Ya ha empezado a mandar a todo el mundo para que el funeral sea por todo lo alto. Estoy hasta las narices de que, para ella, siempre sea prioritario lo que la gente diga y no los sentimientos de los demás. Necesito sacar la cabeza de toda esta mierda, hija.

Las últimas palabras ya han adquirido un tono más elevado de lo normal. Tiene que estar muy desesperado, pues nunca pierde la compostura, no suele chillar ni perder los papeles; bueno, solo con mi madre. Ella tiene esa facilidad para sacar de quicio a todo ser viviente.

—Pitufa, he pensado que, si no te importa, iré yo a buscarte con el *jet*, así me alejo de todo esto y, de vuelta, podemos charlar de cómo te va todo. ¿Te parece bien la idea? —me pregunta, un poco contenido.

Él sabe que no me gusta depender de todo ese lujo y que quiero valerme por mí misma. Supongo que es la manera que tengo de demostrarle a mi madre que, para vivir mi vida, no necesito todo ese mundo que se ha creado a base de apariencias y esa frialdad que hay a su alrededor.

—Claro que es buena idea. Si es lo que necesitas, no hay más que hablar. Dime a qué hora llegas y me preparo para volver contigo.

Me comenta que sale en una hora y, como tampoco me voy a llevar mucha cosa porque mi estancia va a ser muy corta, tengo tiempo de sobra para prepararme. Me despido y cierro los ojos. Intento poner en orden mis ideas y asimilar que voy a tener que volver a mi pesadilla durante unos días, que serán muy duros. Noto a alguien detrás de mí, creo que reconocería su olor y su

energía en cualquier sitio, mi cuerpo se reactiva y estremece con su presencia. Me coge de la cintura, acerca mi cuerpo al suyo, pone sus manos en mi vientre y su barbilla en mi hombro y me abraza. No se puede ni imaginar cómo necesitaba ese abrazo.

—Todo va a ir bien, pequeña. Sabes que estoy aquí para lo que necesites y me podrás llamar sea la hora que sea, ¿vale? —me dice, cuando me da la vuelta y acaricia mis mejillas con sus grandes manos, mientras me limpia las lágrimas—. Siento tú perdida, nena.

Supongo que ha escuchado parte de la conversación, pero también se ha dado cuenta de que parte de mis lágrimas y mi inquietud es tener que volver a casa, aunque sean unos días.

—¡Juanaaaa! —Vemos pasar a Pol, por nuestro lado, y tirarse a los brazos de Juana que sale por la puerta—. ¿Cómo estás? Sabes que no ha sido culpa tuya, ¿verdad?

—Lo sé, pequeño, pero ha sido un buen susto, ¿no crees? Y tu chichón, ¿cómo va? —le pregunta ella, dejándolo en el suelo.

—Bien, ya casi no me duele. ¿Cloe va a salir pronto?

—Sí, ya falta poco para que salga.

Por un momento veo que desvía la mirada a nuestra espalda y vemos que Eduardo se acerca despacio, al llegar a su altura ella se desmorona y se tira a sus brazos para cobijarse en su cariño. Oímos como le susurra palabras que no entendemos, pero supongo que son para tranquilizarla. Ella levanta la cabeza y se dan un beso en la boca, cargado de ternura y amor.

—¡*Jolínnnn*! Ahora ya todo el mundo sabe nuestro secreto —dice el pequeño, señalando con las manos a toda la gente que hay en la calle—. Hasta papá y Sophie se han enterado de que sois novios y después soy yo el chivato.

Aunque Pol está enfadado, nosotros no podemos más que reír de sus ingeniosas salidas. Dentro de la tristeza, siempre consigue sacarnos una sonrisa.

Media hora después, le dan el alta a Cloe. Sale con su bracito escayolado y en los brazos de Dani, al que se ha metido en el bolsillo con la misma rapidez que a su madre. Nos vamos todos hacia casa para comer algo y descansar un poco de esta tensión.

Mientras estamos en la cocina, les explico a las chicas que mi abuela ha fallecido y que me voy unos días. Sé que puedo contar con ellas para lo que necesite y así me lo hacen saber con sus abrazos y sus palabras. Juana sabe lo que me pasó, pero no tiene ni idea de quién es mi familia, o eso creo; yo solo

se lo conté a Tammy, por lo que intento no hablar mucho del tema. No se hacen una idea de lo que debe de estar montando mi madre por allí. Solo espero que no haya mucha prensa. Después de comer, mientras todos descansan, yo preparo una maleta pequeña con mi ropa y mis cosas de aseo.

—¿Puedo pasar? —me pregunta Tammy, asomándose—. Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? No te dejes vencer por esa gente, mi princesa de hielo, tú eres muy fuerte y cien mil veces mejor que ellos, y lo sabes.

—Lo sé, *honey*. Pero va a ser muy duro. No te he dicho que viene mi padre a buscarme en el *jet* —le digo, mientras pongo mis ojos en blanco—. Voy a necesitar tu ayuda para que nadie me acompañe al aeropuerto.

—Claro, cuenta con ello. ¿Y Jorge?

—Intentaré explicárselo todo cuando vuelva, de momento tengo otras cosas que afrontar. Oye, me voy a ir al BookCafé para organizar todo por allí, ¿vale? Te quiero, brujilla —le digo, abrazándola con todo mi cariño.

—Y yo a ti.

Salgo de casa y me voy a mi negocio para poner todo al día y dejarlo en manos de Trini y Carlos.

Jorge

Cómo la voy a echar de menos. Sé que está preocupada por tener que volver a Nueva York, pero espero que entienda que no está sola. Que ahora es diferente y que no tiene de qué preocuparse. Pol y yo hemos subido a su piso para pasar un rato con ella antes de que se vaya, pero Tammy nos ha dicho que se ha ido a *Mi pequeño mundo*, así que aprovechamos y nos dirigimos allí.

Pol entra delante de mí y yo echo un vistazo. Está en una esquina, la más discreta. Mi hijo charla con Carlos, como si fueran amigos de toda la vida. La verdad es que el tío me cae como el culo, pero tiene buena mano con los niños; bueno, para ser justo, con la gente en general. Me acerco a ellos y lo saludo con la cabeza, él responde de la misma forma e informa a mi hijo de donde se encuentra Sophie, ya que él todavía no la ha visto. Ella habla con un hombre de unos cincuenta años, con muy buena percha; va vestido con un pantalón de traje en color beis, camiseta blanca, chaleco gris de punto y americana marrón. Su ropa no es de cualquier tienda, se nota que es de calidad, por lo que debe de tener dinero. Eso no es lo que más me inquieta, podría ser cualquier cliente, pero no es el caso; la tiene abrazada por los hombros, la mira con cariño y admiración e, incluso, le ha dado algún beso en la sien.

—¡Hola, Sophie! Hemos venido a pasar un ratito contigo, antes de que te vayas —le dice mi pequeño—. ¿Y tú quién eres? ¿Quieres ser el novio de Sophie? Pues que sepas que ella ya está ocupada.

Todo esto se lo ha dicho con los brazos cruzados y pose de «chulito». Este es mi niño, siempre defendiendo a la familia, aun así, voy a tener una charla con el piojo este. Oigo como Sophie y el hombre se ríen y a mí también se me escapa la sonrisa, pero no es plan.

—Pol, hijo, eso ha sido de mala educación, pide disculpas al señor, por favor —le pido a mi hijo que sigue enfurruñado.

El hombre me mira, recto, serio, supongo que quiere intimidarme, cosa que no consigue, por cierto. Se arrodilla para estar a la altura de mi hijo, supongo que, para recriminarle, por lo que mi cuerpo se pone en estado de alerta. Mi mirada se desvía momentáneamente hacia Sophie, esta me mira y me sonríe con la mirada tímida.

—Así que esta chica tan guapa, ¿está ocupada? —le pregunta él, en español con un marcado acento americano. Mi hijo asiente con la cabeza, pero no dice

ni mu—. ¿Y se puede saber quién es el afortunado?

—Pues mi papá, ¿tú no ves que buena pareja hacen? Además, Sophie es muy guapa y muy buena, me gusta mucho que esté con nosotros, la quiero mazo.

Al hombre se le ilumina la cara y se le escapa una carcajada al oír a mi hijo. No sé cómo tomarme eso, pero lo que hace que mi pecho se expanda para dar cabida a mi corazón, es ver como Sophie se limpia unas lágrimas que se le han escapado.

—Vaya, pitufa, veo que lo tengo muy difícil. Es muy complicado ganarle la batalla a este pedazo de admirador que tienes, no sé si quiero saber cómo te defiende el padre —le dice a Sophie, riéndose—. Bueno, vamos a aclarar el tema, que no quiero yo llevarme un ojo morado de España. —Vuelve a agacharse a la altura de mi hijo, que está un poco descolocado, supongo que no se esperaba la reacción de este hombre; él quería más guerra, estoy seguro —. Me llamo Thomas y soy el papá de Sophie. Que sepas que me encanta, que, al estar yo tan lejos, tenga a hombres como tú aquí, cuidándola. —Le extiende la mano para que se la estreche.

—Yo soy Pol —le responde mi hijo, correspondiendo el gesto—. Sophie, ¿puedo ir a buscar un libro?

—Claro, cielo. Ven a darme un abrazo, anda —le pide. Él le dice algo al oído y corre hacia la zona infantil.

Intento seguirle para saber qué le pasa a mi hijo, esa reacción no es habitual en él. Le gusta mucho hablar con la gente, es muy sociable, en eso no sale al padre, por supuesto, y me extraña que no haya acribillado a preguntas al padre de Sophie. Supongo que yo me he quedado como él, un poco impresionado. Ninguno de los dos nos esperábamos que su padre estuviera aquí, ni que la viniera a buscar a punto de enterrar a su madre, porque a eso ha venido, ¿no?

—Déjalo un rato solo, después ya iremos a hablar con él —me pide Sophie, agarrándome del brazo—. Jorge, te presento a mi padre, Thomas. Papá, él es Jorge, el padre de Pol, el bombero, mi vecino...

—Su chico —le digo, mirándola—. Un placer conocerlo, señor. Siento mucho los comentarios y la actitud de mi hijo, normalmente no es así de grosero; no sé qué le ha pasado.

—No te preocupes, chico, me ha encantado ver que mi hija está bien protegida en mi ausencia. Y, por favor, llámame Thomas. Para mí también es un placer conocerte, Jorge. Me han hablado mucho de ti; aunque en la distancia, yo también cuido de mi niña —dice, dándole un beso en la cabeza a

su hija.

—Siento mucho su pérdida. ¿Ha venido a buscar a su hija?

Me parece un poco raro que venga él a recoger a Sophie desde tan lejos. Creo que hay algo que ella no me ha contado.

—Sí, necesitaba hacerme a la idea de su pérdida y alejarme un poco. Así que he decidido venir a por mi pequeña —me contesta Thomas.

No me ofrece más explicaciones, lo que me lleva a estar más expectante todavía. Sé que me estoy perdiendo alguna cosa, algo me ocultan y eso me pone de mal humor.

—¿A qué hora sale nuestro vuelo, papá? —pregunta ella.

—A las seis de la mañana. Steven y yo —dice, mira detrás de mí y allí está el personaje de la otra noche— pasaremos la noche en el Villa Magna, así que puedes despedirte tranquilamente. A las cinco te pasamos a buscar.

La otra noche, ese tío salió de la nada y estuvo hablando con Sophie. Hoy su padre se presenta aquí, como si fuera lo más normal del mundo meterse siete u ocho horas de viaje, cuando está a punto de enterrar a su madre, para venir a buscar a su hija y con el tal Steven, como si fuera algún tipo de guardaespaldas. ¿Qué coño pasa? ¿A qué narices se dedica la familia de Sophie para tener que llevar guardaespaldas? Salgo de mis pensamientos cuando Thomas se despide de mí.

—Bueno, chico, ha sido un placer. Espero que podamos tener más rato para charlar, en otra ocasión. Despídeme de tu pequeño y cuida de mi niña cuando regrese —me dice, extendiendo su mano.

—Eso no lo dude. El placer ha sido mío —le respondo.

Se aleja de nosotros para despedirse de Carlos, al que parece que conoce muy bien.

—Jorge, sé que todo esto te parece muy raro, que te extraña esta situación, pero antes tengo que lidiar con la muerte de mi abuela y todo lo que eso conlleva. Cuando vuelva, prometo explicártelo todo —me dice, acariciando mi pecho—. ¿Por qué no subís después a cenar con nosotras y así nos despedimos?

—Claro, después subimos —le contesto, y beso sus labios—. Voy a buscar a Pol.

Cuando salimos, su padre ya se ha marchado con el guardaespaldas, y nos dirigimos a nuestro piso. Los dos vamos tristes, parecemos dos almas en pena. No nos gusta que Sophie se aleje de nosotros, aunque sean solo unos días. Pero el que peor lo lleva es mi pequeño.

—Papi, ¿tú crees que Sophie volverá? No me gustaría que ella se fuera para siempre como hizo mamá —me pregunta mi hijo con los ojos llenos de lágrimas.

—Cariño, claro que va a volver, ella tiene aquí su vida. ¿Por qué piensas que no volverá?

—Es que ha venido su papá, desde muy lejos, a buscarla. A lo mejor la echa mucho de menos y la convence para que se quede con él, allí, en el otro mundo.

—¿El otro mundo? —le pregunto, riendo. Mi hijo tiene cada cosa…

—Sí, el otro día Sophie me explicó de dónde es y me dijo que estaba muy lejos, al otro lado del mundo. Digo yo que será otro mundo diferente si está tan lejos, ¿no?

Cuando nos damos cuenta ya son las nueve de la noche y subimos a casa de las chicas para cenar y despedirnos. Tengo miedo, señoras y señores. Podría hacerme el valiente y actuar de forma fría, tal y como hacemos en los incendios, pero no puedo, estoy acojonado. Sé que no hay motivos, pero tengo la misma inquietud que mi hijo. ¿Y si no vuelve? La cena es rara, tensa, creo que todos estamos tristes, cada uno con sus problemas y como hoy no está Dani, porque trabaja, pues no tenemos *payaso* con quien reír.

—¿Has dejado todo atado en el BookCafé? —le pregunta Tammy, en un momento de la cena.

—Sí, ya está todo listo con Carlos y Trini. Aun así, estaremos en contacto todos los días. Igual que con vosotros, solo hay que recordar la diferencia horaria con Nueva York.

—Vas a volver, ¿verdad? —le pregunta mi pequeño con la cabeza agachada.

—Claro que sí, campeón —le contesta, sentándolo en sus piernas—. Aquí está mi casa y mi trabajo, está Tammy y Cloe, que son mi familia, y, ahora, también estáis vosotros. ¿Cómo no voy a volver?

Mi pequeño se queda más tranquilo y después de cerrar la cena con un riquísimo postre, nos despedimos.

—Te voy a echar mucho de menos, nena —le digo en el rellano de nuestro piso, mientras Pol ha ido a ponerse el pijama—. Van a ser unos días muy duros para todos, pero ya sabes que, para cualquier cosa, a la hora que sea, yo estaré aquí, ¿vale?

—Vale. Yo también os voy a echar mucho de menos. No me hace ninguna gracia tener que volver y ver gente que no quiero ver, pero tengo que hacerlo.

Cuando regrese tenemos una charla pendiente —me dice, acercándose a mi pecho.

Me rodea el cuello con sus brazos y yo la abrazo a mi cuerpo. Me vuelve loco tenerla tan cerca. Pongo mi boca en la suya y le muerdo el labio inferior para oírla gemir. La devoro, como si no hubiera un mañana, por si no volviera…

***

No he pegado ojo en toda la noche. Menos mal que hoy no tengo que trabajar, porque no rendiría correctamente. Son las ocho de la mañana, así que solo hace unas horas que Sophie se ha ido y ya la echo mucho de menos. Despierto a mi pequeño y, después de prepararnos, nos acercamos al colegio. Al volver a casa, decido que iré al gimnasio un rato o a correr para despejar la cabeza y dejar de pensar tanto. Estoy hecho un lío y no paro de elucubrar sobre la vida de Sophie. Del misterio que envuelve el viaje de su padre. De que el tal Steven haya estado presente estos días.

No soy capaz de desconectar y en vez de seguir los planes que tenía pensados, hago algo que nunca pensé que haría. Enciendo el ordenador, abro Google y, como en la visita de Thomas, cuando se despidió de Carlos le oí decir su apellido, sin pensarlo demasiado y como tengo el presentimiento de que esto no me traerá nada bueno, tecleo Sophie Prescot.

No me puedo creer todo lo que aparece, todo lo que ven mis ojos, pero mi mente no es capaz de asimilar. Tendría que haber esperado a que ella me explicara. Toda esta información es superior a mí. Hay un montón de fotos de Sophie, en algunas sola, en otras con un hombre que se repite en varias, el que supongo que será Mark, su ex. También hay alguna con Nico y con su padre. De su familia al completo. Vestida de gala, de calle, en cenas o fiestas varias...

Leo algún titular: *«La familia Prescot ya se encuentra entre las cinco familias más poderosas de América». «Kick, la marca más utilizada por los deportistas».*

Hay fotos de la familia con deportistas muy conocidos del otro lado del charco. Toda esta información me satura y no sé cómo voy a ser capaz de digerir todo lo que veo y leo. Tengo tantas dudas, tantas preguntas...

¿Dónde cojones me he metido?

CAPÍTULO 9

Sophie

Ya estamos en el *jet*, no recordaba que fuera tan bonito, hace tanto tiempo que no me subía... Caben diez personas más la tripulación, con sus asientos de cuero beis; a la derecha, hay seis asientos y a la izquierda cuatro más. Las dos zonas con su mesa en medio, de las que aprietas un botón y aparecen y desaparecen. Por supuesto los asientos se estiran, se recogen, se mueven... Al fondo, hay un sofá con su televisión y una puerta donde se encuentra un dormitorio, con su cama *king size* y un baño completo.

Parece mentira que ahora me pueda abrumar tanto semejante lujo, después de todos estos años alejada de todo esto me doy cuenta de que, realmente, he conseguido ser feliz sin vivir en este mundo.

—Sophie, cariño, ¿estás bien? —me pregunta mi padre.

—Sí, papá, solo pensaba… Soy tan feliz con mi vida que no he echado de menos nada de esto —le comento, mientras señalo a nuestro alrededor.

—Eso es estupendo, cariño. Era lo que querías, ¿no? Empezar tu vida de forma diferente y lejos de todo ese mundo mediático de carroñeros; lejos de las personas que tanto daño te han hecho.

—Sí, así es. Y dado que lo he conseguido, tengo tanto miedo de que me lo puedan volver a quitar... Ya sé que soy mayor y puedo hacer lo que yo quiera, pero tanto mamá como Jana son personas tan manipuladoras y centradas en sus objetivos, se lleven lo que se lleven por delante, que solo pensar en que puedan llegar a hacer daño a las personas que tanto quiero...

—¿Por eso casi nadie en España sabe quién eres realmente? —Asiento con la cabeza—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, pero creo que a Jorge se lo tendrías que contar. Parece un gran muchacho y te mira con esos ojos de enamorado...

—¡Papá! ¿Pero qué tonterías dices? Sí que es verdad que es un gran hombre, es una persona que se preocupa mucho por mí y nos estamos conociendo, pero solo hace unas semanas que estamos liados. El amor no llega así, de un día para otro.

—Hija, el amor llega cuando llega, mírame a mí, llevo unos treinta y cinco años con tu madre y nunca conseguí enamorarme de ella, pero... —se queda

callado, sin continuar su explicación, como si le diera vergüenza decirme algo.

—¿Pero…? Sigue papá, sabes que puedes contarme lo que quieras. Yo solo quiero que seas feliz —le digo, mirándolo a los ojos.

—Sé que lo que te voy a explicar, no está bien. Solo te pido que no me juzgues antes de que acabe la explicación. Que todo esto que te cuento, solo lo sabía la yaya, bueno, y Steven —me dice, mientras mira hacía él—. Y del mismo modo que yo respeto que, fuera de América, reniegues de tus raíces porque tu motivo es poderoso, también pido tu respeto hacia mi silencio.

—Por Dios, papá, eso no lo tienes ni que pedir, son tus cosas, tus problemas, yo jamás le diría nada a nadie. —Me mira y sonríe dándome a entender que lo sabe.

Durante un rato se hace un silencio entre nosotros, no es incómodo, pero sí lo noto inquieto. Traga saliva y cuando pienso que ya no me va a decir nada, rompe su silencio.

—Fue una tarde, poco después de que tú te fueras, sabes que entre tu madre y yo nunca hubo amor, ni tan siquiera una pizca de cariño; nada. Ese día me llamaron para los resultados de la yaya, no eran buenas noticias y, aunque lo imaginaba, reafirmar mis dudas fue durísimo. Tú te habías ido lejos, Nico siempre fue una alma libre y Jana… ella es otro caso aparte. —Suspira para coger fuerzas—. Ese día llegué pronto a las oficinas y decidí ir a tomar un café fuera de allí. Me di cuenta de que al otro lado de la calle había una pequeña cafetería y allí acabé. Me sentía tan triste, tan solo...

—Papá, mira, si no quieres seguir contándome... —Lo noto tan triste que no sé si quiero que continúe.

—Pitufa, déjame acabar. Necesito desahogarme. —Su expresión es demoledora, nunca había visto así de deshecho a mi padre—. No sé si fue el destino o qué narices, pero allí estaba ella. Fue verla y resucitar de repente, me cautivó su sonrisa permanente, su sencillez y la calidez que desprendía. Bueno, también tuvo que ver lo guapa que es, claro. Desde aquel primer día, fui todos los siguientes, era verla y volver a respirar. Alison me da la tranquilidad y la serenidad que necesito. Me hace feliz, hija. Lo que más me duele es no poder gritar al mundo entero que es *mi* chica. Quiero poder salir a cenar o pasear con ella sin tener que ocultarnos. Tengo la suerte de que me quiere tanto que lleva aguantando así casi siete años, Sophie.

Estas últimas palabras me las ha dicho mirándome fijamente. Yo lo único que puedo hacer, es dejar escapar mis lágrimas por la congoja que siento en

mi padre, la impotencia que se aprecia por tener que frenar la vida que tanto le gustaría vivir y ser feliz, por fin. Él levanta la mano y seca mis lágrimas. No sé qué decirle, estoy sin palabras, pero no por rabia o por recriminarle nada, más bien es por la impotencia de no poder ayudarlo.

Cuando me recupero del *shock*, me doy cuenta de que lleva con otra mujer muchos años y que eso es muy difícil de esconder, sobre todo, para personas como nosotros. También siento una gran curiosidad por la mujer que hace feliz a mi padre. Por cómo es físicamente, si es de su edad, si tiene familia...

—¿Mamá lo sabe?

Es lo primero que se me pasa por la cabeza. Sé que a ella le daría completamente igual, mientras tenga el dinero necesario para vivir su vida, lo demás poco le importa.

—No lo sé, hija, supongo que sí. A tu madre no se le escapa nada. Siempre tiene un as bajo la manga. Seguro que se imagina que hay más mujeres, hace muchos años que ni siquiera nos acercamos íntimamente. Mientras pueda seguir con su vida...

No sé qué decir, tengo tantas cosas en la cabeza que creo que me va a estallar. Mi padre me dice que le gustaría aprovechar mi estancia para que pueda conocer a Alison. Me hace mucha ilusión y, la verdad, es genial ver como le cambia la expresión y su cara es de felicidad completa cuando habla de ella.

Después de abrir nuestras almas como hacía tiempo que no nos pasaba, nos damos cuenta de que ya hemos llegado a Nueva York. Al ser consciente, me vuelve a atacar la ansiedad; además, le he enviado varios mensajes a Jorge y no he obtenido respuesta alguna. Lo echo tanto de menos que, todavía no hemos llegado, y yo ya tengo ganas de volver.

Cuando aterrizamos en la pista, ya nos espera un coche en el que meten nuestros equipajes. Steven me abre la puerta para subir y posteriormente se sienta en el asiento del conductor. La verdad es que, hasta ahora, casi no he sido consciente de que él nos acompaña. Tiene una facilidad de pasar desapercibido y parece que nunca se entera de nada, aunque estoy segura de que es la persona que sabe más secretos de mi familia. El día que se canse de aguantarnos y le dé por escribir un libro, nos vamos a cagar. Me mira por el retrovisor y me dedica su media sonrisa, parece que me haya leído el pensamiento. Estoy tan convencida de que nunca nos traicionaría que me jugaría mi BookCafé. Steven es un gran hombre, para mí es como mi hermano mayor, de forma muy discreta ha estado a mi lado; siempre he tenido un abrazo

por su parte cuando más lo he necesitado y ha velado por mí en la sombra. Estoy convencida de que, incluso, todos estos años en Madrid, él ha estado al tanto de todo y cuidándome como siempre.

Cuando veo que estamos en la cuesta hacia la casa de mis padres, decido llamar a Jorge para informarlo de que hemos llegado y así poder escuchar su voz, lo echo tanto de menos... El teléfono me indica que está apagado y me extraña, ya que por su trabajo casi nunca lo apaga. Decido enviarle un mensaje y le pido que me se ponga en contacto conmigo para poder hablar. Aprovecho para llamar a Tammy, allí es mediodía.

—¡Hola, nenita! ¿Ya habéis llegado? —me pregunta, nada más descolgar.

—Sí, *honey*. Ya estamos entrando en casa. ¿Cómo estáis? ¿Está todo bien por ahí?

—Sí, todo en orden, empezando la semana. Por cierto, esta mañana me ha dicho Juana que te enviara muchos besos. ¿Tú estás bien? ¿Ya has visto a tu madre?

—Estoy, que no es poco, y no, todavía no la he visto. Más tarde te envío un mensaje y te cuento.

—Vale, mi princesa de hielo. —La oigo reír—. Dale un beso a tu padre, de mi parte, y un abrazo al superhéroe. Te quiero mucho.

No me da tiempo a responderle cuando ya ha colgado. Tammy es tremenda y doy gracias, todos los días, por tenerla a mi lado. El hombre que la conquiste va a ser muy afortunado.

—Papá, Tammy te manda un beso y a ti, superhéroe, un abrazo. —Veo por el retrovisor como Steven sonríe y niega con la cabeza.

Como podéis imaginar, mis padres poseen varias propiedades y no todas en Estados Unidos, pero para poder tener una vida más cómoda (nótese la ironía), viven en una casa adosada en Upper East Side. Podría decir que, para poneros los dientes largos, la *casita* dispone de siete habitaciones y cinco baños, una biblioteca y un despacho que utiliza mi padre. Un precioso, e inútil, ascensor para subir los cinco pisos de que dispone el edificio. Y la parte que más me gusta a mí, su preciosa terraza en la azotea. Pues eso, pero, al tener una madre como la mía, os puedo asegurar que esto no es nada.

Steven nos ha dejado en la parte trasera, como casi siempre, por temas de seguridad, como él nos dice, pero también porque la puerta de delante está llena de periodistas.

—¿Preparada, pitufa?

Me pregunta mi padre una vez hemos parado frente a la puerta. Le confirmo

que sí con la cabeza, aunque estoy muy nerviosa; si solo hubiera podido hablar con Jorge, seguro que él sabría qué decir para tranquilizarme. Pero ni un mensaje, ni una llamada...

—¡Por *Diosito* lindo! Mi niña, Sophie... —Oigo que dicen en la puerta. Este acento mexicano, sin duda, es de mi nana, Camila.

Lleva muchos años en nuestra casa, fue la persona que siempre nos cuidó y ahora, que no hay niños, es la mujer para todo. Nos conoce tan bien que es imposible vivir sin ella. Emigró de su país como muchos otros, muy jovencita, y desde entonces está con nosotros. Aun con el tiempo que lleva en Estados Unidos, su acento es inconfundible.

—Mi nana querida. —La abrazo con cariño—. Pero ¡qué guapa estás! Por ti no pasan los años, Camila.

—¡Ay, mi niña! Tú sí que estas *rechula*, mírate, estás hermosa. Yo ya ando viejita, muchacha. Los años pasan y no perdonan, mi niña Sophie. Solo le pido, cada día, a mi *virgencita* de Guadalupe que me conserve para poder volver a ver muchachitos por esta *casota*. —Me abraza con fuerza. Sé que me quiere mucho, tanto como yo a ella.

Entramos abrazadas y charlando; preguntándole cómo sigue su salud. Sé, por papá, que ha estado algo delicada, pero me alegro mucho de que ya esté bastante mejor. Camila también fue un pilar muy importante cuando sucedió todo con Mark y también sé que, desde entonces, mi madre no ha sido, lo que se dice, muy amable con ella.

—¡Vaya! Si parece que la hija desagradecida ha vuelto a su hogar... —Esa es mi madre, todo amor. Cuando nuestras miradas se encuentran, un escalofrío cruza mi espalda, como si me hubieran clavado un puñal.

—Marga, no empecemos —le reclama mi padre, poniéndose en medio de las dos—. Sophie no está aquí por gusto y lo sabes. Solo os pido que, por respeto a mi difunta madre, podamos estar en paz estos días. ¿Ha quedado claro?

Yo asiento con la cabeza y noto como Camila presiona mi mano para darme fuerza. Todos estamos muy nerviosos y eso se nota en la tensión que se respira en la sala.

—¿Ya sabemos a qué hora está previsto el entierro? —pregunta mi padre.

—A las cuatro. Si hubieras estado donde tenías que estar, ya lo sabrías —le contesta mi madre, con esa frialdad que la caracteriza.

—Me voy a duchar y a descansar un rato. Tú deberías hacer lo mismo, Sophie. Después, nos vemos.

Santa paciencia. No sé cómo mi padre todavía la aguanta, supongo que para no armar un escándalo y que toda su vida se vea afectada por la prensa. Yo no llevo aquí ni quince minutos y ya estoy hasta el gorro de su pose, de su mirada despiadada y superior, como si todo girara a su alrededor y solo ella fuera la dueña; y, sobre todo, de su frialdad.

—Véngase, mi niña, que la acompaño a su cuarto —me indica Camila, tirando de mi brazo.

Cuando me deja a solas en mi antiguo cuarto, me doy cuenta de que mi madre lo ha cambiado absolutamente todo. Ahora no es el cuarto de su hija, es el cuarto de invitados, así que me queda claro que eso es lo que soy ahora; una invitada más. Me siento en la cama y suelto un gran suspiro para despejar toda mi mala leche del cuerpo y darme ánimos para afrontar todos estos días.

Cómo echo de menos a los chicos. Me encantaría poder oírlos para coger fuerzas, así que aprovecho para llamar de nuevo, a ver si tengo más suerte, pero nada. Sigue apagado y, ahora, sí que ya no puedo retener más mis lágrimas de rabia y tristeza. Me siento tan sola...

Jorge

Tres llamadas y cuatro mensajes, eso es lo que tengo de Sophie cuando vuelvo a activar el teléfono. Después de todas las noticias que pude ver por Internet, me quedé tan hecho polvo que no tengo fuerzas para hablar con ella.

¿Qué le digo? ¿Qué ya lo sé todo? ¿Qué ella ya sabe que odio la mentira y que ya no la quiero más a mí lado? ¿Qué quiero odiarla y no puedo? ¿Que no pasa nada, que la perdono porque la necesito tanto conmigo, que no quiero que se aleje?

Creo que me voy a volver loco y ya no sé qué hacer. Necesito tantas respuestas, tengo tanto que preguntarle, que parece que no llegará una vida para que me pueda responder a todo. El timbre de la puerta me saca de mis pensamientos. La abro y veo que es mi padre con Juana. Al ver mi cara, se da cuenta de que algo me pasa, me conoce demasiado.

—Hola, hijo, ¿va todo bien?

—Pues no lo sé, papá. Hola, Juana, ¿cómo vas?

—Hola, cariño, yo bien, pero tú tienes una carita... Yo puedo irme un rato si quieres hablar con tu padre tranquilamente —dice Juana. Veo que mi estado no pasa desapercibido.

—No te preocupes, supongo que lo que le cuente a mi padre irá a parar a tus oídos, desde que se hace mayor se ha vuelto un poco cotilla. —Agacho mi cuerpo para no recibir la colleja que suelta mi padre.

—Y tú, un mal educado, no se falta, así, el respeto a tú padre, que yo no soy mayor, soy un madurito sabio. Si no, pregúntale a Juana, ¿verdad, cielo? —le pregunta, acercándola a su cuerpo—. A ver, ¿nos invitas a un café y nos cuenta a qué se debe esa cara de acelga que llevas?

Les preparo el café que me han pedido y nos sentamos en los sofás del salón. No sé por dónde empezar, a lo mejor tengo suerte y Juana sabe algo y me libera de algunas dudas.

—Papá, tú sabes que desde lo que pasó con Clara, no soporto que me oculten cosas, ni me engañen...

—Lo dices por Sophie, ¿verdad? —me pregunta Juana.

—Sí, no sé si tú estás enterada de algo, pero después de la visita de su padre y todo el misterio que los envolvía, me quedé inquieto. Ya sé que no tendría que haberlo hecho, pero busqué su nombre en Internet.

—Hijo, ¿ahora me vas a decir que su familia pertenece a la mafia italiana o

algo por el estilo? —me pregunta mi padre, sacándole hierro al asunto.

—Por Dios, Eduardo, mira que eres besugo a veces. ¿No ves que tu hijo lo está pasando mal? —le recrimina Juana, mientras le propina un guantazo en el brazo.

La verdad es que me gusta mucho ver a mi padre tan feliz al lado de Juana y, aunque esté hecho polvo, estos dos consiguen sacarme una sonrisa que, seguramente, era el objetivo de mi padre con sus tonterías.

—Perdón, perdón… Ya no digo nada más, disculpa, hijo. Continúa, ¿qué has encontrado en Internet?

—Pues… Parece que la familia de Sophie es una de las más importantes de los Estados Unidos. Tienen una empresa de material deportivo y, joder, están forrados de dinero —les comento.

Estoy nervioso e, incluso, he elevado el tono de voz. Casi no me salen las palabras. Creo que decirlo en voz alta me ha hecho mucho más consciente de su poder.

— ¿Y qué es lo que te preocupa, hijo? ¿Que tengan mucho dinero o, más bien, que Sophie no te lo haya contado? Ella nunca me dio la sensación de ser millonaria, al contrario, creo que es una persona muy cercana, supongo que Juana nos lo puede confirmar mejor —me dice. Juana parece ausente a nuestra conversación—. Seguro que todo tiene una explicación, ¿has podido hablar con ella?

Yo niego con la cabeza y pienso que es una de las preguntas que me rondan en la cabeza, ¿por qué ella no lleva el nivel de vida adecuado al poder adquisitivo de sus padres? Sé que huyó a España por el problema sentimental que tuvo con su antiguo novio y con su hermana. Pero, con el dinero que tiene su familia, podría tener un piso en propiedad, qué digo uno, incluso varios, y no estar de alquiler.

—Sé que han llegado bien a Nueva York, pero no he tenido el valor de hablar con ella. Estoy tan cabreado, confundido, dolido y con millones de preguntas que no sé cómo voy a reaccionar cuando hablemos. Ahora mismo ya tiene suficientes cosas que afrontar allí como para que me ponga a gritarle yo también. —Hundo mi cabeza entre mis manos por la desesperación que tengo.

Creo que ahora sería capaz de ponerme a llorar, de frustración, como un niño pequeño. Tan pronto tengo unas ganas terribles de hablar con ella y abrazarla, como de no volver a verla más. Noto que alguien me acaricia las manos y, al levantar la cabeza, veo que Juana está arrodillada frente a mí. Me mira con los ojos brillantes, emocionada.

—Jorge, la quieres mucho, ¿verdad? —Yo asiento con la cabeza.

No me da vergüenza reconocerlo, es verdad, nunca me imaginé que una mujer consiguiera desmontar mi coraza en tan poco tiempo y con tanta facilidad, pero es que no es cualquier mujer, es Sophie.

—Mira, cielo, yo tampoco tengo mucha información, así que no te voy a poder aclarar nada. También es verdad que no me corresponde a mí contestar tus dudas, sino a Sophie. Lo que sí tengo claro es que, como bien dice tu padre, detrás tiene que haber algún motivo importante para que no nos lo haya contado. Yo también he visto cosas que me han sorprendido durante estos años, pero nunca he preguntado. Al principio, sí que me dolía que ella no me tuviera la confianza suficiente para poder abrirse y decirme qué pasa en su familia para que dé la sensación de que ella se oculta. A medida que la conocí y comprobé que es un cielo de mujer, pensé que seguramente lo oculta como protección.

—¿Qué quieres decir con eso, Juana? ¿Crees que ella puede estar en peligro? —le pregunta mi padre con el ceño fruncido, gesto que comparte conmigo, aunque no lo quiera reconocer.

—No, cariño. Ahora que Jorge nos ha comentado que su familia es de dinero, y mucho, me imagino que el despliegue de prensa en su país debe de ser importante. Si ella consigue pasar desapercibida aquí, es probable que pueda vivir mucho más tranquila. Me apuesto algo a que, si seguimos la búsqueda en Internet, encontraríamos cantidad de noticias de la ruptura con su ex y el lío con su hermana. Habla con ella, Jorge, debe de estar de los nervios si todavía no sabe nada de ti. Sabes, tan bien como yo, que no lo debe de estar pasando bien y ahora nos necesita. Dile lo que sabes y que cuando regrese te debe una charla, pero no la dejes ahora, no sin escuchar sus motivos y, menos, cuando está tan lejos…

***

Voy camino del colegio para recoger a Pol y mi cabeza da vueltas con todas las palabras de Juana. Intento asimilar todo lo que me ha dicho, hay muchas cosas que encajan, pero, en otras, todavía tengo dudas.

—¡Hola, papi! ¿Ha llegado ya Sophie al otro país? ¿Has podido hablar con ella? —me pregunta mi hijo, nada más aterrizar en mis brazos y darme un beso.

—¡Hola, campeón! Sí, Sophie ya está en Nueva York, me ha enviado un

mensaje, pero todavía no he hablado con ella.

—¿Y tú crees que podríamos llamarla desde el coche con el *sin manos*? —Me echo a reír por las expresiones de mi hijo.

—Se dice manos libres, no *sin manos*, hijo —lo corrijo—. Podemos intentarlo, a ver si puede hablar.

Nos dirigimos al coche y, una vez dentro, activamos el manos libres y marcamos el número, suenan cuatro tonos y oímos como descuelga. Mi hijo, con el ansia de hablar con ella, no la deja ni contestar.

—¡Hola, Sophie! —le chilla mi hijo… literalmente.

—¡Hola, campeón! ¿Cómo estás? ¿Ya has salido del cole?

—Sí, hoy hemos ido a la piscina a nadar. Y tú, ¿ya has llegado a tu país? ¿Es muy grande? Yo quiero que nos envíes una foto para ver si es chulo.

Sophie se ríe y se me encoge el corazón solo de pensar en no volver a oír su risa nuevamente. Cada día que pasa, soy más consciente de lo profundo que se ha metido en mi interior.

—Claro, os envío una foto y, a lo mejor, algún día podemos venir hasta aquí todos y os enseño las cosas tan chulas que hay. Por cierto, ¿por qué chillas tanto?

—Es que estás muy lejos y quiero que me oigas bien.

—Pol, cariño, Sophie está muy lejos, pero por teléfono te oye perfectamente, no hace falta que chilles; me vas a dejar sordo.

—¿De verdad me oyes si te hablo así, de normal? —le pregunta mi hijo. Qué poca credibilidad tengo como padre.

—Te oigo súper bien, cielo.

—Te echo mucho de menos, vas a volver, ¿verdad?

Le pregunta mi hijo con los ojos brillantes, hay que ver el cariño que le ha cogido en tan poco tiempo. No soy el único que ha caído a sus pies.

—Claro que voy a volver, Pol, sabes que solo he venido porque mi abuelita se ha ido al cielo y le tengo que decir adiós. Pero en unos días estoy de vuelta e iremos a dar un paseo al parque y a comernos un helado, de esos de chocolate que tanto nos gustan, ¿vale?

—Vale —le contesta mi hijo, recuperando ya su sonrisa—. Podremos llevar a Cloe, ¿no?

—Claro que sí, campeón.

—Bueno, ya está bien de tanto charlar, que se nos hace tarde. Despídete de Sophie hasta otro día, colócate en tu silla y te atas —le pido a mi hijo, que se había sentado en mi regazo.

—Adiós, Sophie, hasta otro día.

—Adiós, cariño. Un besito muy fuerte.

Mi hijo se dirige a su silla, en la parte trasera, y comienza a atar el cinturón. Mientras, desactivo el manos libres para recuperar un poco de intimidad y la saludo con un escueto «hola».

—Hola, *fireman*, ¿cómo estás? Te he enviado mensajes y te llamé en varias ocasiones, pero no pude hablar contigo. ¿Va todo bien?

Cierro los ojos y suspiro profundamente, recordándome que tengo a mi hijo en el asiento trasero y me debo controlar.

—Por aquí, todo como siempre. Y tú, ¿qué tal? ¿te está tratando bien la prensa?

Mi tono ha sido duro y seco, pero necesito que vea que sé cosas y que estoy enfadado. Se hace un silencio que parece eterno.

—Jorge, yo... —Noto como su voz tiembla. Sé que está preocupada y sorprendida.

—Mira, Sophie, ahora tengo que llevar a Pol a karate, que ya vamos tarde. Después ya volvemos a hablar. —Se genera un silencio incómodo, hasta que la oigo aclararse la garganta para contestar.

—Claro, el entierro es a las cuatro de la tarde, hora de aquí. Cuando todo acabe y llegue a casa, te llamo con tranquilidad y hablamos.

Su voz tiene un tono triste y da la sensación de que está llorando. Se me encoge el corazón, pero no podemos empezar con mentiras y ocultando cosas.

Después de despedirnos y dejar a mi hijo en su clase de karate, decido llamar a Dani, mientras espero a Pol, a ver si consigo que mi cabeza deje de pensar tanto.

—Hombre, colega ¿qué es de tu vida, que andas desaparecido?

—Eso tú, que, si yo no te llamo, no te acuerdas de que existimos, está claro que como no tenemos dos tetas, no nos necesitas para nada, capullo.

—Jajajaja, la verdad es que he estado un poco liado y no solo con dos tetas; sobre todo con el curro. Tenemos mucho lío. ¿Vosotros cómo vais? ¿Qué tal llevas la ausencia de la *churri*?

—Joder, Dani, tengo un cabreo de cojones. —Ya he estallado—. Me he enterado de que Sophie me engaña.

—No jodas, ¿con otro tío?

—No, capullo, no es eso. Me he enterado de que su familia tiene mucha pasta y nos lo ha ocultado. Bueno, supongo que Tammy sí que lo sabe, pero, incluso, Juana no tenía ni idea.

—Joder, qué susto me has dado. ¿Y qué hay de malo en que tengan pasta? Mira, así podrás comprarte un Porsche y me llevas a dar un paseo.

—Coño, Dani, contigo no se puede hablar. Todo te lo tomas a cachondeo.

—Perdón, perdón... A ver, explícame lo que te inquieta.

—Busqué a su padre en Internet y resulta que tiene una empresa de ropa y accesorios deportivos y son unas de las familias más ricas de América. Lo que no sé, es por qué nos lo ha ocultado. Ya sabes lo que me molestan las mentiras y que me oculten cosas. Joder, no quiero volver a sufrir por una tía, Dani. Tú ya sabes lo jodido que estuve. Y tengo la sensación de que lo que sentí con Clara, no era ni la mitad de profundo que lo que siento ahora por Sophie. Ella sí que puede hundirme por completo.

—Vaya, colega, pues sí que estás jodido. ¿Has podido hablar con ella?

—He hablado con ella, pero estaba Pol con nosotros y solo le he dejado caer que sabía algo. Se ha quedado cortada y me ha dicho que, después del entierro, intentará llamarme.

—Jorge, seguro que hay un motivo para que ella no haya comentado nada del tema. Deja que se explique, que te exponga sus motivos. No te ofusques, que te conozco y rápido sacas conclusiones precipitadas, y después te puedes arrepentir. —Mi amigo me conoce muy bien—. Voy a intentar hablar con Tammy, a ver si le saco algo. Más tarde te cuento, ¿vale?

Me despido de Dani, dándole las gracias, y acordamos que si se entera de alguna cosa me lo contará. No sé qué pensar, todo se me hace cuesta arriba y difícil de asimilar, pero más duro se me hace pensar en no volver a besar sus labios o notar su cuerpo desnudo junto al mío. A eso, no me hago a la idea.

CAPÍTULO 10

Sophie

Madre mía, qué mal he hecho las cosas. Resulta que todo lo que yo intentaba que no pasase, ha pasado. No sé lo que sabrá Jorge, ni de qué tipo de información dispone, pero se lo tenía que haber explicado yo, maldita sea, todo me sale mal...

Me siento triste y rota, me duele tanto el corazón... Entre la despedida de mi abuela y la posibilidad de que Jorge no quiera saber nada más de mí, con la consecuencia de no poder ver más a Pol, con el cariño que le tengo, me mata. No puedo dejar de llorar, estar tan lejos y no poder aclarar las cosas con él me destroza. Así me encuentra mi padre, hecha un mar de lágrimas.

—Pitufa, mi pequeña, ¿qué te pasa? —me pregunta, sentándose a mi lado en la cama.

Ya viene arreglado, con su traje negro de tres piezas, impecable, camisa blanca y corbata negra, aún dadas las circunstancias tan tristes, está muy guapo.

—Estoy tan triste, la voy a echar tanto de menos, y, además, parece que los problemas me persiguen. Cuando ya pensaba que podía dejar todo el dolor del pasado atrás y empezar a ser feliz, todo se tuerce. ¿Es que no me lo merezco? Dime, ¿no crees que la vida me podría dar un respiro? Tampoco exijo tanto, jolines...

—Mi vida, eres una de las mejores personas que conozco, eres todo corazón y es verdad que no te mereces por todo lo que has pasado, pero, a veces, la vida nos pone pruebas para poder disfrutar, después, de la felicidad. Todo llega, pitufa, estoy seguro de que serás muy feliz. Conseguirás a un hombre que te respete y te quiera por encima de todo y podrás formar una bonita familia. Supongo que parte de esta tristeza tiene que ver con Jorge, ¿no es así?

—Sí, parece que se ha enterado de algo, todavía no he podido saber de qué, pero, por sus palabras y su tono, no está muy contento con lo que ha descubierto. Bueno, supongo que el motivo de su cabreo es que se lo haya ocultado. Su vida tampoco ha sido muy fácil y le cuesta mucho confiar en las personas.

—Habla con él, explícale tus motivos y si, aun así, no te entiende, ni te perdona, es que no te merece, ni te quiere como debe —me dice mi padre, limpiando mis lágrimas de las mejillas—. Bueno, ahora hay que arreglarse, que casi es la hora de despedir a la abuela y no podemos llegar tarde, si no, entre tu madre y la prensa nos despellejan.

—Pero bueno, ¿mi chica preferida todavía está así? —Ese es mi hermano, el que siempre consigue sacarme una gran sonrisa. Nos fundimos en un sentido abrazo—. A vestirse, ponte preciosa, como a la abuela le gustaría y vamos a dejar a todos con la boca abierta. Después, ya afrontaremos los otros problemas; uno a uno.

Me abraza y me besa la cabeza, con su comentario, me da a entender que, el muy cotilla, ha escuchado detrás de la puerta. Podría enfadarme por meterse donde no lo llaman, pero con él nunca puedo.

Todo es como yo me imaginaba; un circo, dirigido por mi madre, claro. Incluso, me había dejado la ropa preparada; un traje de falda y chaqueta negro con la camisa blanca, todo muy sobrio. Como os podéis imaginar no le he hecho ni caso y, claro, cuando me ha visto bajar por la escalera con mi vestido negro, con cuello de barco, ceñido hasta la cintura y con vuelo hasta la rodilla, casi le da un síncope. Lo que sé que la incomoda es la flor rosa que va desde la cintura hasta el bajo de la falda. A mi abuela le hubiera encantado, así que es un homenaje a ella, me importa un carajo lo que piense mi madre.

—¿Ni siquiera, un día como hoy, puedes seguir el protocolo y respetar a tu abuela? —pregunta mi madre.

—Marga, por favor, tengamos el día en paz —le contesta mi padre.

—Ni Marga ni leches, esto es culpa tuya por consentirle siempre todo. Mira lo que estamos criando, una panda de desagradecidos y mal educados —dice, señalándome a mí y a mi hermano—. Tanto dinero gastado en su educación para nada. Menos mal que Jana es cabal y nunca nos deja en ridículo.

Estoy a punto de reventar, las palabras me arden en la punta de la lengua, tengo tantas ganas de decirle cuatro verdades... Pero no es el momento ni el lugar. Y eso entiende también mi hermano, que se pone a mi lado y me agarra de la cintura, mientras ejerce un poco más de presión de lo necesario; supongo que, también, tiene que coger fuerzas para no estallar. A él tampoco le importa lo que piense mi madre y, por supuesto, el resto de la humanidad. Y ya no digamos el protocolo. Su traje no es negro, es verde botella; la camisa no es blanca, es color café con leche; y la corbata es marrón. Este es Nico, así es él; menos mal que no ha llegado con el pelo verde o azul... Así que la prensa va a

disfrutar mucho con nosotros. Mi madre no sabe dónde meterse, pero esto es lo que la abuela querría, que fuéramos nosotros mismos.

Salir por la puerta es toda una odisea, está llena de periodistas que poco respetan nuestra pena, son unos carroñeros; no todos, por supuesto, pero pocos se salvan. Los de seguridad nos escoltan para poder salir sin sufrir contratiempos. Después de tanto tiempo fuera, yo soy el centro de atención, por lo que voy rodeada de Nico y Steven que me abren el camino hasta la limusina que nos espera. Me sorprende que dentro no estén mi hermana y Mark, parece que van a ir por su cuenta.

Salimos hasta el tanatorio, que es desde donde saldrá el féretro, y donde tendremos que recibir las condolencias de la gente durante unas horas. Es la una del mediodía y el entierro no es hasta las cuatro, por lo que nos quedan unas horas para ver pasar a diferentes personas y personalidades; desde el alcalde hasta varios deportistas famosos, o gente que nos odia, pero que, por tener tema de conversación y poder criticar, se han acercado.

Al fondo, en la enorme sala, ya diviso el pelo rubio de mi hermana Jana y la altura de Mark, a su lado. El corazón me da un vuelco, no por celos, por supuesto, es rabia, cabreo. Tengo un nudo en el estómago que me produce ganas de vomitar. Noto a alguien, por detrás, que se acerca a mi oído.

—Sophie, respire o tendrá un ataque de ansiedad y su difunta abuela se levantará de la caja para darle un merecido azote por dejarse vencer por ellos. Usted es una mujer muy fuerte, no lo olvide. —Son las palabras de Steven las que me hacen reaccionar.

No me deja ni a sol ni a sombra, supongo que sigue instrucciones de mi padre. No le contesto, solo lo miro y asiento con la cabeza para que vea que lo he oído y que no pienso venirme abajo. Me cojo a mi hermano, que va a mi lado, para entrar en la sala, con la cabeza bien alta. No tengo que sentirme culpable por nada, así que, adelante, sin mirar atrás.

—Espero que sepas comportarte como Dios manda cuando te acerques a tu hermana. No demos más que hablar, ya bastante tienen con vuestros modelitos —me reprocha mi madre, pero sin perder la compostura en ningún momento.

—Madre, si piensa que voy a tirarme a sus brazos como si no hubiera pasado nada, está muy equivocada. Ya sé que a usted le importa mucho más *el qué dirán* que los sentimientos de sus hijos, pero yo tengo mi orgullo y no pienso hacer nada que no desee para tenerla contenta. —Me acerco para darle un beso en la mejilla y así susurrarle al oído—. No necesito nada de usted, ya no me intimida.

Por supuesto, no me acerco a mi hermana, ni a Mark; cuanto más lejos mejor. No puedo negar que los dos están impresionantes. Mark sigue siendo un hombre muy guapo y elegante; moreno, con su pelo algo canoso, su metro ochenta y cinco y ojos azules, casi transparentes, pero como persona deja mucho que desear. Ya sé que soy muy tonta y, aunque me hayan hecho mucho daño, no les deseo nada malo; al contrario, espero que sean muy felices.

Durante las horas de espera, he intercambiado unos mensajes con Tammy que consigue, como siempre, evadirme de tantos dolores de cabeza y sacarme unas sonrisas, que comparto con mi hermano, mientras miramos las fotos que nos envía de ella y Cloe. La última foto es la que más me impresiona, pues en ella salen todos menos Tammy. Eduardo y Juana, Dani con Cloe y Jorge con Pol. En el texto pone: «Te queremos mucho y te echamos de menos». Y yo a ellos, no se imaginan cuánto.

—Todo se arreglará, ya lo verás, pitufa —me dice mi hermano.

Deja un beso en mi cabeza cuando le enseño la foto y ve mi cara de tristeza. Se me escapan las lágrimas, por lo que me disculpo con él, y me dirijo al baño. Cuando salgo del habitáculo, me encuentro con la persona con la que menos ganas tengo de hablar; mi hermana Jana está frente al espejo, retocándose el maquillaje.

—Vaya, vaya... La hija prófuga ha vuelto a casa. ¿Ya has conseguido dejar de llorar tus fracasos y te has dado cuenta de que no vales nada? Pobrecilla, ha tenido que regresar a casa con el rabo entre las piernas.

—Jana, no quiero discutir contigo y, menos aún, darte explicaciones del grado de felicidad que hay en mi vida. Disfruta la tuya y déjame en paz. ¿O es que ahora, como ya tienes el caprichito, te aburres?

—Jamás me llegarás ni a la suela de los zapatos, por eso Mark está conmigo, yo sí soy una mujer, yo sí he sabido darle lo que necesita. Que te quede claro de una vez que él estuvo contigo solamente para acercarse a mí. —La cara de mi hermana está roja y desprende una ira inhumana.

—Señorita Sophie, ¿se encuentra usted bien? Si no sale en medio minuto tendré que entrar a buscarla. —Son palabras de Steven.

Seguro que ha visto entrar a mi hermana y ya se hace una idea de lo que puede pasar dentro.

—Ya salgo, Steven.

He tardado más de lo debido, enfrentando la mirada de mi hermana, ya que la puerta se abre y la cabeza del guardaespaldas se asoma.

—Eso, huye, como haces siempre. Refúgiate en las faldas del sabueso...

—Señorita Jana, vigile, no se muerda usted la lengua y se envenene —le dice este, enfrentándola—. ¿Nos vamos, Sophie?

Yo asiento y, cuando salimos, oímos a mi hermana murmurar un «capullo», dirigido a Steven. Insulto de impotencia, ya que sabe perfectamente que no tiene nada que hacer contra él.

—Gracias. No voy a tener vida suficiente para agradecerte todo lo que haces por nosotros, sobre todo, por mí. Todos estos años has estado ahí, ¿verdad?

—Espero no haber sido muy indiscreto —me contesta con una sonrisa en la cara—. Solo tiene una forma de compensarme: tiene que ser feliz, muy feliz.

No me ha mirado, pero sé que lo ha dicho de corazón y la verdad es que eso es algo que yo también quiero, pero las cosas están difíciles…

La misa es muy conmovedora, sobre todo, la parte en la que mi padre le ha dedicado unas palabras de despedida a la abuela. Nos ha hecho saltar las lágrimas a casi todas las personas que estamos allí: bueno, menos a mi madre, claro está. Por mi parte, también ha sido emotivo poder reencontrarme con muchas caras conocidas. Gente de la que tuve que alejarme hace años y no había vuelto a ver; amigas y amigos del colegio y la universidad, con los que compartí muchas horas de estudio y de fiesta. A medida que pasa la gente, en un momento dado, noto cierto nerviosismo en mi padre. Lo tengo al lado y me fijo en que la cara le cambia; de pronto, baja la guardia como si hubiera llegado aire fresco y pudiera respirar mejor.

La culpable de ese estado es una mujer de unos cincuenta años. Cabello por los hombros, ondulado y color castaño, un rostro muy natural, casi sin maquillaje; no lo necesita, realmente es una mujer muy guapa. Lleva un vestido negro, sin mangas, recto y sencillo. En sus manos, un bolso y una chaqueta. La verdad es que es de esas personas que sin decir nada transmiten energía positiva y se nota que tienen buen corazón. Enseguida me doy cuenta de que, seguramente, es Alison, la novia o amante (no sé cómo llamarla), de mi padre.

—Te acompaño en el sentimiento —me dice al acercarse.

—Muchas gracias —le contesto y le doy un abrazo—. Por todo.

La dejo descolocada, ya que tarda en reaccionar, y mira a mi padre, mientras frunce un poco el ceño, pidiéndole explicaciones. Este también la abraza y le comenta algo al oído que nadie escucha. Hacen una pareja increíble y sé, que puedo volver tranquila, que mi padre está en buenas manos. Me dan envidia, de la buena, por supuesto. Me hubiera encantado poder tener a Jorge a mi lado y que pudiera abrazarme para recomponer mi corazón de

tanta tristeza y tensión. Más lágrimas vuelven a descender por mis mejillas.

El entierro es muy duro, hacerse a la idea de dejar a un ser querido enterrado y saber que no lo vas a volver a ver, ni poder abrazar o besar nunca más en la vida, es un paso terrible. Los últimos en irnos somos mi padre y yo. Mi madre se fue con Jana y Mark, y Nico con sus compañeros del grupo para atender unas gestiones que tienen pendientes. Podemos despedirnos con calma mientras Steven nos espera. Cuando pensamos en que ya es hora de irnos, nos acercamos al coche y, al abrir la puerta, vemos que dentro hay una persona. Alison está en el interior, esperando a mi padre, como todos los años que llevan juntos. A los dos se nos pone una sonrisa en la cara y sabemos que es la mejor forma de acabar este triste proceso, rodeados de buena gente, gente que aporta.

Jorge

—Buen trabajo, chicos. Enfriamos la zona y recogemos. Quince minutos —nos informa nuestro superior, por radio.

Hemos tenido que realizar una salida a un incendio en una casa, casi no ha quedado nada en pie y se pueden distinguir perfectamente los cimientos. *Oso* y yo estamos en el lado derecho; por la parte de arriba, está *Blue*, subido a la escalera del camión, mientras moja el tejado; el resto de los compañeros y dos dotaciones más de bomberos, con el resto de las tareas para sofocar completamente las llamas.

—Colega, ¿va todo bien? Andas un poco despistado y casi nos achicharramos. Te dije que no te metieras, que la estructura estaba muy dañada y, tú, ni puto caso. Le ha faltado poco para quedarnos debajo de las vigas —me recrimina *Oso*, mientras recogemos la manguera.

—Lo siento, tío. Ya sé que no es excusa y podía haber sido muy grave, pero tengo mil cosas en la cabeza y llevo unos días que me cuesta mucho centrarme —le explico. Se merece una aclaración, pues podíamos haber salido los dos mal parados, si no fuera por nuestra preparación y nuestros reflejos.

—No pasa nada, *J*, pero intenta centrarte o voy a pedir el cambio de compañero, tío —contesta, dándome una palmada en el hombro—. Eso solo puede significar una cosa: líos de faldas, ¿verdad?

—Me conoces bien —le contesto con media sonrisa—. Ya te lo contaré con detalle, ahora estoy reventado, pero el resumen es que me he enterado de cierta información sobre Sophie que ella no me había contado y no tengo claro si seré capaz de asimilarlo todo y, menos, que ella me lo haya ocultado.

—Bien, vamos por partes. Nos queda una hora de servicio, que esperemos sea tranquila. Primero, ducha para relajar músculos. Si quieres puedo enjabonarte la espalda —me dice, marcando más su acento andaluz, con lo que consigue arrancarme una sonrisa—. Y segundo, si no hay imprevistos, cerveza en el bar, aunque sea media *horilla*, y me explicas.

Lo pienso poco, ya que es miércoles y Pol está en natación. Lo recogerá mi padre y lo llevará a casa, así que confirmo los planes con mi amigo y procedemos con el plan establecido. Con la suerte de no tener ninguna salida más a la que acudir.

***

Poco después, llegamos al bar de Mario. Un bar, de estos pequeños, que tenemos enfrente de la estación de bomberos, donde nos solemos juntar al acabar el servicio. Vamos por la segunda bebida en la barra, cuando vemos que queda una mesa vacía donde poder sentarnos.

—Bueno, ¿nos vas a explicar que ha pasado para que tengas más cara de perro de lo habitual? Tío, que pareces un alma en pena... —me insiste *Oso*.

—Mirad. —Les acerco mi teléfono para que vean las fotos de Sophie, que me he descargado por Internet.

—¡Joder, este es Scott Howard! El jugador de la NBA y Sophie está a su lado. ¡Coño! Y este es el actor de cine que tanto le gusta a mi mujer —dice *Blue*.

Se asombra cada vez más, mientras pasa las diferentes fotos que tengo guardadas.

—¿Qué narices hace Sophie con toda esta gente?

—Su familia tiene una empresa de textil y accesorios deportivos. *Kick*, ¿os suena?

Los dos asienten con la cabeza, ya que, aunque no es tan conocida en Europa como en América, por aquí también se empieza a extender con rapidez.

—¿Cómo te has enterado? —me pregunta *Oso*.

—Eso es lo peor de todo; que me he tenido que enterar por Internet. Lo cual me ha hecho una gracia de cojones. Después de todo lo que me pasó con Clara, lo que menos me apetece es tener a gente con esta clase de secretos a mi alrededor.

—Vaya tela, colega. La verdad es que a mí me pareció un encanto de mujer, aparte de que está buenísima, claro. Si la vas a dejar ir, ¿puedo tirarle los tejos? —me dice *Oso*, el cual recibe una colleja con su correspondiente empujón por su comentario—. Es broma, *J*. Ahora, en serio. ¿Has podido hablar con ella? ¿Te ha podido explicar por qué no te lo ha dicho? La conozco muy poco, pero creo que debe de haber una razón de peso para que no haya dicho nada.

—No he podido hablar con ella, está en Nueva York, ha fallecido su abuela y se ha ido con su familia. Tanto Juana como mi padre me han dicho lo mismo, que antes de darle vueltas a mi cabeza hable con ella, pero no sé si merece la pena liar más la cosas. Todavía estoy a tiempo de sacármela de la cabeza, no hace tanto que nos conocemos. Y también está Pol, creo que lo tiene tan loco como a mí, no quiero que lo pase mal.

—Yo pienso como *Oso*, a mí me pasó algo similar con Marta, también me enteré de cosas que ella no me había dicho y estuvimos separados unos meses. Cuando se me pasó la mala leche y la dejé explicarse, todo tenía sentido. Deja que se explique y después tomas una decisión —me explica *Blue*.

Sí, seguro que mis amigos tienen razón, en caliente no es bueno tomar decisiones; después, siempre te arrepientes. En mis pensamientos estoy, cuando me suena el móvil. Me lo saco del bolsillo y veo que es de la estación de bomberos.

—¿Pasa algo? —me pregunta *Oso*, al verme fruncir el ceño.

—Es de la estación, qué raro. Quizá, me he dejado sin firmar algún informe...

—Jajajaja. —Se ríen mis compañeros.

A estas alturas, ya conocen mi problema con los papeles. Descuelgo y saludo para ver quién me llama. Es Claudio, un compañero del turno siguiente.

—*J*, ¿todavía estás por aquí cerca?

—Sí, en el bar de Mario, ¿qué informe me he olvidado de firmar esta vez? —Oigo como se ríe.

—No, colega, todo está en orden. Es solo que hay aquí una persona, buscándote.

—¿Alguien buscándome?

¿Quién puede ser? Todos mis conocidos saben mi número de teléfono y no tengo ninguna llamada perdida.

—Sí, la verdad es que si no fuera una mujer tan guapa e insistente no te habría molestado. Eres un capullo, tío, siempre estás rodeado de bellezas. Pensaba que te iban más las morenas, pero veo que no le haces un feo tampoco a las rubias, pillín...

Mi reacción no se hace esperar y me levanto de un salto de la silla, de la fuerza, esta casi se cae al suelo y mis compañeros se levantan conmigo, extrañados. Creo que mi cuerpo lo ha adivinado antes que mi cerebro, pues tengo la piel de gallina y me ha recorrido un escalofrío por todo el cuerpo, que casi hace que se me caiga el móvil al suelo.

— ¿Jorge? ¿Va todo bien? —Oigo al otro lado de la línea.

—Sí, sí. Perdona, ¿te ha dicho cómo se llama?

Tengo que salir de dudas. Solo puede ser ella, hace mucho tiempo que no tengo ningún rollo con una rubia. Como bien ha dicho Claudio, soy más de morenas.

—Creo que ha dicho que se llama Clara. ¿La conoces?

Mi cara debe de ser un poema y creo que me he puesto más blanco que una hoja de papel. *Oso*, al ver mi reacción, me ha hecho sentarme de nuevo en la silla por miedo a que me caiga. Casi cinco años, ¿qué narices quiere esta mujer ahora? No puede ser, maldita sea, no la quiero cerca de nosotros, no la quiero cerca de Pol, y espero que no se encuentre con Dani porque es capaz de echarla del país.

—Ahora voy. Gracias por llamar, Claudio.

Al colgar la llamada, me doy cuenta de que me cuesta respirar. ¿Será posible que esta mujer me descoloque de esta manera? Con todo lo que me ha hecho pasar. No, no lo pienso permitir. Mi reacción es pasar del blanco pálido, por la impresión de la noticia, al rojo fuego, de la rabia y el cabreo que me genera la situación.

—Jorge, ¿va todo bien? ¿Quieres que te acompañemos? —me pregunta *Oso*, al darse cuenta de mi cambio.

—Todo lo bien que puede ir cuando tu ex regresa, después de casi cinco años de haberte abandonado con un hijo.

Sé que ellos no tienen la culpa y mi tono no es el más adecuado, pero dadas las circunstancias, sé que lo pueden entender.

Me levanto de la mesa y camino hacia la estación. La sangre me arde en las venas. Oigo como ellos me llaman, intentan frenarme; ya me conocen y se levantan para alcanzarme. No les hago caso, por supuesto; voy directo a mi objetivo, bastante ofuscado. Cuando entro en la estación, me dirijo a la sala que tenemos en la entrada para las visitas y allí la veo. Está algo cambiada, su pelo es más rubio y algo más largo, lleva un vestido ceñido azul marino que le queda como un guante. Siempre fue una mujer muy guapa y con un cuerpo espectacular que, por supuesto, ha recuperado muy bien después de tener un hijo. Ese pensamiento hace que se me revuelvan las tripas y consiga recordar el porqué de mi odio hacia ella. Con todo lo que me aporta mi hijo y todo lo que yo lo quiero, por el que daría la vida, nunca entenderé como una madre es capaz de abandonar a su propio hijo para disfrutar de su vida.

—¿Se puede saber qué cojones haces tú aquí? Creo recordar que, la última vez que hablamos, quedó muy claro que no te quiero cerca de nosotros. Tú escogiste la opción de largarte.

Mi tono de voz ha sido elevado y duro, lo que ocasiona que su cuerpo dé un salto de estremecimiento.

—*J*, colega, cálmate. Creo que este no es el lugar más adecuado para mantener este tipo de conversaciones —dice *Oso*.

Me sujeta del hombro, ha llegado poco después que yo, por lo que ha podido oír todo lo que le he dicho. Y como él, el resto de los compañeros que están fuera de la sala.

—Solo quería hablar contigo. Me voy a trasladar a Madrid y quería...

—¡Y una mierda! —La corto para que no siga—. Por tu bien, mantente alejada de nosotros. No se te ocurra acercarte a mi hijo o conocerás una parte de Jorge que nunca has visto y te puedo asegurar, que no se parece en nada al gilipollas que conociste y al que utilizaste como te dio la gana.

Dicho esto, me doy media vuelta y salgo de la sala. Les digo a mis compañeros que acompañen a la señorita hasta la salida.

—Oye, *J*, espera, tío. No puedes coger el coche en ese estado. O te calmas o no te dejo ir. Cálmate, joder. Sé que no te lo esperabas, pero no le des la satisfacción de ver cómo te altera. Mira, haremos una cosa; voy a llamar a Dani, a ver si puede venir a buscarte. ¿Te parece?

Me pregunta *Oso*, frenándome con su enorme cuerpo, el cual intento sacarme de encima sin ningún tipo de éxito. Hasta creo que pruebo de darle un puñetazo que él esquiva sin ningún problema.

Cedo y procuro respirar con normalidad, ya que, entre la mala leche y pelear con la resistencia de *Oso*, estoy agotado. Oigo como habla con Dani por teléfono, adelantándole un poco lo que ha sucedido y dónde nos encontramos. Mientras, abro mi coche y me siento con las piernas fuera y la cabeza gacha entre mis manos. Así es como me encuentra Dani al cabo de quince minutos, que es lo que ha tardado en llegar.

—Gracias por todo, *Oso* —le dice, dándole un abrazo.

—Estamos en contacto. Jorge, si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme, ¿vale?

Asiento con la cabeza, le debo una muy grande a *Oso*, es un amigo increíble.

—Vamos, sal de ahí, que conduzco yo. —Me cambio de sitio en el coche—. He hablado con tu padre, de camino. Me ha dicho que no te preocupes, que él se queda con Pol.

Aprovecho el trayecto, sin preguntar adónde vamos, para enviar un mensaje a mi padre.

Jorge:

«Estoy bien, no te preocupes. Solo necesito sacar esta rabia».

Su respuesta me llega de inmediato.

Eduardo:

«No te preocupes, hijo, tómate el tiempo que necesites. Pol está con Juana y conmigo, y vamos a cenar. Te quiero mucho, no lo olvides».

Como mi amigo me conoce bien, acabamos en un bar, en la esquina del piso de Dani, para desahogar mis penas. Sé que es mi paño de lágrimas como yo soy el suyo cuando me necesita. Así que le explico todo lo que ha pasado y le cuento cómo me siento. Todo eso acompañado de mucho alcohol. Hacía tiempo que no bebía tanto, ya veremos mañana cómo me levanto...

Dani me pide un momento, antes de irnos, para ir al servicio. Aprovecho para revisar mi teléfono, no es que vea mucho, pero no quiero tener alguna llamada de urgencia de mi padre y que no me haya dado cuenta. Mi sorpresa es ver un mensaje de Sophie, mi preciosa chica; aun con la rabia en el cuerpo, sé que a su lado me siento bien y espero que a su regreso podamos aclarar la cosas.

Sophie:

«Te echo de menos. Solo espero que me dejes explicarte cuando vuelva. Te necesito».

Algo se mueve dentro de mí. Ella también me necesita, seguro que tanto como yo a ella. No soy capaz de escribir mucho, dado mi estado de embriaguez, por lo que le adjunto una canción que va que ni pintada a mis sentimientos actuales: *Yo Sigo Aquí,* de Los Rebujitos, el dúo preferido de *Oso*. Al final, me gustará su música y todo. Cada semana me envía varias canciones de las que le gustan a él. Espero que entienda el mensaje de su letra…

«Sigo estancado entre las sombras del maldito pasado, sigo planeando cómo hacer para volver a tu lado.

No encuentro respuestas y mis preguntas se han quedado en la nada. No percibo el tiempo y para mí los días están congelados.

Pero yo sigo aquí. Esperándote a ti. Desgarrándome el alma. Tentando la suerte. Esperando que vuelvas. Hoy quiero tenerte. Hoy muero por ti».

¿Captará el mensaje? A lo mejor, mañana, me arrepiento de lo que acabo de hacer, pero es lo que siento y no lo quiero ocultar...

CAPÍTULO 11

Sophie

Ya han pasado dos días desde el entierro de la abuela. Ayer, mi padre habló con el abogado y le informó de que el notario vendría mañana, jueves, a leer el testamento. No hemos conseguido que viniera antes, por lo que tengo que aguantarme. Con las ganas que tengo de volver a Madrid... Sobre todo, después del mensaje que me ha enviado Jorge, él no es así, no es tan dramático. No sé por qué, pero sospecho que le ha tenido que pasar alguna cosa. Son las doce de la noche en España, por lo que tampoco puedo llamar a Tammy.

Estoy de los nervios, así que aprovecho y bajo hasta la cocina; seguro que Camila ya está con la cena.

—Hola, mi *chamaca* linda. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que te prepare algo? —me pregunta mi nana, dirigiéndose hacia la nevera.

—No, nana, estoy algo triste y solo necesito conversación, a ver si así, me distraigo un poco —le comento, cogiéndola de la mano—. Siéntate conmigo, anda, y cuéntame cómo te va todo, ¿cómo sigue tu salud?

—Mi niña Sophie, no sé si es buena idea, como nos vea su mamá... —No la dejo acabar, solo faltaba que no pudiera hablar tranquilamente con ella, con la que he pasado más horas de mi vida y a la que quiero como si fuera mi madre, o puede que más.

—No te inquietes, mi nana, si mi madre te echa de casa, te llevo conmigo para España, así conocerás a toda mi gente de allí.

—Bueno, pues, qué carajo. Entonces, explícame cómo son —me pide, sentándose a mi lado.

—¿Quieres que te diga cómo es mi familia de España? —le pregunto con cara de felicidad.

Poder expresar lo que me hacen sentir Tammy, Cloe y Juana me encanta, porque soy feliz a su lado.

—Claro que sí, mi niña, se te ilumina la cara al nombrarlos. Solo por eso, seguro que son muy buena onda. Cualquier persona que haga sonreír a mi *chamaca* linda ya tiene un sitio en mi corazón. Pero también quiero que me hables de ese hombre que te ha robado el corazón. Ese que te hace brillar los

ojitos de ilusión y, a veces, de tristeza.

—Caray, nana, cómo me conoces —le digo, sacando mi teléfono.

Le he ofrecido mil veces la posibilidad de comprarle un teléfono para poder enviarnos fotos, pero me dice que ella ya no tiene edad para aprender estas tecnologías.

—¿Me vas a enseñar fotos?

—Claro que sí. Mira, esta morenaza de aquí es Tamara. —Le enseño un *selfie* que nos hicimos una noche de fiesta, hace unos meses—. Es toda vitalidad, alegría, optimismo. Es cariñosa y una gran amiga. Es la única que sabe por todo lo que he pasado y siempre ha estado a mi lado. No sé qué haría sin ella...

—Es una mujer muy bella. Esa mirada azul tan intensa transmite mucha paz, mi niña. Se nota que os queréis mucho.

Camila es una persona que se guía mucho por la mirada de la gente, no es que posea ningún don, simplemente, cree que la mirada transmite mucho de las personas.

—Sí, la verdad es que siempre se lleva a los chicos —le confieso. Y nos echamos a reír las dos—. Esta es Cloe, la hija de Tammy. Es nuestra preciosa niña, nuestro terremoto. Con este diablo no tenemos ni un minuto de tranquilidad.

—¿Estáis viviendo las tres solas? —me pregunta con cara de sorpresa.

—El papá de Cloe, si se le puede llamar así, huyó cuando se enteró del embarazo. Poco después, Tammy y yo nos encontramos. Queríamos el mismo piso y, para no pelearnos, lo cogimos juntas. Y ahí entra Juana —le digo, enseñándole una foto de ella—. Es como nuestra madre. Siempre nos ha ayudado un montón a las dos y se desvive por la niña.

—Mi *chamaca*, me alegro tanto de que allí estés rodeada de esta gente tan buena y seas tan feliz... Siempre te he echado mucho de menos, pero la decisión de irte ha sido lo mejor que pudiste tomar —me dice Camila, cogiendo mis manos—. Y ahora, quiero ver a ese hombre, para quedarme con su cara por si le hace daño a mi niña...

Me río y niego con la cabeza, pero estoy convencida de que, si pasara algo y mi nana se lo encontrara, le liaría un buen pollo.

—Este es Jorge.

Le enseño la foto. Es un *selfie* que nos hicimos cuando fuimos a comprar la cama de Pol, fue una foto que le enviamos a Tammy porque no se creía que estuviéramos comprando muebles. Me encanta esta foto porque salimos los

dos riendo, cosa rara en Jorge.

—Caray, mi niña, que hombre tan *chido* y *sexy* —me dice, levantando las cejas varias veces.

—¡Nana! Pero bueno... —la reprendo sorprendida. Nunca me ha hablado así de un hombre, incluso con Mark siempre ha dicho que era un hombre guapo, pero *sexy*... no—. Hace poco que nos conocemos, pero me siento muy bien a su lado. Me llena, me hace sentir querida, me siento plena en sus brazos, pero es complicado.

—Sophie, si el amor es puro siempre vence. Ves paso a paso, con calma. Habla con él, explícale todo lo que te inquieta. El porqué no le has contado todo de tu vida. Si crees que él vale la pena, sé sincera y lucha por el amor, lucha por la felicidad.

La miro con una ceja alzada, preguntándole sin palabras, como sabe ella todo eso que yo no le he contado.

—Tengo mis contactos —responde a mi pregunta no formulada, haciéndose la interesante.

—No sé, nana. No solo estamos Jorge y yo, también está Pol, su hijo, es su vida y yo no quiero que el niño sufra si después lo nuestro no funciona. La madre del pequeño los abandonó y su vida no ha sido fácil.

—Solo te puedo decir que hables con él. Primero, te tienes de preguntar a ti misma qué sientes por este hombre, ¿lo tienes claro?

Si hay algo claro en mi vida, ahora mismo, es lo que siento por Jorge. Antes de venir estaba confundida, pero ahora, en la distancia, lo tengo clarísimo.

—Estoy loca por él, nana. Nunca he sentido nada igual por nadie. Si algo tengo claro es que estoy enamorada de Jorge.

—Vaya, vaya... así que mi hermanita se ha enamorado. Qué tierno todo —dice Jana, aplaudiendo.

Ha entrado en la cocina sin que nos demos cuenta. Mi primera reacción es saltar de la silla, coger mi teléfono para que no pueda ver las fotos y ponerme a la defensiva. Está claro que viene con las intenciones de siempre, hacer el mayor daño posible.

—Veo que tu vida sigue igual de aburrida que siempre si te dedicas a escuchar conversaciones ajenas e interesándote por la mía —le reclamo a mi hermana—. Después nos vemos, nana. Yo no voy a cenar en casa, he quedado.

Intento salir de la cocina, pero mi hermana está en medio y me impide el paso.

—¿No le vas a enseñar a tu hermana cómo es ese amor tuyo? Solo para

darle el visto bueno...

—Sal de mi camino o te arranco todos los pelos de la cabeza. No te acerques a mí, ni a mi gente, o vas a conocer a la nueva Sophie y puede que esta no te guste tanto como la anterior.

La empujo hacia un lado y salgo de la cocina, aún escuchando a mi hermana como recrimina a mi nana.

—Camila, que no se te olvide cuál es tu lugar en esta casa o tendré que hablar con mi madre para que te recuerde que no eres más que la sirvienta.

Podría dar la vuelta, explicarle a mi querida hermana cuatro cosas y ponerla en su lugar, pero sé que eso, aún complicaría más la vida de Camila en esta casa que, me imagino, por lo que me cuenta mi padre, no es muy agradable. Todas las personas que me han apoyado o defendido en algún momento son enemigos de mi madre y utiliza su poder sin ningún tipo de remordimiento.

***

He quedado para cenar con unas antiguas compañeras de la universidad. La verdad es que las cuatro nos lo pasábamos muy bien juntas. Hemos liado unas cuantas y nos hemos reído un montón. Hace años que no nos vemos y, aunque no tengo ganas de fiesta, les he prometido ir solo a cenar y después a casa. Me pongo unos tejanos desgatados, una camiseta muy mona con un hombro al descubierto, unos botines y mi chaqueta tejana, ya que por la noche refresca. Recojo mi bolso, guardo el teléfono y salgo por la puerta de atrás donde ya me está esperando Steven.

Cuando bajo los escalones, veo que Mark acaba de llegar y los sube, así que no me queda más remedio que cruzarme con él. También veo que Steven, que estaba apoyado en el coche, se ha incorporado, supongo que preparado para defenderme si fuera necesario. Lo que no saben es que la antigua Sophie ha desaparecido, esta es más fuerte y no se deja intimidar con tanta facilidad.

—Hola, Sophie, ¿te vas? —me pregunta.

—Eso parece —le contesto, levantando una ceja.

—Oye, me gustaría que pudiéramos hablar antes de que te vuelvas a marchar. Creo que quedaron muchas cosas pendientes cuando te fuiste que deberíamos aclarar.

—Mira, Mark… Primero, tú y yo no tenemos nada que aclarar. Me dejaste muy claro qué clase de hombre y de persona eres, no creo que cuatro palabras

tuyas hagan cambiar el concepto que tengo de ti a estas alturas. Y segundo, habla con tu novia y haced el favor de dejarme en paz de una puñetera vez. No os quiero en mi vida ni quiero que os metáis en ella. Y, por cierto, vigila a tu chica, que ahora que se ha enterado que estoy enamorada, no vaya a ser que cambie de objetivo y, cuando menos te lo esperes, te deje plantado. —Me doy la vuelta y bajo las escaleras en dirección al coche. Caray, qué bien me he quedado.

Cuando llego, Steven me abre la puerta y me sonríe, lo que me hace saber que me ha escuchado y le ha gustado lo que ha oído, así que vamos a intentar pasar una noche divertida.

***

La cena ha ido de maravilla, no hemos parado de reír en toda la noche, recordando nuestras trastadas; la verdad es que necesitaba una terapia de risas. Son las dos de la mañana cuando llego a casa, pero no tengo sueño, así que aprovecho para cambiarme y salgo a la terraza con una manta para revisar las redes sociales. Estoy emocionada, mientras miro Instagram, cuando me llega un mensaje de Tammy. Miro mi móvil calculando qué hora es en Madrid, son las ocho y cuarto de la mañana.

Tammy:

«Hola, churri, ¿cómo te va la vida? ¿Cuándo vuelves?».

Sophie:

«Hola, honey. *Por aquí todo en orden. Hoy viene el abogado. Y vosotros, ¿qué tal?».*

Tammy:

«Coño, ¿qué haces despierta?».

Sophie:

«Jaja, he ido de cena con unas antiguas compañeras y ahora no tengo sueño».

Tammy:

«Ya nos has cambiado por otr@s».

Sophie:

«A vosotros no os cambio por nada ni nadie. ¿Sabes algo de Jorge?».

Tammy:

«¿Me puedes llamar? Tengo ganas de escuchar tu voz y así te explico».

Oh, oh, algo ha pasado. Tardo cero segundos en llamar a Tammy para que

me explique, a ver si puedo sacarme este nudo que se me ha puesto en el estómago. Me coge el teléfono al segundo tono.

—¡Hola, nena!

—¡Hola, Tammy! ¿Va todo bien? Por Dios, qué angustia, sé que algo ha pasado.

—¡Eh! Tranquila, ¿vale? Si no te calmas, no pienso explicarte nada. Ayer, había quedado con Dani para cenar, pero a última hora lo canceló. Esta mañana me ha llamado para contarme el motivo por el que no pudo venir. —Hace un silencio, mientras parece coger fuerzas para hablar.

—Por favor, Tammy, me estoy quedando sin uñas de los nervios, me va a salir una úlcera...

—Pasó la noche con Jorge. Al acabar su turno, se fue a tomar algo y lo llamaron para que volviera porque había una persona que preguntaba por él. Era Clara, su ex, la mamá de Pol… y parece que viene con idea de quedarse.

—¡¿Cómo?! No puede ser que vuelva después de tanto tiempo. Con razón ayer se le notaba tan hecho polvo. Me envió una canción, era preciosa, pero muy triste. Ya sospechaba algo, pero esto...

—Pues sí, niña, está bastante afectado y, por lo que me ha contado Dani, creo que hoy va a tener una gran resaca. Si tienes un momento, llámalo, seguro que le gustará oír tu voz. Dani estaba muy cabreado y, sobre todo, preocupado. Se ha cogido unos días libres para estar pendiente de él.

—Menos mal que tiene a Dani y a su padre, a su lado. ¡Me da tanta rabia no estar ahí! Espero que no siga tan enfadado conmigo. Hoy vienen a leer el testamento, tan pronto quede libre, me vuelvo. Por cierto, ¿cómo sigue Cloe del brazo?

—Esta mejor. Entre Juana y Dani no paran de mimarla todo el día. Y como la niña no sabe nada, pues se aprovecha. Espera que te la paso, está aquí con el desayuno.

—¡Hola, tita Sophie! ¿Cuándo vuelves? Te echamos de menos.

—¡Hola, princesa! Pronto, muy pronto. Yo también os echo mucho de menos. Pero, cuéntame, ¿cómo va ese brazo?

—Muy bien, ya no me hace daño. Dani me ha hecho un súper dibujo y me ha quedado muy *chuli*. Tita, te quiero mucho, vuelve pronto, ¿vale? Voy a desayunar, que tengo un hambre...

—Adiós, mi niña, pásalo bien en el cole. Yo también te quiero mucho.

—Te paso a mami.

Oigo como Tammy le pide que se dé prisa, que va a llegar tarde al cole.

—Bueno, mi niña, ya me cuentas si hablas con él y me informas de cuándo llegas, ¿vale?

—Vale, Tammy. Gracias por contármelo. Te quiero mucho, amiga.

—Y yo a ti. —Me cuelga, como hace siempre.

Me he quedado muerta, ¿para qué narices aparece esa mujer ahora, después de tantos años sin saber nada de ella? No creo que haga esto por nada, tiene que haber una razón para que vuelva.

Me voy a la cama, dándole vueltas a la cabeza. Si, como bien me ha dicho Tammy, Jorge ayer se pasó con la bebida, seguro que estará durmiendo. Lo llamaré más tarde. Quiero que sepa que voy a estar a su lado, que afrontaremos estos problemas juntos; bueno, siempre que él no esté muy enfadado conmigo y no quiera saber nada de mí.

Jorge

Pero ¿qué cojones bebí yo ayer? Parece que me va a estallar la cabeza. Y, además, no ayuda en nada; te despiertas con una resaca de la muerte y los problemas siguen ahí. Miro el despertador y veo que son las dos del mediodía. Soy lo peor. No sé nada de mi hijo, ni de mi padre. No puedo derrumbarme de nuevo. Ellos me necesitan. No puedo adelantarme a los acontecimientos y desestabilizar mi vida sin saber qué quiere. Voy hacia la cocina a beber algo y tomarme un ibuprofeno que me alivie este dolor de cabeza. Enganchadas en la nevera hay dos notas; una de mi padre y otra de Dani.

«Descansa, hijo, todo se arreglará. Ya me encargo yo de Pol. Si me necesitas, me llamas y hablamos. Te quiero. Papá».

Tengo tanta suerte de tenerlo a mi lado que no me llegará esta vida para agradecérselo. Leo también la de Dani, esta no es tan emotiva. No sé cómo es capaz de tomárselo todo tan positivamente, parece que no tiene ningún problema en su vida y me consta que no es así.

«Capullo, ayer, por tu culpa, me perdí una noche loca con cena incluida. A ver cómo lo arreglas. Llámame cuando despiertes».

Cojo el móvil, que está encima de la barra de la cocina; no sé cómo llegó allí, supongo que Dani lo dejaría porque al lado está la caja de ibuprofeno. Le envío un mensaje a mi padre para decirle que estoy bien y que, por la tarde, yo recogeré a Pol. Insiste en acompañarme e ir a tomar algo para que podamos hablar. También aviso a Dani de que estoy despierto y que, cuando me duela menos la cabeza y pueda soportar la bronca que me va a echar, merecida, por cierto, lo llamo. Cuando voy a dejar el teléfono en la encimera me entra un mensaje. Es de Sophie. Mi preciosa morena. Con todo este lío ya no sé si estoy enfadado con ella. Solo sé que la necesito aquí, a mi lado. Tengo tantas ganas de tocar su cuerpo y besar esos labios para poder resurgir de nuevo.

Sophie:

«¿Estás despierto? Avísame cuando pueda llamarte».

Jorge:

«Estoy despierto. Cuando quieras me puedes llamar».

Casi no ha dado tiempo a llegar el mensaje que ya me suena el teléfono.

—Hola, Jorge.

—Hola, nena. ¿Cómo estás?

—Yo bien, con muchas ganas de volver. ¿Y tú? Mira, no te enfades, pero he hablado con Tammy y me ha explicado...

—Pues, entonces, ya te puedes imaginar que tengo una resaca de la muerte y la cabeza echa un lío. No sé qué cojones quiere ahora Clara, después de tantos años. ¿Para qué narices ha vuelto? No lo entiendo.

—No lo sé, cielo. Sé que estás hecho un lío, pero debes tranquilizarte, debes tener la cabeza fría. Hazlo por Pol.

—Es en lo único en que pienso. No quiero que aparezca en su vida y desbarate la tranquilidad de mi hijo. Ayer, ya le dejé claro que no la quiero cerca de nosotros. Espero que me haga caso y se largue. —No quiero pensar más en Clara, así que cambio de tema y me centro en ella—. Pero, dime, ¿cómo te tratan por ahí?

—Bueno, la verdad es que esto es un campo de batalla. Tengo muchas ganas de volver y dejar todo atrás, de nuevo. Os echo mucho de menos a todos y necesito recuperar mi tranquilidad.

—Supongo que has visto a tu hermana y a tu ex. Espero que no te hayas venido abajo. Eres una gran mujer, Sophie, no te dejes intimidar por nadie, nunca.

—La verdad es que ya no soy la Sophie tonta que era antes, la que se dejaba dominar por todo el mundo y hacía lo que los otros querían. He conseguido enfrentarme a mi hermana, a Mark y a mi madre, y creo que con bastante éxito. La primera bronca ya fue el día del entierro de la abuela, según los protocolos de mi querida madre, ni Nico ni yo llevábamos la ropa adecuada, así que imagínate.

—¿Qué ibais, desnudos? Porque de Nico me lo creo, pero de ti... —bromeo para destensar un poco su preocupación.

—Qué va... ¡Qué tonto eres! ¿No has mirado en Internet las fotos que nos hizo la prensa?

—*Touché*, nena. Pero no sé si me gusta esa ironía en tu voz.

Ya sé que no estuvo bien buscar información, pero tampoco ha estado bien por su parte ocultármela.

—Vale, lo siento. Sé que tenemos una conversación pendiente y te prometo que, tan pronto tengamos un rato, cuando vuelva, lo hablaremos. Te envío la foto para que juzgues si había para tanto.

Me separo el teléfono y miro la foto. Lo poco que se puede ver de su ropa es que Sophie lleva un vestido negro y Nico un traje verde. No veo nada fuera de lugar. Recupero el teléfono para aclarar mis dudas.

—No entiendo nada, ¿cuál es el problema? Tú llevas un vestido negro, ¿no?

—Sí. —Oigo que se ríe de mi desconcierto—. El problema es que el vestido llevaba una flor rosa en la falda; para ella era muy vulgar y no se ceñía al protocolo de funeral, así como el color del traje de mi hermano. Casi la matamos del disgusto, jajaja.

—¡Uf! Creo que no tengo ganas de conocer a tu madre —le comento, sin mala fe. Dado el silencio que se ha creado entre nosotros, intento cambiar de tema, nuevamente—. Pero dime, ¿cuándo vuelves? Empiezo a tener *mono* de ti.

—Espero poder coger el vuelo mañana, a primera hora. Todavía no sé a qué hora pasará el notario a leer el testamento. Me acabo de despertar y aún estoy tirada en la cama y no he visto a mi padre.

—Mmm… Qué bien ha sonado eso. Parece que se me está pasando la resaca y el dolor de cabeza. Ya soy capaz de imaginarte tirada en esa cama. ¿Estas vestida o desnuda?

—¡Jorge! —me chilla, como si estuviese avergonzada—. Pero ¿cómo eres tan descarado? No voy a decírtelo. Tendrás que utilizar tu imaginación. ¡Qué vergüenza, por favor!

—Vamos, nena. No me digas que te vas a hacer la recatada conmigo. Te recuerdo que ya te he visto desnuda y he estado muy a gusto dentro de ti. Estoy muy necesitado, pequeña.

Seguro que se ha sonrojado con mis palabras, y espero que esté apretando los muslos de la excitación, ya que mi amigo ha empezado a dar señales de vida y presiona con fuerza mi calzoncillo, que es lo único que llevo puesto. Por cierto, no recuerdo si me desnudé yo o si fue Dani...

—Por favor, Jorge. ¿Y me tienes qué recordar eso ahora que estamos a tantos kilómetros de distancia? Dime, ¿qué voy a hacer ahora con este pantalón corto y mis braguitas mojadas? —me pregunta con voz ronca.

Creo que está tan excitada como yo ahora mismo. Me ha matado, flecha directa al corazón. Bueno al corazón no, directamente a mi entrepierna.

—¡Vaya! ¡Joder, nena! Creo que pronto voy a tener un agujero en mis calzoncillos. Bueno, habrá que buscar una solución tanto a tu humedad como a mi dureza. ¿No crees? —le pregunto, mientras voy hacia mi habitación.

—¿Y qué tienes pensado, *fireman*?

—Para empezar, podrías quitarte ese pantalón y esas bragas húmedas y abrirte de piernas para mí. —Oigo cómo se mueve e imagino que hace lo que le he pedido.

—Ya está. Ya me he quitado la ropa como me has pedido y tengo las piernas abiertas anhelando sentir tus manos, acariciándome. Qué tal si ahora eres tú el que se quita el calzoncillo, cierras los ojos, piensas que estoy ahí, cerca de ti y deslizas la mano arriba y abajo, acariciándote sin prisa.

¿Será posible que llegue a correrme sin ni siquiera tocarme? Me encantaría tenerla ahora aquí y hacerle miles de cosas.

—Pequeña, creo que esto va a ir rápido. No tienes ni idea de lo que daría por tenerte a mi lado ahora mismo y poder deslizar mis manos por todo tu cuerpo. Primero, mimaría tus pechos, mordiendo esos pezones duros hasta arrancarte un gemido, para después acariciarlos con mi lengua…

La oigo jadear al otro lado de la línea y eso provoca que mi mano se mueva con más energía, mientras cierro los ojos y pienso que es la suya la que me masturba.

—Jorge… Creo que estoy a punto de arder. Dime, ¿qué seguiría ahora? —me susurra, con la voz entrecortada de la excitación. Sé que sus manos van recorriendo su cuerpo tal y como le indico.

—Pues… Una vez me haya saciado de tus pechos, bajaría con mi boca para recorrer tu cuerpo, hasta llegar a mi sitio preferido. Lo abriría con mis manos, para poder indagar con la lengua y poder llegar a ese botón mágico y, poco a poco, absorber tu delicioso sabor hasta oír cómo te corres...

Después de estas palabras lo único que oímos a través del auricular son nuestros jadeos y nuestros nombres mientras descargamos nuestros orgasmos.

—¿Sigues ahí? —me pregunta, con la respiración todavía irregular.

—Sigo aquí y todavía estoy vivo. ¡Joder! No era consciente de como necesitaba esto. Creo que parte de mi mala leche se ha ido con el orgasmo. —La oigo reír.

—Por Dios, espero que no me haya oído nadie, mi nana ya está manos a la obra con sus tareas, con suerte todavía no ha subido al piso de arriba.

—¿Tienes una nana? ¿No estás grandecita para eso? —Me burlo de ella. Me encanta hacerla enfadar; ya me la imagino frunciendo el ceño mientras arruga su boca, gestos que hace cuando no le convence lo que oye.

—¡Qué graciosillo, el *fireman*! Camila lleva con nosotros toda la vida. Es como mi segunda madre y siempre ha estado a mi lado. La quiero muchísimo y espero que algún día la puedas conocer. Me ha dicho que eres muy guapo y muy *sexy*, ¿te puedes creer qué poco gusto tiene? —me replica, metiéndose conmigo.

—¿Le has hablado de mí y le has enseñado una foto? Por Dios, mujer, no

hagas esas cosas que, después, no me puedo sacar a las chicas de encima. Por cierto, me gusta tu nana, tiene un gran criterio para los hombres. —La vuelvo a oír reír—. Pequeña, lo siento, pero tengo que dejarte. Voy a ir a recoger a Pol y se me hace tarde. No te creas he olvidado que tenemos que hablar y aclarar muchas cosas.

—Lo sé, lo sé. Y ya te he prometido que tan pronto regrese lo hablaremos. Yo también me voy a poner en movimiento, a ver si se acaba ya todo esto y puedo volver cuanto antes. Oye, ¿le puedes dar un beso a Pol de mi parte?

—Claro que sí. ¿Y para mí no hay nada?

—¿No has tenido suficiente con el orgasmo? Eres insaciable, nene. Un besazo para ti también.

—Otro para ti, pequeña. Te echo de menos.

—Yo también, cuídate.

Cortamos la llamada y voy directo a la ducha. He estado tan a gusto de charla con Sophie y, manteniendo sexo telefónico, que no he sido consciente de lo rápido que pasa el tiempo.

***

En la puerta del colegio ya me espera mi padre. Es difícil, a veces, ser consciente de la suerte de tener personas en las que apoyarte y saber que están ahí siempre que las necesitas. Eso me pasa con mi padre. Lo tengo tan asimilado, es tan fácil contar con él, que, a veces, no soy consciente del valor que tiene eso. Nos fundimos en un sentido abrazo, sé que está preocupado por mí. Él vivió en primera persona lo duro que fue levantar cabeza cuando Clara se fue y, tanto él como yo, tuvimos que sacar adelante a Pol. Que ella haya vuelto después de tantos años no es buena señal y tenemos miedo. En su día, ya pusimos el caso en manos de un abogado, pero, aun así, no queremos que el niño se pueda desestabilizar emocionalmente, si ella consigue meterse de nuevo en su vida.

—¿Cómo estás, hijo?

—Pues, he tenido días mejores. Tengo una resaca de la muerte, cosa que me merezco, por cierto. —Me mira y esboza una pequeña sonrisa—. Papá, gracias por quedarte ayer con Pol, gracias por estar siempre ahí...

—Jorge, eres mi hijo. Mientras pueda, voy a estar aquí para lo que necesites.

No puede seguir con su respuesta porque ya vemos a Pol venir corriendo.

—¡Papi! ¡Papi! —chilla mi hijo, tirándose a mis brazos.

—Hola, campeón. ¿Qué tal ha ido el cole? Hoy he hablado con Sophie y me manda un beso muy grande para ti.

—¿Va a venir pronto? Tengo muchas *ganísimas* de verla. –Mi hijo y sus palabras raras.

—Espero que no tarde mucho, yo también tengo ganas de verla. Oye, ¿qué te parece si vamos los tres a merendar?

—¡*Yupiiii*! Vamos al sitio aquel que me lleva el *abu,* que tiene *chiquipark*, ¿vale?

Entramos en una pastelería donde hay una zona de juegos para los niños y, mientras Pol merienda, hablamos de todo y de nada. Mi hijo nos explica cómo le ha ido en el cole. Pasamos un rato de lo más agradable hasta que Pol sale disparado a la zona de juegos.

—Jorge, hijo, ¿me vas a explicar qué pasó ayer con Clara? —me pregunta mi padre con preocupación.

Le explico a mi padre la visita de Clara, de su intención de quedarse en Madrid y de mi inquietud de tenerla tan cerca, ahora, después de tantos años.

—Hijo, esa mujer nunca fue buena persona. Debemos ir con cuidado porque seguro que no ha vuelto para nada bueno.

—Sí, eso pienso yo también. Le dejé claro que no quiero que se acerque a nosotros. Igualmente, mañana hablaré con la directora del colegio para que esté informada.

—¡Hola, chicos! ¿Interrumpo algo?

Estábamos tan concentrados, de charla, que no nos hemos dado cuenta de la llegada de Juana.

—Qué va, cielo —le responde mi padre, dándole un beso en los labios—, estamos hablando de que no nos gusta nada la vuelta de Clara; me preocupa que esa mujer esté cerca de nosotros.

—Bueno, vamos a esperar, a tener calma. Seguro que Dani también se ha puesto en alerta. Hablaré con él. Si ella vuelve a aparecer, entonces ya tomaremos medidas más serias.

—Está bien, hijo. Se hará como tú quieras.

No quiero preocupar a mi padre ni a Juana, así que delante de ellos intento mantener la calma y procuro acabar la tarde con tranquilidad. Otro rollo bien distinto es en mi soledad, cuando Pol ya está en la cama, y mi mente puede navegar por todas las posibles razones de la vuelta de Clara. Solo consigo relajarme cuando recibo un mensaje de Sophie; ella es mi paz, mi calma y a la

vez mi inquietud y desesperación. Cuánto necesito tenerla a mi lado. Cuánto la echo de menos.

Sophie:

«Mañana vuelvo a casa. Nos vemos pronto, fireman».

CAPÍTULO 12

Sophie

Ya voy camino de Madrid, mi casa. Qué ganas tenía de salir de allí, me estaba ahogando. La lectura del testamento ha sido un verdadero caos. La abuela siempre fue muy lista y, como ya os expliqué anteriormente no soportaba a mi madre, así que imaginaos. Se las ingenió perfectamente para que dispusiera de lo mínimo. Nos lo ha dejado todo a los nietos, menos lo relacionado con la empresa; esa parte es de mi padre, sabía que, por ahí, mi madre, no podría sacar tanto beneficio como ella hubiera querido.

A los tres nos ha dejado una considerable cantidad de dinero, además de sus propiedades. A Jana, su piso de Nueva York, donde vivió sus últimos años; ese que no le gusta nada a mi hermana, siempre ha dicho que es «demasiado pequeño y olía a viejo», palabras textuales suyas. Como os podéis imaginar, ni el piso es pequeño, doscientos metros cuadrados y huele a ella, a mi abuela; una mezcla de jazmín y talco. A Nico le ha dejado una casita en Montana, donde tanto le gustaba ir a pescar a mi abuelo. Para Nico siempre ha sido su refugio, cuando no está de gira siempre lo encontrarás allí, donde encuentra la inspiración, como él dice. Y a mí, pues no sé cuándo, pero como sabía que yo no tenía ninguna intención de volver a América, compró un piso en Madrid, que ahora es mío.

Así que imaginaos la que se armó en casa, cuando el notario acabó de leer el testamento y nos entregó toda la documentación. Mi madre casi explota de la mala leche y la rabia al ver lo que le había dejado a mi padre, le empezó a reprochar y faltar al respeto, y todo ese teatro acabó con los dos chillando como locos y con mi padre informando de que tenía negocios pendientes en España y que se venía conmigo unos días. Y aquí estamos, subidos en su *jet*, camino del aeropuerto de Barajas, Steven, mi padre, Alison y yo. Parece ser que mi padre, aparte de ir a España para negocios, va a desconectar un poco al lado de Alison.

Lo que peor llevo de regresar es tener que dejar allí a Camila, mi pobre nana, que se ha quedado sola ante el peligro. La despedida ha sido muy triste, pues no creo que yo vaya a volver pronto por allí. Le he dejado apuntado mi teléfono por si necesita cualquier cosa pueda llamarme. Espero que mi madre

no sea demasiado dura con ella y la deje vivir con tranquilidad.

—Cariño, ¿estás bien? —Mi padre me saca de mis pensamientos.

—Con muchas ganas de llegar a mi casa y abrazar a mis chicas.

—A tus chicos, ¿no? Mira que ese pequeñajo tiene carácter. —Se ríe mi padre.

—Por supuesto. A ellos también tengo muchas ganas de verlos. La verdad es que Pol es un pequeño muy listo y muy dulce, es difícil no cogerle cariño.

Veo que Alison se acerca y me pide permiso con la mirada para poder sentarse al lado de mi padre, yo asiento con la cabeza.

—Al padre también ha sido fácil cogerle cariño, ¿verdad?

—¡Papá! Cómo te gusta sacarme los colores —lo regaño—. Sí, a Jorge también ha sido muy fácil cogerle cariño, aunque siempre parece estar enfadado con el mundo, es un hombre atento, dulce y cariñoso. Me hace sentir especial y se preocupa por mí.

—Sophie, eso que has dicho es muy bonito. ¿Jorge es tu novio? —me pregunta Alison.

—Bueno, hace muy poco tiempo que nos conocemos, no sé si «novio» es la palabra correcta; sí que me gustaría intentar tener una relación, pero es algo complicado. Su vida no ha sido un camino de rosas y yo huyo de la mía; además, no podemos olvidar que hay un niño, al que ni él ni yo queremos hacer sufrir.

—Supongo que el tiempo dirá. Es ir pasito a pasito. Si tú crees que lo que sientes por él es grande y, por lo que cuentas, él también puede sentir algo fuerte por ti, no te rindas, lucha por ese amor, seguro que vale la pena —me dice Alison, mirando a mi padre.

Sé que ellos, por las circunstancias, no han podido disfrutar de su amor tan profundamente como hubieran querido y por eso admiro mucho más a esta mujer. Se nota que quiere a mucho a mi padre, después de tanto tiempo aún no se ha rendido y eso lo dice todo. Se me hincha el pecho al verlos juntos… Cómo se miran, cómo se veneran; ahí hay mucho amor.

Son casi las doce del mediodía cuando aterrizamos en Madrid, no nos espera nadie pues todos piensan que salgo hoy; no se imaginan que teníamos tantas ganas de salir de allí que hemos despegado antes. En la puerta, ya espera un coche para llevarnos a nuestro destino. Mi padre, Alison y Steven se quedarán unos días en el hotel Villa Magna, como siempre que vienen a Madrid. Les he ofrecido mi nuevo piso, que no sé cómo es, ya que todavía no he abierto el sobre con la información, pero prefieren la comodidad del hotel.

***

Hogar, dulce hogar. Lo primero que hago al entrar en nuestro piso es pararme a respirar, cierro los ojos e inspiro profundamente para llenarme de todos los olores conocidos, esos que me dan tranquilidad. Tengo la sensación de que desde que salí de aquí me ha faltado el oxígeno; como si lo hubieran puesto al mínimo, solo el suficiente para no morir. Aprovecho la tranquilidad para deshacer mi maleta y colocar todo en el sitio que le toca. Una vez acabo mi proceso de organización, recojo mi ropa sucia para llevarla a la cocina y poner una lavadora. Justo cuando abro mi puerta para salir, también se abre la puerta de enfrente, la habitación de Tammy. De ella, sale un Dani despeinado, con cara de dormido y desnudo, como su madre lo trajo al mundo.

—¡Ostras, Dani! ¿Qué narices haces en mi piso? ¿Quieres taparte? Joder, vas en pelotas. —Todo esto lo digo chillando y muevo mis manos como si jugáramos a las películas y él tuviera que adivinar el título.

¡Vaya con el *madero*! No tiene nada que envidiarle a mi bombero… Cómo está el cuerpo de policía. Tiene muchos abdominales, o eso parece, los tiene tan marcados que parece que hay un montón. Me da tiempo a fijarme que, en la cadera, cerca del oblicuo derecho, tiene un tatuaje. Es la huella de una pisada de lobo, donde se ve la cara de este; es un tatuaje precioso.

—¡Coño, perdona! Pensé que estaba solo. ¿Te gusta lo que ves? —me responde con burla.

Está de pie en la puerta y se tapa sus partes íntimas con las manos. No me muevo y mi mirada está fija en su cuerpo. Consigo reaccionar y le tiro la primera prenda que cojo de mi ropa sucia… un sujetador, será posible mi suerte.

—¡Vaya! Parezco un cantante de los que las fans le tiran la ropa interior —me contesta, riéndose de mi—. Pero ¿tú no volvías mañana?

—¡Trae para aquí! Tenía ganas de llegar a casa, han sido unos días agotadores.

Recojo mi ropa interior mientras intento no centrar mi mirada en su cuerpo, cosa que no consigo, ya que, el muy tremendo, una vez me entrega mi sujetador, se da la vuelta y entra a vestirse; cosa que deja su trasero en primer plano. ¡Vaya culo, sí señor!

Mientras él se pone decente, consigo llegar a la cocina. Abanicándome con la mano intento rebajar el calor que me ha subido con la visión del policía.

—Bueno, sé de unos chicos que van a estar muy contentos de que estés aquí. Así que eres famosilla, ¿eh? Que conste que no te estoy juzgando y le prometí a Tamara que no me iba a meter, pero creo que Jorge se merecía saberlo.

Me dice cuando entra en la cocina, vestido con unos tejanos y una camiseta, sentándose en un taburete de la barra. Directo a la yugular. Estoy tan cansada que no tengo ganas de discutir con Dani y tampoco creo que a él le deba ninguna explicación y así se lo hago saber.

—Mira, Dani, me caes muy bien y creo que eres un tío estupendo; también creo que a ti no tengo que darte ninguna explicación y estoy muy cansada para ponerme a discutir. Ya sé que no he hecho bien las cosas y voy a intentar solucionarlo. Daré las explicaciones a quien se las tenga que dar, mientras, te agradecería que no te metas. —Dani asiente con la cabeza.

—Está bien, de momento, no voy a meterme. Solo quiero que pienses en una cosa… ¿qué harías tú si fuera al revés, si yo estuviera haciendo daño a Tammy? Estoy seguro de que por tu hermana —me dice, haciendo comillas en la palabra clave—, también te meterías y me explicarías cuatro cosas, ¿me equivoco?

Niego con la cabeza, no sé qué decir, estoy superada por los acontecimientos de todos estos días; la despedida de mi abuela, reencontrarme con mi hermana y Mark, mi madre, conocer a Alison, saber que Jorge se siente engañado por mí, estar lejos de mi gente... No puedo controlar la congoja que me entra, me tapo la cara, y me pongo a llorar como una niña pequeña, hacía días que no era capaz de llorar, estaba bloqueada. Oigo como Dani se levanta de la silla y se acerca a mí para darme consuelo. Me arropa en sus brazos, me frota la espalda y me dice palabras de aliento para intentar calmarme. Así es como nos encuentra Tammy.

—¿Has llegado antes para robarme el ligue? —me pregunta, apoyada en el marco de la puerta de la cocina, con una enorme sonrisa.

Dani me suelta, se hace a un lado, y lo primero que hago es correr a sus brazos. Cuánto he echado de menos a mi amiga, a mi media naranja. No puedo parar de llorar… como no me calme me va a dar un ataque de ansiedad.

—¡Vaya, parece que no te ha hecho mucha gracia volver! ¿A qué viene tanta llorera? —pregunta, mirándonos, alternativamente.

—Me ha visto en pelotas, creo que eso le ha creado un trauma. Lo siento, pensé que estaba solo —le dice Dani tan tranquilo, dándole un cariñoso beso de bienvenida.

Yo dejo de llorar de sopetón y me pongo roja como un tomate, mi amiga rompe a reír a carcajadas, imaginándose la imagen; no puede parar y se le caen las lágrimas de la risa.

—¿A que está bueno, el *madero*? —me pregunta, dándole un cariñoso azote en el culo.

—¡Por Dios, Tammy! Ha sido una situación muy incómoda. Tú siempre te tomas todo a cachondeo.

—Bueno, como sea, pero me debes un bombero desnudo —me señala con el dedo—, para estar en igualdad de condiciones.

—Ni lo sueñes, nena. Lo único que vas a ver desnudo es mi cuerpo serrano, así que consuélate con eso —replica Dani, apretándola contra su cuerpo y dándole un señor beso.

—Chicos, chicos… que la carne es débil y yo llevo muchos días sin mimos...

—He quedado con Jorge para comer a la una y media. Venid conmigo, así le damos una sorpresa, y después acerco a Tammy con la moto a la oficina.

—Por mí bien. ¿Tú qué dices, Sophie? ¿Te vas a resistir a ver a tu *fireman*? —me pregunta con una sonrisa pícara.

—Me apunto, solo espero que no me tire la comida por la cabeza.

Seguimos el plan de Dani, que no es otro que, cuando Jorge esté despistado, cambiarme por él frente a su puerta y dejarnos un ratito solos, para después, si Jorge no me descuartiza antes, reencontrarnos en el restaurante.

—¿Qué pasa, colega? ¿Estás listo? —le pregunta Dani en la puerta.

—Todavía es la una, ¿no habíamos quedado a la una y media? Qué milagro para que llegues antes, tú siempre vas tarde. Voy a cambiarme de jersey, me peino y nos vamos —le responde Jorge.

Aprovechamos el momento que él se interna en el piso para que Dani salga y se vaya con Tammy, y yo me adentro en el piso. Estoy tan nerviosa que no soy capaz de moverme de la puerta. Oigo como Jorge comenta algo, pero no soy capaz de prestar atención y además no habla conmigo, así que...

—¡Dani, joder! ¿Me estás escuchando? —Lo oigo decir cuando aparece en el salón.

Allí estoy yo, de pie, con mi vestido de gasa verde, con las piernas temblando de los nervios, esperándolo. Se frena en seco y me mira de arriba abajo. Intenta asimilar si soy real. Aprovecho estos momentos de choque para intentar averiguar, en su mirada o en sus gestos, si sigue muy enfadado conmigo.

—Tú no eres Dani —me dice con media sonrisa en la cara, cosa que me da fuerza para intentar acercarme a él.

—Sé que Dani te quiere mucho, pero no creo que él tuviera tantas ganas de verte, abrazarte o besarte como tengo yo —me lanzo.

—Ven aquí, nena. Te he echado tanto de menos...

Tira de mi mano y me abraza con fuerza, para fusionar nuestros cuerpos. Veo su necesidad en la mirada, esa que es igual que la mía. Nos besamos, uniendo nuestras bocas con fuerza, nos demostramos las ganas que tenemos el uno del otro. El beso es sensual, tierno y a la vez rabioso. Mordemos nuestros labios y hundimos nuestras lenguas hambrientas en la del otro. Nuestras manos vuelan por nuestros cuerpos, las mías enganchadas a su cuello y tiran de su pelo para tener mejor acceso a su boca. Las de Jorge enganchadas en mi culo, lo que me lleva a elevar las piernas a su cintura.

—Dime que no hemos quedado con Dani —susurra, apoyándome contra la pared—. Tengo tantas ganas de ti, que te follaría ahora mismo.

—Con Dani y con Tammy. Nos esperan en la pizzería de la esquina. Tenemos tiempo para saciarnos, yo no me voy a ir a ningún sitio —contesto entre ronroneos.

Apoyo mi frente en la suya, mientras intentamos normalizar la respiración. Asiente, suspira y me deja con cuidado en el suelo. Me da un beso tierno en los labios y sonríe; esa fantástica sonrisa que desboca mi corazón y le da un vuelco a mi estómago. Cada día me gusta más este hombre; me llena, me hace sentir querida. Estoy completamente segura de que estoy loca por él. Enamorada perdida. ¿Qué va a ser de mí?

Jorge

Ya está aquí, ha vuelto. ¿Cómo me siento? Entusiasmado, emocionado, preocupado, nervioso, contento... Vaya, no tengo ni puñetera idea.

La veo alejarse, se va un rato al BookCafé. Después de que nuestros queridos amigos nos cortaran el rollo, comimos con ellos y pasamos un rato muy agradable. Intentamos no tocar temas delicados. Hemos quedado más tarde para recoger a Pol en el colegio; se va a poner muy contento cuando la vea, casi tanto como yo. A medida que me acerco al bloque donde vivimos, veo a mi padre de espaldas, parece nervioso, alterado. Discute con alguien que tiene enfrente, pero que, con su constitución grande, no puedo ver. A su lado está Juana, lo retiene por un brazo y lo intenta calmar. Acelero el paso para ver qué provoca tal inquietud en mi padre, no es una persona que pierda los nervios con facilidad.

—¿Qué pasa aquí? —pregunto.

—¡Hola, Jorge! —me saluda Clara.

—¿Qué cojones haces aquí? ¿Cómo sabes dónde vivimos?

Aquí está mi pesadilla. Ahora soy yo el que pierde las formas. No puedo creer que insista. No la quiero aquí, no la quiero cerca de mi hijo.

—Jorge, por favor. Tenemos que hablar, por el bien del niño… ¡Soy su madre!

—¿Ahora te acuerdas? ¿Qué pasó con «todo esto me supera, necesito hacer mi vida»? Nos abandonaste, Clara, tomaste tu decisión, ¿ya lo has olvidado? Crees que puedes aparecer después de tanto tiempo y que te perdonemos como si no hubiera pasado nada, ¿verdad? Pues eso no va a pasar nunca, jamás.

—Jorge, por favor, hijo, cálmate, nos mira todo el mundo.

—Me importa una mierda la gente —le contesto a mi padre

He perdido los estribos, esta mujer me puede. Me acerco a ella hasta que me quedo a pocos centímetros de su cara.

—Vete del país, desaparece otra vez, como ya lo hiciste en su día, y no vuelvas jamás.

—Voy a luchar —me encara ella—, todavía te quiero, Jorge. Siempre fuiste el amor de mi vida y Pol es mi hijo, aún podemos...

No acaba la frase, ya que detrás de mí ha aparecido alguien que pone distancia entre nosotros, me empuja hacia atrás. Dani se acerca a ella y le dice algo al oído y la mira con cara de *poli malo*, esa que acojona a cualquiera.

—Lárgate —le pide, señalando con la mano el camino.

—No pienso rendirme… —dice, mirándome.

—Que te largues, he dicho —insiste Dani, que no se da la vuelta hasta que la vemos alejarse—. Y tú, ¿qué coño te pasa? ¿Tengo que detener a mi mejor amigo por escándalo? Tira para casa, anda, y tómate una tila.

—No me jodas, Dani. No necesito una puta tila, solo necesito que me dejen vivir tranquilo —lo encaro.

Sé que lo hacen por mi bien, pero estoy hasta las narices de no tener ni un puñetero momento de tranquilidad. Estoy desesperado y entierro la cara en mis manos.

—Chicos, tranquilizaos —nos sugiere Juana—, esto es lo que busca esa mujer, desestabilizaros, que os pongáis nerviosos y perdáis los estribos. No podéis olvidar que sois una familia y en estos momentos es cuando tenéis que estar juntos, que es como se afrontan los problemas.

Las palabras de Juana me hacen reaccionar y levanto la mirada para afrontar a mi padre. Su mirada es de preocupación, no hay reproche por mi actuación, ni mis malas palabras. Es la mirada de un padre preocupado porque su hijo sea feliz y se siente frustrado por no poder ponérselo en bandeja. Lo entiendo, a mí me pasa muchas veces cuando pienso que a lo mejor no hago las cosas bien con Pol y no es totalmente feliz.

—¡Caray, Juana, que palabras más sabias! —Este es Dani en estado puro —. Usted sí que sabe, es todo un partidazo; es guapa, inteligente, simpática... ¡La invito a un café! —le propone el descarado de mi amigo, para relajar el momento.

—Eres un zalamero —contesta ella, riéndose—. Acepto tu propuesta, vamos al BookCafé que quiero ver a Sophie.

Se gira y le dice adiós a mi padre con la mano, cogiéndose al brazo que le ofrece Dani.

—¿Me dejas plantado por un tío más joven? —Ella no contesta, solo se gira y le guiña el ojo—. ¡Se ha largado con tu amigo!

Yo no puedo aguantar más y estallo en carcajadas en su cara, por lo que él también se contagia. Quien nos haya observado pensará que estamos bastante mal de la cabeza; tan pronto chillamos, en medio de la calle, como nos partimos de risa.

—Vamos a tomar un café, o mejor una tila, a ver si consigo recuperar a esa mujer —dice mi padre.

Al abrir la puerta del café, se oye una música triste, no soy muy entendido,

pero creo que es un fado. Hay un corro de personas, y en una esquina, donde hay más sitio, dos personas que bailan, Sophie y su padre. Un baile intenso, como un tango, un baile sentido. No entiendo muy bien el portugués, pero es una canción que se mete en el corazón, de esas que te hacen cerrar los ojos para sentir más intensamente las imágenes que aparecen en tu cabeza; las de la persona que amas.

Dani está con la boca abierta mirando a la pareja. Mi padre rodea a Juana por la cintura y se mecen mientras siguen el ritmo de la música y ella suspira. Yo consigo enlazar mi mirada con la de mi morena. Parece que hay un hilo que nos une, con cada vuelta que su padre le da a Sophie, ella vuelve a buscar mi mirada de nuevo, como si estuviera cantando para mí.

«Ó, meu amor marinheiro. Ó, dono dos meu anelos. Não deixes que à noite a lua, roube a cor aos teus cabelos». (Oh, mi amor marinero. Oh, dueño de mis anhelos. No dejes que por la noche la luna, robe el color de tus cabellos).

«Não olhes para as estrelas. Porque elas podem roubar, o verde que há nos teus olhos. Teus olhos, da cor do mar». (No mires a las estrellas. Porque ellas pueden robar, el verde que hay en tus ojos. Tus ojos, del color del mar).

Meu amor marinheiro de Carminho.

Los pelos de punta y la piel de gallina, así nos han dejado a todos los presentes que arrancamos a aplaudir por el buen espectáculo que han ofrecido. El padre de Sophie besa su mejilla y se sienta en una mesa donde se encuentra una mujer muy bonita, a la que le da un beso tierno en los labios. La verdad es que me imaginaba de otra manera a la madre de Sophie. Como con más cara de *bruja*, es una mujer muy guapa y no parece ser tan mala como la pinta su hija.

—¡Juana! —la llama Sophie.

Se funden en un abrazo y se ponen a charlar. Vemos como se acercan a los padres de Sophie y se presentan. Nosotros buscamos una mesa para sentarnos. Una vez instalados, se nos acerca Carlos para coger nuestro pedido.

—Buenas tardes, caballeros. ¿Qué les pongo? —Dani y yo lo saludamos con la cabeza. Este tío sigue sin ser santo de mi devoción.

—¿Qué tal, Carlos? A mí me pones un café solo y un café con leche para Juana, de esos que le gustan a ella —pide mi padre, guiñándole un ojo. ¿Desde cuándo son tan amigos?

—Para este, una tila. —Dani me señala con el dedo—. Y para mí una cerveza. —Carlos me mira enarcando una ceja.

—No le hagas caso a este capullo. Un café solo, por favor.

En ese momento se acercan las chicas. Juana le da un beso en la mejilla a Carlos y ahora soy yo el que enarco las cejas y miro a mi padre. Este se ríe y

no me hace ni caso.

—Hola de nuevo, *fireman* —saluda mi chica.

Me doy cuenta de que intenta adivinar mi estado de ánimo. Seguro que Juana ya le ha comentado algo.

—Hola, nena. —Le doy un beso—. Tendría que saludar a tus padres, no sabía que estaban aquí, ¿me acompañas?

—Claro, vamos.

Me acabo el café y me coge de la mano para levantarnos. A medio camino se para y se gira para hablarme.

—Verás, es muy largo de explicar y lo haré, te lo prometo... —explica—, pero la mujer que está con mi padre no es mi madre. —La miro y mi cara, imagino, refleja la pregunta sin que las palabras salgan de mi boca—. Es su amante. —Al ver mi cara de sorpresa, se intenta explicar—. Sé que, como hija, no debería apoyar esto que mi padre hace, y en una situación familiar normal, no lo haría. Te lo juro. Pero cuando te explique todo lo que tengo pendiente lo entenderás. Sé que siempre estoy pidiéndote cosas, pero esta es la última. Por favor, ten la mente abierta y no los juzgues antes de saber toda la historia.

Yo asiento como un bobo. Su cercanía, esa mirada marrón tan intensa, que me mira con tanto cariño, y cuando se muerde ese labio inferior mientras espera indecisa mi reacción, me desmonta, hace conmigo lo que quiere. Sophie reanuda nuestro camino hacia su padre, que está tan pegado a su amante que no se dan cuenta de que nos hemos acercado.

—Papá, hay alguien que te quiere saludar —le dice Sophie, llamando su atención.

—Buenas tardes, señor Prescot —saludo, con mi mano extendida.

—Buenas tardes, muchacho. ¿Cómo va todo? —Se pone en pie para estrechar mi mano.

—Vamos haciendo, ahora que tengo a su hija más cerca, bastante mejor.

—Alison, este es Jorge, mi chico —informa Sophie en inglés—. Jorge, ella es Alison.

—Un placer, señora.

—Igualmente —me contesta en español—, siento mi mal dominio de vuestro idioma.

—Mi inglés es bastante pésimo, pero seguro que con el esfuerzo de los dos conseguimos entendernos —le respondo en mi rudimentario inglés.

—¿Y el pequeño? —me pregunta Thomas—. Me gustaría volver a

saludarlo.

—Ahora vamos a por él, al colegio. Tiene muchas ganas de ver a Sophie y no sabe que ha vuelto, así que será toda una sorpresa. Vendremos a merendar, si todavía se encuentran por aquí, los pasamos a saludar.

—Perfecto, pues nos vemos después. Un placer volver a verte, Jorge.

—Igualmente, señor Prescot. Alison.

Nos despedimos de ellos e informamos al resto de que vamos a por Pol. El viaje en el coche lo hacemos en silencio, no es incómodo, pero sí raro. Aparcamos y vamos hacia la entrada para recoger a Pol. Por el camino, saludamos a todas las madres que nos encontramos. La verdad es que, tanto mi padre como yo, somos casi los únicos hombres que recogemos a su hijo, la mayoría son mujeres.

—Caramba, aquí tienes muchas admiradoras, voy a tener que venir más a menudo a recoger a Pol para tenerte controlado —me comenta Sophie, con una sonrisa en su cara.

—Ya sabes que puedes venir siempre que quieras, pero debes estar tranquila, yo solo tengo ojos para ti —le digo con voz melosa, acercándola a mi cuerpo y dándole un beso en los labios.

—¡Sophie, Sophie, has vuelto! —chilla mi hijo, que me ignora por completo y se lanza a los brazos de ella. Lo entiendo, es lo que causa en nosotros, querer abrazarla y no soltarla jamás.

—Pero bueno, mírate, has crecido un montón. ¿Cómo ha ido todo por aquí? ¿Has cuidado bien de todo el mundo? —le dice ella.

Lo deja en el suelo y se sitúa a su altura, le remueve el pelo con dulzura y le da un beso en la frente.

—Todo está bien. Bueno, papi ha estado algo triste, pero yo sé que ha sido porque te ha echado de menos —susurra—. Y yo también, tenía muchas ganas de verte. Pensaba que, a lo mejor, nos olvidabas y ya no volvías...

—¡Ay, mi niño! Eso es imposible, yo te quiero mucho y mi vida está aquí, no pienso ir a ningún sitio.

—Bueno, ¿y para mí no hay beso y abrazo? —le pido a mi hijo para recomponer los ánimos. Me mira y sonríe con su cara de pillo, se lanza a mis brazos y me da un beso.

***

Llegamos al BookCafé, donde todavía está el padre de Sophie con Alison y

charlan con Carlos como si se conocieran de toda la vida. Mi padre y Juana ya no se encuentran allí, supongo que habrán ido a recoger a Cloe.

—Mira, ¿a quién tenemos aquí? —saluda Thomas a mi hijo—. ¿Te acuerdas de mí?

Mi hijo se ha quedado un poco parado, como me ha pasado a mí, no esperábamos a Thomas de nuevo por aquí. Parece que se queda un poco intimidado. Lo ha reconocido, ya que ha fruncido el ceño, como hacemos los Gutiérrez cuando no estamos convencidos de las cosas. Bueno, yo lo frunzo más a menudo, según mi padre.

—¿Has venido otra vez para llevarte a Sophie? —lo interroga mi hijo. Thomas no parece ofendido por el reto de mi hijo, cosa que suma puntos a su favor.

—No es mi intención, solo hemos venido de visita, aunque tampoco creo que ella quisiera venir si tiene un amigo aquí como tú —le explica, guiñándole un ojo, cosa que relaja a mi hijo—. Te hemos traído unos regalos. Un pajarito me ha dicho que haces mucho deporte y, como nosotros tenemos una empresa dedicada al deporte, hemos pensado que te gustarían estos regalos.

—Todo el mundo sabe que los pájaros no hablan —le dice, todo resuelto —. Voy a natación y hago karate, ya soy cinturón amarillo. ¿Puedo, papi? —me pregunta para coger los regalos.

Yo asiento con la cabeza, parece que poco a poco Thomas se va ganando a mi hijo. Supongo que es la estrategia para ganarse al padre, conmigo lo tiene más difícil, la vida me ha hecho desconfiado.

Vemos como mi hijo desenvuelve sus regalos; un *kimono* para karate, un *kit* completo de natación y una pelota de baloncesto. Pol está encantado y nos lo enseña todo, explicándonos lo que va a poder hacer en sus clases con el nuevo material.

Mientras charlamos, aparece Tamara que se une a nosotros, y saluda con efusividad a Thomas. Los miro a todos y cada uno de ellos, incluso a Carlos, que sigue sentado con nosotros y charla animadamente con Alison. Solo puedo pensar en lo afortunado que soy y la suerte de haber tropezado con Sophie, que en este momento se sienta a mi lado y me da un beso cariñoso.

CAPÍTULO 13

Sophie

Qué día más intenso, estoy muerta, tengo *jet lag*, menos mal que en el viaje he podido descansar. Tendría que dormir un poco, pero he echado tanto de menos a los chicos que solo me apetece recuperar el tiempo perdido y me *apachuchen*, como diría mi querida nana. Y aquí me encuentro, esperando en el sofá a que Jorge acabe de poner a Pol en la cama y dejar que me mime un poco, o mucho, ya veremos.

—Ya está, creo que hoy va a caer pronto. Y tú tienes cara de cansada, ¿*jet lag*? —me pregunta, acercándome a su cuerpo.

—Sí, estoy reventada, demasiadas emociones, últimamente. Y tú, ¿cómo lo llevas? Me ha comentado Juana que te has vuelto a encontrar con Clara —le pregunto, mientras introduzco mi mano dentro de su camiseta para poder sentir su piel.

—Esa mujer saca lo peor de mi persona, no soy capaz de controlarme cuando está cerca. Encima, tiene la cara de decirme que todavía me quiere, que Pol es su hijo y que no se va a rendir... —me comenta, tirando la cabeza hacia atrás, en el sofá; gesto que aprovecho para darle un mordisco y un beso para relajar los ánimos.

—Si te preocupa, tengo un amigo que es abogado, donde trabaja Tammy. Es muy bueno, le puedo pedir que le eche un ojo a tu caso.

—Nena, yo no puedo pagar a esos abogados —me comenta, levantando la cabeza para mirarme—. Eres preciosa.

—Yo podría...

—Pequeña, no quiero tu dinero, yo solo te quiero por tu cuerpo. —No me deja acabar, sonríe y pone su dedo en mi boca para que no siga.

Seguro que se puede sentir ofendido por ofrecerle mi dinero, pero yo solo quiero ayudarlo, no lo digo para presumir y sé perfectamente que el dinero ayuda mucho, pero los que me conocen bien saben que no le doy tanta importancia; yo no soy como mi madre. Salgo de mis pensamientos cuando se estira encima de mí y noto sus manos subir por mis piernas y arrastrar mi vestido; las caricias queman mi piel.

—Por fin solos y toda para mí —susurra cuando sus manos llegan a mis

pechos y me da un beso fogoso, necesitado.

Se nota que no solo nuestras mentes, sino también nuestros cuerpos, se han echado de menos. Deslizo su camiseta hacia arriba para quitársela y poder recorrer su cuerpo con mis manos, que lo reconocen al instante. Llego a sus pezones que presiono un poco más fuerte, consigo ponerle la piel de gallina y sacarle un gemido.

—Joder, nena, como me pones...

Mientras, interrumpe sus besos en mi cuello para sacarme el vestido. Se incorpora un poco para mirarme intensamente y admirar mi cuerpo, se muerde el labio inferior, gesto que me pone húmeda al instante. Aprovecho que está de rodillas, medio incorporado, para desabrochar el cinturón y el pantalón donde ya noto su miembro presionar, exigiendo ser liberado.

—Creo que va a ser mejor llevarte a mi habitación, no sea que a cierto hombrecillo le dé por aparecer, nos pille en faena y coja un trauma —me dice, poniéndome en su hombro como si fuera un saco de patatas.

De la impresión, suelto un pequeño chillido que él castiga con una palmada en mi culo, la que provoca que mi cuerpo se estremezca de pies a cabeza y me arranque un gemido. Madre mía, me pone tan cachonda que creo que podría llegar a correrme solo con un soplido. Al llegar a su habitación cierra la puerta y me suelta sobre la cama con delicadeza. Aprovecha para arrastrar las manos por mi cuerpo y llevarse mis bragas en el descenso. Me incorporo en mis codos para observar al pedazo de hombre que tengo enfrente, sin camiseta y con los pantalones desabrochados. No tiene un cuerpo excesivamente fuerte, no tipo culturista, pero sí que está definido y se le notan todos los músculos. Me relamo los labios y pellizco el inferior entre mis dientes. Oigo como bufa, conteniéndose las ganas de poseerme.

Me incorporo, arrastrándome por la cama hasta quedar entre sus piernas, a la altura de su miembro. Deslizo mis manos, hago presión con mis uñas por su pecho, bajo por sus abdominales hasta llegar a su pantalón. En el proceso, noto como aguanta la respiración y deja caer la cabeza hacia atrás. Continúo con mi objetivo de deshacerme de los obstáculos para poder llegar a mi premio. Él me ayuda en el proceso, y acaba de sacar su pantalón, calzoncillos y calcetines. Cuando se incorpora, consigo hacerme con *mi amiga*, a la cual mimo con mis manos, deslizándolas arriba y abajo con cariño, con movimientos lentos. Pongo una de mis manos en la base y amaso despacio, mientras acerco mi boca a su erección. Empiezo tímida, con pequeños lametones, pero rápidamente cambio el ritmo y la engullo entera, disfruto de su

sabor y su dureza. Oigo que los gemidos de Jorge son más rítmicos y como maldice. Noto sus manos en mi espalda para desabrochar mi sujetador.

—Para, pequeña, no quiero correrme en tu boca y, si sigues así, no voy a poder contenerme.

Me estira de nuevo en la cama, una vez se ha deshecho de mi sujetador, y desciende con su boca, besando partes de mi cuerpo hasta llegar a mi sexo, el cual adora con su lengua, recreándose en mi clítoris, al que da tímidos mordisquitos que alivia de nuevo con su lengua, mientras acuna mis pechos con sus manos. No aguanto mucho, en realidad, no aguanto nada; en un suspiro, mi placer que se ha generado desde mis pies y ha ido subiendo con sus atenciones, consigue hacerme estallar en un tremendo orgasmo que Jorge tiene que acallar con sus besos para que no despierte a Pol.

—¡Joder! Te he echado tanto de menos, nena... Lo siento, pero esto va a ir rápido —me dice, e introduce su sexo de una estocada, demostrando así su necesidad de mí.

Acabamos los dos desmadejados, encima de la cama, mientras intentamos que nuestras respiraciones se estabilicen. A pesar de mi cansancio, consigo girarme para acercarme a su pecho y que me abrace, se está tan bien entre sus brazos.

—¿Estás bien? Siento si he sido un poco brusco, pero es culpa tuya, me vuelves loco... —pregunta, dándome un beso en la cabeza.

—Estoy bien, yo también te necesitaba...

Se crea un silencio. Cuando creo que se ha dormido, noto su mano que acaricia mi espalda, levanto la cabeza y apoyo la barbilla en mi mano, encima de su pecho para poder observarlo. No está tenso, pero por su ceño fruncido sé que los engranajes de su cabeza trabajan a destajo. Estiro mi mano para alisar las arrugas que se generan en su frente.

—¿Qué te preocupa? Deberías dejar en reposo un rato esta cabeza y relajarte un poco.

—Solo pensaba. Hace mucho tiempo que no me sentía tan bien, tan tranquilo y, a la vez, tan nervioso y preocupado. Es una sensación rara que no controlo y me inquieta. ¿Me entiendes?

—Sí. Mis sensaciones son parecidas, estoy feliz y tranquila, como hace tiempo que no estaba. Tengo claro que todo es porque estoy a tu lado. Pero, a veces, me embarga el miedo de que todo esto que nos rodea, todo lo que arrastramos, pueda pinchar la burbuja y se lleve mi felicidad de nuevo. Después, analizo todo lo que he vivido estos días o veo como mi padre y

Alison viven su amor, a pesar de todos los inconvenientes, y pienso que yo también quiero luchar así y voy a intentar ser feliz, a pesar de todo.

—Espero que, dentro de tus planes para ser feliz, tengas sitio para dos hombres que están locos por ti.

—Por supuesto, tengo amor para todo el mundo.

—De eso no tengo ninguna duda —dice, dándome un tierno beso en los labios.

Cuando creo que ya hemos acabado la charla y podemos descansar, hago el intento de levantarme para vestirme e irme a mi piso; al estar Pol aquí, no creo que sea buena idea que nos vea dormir juntos, pero no me deja incorporarme.

—¿Tienes prisa? Como ya te has saciado de mi cuerpo, ¿piensas huir? —me pregunta, fingiéndose ofendido—. Un ratito más, anda. Explícame cómo te ha ido por Nueva York.

Miro esa cara de pillo, a la que no puedo resistirme, con esos morritos y ojos de pena, y acabo por ceder a su petición.

—A ver, ¿por dónde empiezo? Lo mejor de mi estancia allí ha sido poder volver a ver a mi nana, hacía tiempo que no la veía. Hemos tenido nuestras charlas, las he echado mucho de menos, siempre tiene buenos consejos para su *«chamaquita»,* como ella me llama.

—¿Lleva muchos años con vosotros?

—Media vida, mis padres la contrataron cuando nací yo. Jana tenía dos años y la importante vida social de mis padres se les complicaba con otro bebé. Camila debía de tener unos veinte años. La quiero mucho, ella ha sido como mi madre, ha estado a mi lado siempre, incluso en los malos momentos. Por este motivo, mi madre no la tiene en muy grande estima, supongo que si sigue en casa es por mi padre, ella ya la hubiera echado, fue una aliada de sus enemigos.

—¡Joder, con tu madre! ¿No se supone que la que tendría que apoyarte es ella? Bueno, es tu madre. Me imagino que es complicado interceder cuando el problema es con dos de tus hijas, pero, en este caso, tu hermana se metió donde no debía...

—Como puedes ver, mi familia no es muy convencional. Por lo visto, no saber retener a un hombre a mi lado y que mi hermana consiguiera quitármelo —esta última palabra la entrecomillo con mis dedos—, no me hace una hija digna de mi madre, así que prefiero hacer mi vida lejos de ella, de su dinero, su frialdad y maldad. Creo que he hecho algo en otra vida que le ha molestado mucho y se está vengando.

—¿Por eso no le has comentado a nadie quién eres?

—Por eso y por todo lo que rodea mi vida. Ya has visto, mi familia no es una familia al uso. Tienen bastante dinero gracias a mis abuelos paternos, que fundaron la empresa textil de deportes *Kick*, que ahora dirige mi padre. Por acuerdos entre familias, lo hicieron casarse con mi madre, una mujer con alto poder adquisitivo y perfecta para él, según mis abuelos, claro; porque entre ellos nunca hubo amor. Tienen tres hijos, a cuál más diferente. Sus hijas se pelean por un hombre, su hijo es un cantante lleno de tatuajes... Siempre hemos sido carnaza para los periodistas, así que cuanto más lejos de ellos y cuanto menos sepan mejor.

—Uf, vaya culebrón —dice, y sonríe de medio lado—. Yo soy bastante fotogénico, aunque mi lado derecho es el mejor.

—No te burles, tonto. Esto es serio. En necesario que si, realmente, quieres seguir con esto que tenemos, pienses que cabe la posibilidad de que, algún día, nos tropecemos con fotógrafos o periodistas y no es una experiencia muy agradable. Aquí no somos tan conocidos y en los años que llevo aquí, solo me han molestado en dos ocasiones, pero...

—¿Estás intentado asustarme? —pregunta, levantando sus cejas—. Mientras a ti no te importe ser la novia de un pobre bombero, que está loco por tus huesos, con un hijo a cuestas y una exnovia pirada que lo persigue...

—¿Tú que crees? Estoy encantada de ser la novia de este humilde *fireman*, que tiene un hijo que me ha robado el corazón y bueno, con su exnovia ya veremos qué hacemos, juntos.

Saca a relucir esa preciosa sonrisa que enseña en contadas ocasiones al oír mis palabras, tendría que sonreír más a menudo, es un hombre tremendamente guapo cuando lo hace.

—Pues yo creo que podré soportar la presión de la prensa, no creo que sea un sacrificio; por estar a tu lado haría cualquier cosa. —Me besa y acaricia mis mejillas con sus manos—. Lo que no puedo entender es que, si tus padres no se quieren y tu padre está con Alison, ¿por qué no se separan?

—La vida de mi madre gira entorno el dinero y el poder; ella es así, esas son sus prioridades. Su posición social y *el qué dirán* es prioritario para ella. Nunca va a permitir que mi padre se divorcie de ella; hará todo lo posible, le exprimirá todo el dinero que pueda, antes que ceder y estar en boca de todo el mundo por su divorcio. Por eso mi abuela, que la conocía bien, solo le ha dejado a mi padre todo lo relacionado con la empresa, lo demás lo ha repartido entre sus nietos. Tenías que ver la que se armó el día de la lectura

del testamento.

—O sea que, ya sé a quién te pareces, de quién has heredado esa inteligencia. —Me guiña un ojo—. Ven aquí, anda, que te voy a enseñar de lo que es capaz este humilde bombero para retenerte a su lado.

Es casi la una de la mañana cuando consigo que me suelte y poder llegar a mi piso. Me he duchado con él, así que me desvisto, me pongo el pijama y nada más poner la cabeza en la almohada me quedo dormida con una sonrisa tonta en mi cara. Ahora todo es fantástico y lo voy a disfrutar a tope, pero también sé que, si esto sigue adelante, mi madre va a hacer todo lo imposible por poner trabas a mi relación. Aunque no me tenga mucha estima, no va a permitir que una de sus hijas tenga como pareja a un bombero, no es suficiente categoría para ella.

Lo que tengo claro es que voy a luchar con uñas y dientes por esto que siento por Jorge. Ya no soy la pobre chica rica que hace siete años huyó para reconstruir su corazón roto. He madurado y soy mucho más fuerte, y ahora que he conseguido recomponer mi corazón de nuevo, no pienso rendirme fácilmente; no sin luchar. Si algo tengo claro es que estoy loca por Jorge, que ahora sí sé lo que es estar enamorada y que quiero ser parte de su vida y de la de Pol.

Jorge

—Papi, ¿voy guapo así? —pregunta mi hijo, cuando aparece en el salón, hecho un pincel.

Como mañana, domingo, casi nadie trabaja, Sophie ha decidido que sería buena idea quedar hoy para cenar todos juntos en el BookCafé y, así, hacer las presentaciones oportunas entre todos. No sé qué saldrá de esta reunión. Estoy nervioso, yo ya conozco a Thomas, pero mi padre no. Es un paso importante, una presentación entre familias, aunque un poco rara, la verdad.

—Estás que te sales, cariño. ¿Adónde vas tan guapo? Solo vamos a cenar...

—Pero van Cloe y Sophie, así que tengo que estar guapo. El abuelo siempre dice que para triunfar con las mujeres siempre hay que estar *de presente*.

—Será presentable —lo corrijo, y no puedo evitar echarme a reír.

—Pues eso, *presentable*. Tengo que ir guapo para que Cloe siga siendo mi novia. ¿Sabes?, yo creo que, a Miguel, el niño que a veces vemos en el parque, le gusta, siempre está detrás de ella, no quiero que me la quite. Y a lo mejor, también puedo convencer a Sophie para que sea mi madre un poquito, ¿no?

A veces, como en esta ocasión, mi pequeño me deja sin palabras. Creo que pasa demasiado tiempo con adultos para que tengamos estas charlas tan profundas.

—Cariño, yo creo que haces bien de ir guapo para que Cloe siga siendo tu novia, pero no solo hay que estar presentable, también hay que ser amable y ayudarla. Sobre Sophie, yo sé que ella te quiere mucho, pero tienes que pensar que hace muy poco tiempo que nos conocemos y tenemos que ir con calma. Yo creo que mejor, de momento, sea tu amiga y que la conquistemos poco a poco, no vaya a ser que se asuste al tener que estar con dos superhéroes, ¿no crees? —Mi hijo asiente con la cabeza, pensativo. Por suerte, en ese momento, suena el timbre de la puerta y arranca a correr.

—¡Caramba! Qué guapo estás. —Oigo decir a Juana—. Hoy vas a conquistar a todas las chicas. Me parece que te voy a cambiar por el abuelo.

—El *abu* también va muy guapo —le contesta mi hijo—. Es que... no te enfades, Juana, pero yo quiero ir con Cloe, es mi novia, y si me ve contigo, quizá se enfada —le explica, poniendo morros.

Mi padre me mira, después se dirige a Juana y rompe a reír. Al ver como se

troncha, me contagia y le sigo en sus risas. Mi hijo es tremendo y Cloe lo tiene loco. Pol nos mira con cara de no saber qué pasa y Juana intenta poner cara de pena, mientras se le escapa la risa.

—Pues nada, Juana, te vas a tener que conformar con el viejo de la familia —le dice mi padre, cuando ha podido dejar de reír.

—Parece ser que sí, pero no me quejo —contesta, dándole un beso en los labios que mi padre corresponde encantado.

—¡Puaj, qué asco! —suelta mi hijo, tapándose los ojos.

Qué inocencia, bien que, en unos años, irá detrás de las chicas para meterle la lengua hasta la campanilla.

***

Cuando llegamos al BookCafé, aparte de Sophie, que está preciosa con un vestido rojo, como siempre, también está Thomas con Alison, Steven, Carlos y Trini. Hay otro hombre que no conozco y que, supongo, será la pareja de Trini, ya que la tiene cogida por la cintura. Sophie habla con el guardaespaldas cuando entramos. Al girarse y ver que somos nosotros, nos regala esa fantástica sonrisa, esa que me vuelve loco y hace que mi corazón se salte un latido.

—Pero ¿adónde vas tú tan guapo? —le dice a mi hijo.

—¿Te gusta? —pregunta este, cortado por la cercanía de Steven.

—Por supuesto, estás hecho un pincel. Mira, este señor es Steven, un buen amigo mío.

—Hola —le dice tímido. Tira del brazo de Sophie para que se agache un poco—. Este señor es muy grande, creo que es más grande que *Oso* —susurra, aunque conseguimos oírlo.

—Sí, es verdad —le contesta ella, riéndose del comentario—, impresionan un poco, ¿verdad? Pero, aunque son muy grandotes, son buenos y siempre nos ayudan.

—¿Cloe todavía no ha llegado? —pregunta mi hijo, cambiando de tema, una vez se ha asegurado de que el *gigante* es inofensivo.

—No, estará a punto.

—La voy a esperar en la puerta, ¿vale, papi?

—Vale, pero no salgas a la calle. —Asiente con la cabeza y se va a esperar a *su* chica.

—Hola, *fireman* —saluda mi morena, con un beso tímido en la mejilla que

me sabe a poco.

—Estás preciosa, nena.

—Creo que no te he presentado a Steven —me dice. Coge al *gigante* por el brazo y lo acerca a nosotros—. Steven, él es Jorge, aunque me imagino que tú ya lo sabes.

—Es mi trabajo. Un placer conocerlo en persona, Jorge.

—Igualmente —le contesto.

Correspondo a su apretón de manos, pero alucino con su comentario. Supongo que, al ver mi cara de flipado, se ve en la necesidad de aclararme el comentario.

—Todas las personas que están en contacto con la señorita Sophie son investigadas —me responde, con cara de disculpa—. La seguridad de la familia siempre es lo primero.

Yo asiento, no sé qué decir. Sophie es una persona tan normal que se me olvida quién es su familia. Cuando consigo asimilar las palabras de Steven, miro a Sophie y le sonrío para que se relaje y vea que no me afectan estas pequeñas cosas que envuelven su vida. Espero que se lo crea, porque no es así en absoluto, no sé si algún día podré llegar a acostumbrarme. Hago un repaso a la sala, en una esquina está mi padre que habla muy animado con Carlos. Hay otro grupo donde se encuentran Juana con Trini y su pareja. Finalmente, está Thomas con Alison.

—Creo que ha llegado la hora de presentar a nuestros padres —le comento a Sophie.

Ella asiente con la cabeza, pero no dice nada, creo que está tan nerviosa como yo, esto es raro de cojones. Me acerco a mi padre y saludo a Carlos.

—Papá, te voy a presentar al padre de Sophie —le digo—. Por favor, no preguntes demasiado, ya te explicaré —le susurro para que nadie nos oiga.

—Hola, Thomas. Alison, ¿cómo va? —saludo—. Le quiero presentar a mi padre, Eduardo. Papá, él es Thomas, el padre de Sophie, y Alison, su... —¿Cómo narices la presento?

—Es una amiga. —Sophie, al ver mi apuro, acude en mi ayuda.

—Un placer —dice mi padre.

—Igualmente, Eduardo.

Se crea un silencio incómodo, no sabemos qué decir, es una situación rara. Menos mal que por la puerta entran nuestros soplos de aire, Dani y Tamara con Cloe. Noto como mi cuerpo y el de mi chica se relajan al momento.

—Buenas noches a todo el mundo —saluda Dani—. Me han dicho que aquí

dan de cenar y después hay fiesta.

Mi amigo es único, es de esas personas que siempre quieres tener cerca por todo el positivismo que desprende. Es de admirar, ya que me consta que su vida no ha sido un camino de rosas. Su padre es un alcohólico que maltrataba a su madre desde que él tiene uso de razón. Esta murió de cáncer cuando él tenía dieciocho años y su hermana Tania solo trece. A ella la mandaron a Sevilla con una hermana de su madre y Dani se buscó la vida. Su padre lleva varios años en la cárcel, entra y sale por hurtos o tráfico de drogas. Que siempre tenga una sonrisa en la cara tiene el doble de mérito. Ojalá sea muy feliz, se lo merece.

Después de todas las presentaciones, nos sentamos y disfrutamos de una cena deliciosa. El ambiente es muy cómodo. Nos reímos mucho con las batallas de mi padre o de Dani, con los *problemas* de nuestros pequeños. Thomas nos cuenta alguna anécdota con algún famoso o alguna valiente acción de Steven, lo que me hace pensar que es una persona importante en sus vidas, no solo es un simple guardaespaldas. Pasada la medianoche, recogemos para irnos a casa, cuando, de pronto, empiezan a sonar varios teléfonos. En un momento, se genera una inquietud generalizada; veo como el guardaespaldas comienza a cabrearse con la persona que tiene al otro lado de la línea y su vista no se desvía de la puerta. Mientras se levanta, se dirige a Thomas y le pregunta a Sophie si la puerta está cerrada con llave. Ella asiente y se levanta con movimientos tensos.

—Nena, ¿va todo bien? —le pregunto.

Todo el mundo está muy inquieto. Mientras espero su respuesta, veo como Thomas chilla al teléfono. Steven camina de arriba abajo, como un león enjaulado, y Carlos, que también habla por teléfono, está bastante nervioso.

—Jorge, busca a los niños e id a la parte trasera, la zona infantil —me pide Sophie, nerviosa—. Tammy, por favor, ayuda a Jorge y desplazaos todos atrás.

—Yo de aquí no me muevo sin saber qué pasa —le exijo a Sophie.

Estoy enfadado y se nota en la tensión de mi cuerpo y en el tono de mi voz. De pronto, noto a Dani a mi lado y como Steven, que ya ha colgado el teléfono, se posiciona al lado de Sophie; esta asiente con la cabeza, dando permiso al grandullón para que explique lo que pasa.

—Al parecer, alguien ha informado de que el señor Prescot se encontraba en España y se han filtrado fotografías de él con la señorita Alison. También se han enterado de que estamos aquí y en el exterior hay varios periodistas —nos explica Steven.

El grupo ya se ha ampliado y todos se han enterado de lo que pasa. Estoy muy nervioso, no me gusta nada esta situación, no quiero salir en la prensa, ni que mi hijo se vea implicado en estas cosas. Mi cara debe de ser un poema, estoy un poco en *shock* y no soy muy consciente de lo que pasa a mi lado hasta que noto su cuerpo; siento como me abraza y me da un beso en el cuello que me hace volver a la realidad.

—Tranquilo, Jorge, todo esto es por mi padre. Saldrá con Steven y Carlos, se enfrentará a la prensa y se marchará. Cuando todo esté más tranquilo, saldremos los demás, ¿vale?

—No sé cómo puedes estar tan tranquila —le pregunto, mientras acaricio su espalda.

—Jorge, hasta hace siete años, que son los que llevo en España, mi vida siempre ha sido así, rodeada de cámaras, periodistas y toda clase de cotilleos. No te puedes imaginar la que se armó cuando se enteraron del lío entre Mark y Jana. Fue un sinvivir. No pienso permitir que vuelva a pasar algo parecido, cariño.

Dani se ofrece a pedir ayuda policial si fuera necesario, pero parece que lo tienen todo bastante controlado. Tanto Steven como Carlos intercambian información de diversas llamadas y lo consultan con Thomas. Ni a Dani ni a mí nos pasa desapercibido lo involucrado que está Carlos en todo el tema y, al mirarnos, nos damos cuenta de que hemos pensado lo mismo; no es un simple camarero como habíamos imaginado.

Cuando ya está todo preparado, Thomas se despide de nosotros con una disculpa y se acerca a su hija para comentarle algo; la abraza y le da un beso en la sien. Sale con Steven delante y Carlos a su lado, escoltándolo. Vemos el reflejo de los *flashes* en el exterior y el jaleo de las preguntas de los periodistas.

Al cabo de una hora, más o menos, el teléfono de Sophie suena. Es Steven que le pide que abra la puerta. El grandullón entra y nos comunica que ya podemos salir, han revisado la calle y está todo despejado. Él se lleva a Alison para dejarla en el hotel, donde parece que todavía hay periodistas. Sophie y Trini se quedan un rato más para dejar todo en orden para mañana. Me sorprende que, al salir con mi hijo en brazos, pues el cansancio ha podido con los pequeños, haya varios hombres ubicados en diferentes puntos de la calle, controlando que no pase nada fuera de lugar.

—Caray, con el señor Prescot —dice mi padre—, su vida parece todo un circo, no sé si vale la pena tener tanto dinero.

—Después de lo que he vivido hoy, le regalo todos los millones que tiene, solo espero que esto no nos perjudique a Sophie y a mí. Yo no puedo vivir así, soy un simple bombero, joder...

—Jorge, no te desesperes. Ella no tiene la culpa de haber nacido en una familia como la suya —me dice Tammy—. Te puedo asegurar que en todos estos años nunca hemos tenido ningún problema, ni ningún acoso por parte de la prensa, ¿verdad, Juana?

—Es verdad, mi niña. Supongo que todo tiene que ver con su padre. El lío con Alison genera mucho morbo, creo que ese hombre no está enfocando muy bien las cosas.

—¿Qué me decís de Carlos? Creo que ese chico no es solo un camarero —expone mi padre.

—Eso pensamos Jorge y yo —comenta Dani, que lleva a Cloe en sus brazos —. Creo que está para controlar que todo esté en orden con Sophie.

—No me hace ni puñetera gracia ese tío, no me gusta que esté tan cerca de ella.

—¡Vaya, vaya! ¿El bombero tiene celos? —se burla mi amigo.

—¡Vete a la mierda! Mira quién fue a hablar, el que se pone loco cuando Tammy baila con *Oso* —replico.

—Chicos, haya paz. Estas mujeres nuestras son preciosas y…

—Para el carro, Eduardo —lo interrumpe Tammy—. Yo no soy de nadie. Que me aproveche del cuerpo del *madero*, no significa que sea *suya*, esto —señala a Dani—, es solo placer.

Veo como la cara de mi amigo cambia al instante. Le pasa la niña a Tammy y se despide con la excusa de que mañana tiene que madrugar. Creo que él no comparte la misma opinión que ella. Por primera vez, desde que conozco a Dani, le gustaría que fuera algo más que sexo, como ella ha insinuado. Mi amigo está colado por los huesos de Tamara, está completamente enamorado de ella, y Cloe le ha robado el corazón por completo. Su reacción me lo acaba de confirmar.

Por fin, llego a mi casa y le pongo el pijama a mi hijo que está tan dormido que casi es misión imposible. Cuando ya lo tengo en su cama, me estiro en la mía; veremos si, con todo lo que tengo en la cabeza, consigo dormir algo.

CAPÍTULO 14

Sophie

Menuda cena, hemos tenido un poco de todo. No puedo entender cómo se han enterado los periodistas de que mi padre estaba en España y, menos aún, que estábamos cenando en el BookCafé. Todo ha sido una locura, mañana tengo que disculparme con todos. ¿Qué habrán pensado de este circo? Menos mal que Jorge no parece que se haya ido enfadado.

Conseguimos salir después de poner todo en orden para poder abrir mañana. He aprovechado para disculparme con mi querida Trini y su esposo que están un poco impresionados al enterarse de todo de una forma tan brusca.

Cuando voy hacia mi piso para poder descansar por fin, veo que Carlos me espera para acompañarme en el camino y asegurarse de que llego sana y salva.

—¿Cómo estás, jefa? Vaya lío el de hoy, echaba en falta un poco de acción... —comenta con media sonrisa.

Sé que él está contento y a gusto con esta vida que lleva. A pesar de que fue casualidad cuando nos conocimos y que su objetivo era ligar conmigo, conseguimos llegar a ser más que empleado y jefa; somos amigos. Yo necesitaba gente y él necesitaba trabajo, así que nos ayudamos mutuamente y empezó de camarero. Después, Steven averiguó que había trabajado en una empresa de seguridad. Un día, hubo un tiroteo donde falleció gente. La empresa, con sus abogados, consiguieron quedar impunes y parte de la culpa recayó en Carlos, que decidió romper con ese mundo y cambiar de vida completamente. Steven aprovechó que él estaba capacitado para protegerme y ahora tiene pluriempleo.

—Pues aquí estamos, mi querido amigo, a ver si me recojo, que estoy algo cansada. ¿Ha ido todo bien con mi padre? —le pregunto, mientras me cojo a su brazo.

—Sí, todo en orden. Todavía quedan periodistas en el hotel, pero conseguimos llevar a Alison sin ningún contratiempo.

—Y tú, ¿qué tal? ¿Sienta bien volver a la acción?

—Pues sí, no te lo voy a negar. El problema es que voy a tener que dar unas cuantas explicaciones. Creo que todo el mundo se ha quedado un poco sorprendido al enterarse de *mi otro trabajo* — explica con una sonrisa en la

boca—. Había quedado con Paula, después de cenar, y lo he tenido que anular. Como te puedes imaginar, le debo una charla para aclarar el tema.

—¿Todo bien con ella? Lo poco que sé por los chicos y las veces que he podido hablar con Paula me parece una buena chica.

—Lo es, además de preciosa —dice con cara de bobo. Ay, que mi camarero se ha enamorado—. No hemos quedado mucho, pero las veces que nos hemos visto, ha estado genial. Es una mujer con la que puedes charlar sin problema, no me aburro con ella y eso para mí es muy importante. Además, es una fiera en la cama...

—¡*Stop*! —le digo, poniendo mi mano en su boca—. No quiero saber nada de tus movidas de sexo. Me alegro de que las cosas te vayan bien con ella, pero ve con cuidado. Ya sabes que para los chicos es una persona muy importante y como le hagas daño vas a tener problemas con un *fireman*, un *policeman* y un pequeño diablo.

—Lo tendré en cuenta —me dice, mientras nos reímos—. Y tú, ¿qué tal con los chicos? ¿Cómo se ha tomado Jorge lo de esta noche?

—Con ellos bien, ahora que hemos aclarado ciertas nubes que nos rodeaban, mejor. Y por lo de esta noche… creo que no se ha ido enfadado, pero no hemos podido charlar mucho, así que no tengo ni idea de qué me voy a encontrar mañana. Además, tenemos a su ex merodeando a su alrededor y Jorge está bastante preocupado.

Llegamos a mi portal y nos despedimos con un beso y un abrazo. Carlos es como un hermano más para mí y deseo, como a todas las personas que son importantes en mi vida, que sea muy feliz. Cuando entro en casa, veo que todavía está encendida la luz de la cocina; me sorprende, pensaba que Tammy ya se habría ido a dormir. Me acerco a la puerta y la veo apoyada en la barra del desayuno. Cuando la saludo, noto que se limpia la cara; está llorando.

—Mi niña, ¿qué pasa? ¿Va todo bien? —le pregunto.

Tiene los ojos y la nariz rojos; lleva un buen rato llorando, posiblemente, desde que ha llegado. Se lanza a mis brazos sin consuelo y la dejo que se desahogue un rato. Me la llevo al salón, nos sentamos en el sofá y espero paciente a que ella esté preparada para hablar. Estoy inquieta, Tammy es una mujer muy fuerte y pocas veces la he visto en este estado.

—¡Ay, Sophie, creo que la he cagado! Soy una bocazas y no tengo filtro y, cuando me doy cuenta, siempre hago daño a la gente que más me importa —dice de tirón. Sus lágrimas caen por sus mejillas sin parar.

—A ver, cariño, explícate. No entiendo nada. ¿A quién le has dicho algo

que no debías?

—Veníamos todos hacía aquí, de charla. Ha habido un momento en que Eduardo ha comentado a los chicos que *sus mujeres* eran preciosas, refiriéndose a nosotras. Solo a mí se me ocurre ponerme feminista y decirle que yo no soy de nadie y que solo estoy con Dani por el sexo.

—¡Por Dios, Tammy! ¡Cómo eres tan bruta! Me da que a Dani no le ha hecho mucha gracia, ¿verdad?

—Ninguna. Me ha devuelto a la niña, que la llevaba él, y ha puesto de excusa que mañana tenía cosas que hacer y se ha marchado. Al llegar, le he enviado varios mensajes y sus respuestas han sido de lo más frías. Ni rastro del Dani divertido y cariñoso...

—A ver, cielo, ¿cómo quieres qué esté? Yo creo que ese hombre está loco por tus huesos y se desvive por Cloe. Solo a ti se te ocurre decirle que solo lo quieres para tus revolcones.

—Pero ¿tú de qué lado estas? Pensaba que eras mi amiga, no me ayudas nada. Tampoco creo que haya sido para tanto y ni que esté tan loco por mí. Nunca dijo que fuéramos pareja, siempre quedó claro entre nosotros que lo íbamos a pasar bien y punto, que ninguno quería atarse ni comprometerse, así que no veo el drama —me contesta enfurruñada. Sus lágrimas han desaparecido para dar paso a su enfado.

—Yo estoy de tu lado, Tammy, siempre, pero no por eso voy a decirte siempre lo que quieres oír, eso ya lo sabes. Dale tiempo, a nadie le gusta que lo traten como a un objeto sexual —le explico—. Has herido su corazón, si no, se hubiera quedado y hubiera hecho alguna broma, piénsalo. Y si tú estás en este estado, es porque también estás loca por él y por ese tatuaje tan *sexy* que tiene...

—Sí, la verdad es que el *madero* es un bombón y esa sonrisa que tiene de *derritebragas*... —Mi amiga se queda un rato pensativa, supongo que, imaginándose su cuerpo desnudo, pone cara de viciosilla.

—Quita esa cara, anda, no pienses en él desnudo o vas a tener un orgasmo —le pido, dándole una palmada en el culo—. Me voy a dormir que no puedo más, vaya día. Dale tiempo, mi niña, ahora está dolido y, cuando puedas, habla con él. No tengas miedo a enamorarte, si no arriesgas, nunca vas a conseguir a tu ansiado príncipe azul.

Le doy un beso y me voy a mi habitación, dejándola con sus pensamientos. Me pongo mi pijama y, al coger el teléfono para apagarlo, veo que tengo un mensaje de Jorge. Las mariposas de mi estómago empiezan a despertar por la

ansiedad y las ganas que tengo de él; parezco una quinceañera.

Jorge:

«Me hubiera gustado acabar la noche de otra manera; contigo a mí lado, desnuda. Sueña conmigo, mi morena».

Una sonrisa boba ilumina mi cara, es genial poder irme a dormir con sus palabras como último recuerdo, no era consciente de como las necesitaba. Por supuesto, soñaré con mi *fireman*.

***

Me despierto sobresaltada, me ha parecido oír gritos, al levantarme y abrir la puerta de mi habitación, compruebo que es así. Vienen del salón, Cloe está chillando a Tammy; no sé qué les pasará a estas dos ahora, hacía bastante tiempo que no las oía entrar en batalla. Cloe es un cielo de niña, pero tiene un fuerte carácter cuando estalla y, por lo que puedo escuchar, está muy enfadada.

—Me dijo que cuando me despertase, lo llamara y no entiendo por qué ahora no puedo hacerlo —le recrimina la niña.

—Cloe, es la cuarta vez que te lo explico y empiezo a perder la paciencia. Ayer, antes de irme, me dijo que hoy estaría muy ocupado, así que no lo vamos a llamar y punto. Si quieres, después vamos al parque —le explica la madre.

—Yo quiero ir al parque de los patines con Dani. Él me lo prometió. No sé por qué no me dejas llamarlo. Y no quiero ir contigo al parque para pequeños. —Cloe da media vuelta y se mete en su habitación tras dar un portazo.

Mi amiga suspira y busca mi mirada, está a punto de derramar todas las lágrimas que acumula en sus ojos, así que me acerco y la abrazo con fuerza, sé que lo necesita y aquí estoy yo para que mi *hermana* no se derrumbe.

—¿Por qué no lo llamas y le preguntas? A lo mejor ya no está tan enfadado.

—Ayer, ya me hizo saber que no quiere saber nada más de mí, y lo que no puedo hacer es imponerle a la niña, Sophie. Si él quiere verla solo tiene que venir o llamar, yo no lo voy a impedir.

En ese momento suena el timbre del piso, nos miramos las dos y por la cara de Tammy pasa, aunque fugaz, la ilusión de que pueda ser Dani. Voy a abrir la puerta, ya que ella no está en condiciones y Cloe sigue encerrada en su habitación.

—¡Hola, Sophie! —dice mi pequeño diablo, tirándose sobre mi cuerpo para abrazarme.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —le pregunto, mientras beso su rubia cabeza.

—Bien, ¿está Cloe?

—Sí, está encerrada en su habitación; se ha enfadado con su mamá y no sé sí estará de buen humor. A ver si te deja entrar.

El pequeño corre hacia la habitación de Cloe a probar suerte. Levanto la cabeza y me enfrento a mi hombre de mirada verde, ese que me hace perder el sentido. Está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados en el pecho, medio despeinado, como siempre, y su sonrisa matadora. Lleva unos tejanos gastados, que se ajustan perfectamente a su cuerpo y una camiseta de cuello en pico que se adapta a sus músculos. Y yo en pijama...

—Buenos días, ¿tenemos guerra en casa? —Me coge una mano para acercarme a su cuerpo.

—Buenos días. Sí, hemos amanecido con una batalla campal.

Abrazo su cuerpo con mis brazos dentro de su camiseta, rodeando sus caderas. Él enmarca mi cara con sus grandes manos y me besa, lentamente. Nunca había tenido unos buenos días tan dulces.

—Mmm… Estás preciosa con este pijama, aunque en mis sueños estabas desnuda —dice, el muy cabroncete, dejándome en la puerta con cara de boba.

Entramos en la cocina y vemos que Tammy prepara café. Por la expresión de Jorge, me doy cuenta de que no le pasa desapercibido el estado de ánimo de mi amiga.

—Buenos días, Tammy. ¿Vengo en mal momento? —pregunta, mientras alterna su mirada entre ella y yo.

—Qué va, no te preocupes, solo tengo un mal día. ¿Queréis un café? Ya está preparado, os podéis servir. Voy a vestirme...

La vemos salir de la cocina como si hubiera fuego. Cuando nuestras miradas se cruzan, veo la interrogación en Jorge. No es difícil saber que algo pasa, ya que Tammy es pura alegría y vitalidad y hoy está muy decaída.

—¿Por qué me parece que aquí hay más que un mal día y que mi amigo tiene algo que ver? —Lo miro y frunzo el morro, dándole así mí confirmación —. Pues creo que él no está mejor, esta mañana casi me ha mandado a la mierda; hacía tiempo que no sacaba ese carácter arisco y frío.

—Sí, la verdad es que es difícil verlos así, ellos que son siempre pura alegría y parece que no se enfadan nunca. En este caso, creo que Tammy ayer metió la pata y ahora, aparte de estar arrepentida, tiene a Dani y Cloe enfadados.

—Yo estaba cuando hizo el comentario y la verdad es que a Dani le sentó fatal. Me da que está colado por ella, por eso se lo ha tomado tan mal. Espero

que puedan hablar y darse cuenta de lo mucho que se necesitan.

—Seguro que sí, es muy difícil estar lejos de alguien que te hace sonreír, que hace que tu corazón palpite con fuerza o que te genera esas mariposas en el estómago cuando lo tienes cerca —le digo, mientras me acerco a su cuerpo.

—Caray, no sabía que Tammy estuviera tan colada por él —contesta burlón.

Sabe perfectamente que me refería a mí, aunque no tengo dudas de que a mi amiga le pasa exactamente lo mismo.

—Eres muy tonto... —Me sonríe y se acerca para darme un beso, que se ve interrumpido por Pol.

—Papi, ¿podemos ir ya al parque? —Por su tono, viene enfadado.

—Claro, vamos. ¿Cloe no viene?

—Está enfadada, ella quería ir con Dani. Parece que conmigo no se lo pasa tan bien —contesta el niño con resignación.

—Claro que se lo pasa bien, cariño, solo que hoy está disgustada. Ya sé que no es lo mismo, pero ¿qué te parece si os acompaño yo y damos un paseo?

Se le ilumina la cara de nuevo, parece que mi propuesta le gusta, así que allá voy a pasar un día trepidante con mis chicos.

Jorge

Últimamente las cosas han estado en calma. No hemos vuelto a saber nada de Clara. Me imagino que las advertencias de Dani han hecho efecto y, seguramente, habrá vuelto a su vida anterior, por lo que nos ha dejado en paz y eso ha ayudado a que la relación con Sophie vaya mejor que bien. Intentamos disfrutar el uno del otro todo lo que podemos, porque entre nuestros trabajos, la familia y los amigos, poco tiempo nos queda. La verdad es que con ella todo es más fácil, más llevadero y es maravilloso encontrar un ratito para poder desatar nuestra pasión, que no es poca. Cada vez me cuesta más alejarme de ella y no poder despertar a su lado todos los días.

Lo que peor llevamos los dos es la relación, o mejor dicho la no relación, de nuestros amigos. Es curioso que, todos a su alrededor, veamos que están hechos el uno para el otro, que están enamorados; y ellos no sean capaces de verlo y poder arreglar sus diferencias. Después de la fuerte pelea que tuvieron, se dieron una tregua, pensábamos que todo iba bien hasta que, de pronto, hace unos diez días, volvieron los morros y las malas caras. Parece que han cortado toda relación. La que peor lo lleva es Cloe que no entiende a los adultos, pobre. Después de su nueva pelea, Dani me llamó y me dijo que como le debían muchos días, iba a hacer una escapada al sur para ver a su hermana; que necesitaba despejar la cabeza y poner su vida de nuevo en orden. Hablamos cada día, ya sea por mensaje o por teléfono. Sé que se hace el fuerte, pero no está bien, creo que se había hecho ilusiones con Tammy y Cloe y, aunque él nunca lo diga, tiene ganas de asentar la cabeza. En su consciencia sabe que Tammy es la mujer ideal para él y se siente frustrado por no poder conseguir lo que desea.

Y así es como pasan los días, tan veloces que, cuando te quieres dar cuenta, se van yendo los meses y casi ni nos enteramos. Ya estamos a finales de junio, a punto de acabar el colegio y empezar las vacaciones de verano. Yo tengo tres semanas en agosto y mi padre se va a llevar dos semanas a Pol a la playa en julio, el resto del verano lo pasaremos en Madrid con las actividades que hacen para los niños.

—Chico, te vas a quedar tonto de tanto pensar —me comenta *Oso*, devolviéndome al presente—. ¿Va todo bien en el paraíso?

—Claro que sí, ¿por qué tendría que ir mal?

—Porque Sophie es mucha mujer para ti, capullo. Te lo he dicho mil veces,

si necesitas ayuda para tenerla contenta, me avisas, *pichafloja*.

Todavía no ha acabado la frase cuando sale corriendo y yo detrás de él. Como lo enganche, por muy grandullón que sea, se va a llevar unas hostias... Menos mal que es mi colega y sé que jamás se entrometería en mi relación con Sophie, pero le encanta meterse conmigo. Que conste que yo jamás he sido un hombre celoso, al revés, con mis aventuras nunca me he atado a nadie y no he tenido necesidad de sentir celos, pero con Sophie es distinto. Ella es *mía*, en el buen sentido, y parezco un desequilibrado cuando hay moscones alrededor o me pongo enfermo de pensar que otro hombre la pueda tocar como la toco yo. Consigo alcanzar a *Oso* en la sala de gimnasia que tenemos en la estación, lo hago caer al suelo y me siento encima de su gran espalda, sujetándole la cara contra el suelo con una mano para que no pueda levantarse. El muy cabronazo se descojona en mi cara y mi superioridad pierde toda importancia.

—Retira lo que has dicho, capullo. A *mi* morena ni tocarla. Está bien servida, de eso me encargo yo. No necesita tu pichita microscópica para nada.
—Cómo nos gusta a los hombres meternos con los miembros de los otros.

—¡Está bien, está bien! Me rindo.

—Así me gusta —le digo.

Me retiro de su cuerpo y le ofrezco mi mano para que pueda levantarse. Me doy cuenta de que lleva un sobre del que antes no me había percatado, se ha arrugado un poco e intenta estirarlo para que quede como estaba. Cuando parece que tiene la forma deseada me lo ofrece.

—Toma, capullo, es para ti. Mira lo que has hecho, lo has arrugado todo, espero que no sea nada importante...

Cojo el sobre que me ofrece y lo reviso por las dos caras para comprobar que realmente sea para mí y no sea una broma de *Oso*, que no sería la primera vez. Pone mi nombre en rotulador negro y está cerrado con celo.

—Me lo ha dado Ricardo, dice que estaba en el buzón de la entrada —contesta a mi pregunta no formulada al darse cuenta de que lo miraba con cara de duda.

Hago la intención de abrirlo cuando por megafonía oigo que me llaman. Hoy me toca a mí preparar la cena y creo que los chicos tienen hambre. *Oso* no dice nada, se da la vuelta y se larga a realizar sus tareas de hoy. Me dirijo hacia la cocina y guardo el sobre en mi bolsillo del pantalón, ya lo miraré más tarde con calma. Preparo la cena, con ayuda de *Blue*, y aprovecho para preguntarle por Marta y saber cómo va su embarazo, ya casi está de cinco meses y ahora parece que se encuentra mejor; ya no tiene tantos vómitos y no

está tan cansada.

—Y tú, ¿cómo lo llevas? Yo me acuerdo de que estaba acojonado. Cuando nació mi pequeño y me lo dieron, no sabía ni como cogerlo, parecía que se iba a romper. Después te acostumbras, lo ves crecer y es lo más grande del mundo.

—La verdad es que ahora empiezo a hacerme a la idea, ya se va notando la barriga y Marta está como loca preparándolo todo. Empezamos a ser más conscientes del cambio que nos espera. Supongo que cuando lo vea y lo coja en mis brazos, sí que me voy a cagar vivo.

—¿Ya sabéis si es niño o niña?

—Es un niño. La verdad es que nos daba igual, al ser el primero... Mientras todo salga bien, no importa lo que tenga entre las piernas.

Mientras acabamos de cocinar, seguimos hablando de todo y de nada y nos echamos unas risas. Al acabar, servimos la comida y cenamos todos juntos. Tengo la suerte de que estoy en un grupo en el que todos nos llevamos bastante bien y la convivencia es agradable. Cuando trabajamos, estamos muchas horas juntos y en las salidas es primordial confiar al máximo en tu compañero, eso es de vital importancia. Nos dan las diez de la noche y cada uno se dedica a relajarse, ya sea a mirar la televisión, escuchar música o leer un libro. Yo aprovecho para retirarme a mi cama y me estiro para intentar dormir un rato, nunca sabemos cuándo puede sonar la sirena y hay que estar alerta. Mientras intento cerrar los ojos, recuerdo que en mi bolsillo he guardado el sobre que me dio *Oso*; lo saco y le vuelvo a dar vueltas para intentar averiguar que es. Algo me dice que no me va a gustar lo que hay dentro, no sé el porqué, pero algo no me cuadra.

Abro el sobre con cuidado, como si fuera un paquete bomba y pudiera estallar en cualquier momento. En el interior hay un papel doblado por la mitad y unas fotos. Saco primero el papel y lo leo.

«Ella no es tan transparente como parece, oculta muchas cosas que tendrías que saber, ándate con ojo».

¿Qué narices significa esto? Esas líneas están escritas a ordenador y no está firmada, por lo que no tengo ni idea de quién me lo envía. Saco las fotos del sobre y caen todas en mi cama. Se me para el corazón y parece que me cuesta respirar. No puede ser, no me puede pasar esto a mí. Hay cuatro fotos en total, la primera que miro, aparece Sophie con Carlos, muy juntos y ella cogiéndolo del brazo. En la siguiente también salen ellos. Ella le tapa la boca con la mano. En otra, los dos se ríen, con mucha complicidad; y en la última, la que me remata, se están besando o eso parece. Estoy tan aturdido que no me entero

de que tengo a *Oso* de pie a mi lado. Me mira, alternativamente, a mí y a la cama, con cara de preocupación. Oigo como llama a alguien y en un momento me encuentro rodeado de *Oso* y *Blue*.

—*J*, oye tío, ¿estás bien? —me pregunta *Oso*—. ¿Eso es lo que contenía el sobre?

Yo asiento con la cabeza y le paso la hoja con la frase. Cuando la acaba de leer se la pasa a *Blue* y los dos se miran sin entender nada. No soy capaz de reaccionar, no sé si estoy cabreado, triste o decepcionado. Yo pensaba que todo estaba bien, que nuestra relación funcionaba y resulta que siempre me la ha jugado con el capullo de Carlos. Ya decía yo que no me caía bien. ¿Cómo he podido estar tan ciego?, ¿cómo me he dejado engañar con tanta facilidad?, si es que no escarmiento. No entiendo nada, no me puedo creer que, hasta ahora, Sophie fingiera conmigo, en nuestras tardes de charla, o en las noches de pasión. ¿Puede ser que me falte el aire?

—Oye, colega, seguro que todo esto tiene alguna explicación. Detrás de esto hay alguien que no quiere veros juntos, está muy claro —me dice *Blue*—. Un sobre que llega aquí, la carta en ordenador y las fotos... no sé, *J*, yo no lo veo claro; aquí hay gato encerrado.

—¿Y quién cojones va a perder su tiempo fastidiándonos? Pero ¿tú has visto estas fotos? Si hasta se están besando, ¿o es qué no lo veis?

—Jorge, *Blue* tiene razón. Ahora estás enfadado, celoso, y no ves las cosas con claridad. Si te fijas bien en las fotos no hay nada raro, parecen dos amigos, sin más. El beso, depende de la perspectiva desde donde sea tomada la foto, puede parecer una cosa u otra. Antes de volverte loco, que te conozco, habla con ella y se las enseñas, a ver qué te explica.

—A mí me parecen muy reales, no puedo entender que alguien quiera separarnos. ¡Joder! me voy a volver loco...

—Vamos a ver, tío, te puedo hacer una lista… Clara, tu ex; el ex de Sophie, su hermana, su madre... ¿Quieres que siga? —enumera *Oso* para que vea que, realmente, hay mucha gente a la que no les hace gracia que estemos juntos—. Me da que ahí ya hay mucha maldad junta, ¿no?

No tengo tiempo de asimilar todo esto, ya que, en ese momento, suena la sirena y nos tenemos que ir; hay un incendio en un edificio. Intento centrarme al máximo, no puedo ir con este lío en la cabeza. Veo como me miran *Oso* y *Blue*, están preocupados por mí. Saben lo peligrosa que puede resultar una salida cuando no tienes la cabeza donde debes.

—Muchachos, parece que el incendio es intenso, van varias dotaciones. Se

ha generado en un cuarto piso y se ha extendido rápidamente. Estemos alertas. Nos comentan que los cimientos están bastante dañados ya que es un edificio muy antiguo, ¿entendido? —informa nuestro superior.

Intento dejar mis problemas a un lado y centrarme en lo que tenemos delante; un fuego dantesco. Nos asignan por grupos y a mí me toca con *Blue* y dos compañeros más. Tenemos que entrar a buscar posibles víctimas, parece ser que todavía queda alguien en el interior. Nos ponemos las máscaras con el oxígeno y nos adentramos en el infierno. Encontramos a una persona en el segundo piso, inconsciente. Avisamos por la emisora, los compañeros la llevan hacia el exterior mientras *Blue* y yo seguimos con la búsqueda.

—*J*, creo que ahí dentro he oído algo —me comenta *Blue*, adentrándose en un salón de uno de los pisos que revisamos.

—Espera, *Blue*, ¿estás seguro? Esto no tardará en caerse, tío, tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—Solo voy a mirar detrás del sofá...

Nada más acabar la frase, el techo de la esquina del piso se desprende sobre mi compañero. Lo único que puedo pensar es que el hijo de *Blue* no puede quedarse sin padre antes de nacer. Sin pensármelo dos veces, me tiro encima de él, empujándolo para que no quede sepultado por los cascotes que caen.

El golpe que me doy es brutal, noto como mis costillas impactan contra algo que hay en el suelo y me deja sin respiración, algo más cae en mi brazo y el dolor es insoportable. Lo primero que se me pasa por la cabeza es desear que a Pol no lo pase muy mal si no salgo de esta. Veo pasar por mi mente instantes felices que he vivido con mi padre, mi hijo, Dani o Paula e, incluso, lo feliz que he sido con Sophie hasta ahora. Oigo a mis compañeros chillar y como se mueven a mí alrededor; todo eso antes de desmayarme.

CAPÍTULO 15

Sophie

¿Alguna vez habéis tenido esa sensación de ser muy felices y os da miedo pensar en ello por si las cosas se tuercen? Pues así estoy yo ahora mismo. Soy feliz. Estoy encantada con mis chicos, las cosas no podrían ir mejor. Nos vamos adaptando y compartimos muchas más cosas juntos. Mi pequeño rubio me tiene loca, es un cielo de niño y me río un montón con él, tiene cada salida tremenda. Y qué decir de mi *fireman*, ahí donde se ve, tan serio que, incluso, a veces, parece de hielo, es todo un amor. Me mima muchísimo y siempre está pendiente de mí. Lo único que enturbia mi felicidad completa es el bajón de mi querida amiga. A veces, da la sensación de que está sumida en un pozo de tristeza todo el día, tanto Juana como yo estamos muy preocupadas por ella. Siempre ha sido nuestra alegría y ahora parece un alma en pena desde que se ha vuelto a pelear con Dani.

Cuando llego a casa, me la encuentro moqueando por las esquinas con música lenta de letras tristes a todo trapo. Ahora tiene puesta la canción de *La Estrategia,* de Cali y el Dandee. Me espero apoyada en el quicio de la puerta, observándola.

—¡Hola! —me hago notar, cuando la canción acaba—. No podemos seguir así, mi niña. Cloe te necesita, no puedes ir todo el día llorando por las esquinas...

—¿Y cómo lo hago? Dime. ¿Cómo me quito este vacío que tengo en el corazón? Pensé que no sería nada, solo un rollo, como siempre. ¿Cómo aprendo a vivir sin él? Sin sus caricias, sus charlas y su manera de hacerme reír...

—Lo superaremos juntas, ¿vale? Ya sé que no te consuela, pero Jorge me ha dicho que él tampoco está muy bien, se ha ido unos días a visitar a su hermana.

No podemos seguir con nuestra charla ya que una llamada en mi móvil nos corta la conversación. Miro mi teléfono extrañada y Tammy me pregunta por mis dudas.

—Es Jorge, es muy raro, cuando trabaja no me suele llamar —le aclaro—. Hola, cariño, ¿va todo bien?

—Hola, Sophie, no soy Jorge. Soy Manuel, *Oso* —me aclara.

Por su tono de voz y que salude con su nombre, me genera un escalofrío por la espalda. No me gusta esta sensación.

—Hola, *Oso*, ¿va todo bien?

—¿Estás acompañada por alguien?

—Tammy está conmigo. Por Dios, Manuel, ¿qué pasa? Me estás asustando. —Mi amiga, al ver mi reacción, me acompaña al sofá donde me siento.

—Es Jorge. Hemos tenido una salida a un edificio en llamas. Mientras *Blue* y él buscaban posibles víctimas, el techo ha cedido y lo ha pillado a él.

—Oh, por favor. Dime que está bien, que no le ha pasado nada. —La última frase ha sido un susurro que no sé si lo habrá oído.

No puede ser. Jorge tiene que estar bien, todavía tenemos mucha vida que compartir juntos, aún nos quedan muchas cosas por vivir. Tiene que ver crecer a Pol, no me puede dejar sola, no ahora que lo he encontrado. ¿Qué vida me espera si él no está a mi lado?

—Sophie, preciosa. Se lo han llevado al hospital Doce de Octubre. No estaba bien, pero estoy seguro de que ese cabezón se recuperará —me explica con la voz rota, sé que él también lo está pasando mal porque son buenos amigos—. Va a salir de esta, ¿me oyes?

—Sí, no me puede dejar sola —le digo entre lágrimas y con la voz cortada por los sollozos—. Ahora mismo nos vamos para allí. Hay que avisar a Eduardo...

—No te preocupes por eso, ¿vale? Ya me encargo yo de avisar a todo el mundo. Sophie, en un rato nos vemos allí.

Como puedo le explico a mi amiga lo que me ha contado *Oso* y, sin perder tiempo, cogemos un taxi para que nos lleve al hospital. El trayecto se hace eterno y la incertidumbre del estado de Jorge me mata. No saber qué me voy a encontrar cuando llegue, me mata. Apoyo la cabeza en el asiento del taxi y cierro los ojos mientras las lágrimas no dejan de resbalar por mi cara y pido con todas mis fuerzas, a todos o a nadie en concreto, que Jorge esté bien, que no haya sido nada. Necesito que me reciba con su sonrisa, esa que suele reservar para mí y de la que tan poca gente disfruta. Noto como Tammy me coge de la mano, transmitiéndome sus fuerzas, no dice nada; supongo que no se atreve a darme esperanzas por lo que pueda pasar.

Al llegar, mi amiga coge el mando de la situación y se encarga de preguntar en la recepción por el estado de Jorge; menos mal de ella, yo estoy en *shock* y no me salen las palabras. Nos envían a una planta inferior y nos piden que esperemos hasta que el médico salga a informarnos del estado de Jorge, solo

sabemos que está en el quirófano, pero no nos han dicho nada más. Me siento en una silla de la esquina para poder apoyar la cabeza en la pared, cierro los ojos y me centro en el vacío que siente mi estómago. Odio esperar, la falta de información me puede. Oigo como entra gente en la sala. No quiero abrir los ojos, no me puedo enfrentar a lo que viene, no tengo ganas de ver a nadie; solo me gustaría despertar y que todo fuera una maldita pesadilla.

—Sophie, niña... —Noto las manos de Eduardo encima de las mías, dándome su calor.

Su contacto me hace reaccionar y pienso en lo egoísta que soy, él es su padre y también estará preocupado. Abro los ojos y me lanzo a sus brazos.

—¡Dios mío, Eduardo! Dime que va a estar bien, no le puede pasar nada, tiene que estar con nosotros... —le suplico en llanto. Sé que tengo que ser fuerte, pero no soy capaz.

—Tranquila, cielo, yo también tengo miedo, pero Jorge es fuerte y tenemos que esperar las noticias que nos dé el médico, no vamos a adelantar acontecimientos.

Yo asiento con la cabeza y me vuelvo a sentar en mi silla, ya que las piernas casi no me sostienen. Al levantar la mirada y ver la sala, me doy cuenta de que está llena de gente; hay varios bomberos, entre ellos *Oso* y *Blue*, este último llora como un niño pequeño. También está Juana abrazada a Eduardo, dándole todo su apoyo y cariño y, en ese momento, entran Paula con Carlos. Este último se acerca a mí y me abraza con todas sus fuerzas.

—Jefa, ¿necesitas alguna cosa? —me dice Carlos, dándome un cariñoso beso en la cabeza.

—No, solo quiero información, esta espera me mata.

—¿Qué cojones haces tú aquí? —Oigo decir a *Oso*.

Se ha acercado a nosotros. Sus palabras van dirigidas a Carlos y desprenden una rabia increíble.

—Y tú, ¿qué problema tienes? —replica Carlos, levantándose de la silla para enfrentarse a él.

—*Oso*, ¿qué coño te pasa? ¿A qué viene esto ahora? —le recrimino. Me mira a los ojos y veo que baja la mirada, arrepentido.

—Lo siento, los nervios me han traicionado. No es el momento ni el lugar —nos dice, con la mirada en Carlos—. Toma, guarda esta carta, le llegó a Jorge antes de la llamada de incendio, seguro que te interesa su contenido. Solo te pido que no la abras ahora, hazlo cuando estés algo más tranquila.

Me entrega un sobre blanco donde pone Jorge en rotulador negro. Lo miro

interrogante. *Oso* no es capaz de aguantarme la mirada y baja la vista, dándose media vuelta para regresar con sus compañeros.

En ese momento se abre la puerta y vemos aparecer un médico.

—Familiares de Jorge Gutiérrez.

Nos acercamos todos en masa alrededor del doctor. Eduardo coge mi mano con fuerza y Tammy me sostiene por la otra.

—Soy el doctor García —se presenta—. Vamos a ver, el señor Gutiérrez llegó a Urgencias con una severa lesión en el tórax, por una fuerte caída y traumatismo en el brazo izquierdo por un aplastamiento. Presenta tres costillas rotas del lado derecho. Esto ha causado un neumotórax, el cual ya se está tratando con un tubo torácico. Para facilitar su recuperación hemos procedido a sedarlo. Con relación a su brazo izquierdo, presenta fractura en el húmero, el radio y el cúbito. Las fracturas del húmero y el cúbito han sido limpias por las que se curará con un tratamiento de inmovilización del miembro, reposo y posterior rehabilitación. La fractura del radio es más complicada, ha sido abierta, de ahí que se haya tenido que intervenir y hemos puesto tornillos quirúrgicos. Está estable, pero con respiración asistida. Es un hombre joven y fuerte lo que nos hace ser optimistas en su total recuperación. Estas lesiones necesitan tiempo y paciencia. Lo tendremos en observación en la UCI, por lo que deberán seguir los horarios establecidos de visita.

—¿Podríamos entrar a verlo ahora? —le pregunta Eduardo.

—Claro, pero solo las personas imprescindibles. Ya veo que tiene un gran apoyo —dice, al percatarse de la cantidad de gente que hay en la sala.

—Muchas gracias, doctor —contesta Eduardo.

El doctor se retira y todos respiramos un poco mejor, parece que han abierto el oxígeno en la habitación. La mayoría de los bomberos se marchan al recibir las noticias. Ya solo quedamos los más cercanos.

Yo no puedo parar de llorar y todavía mantengo el sobre que me ha dado *Oso* en la mano; al darme cuenta, lo guardo en el bolso y me preparo para poder entrar a ver a Jorge.

—Sophie, voy a entrar, no tardo nada para que puedas entrar tú, ¿vale? —dice Eduardo.

Yo asiento con la cabeza, todavía no me salen las palabras. Vemos como entra por unas puertas y desaparece. Me he vuelto a sentar en una silla a esperar mi turno. A un lado tengo a Juana, al otro a Tammy y seguida de esta se han sentado Carlos y Paula. Enfrente, como si fuera una batalla, están *Oso* y *Blue* con dos compañeros más y Marta, la mujer de *Blue*. No me gusta cómo

me miran, hay algo que no sé, algo ha tenido que pasar para que me miren de esa manera y estoy segura de que tiene que ver con el sobre que me han dado. Ya me ocupare de eso más tarde, ahora lo único que quiero es poder ver a Jorge.

—Mi niña, ¿estás bien? ¿Quieres que vayamos a coger una tila?

—No, Juana, muchas gracias, solo quiero entrar a verlo. Por cierto, ¿qué hora es? Hay que ir a buscar a Pol.

—No te preocupes por eso, todavía es pronto. Después ya vamos nosotros a buscarlo. Tú tienes que descansar, aquí no podemos hacer nada hasta las horas de visita.

—De eso nada, Juana, yo me quedo aquí. ¿Y si le pasa algo y está solo? ¿Y si despierta y no hay nadie a su lado?

—Sophie, aquí no hacemos nada, las visitas están restringidas, solo se puede entrar en horarios concretos, ya has oído al doctor —me dice Tammy—. Jorge está bien atendido y avisarán si hubiese cualquier cambio en su estado.

—Tammy tiene razón. Además, hay un pequeñajo que también nos necesita y seguro que va a estar encantado de que tú estés a su lado, mientras su padre se recupera —interviene Paula.

No le puedo contestar porque al oír la puerta y ver que Eduardo entra, me levanto como un resorte para ser la siguiente. Creo que el corazón se me va a salir del pecho. La cara de Eduardo no ayuda a tranquilizarme, viene llorando, supongo que de la impresión. Yo tengo el dilema de querer entrar, para poder acariciarlo y que sepa que estoy aquí, y no querer entrar por miedo a no poder aguantar lo que vea y derrumbarme.

—Niña, tienes que ser fuerte, da bastante impresión verlo —me advierte Eduardo.

Yo asiento, respiro hondo para serenarme un poco y entro. Una vez estoy vestida para poder acceder una enfermera me guía al box cinco, donde se encuentra mi *fireman*.

Entro despacio, con miedo, como si esperase ser atacada. Eduardo no me ha mentido, da mucha impresión mirar a mi amor en la cama, inmóvil. Tiene cables conectados a su cuerpo y hay muchas máquinas que hacen ruido. No puedo retener las lágrimas, yo que pensaba que ya no me quedaban de tanto llorar.

—Guapetón, aquí hay una mujer muy guapa que viene a verte. No hagáis nada malo que yo os vigilo, ¿vale? —La enfermera se dirige a él como si no estuviera dormido. Al salir, me informa de que me deja cinco minutos y me

guiña un ojo.

Me acerco más a la cama, necesito tocarlo y que note mi amor y mi fuerza. Le cojo la mano que no tiene herida y me la acerco para poder besarla. Es admirable la vocación de estas enfermeras; yo no soy capaz de hablarle como si no pasara nada, no me salen las palabras. Así que lo único que se me ocurre es buscar un hueco de su cuerpo donde puedo apoyar mi cabeza, y así vuelan los cinco minutos.

Ahora me doy cuenta de que nunca sentí nada parecido ni tan fuerte por nadie. Tengo una congoja que me oprime el pecho. Una amarga sensación de no saber qué va a ser de mi vida si él no está en ella, así que, al despedirme de él hasta la noche, solo me salen dos palabras.

—Te quiero.

Cuando salgo a la sala, ya solo se encuentran Tammy, Paula y Carlos. Sus caras son un poema.

—¿Qué os pasa? ¿Dónde están todos? —pregunto para que alguien me aclare qué ha pasado.

—Eduardo y Juana han ido a recoger a los niños —me dice Tammy.

—Y los *bomberitos* se han largado después de decir cosas sin ningún sentido. —Esta vez es Carlos el que informa, indignado—. Sophie, ¿dónde está el sobre que te ha dado *Oso*?

—En mi bolso, ¿por qué? Después ya lo abro, ahora tengo ganas de llegar a casa y descansar un poco.

—Dámelo, tengo que saber que hay en su interior. *Oso* estaba muy enfadado con nosotros y ha hecho comentarios que no me han gustado —me exige mi amigo.

Cojo el bolso y le doy el sobre. Lo abre y saca un papel. Al leerlo le cambia el semblante; me pongo nerviosa, seguro que no es nada bueno. Le da la vuelta a la nota y las tres podemos leer lo que hay escrito.

Le quito el sobre de la mano y saco las fotografías del interior. ¡No me lo puedo creer! Tengo la sensación de que me voy a marear. ¿Quién quiere destruirnos de esta manera? ¿Quién quiere hacerle creer a Jorge que estoy liada con Carlos? Ahora entiendo la actitud de *Oso*.

—Todo esto se va a arreglar, Sophie. Encontraremos a los responsables de esta mentira —me dice Carlos.

Yo lo único que quiero es que Jorge se recupere lo antes posible, lo puedan despertar y le pueda explicar que yo jamás lo engañaría, ni con Carlos ni con ningún otro. Si antes podía tener alguna duda de mi amor por él, ahora lo tengo

más que claro.

***

Los días son largos y odiosa la espera. Ya han pasado quince días y seguimos esperando a que se recupere bien para que lo puedan despertar.

Jorge

Estoy un poco aturdido, todavía no tengo claro qué me ha pasado. Solo sé que estoy tirado en esta cama de hospital, que me duele todo, incluso respirar. Me vienen imágenes de un incendio y también recuerdo que he hablado con mi padre, pero no sé cuándo, ya que no tengo ni idea del día en que estoy, ni si es de noche o de día.

—Hola, guapetón —me dice una enfermera—. Parece que hoy estás más despierto. Intenta descansar, seguramente te va a costar un poco hablar por culpa del tubo que has llevado para ayudarte a respirar; así que con calma.

Mi cara debe de ser un poema, sí que es verdad que me duele la garganta cuando intento tragar, pero no me imaginaba que me hubieran intubado. Creo que empiezo a ser consciente de que esto no ha sido un simple accidente.

—Por cierto, me llamo Teresa —me dice, mientras me toma la tensión—. Sé que estás un poco aturdido y, posiblemente, no recuerdas muchas cosas; tranquilo, es lo que les pasa a todos los pacientes que han pasado por algo similar. ¿Quieres un poco de agua?

Asiento con la cabeza, ella apunta los datos de mi tensión y sale de la habitación.

En su ausencia, analizo todo lo que veo a mi alrededor, no es una habitación normal y estoy rodeado de máquinas, por lo que entre lo que me ha explicado Teresa y lo que veo, supongo que estaré en cuidados intensivos. También me fijo en que mi brazo izquierdo está enyesado, miro hacia abajo y compruebo que mis piernas estén bien. Parece que sí.

—Aquí tienes tu agua y traigo compañía. Tienes que beber por la pajita y muy despacio, ¿vale? —Asiento con la cabeza, mientras me acerca el agua para beber.

—Hola, Jorge, soy el doctor García, el médico que te ha llevado desde que llegaste a Urgencias —me aclara el hombre que venía detrás de Teresa.

El doctor debe de tener unos cuarenta y cinco años, más o menos; buena planta, ojos claros y una sonrisa amable. Espera pacientemente a que beba un poco, mientras revisa datos en una tableta.

—Bien. Voy a intentar resolver todas tus dudas, sé que debes de estar un poco aturdido y es normal. Te hemos despertado poco a poco y todavía hay restos de los medicamentos en tu cuerpo. Puedes preguntar lo que quieras, pero intenta no forzarte, si te duele no hables, hay mucho tiempo para resolver

las dudas.

—Vale —le respondo. No parezco yo, mi voz es bastante más ronca y se me hace raro oírla.

—Perfecto. Te voy a relatar todo y cuando acabe, si tienes dudas, intento resolverlas. Entraste en Urgencias, consciente. Por lo que nos pudieron explicar tus compañeros, estabais en un incendio cuando el edificio cedió; al querer salvar a un compañero, caíste encima de unas maderas fracturándote varias costillas que te perforaron el pulmón. Ese fue el motivo principal por el que te sedamos e intubamos. Tu pulmón no funcionaba correctamente y tuvimos que ayudarte a respirar.

Me vienen los recuerdos a la mente, como cuando vi que el techo caía e intenté apartar a *Blue*. O cuando me estaban desplazando en la ambulancia...

—Al parecer, mientras estabas en el suelo, uno de los cascotes impactó en tu brazo izquierdo, fracturando limpiamente cúbito y húmero. No ha habido tanta suerte con el radio, hemos tenido que intervenir para poner tornillos quirúrgicos. Nos preocupaba más la lesión en el tórax, pero al ser joven y con tu condición física, ha recuperado bastante bien. Las dos lesiones necesitan su tiempo para curar, pero de lo que podía ser cuando llegaste a cómo has mejorado, estamos más que satisfechos. ¿Preguntas?

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —le pregunto, no sin esfuerzo.

—Diecisiete días.

¿Diecisiete días? Dios mío, mi padre, mi hijo, Sophie...

—Mi familia... —intento preguntar y, para que no me esfuerce, me contesta sin dejarme terminar.

—Aquí, en la UCI, solo hay tres horarios de visitas y te puedo asegurar que no se han perdido ni uno en estos días —me responde la enfermera, con una sonrisa sincera en la cara—. Dentro de media hora empiezan las visitas de la mañana, así que, seguro, ya podrás ver a alguno de ellos.

Intento sonreír, pero no puedo; estoy contento de haber salido de este accidente solo con las lesiones que tengo. Pero entre el tiempo que he perdido en esta cama y todo el trabajo que, me imagino, voy a necesitar para volver a estar en forma y poder trabajar, estoy abrumado. Y como si fuera un niño pequeño se me empiezan a escapar las lágrimas. Teresa me coge de la mano para darme ánimos.

—Es normal que estés superado, Jorge, es mucha información que asimilar. Pronto, todo será una pesadilla que habrá pasado. Tienes que estar tranquilo para no forzar tus pulmones —me indica el médico—. Te vamos a dejar unos

días más aquí para revisar tu evolución, ya lo vamos hablando, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza, mientras me limpio las lágrimas con un papel que me ha dado la enfermera. El doctor García se despide hasta la tarde y Teresa acaba de revisar todas las máquinas que me rodean.

—Bueno, Jorge, ahora descansa este ratito hasta que venga tu familia a verte. Cualquier cosa que necesites, aprietas este botón y todas las enfermeras nos pegaremos para venir a verte —me dice, guiñándome un ojo, mientras se aleja.

No consigo cerrar los ojos ni un momento, intento asimilar toda la información que me han dado y recuperar mis recuerdos. Creo que me va a estallar la cabeza de tanto pensar. Hay un momento en que viene a mi mente un sobre, con una carta y unas fotos de Sophie con Carlos, ¿será real o producto de mis pensamientos con tantos medicamentos?

Ya empieza a haber jaleo en el exterior, supongo que ha llegado la hora de las visitas. Estoy nervioso, qué tontería, ¿verdad? No me quiero ni imaginar lo que habrán sufrido todos durante estos días.

—Buenos días, hijo —me dice mi padre, cuando asoma por la puerta. Tiene cara de cansancio y preocupación, eso me mata y vuelvo a llorar como un niño.

—Lo siento mucho.

—Eh, vamos. Ya ha pasado, todo está bien, que es lo más importante —me dice, abrazándome todo lo fuerte que puede dado mi estado.

—Vaya susto nos has dado, cabrón. —Oigo el reproche de Dani por detrás de mi padre—. Te crees un superhéroe, y mira lo que pasa... —Cómo echaba de menos su sonrisa y su ironía, desde que terminó la relación con Tamara no había sido el mismo.

—Ya veo que sigues siendo el mismo gilipollas de siempre. Pero te quiero igual. —Me mira y me sonríe, el muy canalla, pero en su mirada sigue esa tristeza—. ¿Y Pol? ¿Cómo está mi niño?

—Bueno, al principio ha sido duro, tenía miedo de quedarse también sin papá. Pero entre todos lo hemos entretenido para que no se pusiera triste. Estamos rodeados de muy buena gente, hijo, todos nos han ayudado un montón —explica mi padre, mientras abraza a Dani.

No puedo contener las lágrimas de nuevo. Qué bueno es tener gente tan especial a tu lado. A esta gente solo la puedes reconocer de verdad en los momentos más duros de tu vida. Me seco las lágrimas e intento relajarme para poder disfrutar de su compañía, pues ya queda poco para que se marchen.

—A ver, aprovechemos el tiempo, que pronto os tenéis que ir. Explicadme cosas de estos días.

—Fue el festival de final de curso de Pol y estuvo genial —me explica mi padre—, fuimos casi todos a verlo, Juana, Sophie, Dani, Paula y yo. Su clase bailó una canción y la verdad es que estuvieron muy acertados. Sophie lo grabó todo para que puedas verlo con Pol, cuando regreses a casa.

—Genial, por lo menos podré verlo. Espero que no sea tan patoso como su padre para el baile. —No recordaba el dichoso festival. Intento reírme, pero me duele el pecho y tengo que relajarme.

—Tómatelo con calma, hijo. Y sí, tiene bastante mejor ritmo que tú —dice con media sonrisa—. Ya pronto te pasarán a una habitación y lo podrás abrazar; el pequeño tiene muchas ganas de verte y muchas cosas que contarte. Ha ido al zoo con Sophie, Tamara y Cloe, al Museo de Cera con *Oso* y Dani...

—No te puedes perder las fotos que hicimos, casi nos echan de allí. Te las enseñaré cuando estés mejor, ya que no vas a parar de reír.

—También han ido al parque de atracciones con Paula y Carlos. Vamos, que hemos intentado que no se aburra.

El tono de mi padre al mencionar al camarero/guardaespaldas ha cambiado y eso me hace entender que mi mente no me ha engañado y sí que existe el sobre.

—Ya veo... —No puedo aguantar más esta inquietud que no es buena para mí salud, y voy directo al grano—. Creo haber recibido un sobre el día del accidente, con una nota y unas fotos. ¿Qué hay de verdad en esas fotos?

Los dos se miran, supongo que para valorar si es el mejor momento para hablar de este tema o, quizá, es verdad que están liados y no me quieren preocupar. Pero, entonces, ¿por qué fue con Paula al parque?

—Hijo, ese es un tema que debes hablar con Sophie, es algo entre vosotros. Ella no ha querido hablarlo con nadie, dice que las explicaciones te las tiene que dar a ti. Se ha volcado con Pol al cien por cien. No se ha separado de él, solo lo necesario. Ha dormido en tu piso todos los días y ha cuidado de él como si fuera su madre. Por lo que, si quieres saber mi opinión, creo que es todo un montaje para intentar separaros. Ha venido todos los días a verte. Delante de Pol, disimula, pero está muy preocupada por ti. Ahora no la verás, por las mañanas se queda con el niño.

—Tu padre tiene razón, Jorge, conmigo tampoco ha querido hablar. Nos enseñó la carta y las fotos, nos dijo textualmente «me importa una mierda lo que penséis de todo esto, yo me voy a encargar de arreglarlo. Cuando Jorge

despierte, le daré a él las explicaciones que necesite» —dice mi amigo, encogiéndose de hombros, dándose por resignado—. Yo pienso como Eduardo, si estuviera con otro no se habría entregado a tope con vosotros.

—Por favor, haced relevo que hay gente muy ansiosa en el exterior —recrimina la enfermera.

—Bueno, hijo, descansa y nos vemos al mediodía. —Mi padre me da un beso en la frente.

—Hasta luego, capullo. Y no llores más que te vas a quedar sin lágrimas —me recrimina mi amigo, riéndose, al darse cuenta de que estas vuelven a correr por mi cara.

Casi no me da tiempo a limpiarlas, cuando veo entrar al gigante de *Oso* y detrás a *Blue*. Se vienen riendo. Que alegría volver a ver a mis colegas y más me alegro de que *Blue* esté bien.

—Mira, ¿a quién tenemos aquí? La Bella Durmiente. Joder, cómo te gusta dormir —me dice *Oso*, mientras se acerca a la cama. El solo ocupa casi toda la habitación.

—Ni se te ocurra abrazarme, me duele todo el puto cuerpo. —Le advierto con el dedo—. ¿Ya intentabas ligar con las enfermeras?

—Lo lleva haciendo desde el primer día —me explica *Blue* —. Ya sabes cómo es. Lo jodido es que no se come ni un rosco, como siempre...

Intento reírme, pero no puedo, el dolor en las costillas es muy intenso y tengo que doblarme un poco. Una de las máquinas empieza a pitar y en menos de dos segundos ya tengo a Teresa a mi lado.

—Chicos, u os comportáis o no tendré más remedio que echaros, muy amablemente, eso sí... —les recrimina la enfermera, me guiña un ojo y sale de la habitación para seguir con sus obligaciones.

—Joder, esta enfermera me tiene loco, y cuando se pone en plan sargento... Uf, ¿será así en la cama?

Dejamos a *Oso* divagar, mientras se asoma a la puerta para seguir los movimientos de la enfermera. Me fijo en *Blue*, no tiene buena cara y eso me preocupa, quizá sí que acabó herido en el incendio...

—¿Cómo estás? ¿Cómo sigue Marta y el bebé? —le pregunto para salir de este silencio.

—Todos vamos bien. Y tú, ¿cómo te sientes? Oye, siento tanto no haberte hecho caso... Siento que te haya pasado todo esto por mi culpa. —Se pone a llorar como un crío.

—¿Ya estás otra vez? ¿Cuántas veces te vamos a tener que decir que no ha

sido culpa tuya? Díselo tú, anda. Creo que tiene que volver a la academia para recordar los principios de los bomberos. Lleva estos días como alma en pena y su mujer ya lo ha amenazado con echarlo de casa.

—¿En serio, *Blue*? ¿Tú no hubieras hecho lo mismo por mí? Yo no te culpo, ni a ti ni a nadie. Ni tampoco creo que la dichosa carta tuviera nada que ver. —A mis amigos les cambia la cara al oírme—. El fuego ya había devorado mucho y cuando vi que la biga se iba a derrumbar sobre ti, lo único que se me pasó por la cabeza fue Marta y el pequeño, no era justo que te pasara algo y tu hijo no llegara a conocerte. Todo ha sido un susto, podía haber sido peor, pero yo me voy a recuperar poco a poco y, cuando menos lo esperemos, todo volverá a la normalidad.

—Gracias, *J*, eres un gran hombre, amigo y compañero. En la estación están deseando verte. Cuando estés más recuperado tienes que pasarte. Tenemos pendiente una barbacoa en mi casa, para celebrar que todo ha ido bien y que hay gente muy grande, como tú, en el mundo.

Me despido de mis colegas hasta otro día, después de que Teresa viniera a echarlos, literalmente; no había forma de que se fueran. Ha sido todo un espectáculo ver como *Oso*, con lo grandote que es, le suplicaba a la enfermera que los dejase un poco más y, de paso, aprovechaba para intentar conseguir su número de teléfono y no paraba de tirarle piropos que conseguían que Teresa se sonrojara y le contestara algún improperio.

Ahora estoy más tranquilo al poder hablar con mi gente, aunque tengo unas ganas inmensas de poder ver a mi morena. Que me diga que esas fotos no son verdad y poder darle las gracias por ocuparse de los míos en mi ausencia, con un beso en esos perfectos labios que tiene y que tanto me hacen sentir.

Con ese pensamiento tan agradable consigo relajarme, cerrar los ojos y descansar un rato en los brazos de Morfeo o de Sophie, según se mire.

CAPÍTULO 16

Sophie

Vamos de compras. Le prometí a Pol que cuando su padre estuviera mejor, iríamos a por globos para hacer una fiesta de bienvenida en el BookCafé, cuando salga del hospital. La verdad es que nuestros ánimos han cambiado considerablemente; es un alivio saber que ya se ha despertado y va mejor. Yo todavía no lo he podido ver y no os podéis imaginar las ganas que tengo.

—Sophie, ¿cuándo podré ir a ver a papá? El *abu* me dijo que cuando estuviera mejor y ya se ha despertado. ¡Tengo infinitas ganas de verlo! —me pregunta el pequeño.

Se ha comportado como un hombrecito y, aparte de sus días de bajón, se ha mantenido siempre fuerte.

—Cariño, pronto lo podrás ver. Aunque se ha despertado, todavía sigue en la habitación de vigilancia. Tan pronto lo lleven a una habitación normal, serás el primero en ir a verlo; el abuelo o yo te llevaremos, ¿vale? —lo tranquilizo. Ha vuelto a recuperar la sonrisa y ya parece el mismo pequeño de siempre.

Llegamos a la tienda para poder comprar toda clase de globos y decoración variada. Antes de entrar, me giro para mirar la acera de enfrente, no sé el porqué, pero algo me llama la atención. Es un hombre, va vestido de negro, es corpulento y tiene la cabeza rapada, parece que habla por teléfono. Es difícil que pase desapercibido y yo juraría que ya lo he visto dos calles atrás. ¿Puede ser que nos esté siguiendo? No, no creo. Los nervios de todos estos días hacen mella en mi cabeza.

Hemos comprado letreros de bienvenida, guirnaldas y, por supuesto, muchos globos. Me ha pedido comprar una postal para escribirle algo a su padre y que se la llevemos para darle muchos ánimos y se ponga bueno pronto.

***

Es casi la hora de acceso a la UCI para las visitas. Estoy nerviosa y no puedo entender como nadie ha podido acompañarme, resulta que todo el mundo tenía cosas que hacer, qué casualidad...

—¡Hola, preciosa! —me saluda Teresa, la enfermera. Ha cuidado mucho a

mi chico y le estaré agradecida toda mi vida.

—¡Hola, Teresa! ¿Cómo va todo por aquí?

—Por aquí todo en orden. ¿Estás preparada? Ya está mucho mejor —dice, guiñándome un ojo—. Por cierto, esta mañana se ha alterado un poco con esos amigotes que tiene. Ese grandote es todo un personaje, menudo truhan está hecho.

—Seguro que era Manuel, lo llaman *Oso* por lo grande que es. Todo lo que tiene de grande lo tiene de buena persona. Es un gran compañero de Jorge y gran amigo de la familia, nos ha ayudado mucho.

—No digo que no. Pero cada vez que viene, altera a todo el mundo. No para de tirarnos piropos, ¿te puedes creer que, incluso, me ha pedido mi número de teléfono? —me dice la enfermera, intenta parecer enfadada, cosa que no consigue y creo que le ha gustado más de lo que dice que *Oso* se interesara en ella—. ¿Qué tendrá, treinta años? Yo ya tengo treinta y seis, soy demasiado mayor para quedar con él...

—¡Ay, Teresa! Si estás estupenda y eres muy guapa, la edad es lo de menos, si te apetece y quieres pasar un buen rato, queda con Manuel y disfruta —le insisto, ya que está claro que le encantaría ser abrazada por *Oso*—. Y, por cierto, tiene treinta y cuatro años.

La dejo, pensativa, en la sala donde nos ponemos la ropa adecuada para entrar en las habitaciones. Espero que se decida y le dé una oportunidad a *Oso*. Quién sabe, quizá, de todo esto, sale una gran historia de amor.

Asomo la cabeza en la habitación de Jorge y lo veo estirado en la cama, como siempre, la diferencia es que ya no lleva el tubo en la boca, ahora solo lleva unos tubos en la nariz y también hay menos máquinas. Me adentro y me quedo parada a los pies de la cama, observando como duerme. Me siento un poco decepcionada, esperaba poder hablar con él y asegurarme de que está mejor. Sé que es así, Eduardo me lo ha explicado, pero tenía ganas de comprobarlo por mí misma. Además, quería decirle cuanto lo quiero, ahora que está consciente y puede oírme.

—¿Te vas a quedar ahí parada mirando lo *sexy* que estoy en esta cama? —me dice con los ojos cerrados todavía.

Lo que me hace dar un respingo y suelto un grito del susto. Él esboza una sonrisa; su sonrisa para mí.

—¡Tú eres tonto! Casi me matas del susto —le digo.

Dejo salir todas las lágrimas que tengo retenidas. Son lágrimas del susto, de la alegría, de la felicidad y de la angustia de todos estos días de

incertidumbre.

—Ven aquí, anda. Déjame sentirte, abrazarte... —me pide, abriendo los brazos todo lo que puede.

Me lanzo a él para sentir su cariño, su calor en mi cuerpo, lo he echado tanto de menos... Parece que mis ganas, han sido demasiado efusivas, ya que oímos sonar una máquina y al separarme veo la cara de dolor de mi *fireman*.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento, lo siento. ¿Te he hecho daño?, pero que bruta soy...

—No ha sido nada, yo también tenía muchas ganas de tenerte en mis brazos, pero creo que vamos a tener que ir con calma.

—Bueno —nos regaña Teresa—, voy a tener que prohibir las visitas al paciente. Chicos, con calma, ¿vale? —Nos mira, alternativamente, mientras nosotros asentimos con la cabeza.

Miro a Jorge y veo que sonríe, intentando aguantar las ganas de reírse, para que la máquina no vuelva a pitar y no vuelva a tener dolor en las costillas. Aprovecho para repasarlo con la mirada, está un poco más delgado, pero igual de guapo y cautivador.

—*Oso* la tiene loca —me dice—. No para de lanzarle piropos e indirectas. Le ha pedido el teléfono, no sé cuántas veces.

—Pues creo que lo está consiguiendo, se ha mostrado muy interesada en él, mientras me preguntaba su edad. —Me mira a los ojos y empieza a levantar las cejas para insinuar que va a haber rollo. Nos sonreímos al ver que hemos pensado lo mismo.

—Acércate. Déjame probar esos labios tuyos, morena —me pide, con la voz tomada por el deseo.

No me resisto ni un poquito, acerco mi mano a su cara, acaricio sus cejas, bajo por su nariz, mientras él cierra los ojos, sigo con mi dedo su boca, dibujándola. Es tan perfecto con sus imperfecciones... Acerco mis labios y lo beso con tranquilidad, notando su calor, su deseo por mí, como intentamos recuperar los días perdidos, olvidar las angustias sufridas...

—No vuelvas a hacerme esto, no vuelvas a dejarme sola nunca más —le pido, mientras las lágrimas descienden por mis mejillas—. No lo podré resistir, no podré otra vez con la angustia de pensar que cabe la posibilidad de no volver a abrazarte ni a sentir tus labios.

—Lo siento, siento tanto el haberos hecho sufrir a todos. No llores, nena, me mata verte triste. Te quiero tanto, morena, que voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que seas feliz siempre, a mi lado... —Nos quedamos en

silencio, mientras besamos nuestros labios con calma y disfrutamos el uno del otro, saboreándonos.

Cuando parece que hemos conseguido saciar un poco nuestra necesidad del otro, me separo de él. Necesito recuperarme, no quiero que este momento juntos sea triste.

—¿Cómo está Pol? Me ha contado mi padre que lo habéis entretenido todos estos días. Por cierto, gracias por quedarte con él y por todo lo que has hecho por nosotros.

—Ha sido todo un campeón. Había algún momento de bajón, le inquietaba mucho perderte, pero entre todos hemos hecho un gran trabajo y Pol se ha portado genial, que sepas que algún día te hemos robado la cama. Tiene muchas ganas de verte, me ha mandado una cosa para ti —le digo, mientras saco la postal que ha intentado escribirle, con nuestra ayuda y a su manera.

Le enseño el sobre donde pone «Para mi papi, el mejor bombero del mundo». Ayudo a Jorge a sacar la postal del sobre, en la tapa pone: «¿Será que, si te abrazo, fuerte, muy fuerte, te sientes un poquito mejor?» Se la abro para que pueda ver el interior donde salen dos vacas abrazándose. Lo veo sonreír y me encanta. En la otra cara, Pol ha hecho un dibujo, se supone que es su padre en una cama de hospital, pero hay que echarle un poco de imaginación y en letras rojas ha escrito: «Te quiero mucho papi, vuelve pronto, te echo de menos».

Esta vez son las lágrimas de Jorge las que descienden por su cara, se las limpio y le doy un beso en los labios para intentar reconfortarlo un poco.

—Yo también lo echo mucho de menos, ¿se lo dirás, por favor? Tengo ganas de que me suban a la habitación para verlo.

—Se lo diré, no te preocupes, y no tengas prisa por recuperarte, lo importante es curarse bien, no rápido. Por cierto, le he prometido que nos haríamos una foto para que pueda ver que ya estás despierto y no puedo defraudarlo, así que ponte guapo.

Saco el móvil y nos hacemos unas fotos para enseñárselas a Pol como le prometí. Ya ha pasado más de media hora, así que, supongo, Teresa no tardará en venir para echarme de la habitación. No me quiero ir, pero es lo que hay; me da mucha pena dejarlo aquí, solo, ahora que está despierto. Le enseño lo que le he traído, su teléfono y unos cascos por si quiere escuchar música y dos revistas que le ha comprado Dani para que se entretenga.

—Jorge, te debo una explicación —intento sacar el tema de las fotos—. Ya me dijeron los chicos que el día del accidente viste un sobre que te llegó...

—Nena, creo que no es el momento indicado para tratar ese tema —me corta—, ya tendremos tiempo de hablar. No te preocupes, yo confío en ti, morena. Ahora solo quiero disfrutar de tu compañía.

A los cinco minutos, tenemos a Teresa avisándonos de que la hora ya hace un rato que se ha pasado y que me debo marchar. Le doy las gracias y le pido que siga cuidando a mi chico.

—Te quiero, *fireman* —le digo al despedirnos.

Le doy un beso en los labios que se alarga un poco más de lo necesario y le prometo volver por la tarde.

Me da las gracias colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja. Me acaricia la mejilla con su mano. Con su pulgar repasa mis labios y me dice que ya me echa de menos.

Después de besarnos por última vez, y de que Teresa nos eche la bronca, le pido que, cuando se encuentre mejor, escuche la canción que le he enviado por mensaje, y me despido de él con la mano. Me dirijo al coche y me subo para ir a trabajar un rato, con esa sensación de que todo está bien y una sonrisa boba en la cara. Mientras espero en un semáforo, me suena el teléfono y en la pantalla veo que es mi padre. No pierdo la sonrisa, es una de las personas que siempre está a mi lado en la distancia; ha hablado conmigo casi cada día, ya fuera vía teléfono, mensajes e, incluso, nos hemos conectado por Skype.

—¡Hola, papi! —lo saludo efusivamente, tal y como me siento.

—Hola, mi niña. Vaya, sí que estás contenta. ¿Hay buenas noticias?

—Acabo de salir del hospital de estar con Jorge y ya se encuentra mucho mejor, no puede hacer esfuerzos, pero ya está despierto. Hemos podido hablar y abrazarlo por fin, papá. Es maravilloso que todo esté bien y poder quitarme este peso de encima.

—No sabes cómo me alegro, pequeña. Qué bonito es volver a oírte contenta y feliz. Ha sido muy duro no escuchar, ni ver tu sonrisa estos días, nos tenías muy preocupados —me recuerda mi padre.

—Bueno, ahora ya ha pasado todo y pronto lo tendremos en casa. No puedo ser más feliz, así que los malos momentos los dejaremos atrás.

—Por supuesto, cielo. —Lo oigo carraspear y mi cuerpo se pone en alerta. Lo conozco y sé que tiene que decirme algo que no me va a gustar—. Siento ser yo quien estropee un poco tu felicidad, hija, pero mi llamada es para informarte de que tu madre está de camino a España. No me ha dicho a qué demonios va, ni tampoco si iba a Madrid. Pero me he visto en la obligación de avisarte para que estés informada y no te sorprenda si aparece por ahí.

—Gracias por la información, papá. Intentaré mentalizarme para verla, no creo que esté en España y no venga para comprobar si mi nivel de vida es el adecuado a mi legado familiar. Es curioso que hasta ahora no se haya interesado por mí y ahora que soy feliz y tengo a Jorge en mi vida, lo haga.

—Pues sí, los dos la conocemos bien. Me preocupa que vaya a tramar algo, si es así, no creo que sea nada bueno. Quiero que estés alerta, pequeña, y si necesitas cualquier cosa, me llamas, ¿vale?

—Claro que sí, papá. No te preocupes, ya no soy la Sophie tonta que salió de Nueva York con el corazón roto y la autoestima por los suelos. Si quiere guerra, guerra tendrá. Te quiero mucho y gracias por avisarme.

—Yo también te quiero, pitufa.

Nos despedimos justo cuando entro en el aparcamiento. Tengo que hablar con Carlos para que también esté alerta. Mi cabeza empieza a enlazar cosas que me han pasado últimamente; la carta a Jorge con las fotos, la sensación de que alguien me sigue y ahora la posible visita de mi madre. Esto huele a azufre.

Cuando entro en el BookCafé me encuentro a Eduardo, Juana y mi pequeño rubio. Los mayores me miran y al ver mi cara de felicidad, sonríen satisfechos y también aliviados. El pequeño se me tira encima, abraza mis piernas y me exige la foto que le prometí. Me siento con ellos en la mesa que ocupan y acomodo en mis piernas a Pol. Le enseño las fotos que nos hemos hecho y le explico a los tres lo bien que he encontrado a Jorge, las ganas que tiene de ver a su hijo y de volver a casa. Aprovecho que Carlos viene a traerme un té verde para pedirle que después se quede a charlar conmigo para comentar unas cosas. Me da que ya sabe de qué le hablo, así que no me extraña que mi padre o Steven se hayan puesto en contacto con él.

El ambiente ha cambiado, es muy diferente de estos últimos días. Donde había caras largas y serias, ahora hay sonrisas y alivio. Todos reímos, todos nos hemos deshecho de la angustia, la incertidumbre y los nervios de ver a Jorge en ese estado. Ojalá siempre pudiéramos mantener esta felicidad, que fuera infinita, pero... es imposible; siempre hay alguien que consigue estropearla, congelarla en el tiempo. Como mi madre con su mensaje…

«Te espero, pasado mañana las nueve, para desayunar en el Ritz».

Jorge

Qué buena idea ha tenido Sophie al traerme mi teléfono y mis cascos. Parece que con la música soy capaz de relajarme un poco y, por lo menos, consigo cerrar los ojos y concentrarme en cosas positivas, que las necesito de verdad. Tengo unas ganas enormes de salir de aquí y volver a mi vida. Solo de pensar en toda la recuperación que me queda por delante me entra un bajón del carajo.

Estoy con mis cascos, los ojos cerrados y escuchando la canción que me ha enviado Sophie por mensaje, *Un Milagro,* de María Parrado con Antonio José, creo que la voy a rallar de tanto escucharla; cuando noto que alguien me toca la pierna, casi me desmayo del susto. Es el doctor García.

—Hola, Jorge. Disculpa si te he despertado. ¿Cómo te sientes hoy?

—Hola, doctor. No pasa nada, estaba concentrado con la música y no lo he oído entrar —le explico, señalando uno de los auriculares—. Estoy bien, con ganas de levantarme y salir de aquí.

—¿Tan mal te tratamos que ya quieres irte? —me pregunta Teresa, mientras trae todos los aparatos necesarios para mirar mis constantes—. No te molestes, ya estamos acostumbrados a que todos quieran salir de aquí por patas.

—Bueno, a ver si podemos agilizar tu marcha lo antes posible. Teresa te va a extraer sangre para unos análisis y si los resultados son los que yo quiero y espero, durante el día de hoy, te pasaremos a una habitación en planta. Solo si todos los baremos son correctos, ¿de acuerdo?

—Perfecto, no sabe la alegría que me da. Tengo unas ganas enormes de poder ver a mi hijo y, por supuesto, poder levantarme de una vez. No sé si me duele más la espalda o el brazo.

—Teresa, cuando acabemos la ronda, ayudas a Jorge a intentar levantarse de la cama un rato para ver cómo reacciona —le dice a la enfermera, para después dirigirse a mí—. Con calma, no quieras ahora salir para hacer un maratón. Ya he conocido a varios miembros de los cuerpos especiales y siempre hay que recordaros que sois humanos.

—Muchas gracias, doctor. Me lo tomaré con calma, se lo prometo.

Una vez Teresa realiza todas las comprobaciones y me saca no sé cuántos litros de sangre, se despide de mí. Lo primero que hago es enviar un mensaje a Sophie para informarla de las buenas noticias.

Jorge:

«Nena, ha estado aquí el doctor y, si los análisis salen bien, hoy me pasan a planta».

Sophie:

«¡¿En serio?! Qué buenas noticias.

Cuando sepamos seguro que te cambian se lo diremos a Pol.

Ya verás qué contento se va a poner».

Jorge:

«Sí, tengo muchas ganas de verlo. ¿Qué hacéis? Yo estoy aburrido. Si no fuera por la música y el teléfono. Qué gran idea tuviste. Gracias».

Sophie:

«Hemos salido a dar una vuelta con las chicas, mira».

Recibo una foto de las cuatro chicas, Juana, Tamara, Cloe y Sophie, cargadas de bolsas.

Jorge:

«Qué miedo que dais, jajaja».

Sophie:

«Necesitábamos una dosis de compras.

A ver si conseguimos animar a Tammy.

No sé qué le pasa, pero está muy depre.

Supongo que tener tan cerca a Dani...».

Jorge:

«Pensaba que ya lo habían superado.
Dani ha recuperado algo la sonrisa, pero es verdad que su mirada todavía es triste».

Sophie:

«Supongo que volver a tener contacto con Cloe le ha ido bien.

No hay quien los separe.

Está loca con él y eso la lleva a pelearse con su madre».

Jorge:

«Cuando tenga un momento, intentaré hablar con él. Ojalá esto tenga solución, creo que siguen locos el uno por el otro».

Sophie:

«Pues sí, ella come muy mal y duerme muy poco.

El otro día casi se desmaya.

Hemos tenido una charla con ella y le hemos echado la bronca».

Jorge:

«Vamos a tener que vigilar a esta chica...».

Mientras estoy escribiendo, entra Teresa, supongo que viene a ayudar para que me levante de esta maldita cama.

—Venga, guapetón, vamos a levantarnos.

Jorge:

«Nena, tengo que dejarte, ha venido Teresa para ayudarme a salir de esta cama un rato».

No puedo ver si hay respuesta porque Teresa me quita el teléfono de la mano. Me dice que no puede perder todo su tiempo conmigo. Esta mujer es increíble, cuanto más tiempo paso con ella más perfecta me parece para el grandullón de *Oso*.

Consigo incorporarme con su ayuda. Estoy algo mareado, pero pensaba que iba a ser peor; parece que tenga todos los huesos de la espalda rotos; me duele bastante, pero después de tantos días en la cama, imagino que es normal. La enfermera me ayuda a ponerme de pie. A mis piernas les cuesta mucho aguantar al resto del cuerpo, he perdido mucha fuerza, aguanto dos minutos, no más, y tengo que volver a sentarme en la cama. Ni un paso he podido dar, y eso me desmoraliza un montón.

—Jorge, no te hundas, guapetón —me pide Teresa, al ver mi cara de derrota —, es el primer día que te incorporas; vas a tener que cambiar tu actitud y tomártelo con más calma. Además, vamos a aprovechar para asearte un poco y que estés más fresquito.

Consigue sacarme una sonrisa con su comentario y que me olvide, por un rato, de las limitaciones que tengo. Aprovecho la intimidad creada, para sacarle más información sobre su vida y comprobar si, realmente, como yo creo, es la mujer perfecta para mi amigo.

—Oye, Teresa, tú sabes mucho de mi vida y, como estamos en plan de intimidad total —le digo, mientras levanto mis cejas—, ¿por qué no me explicas algo de la tuya?

—¿Estas intentando ligar conmigo? —Ahora es ella la que levanta las cejas.

—No, tranquila. Pero nadie me había ayudado a lavarme desde que era pequeño. —Me mira y acabamos los dos riendo, la máquina pita y yo tengo un dolor de mil demonios.

—Bueno, te advierto que mi vida no es tan emocionante como la tuya.

—Prueba, a lo mejor me sorprendes...

—Soy de Madrid, tengo tres hermanos. Uno mayor y los otros más

pequeños que yo. Tengo treinta y seis años —frunce los labios cuando me dice su edad—, me casé y, después de casi ocho años de matrimonio, le puse fin. Llevo casi un año sola, la mar de bien, por cierto. He sido enfermera desde siempre y disfruto mucho con lo que hago. Esta es mi flamante vida, ¿qué te parece?

—Que eres una mujer muy valiente para darte cuenta de que tu vida no era lo que querías, ponerle fin y seguir adelante; con ese buen rollo que desprendes, aun viendo desgracias todo el día. Siempre tienes una sonrisa en la boca, es increíble. Pero un poquito *mayor* sí que eres.

Levanta la vista para mirarme y, por primera vez en todos estos días, veo una mirada triste. Parece que mis palabras le han llegado. Seguro que no ha tenido ni la mitad de cariño que ofrece ella todos los días. Me da un castañazo en el brazo por haberla llamado *vieja* y se intenta reír.

—Eres un descarado. Al final, sí que voy a creer que intentas ligar conmigo. Como se entere la morenaza que viene a verte y se hace pasar por tu novia, te vas a enterar.

—Por Dios, que no se entere, que tiene un carácter… —le digo con una sonrisa—. Ahora que la he encontrado, no sé si podría seguir adelante sin ella. *Peroooo*… tengo un amigo que estaría encantado de seguir con mis piropos e intentar ligar contigo, sin ninguna duda.

—Bueno, ya basta de tanta charla. —Cambia de tema, ya ha vuelto la Teresa dicharachera—. Ya estás limpio y guapo, así que a la cama. Voy a mirar si ya han enviado los resultados y podemos echarte de aquí, por fin.

—Teresa —la llamo, cuando va a salir por la puerta—. Gracias... por todo.

Me he quedado tan cómodo, después de que Teresa me ayudara a asearme un poco, y tan cansado del pequeño esfuerzo que ha supuesto levantarme que, nada más poner la cabeza en la almohada, me quedo frito.

***

Oigo gente murmurar. No tengo claro si es que hay alguien en la habitación, si es un sueño o si me he quedado dormido con la música. No tardo en averiguarlo. La voz que oigo es de *Oso* y estoy completamente seguro de que con él no suelo soñar; por supuesto, tampoco me lo imagino cantando, básicamente porque lo he oído varias veces y canta fatal.

—¡Será capullo! Encima que pierdo mi valioso tiempo en venir a verlo... —Abro un ojo para poder ver a quién susurra mi amigo.

—Oye, ¿qué modales son esos? —Veo como Teresa lo reprende—. Ha pasado mala noche. Hace un rato, ha hecho mucho esfuerzo para levantarse, y tú quejándote. Con lo grande que eres ya podrías tener un poquito más de corazón.

La enfermera sale de la habitación molesta y oigo como mi amigo suspira.

—Colega, no sé cómo narices te lo montas para que las mujeres siempre huyan de tu lado. —Pico a mi amigo, me encanta hacerlo enfadar.

—Eres un capullo. Casi la tenía en el bote y por tu culpa se ha vuelto a enfadar. Joder, tienes razón, no doy una con las mujeres, al final me voy a quedar más solo...

Ahí, donde se ve, el grandote de *Oso*, es el tío más tradicional que puedas encontrar. Es de esos que, desde que lo conozco, siempre nos ha dicho que quería encontrar a la mujer de su vida, casarse y tener dos o tres hijos. El problema es que los años pasan y todavía no ha encontrado a su media naranja. El chaval está bastante frustrado.

—*Oso*, tómatelo con calma. Si la agobias no vas a conseguir nada. Déjala respirar, pero no te alejes de ella, preocúpate por ella en la distancia. Ya verás como así no se te resiste —aconsejo a mi amigo.

—¿Qué sabes tú para aconsejarme así? ¿Te ha contado ella algo que yo deba saber?

—Por supuesto, es mi enfermera y hemos pasado mucho tiempo juntos, pero es su vida y solo ella la puede contar. Así que tendrás que buscar la manera de conseguir que te lo explique. Yo no voy a decir nada de nada. —En ese momento entra en la habitación el doctor García, con Teresa y otro chico, así que la conversación con *Oso* queda interrumpida.

—Vengo a darte buenas noticias, los resultados están perfectos; así que hemos traído refuerzos para llevarte a planta y que puedas empezar, poco a poco, eso sí, a hacer vida casi normal.

—Eso es genial. No sabe lo feliz que me hacen sus noticias, doctor, muchas gracias.

—No ha sido nada, es mi trabajo. Todavía no me vas a perder de vista, ya que voy a seguir vigilándote para que te comportes como debes.

Mientras el doctor acaba de apuntar unos datos, yo miro a Teresa que está muy callada. A veces, disimuladamente, veo como mira a *Oso* de reojo. Así que intento animarla un poco para que sea la enfermera dicharachera que yo conozco.

—Teresa, me vas a perder de vista, estarás contenta, ¿no? —le pregunto.

Veo que *Oso* se centra en nuestra conversación.

—Bueno, puedo decir que no has sido de los peores, contando que parte de nuestro tiempo te lo has pasado dormido. La verdad es que sí que me da pena que te vayas. Pasamos mucho tiempo con vosotros y se os acaba cogiendo cariño —me explica con cara de pena.

Mientras ella y el chico que la acompaña me preparan para subirme a planta, el doctor se despide de mí hasta mañana, cuando vendrá a ver como sigo.

—Prométeme que, mientras me encuentre en el hospital, vas a venir a verme y te presentaré a mi niño. Y que, después, quedaremos para tomar un café y me expliques cómo va tu vida, ¿vale? —le pido a Teresa, mientras nos dirigimos al ascensor.

—Prometido.

Me da pena despedirme de Teresa, pero sé que es una de esas personas que quiero que continúe en mi vida y estoy seguro de que vamos a estar en contacto, a menudo.

Por otro lado, estoy que no quepo en mí de alegría. Ya habíamos quedado con Sophie en que, si por la tarde me llevaban a planta, vendría con Pol. Tengo muchas ganas de estrujar a mi pequeño campeón, llenar su cara de besos y hacerle miles de cosquillas. Lo he echado tanto de menos... Le pido al celador, que dirige mi silla, que me informe de la habitación a la que me lleva y aprovecho mi desplazamiento para escribir a mi morena.

Jorge:

«Me suben a planta, habitación cuatrocientos diez. Ya podéis venir a verme. Estoy impaciente, así que no tardes, por favor».

CAPÍTULO 17

Sophie

No quepo en mí de la emoción, estoy casi más nerviosa que Pol, me aprieta tanto la mano que me va a cortar la circulación. Tan pronto he recibido el mensaje de Jorge, he ido a buscar al pequeño que estaba con Eduardo, para comunicarles la noticia. Hemos decidido ir en metro para no preocuparnos por aparcar. Eduardo y Juana se pasarán a ver a Jorge y así se traen a Pol con ellos; yo me quedaré a dormir allí con él, sí o sí.

—Sophie, ¿tú estás segura de que nos van a dejar ver a papi? —me pregunta el pequeño. Está muy nervioso y todavía no se cree que pueda ver a su padre; después de casi un mes, es normal.

—Claro que sí. Él me ha avisado de que lo llevaban a la habitación *normal* para que lo fuéramos a ver —intento calmarlo.

—¿Y sí después de tantos días ya no se acuerda de mí y piensa que no tiene un hijo? ¿Y sí ya no me quiere?

—Pol, cariño —le digo, cogiendo su cara entre mis manos para que me preste toda la atención—, tu papá tiene muchísimas ganas de verte y te quiere muchísimo. Está loco por darte un abrazo y un beso bien fuerte. En el accidente se hizo daño en el pecho y en un brazo, no en la cabeza, que sería la única forma de que se olvidara de ti. Jamás, ¿me oyes? Jamás se olvidará de su niño. Te quiere con locura, todos te queremos mucho. Ya verás qué contento se va a poner cuando lleguemos, ¿vale?

El niño asiente con la cabeza, haciéndome ver que ha entendido mis palabras. Cuando le tuvimos que dar la noticia, el pobre se quedó es *shock*; le costó varios días asimilarlo. El hecho de no ver a su padre le hacía pensar que estaba muerto y fue complicado que entendiera la situación. Vuelve a coger mi mano con fuerza y seguimos nuestro camino hacia el hospital. Una vez llegamos a la puerta, lo hago pararse para que coja aire y se relaje un poco, si no, lo vamos a tener que ingresar a él también de la ansiedad.

—¿Se puede? —pregunto, una vez Pol está algo más calmado—. Buscamos a un señor que se llama Jorge, su hijo se muere de ganas por verlo.

—¿Puedes decirle a ese niño que su padre tiene unas ganas más infinitas de verlo a él? —nos responde Jorge desde la cama.

—¡*Papiiii*, *papiiiii*! —chilla el niño, empujando la puerta para abrirse paso y entrar a ver a su padre.

—Campeón, mi niño... —A mi *fireman* se le cortan las palabras y empieza a llorar, mientras abraza a su hijo y lo llena de besos por toda la cara—. Pero, mírate, si has crecido mucho. Estás muy guapo.

El pequeño no le puede responder, ya que, al ver que su padre está bien, se han desatado todas las emociones que retenía en su interior y lo único que puede hacer es hipar por la intensidad del llanto. La imagen me supera. El amor que hay en esa habitación es increíble, la complicidad de padre e hijo es extraordinaria. No soy consciente de que yo también lloro hasta que Jorge me pide que me acerque a ellos y seca las lágrimas de mis mejillas. Me mira a los ojos, con ese verde que siempre me deja sin respiración y me susurra un «te quiero» que me encoge el corazón. ¿Qué sería ahora de mi vida sin ellos?

—Bueno, bueno... basta ya de llorera. Campeón, tienes un montón de cosas que explicarme. Siento haberme perdido el festival de fin de curso, me han contado que bailasteis súper bien.

—Sí, papi —comienza a explicar el niño, limpiándose la cara con un pañuelo que yo le he dado—, hicimos un baile y la profe me felicitó, papi; me dijo que lo había *hacido* de lo mejor. Cuando vuelvas a casa, te lo enseñaremos. Sophie tiene un vídeo.

—*Hecho*, Pol, se dice *hecho*.

—Eso. ¿Y sabes qué? —le pregunta el pequeño a su padre, mientras se estira a su lado—. También fuimos al Museo de Cera con *Oso* y Dani. Me lo pasé pipa. *Oso* sacó unas fotos tocándole las tetas a una que hace películas.

—Por Dios, creo que esos dos no son muy buena influencia para ti —contesta su padre, intentando frenar las carcajadas para que no le duelan las costillas—. Voy a tener una conversación con ellos para que se comporten un poco...

Pasamos la tarde entre risas, mientras Pol le explica a su padre todo lo que ha hecho durante estos días que han estado separados. El pequeño no ha querido ni bajar a merendar para no separarse de su padre ni un momento y todavía sigue estirado a su lado en la cama. Necesitan recuperar todo el cariño que no se han podido dar y están en contacto continuo. Es maravilloso verlos así, tan cerca y tan felices.

Pasadas las siete, llaman a la puerta y una cabellera rubia asoma por esta. Es Teresa, la enfermera de la UCI, que pide permiso para entrar. Al estar allí abajo y con las circunstancias que teníamos, no me había fijado tanto en ella.

La verdad es que vestida de calle gana mucho, es una mujer preciosa; rubia, con el pelo largo y ondulado, un cuerpo de infarto que se puede apreciar bajo los tejanos ceñidos y una camiseta de tirantes. Y qué decir de esos ojazos azules que impresionan... ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta, hasta ahora, de lo guapa que es, con la de veces que nos hemos visto?

—¡Hola, Teresa! Qué sorpresa. Has llegado justo a tiempo, así puedo presentarte a mi campeón.

—Genial. He acabado mi turno y antes de irme quería venir a ver cómo estabas. Hola. —Me saluda con un movimiento de cabeza—. Hola, Pol, ¿cómo estás?

—Bien, pero ¿tú cómo sabes mi nombre? —le pregunta el niño, al darse cuenta de que no la conoce.

—Cariño, Teresa ha sido mi enfermera todos estos días y me ha cuidado mucho. —Ella sonríe.

—¡Ah! Pues, muchas gracias por cuidar tan bien de mi papá. ¿Tú crees que pronto nos lo podremos llevar a casa? Es que Sophie y yo lo echamos mucho de menos, ¿sabes?

—Antes de entrar, he mirado sus papeles y creo que muy pronto lo podréis tener...

Teresa no puede acabar la frase, ya que llaman a la puerta y, antes de contestar, tenemos a dos hombretones en la habitación, armando revuelo. Si es que *Oso* y Dani juntos no tienen remedio, son como niños pequeños. Los dos vienen empujándose y dándose collejas el uno al otro, muertos de la risa. En un momento dado, Jorge carraspea y los chicos se detienen, mirando hacia la habitación. Sus miradas van de Jorge a Pol, después a mí, que les sonrío, y, por último, reparan en Teresa. *Oso* empieza a ponerse rojo y no sabe dónde meterse. Se nota que la enfermera le gusta y mucho. De pronto, Dani mira a *Oso*, después a Jorge y empieza a reírse a carcajadas, acto que rompe así el incómodo silencio que se había creado.

—Perdón, perdón, lo siento —nos dice Dani, cuando se calma un poco, mientras nosotros no perdemos detalle de las miradas de *Oso* y Teresa—. Hola, tú debes de ser Teresa, la enfermera, ¿verdad? —Ella asiente con la cabeza—. Yo soy Dani, amigo de Jorge, creo que nos hemos cruzado alguna vez por abajo, aunque sin el uniforme estás muy cambiada.

—Encantada de conocerte, Dani —responde, dándole dos besos—. Hola, Manuel, ¿cómo estás?

Manuel, *Oso* para los amigos, empuja a Dani, le da una colleja para

situarse al lado de Teresa y dejarle claro que en ese terreno no debe meterse. A mí se me escapa la risa y recibo una seria mirada de *Oso*, su objetivo era intimidarme, pero no lo consigue. La verdad es que desde que estos dos han entrado, esta habitación parece el camarote de los hermanos Marx.

—¡Hola, Teresa! —Le da dos besos y se aleja de ella como si no hubiera pasado nada—. Caray, colega, ya tienes mejor cara. ¿Y eso? ¡Madre mía, te ha salido un niño en un lado! —le dice a Jorge. Este chico es más payaso—. Corre, Teresa, llama al doctor, que tenemos que operar para sacar a este niño del cuerpo de Jorge.

Se acerca al niño y empieza a hacerle cosquillas y darle besos, mientras lo coge en brazos y lo hace volar por la habitación. Al final, nos van a echar del hospital por escándalo. Miro a Jorge y me hace señales para que mire a Teresa, que se ha quedado embobada y con una sonrisa tonta en la cara al ver como *Oso* juega con Pol.

—Si ya digo yo que tienes el cerebro de un crío, no sé cómo narices te dejan ser bombero —le suelta Dani, mientras él sigue haciendo reír al pequeño.

Le dice algo a Pol al oído y, de pronto, corren detrás de Dani que se escuda tras el cuerpo de Teresa; la coge por los hombros y la hace girar, mientras esquivan los ataques de *Oso* y Pol.

—A ver, chicos, todavía no tengo claro si sois adultos o no. Pero ¿no veis que esto es un hospital y Teresa se va hoy a su casa asustada de ver lo burros que sois los dos? —les recrimina Jorge para poner orden.

Parece que se relajan un poco, pero, aun así, siguen con sus pullas y empujones gran parte del rato que están allí. Charlamos un poco más y Teresa se despide de nosotros porque mañana tiene que trabajar. Nada más salir ella por la puerta, *Oso* nos dice que ahora vuelve y sale tras ella. Ojalá consiga su objetivo, se lo merece. Durante estos días, he podido comprobar que, aunque estén todo el día peleándose como niños pequeños, son grandes hombres; personas maravillosas que están en las duras y las maduras. Se merecen ser felices.

Sobre las nueve, llegan Eduardo y Juana, están un rato con nosotros y cuando deciden que ya es hora de marcharse, llega la ardua tarea de convencer a Pol de que debe irse con ellos a dormir y que, mañana, volverán temprano. Nos cuesta un montón convencer al pequeño y entendemos perfectamente que, después de tantos días sin ver a su padre, no quiera separarse de él. Finalmente, conseguimos hacerle entender que aquí no puede quedarse.

Por fin, nos quedamos solos, qué ganas tenía de un poco de intimidad. Tengo ganas de achucharlo, que no deje de mirarme con esos ojos verdes que me derriten y expresan todo lo que me desea. Me acerco al lado de la cama, me inclino y acerco mis labios a los suyos; dejo un beso tierno y muerdo su labio inferior, cuando me voy alejando. Me retiene con su mano en mi mejilla, mientras me acaricia y vuelve a acercar mi cara a la suya; esta vez, es él quien me besa. Este beso no es tan dulce, es más sensual, más necesitado, más intenso.

—¡Qué ganas te tengo! Estaría mirándote y besándote todo el día. Eres preciosa —dice, mientras pone un mechón de pelo detrás de mi oreja—. Creo que estos días, hasta que esté mejor, van a ser un infierno contigo a mi lado y no poder follarte como quiero.

¡Uf, creo que yo estoy igual de necesitada! Me ha puesto muy caliente. Sí, va a ser duro estar tan cerca de él. Cuando conseguimos calmar un poco nuestra necesidad del otro, nos separamos, sabiendo que, en su estado de salud y en el hospital, no podemos seguir con estos juegos que no vamos a poder acabar. Me pide que le cuente todas las cosas que se ha perdido en los días que ha estado dormido. Le explico todo lo que hemos hecho con Pol, lo bien que se han portado todos sus amigos y los míos. Que mi padre me ha llamado casi a diario para interesarse por nosotros y acabamos riéndonos de las tonterías que llegan a hacer Dani y *Oso*.

***

Me despierto sobresaltada, cuando alguien entra en la habitación; son las enfermeras para hacer su ronda. Miro mi reloj y veo que son las ocho de la mañana. Estiro los músculos de mi cuerpo, ya que dormir en estas butacas… cómodo, lo que se dice cómodo, no es. Miro a Jorge y veo que todavía sigue dormido, sonrío. Mi *fireman* es tan guapo...

Mi sonrisa desaparece al recordar que tengo una cita con mi *queridísima* madre y solo dispongo de una hora para cambiarme y llegar. Le dejo una nota a Jorge para avisarle de que me he ido, sin decirle adónde y que volveré más tarde. Me doy cuenta de que, al no tener coche, no voy a tener tiempo de ir a casa a cambiarme y llegar puntual al hotel. Menos mal que no voy tan mal. Llevo un vestido de gasa en color azul, fresquito; en Madrid hace ya mucho calor. Total, con mi madre, me ponga lo que me ponga, nunca estará a su gusto. A las nueve y cinco, cruzo la puerta del hotel y me dirijo al restaurante, donde

la diviso sin ningún problema. Perfecta, como siempre, y mirando su reloj con cara de impaciencia. Al levantar la vista y verme, frunce los labios al fijarse en mi atuendo; no le ha gustado. Su mala cara ya no me afecta.

—Buenos días, mamá —le digo, sentándome en la silla de enfrente.

—¿No podías vestir algo más acorde al sitio? —me reprocha. Ni saludarme siquiera.

—Mamá, ¿a qué has venido? No creo que estés aquí, en Madrid, solo para reclamar mi forma de vestir, ¿verdad? —Voy directa al grano, estoy cansada de sus tonterías.

—¿No puedo venir a ver cómo le va a mi hija y, de paso, intentar que no arruine su vida con sus decisiones sobre los hombres?

Yo no le contesto, ya sé que tiene más cosas que decirme. Espera a que el camarero se retire, después de coger mi encargo, para continuar con sus reproches.

—No continúes por ahí, mamá —le pido.

—Ya me han informado de que, ahora, tu vida gira entorno a un bombero con un hijo pequeño —me dice en tono despectivo.

—Mira, tengo treinta años y puedo hacer con mi vida lo que me dé la gana. Ni se te ocurra hacer algo que perjudique a Jorge o a Pol, porque, hasta ahora, he sido muy tonta, pero como se te pase por la cabeza tratar de liar algo para separarme de los chicos, te juro que la prensa tendrá suficiente información tuya como para cubrir seis meses de noticias; y puedo asegurarte de que no serán noticias agradables.

He sacado todo mi genio, e incluso, creo que he subido el tono un poco más del necesario debido a mi rabia. Pero ¿cómo se atreve a venir a decirme con quién debo o no debo salir? Me levanto de la silla, sin esperar siquiera la consumición que he pedido, para irme cuanto antes.

—No está a la altura de la familia, ni a la altura de tus apellidos. No te hagas ilusiones, no tenéis la más mínima oportunidad de que lo vuestro salga bien.

No le contesto, no vale la pena. Me giro y me largo; me alejo de esa mujer, y no puedo entender cómo narices es mi madre.

Jorge

Llevo en esta habitación cuatro días y estoy que me subo por las paredes. El estar aquí tiene su parte buena, casi siempre estoy rodeado de gente, pero tengo muchas ganas de volver a mi casa; coger de nuevo un ritmo de vida, empezar a caminar para poner a prueba mis pulmones y estar con mi hijo y con Sophie, disfrutar de esa intimidad de nuevo. Esta mala experiencia ha hecho que me dé cuenta de que la vida puede ser realmente corta, que hay que disfrutarla al máximo y eso pienso hacer yo a partir de ahora. He tenido mucho tiempo para pensar y tengo clarísimo que Sophie es la mujer de mi vida. Clara me dejó muy marcado y me cerré al amor, pero mi morena ha sabido entrar en mi interior y hacerme sentir un hombre dichoso, un hombre feliz. Quiero que viva con nosotros, quiero que sea mi mujer y crear una familia junto a ella, Pol y otros pequeños que puedan venir. Quiero seguir siendo feliz.

Unos toques en la puerta me sacan de mi particular mundo, donde todo es perfecto, aunque sé que, realmente, eso no es así. Eso me hace pensar que tengo que hablar con Sophie, pues lleva unos días muy rara.

—Hola, guapetón —es mi enfermera preferida—, ¿cómo estás hoy?

—Hola, Teresa. Aburrido, desesperado, agobiado... ¿quieres qué continúe? —La miro y me fijo en que tiene una sonrisa boba en los labios.

—Traigo buenas noticias. El doctor García me ha permitido adelantarte que esta tarde ya podrás irte a casa, con unas pautas, eso sí, y sin excederte.

—¡¿En serio?! No será una broma, ¿verdad? —Ella niega con la cabeza y se acerca para abrazarme—. Es una noticia fantástica. Joder, qué bien.

—¿Ya sabe tu chica que abrazas a otras por ahí? —Oímos que dice una voz a nuestra espalda. Teresa se incorpora de golpe y yo, al ver a Paula, sonrío.

Mi amiga ha estado de viaje en unas jornadas y llevábamos unos cuantos días sin vernos. Está guapísima, como siempre, y sé, por Sophie, que les ha ayudado mucho. Siempre está ahí cuando la necesito y yo estaré ahí, siempre, para ella.

—¿Estás celosa? ¿Tú también necesitas un abrazo? Mira que tengo amor para todas...

—Eres un zalamero. No sé si a Sophie le gustaría oír esas palabras de chulillo. Hola, Teresa, ¿qué tal?

—¿Os conocéis? —La verdad es que no esperaba esa familiaridad entre ellas, con besos incluidos.

—Pues sí, ayer cenamos juntas —me aclara Teresa, su color de mejillas ha subido dos tonos, ruborizándola. Al ver mi cara de no entender nada, continúa la explicación—. Lo chicos quedaron para tomar algo y, entre una cosa y otra, se nos hizo tarde y acabamos cenando algo, todos juntos.

—¿Chicos? ¿Todos juntos?

—Ayer, resulta que, por casualidad —me dice Paula, poniendo los ojos en blanco—, coincidimos todos en el BookCafé. Todo sospechoso, pero, al parecer, casualidad. A alguien le encanta hacer de celestina. Total, que, sin darnos cuenta, Sophie desapareció, Tammy cruzó dos palabras con Dani y se largaron cabreados como siempre últimamente, y nosotros cuatro acabamos de cena juntos.

—Veo que no tenéis ni un poquito de piedad de un amigo lisiado y lo pasáis de lo mejor sin mí. ¿Consiguió algo *mi celestina* particular? —les pregunto, mirándolas alternativamente.

—Uf, se me ha hecho muy tarde, me tengo que ir —dice Teresa, acercándose a mí para despedirse—. Me alegro de que ya estés mejor y que ya vuelvas a casa. Te llamaré para ver cómo sigues, ¿te parece?

—Claro, ya sabes que puedes llamarme cuando quieras. —La veo despedirse de Paula y se dirige hacia la puerta—. ¡Teresa!, *Oso* es mi colega, pero si no te trata como te mereces, solo tienes que decírmelo y le tiraré de las orejas, ¿vale?

—No te preocupes. Manuel es muy bueno conmigo. —Vuelve a ruborizarse y eso me hace entender que mi amigo la tiene en el bote, lo cual me hace muy feliz.

La vemos salir de la habitación y se crea un silencio entre los dos, mientras miramos como la puerta se cierra. Tengo mucho que hablar con Paula y ella lo sabe. Es una persona muy importante en mi vida y debemos aclarar lo que rodea a Carlos; todo el tema de las fotos que recibí y, de paso, asegurarme de que mi amiga es feliz a su lado. Paula es una de las mujeres más fuertes que conozco, pero detrás de toda esa fortaleza y de su carácter despreocupado hay un corazón enorme que siempre acaba sufriendo en silencio.

—¿Cómo estás? Hace días que no charlamos —empiezo para romper el hielo.

—Yo estoy bien, Jorge. Estos días fuera me han servido para coger distancia y mirar las cosas con perspectiva. Ha sido un mes muy duro; tu accidente, el trabajo, Carlos... Necesitaba pensar.

—Gracias por estar ahí. Ya me ha dicho Sophie que la has ayudado mucho

con Pol. No sé cómo voy a poder agradecerte todo esto. Solo quiero que seas feliz, verte sonreír sinceramente, no esa sonrisa de compromiso que veo últimamente. No he podido hablar con Sophie de las fotos con Carlos, no sé qué ha pasado con ese tema, qué hay de verdad en todo eso. Pero si Carlos te hace daño, se las verá conmigo.

—Jorge, el tema de las fotos ya se solucionó hace días. Sophie y Carlos se sentaron conmigo y me explicaron que entre ellos solo hay una muy buena relación de amistad. Como tú y yo. Parece ser que esas fotos fueron tomadas la noche en que la prensa se hizo eco de que el padre de Sophie se encontraba en Madrid. Él la esperó para acompañarla a casa y no dejarla sola, hablaron, y alguien aprovecho ese momento para hacer las fotos. Llevan días investigando para averiguar quién pudo enviar las fotos a la estación y que tú las recibieras. No he vuelto a preguntar, pero creo que todavía no tienen ningún sospechoso. —Se detiene y suspira, mirándome fijamente, como sabe que me gusta—. Carlos es un hombre fantástico, muy especial y, aunque se desvive por Sophie y la vigila constantemente, sé que la quiere como a una hermana.

—Entonces, si no hay nada entre ellos y es un hombre tan fantástico, ¿por qué no te veo feliz? ¿Qué pasa para que no puedas disfrutar a su lado? Por lo poco que he podido ver, no le eres indiferente.

—Es verdad, estuvo hablando conmigo, me dijo que le gusto mucho y que cree que se está enamorando de mí. Jorge estoy hecha un lío. ¿Y sí vuelvo a hacer algo que no debo y me abandona como hizo Fede? ¿Y sí, seguimos con la relación y después de aquello, no puedo tener hijos, sabiendo que a Carlos le encantan? Por Dios, tengo tanto miedo...

—Eh, cariño, ven aquí. —Estiro de su mano y la abrazo. Me rompe el alma verla tan perdida—. No quiero que pienses esas cosas. Fede te dejó porque era un capullo, no porque hicieras algo mal. Y lo de los hijos, muchas mujeres han tenido un aborto y después han podido tener familia. No adelantes acontecimientos, Paula, vive la vida, disfruta del presente, sé feliz. ¿Tú tienes claro lo que sientes por Carlos? —Ella asiente con la cabeza, mientras yo le seco las lágrimas.

—Sí, estoy enamorada como una niña de quince años, pero...

—Déjate de *peros* —la corto—. Si tienes claros tus sentimientos, tírate de cabeza, Paula, la vida son dos días y hay que disfrutarlos a tope. Mírame a mí, casi no tengo ni tiempo de disfrutar de la mía. Ahora nadie me va a parar, nada se va a poner en mi camino para ser feliz.

Interrumpe nuestra charla la enfermera para informar que me van a llevar a

realizar la última radiografía, antes de enviarme a casa. Aprovecho para despedirme de Paula y me doy por satisfecho cuando veo que su sonrisa, ahora, es más sincera. Espero que Carlos sepa valorar lo que se lleva o le cortaré las pelotas.

***

Debe de ser cerca de mediodía cuando me despierto, porque se oye movimiento en el exterior, seguro que está por llegar la comida. Tengo hambre, pero eso también es una de las cosas por las que tengo ganas de marcharme; la comida aquí es un verdadero asco. Pienso en lo que me gustaría comerme ahora… una de esas pizzas que solemos hacer con Pol, donde él hace su mitad y yo la mía, con los ingredientes que más nos gustan y creo que se me cae la babilla, cuando llaman a la puerta. Esta se abre de par en par y un tío, que parece una torre, asoma la cabeza e inspecciona la habitación.

—Está todo en orden, señora —dice, dirigiéndose a la persona que está en el exterior.

Después de esas palabras, veo entrar a una señora que parece una marquesa, como mínimo. Pelo canoso, pero peinado a la perfección, no hay ningún cabello fuera de su lugar. Va vestida con un traje de chaqueta que, posiblemente, cueste mi sueldo de un mes, y su bolso y zapatos van a juego. Es una mujer muy bella, pero lo estropea la cara de sargento y amargada que trae. Quiero imaginar que se ha equivocado, pues su pose no es de paz y amor, pero mi mente ya tiene bastante claro de quien se trata.

—Buenas tardes. Tú eres Jorge, ¿verdad? —Yo asiento con la cabeza, no me salen las palabras. Esta mujer intimida la hostia—. Soy Margarita Urzua de Prescott, la madre de Sophie.

La mujer se presenta a una distancia prudencial, no vaya a ser que, si roza la cama o mi mano, se contagie de algo de calidez. Nunca he visto una mujer tan fría en mi vida. Viéndola, me cuadran más las cosas. Ahora entiendo que Sophie quisiera alejarse de ella y que Thomas haya buscado consuelo en Alison, no lo justifico, pero puedo llegar a entenderlo. A medida que la observo, me doy cuenta de todo el daño que esta mujer ha hecho a Sophie y me voy calentando. No creo que esté aquí para nada bueno y, no sé por qué, pero me da que lo rara que ha estado Sophie estos días se debe a esta mujer.

—Señora, ¿qué se le ha perdido por este hospital? —le pregunto de mala gana.

—Veo que ni dinero para tu educación han tenido tus padres. Eso me demuestra que he hecho bien en venir a Madrid para advertir a mi hija de dónde se mete. Alguien tiene que hacer que abra los ojos y se dé cuenta de que tú —me señala con un dedo— no estás a su altura. Necesita otra clase de hombre, no un simple bombero.

—Mire, guárdese su dedo y sus amenazas. Yo no le debo nada y no me intimida en absoluto. Su hija ya es mayorcita para escoger con quién quiere compartir su vida. Está muy equivocada si cree que ella estará mucho mejor con un hombre como Mark, que no la respetó y la humilló. ¿Realmente quiere eso para su hija? ¿Qué clase de madre es usted, para preferir el qué dirán a la felicidad de un hijo? Mire, amo a su hija y, mientras ella no me diga lo contrario, voy a luchar por ella, por pasar el resto de mi vida a su lado y ni usted ni nadie va a conseguir que nos separemos.

—Mira, niño estúpido. Tú no sabes quién soy yo, el poder que tengo, ni lo que soy capaz de hacer para conseguir lo que quiero. Aléjate de ella o atente a las consecuencias. Supongo que no quieres perder la custodia de tu hijo... Hay una muchacha que estaría encantada de tener mi ayuda para tal objetivo.

Creo que mi cara ha perdido todo el color, parece que las costillas se han vuelto a romper y me están perforando de nuevo el pulmón, me cuesta respirar. ¿Cómo una persona puede ser tan malvada y querer hacer daño a un niño, simplemente por capricho?

—Por tu cara, veo que me entiendes perfectamente. No te quepa duda de que haré todo lo que esté en mis manos para que no estéis juntos. Ella tiene que dar una imagen y, en su mundo, el amor no tiene cabida. Es el sacrificio que tiene que hacer por la vida de lujos que ha tenido hasta ahora.

Una de las máquinas, que todavía tengo conectada, empieza a pitar por el estado de ansiedad que ha dejado en mí la amenaza de este diablo. En pocos segundos, entra la enfermera para revisar que está todo en orden. Al ver mi cara y mi estado de ansiedad, lo primero que hace es ponerme una mascarilla de oxígeno y le pide a la madre de Sophie que se retire para dejarme descansar. Mientras intento que el aire llegue a mis pulmones, veo por el rabillo del ojo que Sophie se encuentra en la puerta. Solo rezo por que no haya venido con mi hijo y él no llegue a verme en este estado. No quiero que se asuste y preocuparlo de nuevo.

—¿Mamá? ¡Dios mío, qué has hecho! —oigo gritar a Sophie.

—Señorita, deberían retirarse. El paciente necesita tranquilizarse y descansar —les pide la enfermera, que las acompaña hasta la puerta para que

salgan de la habitación.

Al girar la cabeza, me encuentro con la mirada de mi morena y su cara mojada de lágrimas. Sé que intenta no preocuparme, pero ya la conozco y sé que está muerta de miedo. Supongo que ella conoce a su madre a la perfección y sabe de lo que es capaz. Soy totalmente consciente de lo que amo a esta mujer, de todo lo que ha cambiado mi vida a su lado y todo lo que ha hecho por nosotros. La quiero a mi lado y me encantaría poder luchar por ella, pero mi hijo es lo primero en mi vida; si tengo que separarme de Sophie y no volver a ser feliz nunca más para mantenerlo a mi lado, así será.

Antes de que salgan de la habitación, desvío mi mirada hacia la ventana para romper el contacto con ella, mi morena, y no me vea llorar, que no vea como me desmorono por no poder luchar por nuestro amor. Necesito calma, necesito pensar, analizar todas las posibilidades e intentar buscar una salida. Si no la hay, esto será el fin. El fin de nuestro amor, el fin de mi felicidad.

CAPÍTULO 18

Sophie

Me duele el alma, el corazón. ¿Qué le habrá dicho mi madre para que se pusiera de esa forma? Le costaba respirar. ¿Y si empeora? ¿Y si lo pierdo?

—¿Cómo has podido? ¿Con qué derecho vienes a alterar nuestras vidas? ¿Qué le has dicho para que se pusiera en ese estado? Responde, maldita sea. —He perdido el control y los nervios. Mi tono de voz no es el adecuado en un hospital y todo el mundo nos mira.

—Mírate. Pareces una cualquiera, perdiendo la compostura de esa manera. No hemos pagado tu educación para que te comportes así, te has echado a perder. No tendría que haber cedido a las peticiones de tu padre para que te dejáramos venir a España. ¿No te das cuenta? —Sus ojos tienen esa mirada de superioridad suprema. Ella no ha perdido la compostura, ni el tono de voz en ningún momento—. Algún día te darás cuenta y me agradecerás todo lo que hago por ti, para que no desperdicies tu vida.

—¡Te odio! ¿Me oyes? Te odio con todas mis fuerzas. Algún día toda esa maldad que desprendes y viertes sobre nosotros irá en tu contra, te hundirás y yo estaré allí para verlo.

Me sonríe con esa mueca de prepotencia que tan bien ensayada tiene, que demuestra que mis palabras no le afectan ni lo más mínimo. Me mira de arriba a abajo con desprecio y, antes de darse la vuelta para marcharse, me contesta con su lengua viperina.

—Cuando el bombero se recupere, dile de mi parte que no se olvide de mis palabras. Que, antes de tomar decisiones, las tenga muy presentes.

He perdido la paciencia, la compostura y todo lo que me mantenía cuerda; sus palabras me hunden y la impotencia brota en mi interior. Me abalanzo hacia delante para poder hundir mi rabia en su cabeza y arrancarle todos los pelos de esta. Emito un gruñido, en plan ataque de vikingos, voy a muerte, y, cuando creo que voy a alcanzarla para desahogarme como deseo, me quedo suspendida en el aire. Alguien me ha retenido antes de alcanzar mi objetivo, eso me enfurece, necesito soltar toda la rabia. Me revelo, doy patadas y codazos sin ton ni son. Oigo un «*shit*». Creo que, por ese «*mierda*» en inglés, alguna parte de mi cuerpo ha conseguido su objetivo y ha impactado en el

cuerpo de mi carcelero. Noto como me arrastra al interior de una habitación, me bloquea contra una pared y su cuerpo, mientras intenta calmarme con palabras en mi oído. Al verme acorralada, las fuerzas me abandonan y mi cuerpo cede. Lo único que quiero en este momento es acurrucarme a llorar en una esquina, compadecerme y asimilar, de una vez por todas, que jamás voy a poder ser feliz.

—Sophie, niña. Cálmate, ya ha pasado. —No sé por qué no me sorprende oír la voz de Steven, sus palabras en inglés y esa voz ronca—. Si no te tranquilizas, tendrán que inyectarte un calmante y me consta que no te gustan nada las agujas.

Intento moderar mi respiración y noto como los brazos de Steven se aflojan, sin soltarme. Hace bien, porque si me suelta, posiblemente, me caería al suelo. Me doy la vuelta para enfrentar su mirada, mi cuerpo se sacude por los espasmos del llanto. Ahora que no estoy cegada por el momento, me doy cuenta de que mi reacción ha sido muy poco apropiada, la vergüenza me invade y no soy capaz de dejar de llorar.

Cuando acabo de girarme en el habitáculo, veo que estamos en el baño, y no solos. Detrás de Steven, están Tammy y Carlos. El gesto de sus caras, al mirarme, y ver que mi amiga también llora acaba de romperme por completo. Tammy se acerca a mí para abrazarme y tratar de tranquilizarme. Dirijo mi mirada a Steven que, en estos momentos, se mantiene un poco alejado y habla por teléfono, no sé con quién, ya que sus respuestas son monosílabas. Nuestras miradas se cruzan y, aunque sé que quiere transmitirme tranquilidad, no lo consigue, él también está inquieto.

—¿Qué hacéis aquí? —consigo preguntar, entre suspiros, mientras me separo un poco de mi amiga.

—Yo venía a visitar a Jorge, como es la hora de la comida... —aclara Tammy—. He pasado por el BookCafé a buscar a Juana que quería venir también y Carlos se ha ofrecido a traernos.

—No iba a subir, pero cuando estábamos llegando, hemos visto a Steven que corría hacía el edificio...

—¿Y tú? —le pregunto a Steven, que ya ha colgado la llamada.

—Cuando supimos que tu madre había venido a Madrid, tu padre me envió para supervisar. Lo siento mucho, Sophie. Los he seguido toda la mañana, al ver que se dirigían al otro lado de la ciudad, pensé aprovechar para hacer unas gestiones que tenía pendientes. —Agacha la cabeza, arrepentido, se siente culpable—. Al volver y ver su coche aparcado aquí... He subido lo más

rápido posible. Tenía que haber impedido que entrara en el hospital. Lo siento, de verdad. Siento haber fallado y no haber estado donde correspondía.

—No te martirices, Steven. Ya sabes cómo es ella, si no hubiera podido entrar hoy, había buscado otra manera para conseguir lo que quería. —Con mis palabras, me doy cuenta de que no sé cómo está Jorge y vuelvo a entrar en pánico—. ¡Dios, Jorge! No sé cómo está.

Tan pronto mis palabras salen de mi boca, me apresuro a intentar salir del baño, pero Carlos se pone en medio de mi camino y no me deja conseguir mi objetivo.

—Espera, Sophie. Jorge está bien, Juana está con él. No puedes ir en este estado. No lo podemos alterar más, necesita estar lo más tranquilo posible.

—Sí, tienes razón. Carlos, por favor, ve a mirar cómo se encuentra, mientras yo me calmo un poco. —Mi camarero/guardaespaldas me mira, interrogativo. Alterna su mirada entre Tammy y yo, sopesando la petición.

—Ve, tranquilo. Yo me quedo con Sophie, mientras se tranquiliza. No la pienso dejar salir hasta que esté en condiciones —le hace saber mi amiga.

—Yo estaré fuera, en la puerta. Si necesitas algo, no dudes en llamarme.

Veo como Steven, con la cabeza agachada, sale del baño; pobre hombre, se siente responsable y no me gusta que tenga esa idea.

Con Carlos y Steven fuera del baño y una vez me encuentro más calmada, me lavo la cara y refresco mi cuello. Nunca había reaccionado de esta manera. Teníamos nuestras clases de protocolo y nos enseñaban como controlarnos y no estallar en momentos extremos. Esta vez nada he podido hacer, mi control se ha ido al traste, literalmente. Cuando levanto la mirada hacia el espejo, la imagen que recibo es bastante triste; las caras que se reflejan se asemejan más a fantasmas que a dos mujeres jóvenes. Es bastante notable que hemos tenido días mejores y que no estamos en los mejores momentos de nuestras vidas.

—¿Estás bien? —le pregunto a mi amiga, al mirar su reflejo en el espejo, veo que tiene unas ojeras importantes—. Casi no se te ven los ojos y estas más delgada…

—No te preocupes por mí. Ya te explicaré cuando estemos más tranquilas. No creo que ahora necesites escuchar mis penas, bastante tienes tú con lo tuyo. —Sonríe tímidamente—. Saldremos de esto, lo sabes, ¿verdad? Juntas siempre hemos salido de todo.

Se me encoge el corazón, al ver como descienden las lágrimas por sus mejillas, algo gordo le está pasando a Tammy. Lleva algunos meses que parece un alma en pena, no es mi amiga de siempre, esa mujer dicharachera que

continuamente está de broma y con una sonrisa en la cara.

—Claro que saldremos de esto. —Le cojo las manos y se las aprieto con fuerza para que sepa que estoy aquí, hoy y siempre—. Y sea lo que sea que te esté pasando, lo arreglaremos, juntas. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Ya lo sé, cerebrito. —La veo esbozar una sonrisa que, aunque no llega a sus ojos, de momento, es suficiente—. Pero vamos a ir por partes; primero, tenemos que afrontar a la bruja de tu madre y saber qué narices tiene planeado. Dada la reacción de Jorge, supongo que tendrá algo que ver con Pol. Cuando tocan a un hijo… Te desesperas.

—¡Dios mío, Tammy! ¿Tú crees que le puede hacer daño al niño? No puedo creer que sea tan retorcida, el pequeño no tiene culpa de nada. No podría resistir que les hiciera daño a ellos por todo lo que envuelve mi vida.

—No lo sé, cielo. Tienes que hablar con Jorge para saber con exactitud lo que le ha dicho la *diabla*.

—Sí, eso haré. A lo mejor exageramos y no es tan grave. Seguro que, cuando hable con él, se arreglará todo y esto quedará en una anécdota de la loca de Sophie.

Mi amiga me mira sonriente y, aunque con estas palabras quiero darme fuerzas, hay algo en el fondo de mi corazón que me dice que no todo será tan fácil y que mi madre va a volver a destruir mi vida, solo con chasquear los dedos.

Así que, después de intentar que mis palabras me convenzan, que, realmente, había exagerado y nada iba a ser tan dramático, Tammy y yo salimos del baño para hablar con Jorge y saber cómo se encuentra. Por el pasillo, podemos comprobar que en la puerta de la habitación están Juana y Eduardo, al otro lado de la pared se encuentra Carlos, tiene la mirada en sus zapatos. Eduardo está apoyado en la pared, con la cabeza gacha, y Juana acaricia sus brazos de arriba abajo. No me gusta nada esa postura, y tampoco las caras que tienen. Cuando escuchan nuestros pasos, levantan la cabeza y nos ven llegar.

—Sophie, cariño –me dice Juana, cuando llega a mi altura, ya que me he quedado parada en medio del pasillo—, creo que es mejor que te vayas a casa a descansar. Tammy te acompañará, te das un baño y te relajas un rato.

—Juana, no voy a ir a ninguna parte sin ver a Jorge y saber cómo está. Necesito que me explique qué le ha dicho mi madre y poder arreglar todo esto de una puñetera vez.

—Mi niña, Jorge, está mejor. Le han quitado el oxígeno, lo mantendrán en observación hasta mañana por la mañana y, si todo va bien, lo dejarán marchar.

—Eso es genial, entonces esta noche me quedo a dormir con él y mañana nos vamos los dos a casa. —Hago el amago de moverme para ir hacia la habitación, pero Juana me vuelve a cortar el paso—. ¿Cuál es el problema ahora, Juana?

—Sophie, mira, ahora mismo Jorge está con Pol y ha pedido que no se le moleste.

—No hay problema, espero aquí fuera con vosotros.

—También ha pedido que no te dejáramos entrar, no quiere verte. —Sus palabras han bajado de tono y casi acaban en un susurro—. Hay que darle tiempo, cariño, no sé qué le habrá dicho tu madre, pero sus palabras no han caído en saco roto. Así que será mejor que os vayáis a casa, chicas. Mañana será otro día.

—Eduardo, ¿usted no va a decir nada? —le reprocho, pues no ha hecho ningún comentario al respecto.

—Pequeña, yo estoy entre la espada y la pared, él no me ha querido explicar nada. Sophie, tienes que entender que es mi hijo y uno de mis objetivos en la vida, como padre, es apoyarlo. Juana tiene razón, creo que es mejor que os vayáis a descansar y mañana será otro día.

No me lo puedo creer, me acabo de desinflar como un globo; no soy capaz de contener las lágrimas que descienden por mis mejillas. Estoy destrozada, no puedo entender por qué, en estos duros momentos, en vez de afrontarlos juntos, me deja al margen.

Noto como Tammy me coge del brazo y me pide que nos vayamos a casa a descansar. Como si yo pudiera dejar a un lado todo lo que ha pasado y me fuera a dormir como sin nada. No soy consciente de cuando salimos del hospital, ni de cuando subimos en el coche de Carlos. Apoyo mi cabeza en la ventanilla y lo único que veo son las farolas y los arboles pasar.

El coche se detiene en la calle paralela, donde nos puede dejar. El silencio es muy tenso en el interior y tengo la sensación de que me ahogo. Así que damos las gracias a Carlos y abro la puerta para bajar del vehículo. Su mano me detiene antes de que pueda sacar los pies.

—Sophie, todo va a ir bien. Ya verás como mañana, con la mente más clara, veréis las cosas de otra manera —intenta animarme Carlos—. Cualquier cosa que necesitéis solo tienes que llamarme, ¿vale? —Asiento con la cabeza

y me acerco a darle un beso en la mejilla—. Por cierto, Steven ha tenido que irse, me ha dicho que te ha enviado un mensaje.

Pobre Steven, no me he acordado de él para nada. Espero que no vaya a hacer ninguna locura, sé que en el fondo se siente muy culpable. Intentaré hablar con él más tarde.

Después de despedirnos de Carlos, entramos en nuestro piso y al mirar el reloj me doy cuenta de que ya son las seis de la tarde, que mi querida amiga no ha ido a trabajar esta tarde y que, si mi madre no se hubiera metido en nuestras vidas, ahora, estaríamos todos dando la bienvenida a Jorge. Tammy se ha ido a su habitación para cambiarse y yo voy a hacer lo mismo.

Salgo de la habitación para ir a la cocina y hacer unas infusiones, seguro que algo caliente nos sienta bien. Al pasar por delante de la puerta del baño, oigo a Tammy vomitar, seguro que ha pillado alguna gripe intestinal y, como es tan cabezona, no ha querido ir al médico.

Entro en el baño para ayudarla, retiro un poco su pelo de la cara para que pueda vomitar sin ensuciarse. Cuando parece que todo está controlado y que ya no va a vomitar más, le acerco una toalla mojada para que se limpie un poco. Al mirarla se me cae el alma al suelo, está pálida como el papel y sus preciosos ojos azules están acuosos del esfuerzo. Me siento a su lado para darle mi apoyo, como siempre hemos hecho la una con la otra.

—¿Estás mejor? —le pregunto, al ver como se limpia con la toalla.

—Creo que sí, ya no me queda nada más que echar.

—Vaya par. Estamos de cómic, con los ojos y la nariz rojos, yo con el alma rota y tú con una *gastro* del copón...

Tammy me mira y, sin más, se echa a llorar como una niña pequeña, sin consuelo, y no entiendo nada.

—No tengo una *gastro*, Sophie. Estoy embarazada.

Al decirlo en voz alta y ver mi cara de asombro, la pobre, se acaba de derrumbar. Me acerco a ella y la abrazo para que sepa que no va a estar sola, ya hemos pasado una vez por esto y lo volveremos a hacer.

Me explica que está de un mes y medio, aproximadamente. Que el bebé es de Dani y que él no sabe nada. Cree que pudo ser una noche que se encontraron cuando ya estaban enfadados, discutieron y la bronca acabó en pasión desenfrenada.

—Cielo, entiendo que quieres seguir con el embarazo. —Ella asiente con la cabeza—. Creo que Dani tiene que saberlo e intentar hacer las paces. Se nota de lejos que estáis locos el uno por el otro. Él es un cielo con Cloe, seguro

que estará encantado de saber que va a ser papá.

—Lo sé, pero necesito tiempo, meditar las cosas, aclararme... Te prometo que, cuando me vea capaz y más calmada, se lo diré.

—No tardes mucho, amiga, como se entere por otro lado, sí que se va a enfadar de verdad.

Conseguimos calmarnos, e incluso, celebramos la noticia que, aunque las circunstancias no son las más favorables, es una gran alegría.

Dani nos ha traído a Cloe, habían quedado en ir un rato al parque. Intentamos cenar algo, aunque nuestros estómagos no están de lo más receptivos y nos vamos pronto a dormir, mañana será otro día. Mañana iré a ver a mis chicos e intentaremos volver a la normalidad.

Jorge

A veces, la vida no es como uno espera. En un momento, parece que tienes todo y te llegarías a comer el mundo, pero al siguiente, estás hundido. Yo creía que Sophie sería la mujer de mi vida. Mis pensamientos ya habían cogido carrerilla y nos veía en nuestra casa con jardín. Compartir nuestras horas con Pol y dos hijos más, tirando la pelota a nuestro perro y disfrutar de nuestras risas, juntos. Qué iluso. Parece mentira que, con mis vivencias, aún sea capaz de soñar de esta manera. Pero su querida madre me ha devuelto a la vida real de un plumazo y aquí me tenéis, huyendo como un adolescente.

Hace unas semanas que he salido del hospital y, desde entonces, estamos los tres, de nuevo solos, en la playa.

—Papi, papi, mira qué castillo estoy haciendo, ¿a que mola?

—Es muy chulo, cariño.

Hemos alquilado un apartamento en Alicante; bueno, realmente es el apartamento que tenía alquilado mi padre para pasar parte del verano con Pol y Juana, pero su querido hijo le ha vuelto a fastidiar los planes.

Nadie sabe el motivo de mi decisión, pues después de la visita de la madre de Sophie, decidí romper con todo y no arriesgar mi vida con mi hijo. A ella le envié un mensaje donde le decía que no quería seguir con nuestra relación, que no me buscara, que hiciera su vida. Qué valiente, ¿verdad? Estar sin mi morena es muy duro, pero sé que no sería capaz de soportar mi vida sin mi pequeño, así que no hay dudas en mi decisión, aunque no por eso es menos dolorosa.

En el hospital le dije a mi padre y a Juana que no dejaran entrar a Sophie; no quería verla, no quería enfrentar la despedida. Tengo claro que ella es y será la mujer de mi vida, pero a partir de ahora volvemos a ser mi hijo y yo. Sé que mi padre no está de acuerdo con mi decisión, él siempre me ha dicho que los problemas se deben enfrentar y hablar de ellos, no esconder la cabeza debajo del ala, como yo hago en estos momentos. Pero es que todavía no estoy preparado para hablar, necesito asimilar todo antes de enfrentarme a ello. A pesar de todo, no preguntó e hizo todo lo que le pedí, incluso cederme el apartamento y sus vacaciones con Juana.

—Hola, hijo —saluda mi padre, sentándose a mi lado en la arena.

—Hola, papá. ¿Cómo está Juana? —le pregunto.

Sé que ha hablado con ella, lo hacen cada día, se echan de menos y se han

ganado el cielo por aguantar nuestros problemas.

—Está bien, soportando el panorama por allí, las chicas tampoco están bien. La verdad es que parece que nuestra llegada les ha desbaratado la tranquila vida que llevaban.

—Papá, solo te he preguntado por Juana. —Sé que soy egoísta, pero no quiero saber que Sophie está tan mal como yo; me duele demasiado.

—Hijo, hasta ahora no me he metido en nada, no he hecho preguntas y he respetado tu silencio, pero creo que ya es hora de que afrontes lo que sea que haya pasado. No está bien huir —me recrimina con un tono de voz severo—. Sophie se merece una explicación, no puedes alejarla de vosotros de esta manera. ¿Tengo que recordarte que estuvo con tu hijo en todo momento, mientras tú te recuperabas en el hospital?

—No tienes que recordarme nada, joder. La tengo muy presente, en mis sueños, en mis pensamientos, en mi corazón, mierda... —Me paso la mano por la cara de pura frustración—. Pero lo nuestro no puede ser, no podemos estar juntos, y punto.

Hago un intento de levantarme de la arena para llamar a Pol e ir hacia casa. No quiero seguir hablando de esto, hace daño y me desespera que algo tan fácil como que dos personas que se quieren estén juntas, no puedan por la mierda del poder y del dinero. Mi padre me retiene por el brazo para que no me levante.

—¿Qué narices te dijo esa señora, Jorge? Siempre has confiado en mí, soy tu padre, hijo; hemos estado juntos en los malos y los buenos momentos y debe ser así, siempre. No me puedes echar a un lado, no lo voy a permitir.

Levanto mi cabeza y afronto la mirada de mi padre. Se me parte el alma al ver en sus ojos esa desesperación y tristeza, la impotencia de no saber qué hacer o cómo ayudarme.

—Me amenazó con quitarme la custodia de Pol. —Veo en su cara el asombro que causan mis palabras—. Me pidió que dejara a su hija, por lo visto no soy la clase de yerno que la señora desea; parece que no estoy a la altura de su familia. Me negué, por supuesto, pero, haciendo gala de su poder adquisitivo, me dijo que siempre consigue todo lo que quiere y que, si para separarnos tenía que ayudar a cierta rubia a conseguir a su hijo, así sería. ¿Lo entiendes, papá? Quiero con locura a Sophie, pero Pol es lo primero en mi vida y no voy a arriesgarme a quedarme sin mi hijo, no lo soportaría.

—No me lo puedo creer, será hija de... —Está cabreado, muy cabreado. Pasa un brazo por mis hombros y me acerca a él—. Saldremos de esto, como

siempre, hijo. Juntos. Ya pensaremos en algo, con calma; no podemos dejar que esa señora se salga con la suya.

***

Después de comer, volvemos a la playa para acabar de pasar la tarde. Mi hijo se está divirtiendo de lo lindo; le encanta la playa, hacer castillos en la arena y darse un chapuzón con su abuelo, de vez en cuando. Yo sigo con el yeso en el brazo, así que no puedo bañarme en condiciones.

Seguimos el ritual de siempre desde hace tres semanas; subimos al apartamento a merendar, nos duchamos, salimos a dar un paseo para cenar algo y comer un helado de los que tanto le gustan a mi hijo y, finalmente, volvemos para descansar. Pol está rendido, con tanta actividad, y cae como un angelito; momento que aprovecho para salir a pasear e intentar poner en orden mi cabeza. Recorro el paseo marítimo y acabo en el pub de siempre, en estas tres semanas.

Es un sitio agradable, la verdad es que no lo escogí por nada en particular, simplemente, me llamó la atención desde el exterior y entré, sin más. Me pido una cerveza, que no tarda en aparecer delante de mí en la barra. Me giro para echar un vistazo a mi alrededor. Para ser martes, el ambiente está bastante animado, es verano y hay mucha gente de vacaciones, sobre todo, mucho extranjero.

Me fijo en que, al final de la barra, hay un grupo de chicas que piden sus bebidas, tendrán unos veintisiete o veintiocho años, o eso creo. Me doy cuenta de que una de ellas, una rubia muy exuberante, no deja de mirarme. La verdad es que no está nada mal, no señor. No vengo buscando sexo, pero tengo tanta rabia contenida que no me desagrada la idea de poder follarme a esa rubia hasta dejarla sin aliento.

Bebo un sorbo de mi cerveza para refrescar un poco mi boca, que tengo seca a causa de estos pensamientos impuros. Cuando vuelvo la mirada de nuevo al grupo, ella sigue mirándome, le dedico una de mis sonrisas y, en menos de dos minutos, la tengo a mi lado.

—Hola, me llamo Patricia. ¿Qué hace un tío cómo tú tan solo? —pregunta. Directa es, por lo que veo.

Me fijo en ella y la verdad es que es una mujer muy guapa. Tiene unos ojos grandes y azules que llaman mucho la atención, melena rubia y cuerpo de infarto. Por su forma de vestir; falda muy corta ceñida al cuerpo, *top* que deja

al descubierto su abdomen firme y un chaleco largo por encima, Patricia sabe perfectamente la reacción que provoca en los hombres. No es una mujer que me llamaría de primeras, es demasiado exuberante para mi gusto, pero dado el momento en el que estoy en mi vida, ¿a quién le amarga un dulce? Bueno, en este caso, es un bombón.

—Hola, Patricia, yo soy Jorge. Para disfrutar de mi cerveza no necesito mucha compañía.

—¿Y solo piensas disfrutar de tu cerveza esta noche?

Y así acabamos en el baño de chicas del pub, donde ella me ha arrastrado; en un cubículo un poco pequeño para mi gusto, pero hay que conformarse. Una vez cerramos la puerta, la giro y pongo su espalda en mi pecho; no quiero que tenga acceso a mi boca, no quiero besarla, esto es simplemente sexo. Levanto su *top* y con él arrastro el sujetador, manoseo sus pechos con la mano libre de escayola, saco gemidos de su boca y consigo que sus pezones se pongan erectos. Tiro de ellos con mis dedos, alternándolos, hasta que oigo sus gemidos entre placer y dolor. Cuando noto que está excitada y que mi polla está preparada para el juego, aparto su chaleco y levanto su minúscula falda, dejando su maravilloso culo al descubierto con un minúsculo tanga. Le doy una cachetada y dirijo mi mano hacia delante, introduzco uno de mis dedos entre sus pliegues para comprobar que está preparada para mí. Está mojada, muy mojada...

Meto dos dedos en su interior y los arrastro hasta su clítoris, al que mimo con mucho cariño para llevarla al límite. Cuando noto que su respiración se acelera en exceso, detengo el movimiento, dejándola a punto. Cuando he conseguido llevarla al límite en tres ocasiones, oigo como me suplica la necesidad de correrse. Acelero, de nuevo, mis movimientos, siendo bastante más brusco que al principio, y noto como llega al orgasmo con fuerza, mojando mi mano.

No le doy tiempo a que se recupere, la inclino hacia delante todo lo que podemos, dada la dimensión del baño. Separo sus piernas con la mía, mientras me desabrocho el pantalón para liberar mi erección. Antes de bajarlo, cojo un preservativo de mi cartera y lo abro con los dientes. Dejo caer mi pantalón por mis piernas hasta el suelo y miro ese culo que me llama. Lo amaso con mi mano y vuelvo a cachearlo. Sin esperar, me meto en su cuerpo de una fuerte estocada. Es posible que haya sido un poco bruto, pero es que necesito descargar esta rabia de mi cuerpo, necesito follarla. Mis penetraciones son rudas, fuertes. Por sus gemidos parece gustarle y eso me da más alas. Recojo

su melena con mi mano y tiro de su cabeza hacia atrás; no le molesta, así que continúo estirando de su cabello.

Ella dirige la mano hacia su clítoris y, mientras yo me la follo cómo si no hubiera un mañana, ella intenta alcanzar un nuevo orgasmo. No me importa, y menos cuando noto como su sexo se contrae para envolver mi miembro, que me hace perder el control y acabamos corriéndonos los dos a la vez. Joder, qué gustazo. Lo necesitaba. Necesitaba descargar y esta chica ha sabido perfectamente como conseguirlo.

—¿Todo bien? —le pregunto, intentando recuperar la normalidad de mi respiración. Parece que mis pulmones se han recuperado bastante bien.

—Más que bien —me contesta, coloca la ropa en su sitio, se da la vuelta y me rodea el cuello con sus manos—. ¿Vas a estar por aquí más días?

Yo retiro sus manos de mi cuerpo e intento alejarme, cosa casi imposible aquí dentro. Empiezo a tensarme, no me gusta esta situación; creí que solo era sexo, que solo quería follar conmigo, no esperaba esta ternura.

—Mira, Patricia, siento si voy a ofenderte, pero creí que necesitabas lo mismo que yo, sexo. Eso es todo lo que puedo ofrecer, no quiero que puedas malinterpretar la situación –le comento, mientras me visto. Veo en su cara una fugaz desilusión, pero rápidamente cambia y me dirige una sonrisa.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo, Jorge. Somos adultos, los dos queríamos sexo y lo hemos disfrutado, ¿no? ¿Qué te parece si nos despedimos aquí, sin compromiso, y si otro día nos encontramos y nos apetece, volvemos a desahogarnos?

Ese acuerdo nos llevó a vernos unas cuantas veces más durante sus vacaciones, que acababan antes que las mías; aunque esas veces decidimos disfrutar con más tranquilidad y fuimos a la habitación de su hotel. Patricia era pura sensualidad y la verdad es que se desenvolvía perfectamente en la cama. El sexo con ella era muy intenso, supongo que no tener esa conexión íntima, de amor o sentimientos, hace que te puedas desinhibir más. Tenía veintisiete años y era de Granada, donde trabajaba de secretaria en una consulta médica. Estaba de vacaciones con sus amigas, salía de una relación de tres años y había decidido vivir al día y disfrutar del camino.

***

Faltan quince días para volver a casa, el dolor en el pecho ya no es tan agudo, la verdad es que no ver a Sophie ni tenerla cerca ayuda a llevar mejor

la situación. Son las tres de la tarde y estamos tirados en el sofá, descansando, antes de bajar de nuevo a la playa, cuando suena el timbre de la puerta.

—Qué raro —dice mi padre—. ¿Esperas a alguien?

—Yo no, papá. Voy a abrir, a ver quién es.

Me levanto con esfuerzo por la pereza, con lo bien que estaba en el sofá, y seguro que es alguien que se ha equivocado. Al abrir la puerta me llevo una gran sorpresa; tras ella están Juana y Dani.

—¡Sorpresa! –dice Dani con una gran sonrisa—. ¿Hay hueco para nosotros? Os echábamos de menos.

—Claro que sí, pero ¿por qué no nos habéis avisado de que veníais? —les digo, dándole un fuerte abrazo a mi amigo y dos besos a Juana.

—Queríamos daros una sorpresa y, como bien ha dicho Dani, os echábamos de menos.

—¿Mi padre no sabe que venías? —Ella niega con la cabeza—. Pues sí que se va a llevar una gran sorpresa, sí…

Me dirijo al salón y les pido que me sigan sin hacer ruido, el piso tiene un largo pasillo y la puerta de entrada no se ve desde el salón. Cuando entro en este, mi padre y mi hijo siguen en la misma posición; el grande sentado en el sofá y el pequeño estirado con su cabeza en el regazo del abuelo. Ellos están mirando una película de superhéroes y yo estaba con un libro.

—¿Quién es, hijo? —pregunta mi padre sin mirarme, creo que él también pensaba que sería alguien que se habría equivocado.

—Nadie, papá, un capullo que se ha equivocado.

Mi padre se relaja y le hago señas a Juana para que entre, se queda detrás del sofá y le tapa los ojos a mi padre que da un salto, asustado. Cuando ella se echa a reír, él la reconoce al instante y se levanta para fundirse en un abrazo y un beso. A mi hijo le cuesta reaccionar y cuando ve a Dani se le tira encima y, con la emoción, casi se caen los dos al suelo.

—¿Os vais a quedar unos días? —pregunta mi hijo, entusiasmado.

—Si tú quieres que nos quedemos, nos quedamos —le dice Juana a mi pequeño, dándole un abrazo y un fuerte beso en la mejilla.

—¿Sophie también ha venido con vosotros? —pregunta Pol.

Mira hacia la puerta con una cara de emoción que a mí me parte el alma. A nuestro alrededor se crea un silencio sepulcral que resulta bastante incómodo. Todavía no he sido capaz de sentarme con mi hijo e intentar explicarle que ella ya no forma parte de nuestras vidas.

—No, cariño. Sophie tenía trabajo y no ha podido venir —responde Juana,

sacándome del apuro. Mi hijo pone cara de resignado.

—¿Qué os parece si Juana y Dani se ponen el bañador y bajamos a la playa? —Este es mi padre con la habilidad innata para cambiar de tema.

Todo se activa en el salón y nos preparamos para salir. Por la mirada que me echa mi padre, tengo claro que debería empezar a buscar la manera de decirle a mi hijo que no puede seguir preguntando por Sophie, que ella ya no es mi novia y que ya no será su mamá como él tanto deseaba.

CAPÍTULO 19

Sophie

Que bien se está en esta terracita con bebidas fresquitas. Hace un calor inhumano, la verdad es que después de tantas cosas que han pasado en nuestras vidas últimamente, y no todas buenas, Tammy, Cloe y yo hemos decidido desconectar un poco y pasar unos días en Sevilla. Nuestros ánimos son bastante pésimos, pero era necesario alejarnos un tiempo y aclarar las ideas.

A Tammy ya se le empieza a notar la barriga, está de casi cuatro meses. Sus molestias ya han desaparecido y, aunque mantiene sus ojeras, está preciosa; tiene ese brillo que siempre desprenden las embarazadas. A Cloe todavía no se lo ha dicho; primero, quiere buscar la manera de decírselo a Dani. Le he reclamado un montón de veces que todo esto le va a estallar en la cara si Dani se entera por otra persona de que va a ser papá. Ahora ya se siente apurada, pues cada vez es más difícil ocultar el embarazo.

Y qué decir de mí. Me cuesta horrores levantarme cada mañana, sabiendo que no puedo disfrutar de los hombres de mi vida. Al día siguiente de la visita de mi madre al hospital, fui a buscar a Jorge para acompañarlo en la salida; la sorpresa fue cuando me dijeron que le habían dado de alta el día anterior a última hora. Al volver a nuestros pisos, me cansé de llamar a su puerta, hasta que, finalmente, Juana me dijo que se habían ido de vacaciones. Dejó dicho que no me molestara en buscarlos, que lo nuestro se había acabado y que hiciera mi vida. ¡Maldito cobarde! No tuvo ni el valor de hablar conmigo y decirme el motivo de su repentina decisión. Lo llamé en varias ocasiones y le mandé un montón de mensajes, pero no obtuve respuestas; únicamente, que dejara de molestarlos y siguiera con mi vida.

Llamé a mi madre, varias veces, para que me dijera qué le había dicho ese día a Jorge. Pataleé, supliqué y chillé como una loca para que me dijera qué narices había hecho; porque de una cosa sí estoy segura, la decisión de Jorge está condicionada por la charla de mi madre. No creo que con todo lo que hemos vivido y todas las veces que me ha dicho que me quiere, decida dejarme de un día para otro sin motivo aparente. Me niego a pensar que ya no me quiere porque yo no he podido sacarlo de mi cabeza en ningún momento, ni a él ni a Pol. Mi querida madre no se ha pronunciado y la impotencia de no

saber me mata.

—Tita, Sophie, ¿tú crees que nos podríamos subir a esas carrozas de caballos? —me pregunta Cloe, sacándome de mis pensamientos.

—Por supuesto. Me parece una idea estupenda. ¿Tammy te animas a subir con nosotras? —le pregunto a mi amiga.

—Yo, mejor, espero aquí sentada. Estoy algo cansada de tanto caminar. Pórtate bien con la tita, Cloe, ¿vale?

—Vale, mami. Cuando subamos a esa carroza vamos a ser las princesas Sophie y Cloe. Seguro que encontramos a nuestro príncipe azul. ¿Mami, quieres que busquemos uno para ti también? —pregunta la pequeña, arrancándole una sonrisa.

—No, mi vida, muchas gracias. Con que vosotras encontréis al vuestro, creo que será suficiente.

—Ahora volvemos, cielo. Cualquier cosa, estamos en el teléfono —informo a Tammy.

Buscamos uno de los carruajes que se encuentran por la Plaza de España y las *dos princesas* nos subimos para dar nuestro paseo. Cloe está encantada y me pide que le haga millones de fotos en todos los ángulos y miles de *selfies* de las dos con un montón de caras. Le enviamos unas cuantas a Tammy y, de paso, la avisamos de que el trayecto durará una hora, más o menos; por lo que ella decide esperarnos en el hotel.

—Tita, ¿tú crees que le podríamos enviar una de esas fotos a Dani para que vea que me lo paso súper? —me pregunta la pequeña que, de pronto, se ha puesto sería e incluso un poco triste.

—Claro que sí, cariño, no creo que haya problema. Dani te quiere mucho y se pondrá muy contento al verte tan guapa y en la carroza de los caballos.

—Yo también lo quiero mucho y me gustaría mogollón que fuera el príncipe azul de mami. Pero cada vez que le pido que lo llame para hablar con él o le cuento cosas de nuestros paseos, se pone triste y, a veces, se enfada. No me gusta ver a mami triste, ni quiero que se enfade conmigo, pero tampoco quiero dejar de ver a Dani; es muy guay y me lo paso genial con él...

—¡Ay, mi niña! Los mayores somos muy complicados y, a veces, las cosas se ponen difíciles o, simplemente, no pueden ser. Yo sé que tu mami y Dani se quieren mucho, pero han pasado cosas y se han enfadado; por eso están distanciados. Cariño, no te puedo decir lo que pasará, lo que sí te puedo asegurar es que los dos te quieren con locura. —La acerco a mí para abrazarla y darle un beso en su cabecita—. ¿Qué te parece si le enviamos las fotos a

Dani? —Me rompe el corazón que, con lo pequeña que es, ya se tenga que preocupar por estas cosas del amor.

Le enviamos las fotos donde está Cloe sola y alguna en las que estamos las dos, haciendo el burro. Su respuesta no tarda en llegar en modo de fotos también. La primera es una playa; en otra, sale con mi pequeño Pol en el agua y, la última, es un selfie de ellos dos en la arena. Esta última hace que se me pare el corazón, porque detrás sale Jorge. Está sentado con las rodillas en el pecho, los codos apoyados en estas y la mirada perdida en el horizonte. Todavía lleva el yeso en el brazo. Está tan guapo…

Mi corazón late con fuerza, es increíble el poder que todavía tiene en mí; solo su imagen hace que mi estómago se revuelva como si tuviera elefantes dentro y la piel se me eriza solo de pensar en sus manos cuando acarician mi cuerpo o sus labios saboreando los míos. Lo echo tanto de menos...

—¡Jolín, qué morro tiene! Está en la playa, y con Pol. Con lo que a mí me gusta bañarme —me dice la pequeña, cruzándose de brazos, enfadada.

—Cloe, cariño, no te puedes enfadar. Ellos son muy amigos y se conocen desde hace mucho tiempo. Dani tenía unos días de vacaciones y se ha ido con Juana a visitarlos. ¿Qué te parece si cuando bajemos de la carroza nos vamos a comprar un helado?

La miro y trato de que no se me escape la risa por lo teatrera que es esta niña; intenta continuar con su enfado, pero le brillan los ojos de la emoción por el helado.

Al acabar el trayecto, nos compramos los helados y vamos dando un paseo hasta el hotel; pues no queda muy lejos de la Plaza de España. La pequeña me explica qué hará cuando encuentre a su príncipe azul. Me encanta la inocencia de mi princesa; es una pena que, algún día, descubra que los príncipes azules no existen y que es necesario luchar mucho para encontrar un amor de verdad y ser feliz.

Cuando falta poco para llegar al hotel, suena mi teléfono. Al sacarlo de mi bolsillo veo que es mi padre. Está preocupado por mí, me llama a menudo, y cuando le digo que estoy bien y que no hace falta que sea tan pesado, entonces le pide a mi hermano que me llame.

—¡Hola, papi! ¿Cómo estás? Cuantos días sin hablar contigo.

—¡Hola, cariño! Creo que el sol te daña la cabeza, estás un poco irónica, ¿no? —Lo oigo reírse.

—Pues sí, la verdad es que, aquí, sol y calor no faltan. Esto es precioso, papá, tendrías que venir con Alison. Cloe y yo acabamos de dar un paseo en

una carroza de caballos y es muy romántico, seguro que a ella le gustaría mucho.

—Mira, no descarto la idea para una próxima visita a España. ¿Tú cómo sigues? —me pregunta preocupado.

—Bien, papá. Más relajada mientras disfruto de estos días; la verdad es que nos están viniendo genial. Ya estamos morenitas, Cloe está contenta y Tammy parece un poco más tranquila.

—¿Ya sabe Tammy cuándo le va a dar la noticia al padre de esa criatura? Hija, sabes que yo la quiero mucho, pero en este tema creo que se equivoca.

—Yo también lo creo, pero tiene que ser ella quien dé el paso y se lo diga. A ver si estos días aquí, consigo que recapacite y, a la vuelta, se lo dice.

—Espero que así sea. Cielo, ahora que ya sé cómo estáis, me gustaría hablarte del motivo de mi llamada. Necesito toda tu atención, ¿puedes hablar ahora?

—Ahora estoy con Cloe, casi estamos en el hotel, la dejo en la habitación con su madre y cuando esté disponible te llamo, ¿vale?

—Perfecto, cariño, espero tu llamada. Dale recuerdos y besos a Tammy y a Cloe de mi parte. Hasta dentro de un rato.

—Hasta ahora.

Parecía preocupado, inquieto, ¿tendrá algo que ver con mi madre? Cuando pasó todo, Steven lo puso al día y le explicó el altercado. La verdad es que mi padre está cansado de que mi madre haga lo que le dé la real gana y, además, siempre nos perjudique. Por este motivo me prometió que iba a hacer todo lo que estuviera en sus manos para averiguar qué había pasado en la habitación del hospital. Me juró por nosotros que, si esta vez, ella se había extralimitado, iba a preparar todo lo necesario para el divorcio. Que le daba igual el dinero y la fama, que él quería ser feliz al lado de Alison y que nosotros pudiéramos ser felices también.

Dejo a Cloe con su madre, son las seis de la tarde, y quedamos en vernos sobre las ocho y media para ir a cenar. No le digo nada respecto al envío de fotos a Dani, ni tampoco de la llamada de mi padre. Primero, tengo que saber qué pasa, ya se lo contaré todo después, cuando Cloe se haya dormido. Una vez en mi habitación me pongo cómoda y llamo a mi padre.

—Papá, ya estoy preparada para escucharte. ¿Qué me quieres contar?

—A ver, pitufa. No nos preguntes cómo lo hemos conseguido, pero ya sabemos qué le dijo tu madre a Jorge y no te va a gustar. Por cierto, sabemos dónde están y que están bien —explica mi padre. Supongo que, cuando habla

en plural, se refiere a que Steven lo habrá ayudado con todo.

—Sí, yo también los he visto en una foto, no sé dónde están, pero sí que están en un lugar de playa. Pero al grano, papá, ¿qué le dijo mi madre para que se alejara de mí de esta manera? Por favor, explícame, que me va a dar algo...

—Bueno, parece ser que le pidió que se alejara de ti y como, en un primer momento, él se negó, lo amenazó con quitarle la custodia del niño.

—Pero… si ella no tiene ningún poder sobre el niño, ¿cómo se supone que le puede quitar la custodia?

—Ya sabes que la maldad de tu madre no tiene límites y ha conseguido la ayuda en una aliada muy poderosa en este tema.

—¿Quién, papá? Vamos, dime... —En mi voz se nota la desesperación y la impotencia por no saber con qué persona se ha podido aliar mi madre.

—Con Clara, hija. La madre de Pol. Parece que esa mujer llevaba días detrás de Jorge para pedir una nueva oportunidad e intentar recuperar a su hijo. Como no pudo, desistió, pero tu madre se enteró de todo y la buscó, prometiéndole al mejor abogado en estos casos para que pudiera conseguir la custodia del pequeño Pol.

Se crea un silencio en nuestra conversación y noto como mis lágrimas han empezado a mojar mis mejillas. Dios mío, mi madre no tiene límites; ahora sí, creo que ha perdido totalmente la cordura.

—Papá, ¿qué le ha pasado a esta mujer? Parece que se ha vuelto loca. ¿Cómo puede poner en riesgo la felicidad de un niño? Es que no me lo puedo creer. Todo esto, ¿para qué? ¿por qué?

—No lo sé, hija, creo que nunca he llegado a conocer a tu madre. Siempre ha sido una mujer dura y fría, pero esa maldad... Por mi parte ya estoy en contacto con un abogado, amigo mío, de total confianza, para que lleve el divorcio. Mañana he quedado con él para ver cómo podemos manejar el asunto de Jorge; a ver si tiene algún colega en Madrid que pueda llevar el tema. Todo esto es muy delicado y hay que ir con cuidado, pero seguro que hay una solución, cariño.

—¡Ay, papá! Yo ahora lo veo todo oscuro y me imagino lo mal que lo debe de pasar Jorge con la posibilidad de que puedan quitarle a su hijo. Me siento tan culpable, papá. Si yo no hubiera aparecido en sus vidas, no tendrían tantos dolores de cabeza. Maldita sea, no puedo dejar que los separen, no sería capaz de vivir con esa culpa.

—Pitufa, todo esto no es culpa tuya. Si alguien tiene la culpa, aquí, es tu madre y pagará por todo. Seguro que Jorge piensa lo mismo que yo, él también

lo está pasando muy mal por tener que estar lejos de ti. Me consta que te quiere mucho y, cuando todo esto acabe, seguro que podéis volver a ser felices juntos.

—Espero que así sea. Por favor, necesito que me informes de todo. Llámame las veces que haga falta para contarme cómo avanzan las cosas, ¿vale?

—Anda, ¿ahora sí quieres que te llame cada día? Me lo pensaré.

—Papá...

—Hasta mañana, pequeña, descansa.

Con el teléfono todavía en la mano, intento asimilar todo lo que me ha dicho mi padre. ¿Cómo es posible que alguien sea tan mala persona? ¿Cómo puede ser que tu propia madre, en su egoísmo, pueda hacer tanto daño a una hija? Si ahora mismo la tuviera enfrente, no sé qué sería capaz de hacerle. Es muy duro que estas palabras salgan de una hija, pero después de todo lo que me ha hecho, la odio, la odio con toda mi alma. Ahora puedo entender muchas cosas de la reacción de Jorge, comprendo perfectamente que me haya alejado de sus vidas. Sé que me quiere mucho, pero Pol es su vida y ante todo está su hijo. Voy a hacer todo lo posible para que mi madre no se salga con la suya. Quiero volver a ser feliz con mis chicos. Mi madre no sabe que acaba de despertar a la fiera interna de Sophie y juro que se va a arrepentir de haberlo hecho.

Jorge

La verdad es que la visita de Dani y Juana nos ha dado un soplo de aire fresco. A mi amigo se le ve un poco más relajado y contento. Todavía no he tenido ocasión de preguntarle cómo lleva sus sentimientos. Sé que ha estado bastante fastidiado y solo espero que, en breve, pueda recuperar de nuevo esa sonrisa que siempre tenía.

Estiro mis músculos en la terraza del piso, son las ocho de la mañana, mi hora de ir a correr. Por el rabillo del ojo veo aparecer a Dani con cara de sobado y rascándose la cabeza.

—¿Qué cojones haces? —pregunta, entrecerrando un ojo por la molestia de la claridad.

—Estirando, voy a salir a correr como hago todos los días. ¿Te apuntas?

—¿Por qué no? Si me esperas, voy contigo.

Salimos en dirección al paseo, apenas hay gente y está bastante tranquilo. Los primeros metros los hacemos en silencio hasta que la curiosidad lo pierde y me pregunta cómo estoy.

—Creo que bien. Hay días en los que me hundo bastante, sobre todo al atardecer, cuando salimos con Pol a comer un helado, y parece que todas las parejas llenas de amor de Alicante pasan a mi alrededor, recordándome que soy un puto pringado.

—Sí, ya me he dado cuenta de que estás bastante más gruñón. —Intento darle una colleja, pero la esquiva—. Debe de ser la falta de mojar el churro la que te tiene tan irascible.

—Qué sabrás tú, listillo. —Me mira e intenta averiguar si he follado o no —. Por si no te habías dado cuenta, estamos en la costa, en pleno mes de agosto y hay muchas extranjeras.

—Venga, hombre, me tomas el pelo. Tú te quieres quedar conmigo. — Niego con la cabeza y él me mira, a la espera de que le cuente.

—La verdad es que no era extranjera, pero sí que he mojado el churro. Patricia, veintisiete años, rubia con cuerpo de infarto, de Granada. Nos hemos visto varias veces y la verdad es que me ha ayudado a sacar la rabia que tenía dentro.

—Vaya, tío, yo pensé que estabas loco por Sophie y que pronto se te pasaría el enfado por las palabras de su madre, pero veo que no es así. ¿Tan importante fue lo que te dijo esa señora para que te olvides tan rápido de ella?

Detengo mi carrera y doy vueltas para bajar mis pulsaciones poco a poco. Con esta conversación, no soy capaz de concentrarme y acabaré ahogándome, así que prefiero parar y hablar tranquilamente. Creo que ha llegado el momento de que mi amigo lo sepa todo.

—Dani, quiero a Sophie con toda mi alma, estoy loco por ella y no te haces una idea de las ganas que tengo de mandar todo a la mierda; ir a buscarla, abrazarla y besarla como si no hubiera un mañana. Pero no puedo, lo nuestro no puede ser y la vida debe continuar. Aunque sea con el corazón roto, debo seguir por mi hijo.

—Colega, no lo entiendo. Si no has dejado de quererla y, a mí me consta, que ella a ti tampoco, ¿qué hay tan fuerte que os tiene separados?

Le explico a mi amigo la charla con la madre de Sophie y su amenaza. Dani me mira alucinado.

—¡Menudas cabronas! ¿Pero qué cojones le importa a la vieja esa con quién ande su hija? Ni que fueras un delincuente, lo importante es que la haces feliz y eso le tendría que bastar, ¿no?

—Pues no es así. No tengo el poder adquisitivo necesario para entrar en su familia. ¿Qué dirían sus amistades si ven a su hija con un pobre bombero? Lo que más miedo me da es que con el dinero que tienen pueda buscar buenos abogados y conseguir lo que quiere. No me quiero arriesgar, ¿lo entiendes?

—Claro que sí, Jorge. Sé que Pol está por encima de todo, pero tiene que haber alguna solución. No puedo creer que no podáis ser felices por culpa de esa mujer. ¿Has hablado ya con tu abogado? ¿Sophie sabe todo esto?

—Hablé con el abogado que llevó nuestro caso. Me dijo que es difícil que me quiten la custodia, pero no imposible, que él ha visto algún caso en que ha pasado. Así que no me quiero arriesgar. Y sobre Sophie, pues no tengo ni idea. Yo no se lo he dicho, no quiero complicar más las cosas.

—No puedes darte por vencido, Jorge. Mira, yo voy a mover algunos hilos, a ver si me entero de algún mal paso de Clara. Más que nada, por si decide seguir con la petición de custodia. Tú deberías hablar con Sophie, explícale lo que te dijo su madre. Creo que ella se merece saber el motivo de tu alejamiento. También lo está pasando muy mal.

—No sé, Dani. De momento, dejaremos las cosas así hasta que todo se enfríe un poco, después ya decidiré. Antes tengo que buscar la manera de explicarle a Pol la situación. No hace más que preguntarnos por ella y pedirme que la llame para hablar. Ya estoy al límite y no me quedan excusas.

—Mira, esta tarde salimos a dar una vuelta y se lo explicamos entre los

dos, ¿vale? —Asiento con la cabeza. No sé cómo le voy a agradecer a mi amigo todo lo que hace por nosotros—. Por cierto, ¿ya has pensado qué vas a hacer cuando vuelvas? Te recuerdo que Sophie es tu vecina y, si no hablas con ella antes, tarde o temprano, la vas a tener que ver.

—Sí, joder. Esa es otra. No me apetece nada volver a hacer mudanza. Además, el curso que viene, Pol cambia de colegio. Así que vamos a intentar ser adultos y llevarlo todo lo mejor posible. Pero ya está bien hablar tanto de mí. Cuéntame, ¿cómo va tu vida? ¿Qué tal con Tamara?

—Bueno, va... me trae loco. El tiempo en que hemos estado separados, me ha hecho ver que me gusta mucho, que siento cosas por ella que nunca había sentido por otra mujer. He intentado, varias veces, algún que otro acercamiento, pero sin resultado. Por lo visto, ella no tiene los mismos sentimientos hacía mí y yo no puedo forzarlos. Así que no me queda otra que joderme y esperar a que, con el tiempo, acabe olvidándola. La parte buena es que, de vez en cuando, me deja a Cloe, esa niña me tiene igual de loco que su madre, menos mal que ella sí me corresponde. —Nos echamos a reír por su comentario, para sacar un poco de dureza al tema—. Ayer me mandaron fotos, mira.

En las fotos sale Cloe con mi morena, cada día está más guapa, hacía muchos días que no la veía. Parece que está un poco más delgada, pero a mi corazón eso no le importa, ya que parece que se me va a salir del pecho por la fuerza con la que late. Es increíble cómo la echo de menos; todo esto me supera. Hasta ahora, que hacía días que no la veía, todo ha ido bien, pero ha sido ver su foto y he vuelto al principio. No tengo ni idea de qué voy a hacer para olvidarla, ni cómo voy a soportar cruzarme con ella, a menudo, sin poder abrazarla o besarla como deseo.

***

Sobre las cinco de la tarde, después de nuestra charla, de pasar la mañana en la playa todos juntos, comer en el chiringuito y volver a tostarnos al sol, decidimos ducharnos y salir a pasear. Para mantener la charla con Pol, hemos decidido dejar a los tortolitos cenar solos, por lo que Dani, Pol y yo salimos al paseo a por un helado. Estoy muy nervioso, sé que Dani es totalmente consciente de que no sé por dónde empezar a tratar el tema con mi hijo.

—¿Qué tal si nos sentamos en este banco para mirar los barcos? —nos propone mi amigo, para preparar el camino.

—Mira, tío Dani, qué barco tan grandote. Debe de ser guay ir en uno, ¿no? —pregunta mi pequeño, alucinado.

—Supongo que sí, campeón. ¿Te cuento un secreto? —Mi hijo afirma con la cabeza, expectante—. Solo me he subido a uno, una vez; me mareo en los barcos y me paso todo el rato vomitando.

Mi hijo se ríe de él, Dani empieza a hacerle cosquillas y se dedican a recorrer el paseo y a danzar alrededor del banco, persiguiéndose el uno al otro. Cuando mi hijo ya se encuentra cansado y le indica a Dani que se rinde, se sienta encima de mí, entre mis brazos.

—Papi, ¿estás bien? —pregunta mi hijo, con la respiración entrecortada por el esfuerzo—. Estás arrugando el *cerebro*.

Dani y yo arrancamos en carcajadas, este niño es tremendo. Hay veces que le echas una bronca por alguna cosa, te suelta alguna y es imposible no reírte.

—¿Por qué os reís? Es lo que siempre dice el *abu*, ¿no?

—¡Ay, pequeño! El *abu* siempre me dice que frunzo el *ceño*, no que arrugo el *cerebro*.

—Bueno, es casi igual —se enfurruña Pol, cruzándose de brazos y con cara de cabreo.

—Vamos, no te enfades, cariño. Nos ha hecho gracia, eso es todo —Dani vuelve a sentarse en el banco y asiente con la cabeza para confirmarme que es buen momento para empezar con nuestra charla—. Campeón, estoy bien, solo que tengo que contarte algo. Quiero que me prestes atención para que lo puedas entender, ¿vale?

Mi hijo asiente con la cabeza, nos mira a Dani y a mí, alternativamente, se cruza de brazos y nos deja muertos con sus palabras.

—Ya sé lo que me vas a decir. Casi tengo seis años, ya soy mayor y me doy cuenta de las cosas. Sé que tú y Sophie ya no sois novios y que el tío Dani y Tammy tampoco. Pero os cuento una cosa, desde que estáis separados estáis muy tristes, así que pienso que todavía las queréis y que volveréis a ser novios otra vez. Y ahora que ya sé todo, ¿podemos ir un rato a aquel parque?

Lo dicho, nos ha dejado sin palabras. ¿Cómo es posible que un niño tan pequeño sea capaz de percibir tantos sentimientos? Ellos son mucho más simples que los adultos y supongo que, por ese motivo, su percepción es tan clara. Dani y yo nos miramos con cara de tontos, mientras mi hijo se baja de mis piernas para ir al parque. Sé que tengo que aclararle que, por mucho que quiera a Sophie, no podremos volver a ser novios, pero ahora mismo no tengo la fuerza para decirle nada. Nos levantamos para seguir a Pol y mi amigo me

rodea los hombros con su brazo, resignado, como yo.

—¡Joder, con el enano! —Nos echamos a reír e intentamos acabar la tarde lo mejor posible.

***

Volvemos a casa sobre las doce de la noche, mi hijo ya se ha dormido en mis brazos, está agotado. Al entrar, en la cocina están mi padre y Juana de charla, pero cuando nos ven entrar se callan de golpe. Seguro que hablan de las chicas y tal y como está el panorama, deciden callarse delante de nosotros.

—Buenas noches —saludamos.

—Hola, chicos. ¿Qué tal lo habéis pasado? —pregunta mi padre.

—Todo bien, papá. Este pequeñajo ha caído destrozado, voy a ponerlo en su cama y me voy a dormir, yo también estoy muerto.

—¿Habéis podido hablar con él?

—No, él ha hablado con nosotros —lo informa Dani, riéndose—. Cuando hemos querido explicarle qué pasaba, aquí, tu nieto, nos ha dicho que ya sabía que no éramos novios de las chicas. Además, dice que desde que estamos separados siempre estamos tristes, razón por la que Pol deduce que todavía las queremos y que volveremos a ser novios. ¿Qué te parece, Eduardo?

Tanto mi padre como Juana arrancan a reír. Nos dicen que parte de razón tiene y que pensamos que no se enteran de nada, pero lo saben todo. Al final, me despido de ellos para poner a dormir a Pol; ahora ya empiezan a dolerme los brazos y al llevar el yeso todavía no quiero forzarlo.

Le pongo el pijama a mi pequeño que no se entera, de lo cansado que va. Una vez ya lo tengo tranquilo en su cama, voy al cuarto que comparto con Dani y me desnudo para irme a la cama. Hace un calor inhumano y me doy cuenta de que no tengo nada para beber y necesito refrescarme antes de ponerme a dormir. Me pongo un pantalón, más que nada, por respeto a Juana. Dani ya se ha metido en la cama y casi está dormido. Me acerco a la cocina y oigo que todavía están los dos de charla; parece que no me han oído y, aunque sé que lo que voy a hacer no está bien, me quedo escuchando parte de su charla, detrás de la puerta medio abierta.

—Y, entonces, ¿qué piensa hacer esa muchacha? ¿No piensa decirle nada a él? —pregunta mi padre—. Mira, Juana, yo me la quiero mucho, pero lo que hace no está bien.

—¿Crees que no lo sé, Eduardo? No te puedes imaginar la de veces que le

he dicho que se lo diga, que tiene derecho a saberlo, que como se entere por otras personas va a ser peor. Pero no hay forma de hacerla entrar en razón y siempre acabamos con una discusión.

—Juana, yo como hombre que soy, no me gustaría que me ocultaran que voy a ser padre. Si ya tiene cuatro meses de embarazo, pronto no lo va a poder ocultar. Con todo el dolor de mi corazón, te digo que está haciendo las cosas muy mal.

He perdido el color de mi cara, estoy mareado y me apoyo en la pared para no caerme. ¿Embarazo? ¿Un hijo? ¿Será Sophie la que está embarazada? No puedo más con esta incertidumbre, tengo que saber si es ella, y la única manera de saberlo es preguntando. Entro en la cocina como un huracán y, del susto, hago saltar a Juana en la silla. Por mi cara ya saben que me he enterado de algo de su conversación.

—Juana, ahora mismo me vas a decir quién está embarazada. ¿Es Sophie? Porque sí es así, me va a oír...

—Hijo, siéntate, tranquilo. No es Sophie, es Tamara. Espera un bebé de Dani, pero es tan cabezota...

Mi padre no puede acabar la frase ya que, al mirar a Juana, que se ha quedado blanca, nos damos cuenta de que Dani está en la puerta de la cocina e intenta asimilar lo que ha oído.

—¿Podéis repetir eso que habéis dicho? Creo que estoy tan cansado que he oído que Tamara espera un hijo mío. —Ha ido levantando el tono de voz, está realmente cabreado—. ¿Nadie pensaba decirme nada? ¿Qué clase de amigos sois?

—Dani, por favor, cálmate. Creo que quien tenía que decírtelo es Tamara, no nosotros —se excusa Juana.

—¡A la mierda todo! Se va a enterar esa bruja cuando la pille. Me voy a Sevilla a pedirle explicaciones. —Intenta salir de la cocina, pero se lo impedimos. En su estado de nervios y la hora que es, sería muy imprudente y peligroso dejarlo marchar.

—Mira, colega, ahora vamos a descansar y mañana por la mañana, si todavía quieres ir a buscarla, yo te acompañaré. Imagino cómo te sientes, pero así, en caliente, no te puedes poner en la carretera —le explico a mi amigo, e intento que entre en razón.

Asiente con la cabeza y nos vamos a dormir o, por lo menos, a intentarlo. Oigo como moquea, así que imagino que está llorando. No digo nada, lo conozco y sé que ahora lo que necesita es desahogarse. En este momento,

tengo sentimientos contradictorios, estoy triste por mi amigo y, a la vez, contento; porque si de algo estoy seguro, es de que va a ser un gran padre. Por mi parte estoy aliviado de que no sea Sophie la que está embarazada, pero me doy cuenta de que no me hubiera importado volver a ser padre con ella. Joder, qué lío mental. A ver que nos depara el día de mañana, pues no me cabe la menor duda de que va a ser movidito.

CAPÍTULO 20

Sophie

Me encanta la sensación del sol calentando mi piel, sé que hemos tomado una muy buena decisión al venir a Sevilla. Es una ciudad preciosa, con mucho duende y un clima fantástico, aunque, a veces, te achicharres de calor.

Son las cuatro de la tarde, y aquí estamos Tammy y yo, llenándonos de vitamina D en la piscina del hotel. Después de dejar a Cloe en la actividad de manualidades, organizada por el hotel para los pequeños, decidimos plantarnos en las hamacas y hacer el vago. Mi amiga está bastante más animada, creo que estar lejos de Dani y descansar le ha venido muy bien. Está preciosa con esa barriga que ya muestra su cuerpo, sus ojos brillan cada vez que hablamos del bebé. La veo más segura y me ha prometido que, cuando volvamos, va a hablar con Dani.

Y yo, pues, también estoy más relajada, el hecho de saber el motivo por el que Jorge se ha alejado de mí, en cierta manera, me deja más tranquila. No es que tenga menos importancia, que la tiene, y mi madre pagará por ello, pero saber que el motivo no es que ya no me quiera, me da un poco más de esperanza. Quizás, algún día, podamos volver a lo que teníamos, volver a estar juntos de nuevo y poder crear una familia. Que haya pasado por mi vida me ha hecho madurar y tener más claro lo que quiero, y si, además, le sumas tener a Tammy a mi lado y ver lo bonito de sentir crecer un trocito de ti en tu interior, pues ha despertado mi instinto maternal de golpe.

—¿Quién coño...? —Oigo a mi amiga quejarse. Giro la cabeza y abro los ojos para saber qué le pasa. Parece que alguien se ha puesto delante y le ha tapado el sol.

Me incorporo en mis codos y guiño un ojo para intentar averiguar quién ha osado molestar a Tammy y romper nuestra tranquilidad. Casi me da un soponcio al ver la figura alta y fuerte que está frente a nosotras, su cara de cabreo y esos ojos que sueltan chiribitas de la rabia. Sí, este ser masculino tan cabreado no es otro que Dani. Noto como mi amiga intenta tapar su cuerpo con el vestido que llevaba puesto cuando bajamos, aunque creo que llega tarde, por su cara de enfado y su mirada fija en la barriga de Tammy, ya se ha enterado del secreto. Esto no pinta nada bien. Después de avisarla, en tantas

ocasiones, de que no era bueno que se enterara por otra persona… al final, se ha cumplido lo peor.

—No hace falta que te tapes, ya me he enterado, y no por ti, precisamente —sisea Dani, con la mirada llena de ira y el rostro desencajado—. Todavía tenía la esperanza de que la información no fuera cierta...

Me incorporo para acercarme a mi amiga, está en *shock*, no ha abierto la boca y sus lágrimas ya empiezan a descender por su cara. Me levanto, pero Dani me frena con su mano para que no me acerque.

—Ni se te ocurra meterte en esto, Sophie. Ella ya es mayorcita para hacerse responsable de sus actos.

—Dani, tranquilízate, este no es el lugar para conversar del tema, y, hasta que no estés más calmado, no te voy a dejar hablar con Tamara. —Oír esa voz hace que se me erice la piel, lo noto a mi espalda, y lo único que puedo hacer es abrazarme a mí misma. ¡Cuánto lo he echado de menos! Estaba tan pendiente de mi amiga que no he sido consciente de su presencia hasta que le ha hablado a Dani—. Sophie —mi nombre en su boca consigue que un escalofrío recorra mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies—, llévate a Tamara a la habitación y nos esperáis allí.

Me giro y lo miro, por primera vez, desde la invasión de mi madre en el hospital. Sigue igual de guapo y *sexy* que siempre. Lleva un pantalón tejano corto por la rodilla y una simple camiseta blanca. Todavía lleva el yeso en el brazo, pero yo lo veo más guapo que nunca. Lo único que consigo es asentir con la cabeza, no me salen las palabras, vaya dos estamos hechas; supongo que nos han pillado tan de sorpresa que todavía es difícil asimilar que estén aquí. Con razón, esta mañana, Dani me envió mensajes haciendo tantas preguntas; por lo visto, inconscientemente, le he dado la información suficiente para que dieran con nosotras.

—Estamos en la habitación trescientos diez, está en la tercera planta, bueno, lógico, si empieza por tres... —Me siento idiota, me he puesto tan nerviosa que solo digo tonterías. Mi amiga tira de mí para irnos, perderlos un rato de vista y poder centrar las ideas.

Nos vamos tan rápido que me doy cuenta, por el camino, de que me he dejado las gafas de sol en la hamaca, así que me suelto un momento de mi amiga, pidiéndole que me espere, pero ella decide hacerlo en la habitación. Vuelvo afuera para recuperarlas, y lo que veo me encoge el corazón, los dos están sentados en una hamaca, uno al lado del otro. Jorge le tiene pasado un brazo por los hombros a Dani, consolándolo, este tiene la cabeza agachada y

yo diría que llora. Solo espero que Tammy y Dani puedan superar este contratiempo, que él consiga perdonar los errores de mi amiga y puedan ser felices, por el bien de ellos y de los pequeños.

Me acerco en silencio y al notar mi presencia los dos levantan la cabeza y me miran. La mirada de Jorge me expresa ternura, admiración y creo que amor. La de Dani es de rabia, tristeza y resignación.

—Perdón, venía a recuperar mis gafas —informo, señalando las gafas que Jorge tiene en su mano—, me las he dejado con la huida.

Jorge me regala una de sus sonrisas a medias, mientras me entrega las gafas y eso me da ánimos para sentarme en la hamaca que hay frente a ellos. Alargo la mano y cojo la de Dani; sorprendido, levanta la vista y me encuentro de nuevo con sus ojos acuosos. Mi contacto lo relaja, supongo que él esperaba que yo no fuera capaz de entenderlo, pero no es así. Entiendo a mi amiga porque viví toda su experiencia anterior y conozco sus temores, pero también conozco un poco a Dani y sé que no es como el papá de Cloe. Dani es un hombre fantástico y lo ha demostrado en un millón de ocasiones.

—Dani, sé que todo esto es muy duro de asimilar. También sé que Tammy se ha equivocado, que no ha hecho las cosas bien, no la voy a justificar, pero sí la comprendo. Yo estuve con ella durante todo el embarazo de Cloe, vivimos juntas lo duro que fue afrontar la vida, sin que el padre de tu hija esté para apoyarte, como se supone que tiene que ser. Supongo que los miedos volvieron y no han ayudado a tomar las decisiones correctas. Sé que la quieres y por eso te pido que no seas muy duro con ella. —Me aprieta la mano y se la acerca para besarla.

—Te agradezco las palabras, Sophie, pero tengo tanta rabia interior que no soy capaz de entender por qué me lo ha ocultado. Es verdad que nos hemos distanciado, pero nunca he dejado de ver a Cloe, de buscarla, de llevármela a pasear, siento locura por esa niña, vosotros lo sabéis —nos dice, mirándonos —. No puedo entender qué le ha hecho pensar que yo no me iba a hacer responsable de mi hijo, de mi sangre, y me duele en el alma su falta de confianza.

—Solo ella puede expresarte sus razones, después ya decides si tienen sentido o no y si la puedes perdonar. Tenéis que hablar tranquilamente y decidir lo mejor para todos, siendo conscientes de que hay niños de por medio. Pero una cosa si te puedo decir, Dani; la cabezota de mi amiga está loca por ti y es consciente de que metió la pata al alejarse. Te aseguro que lo ha pasado muy mal.

Sonríe de medio lado, para hacerme entender que su amor es mutuo, sé que este hombre está loco por los huesos de Tammy y que la pequeña Cloe lo trae de cabeza. Si de algo estoy segura es de que, pase lo que pase, va a ser un gran padre.

—Ahora que estás más calmado, creo que deberías subir a la habitación y hablar con ella —le dice Jorge—. Nosotros esperaremos en el bar, mientras tomamos algo. Cualquier cosa, me llamas por teléfono.

Dani asiente sin decir nada, se levanta a la vez que Jorge y se funden en un sentido abrazo. Después se gira, deja un tierno beso en mi mejilla y vemos como se pierde en el interior del hotel hacia su objetivo, que espero no sea otro, que recuperar a sus chicas y disfrutar de ese bebé que viene en camino.

—Morena, estás preciosa. —Oigo la voz de Jorge que, con sus palabras, me devuelven a la realidad de nuevo. Me giro y mi cuerpo se estremece al notar su mirada sobre mí—. ¿Vamos dentro y nos tomamos algo? Aquí hace un calor de la muerte.

Pasa por mi lado para entrar al hotel y poder refrescarnos; entre el calor y la excitación que desprenden nuestros cuerpos al reconocerse, nos vamos a desintegrar. Al pasar entre las dos hamacas, su cuerpo roza el mío que no tarda en reaccionar y, a pesar de estar sudando, mis pezones han reaccionado a su contacto. Al estar ya delante de mí, estira su brazo, ofreciéndome su mano, cosa que no dudo en aceptar. Echaba tanto de menos su contacto y sé que parece una tontería, pero con él a mi lado y su mano envolviendo la mía, me siento la mujer más protegida y más feliz del planeta.

Nos sentamos en una mesa al lado de una cristalera desde donde disfrutamos de las vistas al jardín interno del hotel. En dos segundos ya tenemos al camarero a nuestro lado y apunta las dos cervezas frías que le pedimos. Entre el intervalo de sentarnos, atendernos y servirnos nuestras consumiciones, ninguno de los dos ha abierto la boca y hemos hecho todo lo posible para que nuestras miradas no se encuentren. Es un poco incómodo ya que entre nosotros siempre ha habido mucha conexión y se me hace extraño.

—¿Cómo va tu brazo? —le pregunto, para romper el silencio.

—Mucho mejor, espero que, a nuestro regreso, me quiten el yeso. Es un engorro, no he podido bañarme ni una sola vez con Pol en la playa. —Hace un silencio, me mira fijamente y acaricia mi mano encima de la mesa—. Te echa mucho de menos, ¿sabes? Me pregunta cada día por ti. No somos capaces de alejarte de nuestras vidas. No te imaginas lo duro que es pensarte cada día y no poder estar contigo.

No consigo reprimir mis lágrimas por sus palabras y caen sin control por mis mejillas. Soy totalmente consciente de lo duro que es, porque a mí me pasa exactamente lo mismo. Es muy difícil levantarse cada mañana y saber que, por el egoísmo de otra gente, no puedes estar con las personas que amas y con las que eres feliz.

—Yo también os echo mucho de menos —contesto—. No te puedes imaginar lo rabiosa que estoy con mi madre por ponerte entre la espada y la pared y amenazarte con Pol. Pero no se va a salir con la suya, Jorge.

—¿Cómo te has enterado de lo que me dijo tu madre? Hasta hace poco nadie sabía nada, no quería involucrar a nadie. Ya me conoces, soy muy mío y me gusta arreglar mis problemas. ¿Te lo dijo Juana? Porque mi padre lo sabe y esos dos tortolitos no se tienen secretos.

Niego con la cabeza y me recreo en esa sonrisa de verdad, esa que suele reservar para los suyos y que tantas veces me ha dedicado a mí. No sé cómo lo vamos a hacer, pero no pienso dejar que se aleje de mí de nuevo. No quiero seguir perdiéndome su sonrisa, su mirada, e incluso, su ceño fruncido, ese que siempre lo acompaña.

—Me lo dijo mi padre. Desde que pasó lo del hospital y desapareciste, ha movido cielo y tierra para saber los motivos de nuestra ruptura y de que su pitufa estuviera hecha un mar de lágrimas constantemente. —Arruga los morros al oír mis palabras y baja la mirada al vaso—. No me preguntes cómo, pero se enteró y fue la gota que colmó el vaso. Ya se ha puesto en contacto con su abogado y está preparando el divorcio. Jorge, sé que no te gusta que te ayuden, pero tan pronto me dijo el motivo de que me dejaras, y supe que no era voluntariamente, nos pusimos de acuerdo en buscar al mejor abogado del planeta para que no te pueda quitar a Pol de ninguna manera, costase lo que costase.

Noto como se pone tenso en la silla, es un cabezota de manual y sé que le preocupa que mi familia tenga dinero. Piensa que no está a la altura si se deja ayudar y sé que me va a ser muy difícil convencerlo para que acepte al abogado que le ofrece mi padre.

—Sophie, no pienso... —No le da tiempo a terminar la frase porque nuestros amigos aparecen en escena—. Esta conversación no se queda aquí.

La cara de Dani y Tammy no expresan nada en concreto, supongo que han pasado muchas cosas y necesitan tiempo para asimilar todas las novedades que se presentan en sus vidas. Nosotros tampoco preguntamos, sabemos que necesitan su espacio. Ya ni se sientan en la mesa pues son casi las seis de la

tarde y hay que recoger a Cloe de la actividad organizada por el hotel. Ella sí que se va a llevar la sorpresa de su vida; ver a Dani, y espero que le cuenten que va a tener un hermanito o hermanita.

—¡Daniiiiiii! —Nuestra pequeña ratita se lanza a sus brazos—. Has venido a verme. ¡Dime que te vas a quedar unos días con nosotras! *Porfi*, *porfi*...

—Princesa, primero vamos a sentarnos allí un momento, mamá y yo tenemos que explicarte una cosa.

La pequeña frunce el ceño y obedece a Dani que la lleva cogida de la mano. La sientan en el banco y Tammy se arrodilla delante de ella.

—Mi vida, sabes que mamá ha estado muchos días mala de la barriga y vomitaba mucho. —Cloe asiente con la cabeza. Dani se arrodilla al lado de Tammy y le coge la mano—. Bien, pues el motivo de que estuviera mala es que, en mi barriga, crece un bebé. Así que vas a ser una hermana mayor.

A la pequeña se le ilumina la cara y mira, alternativamente, a su madre y a Dani. Intenta adivinar si esa noticia es verdad o la están engañando. Pasan unos minutos donde parece que no reacciona hasta que se pone seria y nos deja a todos desencajados con su pregunta.

—¿Ese bebé tampoco tendrá papá, como yo?

—Princesa, yo soy el papá de ese bebé. Como vas a ser la hermana mayor nos tendrás que ayudar mucho a cuidarlo.

—¿Y también serás mi papá? —le pregunta la niña con el tono de voz más feliz que le hemos oído nunca—. ¿Ya voy a tener un papá?

—Cariño, Dani te quiere mucho, pero no es tu papá. Que no lo sea, no significa que no te lleve a pasear como hasta ahora y podáis ir a comer un helado.

—Pero yo no quiero eso. Yo quiero que sea mi papá, como va a ser el del bebé. ¡No es justo! —chilla—. Yo soy más grande, tengo derecho a tener un papá y quiero que sea Dani. Si no puede ser mi papá, pues tampoco quiero ser hermana mayor. ¡No quiero a ese bebé!

Salta del banco y arranca a correr. Les digo que ya voy yo a por ella. Consigo alcanzarla y la abrazo a mi cuerpo para darle consuelo y que se desahogue. La pobre tiene el corazón roto y es muy comprensible. Es muy pequeña para entender los líos en que nos metemos los mayores, que siempre lo complicamos todo.

Jorge

Qué difícil es la vida, a veces, sobre todo, para una niña tan pequeña. Es muy complicado que entienda lo que pasa. Dani y Tamara están desencajados, la verdad es que a todos nos ha cogido desprevenidos la reacción de Cloe. De lejos, vemos como Sophie la tiene abrazada y la pequeña llora desconsolada.

—No os angustiéis, es pequeña y acabará entendiendo la situación. Os lo digo por experiencia —les comento—. Yo creo que lo mejor es que, ahora, los dos os vayáis a dar una vuelta y dejéis que nosotros hablemos con ella. ¿Nos vemos en media hora en la cafetería?

—Vale. Voy a acompañar a Tamara para que se tome algo y se calme.

Veo como los dos dan la vuelta y, cogidos de la mano, se dirigen al interior del hotel. Cuando los pierdo de vista, voy hacia las chicas; a ver si entre los dos podemos calmar a la pequeña y puede llegar a entender un poco mejor la situación. Están sentadas en un banco, bueno, la que está sentada en el banco es Sophie y la pequeña está encima, aferrada a su cuello, mientras le acaricia la espalda, esperando a que se calme para poder hablar con ella.

Me acerco y me siento al lado de mi morena. Me mira con cara de pena; sé que está disgustada por la niña, la quiere con locura y verla así de triste le duele. Paso un brazo por sus hombros, acercándola a mí y le doy un beso en la cabeza, mientras ella apoya su cabeza en mi hombro. Mantenemos el silencio a la espera de que Cloe deje de llorar y poder hablar con ella. Pasan unos cinco minutos, aproximadamente, hasta que se calma un poco y ahora solo quedan los suspiros del disgusto.

—¿Estás más tranquila, princesa?

La pequeña asiente con la cabeza y se incorpora un poco encima de Sophie para mirarnos. Tiene una tristeza en la cara que hace que el corazón se te encoja.

—Jorge, ¿tú crees que me podría ir a vivir contigo y con Pol? Como tita Sophie vive con mami no me puedo ir a vivir con ella...

—Por nosotros no hay problema, pero yo creo que tu mamá se pondrá muy triste si te vas de su lado, ¿no crees? —le pregunto a la pequeña.

—Sí, ya lo sé. Yo también la voy a echar mucho de menos, pero pronto tendrá el bebé y como Dani es el papá, pues yo ya no haré nada con él. Ya tendrá un hijo con quien jugar. No me gusta quedarme sola, si me voy con vosotros podré jugar con Pol. Como él tampoco tiene mamá...

—A ver, mi niña —llama su atención Sophie —, tanto mamá como Dani te quieren muchísimo. Ahora están súper tristes porque ven que tú también lo estás. Cloe, que Dani no sea tu papá no significa que no te quiera, o te quiera menos. Y que mami tenga otro bebé tampoco es que no te vaya a querer a ti. Siempre serás su princesa y siempre vas a poder contar con Dani, para lo que sea. Igual que con nosotros, vamos a querer mucho al bebé, pero nunca vamos a dejar de quererte a ti, mi cielo.

—Piénsalo, princesa. Ellos ahora van a necesitar mucha ayuda para cuidar al bebé, y tú, como hermana mayor, le vas a poder enseñar un montón de cosas. Igualmente, en nuestra casa siempre tendrás un sitio para dormir, sobre todo cuando llore por las noches porque tenga hambre —le digo, para hacerla reír un poco, ya que parece que se ha relajado.

—Me parece un buen plan —me contesta—, aunque no sé si ahora mamá y Dani me van a perdonar por decir esas cosas tan feas que he dicho. Estaba muy enfadada y triste, pero no es verdad que no quiera ser hermana mayor. Me gustaría mucho poder enseñarle cosas.

—Seguro que lo haces muy bien —le explica Sophie—. Y sobre Dani y mamá, seguro que, si les pides perdón, lo van a entender.

Cuando entramos en el bar del hotel, donde habíamos quedado con Dani y Tammy, los vemos sentados en una mesa del fondo, muy cerca el uno del otro, dándose cariño o consuelo. Es bonito ver como, poco a poco, van superando sus diferencias y prevalece el amor por encima de todo. Cuando notan nuestra presencia, se separan y nos miran con angustia; no saben lo que se van a encontrar con la pequeña Cloe.

—Mi niña, ¿estás mejor? —le pregunta Tammy con la voz entrecortada.

Es tan difícil enfrentar a los niños cuando hay problemas y más duro es hacerlo solo; lo sé por experiencia, aunque las cosas cambian y ni Tammy ni Sophie están solas ahora.

—Lo siento mucho, mami —le responde la pequeña con las lágrimas corriendo por sus mejillas—. Ya me ha dicho la tita Sophie que me vais a querer siempre y aunque Dani no sea mi papá va a seguir jugando conmigo y llevándome al parque y a comer helados.

Los ojos de nuestros amigos se ponen acuosos hasta derramar varias lágrimas de alivio, de felicidad…

—Nosotros te vamos a querer siempre, mi pequeña princesa —le hace saber Dani. La pequeña se tira a sus brazos y, así, parece que las aguas vuelven a su cauce.

Yo me arrimo a mi morena que también tiene la cara mojada por la emoción. Estas chicas son como su familia, sé que las quiere mucho y haría todo lo que fuera por ellas, así es Sophie, todo corazón; por su gente hace lo que sea, así le va, a veces, de lo buena que es.

—Morena, tú y yo tenemos una charla pendiente —le recuerdo, para poder aclarar el tema del abogado.

—Lo sé, ¿qué tal si dejamos que estos disfruten de su reencuentro y nos vamos a mi habitación? Pero que sepas que no me vas a hacer cambiar de opinión.

Sé a lo que me arriesgo si permanezco a su lado, pero no soy capaz de resistirme a ella. Todo lo que me hace sentir es superior a mí, me comporto como un adolescente cuando está cerca. Es una mujer preciosa, eso está más que claro, es una cosa que se puede ver a simple vista, pero no solo es eso; es maravillosa, con un corazón enorme, valiente, independiente y muy inteligente. La mujer perfecta, al menos, para mí; no puedo negar que la deseo con toda mi alma.

Nos despedimos de nuestros amigos y quedamos para, más tarde, salir a cenar todos juntos. Sophie y yo nos dirigimos al ascensor para subir hasta su habitación, lo hacemos en silencio; supongo que los dos pensamos en cómo enfocar el tema, qué decirnos para convencernos el uno al otro y también están presentes las ganas que nos tenemos mutuamente. La campana del ascensor suena, avisándonos de que ha llegado, nos hacemos a un lado para dejar salir a la gente y, cuando ya está vacío, entramos. Nos quedamos solos en el interior, yo apoyado en la pared del fondo, repasándola con la mirada, recreándome en su fabuloso trasero. Ella se apoya en la pared de la izquierda, mirando al frente.

—Siento mucho todo lo que te ha hecho mi madre y todo lo que has sufrido por su culpa, te he echado tanto de menos… —dice, con la voz entrecortada por la emoción.

No puedo contestar, porque vuelve a sonar la campanilla del ascensor, invitándonos a salir. Va delante de mí sin mirar atrás y yo la sigo. No hay nada que desee más que estar con ella, abrazarla, memorizar de nuevo su cara, sus gestos, saborearla y hundirme en su interior. Siento una presión en el pecho por el miedo de volver a perderla o separarme de ella, de nuevo. Todavía retumba en mi cabeza la amenaza de su madre y eso me enfurece, ya que me hace ser consciente de que no veo una solución factible para mí. Es quedarme sin uno de mis amores y esa idea me hace estremecer de rabia e impotencia.

***

La habitación, en sí, no tiene nada de especial, es en tonos oscuros, con una cama de matrimonio en el centro, con sábanas blancas, armario empotrado en la entrada y con una puerta a la izquierda donde está el baño. Lo más bonito es la pequeña terraza desde donde se puede observar la ciudad, con su movimiento y sus colores.

Mi morena deja su bolso encima de una silla, junto al escritorio, donde tiene toda clase de libretas, libros y papeles. Lo poco que convivimos, pude comprobar que los libros son parte de su vida; leer y escribir es un pedazo de su mundo.

—¿Quieres beber algo? Creo que hay alguna cosa en el *minibar* —Me mira por primera vez.

—De momento no, gracias. Sophie —la reclamo pues, aunque estamos uno frente al otro, su mirada está centrada en el suelo—, mírame, nena. A mí también me cuesta seguir mi vida sin tenerte a mí lado, pero estoy entre la espada y la pared. A pesar de que te quiero con locura, tú sabes perfectamente que mi hijo es mi prioridad absoluta y no puedo permitir que me separen de él.

—En ningún momento he pedido que me escojas a mí, no lo haría nunca —dice en tono irritado—, y no me conoces como yo pensaba si crees que haré algo que pueda perjudicaros. Pero que te quede claro; voy a hacer todo lo posible para enfrentar a mi madre, como si me tengo que gastar todo el dinero que tengo, pero no voy a volver a permitir que me quiten mi felicidad; y mi felicidad, ahora, sois vosotros.

Me sorprende tanto su enfado que no sé qué decirle, pero sí sé lo que quiero hacer. Así que doy tres pasos, que son los que me acercan a ella, enmarco su cara con mis manos, acaricio sus mejillas y noto su calor, acerco mi cara hasta unir nuestras frentes.

—Eres una mujer maravillosa —suspiro. Tengo tantas ganas de besarla—. Pero debes entender que no puedo aceptar, ni tu ayuda ni la de tu padre…

No me deja acabar de hablar, retira mis manos de su cara, cabreada y su mirada casi me fulmina. Mi reacción no le ha gustado, pero tiene que entender mi postura, no puedo empezar una relación, una vida, donde ella ya me tenga que salvar el culo. Sé que igual es difícil de entender, pero siempre he conseguido salir de los problemas yo solo y soy bombero… Joder, yo ayudo a los demás, no al revés.

—¿Eso es lo que dices que me quieres? —me pregunta, con las mejillas encendidas—. ¿Este es el esfuerzo que vas a hacer para que estemos juntos? «No, yo soy un macho y no necesito ayuda» —dice con tono grave, imitándome—. Mira, Jorge, yo tengo claro que Pol es prioritario, pero pensaba que el amor que dices sentir por mí, sería lo suficientemente fuerte como para que juntos, sin pensar en la mierda del dinero, pudiéramos luchar por lo nuestro. Pero ya veo que tu orgullo de hombretón es más fuerte. Yo no me pienso rendir, que lo sepas. Y ahora necesito estar sola, así que lárgate a dar una vuelta para que yo pueda relajarme.

Se da media vuelta sin dejarme, siquiera, responder y se encierra en el baño con un portazo. Madre, que carácter tiene la morena, y cómo me gusta. Para no caldear más el ambiente, hago lo que me ha pedido sin rechistar; por lo menos no me ha negado la entrada de nuevo a su habitación. Cojo la tarjeta y aprovecho para bajar al coche a recoger mi mochila y, de paso, llamo a mi padre para contarle un poco cómo ha ido la cosa. Ellos también estaban nerviosos por la reacción de Dani, así que los tranquilizo y hablo con mi hijo, informándolo de que nos veremos pronto.

Cuando creo que ya ha pasado el tiempo suficiente, vuelvo a subir a la habitación. Al abrir la puerta, oigo música de fondo; es *Perfect,* de Ed Sheeran y Beyonce. Sé que a ella le gusta mucho, la verdad es que es preciosa. Al terminar, vuelve a comenzar; la tiene puesta en repetición. En la cama no está, así que imagino que estará en el baño, abro la puerta y la veo dentro de la bañera, con los ojos cerrados y rodeada de espuma. No sé si, con el ruido de la música, es consciente de que estoy aquí de nuevo.

Me siento en el suelo, al lado de la bañera y la observo durante un rato; es preciosa y tiene razón, no puedo rendirme tan fácilmente, tengo que luchar por ella. Acaricio su mejilla y ella, a mi contacto, abre los ojos y me mira con intensidad.

—Lo siento, nena. Deja que te mime —le digo, mientras mi voz se mezcla con la canción.

Cojo una esponja que hay en forma de flor y la lleno de jabón. Empiezo a lavarle los pies, sigo por una pierna hasta la ingle y vuelvo a realizar la misma acción con la otra pierna. Veo como inclina la cabeza hacia atrás y entreabre la boca de donde salen pequeños jadeos de placer.

—Tengo tanto anhelo de tu cuerpo, hace tantos días que no lo recorro con mis manos, que no lo saboreo...

Dejo caer la esponja en el agua, ella levanta la cabeza al notar mi mano en

su piel. Asciendo mi caricia por su pierna, mientras ella me mira con ojos brillantes de anticipación.

Introduzco la mano hasta que alcanzo mi objetivo, el centro de su cuerpo. Paseo mis dedos por su clítoris, consiguiendo que el placer no le permita mantenerme la mirada. Vuelve a deslizar su cabeza hacia atrás, cierra sus ojos y deja expuesto su maravilloso cuello. Su posición me demuestra la intensidad de su deseo, que la lleva a elevar las caderas para buscar más placer.

—¿Te gusta?

—Sí… no pares… —susurra.

No lo voy a hacer, quiero que explote, quiero que se retuerza y se llene de placer. Quiero ver su preciosa cara cuando alcance el orgasmo y sentirla vibrar en mi mano. Introduzco un dedo en su interior y analizo su reacción, añado un segundo dedo y sus jadeos son más fuertes. Empieza a estar desatada con sus movimientos sin control, buscando así su placer. Con el pulgar acaricio su punto mágico y noto como ya no se puede aguantar más y estalla, pronunciando mi nombre. La sensación de mis dedos absorbidos y presionados por su interior, casi consiguen que me corra sin tocarme siquiera.

La canción sigue sonando, el suelo está lleno de agua y yo tengo el pantalón mojado, pero no importa; todo pierde importancia cuando levanta la cabeza y me mira con ojos brillantes.

—Te quiero —susurra.

CAPÍTULO 21

Sophie

Qué gusto estar de vacaciones, pero lo mejor es despertar entre los brazos de mi *fireman*. Después de la maravillosa sesión de bañera y el maravilloso orgasmo que me regaló, mi grado de enfado bajó considerablemente. Es imposible resistirse a un hombre como él y, a pesar de que todo sigue patas arriba, creo que nos va a ir muy bien una tregua y poder disfrutar un poco el uno del otro.

Tiene su pecho pegado a mi espalda y su brazo rodea mi cintura, su respiración es relajada, lo que me demuestra que aún duerme, pero yo necesito ir al baño. Intento escabullirme de su agarre sin despertarlo para poder vaciar mi vejiga, pero al coger su brazo para poder levantarme, él me aprieta con más fuerza hacía su cuerpo; puedo notar una parte concreta de su anatomía que se me clava en el trasero.

—Jorge, por favor, necesito ir al baño… —casi le suplico, la verdad es que estoy muy al límite.

—No tardes, te necesito cerca —contesta con la voz somnolienta.

Me levanto de un salto y voy hasta el baño, mientras me lavo las manos y los dientes, observo mi rostro en el espejo y la visión que me devuelve me gusta mucho; es de una mujer feliz, que le brillan los ojos y que sabe que tiene a un pedazo de hombre esperándola en la cama; para qué nos vamos a engañar. Una vez que he acabado en el baño, regreso a la habitación y me acurruco junto a Jorge, que rodea mis hombros atrayéndome hacia su cuerpo y deposita un beso en mi cabeza.

—¿A qué hora regresáis a Alicante?

—Todavía no lo sé. Tengo que hablar con Dani, no sé qué planes tiene. Si se quiere quedar con las chicas, yo tengo que volver en avión.

Se crea un silencio entre nosotros, mientras nos acariciamos lentamente, cada uno pensando en sus cosas. No quiero que se vaya sin haber aclarado nuestra situación. Si algo sé es que no quiero dejar de verlo, ni de disfrutar de su compañía, pero también soy consciente de que debemos ir con mucho cuidado.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Jorge? —pregunto sin mirarlo—. Yo no

quiero que me dejes, no quiero que lo nuestro se quede en nada.

—No lo sé, pequeña. Supongo que tu madre debe de tener a alguien vigilándonos. No me puedo arriesgar hasta que esté seguro de que ella o Clara no puedan hacer nada para quitarme a Pol. Lo bueno es que somos vecinos y allí no pueden saber si estamos juntos o separados.

Me incorporo y apoyo mi barbilla en la mano que tenía en su pecho para mirarlo, cuando nuestras miradas se encuentran me guiña un ojo. Su provocación y su cara de pillo me arrancan una sonrisa y consigue calmar un poco la tensión.

—¿Me estás pidiendo que sea tu amante escondida? —le pregunto, elevando mi ceja.

—Te pido que seas mi chica, mi mujer, mi amante, como lo quieras llamar, pero dadas las circunstancias del momento, lo haremos a escondidas. Es lo único que se me ocurre —dice, mientras introduce su mano por mi camisola de dormir, hasta alcanzar mis pechos—. No quiero dejar de tocarte, saborearte, follarte…

Al final empezamos la mañana de la mejor manera posible, disfrutando el uno del otro, de nuestros cuerpos y del amor que tenemos para darnos.

***

Sobre las doce del mediodía, nos encontramos con Dani, Tammy y Cloe en la recepción del hotel para ver qué planes tienen y que Jorge pueda organizar su vuelta. Dani no ha podido escapar al encanto de las chicas y se va a quedar los días que nos faltan de vacaciones con ellas; así que Jorge cogerá un vuelo hacia Alicante y acabará allí sus vacaciones como tenía previsto. No me hace ninguna gracia tener que separarme de él y me doy cuenta de que esto va a ser más difícil de llevar de lo que yo imaginaba. Se despide de nosotros de manera amistosa, pues la despedida íntima ya la hemos hecho en la habitación para evitar que nadie pueda sospechar nada y se marcha, dejándome un vacío en el corazón. Lo que me queda de vacaciones ya no será lo mismo.

Pasamos los días que nos quedan disfrutando al máximo. Cloe y yo hemos aprovechado para salir de paseo todos los días y atiborrarnos de helado. Intento dejar a Dani y Tammy solos para que puedan hablar y descansar, aunque creo que de descansar… poco. Si no estuviera un bebé en camino, ya se estaría engendrando. Me alegro tanto por ellos. Es tan bonito volver a verlos juntos, riéndose, haciéndose arrumacos o besándose… Es agradable

ver que ya vuelven a ser ellos de nuevo; esas dos personas tan dicharacheras y que siempre nos alegran con su simpatía. Ya no recordaba días tan divertidos, de esos que te hacen doblar por la mitad y llorar de la risa, o incluso, los que te llevan al baño o te meas encima, directamente. La verdad es que voy a recordar siempre estas vacaciones. Ya se acaban; es domingo y vamos de camino a Madrid, de vuelta a la rutina.

Durante estos días, Jorge y yo hemos estado en contacto a través del teléfono de Dani, incluso he podido charlar con el pequeño. Me ha explicado mil cosas de todo lo que ha hecho en las vacaciones. Sé que ellos también volvían a Madrid, así que, aunque me dé mucho palo volver a la rutina, estoy contenta porque seguro que hoy tendré una dosis de Jorge.

Son cerca de las seis de la tarde cuando llegamos a nuestro piso. Al entrar al aparcamiento para aparcar, Jorge ya nos está esperando.

—Hola, ¿qué tal os ha ido el viaje? —nos pregunta, una vez hemos salido de los coches.

—Todo bien, con muchas ganas de llegar, esta caja de cerillas es más lento que una caravana de caracoles —le contesta Dani con una sonrisa en la cara. Ha tenido que llevar mi coche que es el que tenía la silla para Cloe.

—¡Oye, tú, *majete*! —le recrimino por meterse con mi coche—. Yo no tengo la culpa de que te creas Fittipaldi.

—Bueno, mujer, no te enfades. Entre tu coche y con la de veces que hemos parado a mear... —Ahora le ha tocado el turno a Tammy.

—Ya me gustaría a mí verte preñado, con lo quejica que eres, no aguantarías ni los tres primeros días —le contesta mi amiga, enfurruñada.

—Bueno, haya calma —les pido—. Tú deja de meterte con todo el mundo que un día te llevarás una hostia y tú tira para casa a descansar que mira como tienes los pies de hinchados.

—Qué palabras más sabias. Qué lista eres, cerebrito —contesta mi amiga.

—Subid vosotros a Cloe, Sophie y yo os subimos las maletas —les comenta mi *fireman.*

Dani coge a Cloe del coche, ya que se ha quedado dormida, para subirla al piso y los vemos desaparecer en dirección al ascensor. Yo me acerco a mi hombretón, que me sigue con la mirada. Una vez llego a su altura rodea mi cintura con sus brazos, me da la vuelta y me sienta en el capó de mi coche, me abre las piernas y se sitúa entre ellas.

—¿Cómo estás, morena? ¿Me has echado de menos?

Acerca sus labios a los míos y me da un pequeño beso, que me deja con

ganas de más. Paso mis manos por su pelo, mimosa, hasta que las dejo en su cuello.

—Pues… no creas. La verdad es que me lo he pasado genial. Cloe y yo hemos ido mucho al parque a ligar con todos los muchachos… —Clava sus dedos en mis costados, haciéndome cosquillas como castigo.

—Así que no has pensado en mí ni un poquito, ¿eh? —Sus cosquillas hacen que me retuerza.

—¡Para, para, por favor! —le suplico, muerta de risa—. Era broma. ¿Cómo no voy a echarte de menos? —Cuando me oye, deja de hacerme cosquillas y vuelve a situarse entre mis piernas—. He echado de menos tus besos —le doy un beso en la nariz, la mejilla, la boca— y tus caricias. —Cojo una de sus manos y la paso por mi cara, mi cuello y mis pechos.

—¡Joder, nena! Qué pena que este no sea el lugar adecuado para demostrarte lo que te he extrañado. Pero esta noche no te escapas.

Con esa promesa y después de unos cuantos besos, para recuperar el tiempo perdido, recogemos las maletas y las subimos al piso. Acordamos que cuando Pol esté dormido, me avisará para que suba a su casa.

Pasamos lo que queda de tarde con la ardua tarea de deshacer las maletas y organizar la ropa. También aprovechamos para poner al día a Juana, que ha bajado a vernos e interesarse por Tammy.

—Ay, mi niña, ¡cómo me alegro de que ya estés bien con Dani! ¿Ya habéis decidido cómo lo vais a hacer? —pregunta Juana, ilusionada.

—Tranquila, Juana. Ya veo que tienes ganas de echarnos del piso. Pero siento decepcionarte, acabamos de reconciliarnos y todavía no hemos hablado de eso.

—¡Por Dios, Tamara! Tú ya sabes que sois mis niñas y os quiero como si fuerais mis hijas. Solo lo comentaba, porque ya casi estás de cinco meses, el tiempo pasa rápido y sería bueno que tuvierais las cosas claras lo antes posible —argumenta Juana.

—Lo sé, mi Juana, pero las cosas no son tan fáciles. Todos estamos acostumbrados a nuestras vidas y, además, hay más gente implicada —le dice, mirándome a mí.

—Por mí no te preocupes, te recuerdo que tengo la herencia de mi abuela y siempre me puedo ir allí a vivir. Por cierto, tenemos que ir un día porque no tengo ni idea de dónde está ni cómo es.

—¿Me estás diciendo que has heredado un piso y todavía no sabes cómo es? Joder, que mal repartido está el mundo —bufa mi amiga.

—No es eso, tonta. Pero no he tenido la necesidad, aquí me tratáis tan bien y me queréis tanto… —digo, abrazándola y tocándole la barriga.

Continuamos nuestra charla mientras hacemos la cena. Juana nos explica como ha disfrutado de sus días con los chicos. Se le nota que está coladita por Eduardo, cada vez que lo nombra le brilla la mirada. Nos cuenta como le gusta pasar tiempo con ellos, que han tenido varias cenas los dos solos, e incluso, se han escapado dos días a un balneario a disfrutar de una puesta a punto del cuerpo, la mente y de sus partes íntimas, que parece que han sido muy atendidas.

Tammy nos cuenta lo duro que fue encarar a Dani, confirmarle que el bebé era suyo y hacerle entender el motivo de ocultarle toda la información. Cree que todavía no lo ha entendido y, a pesar de que ahora están bien, todavía hay una pequeña sensación de malestar o molestia, pero espera que con el tiempo desaparezca. Nos explica lo tierno que fue Dani, una vez pudieron poner todas las cartas sobre la mesa, y lo entusiasmado que está con volver a sus vidas y ser padre. Pero, sobre todo, espera que el bebé sea un niño para que esté la cosa compensada y no se vea invadido por mujeres.

Cuando llega mi turno, les expreso lo complicada que es nuestra relación; que, a pesar de todo el amor que tenemos para darnos, tendremos que ir con mucho cuidado hasta que podamos tratar todo con el abogado y asegurarnos de que no hay ningún peligro para ellos. Juana ya sabía de la amenaza de mi madre a Jorge, pues se lo había explicado Eduardo. Les comento lo defraudada que me siento con relación a mi madre y la sensación de rabia e impotencia que me genera su egoísmo.

***

Son las diez y media cuando suena mi teléfono. Juana hace un rato que se ha ido a su casa, ya que estaba cansada del viaje, y nosotras, una vez que Tammy ha puesto a dormir a Cloe, que ha caído rendida, nos hemos agenciado del sofá y nos hemos puesto a leer. Ella con un libro de cómo afrontar de nuevo la maternidad y yo con una novela policíaca que me tiene totalmente enganchada. Cojo mi teléfono, pensando que es Jorge, pero es Carlos. Seguro que quiere saludar a la jefa, el muy pelotero.

—¡Hola, Carlos! ¿Cómo estás? ¿Echas de menos a la jefa? —contesto. Nos hemos escrito casi cada día; se lo pedí para que me informara de cómo iba el BookCafé.

—¡Hola, Sophie! —Vaya, que me llame Sophie ya me da mala espina y, si a eso le sumo el ruido de sirenas que se oyen de fondo, mi cuerpo ya empieza a ponerse en alerta—. Siento molestarte a estas horas…

—¿Ha pasado algo, Carlos? ¿Qué es ese ruido de sirenas? —Me levanto del sofá.

—Verás, ha habido un incendio en el BookCafé. No sabemos cómo ha pasado, ya sabes que comprobamos todo antes de cerrar. Hoy le tocaba cerrar a Trini y ella siempre es mucho más cuidadosa que yo. Joder, Sophie, deberías venir. A Trini se la acaban de llevar en la ambulancia.

—¡Oh, *my God*! ¿Cómo está? —le pregunto, conmocionada por el suceso. Que el BookCafé se haya incendiado es una desgracia, pero como le pase algo a Trini...

—No lo sé. Solo he visto como la subían en la ambulancia. A mí me ha avisado *Oso*. Está aquí con su unidad.

—Vale, ahora mismo voy. —Cuelgo sin despedirme.

Mi amiga, al verme tan nerviosa, también se levanta del sofá y me frena para que me relaje y le explique qué ha pasado. Cuando consigo centrar mi mente y me veo capaz de hablar con coherencia, le explico lo que me acaba de contar Carlos. Al escucharme y verme tan nerviosa, Tammy se ofrece para acompañarme. Me niego en rotundo, en su estado no debe estar expuesta al peligro ni al humo, y le digo que la mantendré informada.

En cinco minutos, estoy en la calle y corro en dirección a *Mi pequeño mundo*. A medida que me acerco ya diviso las luces de los camiones de bomberos y el corazón se me encoge por momentos. Llego sin aliento por mi carrera. Lo poco que puedo ver, ya que la zona está acordonada, me deja destrozada. Ya no hay llamas, pero sí mucho humo y está todo destruido, los bomberos entran y salen con las máscaras puestas y yo tengo la sensación de que estoy en otra dimensión; como si estuviera viendo las cosas desde fuera, como si no estuviera allí. No oigo las voces, no veo a la gente, estoy impactada.

Jorge

Ya le he enviado dos mensajes a Sophie y no me contesta, estoy en duda si llamarla o no. No quiero presionarla, pero llevo tantos días sin estar a su lado que se me está haciendo cuesta arriba. Quizá se ha quedado dormida, sé que estaba muy cansada del viaje; así que no me queda otra que resignarme una noche más sin su calor, sin sus besos y sin su cuerpo.

Me relajo en el sofá con el mando de la tele y hago *zapping* cuando oigo vibrar el teléfono sobre la mesa. Parece ser que mi morena no se ha olvidado de mí. Cojo el teléfono con una sonrisa en la cara que desaparece en el instante en que veo que no es Sophie, sino mi padre.

—Dime, papá.

—Jorge, vístete y, cuando llegue Juana, baja al portal, que te estoy esperando. Ha habido un incendio en el BookCafé de Sophie.

—¿Cómo? Pero ¿qué ha pasado? —le pregunto inquieto.

—No lo sé. Nos ha llamado Tamara, preocupada, porque Sophie se ha ido sola. Carlos la ha puesto en alerta y ella está allí para ver los daños. Parece ser que, cuando ha ocurrido el incendio, Trini, su empleada, estaba en el interior.

En menos de un minuto después de haber hablado con mi padre, oigo que llaman a la puerta, es Juana con cara de preocupación. Me informa de que Sophie no ha querido que Tammy la acompañara por su estado. Así que al saber que seguramente está sola, no pierdo más el tiempo, y bajo las escaleras de tres en tres. En el portal me encuentro con mi padre y el camino hasta el BookCafé lo hacemos al trote.

El panorama es desolador, y lo digo yo que estoy acostumbrado a ver incendios y destrozos. Supongo que, dada la cercanía de la persona afectada, y verlo desde fuera, cuando normalmente estoy en el meollo, me ha afectado mucho más de lo normal. Lo primero que hago es un barrido a toda la gente que hay rodeando el cordón de seguridad, curiosa por saber qué pasa, para localizar a Sophie y comprobar su estado. Rápido la veo. Por un lado, me alivia ver que no está sola, que Carlos la tiene agarrada por los hombros y le da el consuelo que quiero darle yo y no puedo, así que, por otro lado, siento rabia e impotencia por no poder estar a su lado en estos momentos, que estoy seguro, son muy dolorosos para ella.

Al volver mi mirada al lugar de los hechos, compruebo con alivio que mi

unidad es una de las que está trabajando en el enfriamiento de la zona. Todos los bomberos son grandes profesionales, pero ver allí a mis amigos consigue que me relajarme un poco y sé que voy a tener información de primera mano.

—Déjelos pasar, son compañeros. —Oímos que le dice mi capitán al policía que custodia el paso. Arrastra la valla de protección y entramos en el perímetro para reunirnos con los bomberos.

—Vaya, los Gutiérrez juntos, qué honor —nos saluda el capitán, sacando su mano del guante para estrechar las nuestras—. Ya me ha comentado Manuel que conocéis a la propietaria del establecimiento. Él está dentro, me ha pedido encarecidamente, ahora que ya se ha sofocado el fuego, realizar el análisis de la zona.

—Jefe, ¿sabemos el estado de la persona que se encontraba en el interior? —le pregunto.

—No ha salido en muy buenas condiciones, la verdad. La ha encontrado y sacado Pedro. Tenía quemaduras en varias partes del cuerpo, sobre todo en los brazos. Ha inhalado mucho humo, estaba inconsciente cuando la encontramos. El equipo médico ha tenido que reanimarla antes de irse, ya que entró en parada cardiorrespiratoria. Lo curioso es que también tenía cortes en su cuerpo. La han llevado al hospital de La Paz.

Eso es bastante raro, ya que si hay un incendio te quemas o te ahogas, pero ¿heridas? A no ser que...

Mi padre me mira y por su mirada veo que piensa lo mismo que yo. Vamos a esperar a que salga *Oso* de realizar el análisis para, así, poder confirmar nuestras sospechas. Mientras esperamos más información noto vibrar mi teléfono en el bolsillo. Es un número que no conozco, pero dadas las circunstancias, no dudo en descolgar la llamada.

—Sí, ¿dígame?

—¿Eres Jorge? —me preguntan, al otro lado de la línea.

—Sí, soy Jorge. ¿Con quién hablo?

—Muchacho, soy Thomas, el padre de Sophie. —Se genera un silencio raro y mi reacción es centrar mi mirada en la de mi morena, que, en ese momento, la enlaza con la mía—. Hola, Thomas, ¿en qué puedo ayudarlo?

Mi tono no ha sido muy amable y sé que él no tiene nada que ver con lo que hace su mujer. Sophie me dijo que estaba en trámites de separación, pero todo el mundo que lo envuelve y el poder económico que tiene me abruma. He creado una capa de protección cuando trato con él, siendo, a veces, incluso, algo borde, como en esta ocasión. Seguro que el hombre está preocupado por

su hija. Me pongo en su lugar, si le pasara algo a mi hijo, y, estuviera lejos, también movería cielo y tierra para ayudarlo.

—Jorge, necesito saber qué ha pasado. Tú eres bombero y no me cabe la menor duda de que ahora mismo estás en el BookCafé. Me ha llamado Carlos, muy angustiado, informándome de que ha habido un incendio y una persona afectada, pero no me ha sabido decir nada más. Supongo que mi hija también está por ahí, no la quiero angustiar más de lo que debe de estar ya. Madre mía, mi pitufa, debe de estar muerta de preocupación...

—Thomas, mi padre y yo estamos en el lugar de los hechos. Los bomberos todavía están analizando la zona y no tenemos más datos. Solo le puedo decir que Trini, la persona que estaba dentro, se encuentra en estado grave —lo informo, sin apartar la mirada de mi pequeña, que me mira, pero parece que está en trance—. Su hija también está aquí, está en buenas manos, la acompaña Carlos. Como bien sabe usted, yo no me puedo acercar a ella, pero puede estar tranquilo que no la voy a dejar sola.

—Eso ya lo sé, muchacho. Ella te quiere mucho, Jorge, y te puedo asegurar que lo vuestro se va a arreglar, aunque sea lo último que haga en esta vida. Tengo que ver a mi pitufa feliz y tengo claro que eso pasará a tu lado. —Se vuelve a generar otro silencio entre nosotros. Sus palabras me han dado un soplo de aire y sin apartar la mirada de ella, intento transmitirle un poco de seguridad y tranquilidad con una media sonrisa—. Por favor, mantenme informado de todo. Ahora no puedo viajar, pero en dos o tres días estaré por ahí y ya nos acabamos de poner al día. Cuídate, Jorge, y cuídamela.

No me deja contestarle, me ha colgado sin darme opción. Va a ser que no es tan mala persona, parece que no todas las personas de su familia han perdido el corazón por el camino como su mujer. El primer ejemplo es mi morena y ahora ya sé de dónde son esos genes, ese gran corazón y bondad.

Noto como me tocan la espalda y eso hace que el contacto de nuestras miradas se rompa al girarme para ver quién me reclama. No es otro que el grandullón de *Oso*, que se quita el casco y los guantes para fundirme en uno de sus abrazos; de esos que te dejan sin aire y, ahí, es donde puedo comprobar que mis costillas se han curado a la perfección.

—¿Qué pasa, colega? Me alegro de verte. Joder, qué moreno estás. ¿Todavía no te han quitado esa mierda? —dice mi amigo con una sonrisa, mientras señala mi brazo—. Como se nota que estás bien sin trabajar.

—Eres un capullo, no tienes ni idea de lo aburrido, y hasta los cojones, que estoy y no sabes cómo me alegro de que estés tú aquí. Pensaba que estabas de

vacaciones.

—He podido cambiarlo para irme unos días con Teresa. Nos vamos a la playa. Pero un día de estos quedamos y ya charlamos de todo.

—¿Qué has podido averiguar ahí dentro? —Señalo algo que lleva en la mano.

—Joder, tío, esto es chungo. Mira esta pieza, estaba dentro de una mochila —me explica, enseñándome lo que parece el resto de un artefacto explosivo —. Es casero, algo chapuza, pero lo suficientemente fuerte como para conseguir lo que querían. Estaba puesta en el baño. Hay que esperar a ver qué declara Trini cuando esté mejor, pero yo creo que estaba programado para explotar cuando no hubiera nadie en el interior.

—Mierda, algo me imaginaba cuando el capitán me ha comentado que, aparte de las quemaduras, Trini también tenía cortes y heridas. —En ese momento se une a nosotros mi padre, que le quita un guante a *Oso* y coge la pieza para echarle un vistazo.

—Bastante precario, pero suficiente para el desastre que ha causado, sobre todo si se sabe lo que hay en el interior —comenta mi padre. Y qué razón tiene, estaba todo bien pensado—. Muchacho, entrégala a la policía para que la analicen.

Oso asiente con la cabeza y después de decir que me llamará para quedar un día, se dirige hacía el capitán para entregarle la pieza y que la policía se la lleve; prometiéndome que me informarán de cualquier novedad que haya. Una vez mi amigo se ha marchado, mi padre y yo nos quedamos en silencio, cada uno con sus pensamientos, hasta que noto su brazo rodear mis hombros y centro mi mirada en él.

—Hijo, creo que debemos acercarnos a charlar con Sophie y darle ánimos, ¿no crees?

—Tienes razón, papá, ¿piensas que es bueno comentarle lo que ha pasado? —le pregunto preocupado.

—Creo que a ella le gustará más que gente conocida y de confianza la informe de lo que ha pasado en su establecimiento.

Dando la razón a mi padre, hago caso a sus sabias palabras y salimos del perímetro acordonado para dirigirnos hacia donde se encuentra mi pequeña con Carlos. A medida que nos acercamos, nuestras miradas se enlazan de nuevo y puedo ver en sus ojos la tristeza que siente, así como las lágrimas que descienden por sus mejillas. El corazón se me encoje al momento, lo que daría yo por que ella no tuviera que pasar por este sufrimiento, y por ningún otro.

Pero la vida es así de complicada a veces y lo único que yo puedo hacer es estar cerca de ella y apoyarla en todo lo que pueda. Me transmite tanta tristeza y está tan compungida, que en estos momentos me da absolutamente igual las amenazas de su madre o del mundo entero; no la voy a dejar sola y estoy convencido de que necesita mi abrazo.

—Morena… lo siento mucho.

No me da tiempo a decir nada más; se engancha a mi pecho con fuerza. Yo la abrazo y beso su cabeza para darle consuelo, mientras noto como se moja mi camiseta por sus lágrimas

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha podido haber un incendio? Siempre hemos controlado mucho, justamente, para que no pasaran estas cosas. Y Trini, ¿sabemos cómo está o dónde la han llevado? No sé si han avisado a su marido… —suelta las preguntas de un tirón, en medio de suspiros por el llanto.

—Jefa, al marido de Trini lo he avisado yo, por eso no te preocupes —informa Carlos.

—Sophie, muchacha, tienes que tranquilizarte —explica mi padre, mientras limpia sus mejillas—. Hemos hablado con los bomberos. Parece ser que, supuestamente, pues todavía tienen que seguir analizando el lugar y que Trini declare, alguien depositó una mochila con un pequeño explosivo casero.

—¿Cómo? No entiendo nada… —Nos mira a los dos, nerviosa—. ¿Lo que me queréis decir es que no ha sido un simple accidente? ¿Que alguien, intencionadamente, ha hecho explotar algo que ha provocado el fuego y, además, ha herido a Trini?

—Cielo, de momento no hay nada en firme, pero sí, tiene toda la pinta de que sea justo eso lo que ha pasado. Cuando se tengan todas la pruebas y declaraciones necesarias, se procederá a abrir una investigación para esclarecer todo lo ocurrido e intentar coger al causante de esto —argumento para intentar calmarla.

—Y tanto que se va a esclarecer todo. Trini está en el hospital, a saber, en qué estado, os aseguro que voy a mover cielo y tierra para que los culpables paguen por todo —dice Sophie, muy enfadada—. Ahora mismo lo que quiero es que alguien me diga adónde se han llevado a Trini para poder saber cómo está y acompañar a su marido.

La verdad es que nunca la había visto con semejante cabreo y, sobre todo, con esa seguridad. Al ver su inquietud y decisión, le pedimos a Carlos que acompañe a Sophie al hospital donde se encuentra Trini, para que puedan

saber de su estado. Mientras, mi padre y yo, nos quedamos para charlar con los bomberos y la policía para enterarnos de alguna cosa más relacionada con el suceso.

Son las tres de la mañana cuando entramos en mi piso y nos encontramos a Juana dormida en el sofá. Ella, al oír la puerta, se despierta, sobresaltada, y nos ataca a preguntas para saber qué ha pasado y que tal está Sophie. Mi padre le explica todo lo que hemos averiguado, dejando a la mujer con cara de espanto y preocupada por mi pequeña, pues la quiere como si fuera su hija. Cuando se aseguran de que yo voy a estar bien, se marchan a descansar al piso de Juana con la promesa de que mañana vendrán para quedarse con Pol y así yo pueda seguir informándome.

Una vez se marchan, le envío un mensaje a Dani para ver si él puede estar al tanto del tema y poder dar con el motivo del ataque y con los culpables. Mi amigo me dice que ya estaba en ello, Tamara lo ha informado de lo poco que sabía y se ha enterado del resto por sus compañeros. Parece que también ha ido al hospital; el estado de Trini sigue siendo grave y ha visto a Sophie muy preocupada.

Cuando cortamos la conversación decido darme una ducha, tengo la sensación de que huelo a humo. Salgo del baño con la toalla en la cintura y, cuando me dirijo a la cocina para coger una botella de agua, parece que oigo unos tímidos golpes en la puerta. Me quedo parado para comprobar si son reales o no… Sí, alguien está llamando a mi puerta.

Abro con la sorpresa de encontrarme al otro lado a mi pequeña, mi chica, mi morena. Su cara es un poema, ojos hinchados de tanto llorar, la nariz roja de sonarse, la cara desencajada por todo lo que ha pasado esta noche y despeinada de haberse tocado tanto el pelo por los nervios. Aun así, está preciosa, es la mujer más bonita del mundo. Algo tengo que hacer, ya que verla ahí parada en mi puerta, tan frágil, tan triste, solo me da a entender que ya no soy capaz de vivir sin ella.

CAPÍTULO 22

Sophie

Ya sé que no son horas de presentarse en casa de nadie, pero también sé que Jorge todavía no duerme y necesito, más que nada en el mundo, uno de sus abrazos y de esas palabras de cariño y apoyo que siempre tengo por su parte. Así que aquí estoy, debe de ser todo un panorama ver las pintas que tengo; parada delante de su puerta. Él frente a mí, recién duchado, con el pelo mojado cayendo sobre su ojo y una toalla atada a su cintura, como única vestimenta. Madre mía, ya sé que debo parecer la peor persona que hay en el mundo. Después de todo lo que ha pasado esta noche, que mi amiga esté en el hospital tan grave; mi imaginación me traiciona y tengo que apretar mis piernas por la sensación de placer que noto al verlo tan escueto de ropa. Mi mente se imagina tantas escenas y llevo tantos días falta de su cariño que no lo puedo evitar.

—¿Crees que podría quedarme un rato contigo? Necesito que me abraces y calmar mi cabeza antes de que me vuelva loca —pregunto, mirando el pañuelo que llevo en la mano.

—Nena, sabes que eso no tienes que preguntarlo —contesta y levanta mi cabeza con su dedo para que nuestros ojos se encuentren—. ¿Quieres un achuchón?

Yo asiento con la cabeza y él me acerca a su cuerpo. Rodeo su cintura con mis brazos para intentar fundirme con él, apoyo mi mejilla en su fuerte pecho mientras me rodea los hombros y besa mi cabeza. Una vez noto que me he llenado de su energía, me separo un poco de su cuerpo y levanto la cabeza para encontrarme con su sonrisa de medio lado, esa que me pone loca. Baja la cabeza y me da un suave beso en los labios.

—¿Mejor? —pregunta, mientras acaricia mi mejilla. Yo asiento con la cabeza—. Ven, entra en casa, y vamos a estirarnos un rato en la cama, son casi las cuatro y mañana va a ser un día muy duro.

Me coge de la mano y yo me dejo guiar por él hacia su habitación.

—Cariño, es un buen plan —le comento, antes de estirarme en la cama—, no hay nada que me apetezca más que estirarme aquí contigo, pero tenemos que vigilar no quedarnos dormidos. Recuerda que Pol está en la otra

habitación y no es buena idea que nos pille juntos. Diez minutos y me voy, ¿vale?

***

Estoy en semiinconsciencia, estaba tan cansada y con tantas ganas de olvidar por un rato todo lo que ha pasado en el BookCafé, que me he dormido un ratito. Supongo que Jorge también se ha dormido, pues lo último que he notado antes de cerrar los ojos es el calor de su brazo rodear mi cintura. Abro los ojos para intentar saber qué hora es, pero me quedo quieta al oír susurros a mi espalda, hay dos personas que conspiran detrás de mí. Por un momento me entra un poco el pánico, ya que me doy cuenta de que lo poco que he dormido se ha convertido en un mucho.

—Papi, tengo hambre. ¿Por qué no la podemos despertar ya? Parece la Bella Durmiente de tanto dormir.

—Campeón, ayer fue un día muy duro para ella, ya te lo he explicado. ¿Qué te parece si vamos a preparar el desayuno para cuando se despierte?

—Vale. Yo quiero una tostada con chocolate.

Los dejo marchar de la habitación sin que descubran que estoy despierta y, una vez escucho la puerta cerrarse, conforme han salido, me coloco en la cama boca arriba. Un suspiro sale de mi boca solo de pensar en el día que me espera hoy y repaso en mi cabeza todo lo que debo hacer. Una vez centradas mis ideas voy hasta el baño para asearme un poco. Me lavo la cara y la imagen que me devuelve el espejo es todo un espectáculo; tengo los ojos hinchados de tanto llorar, pelos de loca y ojeras de oso panda. Por lo demás, todo está en orden. Una vez he conseguido adecentarme un poco, salgo de la habitación en dirección a la cocina. Huele genial y mis tripas me recuerdan el hambre que tengo con un rugido que casi ha movido los cimientos del edificio. Me apoyo en el marco de la puerta de la cocina y los observo. Están de espaldas, haciendo el desayuno entre los dos.

—Pues yo creo que le podemos decir que se quede aquí hasta que no tenga tanta pena. Como yo estoy de vacaciones del cole y tú todavía estás malito la podemos cuidar muy bien —le comenta el pequeño a su padre, mientras intenta exprimir una naranja para hacer zumo.

—No es mala idea, cariño. Pero ella ahora tiene que arreglar muchas cosas y va a necesitar mucho tiempo.

—¿Así que no voy a poder ir a buscar más libros a su trabajo?

—De momento no, campeón. Primero lo tienen que arreglar de nuevo. Cuando vuelva a quedar bien y lo puedan abrir, volveremos a buscar más libros.

Se genera un silencio entre los dos en el que cada uno se dedica a su tarea, mientras yo no soy capaz de retener la lágrima que desciende por mi cara.

—¿Le vas a pedir que vuelva a ser tu novia? —le suelta el pequeño a su padre, el cual se queda parado con una tostada en una mano y el cuchillo en la otra lleno de mantequilla.

—¿Hay desayuno para mí? —pregunto, para sacar a mi *fireman* del apuro por la pregunta de Pol

Se giran los dos hacia la puerta y, mientras el pequeño corre para acabar en mis brazos, su padre me dedica una de sus maravillosas sonrisas. He echado de menos estos efusivos abrazos de Pol, que me dicen lo mucho que me ha extrañado. Me pide que no esté triste por lo de mi trabajo y me promete que me va a ayudar mucho para que pronto vuelva a abrir. Después de repartirnos todo el amor atrasado que teníamos, nos sentamos a desayunar. Pol es el centro de atención, ya que no para de explicarme lo bien que se lo ha pasado en la playa, de vacaciones. Cuando se cansa de tanto charlar decide que es buen momento para ir al salón a ver los dibujos. Jorge y yo nos levantamos para acabar de recoger la mesa y mientras dejo mi taza del café y mi plato en el fregadero, noto su presencia detrás de mí. Siento como pone sus manos en mis caderas y presiona las suyas contra mi cuerpo, haciéndome notar como una parte de su cuerpo empieza a tensarse y se me clava al final de mi espalda.

—¿Has dormido bien? —pregunta, besando mi cuello.

—Sí, pero habíamos quedado en que me tenía que marchar antes de que Pol se diera cuenta de que había estado en tu cama.

—Lo sé. Pero ayer estábamos tan cansados, que no me acordé de poner la alarma. Cuando me desperté ya era tarde y, se te veía tan preciosa dormida, que me dio pena despertarte.

—Jorge, esto no debería volver a pasar —contesto, dándome la vuelta para mirarlo a la cara—, por lo menos, de momento, hasta que podamos hablar con el abogado de mi padre.

—Tienes razón, pero no sé reaccionar cuando te tengo a mi lado, me haces perder la cabeza. Te deseo tanto. Tu cuerpo me llama, me tienes hechizado —dice, mientras sus manos se adentran en mi camiseta y abarcan mis pechos.

—Por favor, cariño —le suplico en un susurro. Mi cuerpo traicionero tampoco se resiste a él—. Pol está en el salón y nos puede ver. Además, ya es

muy tarde y quiero hablar con la aseguradora e ir a visitar a Trini. Me tengo que duchar...

No me deja continuar, ya que cierra mi boca con la suya y su lengua se dedica a buscar la mía, haciéndome perder la poca cordura que me queda. Cuando parece que ha quedado satisfecho, se separa un poco de mí y me mira con esos ojos verdes que me derriten. Paso mis manos de su cuello hacia su cara y acaricio sus mejillas que empiezan a rascar por el asomo de su barba.

—¿Te he dicho ya que eres preciosa? —susurra.

—Te quiero —contesto, dándole un beso en sus labios.

—Venga, mujer, no intentes seducirme que hay muchas cosas por hacer hoy —dice, al separarse de mi cuerpo y palmear mi culo para que salga de la cocina y me ponga en marcha.

—¡Tendrás morro! —recrimino—. Que sepas que soy la que tiene la cerradura y hoy tu llave no la va a abrir.

Salgo de la cocina, dejando a Jorge que se ríe a carcajadas por mi respuesta y, después de despedirme de Pol, salgo del piso de mi *fireman* para empezar la dura jornada que me espera hoy.

***

En nuestro piso también ha empezado la actividad. Ya son las nueve y media y Tammy ha empezado a trabajar hoy después de las vacaciones. Me encuentro a Cloe despierta, sentada en el sofá delante de la televisión y a Juana que recoge la cocina. La primera me da los buenos días con un gran beso. La segunda me saluda con un efusivo abrazo, qué bien sientan los abrazos verdaderos, esos que se dan con el corazón.

—Mi niña, ¿cómo estás? Siento mucho por todo lo que estás pasando.

—¡Ay, Juana! No te imaginas cómo ha quedado todo —explico sin poder contener las lágrimas—, y la pobre Trini se ha llevado la peor parte. Ayer estaba muy grave todavía, la tenían en cuidados intensivos y no nos dejaron verla.

—No te angusties, cielo, ya verás como todo va a ir bien. Ya me ha explicado Eduardo que no fue un simple incendio, pero entre todos te ayudaremos a reconstruir el lugar y a encontrar a los culpables.

Después de escuchar las palabras de apoyo de Juana y como ella se queda con Cloe, me voy al baño para darme una ducha y cambiarme de ropa. Me pongo un simple *short* y una camiseta de tirantes, para hacer todas las

gestiones prefiero ir cómoda. Aprovecho para enviarle un mensaje a Nando, el marido de Trini, para que me dé el último parte, pues esta mañana había media hora para las visitas. Me comenta que sigue grave, pero estable. Quedo con él en que pasaré a verla en la próxima hora de visitas, al mediodía. Al salir de mi habitación para coger mi bolso, veo que Dani está en el sofá con Cloe encima, y que ella le explica no sé qué rollo de unos dibujos.

—Hola, Dani, ¿cómo estás? —le pregunto, mientras me acerco a darle dos besos.

—Yo bien. Y tú, ¿qué tal lo llevas?

—¿Quieres que sea diplomática o quieres la verdad?

—La verdad, siempre —pide.

Deja a Cloe en el sofá, prometiéndole que después la llevará al parque, y nos vamos hacia la cocina donde también se encuentra Juana.

—No entiendo nada, Dani —empiezo mi desahogo—, no sé qué pensar. Desde que estoy en España nunca he tenido problemas con nadie, no de la magnitud en que me quieran hacer tanto daño. Esto no ha sido un simple accidente. Iban a por mí. Lo que más me duele es que Trini haya salido perjudicada y que, por mi culpa, se pueda morir o quedar mal…

—¡Ah, no! Eso sí que no. No pienso permitir que te culpes. Aquí la única culpa es de las personas que organizaron todo esto. Si Trini está como está, es culpa de ellos, no tuya. Que te quisieran hacer daño no implica que tú tengas la culpa —me consuela Dani.

—¿Sabes si hay alguna pista? ¿Si sospechan de alguien? —le pregunta Juana.

—De momento, está todo muy confuso —le responde, mirándome a mí—. Están revisando varias cámaras de seguridad que hay en esa calle, pero, al parecer, el artefacto tenía un temporizador; por lo que la persona que lo colocó pudo entrar a cualquier hora. Han tomado declaración a Carlos y yo también he hablado con ellos. Falta que declare Trini, cuando mejore, y tú, Sophie. Tendrías que pasar durante la mañana por la comisaría.

—Claro, no hay ningún problema. Aunque no tengo ni idea de qué decirles, he estado fuera varios días, como ya sabes.

—No te preocupes, son preguntas rutinarias. Yo puedo acompañarte, si quieres.

—Pues, te lo agradecería mucho. Seguro que será más llevadero si tengo una cara amiga a mi lado.

Después de nuestra charla, quedo con Dani sobre las once y media para que

me acompañe a declarar. Le envío un mensaje a Jorge para informarlo de los planes y me pide que lo mantenga al tanto; que él también va a hablar con *Oso*, por si ellos saben algo más.

La verdad es que, aunque no tenga nada por lo que sentirme culpable, entrar en una comisaría intimida mucho. Menos mal que Dani está a mi lado y gracias a él todos los trámites burocráticos van mucho más rápidos. Nos llevan al interior de una sala donde hay una mesa larga con unas diez sillas. Al fondo hay un armario bajo con una cafetera, varias botellas de agua, vasos y tazas.

Poco después de sentarnos, entran dos hombres y una mujer. No van vestidos de uniforme; uno lleva un traje, el otro y la mujer van vestidos de calle con tejanos y camiseta. Estos últimos llevan su cinturón con el arma. Cuando ven a Dani sonríen, haciéndome saber que se conocen y me lo demuestran por la forma tan cercana de saludarse. El señor del traje se presenta como el comisario Fernández, el otro hombre el inspector Ortega y la chica como la oficial Tamudo.

Me realizan varias preguntas relacionadas con el BookCafé, me enseñan varias fotografías de personas que no conozco. Parece que han entrado en *Mi pequeño mundo* durante el día de ayer. Me preguntan sobre mi vida en América, la relación con mi familia, e incluso, por el problema que tuve con mi hermana y Mark.

—Señorita Prescot, ¿tiene usted alguna sospecha de quién puede querer atentar contra su persona? ¿Ha recibido alguna amenaza últimamente? —me pregunta el inspector.

—Que yo recuerde, no. Supongo que, si alguien se dedica a investigar en las redes, puede llegar a descubrir de quién soy hija y del poder adquisitivo de mi familia. Ahora mismo no se me ocurre otro motivo para que alguien quiera hacerme daño.

—Está bien. Mire, dado que es usted amiga del inspector Otero —dice el comisario—, vamos a hacer una excepción, y le vamos a informar por dónde van nuestras sospechas. Todavía nos falta alguna declaración más, pero creemos que la o las personas implicadas son cercanas a usted o a los suyos. Por ahora, nuestras sospechosas son la señorita Clara Díaz y su madre, la señora Margarita Urzua.

Me quedo blanca y ellos lo han notado, ya que la oficial se ha levantado para traerme una botella de agua. Dani me aprieta una mano para transmitirme su serenidad. No puedo creer que alguien sea capaz de esto. ¿Por qué? ¿por celos, dinero, envidia, orgullo...? No hay nada que justifique lo que han hecho,

ni el sufrimiento de mi querida Trini.

Jorge

Han pasado ya tres días desde el incendio del BookCafé de Sophie y todavía no se tienen datos claros, ni tampoco han dado con los culpables del suceso. La parte positiva es que Trini, aunque todavía sigue en el hospital, ya se encuentra fuera de peligro. Tiene varias quemaduras en el cuerpo, sobre todo en los brazos, y sigue recuperándose de la inhalación de humo.

Por mi parte, también estoy contento, ayer me quitaron el yeso del brazo y, por fin, voy a empezar la recuperación. Con mi morena, estoy muy bien. Intentamos vernos todos los días, como dentro del edificio no nos vigila nadie, aprovechamos para disfrutar el uno del otro.

Son la diez de la mañana y acabo de llegar a casa de dejar a Pol en la escuela de verano, a la que va con Cloe, hasta que empiecen el colegio. He quedado para comer con *Oso* y ponernos al día de nuestras vidas; hace muchos días que no nos vemos ni charlamos. Es agradable ver como la gente que te rodea y a la que quieres es feliz. Aprovecho el tiempo que tengo para poner un poco de orden y limpiar el piso. Me encuentro en medio de mis tareas, cuando me parece oír el timbre por encima de la música que tengo puesta para animar el trabajo. Está sonando *I Want To Break Free,* de Queen. Me acerco al altavoz para bajar el sonido y abro la puerta, pensando en la posibilidad de que sea mi padre o mi morena, aunque nada más lejos de la realidad.

—Buenos días, muchacho —me saluda el padre de Sophie—. ¿Podemos pasar?

—Buenos días, señor Prescot. Por supuesto. Siento el desorden, pero me han pillado de limpieza —respondo, haciéndome a un lado para dejar pasar a Thomas, Steven, que me saluda con un leve movimiento de cabeza, y otro hombre que no conozco—. Pasen al salón, ¿quieren tomar algo?

—No, Jorge, gracias. Siento venir sin avisar, hemos aterrizado esta mañana y solo quería que conocieras a James Lewis, es mi abogado, lleva todos mis temas y es de mi total confianza. Le he comentado tu problema con mi mujer y quiere hablar contigo para que se lo puedas explicar mejor.

—Un placer, señor Lewis, y disculpen si soy grosero, pero no puedo aceptarlo. Seguramente, con mi salario de bombero, no pueda pagar ni una sola hora de sus honorarios. Agradezco su interés, de verdad, pero…

—Mira, muchacho —Thomas no me deja seguir—, hasta ahora no me he metido nunca en la vida de mis hijos, y dice mucho de ti, del amor que sientes

por mi hija, que no quieras aceptar mi ayuda, pero en este tema no pienso ceder ni un poco. James llevará tu caso, quieras o no. No hay nadie que conozca mejor que yo a Marga y te puedo asegurar que cuando algo se le cruza en la mente no para hasta conseguirlo. Sin mi ayuda, ni mi dinero, no podrás hacer nada contra ella, y como por medio está la felicidad de mi pequeña, no pienso aceptar un no por respuesta. ¿Queda claro?

Asiento con la cabeza. Después de su discurso no me queda nada más por decir. No puedo pelear contra sus palabras, sé que tiene toda la razón y no me queda otra que ceder. Quedamos para la tarde y así poder hablar con calma del tema. Espero haber tomado la decisión correcta y no tenga que arrepentirme nunca.

Después de acabar con las tareas domésticas y, como todavía son las doce y media, me tomo un respiro, sentándome en el sofá para ver si puedo aclarar mis ideas. No sé si hago lo correcto o, por el contrario, me voy a embarrar más en el lodo. Oigo de fondo como suena el aviso de entrada de mensaje en mi teléfono, así que me levanto para ver quién me escribe, no sea que le haya salido algún imprevisto a *Oso* y no pueda quedar para comer. Al desbloquear el móvil, una sonrisa se instala en mi cara cuando veo que el mensaje es de mi morena.

«Ya sé que has visto a mi padre y que has aceptado su ayuda. Muchas gracias por ceder y creer en lo nuestro. Te quiero».

Con este mensaje me doy cuenta de que no debería darle tanta importancia al dinero y luchar más por nuestro amor, nuestro futuro, nuestra vida juntos…

***

Entro en el restaurante donde he quedado con mi amigo para comer y ya lo veo sentado en una mesa del fondo; por sus dimensiones es imposible no verlo. A medida que me acerco a él, veo que no está solo, que una preciosa rubia lo acompaña, es Teresa. Me hace una gran ilusión verla de nuevo, desde que salí del hospital, hemos estado en contacto por mensajes, pero no nos habíamos visto en persona. Está preciosa, como siempre, es una mujer muy bella por fuera y por dentro, solo espero que *Oso* se comporte con ella como se merece.

—¡Dichosos los ojos que te ven, Teresa! Estás preciosa, como siempre —saludo, dándole dos besos a mi enfermera favorita.

—Pues tú también estás muy guapo, Jorge, y muy recuperado.

—A ver, a ver… que corra el aire, que os estáis poniendo demasiado

cariñosos —nos reclama *Oso* y empuja mi cuerpo para alejarme de *su* chica.

—La verdad es que no sé qué hace una mujer como Teresa a tu lado —me burlo de él para hacerlo enfadar.

—Jorge, no digas eso —me recrimina la enfermera—, la verdad es que, al principio, me costó mucho, pero ahora me doy cuenta de que no puedo tener a nadie mejor conmigo.

A mi amigo se le hincha el pecho por las palabras que le ha dedicado *su* chica y no es para menos. Si algo tengo claro, y he descubierto con los años que llevamos de compañeros, es que *Oso* es un hombre con un corazón enorme y que, cuando se enamora, se entrega por completo. Estoy encantado de verlos tan felices, durante toda la comida no han dejado de hacerse arrumacos y, aunque sana, no he podido evitar sentir envidia al ver como pueden demostrar su amor abiertamente, sin tener que ocultarse de nadie. Hemos charlado de todo un poco; me han contado que la semana próxima se van de vacaciones juntos a Cádiz, para disfrutar del buen tiempo y, de paso, visitar a la familia de *Oso*. Y, si todo va bien, a la vuelta, tienen pensado irse a vivir juntos, pues ahora que se han encontrado, no quieren perder más el tiempo. También comentamos las últimas novedades del suceso en el BookCafé, que no son muchas. Yo les explico un poco cómo han ido las vacaciones y todo el lío que tuve con la madre de Sophie. Les cuento en qué posición estamos ahora con ella y también que he aceptado la ayuda de Thomas, lo cual apoyan y me animan a luchar por nuestro amor. Tendríais que ver sus caras cuando les comento que Dani y Tammy van a ser padres, se alegran mucho por ellos, pero no se lo esperaban.

Sobre las cuatro de la tarde, nos despedimos con la promesa de que los mantenga al tanto de todas las novedades y de vernos, cuando regresen, para cenar los cuatro juntos. Me dirijo hacia mi piso con una sonrisa en la cara, contento por cómo le van las cosas a *Oso* y a Teresa. Como voy con la mente en mis cosas, no soy consciente, hasta que entro en el salón, de la cantidad de gente que hay en su interior. Mi padre, Sophie, su padre, Steven y el abogado. Miro mi reloj, pensando que, a lo mejor, me he despistado y llego tarde, pero no es así. Todos se giran hacia la puerta por donde entro y me miran como si los hubiera pillado con las manos en la masa.

—Buenas tardes, ¿qué pasa aquí? —reclamo.

No me hace ni pizca de gracia la reacción que han tenido cuando he entrado, ya que todos se han callado.

—Hola, hijo —saluda mi padre. Intenta parecer tranquilo, cosa que sé que

no es así—. Estábamos de charla con Thomas; de lo que le gusta estar en Madrid y esas cosas.

—Ya —me acerco a Sophie y le doy un beso rápido en los labios, mientras analizo su mirada que baja, avergonzada—. ¿Alguien me va a explicar qué pasa aquí?

Nadie me contesta y oigo suspiros de alivio cuando oímos el timbre de la puerta. Me giro, pero, antes, dirijo una mirada a cada miembro del salón para que entiendan que esto no acaba aquí. Al abrir la puerta me encuentro con Dani y Tammy.

—¿Qué pasa, colega? ¿A qué viene ese ceño tan fruncido? —pregunta mi amigo, que me conoce tan bien, que sabe todas las expresiones de mi cara.

—Eso me gustaría saber a mí, que tengo en el salón un montón de personas que me ocultan algo, son una sarta de cobardes...

—No es eso, hombre, me esperan a mí. Traigo noticias.

Nos dirigimos para encontrarnos con todos y, mientras se saludan entre ellos, yo me voy a la cocina para beber un poco de agua y así calmar mis nervios. Esto no me gusta nada. Mientras bebo de espaldas a la puerta, noto las manos de Sophie que me abrazan desde atrás y apoya su cara en mi espalda.

—Cariño, no te enfades. Esperábamos a Dani para que nos explique todas las novedades.

—¿Tú sabes algo? —Asiente con la cabeza—. ¿Desde cuándo?

—Desde ayer por la noche.

—¿Y no me dices nada? —me giro enfadado, deshaciéndome de su abrazo y enfrentándola—. ¿Qué clase de relación vamos a tener si no haces otra cosa que ocultarme cosas?

—¡No es eso! Solo que no estaba todavía confirmado y quiero que lo sepas por Dani, que es quien tiene toda la información.

—Pues, vamos a averiguar qué coño ha descubierto. —Salgo de la cocina dejándola sola y cabizbaja. Me duele, pero más daño me hace su falta de confianza—. Dani, ¿me vas a decir qué cojones pasa? ¿Por qué todo el mundo parece saber algo menos yo?

—Primero, te calmas y te sientas, si no, vas a seguir sin saber nada. Toda esta gente tiene datos, pero todavía no había nada confirmado.

Lo reto con la mirada, pero él no se encoge; al revés, me sigue desafiando. Al final, cedo; no me queda otra si quiero saber qué novedades tiene.

—¿Tú también, papá? —reclamo. Asiente sin decir nada. Su cara es de

tristeza, él sabe que me siento decepcionado.

—Jorge, todos acordamos en no decirte nada por miedo a tu reacción. Sabemos que llevas mucho tiempo con mucha presión. Entre el accidente, lo de mi madre y ahora el incendio...

Me inclino en la silla donde estoy sentado y apoyo los codos en mis piernas para enterrar mi cara en mis manos. Las palabras de Sophie me hacen reaccionar y, sí, es verdad que hace mucho tiempo que estoy muy tenso, que tengo la sensación de que todo me sale mal y no soy capaz de encontrar la calma. Todo eso me hace estar más irritable de lo normal y perder el control con facilidad. Respiro hondo, levanto la cabeza y me enfrento a todas las miradas del salón.

—Está bien. Estoy más calmado, pero quiero toda la información y no quiero que se me vuelva a privar de ella. ¿Queda claro? —expongo—. Sobre todo si afecta a la gente que quiero, no puedo defender a mi familia si no sé qué pasa.

Vuelvo a agachar la cabeza, estoy seguro de que voy a necesitar toda la calma posible para poder procesar toda la información que nos va a dar Dani. Alguien se acerca a mí y me acaricia la espalda, su mano cálida me proporciona cierta tranquilidad. Saber que ella está a mi lado hace más llevadero todo. Es más agradable afrontar todo al lado de alguien. Dirige su mano hacia mi cabeza y con un ligero tirón del pelo consigue levantarla. Me mira a los ojos y me susurra un «te quiero», sellando su amor con un beso en mis labios.

—Bueno, vamos al grano —comienza mi amigo. Sophie se sienta a mi lado y me coge la mano—. He hablado con los compañeros que llevan el caso del incendio del BookCafé. Ya han acabado de recoger todas las declaraciones. La de Trini los ha ayudado mucho, sobre todo para tener claro los hechos y el porqué estaba ella en el interior cuando explotó la bomba. Por lo tanto, es un atentado en toda regla.

—Eso es algo que sospechábamos todos, ¿no? —pregunta el padre de Sophie.

—Cierto, pero no teníamos claro el daño que querían ocasionar. Ahora sabemos que solo querían hacer daño material, que no es poco —se apresura a rectificar—, lo que nos lleva a que el motivo principal es la venganza.

—¿Venganza? ¿Quién podría querer vengarse de Sophie, si ella lo único que ha hecho son cosas positivas para el barrio? —pregunto indignado.

—Tienes razón, Jorge —me responde, dedicando una sonrisa a mi morena

—, pero déjame acabar. Con las declaraciones y el análisis de las cámaras de seguridad que hay en la calle de enfrente, se ha podido identificar a la persona que entra con la mochila en la espalda y media hora después sale sin ella.

Yo me tenso en la silla y aprieto la mano de Sophie, noto como ella me acaricia e intenta que me relaje. Levanto nuestras manos entrelazadas a mi boca y beso su mano.

—Es un hombre llamado José Jiménez. —Todos lo miramos extrañado, pues ese nombre no nos suena de nada. Parece que esta información ellos tampoco la tenían—. Es un vulgar delincuente que hace tiempo está fichado por varios hurtos, nada considerable para encerrarlo más de una noche o dos en el calabozo. Se le ha detenido e interrogado. Cuando se le acusó del atentado y se le informó que le iban a caer entre quince o veinte años, se puso a largar todo.

—Entonces, ¿no actuó solo? Entiendo que un pobre ladrón no tendría motivo de generar un incendio en el BookCafé con una bomba chapucera —pregunto, aunque sé de antemano la respuesta.

—Así es, amigo. Alguien le había pagado una cantidad de dinero para que realizara todo el trabajo. Le ofreció quince mil euros por causar los destrozos. Al verse presionado y a las puertas de la cárcel, describió a su «jefe». —Mi amigo entrecomilla la última palabra—. Rubia, ojos verdes, metro setenta aproximadamente, muy guapa y, por su vestimenta, con poder adquisitivo. A mi entender, algo tonta por confiar en un delincuente cualquiera, pensando que no la iba a delatar.

—Clara —sale de mi boca.

Creo que me he puesto rojo de la ira que siento. Si ahora mismo la tuviera delante no sé qué sería capaz de hacer.

—Correcto. Clara —confirma mi amigo—. La buena noticia es que la hemos identificado. La mala es que todavía no la hemos encontrado. No hemos obtenido resultado a todas las pistas que teníamos de ella. Por lo que está desaparecida.

Me levanto de la silla como si hubiera un terremoto, con tanto ímpetu, que la silla cae al suelo y asusta a todos los que están en la sala. Sophie todavía mantiene su mano en la mía. Sé que mi reacción es agresiva, pero no lo puedo evitar. Me deshago de ella de mala manera, informo que necesito estar solo y salgo de mi piso con un portazo. No sé adónde ir, solo sé que necesito aclarar mis ideas y relajarme para no matar a nadie.

CAPÍTULO 23

Sophie

Preparo, por inercia, mi mochila para ir al gimnasio. Ya que no puedo ir a trabajar, necesito sacar adrenalina de mi cuerpo como sea. Escribir, ya ni lo intento; con los nervios que tengo por los acontecimientos ocurridos, no soy capaz de centrarme y la inspiración ha desaparecido.

—¿Adónde vas, pequeña? —pregunta mi padre, que está sentado en el sofá jugando con Cloe y Pol al parchís.

—Me voy un rato al gimnasio. Necesito soltar energía. Esto de estar parada no es lo mío. —Me dirijo a la cocina para saber si a mi amiga no le importa que me vaya. Su respuesta es entregarme una botella de agua.

Cada vez está más bonita, con esa barriga redonda, pues es lo único que tiene la condenada; tetas y barriga. Mañana van a una revisión, a ver si el *garbanzo* no es muy pudoroso y nos enseña a qué sexo pertenece para empezar a buscar nombres.

Es miércoles, ha pasado casi una semana desde que Dani nos explicó a todos quien es la culpable del atentado contra el BookCafé. Desde que Jorge salió de su casa, con portazo incluido, no nos hemos visto. Me ha pedido, a través de mensajes, y de su padre, que me mantenga a distancia, que le deje su espacio, que no sería capaz de vivir tranquilo si me pasara algo por su culpa, que no se lo perdonaría. Me consta que todos le hemos dicho que, si Clara está como una cabra, nos es culpa de él, pero no hay forma de que entre en razón. Madre mía, no he conocido persona más cabezota en mi vida.

Mi padre aprovecha mi marcha para bajar conmigo e ir al hotel para arreglar no sé qué papeles. Decidió quedarse unos días hasta que todo se encarrile un poco y así aprovechar para hacer los trámites correspondientes y abrir una tienda aquí, en Madrid. Él tampoco está tranquilo, todavía no han encontrado a Clara y aunque haya perpetrado todo el tema del atentado, yo creo que ella, por sí misma, no hará nada y menos ahora que está en busca y captura. Por el contrario, nadie se fía de ella y todos a mi alrededor están bastante inquietos, así que, por unanimidad, se ha decidido que no salga sola de casa.

—Pequeña, Steven y yo te acercaremos al gimnasio. Cuando vayas a salir

lo llamas para que pase a buscarte y te traiga a casa de nuevo.

—Papá, ¿no estáis exagerando un poco? —le pregunto. Del gimnasio a casa hay cuatro paradas de metro y mucha gente alrededor.

—A ver, pitufa, Dani nos dejó muy claro que esa mujer puede ser peligrosa y hasta que no den con ella no vamos a correr riesgos, ¿entendido?

—*Valeeee*. Cuando salga llamo a Steven —cedo para no preocuparlo más.

Al final, me voy a preocupar yo también y no me da la gana de vivir con miedo, lo que tenga que ser, será.

***

Una vez entro en el gimnasio, saludo a la gente que conozco, y como hace tantos días que no voy, charlo con unos y con otros y casi ha pasado un cuarto de hora hasta que llego al vestuario. Me cambio, y, al salir, el monitor de sala me informa de que el saco de boxeo está libre; me conoce y sabe que me encanta machacar el saco para liberar estrés. Cuando me canso de dar puñetazos y patadas, salgo de la sala donde está el saco y me encuentro con la monitora de zumba que me anima a ir a su próxima clase que empieza en media hora. ¿Cómo voy a decir que no a una clase de zumba? Así paso gran parte de la tarde y cuando me doy cuenta son casi las siete. Llevo aquí metida tres horas, hoy voy a dormir como un angelito, o eso espero.

Me meto en la ducha para relajar mi cuerpo con el agua caliente, donde me quedo unos diez minutos y cuando salgo me doy cuenta de lo cansada que me encuentro. Cojo mi ropa en la mochila y de paso busco mi teléfono para llamar a Steven e informarlo de que en quince minutos saldré del gimnasio.

—¡Jolín! Juraría que lo puse en este bolsillo —me digo a mí misma en voz alta.

—¿Qué te pasa, Sophie? —me pregunta Vanesa, una de las chicas que comparte clase conmigo en alguna ocasión.

—Pensaba que había guardado mi teléfono en este bolsillo de la mochila —contesto—, y no está. Últimamente no sé dónde tengo la cabeza. Seguro que me lo he dejado en casa.

—¿Tienes que llamar a alguien? Si quieres te puedo dejar el mío.

Cojo el teléfono que me ofrece Vanesa, agradeciéndole el gesto, pero cuando voy a marcar me acuerdo de que no me sé de memoria el número de Steven. ¡Maldita tecnología!

—No te rías, pero no me acuerdo del número, estos chismes van a acabar

con nuestro cerebro. —Le devuelvo el teléfono, mientras nos reímos las dos, ya que ella me dice que le suele pasar lo mismo.

Decido que, para cuatro paradas de metro que tengo hasta casa, no voy a molestar a nadie y cuando llegue ya daré las explicaciones necesarias, me va a caer una buena bronca. Me cuelgo la mochila al hombro y me dirijo a la parada del metro. Cuando casi estoy llegando, oigo que alguien reclama mi atención.

—Señorita, perdone —me dice una chica desde la parte trasera del interior de un todoterreno—, ¿me podría ayudar con esta dirección?

—Lo intentaré —contesto.

Me acerco para ver lo que me enseña en su teléfono. Me quedo muerta cuando lo que me muestra es un vídeo de Pol y Jorge en el parque.

—Estas imágenes son de ahora mismo, si no te subes al coche o armas algún escándalo, solo tengo que hacer una llamada y los chicos tendrán un terrible accidente —me informa la chica que, mirándola con atención, y aunque lleva unas grandes gafas de sol, estoy segura de que es Clara.

Ahora sí que no me fío, después de ordenar poner la bomba y estar vigilando a los chicos, no me puedo arriesgar a desobedecerla; realmente, Dani tenía razón, esta mujer está muy mal de la cabeza. ¿Cómo alguien que es capaz de hacer daño a su propio hijo? ¿Por qué? ¿Por celos, envidia…?

Clara se arrastra en el asiento después de abrirme la puerta del coche y yo no dudo en entrar, no me perdonaría que les pasara algo a Pol y Jorge por mi culpa.

—Enséñame las manos y júntalas.

Dispongo mis manos delante de ella. Clara pone una brida alrededor de estas y me las ata, después coge una tela negra y me la pasa por la cabeza, dejándome a oscuras. Tengo miedo, para qué lo voy a negar. Maldigo el no haber hecho caso a mi padre y ser más prudente. Podía haber llamado a Tammy o Juana, pero ahora ya no hay marcha atrás.

—¿Qué quieres de mí, Clara? Ya sabes que mis padres tienen mucho dinero. Podemos llegar a un acuerdo, pero, por favor, no le hagas daño ni al niño ni a Jorge —le suplico en medio de mi angustia.

—¡Vaya, si sabes quién soy! ¡Pobre, princesita! Ahora no te hagas la víctima. Hasta ahora no te ha importado lo más mínimo quitarme lo que es mío. Si hay algo claro es que, si no van a estar conmigo, no van a estar con nadie.

—Tú los abandonaste, ahora no pretendas exigirles que te quieran y acepten

estar a tu lado. —Sé que no debería hacerlo, pero replico porque me hierve la sangre que después de todo lo que los ha hecho sufrir, pretenda hacer como que no ha pasado nada.

—Cállate la boca, zorra, ¿qué sabrás tú de mi vida?

No puedo verla, pero noto perfectamente como se mueve a mi lado. Empuja mi cabeza hacia delante, impulsándome contra el asiento. Al no esperarlo, mi cuerpo no ha hecho fuerza por lo que el porrazo es considerable, con tan mala suerte que creo que me he dado con el hierro que mantiene anclado el reposacabezas con el asiento, pues he impactado con algo duro. ¡Dios, cómo duele! Noto como me palpita la frente, no creo que haya herida, pero sí un chichón.

—Ahora te vas a quedar calladita hasta que lleguemos, no me obligues a mandarte a echar una siesta.

Obedezco mientras mis lágrimas descienden por mis mejillas. No sé si mi llanto es por el dolor que tengo en la cabeza, por la impotencia de no poder hacer nada o por el miedo de no volver a ver a los chicos. Supongo que es una mezcla de todo. Intento relajarme y que mi mente dolorida piense en cosas bonitas, en los momentos vividos con Jorge y Pol. Cierro los ojos y me centro en ellos.

Pol, mi pequeño rubio, ese ser con un cuerpo tan pequeño y un corazón tan grande; esos ojos verdes, chispeantes, tan parecidos a los de su padre, su sonrisa tan dulce y pícara a la vez. Pienso en las veces que sus brazos me han rodeado para darme cariño o todas las ocasiones en que me ha dicho que me quería, pero que su preferida es Cloe. Una sonrisa asoma en mi rostro, que se contrae del dolor al mover alguna parte de mi cara. Cojo aire y lo expulso con lentitud de mi organismo para poder canalizar de alguna manera mi malestar. Cuando parece que ha disminuido un poco, centro mis pensamientos en Jorge… mi amor, mi vida. Qué difícil ha sido nuestro amor siempre, qué complicado se nos está haciendo ser felices; siempre hemos estado rodeados de problemas o desconfianzas que nos han impedido avanzar con tranquilidad y disfrutar de nuestro amor. Aun así, tengo muy buenos recuerdos a su lado, pase lo que pase, nunca olvidaré esa sonrisa suya, exclusiva para mí o sus manos recorriendo mi cuerpo. La pasión con la que me ha besado muchas veces o como me he desecho de placer en sus brazos. El tiempo que hemos estado juntos, disfrutando el uno del otro, han sido los mejores días de mi vida, sin duda.

Yo no soy una persona creyente, por lo que no suelo rezar nunca, pero en

medio de este viaje interminable, y dadas las circunstancias, no tengo más remedio que pedir, me da igual a quién, que me ayude a que todo acabe bien, que no les hagan daño a los chicos y que pueda volver a estar en sus vidas, siendo feliz.

***

Después de un rato, soy consciente de que el coche se ha detenido, hemos pasado por un camino de tierra; eso no era una carretera, lo sé por la cantidad de baches y por mí dolor de cabeza con tanto movimiento. Me llega una ráfaga de aire, me imagino que por la apertura de la puerta del coche. Alguien sujeta mi brazo para hacerme bajar, también oigo como se cierran las puertas del coche. El resto es silencio, solo el movimiento de árboles y el sonido de pájaros me hacen saber que debemos de estar en el campo o la montaña. Nos introducimos en una edificación, no tengo claro de qué tipo, solo que huele bastante a humedad.

—Llévala a la habitación de atrás —le dice Clara a la persona que me tiene agarrada. Oigo un ruido de llaves y como me arrastra para llevarme a mi destino.

—Por favor, déjame marchar. Mira, no he visto tu cara, no tengo ni idea de quién eres... —le suplico a la persona que me lleva, mientras apelo a su buena fe.

—Cállate y camina. No quiero enfadarme. —Creo que no tiene ningún tipo de fe, ni buena ni mala.

—Mi familia tiene mucho dinero, si me ayudas, prometo recompensarte muy bien, ¿cuánto te paga Clara por ayudarla? Te lo triplico.

No me contesta, pero me doy cuenta de que no voy a poder contar con su ayuda, ya que ahora mismo me tiene empotrada contra la pared mientras su mano aprieta mi cuello. Noto como me falta el oxígeno. Entre la capucha y la presión que hace su mano, empiezo a ver chiribitas por no poder llenar mis pulmones del aire suficiente.

—He dicho que te calles. Sé buena chica o te vas a arrepentir. —Me suelta después de susurrarme las palabras al oído.

Caigo de rodillas al suelo e intento respirar profundamente para volver a llenar mis pulmones y poder calmar el pulso de mi corazón, que parece se me va a salir del pecho. Cada vez soy más consciente de que esto no es una broma o una pequeña amenaza; que esto es serio y, haga lo que haga, seguramente,

acabaré muerta.

Mi mente intenta pensar con rapidez, supongo que, en momentos como este, lo más seguro es obedecer y tener la esperanza de que la policía llegue a encontrarte antes de que el desenlace sea trágico, pero yo no me puedo quedar esperando. Pienso rápido mientras me recupero en el suelo, que tenga una idea no significa que sea buena, pero tengo que intentarlo.

Como estoy de rodillas, mi cabeza está encima de mis manos, así que, en un movimiento rápido, me deshago de la capucha y compruebo que mi secuestrador se encuentra frente a mí. Levanto mis manos atadas con todas mis fuerzas y las descargo en sus partes íntimas. Veo como se desploma delante de mí, mientras se agarra la entrepierna.

Esta es mi oportunidad para escapar, así que corro hacia la zona donde hay más luz. Consigo cruzar dos salas, mi cerebro ya procesa que hay una posibilidad de ser libre, que toda esta pesadilla está a punto de acabar, porque estoy llegando a una de las últimas puertas. Giro mi cabeza hacía atrás para comprobar si el malnacido, que casi me ahoga no me sigue, sonrío al ver que no es así, pero cuando me giro, veo que la puerta por la que voy a salir se me cierra en las narices. No me da tiempo a frenar y el impacto contra ella es estremecedor. Mi cuerpo lo recibe entero, no hay parte de este que no haya colisionado con la maldita puerta. Caigo hacia atrás como si fuera una muñeca de trapo. En mi semiinconsciencia, noto como me chorrea líquido por la cara; sangro, pero no sé de qué parte de mi cabeza. Noto unos pasos y seguidamente la voz del gorila que me insulta y se dedica a rematar mi cuerpo con varias patadas en el estómago.

—Sergey, basta, la necesitamos viva.

Son las últimas palabras que oigo antes de caer inconsciente, mi cuerpo no resiste tanto dolor y mis últimos pensamientos son para toda la gente a la que quiero con toda mi alma. Sobre todo para Jorge; espero que sea consciente de como lo amo, lo feliz que he sido a su lado y ojalá pueda ser muy feliz, aunque yo no pueda verlo.

Me hundo en una oscura tranquilidad.

Jorge

Ya es hora de irnos a casa, son casi las ocho de la tarde, pero se está muy bien estirado en la hierba; aprovecho los últimos rayos de sol, mientras Pol llama mi atención para que lo mire como baja el tobogán. No sé por qué, estos momentos de tranquilidad, siempre se rompen por culpa del teléfono. Es Thomas.

—Dime, Thomas, ¿en qué puedo ayudarte? —le pregunto.

—Muchacho —responde—, ¿está mi hija contigo?

—¿Por qué tendría que estar conmigo? —Mi cuerpo se tensa y me incorporo para levantarme de la manta, sin perder de vista a mi hijo.

—¡Jorge, no me toques los cojones! —me chilla.

Está muy nervioso, nunca lo he visto perder la compostura de esta manera. Noto un ruido raro en el teléfono, me separo para ver si me ha colgado, pero no es así.

—Jorge, soy Steven. Supongo que Sophie no está contigo; si es así, tenemos un problema. No contesta a su teléfono. Se fue al gimnasio y quedamos en que me llamaría al salir para recogerla. No lo ha hecho, hace casi una hora que salió de allí y nadie la ha visto.

—Mierda, no puede ser. —Ahora sí que estoy nervioso, recojo mis cosas del suelo y llamo a Pol para que se acerque a mí—. ¿Creéis que Clara puede estar detrás de todo esto?

—Estamos seguros. Ya hemos avisado a Daniel. Carlos debe de estar cerca de vuestra posición, no pierdas de vista al niño y espéralo, os traerá al hotel.

Cuelgo la llamada después de confirmar que haré lo que me pide. Vuelvo a llamar a Pol, que todavía no ha venido hasta mi posición. Mientras lo llamo camino yo también hacía la suya. Por fin, me hace caso y viene corriendo, cuando faltan unos metros para que nos encontremos, veo que por mi derecha se acerca un hombre vestido de negro. Llega hasta mi hijo y lo levanta del suelo para llevárselo. Cuando soy capaz de reaccionar, de darme cuenta de lo que ocurre, tiro la manta y la mochila que llevábamos y salgo detrás de él, chillo el nombre de mi hijo como un desesperado. Oigo como mi pequeño también me llama en medio del llanto y las patadas que le da al cabrón que se lo lleva, se resiste como todo un campeón.

Cuando creo que ya no voy a poder hacer nada, que voy a perder a mi hijo, pues están a punto de salir del parque, veo como el hombre que retiene a mi

hijo se para. Enfrente tiene a Carlos, apuntándolo con una pistola y llegan varios policías que lo rodean. Estoy a punto de llegar a ellos cuando uno de los policías me retiene.

—¡Es mi hijo, joder, suéltame! —Forcejeo con el policía que me inmoviliza.

—Lo sé, Jorge. Mírame —me reclama—. Soy uno de los policías que lleva el caso, soy compañero de Daniel Otero. Ya lo tenemos rodeado, mira...

Al levantar la cabeza y dirigir mi mirada a donde sucede todo, puedo ver que, con los nervios, no había sido consciente antes de que el parque, a nuestro alrededor, está vacío y que el capullo que quería llevarse a mi hijo está tirado en el suelo y le están poniendo las esposas. Veo que mi hijo está a salvo, en brazos de Carlos, que le acaricia la espalda para intentar calmarlo. Los nervios vividos y la ansiedad de que pudiera pasarle algo a mi hijo me vencen y caigo al suelo de rodillas, llorando de alivio.

—¡Papi, papi! —Oigo los gritos de mi hijo y me levanto para correr a su encuentro. Joder, me tiemblan las piernas de los nervios. Lo abrazo tan fuerte que oigo como se queja—. Que no puedo respirar...

—Perdona, cariño, ¿estás bien? Vaya susto he pasado, menos mal que estás bien.

Lo bajo al suelo para separarlo de mi cuerpo y mirar que no tenga ninguna herida. Mi pequeño asiente con la cabeza y me regala una tímida sonrisa.

—Al principio, he tenido un poco de miedo, pero después ha sido guay. Carlos me ha salvado como en las pelis, papi.

Está tan nervioso que intenta sacarle importancia al asunto. Pero lo conozco y está muy asustado; me lo dicen sus ojos que no son capaces de mantener mi mirada.

—Gracias, Carlos. Te debo mi vida, casi me muero del susto —le digo al camarero/guardaespaldas.

—No me des las gracias, Jorge, es parte de mi trabajo proteger a la familia —me explica. Su semblante es serio y tenso—. Debemos irnos, nos esperan en el hotel.

Cojo a mi hijo en brazos y nos dirigimos a toda velocidad hacía un vehículo negro, con los cristales tintados, de esos que aparecen en las series americanas. Si no estuviera tan nervioso por todo lo que pasa a nuestro alrededor, me estaría riendo de todo este despliegue de serie policíaca. En el asiento del piloto hay un hombre enorme, parecido a Steven. Pol y yo nos sentamos en el asiento de atrás y Carlos de copiloto.

—Campeón, ¿quieres un poco de agua? —le pregunta Carlos.

Mi hijo que no ha quitado la mirada de la ventanilla en ningún momento, como tampoco ha soltado mi mano, asiente con la cabeza y mientras le da la botella de agua suena su teléfono.

—¡Dime! —contesta—. Joder, Steven, estamos de camino, hemos tenido un pequeño problema. Sí, están bien, cuando lleguemos, te explico. Vamos todos en el coche. ¿Hay noticias?

Mientras Carlos habla casi con códigos, para que no nos enteremos, recuerdo las palabras de Steven, que Sophie puede estar en peligro o que le ha podido pasar algo. Mi cuerpo se vuelve a estremecer y no tengo claro que pueda volver a afrontar otro suceso de esta magnitud. No voy a preguntar nada delante de Pol, él ya ha tenido bastante con la parte que le ha tocado, así que estoy deseando llegar y enterarme de qué coño pasa.

Llegamos a la entrada del hotel, donde todo sigue su curso como si no pasase nada. Subimos en el ascensor y Carlos marca la planta nueve. Yo nunca he estado en este hotel, pero me imagino que, como en casi todos, en las plantas más altas están situadas las *suites* y, siendo la familia Prescot, supongo que no estarán en una habitación de las normales. Decir *normal* en este hotel es como decir *suite* en otro, así que no me quiero imaginar en qué tipo de habitación puede estar Thomas. Salimos del ascensor y los pasillos son un hervidero de gente que viene y va a toda prisa. Mi cara debe de ser un poema pues todos llevan arma, unos con el teléfono en la mano, otros con tabletas.

—Se ha cerrado la planta al público —me aclara Carlos, al ver mi cara de alucinado—. Vamos a la *suite* Royal, Thomas nos espera.

Nos dirigimos a la puerta del fondo y entramos en la habitación, que es más grande que mi piso entero. Calculo que tendrá unos ciento cuarenta metros cuadrados, una cama *king size* y toda clase de lujos, de los que no te puedes imaginar a no ser que seas de los que tienen suerte de disfrutar de ellos a menudo. Las vistas deben de ser impresionantes, por la altura y por la orientación hacia el Paseo de la Castellana y la calle Serrano.

En el interior, no hay tanto movimiento, solo hay cinco personas, Thomas, Steven, Dani, mi padre y Juana. Mi hijo corre hacia mi padre para explicarle todo lo que ha pasado, aunque por la cara de alivio de mi padre supongo que ya está enterado. Lo que más llama mi atención es el estado de Thomas. Está sentado en la enorme cama, con los codos apoyados en las piernas y su cara hundida en las manos. Está preocupado, se le nota nervioso y tenso. Cuando levanta su mirada y se encuentra con la mía, veo como sus ojos brillan, pero

suspira con alivio.

—Jorge, ¿cómo estás? —me pregunta Dani—. Ortega me ha llamado para explicármelo todo. Desde que pasó lo del BookCafé hay un grupo de la policía que os vigila.

—Ahora, mejor. No te puedes imaginar el miedo que he pasado, Dani, pensé que no volvería a ver a mi hijo. —Me vuelvo a derrumbar al recordar como aquel tipo se llevaba a mi campeón. Mi amigo me abraza e intento volver a recuperar la compostura.

—Creo que es mejor que Juana y Eduardo se lleven a Pol a descansar a una habitación —comenta Steven con su marcado acento.

—Claro que sí. Carlos, acompáñalos a la habitación de al lado. Ahora llamamos al servicio de habitaciones para que les suban algo de cenar —dice Thomas—. Pienso que, dada la situación, no es buena idea que se vayan. Aquí están seguros.

—Pues no se hable más, os acompaño a la otra habitación y pedimos algo para cenar. Despídete de papá, hasta después —le pide Carlos.

Me da un beso y un abrazo y se va hacia la puerta con Carlos. Al pasar, mi padre también me da un abrazo que me sienta de maravilla, transmitiéndome la calma que ahora mismo necesito. Juana se despide de mí, apretando mi brazo para darme ánimos y los veo salir de la habitación. Me giro y todos centran la mirada en mí, ya no puedo aguantar más la inquietud y la falta de información. Estoy cansado de ser siempre el último en enterarme de todo lo que pasa a mi alrededor.

—¿Alguien me va a explicar qué coño pasa? ¿Habéis podido encontrar a Sophie? —pregunto con tono de enfadado.

—Por la tarde, la llevamos al gimnasio, dijo que quería desconectar un rato. Le pedí que cuando saliera llamara a Steven para recogerla, no quería que volviera sola a casa. Desde que Dani nos informó de que la culpable del destrozo en el BookCafé no había sido localizada y andaba en la calle, intentamos que no saliera sola. No sabemos de lo que es capaz esa mujer —me explica Thomas—. Sobre las ocho, al no tener noticias de ella, la llamamos al teléfono, pero no lo cogía, así que fuimos hasta el gimnasio y nos informaron de que hacía una media hora que se había ido. Fuimos a casa y al ver que no llegaba, llamé a Dani para poder rastrear su teléfono. Lo encontramos en una papelera cerca del gimnasio. A partir de ahí, hemos movilizado a todo el mundo, como habrás podido comprobar en el pasillo.

—¿Y no se sabe nada todavía? ¿Tanto dinero y aún no se ha podido

averiguar qué ha pasado? —Mi tono es demasiado alto, estoy demasiado nervioso.

—Mira, muchacho —me encara Thomas—, sé que la quieres mucho, pero no te olvides de que es mi hija. Y yo, más que nadie, quiero que no le pase nada, así que ya puedes bajar el tono de voz y vamos a relajarnos todos. Tú acabas de pasar por un terrible momento, así que ya te puedes imaginar mi congoja.

—Perdón, lo siento —me disculpo con Thomas. Me siento en una silla que hay cerca de un escritorio y hundo mis manos en mi cara y mi pelo.

—A ver, estamos todos muy nerviosos, así que intentemos mantener la calma. Una cosa buena es que tenemos identificada a la persona que, supuestamente, tiene retenida a Sophie —comenta Dani—. La otra es que, para hacer ejercicio, ella siempre lleva un reloj deportivo y al parecer, Steven, hace tiempo le puso un dispositivo de localización, el cual está tratando de utilizar la policía. Vamos a confiar en que esas cosas a nuestro favor funcionen.

Una vez acaba de hablar mi amigo, la habitación se queda en silencio. Cada uno está ausente en sus pensamientos. Los míos se centran en mi morena, en las ganas que tengo de abrazarla y besarla. Si cierro los ojos, puedo ver su preciosa sonrisa o como arruga los labios cuando se enfada; incluso, puedo sentir el tacto de sus manos en mi cara. Solo quiero que esta pesadilla acabe de una vez, que la loca de Clara no le haya hecho daño y le pueda decir que la quiero con toda mi alma. Todos mis pensamientos quedan interrumpidos por el sonido de mi teléfono, todas las miradas se centran en mí. Lo saco de mi bolsillo y en la pantalla sale un número que no conozco por lo que sospecho, de inmediato, que puede ser una llamada de Clara. Lo levanto para que Dani vea la pantalla y asiente con la cabeza para que lo coja mientras él coge el suyo y habla con alguien.

—Sí —contesto a la llamada.

—Hola, mi amor —Conozco a la perfección su voz y mi cuerpo también, ya que tengo la piel de gallina y un escalofrío recorre todo mi cuerpo—. Creo que ya es hora de que todo vuelva a la normalidad. Tú sabes que eres el amor de mi vida y con mi hijo quiero que volvamos a ser una familia.

—Clara, sabes perfectamente que yo hace mucho tiempo que no quiero nada contigo, fuiste tú la que nos abandonó y se fue a vivir su vida. Yo ya no te quiero y no pienso volver contigo. —Dani me hace señas para que la mantenga en la línea. Supongo que tratan de localizar la llamada.

—Estoy segura de que, cuando estemos un tiempo juntos, volverás a quererme, como antes, tú me amabas, ¿recuerdas? Mira, si es por esa mujer, Sophie, ella ya no es un problema, se alejará para siempre de tu vida.

—Clara, ¿tienes tú a Sophie? No le habrás hecho daño, ¿verdad? —le pregunto con la voz cortada.

—Ja, ja, ja —Su risa me estremece—. Sí, está aquí conmigo, pero no te va a poder saludar. Ha intentado escapar y ha tropezado con una puerta, creo que está inconsciente, o puede que muerta, no lo sé...

—¡Eres una jodida loca! —chillo—. Reza, por tu bien, que no le haya pasado nada malo, porque te juro por mi hijo, que te vas a pudrir en la cárcel.

—Si no eres mío, tampoco de ella.

Oigo el pitido conforme la llamada se ha cortado y me derrumbo de rodillas en el suelo. Noto como me zarandean para que les explique que me ha dicho Clara. Hay movimiento a mí alrededor y parece que todo pasa a cámara lenta, hasta que oigo a alguien comentar que tienen localizada la ubicación de donde se encuentran. Mi amigo me ayuda a levantarme y me arrastra para que lo acompañe a buscar a mi morena. Mientras nos dirigimos al coche y después al lugar señalado, mi mente no para de especular sobre el estado de Sophie. Por Dios, que esté viva…

CAPÍTULO 24

Sophie

Oigo ruidos, parecen lejanos. «*Despejado*» se escucha gritar, mi cerebro sabe que han venido a rescatarme. Intento gritar, pero no me sale la voz, no soy capaz de abrir los ojos. Noto algo líquido y caliente caer por mi frente, pero tampoco puedo levantar los brazos para tocarme. Mi cuerpo no responde, estoy en un estado de semiinconsciencia.

—¡Jefe, la he encontrado! Estoy en una habitación en el lado sur. Está viva, tiene pulso, pero tiene muy mal aspecto. Tiene un buen golpe en la cabeza y creo que está inconsciente, necesito una ambulancia.

Su tono de voz me demuestra que debo de tener una pinta horrible, que mi estado no puede ser bueno. Oigo como llega más gente a mí alrededor, como mueven mi cuerpo, me pinchan. ¡Joder, qué daño! Y como me ponen algo en la cabeza. Me mueven y me depositan sobre algo; una camilla, supongo, y salimos del edificio. Se acabó mi pesadilla. Estoy contenta y muy asustada a la vez, no entiendo por qué no puedo moverme ni expresarme y eso hace que me desespere. Me cuesta respirar, hay un pitido muy molesto a mi alrededor y cada vez parece que se oye con más intensidad.

—Hay que darse prisa o la perderemos.

—Sophie, preciosa, aguanta, no te puedes rendir ahora. Piensa en Jorge, en Pol, en tu padre... —Esa voz me suena, es de Dani. Es todo un alivio oír una voz conocida.

Parece que salimos del edificio, lo noto por una ráfaga de aire que golpea mi cuerpo. Tengo frío y estoy agotada, necesito descansar, no me importaría dormir meses enteros de lo cansada que me siento.

—¡Oh, madre mía! Mi pequeña, ¿qué te han hecho? —Ese es mi padre.

No me gusta la angustia que denota su voz, me rompe el corazón que esté tan preocupado por mí. Tengo ganas de decirle que no se preocupe, que todo va a estar bien.

—Señor, tenemos que llevarla ya al hospital, ha perdido mucha sangre y no sabemos el grado de la lesión de su cabeza. Las primeras horas son vitales, por favor, déjenos hacer nuestro trabajo.

—Morena, sé fuerte, hazlo por nosotros. Te quiero nena, siento mucho todo

lo que ha pasado. —Mi *fireman.*

Su voz me relaja, su tacto me reconforta, no quiero que suelte mi mano, pero no puedo hacerlo, mi cerebro no quiere enviar órdenes.

La rabia me invade, tengo muchas ganas de llorar, y lo hago, no se sí, internamente, o, por el contrario, también mis lágrimas asoman haciéndose presente mi sufrimiento. Tengo mucho sueño, me rindo, no puedo más con esta presión. De verdad que quiero luchar, no soy de esas personas que se vencen con facilidad, valoro mucho mi vida, tengo personas maravillosas en ella y no quiero morir, pero ahora mismo estoy tan hundida; me siento tan impotente por no poder consolar a los míos y verlos sufrir por mi culpa, que acabo sucumbiendo al cansancio y desconecto.

***

—¿Crees que puede oírnos?

—No tengo ni idea Tammy, los médicos dicen que, posiblemente, sí. La presión del coagulo del cerebro no la permite despertarse, pero eso no significa que no oiga. Han dicho que responde a los estímulos que le han realizado.

No sé cuánto he dormido, pero aquí estoy de nuevo, lo sé porque los oigo hablar, aunque no pueda responder. Me encantaría que supieran que los escucho, que no saben lo bien que me hace que estén aquí conmigo.

—¡Ay, Dani! Yo sé que parece una locura y que es raro de narices hablarle y que no responda, pero... Amiga, si es verdad que me escuchas, que sepas que estamos aquí contigo, como siempre, juntas. No te rindas, nosotras nunca lo hacemos, ¿recuerdas? Tienes que despertar, no me gusta nada hablar sola, parezco una loca...

Pierdo el sonido de su voz, me vuelvo a sumir en el silencio, vuelvo a perder el contacto con el mundo.

***

«Qué, si tu boca y mi boca se entregan en la batalla, prometo nunca rendirme si dejas que no me vaya. Qué, si tus manos se vuelven la celda de un prisionero, pues cuando lleguen por mí al entregarme seré el primero».

—¡Hola, colega! ¿Cómo estáis? ¿Otra vez con la misma canción?

—Manuel, cariño, no me cabe duda de que a Sophie esta canción le gusta mucho, la verdad es que es preciosa.

—Pues eso espero, Teresa, quiero que sepa cuánto la quiero, que no me

voy a rendir y que ella tampoco debe hacerlo. Los dos sabemos que Oso *no tiene corazón.*

—Y que tú eres un capullo...

Noto su mano acariciar la mía, desearía poder corresponder a esa caricia, poder devolverle los besos que me da, poder decirle cómo me gusta la canción que me ha puesto, aunque no sepa que canción es...

***

—¡Hola, pequeña! ¿Cómo estás hoy? Tengo una sorpresa para ti. Está aquí Nico. Dile algo, hijo...

—Joder, papá, lo siento mucho, pero no sé qué decirle. No puedo hablar con mi hermana, ahí tirada en la cama, sin saber si me oye o no.

—Pues claro que te oye, tú nunca pasas desapercibido, hijo. No le hagas caso a tu hermano, hacer tantos viajes le está estropeando el cerebro. ¿Sabes?, mañana estará aquí Alison, tiene muchas ganas de verte, cielo. Por supuesto, también tenemos aquí a Steven, a nuestro lado, como siempre. Ya sabes cómo es de callado, por eso no has notado su presencia.

Ojalá pudiera expresar mi sonrisa, los conozco a los tres y me da mucha rabia no poder ver, desde afuera, el panorama de ellos rodeando mi cama. Necesito despertar, quiero despertar y decirles todo lo que los quiero y cómo agradezco que estén conmigo en estos momentos...

***

«Solo con un beso me salvaste la vida, y hoy existe amor donde antes hubo una herida. Y con ese beso me obligaste a quedarme, solo en tu boca».

—Hola, morena. Ya han pasado tres días. Por aquí todo sigue como siempre. Pol te echa mucho de menos y tiene muchas ganas de verte. Mañana empieza el colegio y está muy nervioso, eso de empezar en uno nuevo lo asusta un poco. Ojalá pudieras despertar para hablar con él, seguro que tú serías capaz de calmarlo. Yo también te echo mucho de menos, te necesito tanto, nena. Haz un esfuerzo, mi vida, tienes que despertar, tienes que volver conmigo...

—Hola, hijo, ¿cómo van las cosas?

—Hola, papá, ¿cómo estás, Juana?

—Hola, cielo. ¿Cómo tenemos a la princesa hoy? Sophie, cariño, aquí estamos Eduardo y yo, hemos venido a verte. Por cierto, traemos buenas

noticias. La primera, es que el BookCafé ya va cogiendo forma de nuevo. Entre nosotros y tu padre supervisamos que todo vaya bien. Que sepas que estuve con Trini, me manda muchos saludos para ti, tiene muchas ganas de verte. Está bastante mejor. Y la última, pero no menos importante. Por fin, el bebé de Tammy y Dani se ha dejado ver; es un muchachote, tienes que ver cómo están todos de locos con la noticia.

Me alegro tanto por mi amiga, sé que le daba igual lo que fuera, pero así ya tiene a la parejita, bueno, y Dani debe de estar eufórico. Y mi niña, mi princesa Cloe...

***

—¿Tú crees que podría hacerle cosquillas en los pies para compensar todas las horas de más que me hace trabajar?

—¡Carlos, estás tonto! Cómo te esté oyendo te vas a quedar sin trabajo.

—Mira, Paula, si con eso consigo que se despierte de una vez y pueda volver a ver esa preciosa sonrisa que tiene, me va a dar igual que me despida.

—Cariño, se va a recuperar. Y cuando lo haga te dará una colleja por querer hacerle cosquillas en los pies.

Mi camarero descarado, mi gran amigo, mi sombra. Sé que, aunque se haga el gracioso, le duele mucho verme así. Por más que intento levantar la mano para acariciar la suya, no soy capaz. Es desesperante no poder corresponder a todo el cariño y el amor que recibo, lo peor es no poder mantenerme despierta para poder escuchar sus historias.

***

«Es donde encuentro sentido y razones a esta vida loca, porque el amor solo sabe buscarme cuando tú me tocas. Y demostrar que contigo el destino ya no se equivoca, no se equivoca. Solo en tu boca».

—Pequeña, ya llevamos siete días. Siete días eternos sin ver como tus ojos me miran con cariño, sin disfrutar de tu sonrisa o de como arrugas la nariz cuando te enfadas conmigo. Te necesito, cielo, tienes que ponerte bien, tienes que volver a mi lado...

—Buenas tardes. ¿Cómo está hoy nuestra paciente?

—Sigue estable, doctor. Le dejo los resultados del TAC.

—Bien, gracias. Vamos a ver qué nos muestra.

—¿Está todo bien, doctor? ¿Cree que pronto podrá despertar?

—La verdad es que se está recuperando muy bien. El hematoma ha disminuido considerablemente y la presión es casi mínima. Voy a dar instrucciones de que mañana comiencen a reducir la dosis del barbitúrico que le administramos para mantenerla sedada y podamos ver cómo reacciona su cerebro y haremos seguimiento.

—¿Hay algún riesgo de que no despierte?

—Es una mujer joven y que se está recuperando bastante rápido, dada la lesión. Responde a los estímulos auditivos que le realizamos, por lo que, su coma no es severo. Pero también es cierto que el cerebro es muy complejo y nunca puedes saber cómo va a reaccionar. Es el eterno desconocido y los riesgos siempre están. Vamos a ser positivos y esperar que todo vaya bien y en unos cuantos días, podamos estar aquí riéndonos de lo que ha pasado.

—Muchas gracias, doctor.

Tengo que despertar, no me puedo quedar aquí siendo un estorbo. Me queda tanta vida por disfrutar, que no me pienso dar por vencida.

***

Madre mía, que dolor de cabeza tengo, bueno, de cabeza y de todo el cuerpo, estoy entumecida. No soy consciente de que me muevo hasta que una molesta luz enfoca en mis ojos. Intento girar la cabeza para que no me moleste y… ¡puedo moverme!

—¡Vaya! Parece que la Bella Durmiente se despierta. ¿Cómo te encuentras? —Hago el intento de abrir la boca, pero no me salen las palabras. Ay, que me he quedado muda—. No te esfuerces, vamos a ir poco a poco. ¿Recuerdas cómo te llamas?

Asiento con la cabeza, mientras levanto mis brazos para comprobar que vuelvo a tener el control de mi cuerpo. Puede que no todo, pero más vale esto que nada.

—Eso es fantástico. Es muy positivo que tu cerebro no haya perdido información. ¿Recuerdas lo que pasó? —Muevo mi mano para expresarle que más o menos.

Recuerdo como Clara me llevó contra mi voluntad y que intenté escapar, a partir de ahí nada más. Suspiro y noto como mis lágrimas descienden por mis mejillas; las emociones me superan, los malos recuerdos y pensar en que he tenido suerte, que el desenlace pudo haber sido otro...

—Sophie, tienes que calmarte, sé que ahora todo puede ser abrumador. Llevas algo más de una semana en coma y el hecho de despertar y afrontar todo, puede ser apabullante. Mira, hay mucha gente que al tener golpes tan importantes como el que has tenido tú en la cabeza, pierden los recuerdos. e incluso, padecen algún tipo de amnesia. No parece ser tu caso, aunque, de momento, solo recuerdes algunas cosas y eso es muy positivo. Seguiremos controlándote, te volveremos a hacer un TAC para ver la evolución. Ahora necesito que estés tranquila y descanses.

Cuando veo que se gira para marcharse, le retengo la mano y se la aprieto en agradecimiento. Él me sonríe y se retira para que pueda descansar. La verdad es que he estado tantos días dormida que ahora no me apetece volver a cerrar los ojos, supongo que por miedo a sumirme de nuevo en la oscuridad. Pero una cosa es lo que yo quiero y otra muy diferente lo que manda mi cuerpo, y este me obliga a cerrar los ojos y relajarme, más que nada para poder calmar este aturdimiento de cabeza.

Oigo la puerta, pero no le hago caso, no me muevo ni abro los ojos, seguro que es una enfermera que viene a revisar todos los aparatos a los que estoy conectada. Pero no… Percibo su presencia y no necesito abrir los ojos para saber quién es, reconozco su olor y su tacto perfectamente. Me acaricia la mano y besa mis labios, poniendo así toda mi piel de gallina por culpa del escalofrío que cruza mi espalda.

—Hola, morena. Estás preciosa, cariño —dice, mientras coge mi mano y supongo que se sienta en una silla a mi lado—. ¿Sabes?, esperaba encontrarte algo despierta. Ha sido maravilloso estos días poder notar como me apretabas la mano o, incluso, cuando movías la cabeza. Pero ya han pasado tres días desde que te bajaron la medicación y empiezo a estar inquieto.

Noto como su mano acaricia mis labios y, después, como apoya su frente en mi otra mano. Sé que está llorando y que ha estado aquí a mi lado muchos días. Me acuerdo de sentir gente a mi alrededor, de oír sus voces, pero no recuerdo las conversaciones. Ya sé lo duro que es que una persona importante en tu vida se encuentre estirada en una cama, sin saber si volverá a despertar o la perderás para siempre. Mis emociones están sobrepasadas, seguramente a él le puede pasar lo mismo.

—Buenas tardes —nos saluda el médico y me mira con una sonrisa.

Al notar la angustia de Jorge, he abierto los ojos para volver a llenarme de él, pero, como él tenía la frente pegada a mi mano, no se ha dado cuenta de que estoy despierta.

Al oír el saludo del médico, levanta la vista para saludarlo, y al ver que este dirige su mirada hacía mí, sonriente, me mira. Su cara es todo un poema, no puede retener sus lágrimas de nuevo y se derrumba. Se abraza a mi cuerpo para desahogar, así, todas las emociones de los últimos días. Levanto mis manos y abrazo su cuerpo con la poca fuerza que tengo, pero con todas mis ganas. No quiero volver a separarme de él, no quiero volver a estar en la cuerda floja y no haber disfrutado de todo lo que la vida me da. No quiero arrepentirme de nada a partir de ahora.

—Pero bueno, ¿te habías hecho la dormida? No puedo creer que seas tan tramposa. —Se ríe el médico al darse cuenta de que Jorge no sabía que estaba despierta.

Mi *fireman* se separa de mi cuerpo con una sonrisa y yo solo puedo encogerme de hombros, a modo de disculpa, por ser un poquito mala, es verdad.

—Bueno, creo que voy a venir un poco más tarde. Por favor, no me estreséis a la paciente que solo hace unas horas que ha despertado y hay mucho que asimilar.

Jorge asiente sin decir ni una palabra. No somos conscientes de que el médico sale de la habitación, pues todos nuestros sentidos están puestos en observarnos y acariciarnos, sin decir ni una palabra. Bueno, eso él, porque yo no puedo. Pero no nos hacen falta, solo con mirarnos, sabemos lo que sentimos el uno por el otro y solo espero que dentro de poco también se lo pueda expresar con palabras.

Jorge

Esto es una locura, han pasado unos días desde que Sophie ha despertado y todavía no hemos tenido ni un momento de tranquilidad, a solas. Las pruebas han salido bien y la han trasladado a una habitación común. Como aquí, las visitas no están restringidas, esto es un hervidero de gente constante. A todos nos preocupa que todavía no pueda hablar. Lo llaman ataxia. Los médicos nos explican que es debido al golpe y creen que, con la ayuda de un logopeda y paciencia, pueda volver a recuperar el habla sin problemas.

En estos días, a través de una libreta, ha escrito las cosas de las que se acuerda y, aunque es muy valiente y toda una campeona, le va a costar volver a la normalidad. Sé que tiene muchas ganas de saber cómo ha acabado todo, saber los detalles, pero el médico nos ha pedido paciencia, no debe ponerse nerviosa ni forzar el cerebro, para que todo vuelva a estar en orden.

—Nos gustaría que vosotros seáis los padrinos, ¿qué me dices, Jorge? —la pregunta de mi amigo me hace regresar a la habitación.

—Será todo un placer. Supongo que a Sophie también le hace mucha ilusión, ¿verdad? —le pregunto a mi morena.

Aprieto su mano. Ella asiente con la cabeza, sus ojos demuestran la emoción por la noticia y nos muestra su preciosa sonrisa, como siempre; aunque, últimamente, ninguna de las que nos ha regalado desde que despertó, se refleja en su mirada.

—El problema es el nombre —nos explica Tammy—. No somos capaces de ponernos de acuerdo.

—Es que tus nombres son muy comunes —se queja Dani —. Yo quería llamarlo Apolo o Zeus, nombres de dioses.

—Ya te he dicho que a mi hijo no lo pienso llamar así. No quiero arruinarle la vida con esos nombres. Mira que son feos —se queja Tammy con sus brazos cruzados encima de su barriga. Estoy convencido de que mi amigo solo lo hace para fastidiarla—. Yo había pensado en Adrián o Liam, ¿qué os parecen?

Yo miro a Sophie para ver qué opina, la verdad es que yo no tengo ni idea, los dos me gustan y no pienso crearme enemigos, así que no pienso arriesgarme a dar una respuesta. Ella levanta el dedo índice para decir que le gusta más el primero, después cierra la mano y levanta el pulgar para confirmar. Me miran para buscar mi opinión y yo solo asiento con la cabeza.

—Perfecto, pues ya tenemos nombre. Se llamará Adrián —confirma la

madre de la criatura.

—A ver, yo soy el padre, no puedes dejar la decisión en ellos. Míralos... —Esta vez soy yo el que no hablo, pero levanto el dedo corazón a mi amigo.

—Dani, ya lo hago. Y no puedo haber escogido mejor, no voy a encontrar en el mundo mejores personas que estén a nuestro lado y, por supuesto, se merecen escoger el nombre, te guste o no.

Dani gruñe en dirección a su chica, pero cuando va a replicar, esta no le deja y sella sus palabras con un beso. Si es que mi amigo es muy facilón cuando se trata de sus chicas. Seguimos con varias conversaciones y anécdotas que nos explican de su día a día, cuando alguien llama a la puerta y asoma la cabeza.

—¿Se puede? —pregunta mi padre.

No nos da tiempo a contestar que la puerta se abre de par en par, dando paso así a dos pequeñajos que entran raudos.

—¡Ya estamos aquí! —dice mi hijo.

—Como para no darse cuenta —ironiza Dani.

—Hola, papi —saluda mi hijo, lanzándose sobre mí.

Me incorporo un poco para que le dé un beso a Sophie. Sé que lo hace encantado, porque la quiere con locura, pero no deja de ser un niño y le corta bastante verla en este estado. Todavía lleva una venda en la cabeza, tiene parte de la cara amoratada del golpe; que nos explicó recuerda haberse dado con una puerta en su intento de huida. El hecho de que no pueda hablar, también le tira un poco para atrás. No quiere ponerla en el compromiso de responder cuando no puede, vamos, que intenta ser prudente; lo que le lleva a estar distante con ella. Se sienta bien en mi regazo y estira la mano para enlazarla con la de Sophie.

—Hola, tita Sophie. ¿Ya puedes hablar? —le pregunta la pequeña en un susurro.

No quiere ofenderla, pero es una niña y siente curiosidad. Ella responde con un movimiento de cabeza y con una media sonrisa para que la niña no se sienta incomoda.

—¡Chicos! —interviene mi padre—, ya hemos hablado de eso en casa. Tenemos que dar tiempo a Sophie; que se recupere y pronto volveremos a oír su voz. Después, os quejaréis, ya que no va a parar de chillar porque sois unos bichos. Ha sido muy valiente y se está recuperando muy bien. Es toda una guerrera.

Mi padre le sonríe y le aprieta el brazo para transmitirle todo el cariño que

le tiene. Ella se lo devuelve con una sonrisa y los ojos aguados.

—¿Dónde has dejado a Juana? —le pregunta Tammy.

—Se ha quedado para hacer la cena. Me ha dicho que te diera un beso y que te diga que, mañana por la mañana, cuando deje a los niños en el colegio, vendrá a verte —le explica mi padre a Sophie. Esta le señala la mejilla para que le dé el beso de Juana, mi padre sonríe y no duda ni un momento en dárselo—. Por cierto, sé que se enfadará conmigo, porque seguro que os lo quería explicar ella, pero no aguanto más, así que ahí va. Me he ido a vivir con ella. Ayer ya acabamos de llevar mis pocas pertenencias a su casa.

Yo sonrío, porque ya lo sabía. Mi padre me lo comentó hace unos días, para saber mi opinión. No sé para qué la necesita, ya es mayor para tomar sus propias decisiones. Pero, según me dijo, somos una familia y no quiere hacer nada que nos pueda perjudicar, que primero está su hijo y su nieto y que no puede tomar ninguna decisión sin nuestra aprobación. Como os podéis imaginar, tanto Pol como yo estamos encantados de que mi padre sea feliz con Juana y que nuestra familia crezca con una persona tan maravillosa como ella.

—¡Qué buena noticia, Eduardo! Seguro que Juana está loca de contenta. Creo que siempre estuvo enamorada de ti, pero al ver que eras feliz, se dio por vencida. Lo que no creo es que se imaginara que, con los años, os volveríais a encontrar —le explica Tammy.

—Yo fui muy feliz con la madre de Jorge, la quise mucho, pero, por desgracia, la maldita enfermedad nos la arrebató muy pronto. Tampoco creí volver a encontrarme con Juana y volver a querer, a mi edad, ya ves tú...

—Bueno, papá, tampoco estás tan estropeado, como para que las mozas no te miren con buenos ojos.

—Eso es verdad, estoy hecho un chaval.

Después de echarnos unas risas, los niños empiezan a estar cansados. Ya es hora de cenar y tienen hambre, así que deciden irse. Mañana es día laborable y todos tienen sus quehaceres.

***

Por fin, consigo un rato de tranquilidad con Sophie, le retiro la mesa de la cena que le trajeron mientras estábamos de charla. Lleva unos días que no come mucho, su excusa es que no le gusta la comida del hospital, pero no tengo tan claro que solo sea eso. Aunque, cuando hay visitas intenta disimular su estado, yo, que he aprendido tan bien su rostro, de tanto observarla, sé

perfectamente que está preocupada; que esa cabeza suya trabaja constantemente y supongo que sus pensamientos no siempre son positivos.

Veo que coge la libreta y el bolígrafo que tiene en la mesa que hay junto a la cama y escribe en ella. Yo espero impaciente, aunque no pueda hablar con la voz, me encanta tener nuestras conversaciones y volver a nuestros momentos de intimidad, para que podamos conseguir, de nuevo, el grado de confianza que teníamos.

—«¿Estás contento por lo de tu padre?» —me pregunta.

—Pues sí, la verdad es que estoy encantado. Yo ya lo sabía —Levanta las cejas a modo de interrogación—. Me lo comentó el otro día para preguntarme si me parecía bien.

—«Yo también estoy muy contenta por ellos» —Me enseña lo que ha escrito y sonríe. Vuelve a girar la libreta y sigue escribiendo—. «Creo que va siendo hora de buscarme un nuevo sitio para vivir».

—Sabes que puedes venir a vivir con nosotros, si tú quieres, claro —le pido un poco cortado.

No tengo tan claro que, después de todo lo que ha pasado, quiera compartir nuestro piso, aunque mantengo la esperanza. No me hace falta esperar demasiado su decisión, porque me da su respuesta negativa con la cabeza. Noto como mi corazón se parte un poquito, no esperaba que fuera tan rotunda. Quizás, un «todavía es muy precipitado» o «aún no estoy preparada». Pero ¿un «no» tan contundente? Ella no deja de observarme, mientras se pellizca su labio inferior con los dientes. Supongo que, por mi cara de póquer, se ha dado cuenta de que su respuesta me ha afectado. Desvía su mirada y vuelve a escribir en la libreta.

—«No pongas esa cara. Te quiero mucho, pero... necesito espacio y tiempo. Además, tengo el piso que me dejó mi abuela».

—Lo sé, lo sé... no quiero presionarte. Solo quiero que sepas que tienes esa opción, que para nosotros no sería ningún inconveniente tenerte cerca; al revés —le explico algo más relajado—. ¿Quieres que le vayamos a echar un vistazo a la casa mientras tú estás aquí en el hospital?

—«Es una gran idea. Puedes pedirle a Tammy que te dé la documentación y las llaves que están en un sobre, en mi escritorio» —me responde con una amplia sonrisa en la cara.

Me acerco a ella y cuando estoy a punto de besar sus labios, de saborearla, para demostrarle así las ganas que tengo de ella, la puerta se abre de par en par y deja paso a tres hombres, con *Oso* a la cabeza. Junto mi frente con la de

ella y gruño, haciéndola reír. Cuando voy a retirar mi cabeza para recibir a mis compañeros de la estación, ella me retiene y besa mis labios con ganas, posiblemente las mismas que yo.

—¿Qué guarrada es esta? No podéis recibir así a las visitas, es de mala educación —nos reprocha *Oso*.

—El que fue a hablar. Que se come a su chica como si no hubiera un mañana —nos explica *Blue*, señalándolo.

Vemos como Sophie escribe en su libreta bajo nuestra atenta mirada. Esperamos, en silencio, a que ella acabe de escribir.

—«¿Cómo está, Marta? Y, ¿el bebé?» —le pregunta mi morena a *Blue*.

—Mi chica está preciosa. Casi en el séptimo mes. Está confirmado que es un muchachote, crece bien y nosotros con muchas ganas de conocerlo. —Sophie sonríe feliz por la noticia y yo le pido a mi colega que le dé muchos saludos de nuestra parte a Marta—. Cuando salgas y estés mejor, tenemos que celebrar los acontecimientos positivos que están pasando en nuestra vida.

—Me parece una idea fantástica —apoyo la decisión de mi amigo—, ya está bien de malos momentos, creo que ya nos merecemos un poco de tranquilidad.

—A mí también me parece bien —nos informa *Oso*—, además, tengo algo que contaros.

—No me digas que te vas a casar —me burlo.

Mientras nos entra la risa miro a nuestro amigo. No nos sigue la broma, su cara es seria y no le hace gracia que nos estemos riendo. Se me corta la risa y sospecho que mi comentario no va tan desencaminado.

—Pues sí, mira. Os creíais que el tonto de Manuel no se casaría nunca y aquí me tienes, hincando la rodilla en el suelo y comprometido. Lo que ahora no tengo tan claro es si os voy a invitar a alguno de vosotros, por capullos. —Su tono es de cabreo. Me da que se ha enfadado y es por mi culpa.

—Lo siento, tío. No te enfades, solo era una broma. Es una noticia estupenda y me alegro un montón por vosotros —me disculpo y me acerco a él para darle un abrazo.

Cuando me separo, también lo felicitan *Blue* y Tom, mientras veo como Sophie escribe en la libreta para decirle algo. Cuando acaba reclama nuestra atención y señala a *Oso*, dándole la vuelta a la libreta.

—«Yo sí que quiero ir a tu boda. No le hagas caso a estos cavernícolas. La noticia me hace muy feliz. Enhorabuena a los dos». —Me fijo en ella y los ojos le brillan de la emoción. Sé que les tiene mucho cariño a *Oso* y a Teresa.

Cuando él levanta la vista de la libreta también está emocionado.

—Claro que vas a venir a mi boda, preciosa. No sé qué cojones haces con este capullo, no te merece —le dice, señalándome. Ella sonríe y yo le enseño mi dedo corazón.

Seguimos nuestra charla hablando de todo un poco. Hace unos días que me reincorporé al trabajo, después del accidente, y, como todavía no estoy al cien por cien, el jefe me tiene de reserva, por lo que apenas salgo de la estación y mi situación, a estos mamones, les hace mucha gracia, así que soy el centro de sus burlas. Mientras reímos y nos insultamos como trogloditas, entra una enfermera en la habitación.

—¿Qué jaleo es este? Esto es un hospital, hay que dejar descansar a los enfer... —No acaba la frase, se dedica a repasarnos de arriba abajo a cada uno de nosotros.

—Lo sentimos mucho, se nos ha ido de las manos —me excuso con ella, pero no me hace ni caso porque sigue con su repaso.

—¡Caramba, niña! Qué bien acompañada estás —dice, dirigiéndose a Sophie. Cuando asimila lo que ha visto, se vuelve a poner seria, recordando cuál era su objetivo—. Bueno, eso no quiere decir que podáis armar tanto jaleo. Así que, venga, todos fuera.

—Yo soy su chico y me... —No me deja acabar la frase.

—¡He dicho que todos fuera! Durante media hora, no te quiero por aquí. Te vas a dar una vuelta o a cenar a la cafetería —me indica la enfermera.

Vaya carácter tiene la mujer. Me despido de Sophie con un beso en los labios y, sin quejarme, salgo por la puerta con mis compañeros. Cualquiera desobedece a la señora. Me despido de *Oso*, *Blue* y Tom, les agradezco su visita y me voy a comer algo a la cafetería.

A mi vuelta, cuarenta y cinco minutos después, por si me controla la enfermera, entro en la habitación de mi morena, que ya se encuentra dormida. Su semblante es tranquilo, aunque, seguramente, como casi cada noche, no tardará en despertar por culpa de las pesadillas que la invaden. Soy totalmente consciente de las veces que se despierta alterada, aunque me hago el dormido para no incomodarla. Sé que un día tendremos que hablar de todo lo que ha pasado, pero todavía no es el momento. Por ahora, lo importante es que se recupere y me la pueda llevar a casa y podamos recuperar un poco la normalidad.

CAPÍTULO 25

Sophie

Llevo unas dos semanas en esta cama y, aunque hace unos días que me dejan levantarme y pasear un poco, ya estoy un poco asfixiada y tengo ganas de salir de aquí. Parece que el coagulo de mi cabeza casi ha desaparecido y el único problema persiste en mi falta de voz. Me han pedido que me lo tome con calma, pero es tan desesperante no poder comunicarme con la gente y tener que estar pendiente siempre de la libreta, que me estoy agobiando un poco.

Ahora mismo, es de esos momentos que tanto aprecio últimamente, estoy sola. Sé que suena muy mal decirlo, que parezco una persona desagradecida y sin corazón, pero tengo tanta gente que me quiere y está pendiente de mí, que es prácticamente imposible que pueda tener este silencio a menudo. Silencio que me permite pensar en cómo enfocar mi vida a partir de ahora. Cuando supe que Tammy estaba embarazada de nuevo, fui a hablar con Juana para comprarle el piso que tenemos de alquiler y regalárselo a mi amiga. Juana no me puso ningún tipo de inconveniente y, aunque Tammy todavía no lo sabe, todos los papeles están preparados a falta de su firma. Espero que no me cueste mucho convencerla, sé que no lo va a aceptar con facilidad.

—Hola, preciosa —saluda una enfermera, sacándome de mis pensamientos —. Aquí te dejo la comida. Si necesitas cualquier cosa, nos avisas.

Asiento con la cabeza y veo como se marcha de la habitación, dejándome sola con este maravilloso manjar —véase la ironía—. Tengo unas ganas tremendas de comer los canelones que nos prepara a veces Juana, o las enchiladas de mi querida nana. ¿Qué será de ella? ¿Seguirá en casa de mis padres? En varias ocasiones he preguntado, a través de mi libreta, cómo va el divorcio de mis padres o qué ha pasado con Clara, pero la respuesta es siempre la misma: «*Primero, recupérate y ya habrá tiempo de hablar de todo eso»*, lo que me pone más nerviosa todavía y, como no puedo chillar, se me está haciendo una úlcera en el estómago de la angustia.

Me acerco la mesa donde me han dejado la comida, incorporo mi cama y me dedico a comer sin prestar mucha atención a lo que hago, total esta comida sabe toda igual. Mi cerebro no para de organizar mi vida una vez salga de aquí. Ya le pedí a Jorge que fuera a visitar el piso que mi abuela me regaló en

su herencia, espero que no esté muy lejos del BookCafé. Otra preocupación más en mi cabeza, sé que ya están reparando los desperfectos ocasionados por la explosión y posterior incendio, pero nadie quiere decirme nada más...

—¡Mierda! Cómo quema...

¡Ups! ¿Eso ha sido mi voz? Miro a mi alrededor, por si mi subconsciente me estuviera traicionando y hubiera alguien más en la habitación. Por supuesto, no hay nadie, parezco tonta mirando de un lado y a otro. Miro en mi regazo y me doy cuenta de que mi pijama está mojado; se me ha caído la sopa de la cuchara, por tener la mente en otras cosas en vez de prestar atención a lo que hago. ¿Y quién demonios come sopa en verano?

—¡Hola! —me digo a mí misma, si alguien me contesta… me cago encima.

Soy yo, ya no hay duda; lo curioso es que no parece mi voz, es como más grave. No importa, me da igual que tono tenga, lo importante es que ya puedo hablar. Se me ilumina la cara con una sonrisa e incluso tengo que reprimir alguna carcajada de felicidad.

Decido llamar a las enfermeras para informarles de mis avances, así que le doy al botón y en un momento ya las tengo en la habitación.

—Preciosa, ¿qué necesitas? —me pregunta la misma que me ha traído la comida.

—Se me ha caído la sopa y ya puedo hablar —le suelto, mientras encojo mis hombros.

Su cara se ilumina con una gran sonrisa, me dice que va a llamar al médico y que mientras me acabe la cena. *Mecachis*, yo que pensaba que podría librarme...

***

Pasan veinte minutos, cuando llega el médico. Me encuentra ya cambiada y preparada para las noticias. Está feliz con mi recuperación y me informa de que van a realizar un nuevo TAC y si todo sale correcto, en pocos días podré irme a casa. Estoy feliz y, mientras me desplazan para la prueba, hablo con todo el mundo, creo que nunca en mi vida había hablado tanto.

Cuando volvemos a la habitación, el chico que me lleva en la silla de ruedas y yo nos reímos de una anécdota que me ha contado. Al entrar veo a Jorge, a mi padre y a Alison en el interior. Cuando mi mirada se cruza con la de mi *fireman*, veo una expresión seria y el ceño fruncido. ¡Ay, mi chico, qué guapo está cuando se enfurruña! La verdad es que es guapo de todas las

maneras, para mí, por supuesto. Yo no quito la sonrisa de mi cara, no puedo, estoy tan feliz, que no soy capaz de dejar de sonreír.

—Bueno, preciosa, aquí acaba tu viaje. Te dejo con tu gente para que les des las buenas noticias —comenta mi chófer de silla de ruedas y se despide con un guiño de ojo. Me parece haber oído algún gruñido a mi lado.

—¿Qué tal estás, cariño? —pregunta mi padre, dándome un beso en la mejilla, al que le sigue Alison—. ¿Qué buenas noticias nos tienes que contar?

Jorge se acerca y me da un beso suave en los labios para después, acercarme la libreta, el bolígrafo y que así pueda contestar a mi padre. Niego con la cabeza y él me mira sorprendido.

—He recuperado la voz —les digo a los tres. Espero un momento para ver su reacción—, ya sé que no parezco yo. La verdad es que no es nada *sexy*, pero puedo hablar de nuevo.

—Pitufa, eso es fantástico.

La voz de mi padre suena aliviada, yo sé que delante de mí, intentaban ser positivos y no expresar sus miedos. Yo asiento con la cabeza, mientras mis lágrimas descienden por las mejillas.

—Mi vida, a mí me daba igual que volvieras a hablar o no, yo solo quiero que estés a mi lado —dice Jorge, secándome las lágrimas con su pulgar—. Sé que para ti era importante recuperar la voz, todos sabíamos que era cuestión de tiempo. Es genial poder volver a ver esa cara de felicidad y tu maravillosa sonrisa; la de verdad, la que te llega a los ojos.

—Es un alivio poder hablar de nuevo, hasta parece que puedo respirar mejor y todo —les digo. Mi padre se lo traduce a Alison y los tres nos echamos a reír.

Estamos un rato de charla, hasta que mi padre nos informa de que debe marcharse; tiene una reunión de negocios para la apertura de la nueva tienda. Me despido de él, haciéndole prometer que la próxima vez que nos volvamos a ver con tranquilidad, me va a explicar cómo van las cosas del divorcio y qué sabe de mi *querida* madre.

—Por fin, solos. —Oigo decir a Jorge en mi oído. Antes de separarse, deja un beso en mi cuello que me pone la piel de gallina. ¡Qué ganas tengo de él!—. No sabes lo contento que se va a poner Pol cuando vea que puedes hablar.

—Pobrecito, la verdad es que no lo llevaba nada bien. Se le notaba tan tenso cuando venía a verme. Espero que no se asuste de mi voz de camionero.

—La verdad es que se me hace raro escucharte con ese vozarrón. —Se ríe de mí y de mi voz. Será *capullín*...

—Muy gracioso estás tú hoy —le digo, enfurruñada y arrugando los morros.

Se acerca a mí, enmarca mi cara con sus manos y me da un beso que me deja las piernas temblando.

—¿Ya sabes cuándo puedes salir del hospital? Porque como tardes mucho voy a tener que encerrarme contigo en el baño, ayudarte a quitarte este pijama —dice, mientras coge el tirante y lo baja por el hombro—, meterme contigo en la ducha, frotarte la espalda, seguir por tus pechos...

Noto como su mano roza mi pezón, que reacciona de inmediato a su contacto, al igual que mis bragas empiezan a humedecerse. ¡Maldito bombero! Se agacha para dejar dulces besos en mi cuello y asciende hasta encontrar mi boca, que devora, para hacer latente su necesidad por mí; que es la misma que tengo yo por él. Su cercanía me deja sin cordura, incluso consigo oír como unos pequeños jadeos salen de mi boca.

—¡Tengo tantas ganas de ti! Ganas de saborearte, de llenarte de besos, de estar dentro de ti y no salir en días, o semanas...

—Por favor, Jorge —suplico. No creo que este sea un sitio adecuado para desatar nuestra lujuria—, estamos en un hospital, no empecemos algo que no vamos a poder acabar.

Apoya su frente en la mía, para, así, poder volver a controlar las respiraciones y nuestros cuerpos regresen a su estado normal.

—Tienes razón, lo siento. —Su voz suena triste—. Debería comportarme acorde a la edad que tengo, no como un adolescente salido de quince años. No es excusa, pero he estado tan preocupado por ti todo este tiempo, que ver que ya estas recuperada me ha llenado de energía y se ha concentrado toda en una parte concreta de mi cuerpo.

—No te disculpes. Yo también tengo muchas ganas de que podamos disfrutar el uno del otro. Esperemos solo unos días más. Te prometo que tan pronto pueda volver a casa, y estemos solos, no saldremos de la cama en varios días. —Consigo que me enseñe su sonrisa, esa que normalmente reserva para mí.

Oímos como llaman a la puerta y piden permiso para entrar. Antes de que se abra, consigo acercar las sábanas a mi cuerpo y tapar mis pechos, que son el signo claro de mi estado por falta de sexo.

—Muy lista, ¿y qué hago yo con esto? —Se ríe Jorge, y señala su pantalón en la zona comprometida, donde se ha instalado una importante tienda de campaña. Me encojo de hombros y le dedico mi sonrisa más dulce e ingenua.

—No haber empezado...

—Bruja, esta me la pagas.

Cuando nos giramos hacia la puerta ya han entrado Tammy y Dani. Los dos traen cara de asombro, supongo que nos han oído hablar, pero pronto dos grandes sonrisas iluminan su cara. Sé que mi amiga también estaba muy preocupada por mí; me da rabia que, en su estado, tenga que inquietarse por algo. Debería poder disfrutar sin nada más en la cabeza. Me consta que, con Cloe, no lo disfrutó como debería, dadas las circunstancias.

—Sí, ya puedo hablar, no me mires así. Mi voz es de macho ibérico, pero, al menos, puedo volver a meterme contigo con libertad —le digo a mi amiga —. Anda, ven a darme un beso.

Se acerca a mí y nos fundimos en un gran abrazo. Mi gran amiga, mi hermana, la quiero con locura; siempre hemos estado ahí la una para la otra, ha sido mi apoyo incondicional en los momentos más duros, le debo mucho y nunca conseguiré agradecérselo del todo. Si no ha pasado más tiempo conmigo en el hospital es porque me consta que Dani no la ha dejado. Estoy feliz de que haya encontrado a un gran hombre como él. Ella llora como una magdalena, cosa que lleva a las burlas cariñosas de Dani.

—Cielo, ¿ya estas llorando otra vez? Al final, vas a deshidratarte.

—Son estas puñeteras hormonas. Pero esta es una buena razón, son lágrimas de alegría, así que déjame llorar en paz. —Sus palabras consiguen que todos riamos—. Qué contenta estoy, amiga, aunque tu voz sea fea de cojones...

Cuando calmamos nuestra risa, nos cuentan cómo van los preparativos para el recibimiento del bebé, de Adrián; pues así es como se va a llamar finalmente. Tammy está pletórica y yo no puedo ser más feliz por ella.

—Por cierto, mañana es día veintiuno, ¿verdad? —Los chicos afirman con la cabeza, mientras mi amiga baja la mirada—. Creo que mañana alguien se hace un poquito más *vieja*.

Lo chicos nos miran, a una y a la otra como si fuera un partido de tenis. Mi amiga se ha puesto colorada, pero no levanta la mirada. Nunca le ha gustado celebrar su cumpleaños, no por el hecho de hacer años, sino porque no tiene un buen recuerdo de cuando era niña. Ella no habla mucho de ello, lo único que sé es que sus padres no le prestaban mucha atención.

—¿No me jodas que mañana es tu cumpleaños? —le pregunta Dani, sorprendido.

—Pues sí, pero es un día como otro cualquiera; no tiene importancia, un

año más. —Me mira cabreada; si las miradas matasen, yo ya estaría fulminada —. No me gusta celebrarlo.

—*Honey*, a partir de ahora será distinto. El pasado ya no importa, ahora tienes una familia y puedes disfrutar con ellos, celebrándolo todo —le pido con dulzura.

—¡Jolín, ya estoy llorando otra vez! —Dani se acerca a ella y la abraza con cariño, diciéndole algo al oído que nosotros no conseguimos escuchar, pero que consigue que mi amiga sonría.

—Por cierto, yo tengo un regalito para ti. Pensaba dártelo mañana, pero como todavía no sé si podré salir de aquí, te doy un adelanto y mañana acabas de hacerlo tuyo. —La veo fruncir el ceño. Creo que la he dejado desubicada. Le pido a Jorge que me acerque la cartera, cojo una tarjeta y se la doy a Tammy—. Primero, no voy a aceptar ninguna negativa, así que no hagas un drama ni te enfurruñes, que no pienso ceder.

—Vale, pero acaba ya, que me va a dar algo con tanto misterio —dice, mientras lee la tarjeta que le acabo de dar—. ¿Un notario?

—Sí, un notario. Mañana lo llamas y que te dé hora, tiene todo preparado para que vayas a firmar la escritura de tu piso. —Me mira con el ceño fruncido e intentando asimilar la información—. Le he comprado el piso a Juana para ti. Cuando salga de aquí, me iré a vivir al piso que me ha dejado mi abuela, así que una vez quitemos todas mis cosas ya podremos pintar la habitación para ese pequeñajo.

No se mueve, ni me reprocha ni se queja, no me puedo creer que haya sido tan fácil; parece que las hormonas también la han ablandado. Se tapa la cara con las manos y oímos como solloza. Dani se acerca a ella y la abraza, me mira y leo en sus labios un «gracias» silencioso, pero no menos profundo que si lo hubiera dicho en voz alta. Yo asiento con la cabeza y una tonta sonrisa de alegría por su felicidad.

Jorge me coge de la mano, lo que me hace desviar la mirada de nuestros amigos, se agacha y me da un suave beso en los labios.

—Eres una gran mujer. No te haces una idea de lo afortunado que soy de tenerte a mi lado.

Lo que él no sabe, es que la dichosa soy yo, porque la vida me da otra oportunidad para ser feliz y disfrutar de nuevo a su lado. Cosa que no pienso desperdiciar.

Jorge

Hoy es un gran día. Por fin, Sophie va a salir del hospital. Es fantástico poder retomar la normalidad y volver a las rutinas diarias, pero lo más importante es que ella se ha recuperado totalmente. No se imagina la que tenemos montada en su piso; ese que le regaló su abuela. Queríamos hacer la fiesta en el BookCafé, pero, dado que todavía están reparando los desperfectos, no está en condiciones.

Por suerte no creo que su piso se nos quede pequeño, la verdad es que su abuela hizo muy buena elección y un importante gasto económico. Está situado a dos calles del BookCafé, un ático de trescientos metros cuadrados. Tiene cinco dormitorios con sus respectivos baños y vestidores, salón, una cocina enorme y una extraordinaria terraza con una piscina fabulosa. La primera vez que entré, por petición de Sophie, para ver en qué estado se encontraba, fuimos Thomas y yo. A él le pareció muy bonito, pero no dio importancia a las dimensiones de este; yo casi me desmayo al ver todo aquello. Todavía me cuesta hacerme a la idea del poder adquisitivo de esta familia.

Aparco el coche y entro en el hospital para recoger a mi morena; yo soy el encargado de llevarla a su fiesta sorpresa. Estoy nervioso, espero que le guste todo lo que le hemos preparado. Hay globos, serpentinas, guirnaldas y un montón de dibujos de bienvenida que han hecho los niños.

Cuando llego a su habitación, la puerta está abierta, me apoyo en el marco y la observo. Guarda cosas en un bolso que le ha traído Tamara para llevarse todo a casa. Está un poco más delgada de lo normal, pero sigue preciosa, como siempre.

—Hola, pequeña. ¿Preparada para irnos?

—Hola, *fireman*. Estoy como loca por irme de aquí.

Me contesta con una sonrisa en la cara, pero hay algo que le preocupa; la conozco y no me pasa desapercibida la pequeña tensión de su rostro. Me acerco a ella, la giro para estar uno frente al otro y le doy un beso en los labios.

—Si tantas ganas tienes de irte de aquí, ¿a qué vienen estas arrugas de preocupación? —pregunto, mientras acaricio su cara con mis pulgares.

—Yo no tengo arrugas, tonto —responde. Baja la mirada e intenta desviar la conversación.

—Nena, a mí no me engañas. Sabes que puedes hablar conmigo, estoy aquí

para apoyarte en lo que necesites. Si no me lo quieres decir, no pasa nada, pero no me mientas.

—Estoy un poco asustada por volver a la rutina. No sé a lo que me voy a enfrentar cuando salga de aquí, voy a ciegas. No me queréis explicar qué ha pasado con Clara, no tengo ni idea de cómo va el divorcio de mis padres. No sé dónde voy a vivir porque nadie quiere contarme nada y me asusta mucho no tener ningún tipo de control sobre mi vida ahora mismo.

—A ver, con calma, pequeña. —Levanto su cabeza con mis dedos para que me mire a los ojos y veo que las lágrimas caen por sus mejillas—. Tu padre y yo fuimos a tu piso y está totalmente acondicionado, así que, si quieres, yo te acerco allí para que lo veas. Si te parece bien, te quedas, si no, todavía tienes tu habitación en el piso de Tammy. Ya sabes que mi piso también está a tu entera disposición. Para el resto, tendrás todas las respuestas que quieras, cuando estemos tranquilos e instalados.

—Bien, pues, si no te importa, prefiero que me lleves a mi piso y así me hago una idea. Después ya decido qué hacer.

—Me parece perfecto. Vamos, entonces. Salgamos de aquí y dejemos atrás todo lo malo de estos días.

Salimos del hospital hacia su piso. Le abro la puerta del copiloto para que se siente, una vez está acomodada, dejo su bolso en el maletero y aprovecho para enviarle un mensaje a Tammy e informarla de que vamos de camino. Me siento en el coche para arrancar, pero, antes de hacerlo, su mano me para, me giro para mirarla y sus labios pronuncian un suave «gracias». Enmarco su cara y la beso; es algo que haría a todas horas, todo el día, pero hay una fiesta esperándonos.

Conduzco con calma, mirándonos de reojo de vez en cuando. No sé qué puede pasar por su cabeza ahora, pero yo no veo la hora de poder quedarme a solas con ella y hacerla mía de nuevo; hundirme en ella, notar su calor y oír sus gemidos. Me remuevo discretamente en el asiento, la presión de los pantalones se me hace molesta; tengo que apartar estos pensamientos o cuando lleguemos no voy a poder bajar del coche.

—¿Vamos a ver a Tammy antes? —pregunta, mirando por la ventanilla al ver que vamos en dirección al edificio de Juana.

—No, voy a aparcar el coche en mi aparcamiento. Después, vamos paseando. Tu abuela fue muy lista y el piso está a dos calles del BookCafé y de nosotros. —Le guiño un ojo y su cara se ilumina.

—Es una de las cosas que me tenía inquieta; que el piso estuviera muy

alejado de vosotros y del trabajo.

—Pues, por esa parte, puedes estar tranquila.

Aparcamos, la cojo de la mano y con la otra agarro el bolso. Salimos de mi edificio y vamos dando un paseo hasta su calle. Noto como, en ocasiones, coge aire y lo saca con calma, entrecerrando los ojos; se nota que disfruta del aire libre después de tantos días en el hospital. Su cara no pierde la sonrisa en ningún momento. Veremos qué pasa cuando entremos por la puerta y se encuentre con la fiesta sorpresa. A lo mejor nos hemos equivocado y ella solo quería descansar tranquila. Espero que no, ya que todo el mundo se ha implicado al máximo para recibirla.

—Este es el portal, el número diez. Tu piso es el ático y solo hay uno, no creo que tengas demasiados problemas con los vecinos. —Pone los ojos en blanco, haciéndome entender que ella no necesitaba un ático—. Toma la llave, ¿quieres hacer los honores?

—No —dice, mientras niega con la cabeza—, prefiero que lo hagas tú, estoy tan emocionada que me tiemblan las manos. No sé si sería capaz de abrir la puerta.

Entramos en el portal y nos acercamos al ascensor para subir. Mientras esperamos, le rodeo la cintura con mi brazo para acercarla a mí e intentar que se relaje con mis atenciones. No sé si es buena idea, mi miembro vuelve a resucitar en mis pantalones y al estar tan pegados no me cabe la menor duda de que ella es totalmente consciente de mi necesidad.

Subimos en el ascensor, una vez llega a la planta baja. Intento no acercarme en exceso a ella de nuevo o no voy a ser capaz de entrar en el piso sin que la gente se dé cuenta de mi problema en el pantalón. Cuando llega al ático, bajamos y nos acercamos a la única puerta que hay. Abro con las llaves y entro sin encender la luz; dejo el bolso a un lado, la cojo de la mano y cierro la puerta. Esa es la señal para que las luces se enciendan y un montón de gente chille: «¡Sorpresa!». Me giro para observar su cara de asombro, que pronto se humedece a causa de las lágrimas por la emoción de ver a toda la gente que ha venido a recibirla. Beso sus nudillos y la suelto para que pueda recibir todo el cariño que se merece.

Los primeros en aterrizar encima de ella son Cloe y Pol; los siguen su hermano, Nico, que ha podido hacer una escapada para recibirla; su padre, Alison y, así, todos, unos detrás de otros, para abrazarla. Aparte de los de siempre, mi padre y Juana; nuestros amigos, Carlos y Paula; mis compañeros de la estación, con *Oso* a la cabeza; o Steven, sé que hay dos personas a las

que le va a hacer mucha ilusión ver. Me acerco a la mesa para coger la bandeja de enchiladas y se la acerco. Está de charla con Carlos.

—Pequeña, ¿te apetece comer algo? —Le enseño la bandeja.

—Ahora no, cariño. —Cuando voy a retirar la bandeja, me para—. Espera, esto son enchiladas como las que hace mi nana.

—Mi *chamaca* está muy flaca y aquí está su nana para cuidarla y que se ponga *rechula* de nuevo —contesta una señora bajita y rechoncha, de unos cincuenta años, más o menos.

—¡Nana! Oh, qué alegría. Pero ¿cuándo has llegado? Te he echado tanto de menos... y a tus enchiladas, también. —Se abrazan, se nota el cariño infinito que se tienen la una a la otra.

—Su papá me dijo que mi niña necesitaba ayuda y no me lo pensé, le pedí un *aventón* y aquí estoy. Menudo viaje tan largo, yo que pensaba que llegaría luego… luego, pero si fue *retelargo*.

—Estoy muy contenta de tenerte aquí, nana y, muy orgullosa de que hayas volado por primera vez para estar a mi lado. Mira, te voy a presentar a Jorge, ¿o ya lo conoces? —pregunta, mirándonos alternativamente, mientras nosotros negamos con la cabeza—. Jorge, ella es mi nana, Camila. Nana, él es mi *fireman*, Jorge.

—Un placer, señor Jorge —me dice, inclinándose hacia mí. Se nota que siempre ha mantenido las distancias con la gente. Se acerca un poco a Sophie para susurrarle—. La *neta*, es más guapo en persona, mi niña.

—El placer es mío, Camila. Le agradezco que haya hecho el esfuerzo de venir a darle esta sorpresa a Sophie. Lo más importante, para toda la gente que estamos aquí, es verla sonreír. —Mi morena se acerca y me da un beso en los labios—. Por cierto, hay otra persona que tiene muchas ganas de verte. Camila, si nos disculpa un momento, me la llevo; más tarde seguro que pueden seguir hablando.

Camila asiente con la cabeza y Sophie me mira extrañada. Rodeo su cintura para acercarla al salón, donde hay un sofá enorme. Sentados, se encuentran Marta, la mujer de *Blue*, con su gran barriga de siete meses; Paula, Trini y su marido. Hace casi un mes que ocurrió la explosión del BookCafé y Trini se recupera poco a poco; sigue un poco limitada de movimientos por las quemaduras, pero no ha querido faltar a la fiesta de Sophie. Mi chica, al verla sentada en el sofá, se lleva las manos a la boca, por la sorpresa, y se echa a llorar.

—Por Dios, jefa, no te me pongas dramática. El médico me ha dicho que

puedo hacer de todo, menos llorar —le dice Trini para hacerla sonreír. Se levanta despacio del sofá para abrazar con cuidado a Sophie—. Todo volverá a la normalidad y esto solo será un mal recuerdo.

Sophie también saluda al resto y la dejo sentada en el sofá, charlando con ellos y con su mano en la abultada barriga de Marta. Es una estampa preciosa que me lleva a imaginar a mi morena embarazada, con un pequeño o pequeña en su vientre. Para empezar, voy a practicar mucho hasta que veamos el momento adecuado. Porque si de algo estoy seguro, es de que quiero que mi vida acabe con ella a mi lado.

—Espérense, *chamacos*, deben consultar antes con sus papás. —Oigo que dice Camila, dirigiéndose a Pol y Cloe.

—Papi, papi, ¿nos podemos bañar en la piscina? Di que sí, *porfa*, *porfa*... —ruega mi hijo, con cara de no romper nunca un plato.

—Pol, tranquilo. No tenemos bañador, otro día venimos preparados y te metes en la piscina.

—¡Qué sí, papi! El abuelo Thomas nos ha traído de todo para bañarnos, mira. —Mi hijo me enseña una mochila donde hay un bañador, manguitos y varios objetos más para la piscina. Levanto la cabeza y miro hacia Thomas que me guiña un ojo.

—El abuelo Thomas, ¿eh?

—Sí. Lo puedo llamar así, ¿verdad? Le he preguntado y me ha dicho que no le importa *de absoluto*.

—*En absoluto*, hijo, así es como se dice.

—Eso. Pero ¿podemos? Di que sí...

—Primero, hay que pedirle permiso a Sophie, es su casa. Si ella os deja, podéis; pero con mucho cuidado y sin correr.

Veo como mi hijo, que casi no me ha dejado acabar la frase, corre en dirección a Sophie. Se planta delante y le hace la pregunta. Ella lo sienta encima de sus piernas, mientras él le abraza el cuello; sabe perfectamente como engatusarla. Ella le besa la cabeza y asiente, se dicen algo y mi hijo la lleva de la mano hacia la terraza. Yo los sigo con la mirada, debo de parecer tonto, en medio del salón, con cara de bobo y con la baba cayendo. Noto una presencia a mi lado, giro un poco para ver quién es.

—Así que… abuelo Thomas, ¿eh?

—Mola, ¿no? —dice el padre de Sophie sin mirarme, con una sonrisa en los labios—. Está feliz, ¿verdad? ¿Tú crees que le gustará el piso?

—A ella no sé, pero mi hijo, tu nieto, está encantado. No va a querer salir

de aquí nunca. Yo la veo muy feliz —contesto sin desviar mi mirada de ellos.

—Esa es la idea, que no os marchéis nunca de su lado y que siga siendo feliz. De momento, esa felicidad sois vosotros y espero que sea así para siempre. Gracias por devolver la sonrisa a mi hija, muchacho.

Me vuelvo a quedar solo en medio del salón, mientras Thomas se acerca a Alison, le rodea la cintura y la besa en los labios, cosa que ella no rechaza. Mi futuro suegro parece que ha recuperado años, aparenta menos edad desde que se ha separado de la arpía de su mujer.

Mi padre se sitúa cerca de mí y con una cucharilla golpea su copa, para llamar la atención de todo el mundo.

—Señoras, señores, vamos a brindar.

Camila se dispone a pasar la bandeja por todos nosotros para que cojamos una copa. Es champán, a excepción de cuatro copas que creo que llevan zumo, para las embarazadas y las enfermas. Noto como las manos de Sophie rodean mi cadera y yo la abrazo por los hombros.

—Por Sophie, por tenerla de vuelta en casa y que todo haya salido bien. Por que todo lo malo quede atrás.

Todos levantamos nuestras copas para brindar por mi morena. Cuando acabamos el sorbo, *Oso* nos pide la palabra; parece que, por fin, nos va a dar las buenas noticias a todos juntos.

—Si Sophie me lo permite, no quiero chafarle la bienvenida —dice con una sonrisa—, me gustaría aprovechar que todos estamos reunidos para informar a los que todavía no lo saben, que Teresa y yo nos vamos a casar. Así que, el veinte de octubre, estáis todos invitados.

Todos estallan en felicitaciones, en darles la enhorabuena o decirles que están locos casándose, en plan broma. Yo no dudo ni un momento en volver a darles la enhorabuena, son grandes amigos y se merecen ser muy felices.

—Enhorabuena, chicos. Nos alegramos un montón por vosotros, pero casi no nos dais ni tiempo de comprar la ropa para vestirnos —le comenta Sophie.

—Será algo sencillo, solo para la familia. Ninguno de los dos queremos una boda de trescientos invitados. Aunque nuestras familias son tan grandes que es difícil reducirla mucho —nos explica Teresa.

Siguen atendiendo las felicitaciones de todos los que se acercan. Me fijo en ellos y soy consciente de la felicidad que demuestran en su cara. Ojalá, algún día, pueda yo dar una noticia así de fabulosa y conseguir que mi morena sea mi compañera de vida.

CAPÍTULO 26

Sophie

Una vez cierro la puerta, me apoyo de espaldas en ella y cierro los ojos para disfrutar del silencio. Acabo de despedir a mi hermano; la última persona que quedaba por irse, al finalizar la fiesta. Me ha encantado la sorpresa, encontrarme aquí a todo el mundo ha sido maravilloso, pero estoy muy cansada y tengo ganas de tirarme en ese fabuloso sofá que no sabía que tenía. Todavía no he podido darle un repaso a mi vivienda, solo he visto el salón enorme, con un sofá *chaise longue* de color gris oscuro, que tiene pinta de ser muy cómodo. La terraza con su piscina, ya que Pol me ha arrastrado para que viera lo bonita que es y uno de los baños, por fuerza mayor.

Cuando abro los ojos, una sonrisa ilumina mi cara al ver lo que tengo enfrente. Mi *fireman* me devuelve la sonrisa y entorna los ojos, mientras avanza hacia mí.

—Creo que estamos solos —dice, y rodea mi cintura para aproximarme a su cuerpo—, tienes cara de cansada. ¿Qué te parece si te enseño tu habitación, preparamos la bañera y te relajas un rato?

—Me parece una idea fabulosa, incluso más que la que tenía en mente, que era probar ese fantástico sofá —contesto, mientras acaricio su espalda por dentro de la camiseta.

—Pequeña, no juegues con fuego... —ronronea, acercándose a mi boca.

—¿O qué? —pregunto mimosa.

Es verdad que estoy muerta, pero tenerle tan cerca hace que pierda el sentido y reactiva, de forma impresionante, mi cuerpo.

—O no te voy a poder mimar como te mereces —contesta, mientras eleva mi cuerpo para que enrosque mis piernas en su cuerpo—. Acabas de salir del hospital, estás cansada y no sé si voy a poder ser lo suficientemente tierno, si sigues con tus provocaciones.

—Tenemos mucho tiempo para ser delicados, hoy no quiero que lo seas. —Un gruñido se escapa de su garganta, mientras me lleva al interior del piso.

Abre una de las puertas, mientras besa mi cuello. Yo parezco un mono, enroscada en su cuerpo, no quiero separarme de él. Estoy en modo caldera de lo caliente que me pone y el hecho de que, cuando camina, su erección roce

con el centro de mi deseo, no ayuda. Supongo que ha entrado en la que va a ser mi habitación, ya que hay una inmensa cama. Antes de dejarme en ella, se saca la camiseta y después va la mía, dejándome en sujetador.

—Joder, nena. Siento informarte de que esto va a ir muy rápido, tengo tantas ganas de ti, de estar dentro de tu cuerpo... Escuchar en mi oído como te corres... Te he echado tanto de menos...

Madre mía, sí que va a ir rápido, sí. Estoy empapada, casi no me ha tocado y estamos prácticamente vestidos. Me deja encima de la cama y me desabrocha el pantalón; una vez abierto, lo arrastra con mis bragas, incluidas. Hoy no estamos para muchos preliminares. Cuando saco mis pies del pantalón, me incorporo para desabrochar el suyo. Antes, paso mi mano por su abultado miembro, lo oigo gemir y, al levantar la cabeza, veo que tiene la mandíbula apretada y los ojos cerrados.

—Por favor, morena, no me martirices tanto, hoy no. Si sigues así, me voy a correr en los pantalones. —Aparta mis manos y desabrocha su pantalón para acabar él mismo lo que yo había comenzado.

Casi no me da tiempo de estirarme de nuevo en la cama que ya lo tengo encima. Como puede, mientras me besa y sus manos recorren mi cuerpo, me desabrocha el sujetador. Se apoya en sus brazos para mirarme y lo hace con admiración, hasta que llega a la zona de las costillas donde todavía tengo la zona algo amoratada de los golpes. Frunce el ceño, no quiero que se desvíe de su objetivo, por lo que, con una mano, acaricio su miembro, mientras que, con la otra, dirijo su cara hacía arriba para que vuelva a conectar con mis ojos.

—Solo es un morado, no me duele. —Le sonrío para que sepa que no lo engaño—. Creo que tienes una misión que llevar a cabo, así que no te desvíes.

Me besa con cariño y necesidad a la vez. Desciende por mi cuerpo hasta que alcanza su primer objetivo, mis pechos; no necesitan mucha estimulación, pero no por eso los mima menos. Mientras con una mano masajea uno, al otro le dedica su boca, chupa y muerde mi duro pezón. Cuando parece que ya ha tenido suficiente, desciende dando pequeños besos, mordiscos y lametones a mi cuerpo. Me abre las piernas y se pone en medio de ellas para llegar a mi sexo. Estoy a punto de correrme solo con sentir en mi piel su respiración. Introduce dos dedos, mientras me saborea, y yo tardo nada y menos en correrme, aferrada a las sábanas e intentando soltar el aire de mis pulmones.

—Me encanta ver como te corres y te retuerces por el placer que te doy, pequeña —susurra en mi oído, mientras yo intento reponerme de semejante orgasmo.

Vuelve a acunar mis pechos con sus manos y reparte suaves besos en mi cuello, para que yo recupere un poco mi respiración y él intente relajarse para no correrse inmediatamente. Está duro, muy duro; noto como su erección se pasea por mis pliegues, reactivando de inmediato mis ganas de volver a correrme. No deja de atender mis pechos, ni de besarme.

—Voy a coger un preservativo de mi cartera —dice, alejándose de mi cuerpo. Lo freno, no quiero que se separe de mí. Necesito que se meta en mi cuerpo, notarlo en mi interior.

—No hace falta. Está a punto de venirme la regla —le susurro.

—¿Estás segura? —Asiento con la cabeza.

Me besa y eso significa que ya no hay marcha atrás, que vamos a disfrutar el uno del otro, sin obstáculos, de nuevo. Apoya sus codos al lado de mi cabeza, yo abro las piernas para recibirlo y noto como entra en mí. Lo oigo gemir y maldecir al introducirse en mi cuerpo. Las sensaciones me superan al notarlo entero en mi interior y no creo que tarde en correrme de nuevo. Deja unos minutos para que nos acostumbremos a las emociones, antes de comenzar a moverse en mi interior; al principio, tierno, lento, dulce… para después ir perdiendo el control de sus envites y volverse más rudo. Mi cuerpo también lo agradece y noto como se empieza a formar una nueva ola de placer en mi interior. No me reprimo y grito. Estamos solos y necesito soltar todas las emociones. Noto como acelera el ritmo, hunde su cara en mi cuello y me informa de que se va a correr, cosa que hace al embestirme con fuerza una última vez.

—Te quiero, morena —dice, todavía en mi interior.

—Mmm… —contesto. Estoy muerta y no tengo ni fuerzas para hablar. Lo oigo reír, mientras sale de mi interior.

—¡Vaya, creo que es la primera vez que dejo a una mujer sin palabras! —Se ríe de mí sin ningún disimulo—. Voy al baño, ¿me quieres acompañar?

—*Grrrmmm* —es un gruñido para que me deje en paz. Quiero dormir, mucho, muchísimo.

—Buena respuesta, cielo —se burla, mientras se levanta. Antes de alejarse me da un cachete en el culo y parece mentira que, aun estando tan cansada, mi entrepierna se haya despertado un poco.

Noto como me limpia con algo mojado, me besa en la cabeza, después de taparme, y yo caigo en los brazos de Morfeo con un suspiro de bienestar y esa sensación de ligereza que te deja el sexo.

***

Despierto asustada, como siempre me pasa, últimamente, desde el secuestro. En un principio, no consigo ubicarme, pero pronto recuerdo que estoy en mi piso, aunque todavía me sea todo extraño. Enciendo una luz que hay en una mesa, la veo por la claridad que entra por debajo de la puerta. Aprovecho para mirar la habitación, que dado lo ocupada que estaba cuando entré, no he podido revisar. La cama es gigante, parece que me voy a perder en ella, con unas sábanas blancas y una colcha color purpura. En una de las paredes hay una cajonera, una puerta cerrada, un espejo de pie y una enorme estantería. Al otro lado, hay otra puerta, también cerrada; un sillón, le sigue un escritorio y después una puerta que da a la terraza. Me encanta, yo no lo hubiera escogido mejor. Gracias, yaya.

Me levanto y recojo una camiseta que hay en el suelo, la que llevaba Jorge anoche, y me la pongo para no ir desnuda. También encuentro mis bragas a los pies de la cama, me las pongo, después, me ducharé y me las cambiaré. Procedo a inspeccionar las puertas y entro en la de la izquierda. Es un enorme vestidor, no sé si tengo yo tanta ropa para llenarlo; a lo mejor, a Jorge le interesa ayudarme con sus cosas.

—Poco a poco, Sophie, no corras tanto —me digo a mí misma.

La otra puerta es un baño, con las dimensiones acorde a la habitación. Todo en mármol, con doble pica, ducha de pared a pared con un montón de chorros y, en la otra esquina, una preciosa bañera. Aprovecho para aliviar mis necesidades antes de seguir mi inspección del piso. Al encender la luz, que consigo encontrar al lado de la del baño, me doy cuenta de que, al lado del sillón, hay una mochila de Jorge y sus zapatos. Sonrío, eso significa que no se ha ido y todavía sigue por aquí. Abro la puerta con cuidado y, en el pasillo, a medida que me acerco al salón, empieza a oler muy bien, lo que hace que mi estómago ruja de hambre. También se oye música de fondo. Me acerco a la estancia donde hay más luz, es la cocina. Ahí está mi *fireman*, con un pantalón de deporte gris y una camiseta blanca, ceñidita a su cuerpo serrano. Está preparando algo en una sartén, mientras tararea la canción que suena. Me apoyo en el marco de la puerta para poder observarlo con atención, aprovecho que no me ve, hasta que se me acaba el chollo al darse la vuelta y pillarme, mirándolo.

—Hola, Bella Durmiente. ¿Disfrutando de las vistas?

Me regala una de esas sonrisas suyas que hace que pierda las bragas por el

camino. Pongo los ojos en blanco, este hombre no tiene abuela.

—Pues no, listo —miento descaradamente—, tengo un hambre que me muero y el olor me ha traído hasta ti.

—¡Vaya! Pensaba que yo era tu debilidad —dice, poniendo morros, en plan perro abandonado.

—Normalmente, sí, pero, ahora mismo, cambio mi debilidad por uno de esos filetes que cocinas...

Se acerca y me besa, tierno y suave, de esos besos que te dicen tanto sin pronunciar palabras. Se separa de mí antes de que nos quedemos sin cena. Entre los dos ponemos la mesa en la cocina, que, como os podéis imaginar, sí, es grande y hay una mesa. Cuando la cena está preparada; una ensalada, con unos filetes y patatas al horno, nos sentamos y, mientras llenamos los estómagos, charlamos de todo un poco. Me explica que le pidió a su padre, que lo ayudara con Pol para poder estar esta noche los dos solos. Parece que tenemos planes para comer mañana, una invitación de mi padre.

—¿Cuándo piensas contarme qué ha pasado con Clara? —le pido, en un momento que nos hemos quedado en silencio.

Necesito, por mi bien emocional, que alguien me diga cómo está todo el tema. Deja los cubiertos en el plato y bufa antes de hablar, sabe que ya no puede eludir más mi pregunta.

—Cuando la policía consiguió las coordenadas de donde te tenían encerrada, salimos todos hacía allí. No sabían lo que se iban a encontrar, así que ni a tu padre ni a Steven ni a mí nos dejaron salir del coche que nos llevó. Ha sido uno de los peores momentos de mi vida, estar allí y no saber si estabas viva o qué te había podido hacer la loca esa... —Apoya los codos en la mesa y se pasa las manos por el pelo, inquieto por tener que revivir el momento. Le acaricio el brazo para animarlo a que siga con la explicación—. Cerraron todos los accesos al almacén abandonado, pero su coche ya no estaba allí.

—Dime que los han pillado —suplico con ansiedad. Él entrelaza sus dedos con los míos y asiente con la cabeza. Mi cuerpo se relaja del alivio.

—A unos cinco kilómetros consiguieron interceptar el coche, pero en el interior solo iba el ruso; un sicario que conoció a través de un amigo y al que le iba a pagar una pasta por ayudarla a deshacerse de ti. —Un escalofrío recorre mi espalda, pues casi lo consiguen—. Al no encontrar a Clara, ni en la casa ni en el coche, se organizó una redada por los alrededores y la encontraron a medianoche. Bueno, su cuerpo; parece que, en su huida por el

bosque y debido a que había oscurecido, no vio el barranco y se precipitó por él. Tenía varias lesiones ocasionadas por la caída y no lo superó. El ruso está en la cárcel.

—Vaya… No sé qué decir. Ha sido muy mala con nosotros, pero yo no quería ese final para ella. Con que pagara el daño que hizo era suficiente.

—Lo sé, pero, a veces, el karma hace de las suyas. —Se gira en la silla para quedar frente a mí y me coge las dos manos. Ese gesto no me gusta nada, sé que hay más y que no me va a gustar—. Pequeña, el ruso estuvo cuatro horas declarando y lo explicó todo. Parece que estuvieron en contacto, en varias ocasiones, con una mujer y una chica joven. Dio sus nombres, son tu madre y tu hermana.

Blanca, así me he quedado. Creo que falta poco para que me desmaye, no puede ser que mi propia familia quisiera matarme. Sé que son malas personas, egoístas y envidiosas; pero, no, me niego a creer que pudieran organizar todo para quitarme del medio.

—No lo puedo creer, ¿mi madre y mi hermana querían matarme? —le pregunto en un susurro, tengo la boca seca de la impresión.

—El plan inicial de ellas era secuestrar a Pol, cosa que casi consiguen, con ayuda de otro ruso, para que Clara se lo pudiera llevar lejos y así conseguir hacerme daño. Parece ser que tu madre y tu hermana, le daban el apoyo económico para organizar toda la operación. —Estoy temblando, mi cuerpo no para de estremecerse. ¿Casi secuestran a Pol? Esto parece un capítulo de CSI —. La idea de secuestrarte y matarte fue exclusivamente de Clara. Sus celos la llevaron a la locura, me dijo que si no era suyo tampoco sería tuyo.

No sé qué decir, parece que estoy metida en una pesadilla. Quiero reaccionar, necesito centrarme y entender que todo ha acabado, pero no soy capaz de retener mis lágrimas, ni de controlar mi cuerpo que sigue temblando de la impresión por todo lo que Jorge me ha contado.

—Pequeña, mírame —se ha arrodillado delante de mí y sus manos enmarcan mi cara, intenta secar mis mejillas—, ya ha pasado todo. Estamos todos bien, vamos a seguir adelante y seremos muy felices juntos, ¿me oyes? Esto solo ha sido una piedra en el camino, la hemos superado, el camino sigue y lo haremos juntos.

Me abraza y sé que estoy en casa, que mi vida está a su lado, que no quiero que nos separemos nunca. Él lo es todo. De fondo se oye una canción que me suena, es como un *déjà vu*; la he oído antes, pero no sé dónde.

«Es donde encuentro sentido y razones a esta vida loca. Porque el amor solo sabe buscarme cuando tú me tocas. Y demostrar que contigo el destino ya no se equivoca. Solo en tu boca, solo en

tu boca».

Jorge

Me encanta mirarla cuando duerme. Su rostro en calma, esos labios perfilados, que no dejaría de besar nunca o esas inmensas pestañas que adornan sus ojos. Es preciosa, es perfecta. Aunque, aún hay zonas de su cuerpo marcadas por el secuestro que me impiden olvidar todo lo que ha pasado, no puedo dejar de observar lo afortunado que soy por tenerla a mi lado.

Se mueve junto a mí. Estoy apoyado en mi brazo para no perderme ningún detalle. Después de la charla de ayer, donde pude explicarle lo que había pasado con Clara y lo involucradas que están su madre y su hermana, ella se dio una ducha y acabamos en el sofá, viendo una película; creo que ninguno de los dos se enteró de qué iba, ya que estábamos cada uno con nuestros pensamientos, pero juntos. Cuando empezó a entrarnos la ñoña, nos fuimos a la cama, donde dimos rienda suelta a nuestro amor y, esta vez sin prisas, conseguimos mimarnos el uno al otro. Entre risas cómplices, besos y continuos «te quiero», conseguimos llegar al orgasmo juntos, nos aseamos y caímos en brazos de Morfeo. Creo que es la primera vez, de todos los días que he velado su sueño, que no se ha despertado por las pesadillas. Y digo yo que eso es buena señal, ¿no?

—Buenos días —dice, abriendo un solo ojo para mirarme.

—Buenos días, morena —le aparto unos mechones de pelo de la cara que se le han movido al estirarse—, ¿has dormido bien?

—Genial, esta cama es fabulosa y muy cómoda. Aunque, quizás, tiene algo que ver que haya un pedazo de hombre durmiendo a mi lado o que ayer me dejara muy relajada —dice mimosa, mientras recorre con su mano mi abdomen.

—A lo mejor, necesitas que esta mañana, en vez de relajarte, te despierte. Hay una parte de mi cuerpo que lleva un rato levantada y quiere juerga. Seguro que está totalmente de acuerdo en ayudarme a despertarte. —La acerco a mi cuerpo, amasando sus nalgas, para que note lo duro que me tiene. Cuando estoy a su lado, toda la sangre y la atención se centran en una única parte.

—Eres insaciable, *fireman*.

—Es culpa tuya, que no dejas de provocarme.

Se hace la ofendida, pero no la dejo decir nada, retengo sus palabras con mis besos, mientras me pongo encima de ella. Presto mis atenciones en sus

pechos, los beso y los muerdo con delicadeza, sé que le tiene que venir la regla y está más sensible, pero también más receptiva. Me pide seguir en la ducha, por si acaso. A mí me da absolutamente igual donde, mientras me deje disfrutar de ella. Y así, acabamos en la ducha, con ella de espaldas a mí y yo follándomela con fuerza, agarrado a sus caderas, después de hacer que se corra con el chorro de la ducha.

Después de ese desahogo bajo el agua y darnos cuenta de que ya son las doce y media, nos vestimos sin prisas y decidimos ir, dando un paseo, al restaurante donde hemos quedado con su padre. Tardamos cuarenta y cinco minutos; disfrutamos de las calles de Madrid en domingo y el calor que todavía hace. No somos los primeros en llegar, allí ya se encuentran mi padre con Pol y Juana.

—¡*Papiiii*! —Mi campeón corre hacia nosotros.

—Hola, cariño, ¿te has portado bien con el abuelo? —le pregunto, mientras beso su mejilla varias veces, haciéndolo reír.

—Sí, súper bien. Hemos ido a desayunar fuera de casa, a un sitio para desayunar —me explica, y su comentario nos hace reír—. ¡Jope, Sophie! Estás muy guapa.

—¿Te gusta mi vestido? —le pregunta ella, abriéndose la falda para que la vea bien. Yo la prefiero desnuda, pero es verdad que el vestido rojo que lleva le queda muy bien.

—Me gusta mucho y seguro que a papá también, ¿verdad, papi? —dice, mirándonos. Hace un intento de guiñarme el ojo, cosa que no consigue, y le sale una cara de lo más cómica—. Yo creo que podríais volver a ser novios, ¿verdad, abuelo?

—A mí no me metas en tus líos, pequeño —contesta mi padre, levantando las palmas de las manos en plan disculpa.

—¿Eso crees, cariño? —Él asiente con la cabeza, convencido—. Bueno, no sé. ¿Tú crees que si yo le pido a tu papá que sea mi novio va a querer?

Mi hijo me mira, esa cara de ilusión hace que mi corazón se haga más grande y me llene el pecho por completo. ¿Qué más se le puede pedir a la vida que estar junto a la gente que quieres?

—Pues yo pienso que sí. ¿Sabes?, si papá acepta ser tu novio, también podrías ser mi mamá. —Las últimas palabras las dice casi en un susurro. Mi pequeño tiene unas ganas inmensas de tener una madre y, sobre todo, que sea Sophie, a la que ya quiere con locura.

—Pol, cariño... —intento explicar a mi hijo para que no presione, pero ella

no me deja continuar y me para con su mano.

—Vale, a ver. Vamos a hacer un trato. Si tu papá acepta ser mi novio y yo ser tu mamá, como tú quieres, os tenéis que venir a vivir conmigo. No puedo ser una mamá ni una novia si vivimos separados. ¿No crees?

A Pol se le ilumina la cara y a mí me deja sin palabras, no porque no quiera irme a vivir con ella, pues es lo que más deseo, y veo que mi hijo también, pero no me lo esperaba en absoluto. Pensaba que ella necesitaba su espacio y quería dejar unas semanas para comentárselo yo, para decirle que ya no quiero vivir lejos de ella; que quiero despertar todos los días a su lado y que me abrace todas las noches.

—Por mí no hay problema. Voy a ser el hombre más feliz del mundo siendo tu novio. —Rodeo su cadera con mis brazos y la acerco para darle un beso en esos labios que me vuelven loco—. Gracias, no sabes cuánto te quiero.

—¿Has oído, Juana? Pedirles el deseo a las estrellitas ha funcionado. Sophie va a ser mi mami y voy a vivir con una piscina. —Todo eso lo ha dicho saltando como un loco y abrazado a Juana. A saber, qué charlas tienen estos dos—. Cuando acabemos de comer podemos ir a casa para hacer las maletas, abuelo nos vas a ayudar, ¿verdad?

—Con calma, cariño. Lo haremos poco a poco. No creo que hoy nos dé tiempo a mover todo. —Intento calmar la euforia de mi hijo.

—¿Que pasa aquí, que hay tanto alboroto? —Con la emoción, no hemos oído llegar a Thomas, que viene acompañado de Alison, Nico y Camila.

—¡Abuelo Thomas! Tengo un notición —le explica mi hijo, subiéndose a sus brazos—, ¿sabes que si le pides con mucha fuerza un deseo a las estrellas se cumple?

—¿En serio? ¿No me digas que tú has pedido un deseo y se ha cumplido? —pregunta Thomas, haciéndose el sorprendido.

—Pues sí. Ayer, Juana y yo pedimos un deseo a las estrellas y se ha cumplido. Es lo más impresionante de la vida —explica mi hijo, emocionado y arrancando una carcajada a todos.

—Caramba, el deseo debía de ser muy importante porque estás muy contento.

—¿Lo puedo contar? —pregunta, mirándonos a Sophie y a mí, que asentimos con la cabeza—. Sophie va a ser mi mamá y voy a vivir con una piscina.

—Vaya, eso es fantástico, Pol. Vivir con una piscina es fabuloso, pero si, encima, te llevas a una mamá tan fantástica como Sophie, es mejor todavía —

le dice Thomas.

Mira a su hija y alarga la mano para que se acerque. La abraza, aún manteniendo a mi hijo en sus brazos, le susurra algo en el oído y le besa la cabeza. Como padre tengo claro que lo principal en la vida es que tus hijos sean felices y no me cabe duda de que Sophie lo es. Su hermano se acerca a ella y la abraza fuerte, felicitándola, y a esa felicitación la siguen Alison y Camila, a la que se le escapan las lágrimas. En medio de tanta euforia, llegan Dani, Tamara y Cloe y ya os podéis imaginar como acaba de desmadrarse el asunto.

La comida transcurre con tranquilidad y organizando nuestras nuevas vidas. Cuadramos los días para hacer las mudanzas lo más rápido posible o los pequeños acabarán volviéndonos locos. La prioridad, ahora, es la próxima llegada del pequeño Adrián, por lo que empezaremos por ahí.

Mi padre nos explica que han decidido hacer un viaje. Al parecer, hace mucho tiempo que Juana tenía ganas de ir a la Toscana y, por fin, hará realidad su sueño. Estarán fuera casi dos semanas y, aparte de la Toscana, tienen pensado visitar algunos sitios más de Italia. Vaya… que se han montado una pequeña luna de miel.

—Eduardo, ¿tú crees que estás preparado para pasar tanto tiempo a solas con Juana? Piensa que ya no eres tan joven; a lo mejor, tendrías que parar en la farmacia antes y proveerte de medicamentos. Por si te da algún achuchón o por si no estás a la altura —se burla mi amigo—, acuérdate, sobre todo, de las pastillitas azules.

—¡Ay, muchacho! Todavía tienes que comer mucho para estar a mi altura —replica mi padre con orgullo—. Puedes preguntarle a Juana, a ver si tiene alguna queja.

—¡*Stop*! Paramos. No sigáis con estas conversaciones, tendrían que estar prohibidas. Los hijos no debemos saber nada de las intimidades sexuales de nuestros padres. —Me estremezco de pensarlo. No quiero saber el potencial sexual de mi padre.

Todos acabamos riendo, incluso Alison, a la que Thomas le traduce alguna cosa que todavía no pilla en nuestro idioma. Aprovecho para cambiar de tema y le pregunto a Thomas por los negocios en España y si ya ha podido cerrar el trato para abrir una nueva tienda. Nos comenta que ya tiene todo cerrado a falta de unos pequeños términos que están pendientes. Ya están con la búsqueda de un local y organizando la logística para traer el material desde América. Así que todo va viento en popa para la primera tienda de *Kick* en

España.

—Y mi nana, ¿cuánto piensa quedarse en Madrid? —le pregunta Sophie a una discreta Camila, que se ha mantenido al margen en todo momento.

—Bueno... yo... —titubea la mujer, nerviosa—, me gustaría quedarme aquí, con ustedes. El señor Prescot me está ayudando con mis papeles para poder *chambear* en este país. Tengo unos ahorros, los señores me han ayudado a buscar un apartamento para mí y, si tú… bueno, ustedes quieren, me gustaría ayudarles con la casa; incluso, a lo mejor, puedo ayudar con los *chamacos*...

—¡Oh, nana! Eso sería fantástico. Para nosotros sería un placer tenerte cerca y disfrutar de tu compañía —le dice, mientras se levanta para abrazarla.

Sé que, para mi morena, Camila es una figura muy importante. Me mira para pedir mi conformidad, que, por cierto, no necesita, y todos acabamos con las lágrimas en los ojos.

Cuando salimos del restaurante son cerca de las cinco de la tarde, así que nos despedimos. Nosotros nos volvemos andando con mi padre y Juana. Dani y Tamara se han ido en el coche, por el estado de ella, y el resto se dirigen en dirección contraria. La charla de los hombres la acapara la ilusión de mi hijo por todos los cambios que se avecinan. Las mujeres van un poco más atrás hablando del viaje que mi padre y Juana harán dentro de una semana. Nos paramos al llegar a su edificio, que queda antes que el nuestro.

—Pol, cariño, despídete de Sophie hasta mañana —le pido a mi hijo.

—¡Jope! Yo quiero dormir en mi casa nueva —se queja. Me arrodillo para quedar a su altura e intentar hacer que entre en razón.

—Campeón, todavía no tenemos nada de ropa en el piso de Sophie. Papá tiene que irse a trabajar dentro de un rato y mañana hay que ir al cole. Cuando los mayores tengamos tiempo, cambiaremos las cosas de lugar y nos iremos a vivir con Sophie.

—No es justo. Siempre hacemos las cosas cuando los mayores quieren —replica, acercándose a Sophie para despedirse.

—Cielo, hay que hacer caso a papá. No te enfades —le pide—. Hacemos un trato; hoy te vas sin enfadarte y mañana, yo te voy a recoger al colegio, nos vamos a merendar, cogemos ropa y las cosas del cole, esperamos a papá para cenar y duermes en casa. ¿Trato?

—Trato.

La cara de mi hijo cambia por completo y sellan su acuerdo con un choque de manos. Le da otro beso y se va tan pancho con mi padre, como si hace un minuto no estuviera enfadado.

Mi padre y Juana también se despiden de ella y acuerdan que mañana se verán para concretar la recogida de Pol. Los vemos marchar en dirección a su piso y, cuando los perdemos de vista, nos giramos a la vez para quedar uno frente al otro.

—Bueno, me encantaría subir contigo, pero el deber me llama —le digo, rodeando su cuerpo con mis brazos—. Ha sido un día fabuloso. Gracias por aceptar a Pol y por hacernos tan felices.

—Sabes que lo adoro y que a ti te quiero un mundo. —Se acerca a mi boca y me besa.

Un beso dulce y profundo, demostrándome lo grande que es su amor por mí.

—No te imaginas la rabia que me da irme y no poder subir contigo y disfrutar de nosotros. ¿Vas a estar bien? —le pregunto. Es la primera vez, desde el accidente, que va a pasar la noche sola.

—Creo que sí. Me va a ir bien pasar un rato conmigo misma. Todo va muy rápido y no quiero tener la sensación de que me dejo alguna cosa por el camino. Si algo tengo claro, después de lo que ha pasado, es que quiero vivir el día a día y disfrutar de las pequeñas cosas que me regala la vida. Como, por ejemplo, tener estos ratos contigo, en tus brazos.

—Vamos a disfrutar de la vida y, cuando alguno de nosotros se desvíe, ahí estará el otro para recordarle el camino de vuelta, y hacerle saber todo lo bueno que le espera al final del recorrido.

Nos volvemos a fundir en un beso, lo que hace que la despedida sea más larga, ya que ninguno de los dos puede alejarse del otro. Ya veo que, al final, voy a llegar tarde. Me separo de ella para irme y le beso la mano, mientras me alejo, prometiéndole que, más tarde, le mandaré un mensaje para ver cómo está y que ella me avisará de cualquier cosa que necesite, sea la hora que sea.

CAPÍTULO 27

Sophie

Me he vuelto a despertar con la misma pesadilla de siempre. Estoy en un bosque por donde paseo y, a medida que llego a un descampado, comienzo a oír las voces de Jorge y Pol, pidiendo auxilio. Los veo atados a unos árboles, con Clara delante. Sí, para colmo, hay dos *Claras*, una delante de cada árbol, y los amenaza con un cuchillo. Al verlos, corro con todas mis fuerzas para llegar hasta ellos y que no les pase nada, pero no consigo llegar; es como si no me pudiera mover del sitio. Caigo agotada por el esfuerzo y veo como Clara los apuñala, acabando con sus vidas… justo cuando me despierto. Una mierda, vamos. Supongo que tendré que acostumbrarme y asimilar que ya todo ha pasado, que ella está muerta y que no nos puede hacer más daño.

Miro mi teléfono y veo que todavía son las siete de la mañana y sé que no voy a ser capaz de volver a dormir. Así que, con un gruñido por la impotencia de no poder descansar como me gustaría, me levanto de mi inmensa cama. Menos mal que, en breve, no dormiré sola todas las noches. Pongo mi cafetera en funcionamiento, ayer tuve que leerme el manual, pues parece un robot. Mientras miro como se encienden las luces y empieza a calentarse, pienso en qué hacer tan pronto. Ayer ya estuve echándole un vistazo al piso, sé que mi abuela lo hizo de todo corazón; pero, la verdad, yo no necesito tantos metros cuadrados, ni tantas habitaciones ni baños, o esta cocina tan grande. ¿Y qué decir de la piscina? Aunque a Pol le entusiasme vivir con una. Mi niño rubio es un cielo. A veces, me da un poco de miedo, espero ser una buena madre y no defraudarlos. Para no darle más vueltas a la cabeza, decido ir a correr un rato, seguro que el aire libre me ayuda a sacar de mi mente las cosas negativas que no necesito.

Después de hora y media, en la que casi saco el hígado; parece mentira como se pierde la forma con un pequeño parón, llego a mi portal y me paro en un banco que hay antes de la entrada a estirar los músculos, si no mañana no me voy a poder mover. Estoy distraída, llevando mi mano a la punta del pie que tengo subido en el banco, cuando una voz a mi espalda consigue que se me ponga la piel de gallina.

—Hola, Sophie.

—¿Mark? ¿Qué haces tú aquí? —Mi cara debe de ser todo un poema. Es la persona que menos me imaginaba encontrar en Madrid.

—Necesitaba unas vacaciones y arreglar unos asuntos del pasado. —Me sonríe de medio lado, esa que hace años me volvía loca y que ahora… ni frío ni calor—. ¿Crees que sería posible vernos un rato y charlar?

—Mira, Mark, no creo que sea necesario ninguna charla entre nosotros; dejemos el pasado tranquilo, yo con mi vida y tú con la tuya. Escogiste a mi hermana y yo me hice a un lado. Ha pasado el tiempo suficiente como para que no me duela. Te juro que no os guardo ningún rencor, solo quiero que seáis felices...

—Jana y yo hemos roto, hace unos tres meses. Mira, solo necesito esta última charla, tengo que aclarar todo antes de poder seguir con mi vida. Solo te pido un rato y, después, te prometo, que si no quieres, nunca más volverás a saber de mí.

Después de sus palabras y de bajar la armadura de protección que siempre levanto con ellos, me doy cuenta de las ojeras en su cara o de su barba, más larga de lo habitual. No sé lo que me lleva a ceder, puede ser que soy demasiado buena y me cuesta tanto ser rencorosa; puede que sea por los años que estuvimos juntos, que hasta que mi hermana se metió por el medio, fueron buenos; no espectaculares, pero sí buenos. O porque yo también necesito cerrar ese capítulo de mi vida. Lo invito a subir a mi piso, aunque le pido que me dé tiempo para ducharme. Vuelve veinte minutos después. Cuando suena el interfono de la puerta, ya me he duchado y tengo, medio preparado, el desayuno en la terraza. Hace buen día y la verdad es que esta parte de mi piso es lo que más me gusta.

Lo estoy esperando con la puerta abierta cuando sale del ascensor. Le indico que pase con la mano hacia el interior. Veo como mira todo con curiosidad hasta que se para en el centro del salón.

—¿Has desayunado? —Mark niega con la cabeza—. Genial, he preparado algo de comer en la terraza. Hace buena temperatura. ¿Todavía te gusta el café largo sin azúcar?

—Sí, es una costumbre que no he perdido. Me encanta saber que todavía no te has olvidado. —Mientras habla, me sigue hasta la terraza y le pido que se siente.

Algo dentro de mí se encoge, no me gustan sus palabras, ahora no tengo tan claro que haya sido buena idea que lo dejara subir. Lo que menos me apetece es que piense que podemos tener la mínima oportunidad de volver a estar

juntos. Intento mantener la calma en la soledad de mi cocina, mientras se hace el café. La entrada de un mensaje en mi teléfono hace que dé un salto y me doy cuenta de que estoy más nerviosa de lo que pensaba. Miro quien me ha escrito y tengo claro que si es Jorge no le voy a contestar; sé que es una tontería, no hago nada malo, pero tengo miedo de que descubra con quien estoy. El mensaje es de Tammy. Suelto la respiración que no me he dado cuenta de que retenía.

Tammy:

«Niñaaaa. Cuando te despiertes llámame. Necesito un consejo para la habitación de tu ahijado».

Sophie:

«Ya estoy despierta. Pero tengo visita. Después te llamo».

Tammy:

«¿Y quién te visita tan temprano?».

Sophie:

«Mark. Mi ex».

Tammy:

«¿En tu piso? ¿A solas contigo?».

Sophie:

«Sí. Ha venido para hablar. Hace tres meses que ya no está con mi hermana».

Tammy:

«Mi niña, ten cuidado, este quiere volver contigo».

Sophie:

«Estás flipada. Las hormonas te hacen ver cosas que no son».

Tammy:

«Por si acaso, ve con cuidado. Si necesitas algo me llamas. Y cuando se vaya también».

Sophie:

«Claro. Después te cuento. Te dejo que está esperando el café. Un beso».

Tammy:

«Un beso, nena».

Me guardo el teléfono en el bolsillo y llevo los cafés hacia la terraza, pienso que mi amiga ha llegado a la misma conclusión que yo. Si es así, si ese es su objetivo con esta reunión, se va a dar con la puerta en las narices.

—Esta terraza es una maravilla. Bueno, el piso en general es precioso —dice para romper el hielo, ya que al dejar los cafés hay un rato de incómodo

silencio.

—Sí, la verdad es que es muy bonito. Es la herencia de mi abuela. Demasiado grande para mí, pero es su regalo y lo voy a disfrutar mucho. —No le voy a explicar que en breve estará más lleno—. Oye, Mark, me gustaría que fueras al grano, tengo cosas que hacer después que no puedo posponer.

—Claro, perdona. —Carraspea para empezar a contarme a qué ha venido —. Como ya te he dicho antes, hace tres meses que dejé a tu hermana. La encontré con un compañero de trabajo en nuestra cama. Ya sé que es muy irónico, pero me ha servido para darme cuenta de cómo te sentiste tú y lo mal que lo hice contigo.

—Como te dije, eso ya está olvidado. —No sé ni cómo me salen las palabras. Me quedo alucinada. Qué malo es el karma.

—Lo sé, pero también ha hecho darme cuenta de que me equivoqué, me dejé engatusar por tu hermana, cuando a la que realmente quería y… quiero es a ti.

Su tono de voz es precavido y aprovecha mi desconcierto para acariciar mi mano encima de la mesa. La retiro, por supuesto. Apoyo mi cuerpo en la silla, alejándome todo lo posible de él, y cruzo los brazos sobre mi pecho. A ver, céntrate, Sophie, seguro que no lo has oído bien.

—Mira, sé que es difícil de entender —vuelve a hablar, al darse cuenta de mi silencio—, nunca te he podido sacar de mi cabeza, siempre has sido tú. Ahora que estoy alejado de la toxicidad de tu hermana, soy más consciente que nunca de que eres la mujer de mi vida.

A ver, a ver. ¿Encima tiene la cara dura de echarle la culpa a mi hermana? Ya sé que ella no es ninguna santa, pero, corregidme si me equivoco, quien engaño a su novia, que era yo, fue él, ¿verdad? Yo soy una persona muy calmada y pacífica, no me gustan las peleas, ni discutir; odio los numeritos y no suelo perder la compostura, pero, hay veces, como aquella en el hospital con mi madre, que una bola de fuego generada por la rabia crece en mis pies y asciende hacia arriba, haciéndome incapaz de cualquier control en mi mente o mi cuerpo y ¡boom! Estalla. Igual que está a punto de pasar ahora mismo.

—Vamos a ver, Mark. Punto uno, quien me engañó fuiste tú, en este caso fue más doloroso porque fue con mi hermana. Punto dos, tú solito me alejaste de tu lado, no te voy a permitir que eches la culpa a nadie más. Punto tres, aunque me pagaran, no volvería contigo. Con el paso de los años, me he encontrado a gente en el camino que me ha hecho ver que nunca estuve enamorada de ti y, menos mal que pasó lo que pasó, porque estoy segura de que nunca sería feliz

a tu lado. Dicho esto, quiero que salgas inmediatamente de mi casa y, si te queda algo de dignidad, cumplas con tu palabra y no me busques nunca más.

Alargo mi mano, indicándole la salida. Su cara es todo un poema, creo que todavía pensaba que era la niña tonta de veintiún años; que creía haber perdido la cabeza por él y podía dominarme a su voluntad. ¿Qué sabía yo de la vida con esa edad? Nada, absolutamente nada.

—Lo siento, Sophie. De verdad que lo siento mucho —me dice, al pasar por mi lado.

Vamos hasta la puerta en silencio. Estoy deseando que se vaya para acabar con esta tensión que se respira a nuestro alrededor y, si todo va bien, no tener que volver a verlo nunca más.

—Espero, de corazón, que seas muy feliz. Te lo mereces —me dice, al salir por la puerta.

No soy capaz de responderle ni agradecerle sus palabras, solo asiento con la cabeza y le digo adiós mientras cierro la puerta. Me apoyo en ella y respiro profundamente, siento que acabo de cerrar una parte de mi pasado. Lo curioso es que no estoy triste, al contrario, me siento liberada y con un peso menos, más ligera.

Recupero mi teléfono para enviar un mensaje a Tammy, seguro que se está quedando sin uñas de los nervios.

Sophie:

«Hola. Lo acabo de echar. Tenías razón, quería mimitos».

Veo que lo ha recibido, pero no lo ha leído. Miro la hora, son las diez de la mañana, así que imagino que debe de estar ocupada, trabajando. Aprovecho para llamar a mi padre y ver si puede quedar para comer. Tenemos una charla pendiente.

—Hola, papá.

—Hola, pitufa. ¿Qué tal estás?

—Bien. Te llamaba para ver si podemos quedar para comer. Si no tienes planes, claro.

—Para ti siempre tengo tiempo. ¿Te parece bien a las dos en el hotel?

—Genial. Solo te quiero pedir una cosa. ¿Puedes venir tú solo? Tenemos una charla pendiente y no quiero alargarla más.

—No hay ningún problema, ya era mi idea. Nos vemos más tarde. Te quiero, pitufa.

—Y yo a ti.

Cuelgo la llamada y aprovecho para recoger el desayuno que todavía sigue

en la terraza. Cuando dejo las tazas en el fregadero, suena la entrada de un mensaje en mi teléfono.

Tammy:

«¿Estás bien? Cuenta, cuenta. Me tienes toda loca. No te habrá hecho nada, ¿no?».

Sophie:

«Estoy bien. La verdad es que mejor de lo que pensaba. Solo me ha dicho tonterías. Que si era la mujer de su vida, que siempre me ha querido a mí... ¿Te puedes creer que le ha echado la culpa a mi hermana de engañarme con ella?».

Tammy:

«Ese guiri está mal de la chota. Espero que lo hayas puesto en su sitio».

Sophie:

*«*Of course. *¿Acaso lo dudabas? Por cierto, ha pillado a mi hermana con otro».*

Tammy:

«Esa es mi chica. OMG*, el karma, jajaja. Mierda, viene mi jefe, después hablamos, guerrera».*

Mi amiga siempre consigue hacerme reír, tiene una facilidad increíble para subirme el ánimo, es única. Una vez acabo de recoger, decido ir a darme una vuelta por el BookCafé. Ayer, en la comida, me dijeron que no faltaba mucho para acabar de dejarlo bien. No me han engañado, aunque sí es verdad que está todo lleno de polvo; ya empieza a ser *Mi pequeño mundo*. Tengo muchas ganas de ver como vuelve a funcionar, que la gente pueda disfrutar de nuevo de sus lecturas, el café o esos fabulosos pasteles que hace Marina, la vecina que me suministra la repostería. He hablado con el jefe de las reformas y me ha comentado que dentro de un mes, más o menos, tienen previsto acabar. Le pido alguna modificación, por aquí y por allá, para así cambiar algunas cosas que pensaba hacer antes.

Cuando salgo por la puerta, muy satisfecha, por cierto, mi teléfono suena y sonrío al ver que es mi *fireman*.

—Hola, cariño. ¿Qué tal va tu día?

—Hola, pequeña. Por aquí bien, de momento, todo tranquilo. ¿Y tú qué me cuentas? ¿Cómo va tú primer día sola fuera del hospital?

—Pues bien. Raro, la verdad. Echándote de menos. Me he despertado muy pronto. He ido a correr, por cierto; casi me muero, me he hecho la valiente.

—No hagas esfuerzos, acabas de salir del hospital. Te puedo decir, por experiencia, que cuesta volver a coger la forma anterior. ¿Has vuelto a tener pesadillas? —me pregunta.

—Sí. Pero es normal, Jorge. Sé que estás preocupado, pero, poco a poco, desaparecerán —le explico para que se tranquilice.

—¿Sabes que ayer no tuviste? Pesadillas, digo. Dormiste relajada toda la noche y no te despertaste exaltada. Eso es buena señal.

—Eso es porque estabas conmigo. Supongo que mi consciencia, sabe que a tu lado no puede pasarme nada.

—¿Algún día me explicarás tu pesadilla? —pregunta con precaución.

—Claro, *fireman*. Cuando esté preparada.

—Bueno, explícame qué más has hecho; además, de sacar los pulmones por la boca. —Se ríe mientras me pregunta.

—He hablado con Tammy por mensaje y he quedado con mi padre para comer. Por cierto, me he encontrado con...

—Pequeña, lo siento —me interrumpe—, después me lo explicas, está sonando la alarma y tenemos que salir. Te quiero, después hablamos.

No me da tiempo a responder, el deber lo llama y me ha colgado. No he podido explicarle la visita de Mark, espero que lo entienda; es una etapa de mi vida que tenía que cerrar para seguir hacia delante. Mark me ha dado esa oportunidad y sé que he hecho lo correcto. Solo espero que Jorge lo entienda también.

Jorge

Por fin ha acabado el turno, me encanta mi profesión, pero hay días que se hacen muy duros, como hoy. Hemos tenido que salir a un choque frontal de vehículos y en uno de ellos había una familia. Se te ponen los pelos de punta cuando llegas a este tipo de accidentes y no sabes lo que te vas a encontrar. Ahora toca lo de cada turno, dejar todo lo vivido en la ducha; sé que parece inhumano hacer un *reset*, pero es eso o tu vida se convierte en un infierno si te llevas a casa con todo lo ocurrido.

—Chicos, os dejo las invitaciones de boda. No me podéis fallar —dice *Oso*.

—Nosotros ya te diremos algo. Marta está muy cansada, tenemos que preguntar a la ginecóloga si podemos viajar. El mes que viene ya estará de ocho meses.

—*Blue*, colega, ya sabes que me encantaría teneros allí conmigo ese día, pero ese es el único motivo importante para faltar a mi boda. Si no podéis venir, lo celebraremos todo a mi vuelta.

—Nosotros, en principio, no tenemos problema. Igualmente, te lo confirmo cuando hable con Sophie.

No me gustaría perderme su boda, pero ahora debo contar con la opinión de mi morena; somos novios, ¿no?

Aparco el coche en mi todavía piso y voy andando hacia el de Sophie, que es donde hemos quedado. Va a ser nuestra primera noche los tres juntos; a ver qué nos depara. Llamo al interfono, ya que, todavía, no tengo llaves, y, cuando me ven, abren la puerta. Mientras subo me doy cuenta de que estoy nervioso, como un jovenzuelo en su primera cita, ¿será posible?

La puerta está entreabierta, entro y los sonidos que se oyen hacen que me recorra un escalofrío por el cuerpo y se me hinche el corazón. Se escuchan sus risas, las de Sophie, de mi hijo y de alguien más. Pol les explica alguna de sus hazañas. Por el olor a repostería seguro que están en la cocina. Los encuentro de espaldas a mí, me apoyo en el quicio de la puerta para observarlos, y me doy cuenta de que esta es mi familia. Esta estampa es lo que he deseado siempre, una que nunca tuve con Clara. Ver como mi morena disfruta con mi hijo y como este tiene esa cara de felicidad. ¿Qué más puedo pedir?

—¿Podemos poner chocolate a estas? —pregunta mi hijo.

—¡Ay, *chamaco*! Por ti, le pondríamos chocolate incluso a las quesadillas

—le responde Camila. La tercera risa que yo no conocía.

—¡Hala, nana! Las *pesadillas* no se comen. ¿Cómo les voy a echar chocolate?

—Virgencita de Guadalupe, cuánto me queda que enseñarle a este *chamaco*. —Con sus risas, accedo a la cocina, haciéndome ver.

—¡Hola! Caramba, qué bien huele. Me rugen las tripas como a un león, así que voy a tener que probar algo de eso pronto o me comeré a este niño que hay aquí —les digo, mientras cojo a mi hijo, que intenta huir, para ponerse detrás de Camila.

—¡Papá, que soy yo! —chilla—, si me comes te quedarás sin hijo.

—Entonces, me voy a comer a esta morena.

Con mi hijo a cuestas, me acerco a Sophie para cogerla por la cintura y morder su cuello, mientras reímos y mi hijo intenta evitar que me la coma. Lo que su inocencia no sabe, es que más tarde me la comeré entera y la voy a saborear con calma.

Después de unas risas en la cocina, decido irme a la ducha para no cenar muy tarde y que Pol se vaya a dormir, pues mañana hay colegio. Cenamos los cuatro en la cocina y, por fin, mi hijo puede probar las *pesadillas* de las que hablaba Camila. Durante el postre, esta nos comenta que ha conseguido alquilar un piso no muy lejos de Sophie. Ella le ha ofrecido una habitación con nosotros, pero, aparte de que no quiere molestar en nuestros comienzos como familia, asegura que está un poco harta de no tener su propio espacio y que ahora tiene la ocasión. Vendrá todos los días a ayudarnos con el piso y si, hiciera falta, con Pol y Cloe. Cuando decide que es hora de marcharse, me ofrezco a acompañarla y observo la gratitud de mi morena en la mirada; por nada del mundo dejaría que Camila se fuera sola a las diez de la noche.

—No sabe, joven Jorge, lo que le agradezco que me pueda acompañar. Todavía no conozco muy bien la ciudad y una es media *mensa* para moverse sola. Hoy, cuando quise ir a ver a mi niña Sophie, me perdí y la tuve que llamar. ¡Ay, *Diosito*! Solo espero poder aprender rapidito y no ser un estorbo.

—No se inquiete, Camila. Madrid es muy grande, pero aprenderá pronto. Cualquier cosa, ya sabe que nos puede llamar. Para Sophie, usted es una persona muy importante, la quiere mucho, así que es de la familia y, en nuestro entorno, la familia es lo primero. Así que aquí nos tiene para lo que necesite.

—¡Ay, qué bueno es, joven Jorge! Qué suerte ha tenido mi niña en cruzarse con usted. Aunque también tiene que saber que usted tiene la misma suerte. Sophie es una mujer maravillosa —me contesta Camila.

Ya desisto de decirle que no hace falta que me trate de usted. Lleva tantos años haciéndolo, que le sale por instinto; espero que, poco a poco, se dé cuenta de que es una más.

—Lo sé, Camila. Le aseguro que soy muy consciente de la maravillosa mujer que tengo a mi lado. Solo espero estar a la altura y poder hacerla feliz siempre.

Se despide de mí con unas palmaditas en la cara y un «hasta mañana, joven», que me hace saber que le ha gustado mi respuesta. Una vez la dejo en el interior del portal donde vive, casi corro para llegar antes a nuestra casa, con mi familia.

—¿Ya se ha dormido? —le pregunto a Sophie, que está acabando de recoger la cocina. Enrosco mis brazos a sus caderas y huelo su pelo.

—Sí, estaba bastante cansado. Las emociones le han podido —me responde, y apoya su cabeza en mi pecho.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Ha ido bien. Me he acercado al BookCafé y estoy encantada con los avances que han hecho. Supongo que en unas semanas ya estará preparado para volver a la carga. Tengo ganas, la verdad.

—Sí, ya le falta poco. En tu ausencia hemos controlado las obras. ¿Has podido ir a comer con tu padre? —le pregunto, mientras le doy la vuelta para mirarla a los ojos y la beso; un beso suave, solo para probar sus labios.

—Sí, hemos ido a comer y he conseguido que me diga cómo va el divorcio.

—¿Quieres explicármelo? —le pregunto precavido. Sé que es un tema delicado y no quiero que se sienta incómoda. Asiente con la cabeza—. Ven, vamos a sentarnos en el salón, en ese sofá tan cómodo que tenemos. ¿Pongo un poco de música?

—Sí, por favor.

Se quita las zapatillas y encoge las piernas para quedar de lado. Mientras, coloco mi teléfono en la repisa para que se conecte por Bluetooth y selecciono la lista que quiero que suene. Una vez está todo preparado, con el sonido ajustado para no despertar a Pol, me siento a su lado, girándome hacia ella y así quedar cara a cara.

—Pequeña, si no quieres contármelo, no pasa nada, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Necesito explicarle a alguien cómo me siento.

—Pues soy tu hombre, nena —le digo para sacar un poco de tensión al ambiente. Coge aire y lo saca con calma, preparándose para vomitar todos sus

sentimientos.

—Hace una semana que están divorciados legalmente. Parece que ha sido un duro proceso, ya sabes cómo es mi madre, y no se bajaba del burro. Le quería sacar lo máximo posible a mi padre. —Eso ya lo sabía, pues Thomas me lo había comentado, pero no quiero interrumpirla—. Resulta que la confesión del compinche de Clara y todo el dinero que mi padre se ha dejado en abogados, le ha servido para ajustar al máximo las condiciones del divorcio. Aun así, ha tenido suerte, le ha dejado una pensión mensual de diez mil euros y la casa donde vivían.

—Caramba, la verdad es que no está mal. —Silbo. Alucino por la pensión de la señora.

Ella aprovecha para acurrucarse a mi lado y apoya la cabeza en mi hombro, mientras rodeo su cuerpo con mi brazo.

—Lo peor de todo es que no sé lo que siento, Jorge. Parece ser que para ella eso no ha sido suficiente, como te puedes imaginar, y, además, tiene un juicio pendiente aquí por estar, presuntamente, involucrada en las ideas de Clara; ella y mi hermana, claro. Por un lado, tengo a mi angelito, que me dice que son mi familia y que tengo que estar triste por lo que les está pasando. Pero mi demonio, que tiene más poder, en este caso, me dice que no han sido buenas conmigo, que nunca me han ayudado a ser feliz; al contrario, siempre me han puesto piedras para hacerme tropezar. Estoy hecha un lío.

—Supongo que es normal, pequeña. Es tu familia y a nuestro cerebro le cuesta asimilar no llevarse bien con nuestros seres queridos —le doy mi opinión, mientras la acerco más a mi cuerpo.

—Debe de ser eso. Espero que con el tiempo pueda asimilarlo y, aunque no me alegre con sus desgracias, tengo que hacerme a la idea de que se lo han buscado ellas. Mark me ha dicho que ha dejado a mi hermana, la ha pillado con otro; qué ironía, ¿verdad?

—¿Mark? ¿Tu ex? —Se me tensa el cuerpo al pensar que haya hablado con su exnovio. Ella nota mi incomodidad y se separa un poco de mi cuerpo para mirarme a los ojos.

—Después de salir a correr, estaba estirando en el banco de abajo y me lo he encontrado. Me buscaba para pedirme perdón; bueno, esa fue su excusa.

—Joder —gruño, mientras me incorporo en el sofá, pongo los codos sobre mis rodillas y la miro de lado—. ¿Qué quería, entonces?

—Nada que vaya a conseguir nunca más. —Lo dice en un tono bajo, ya me conoce, y sabe que no me hace ni puta gracia que ese gilipollas la moleste.

—¿Aún tiene los huevos de venir aquí y querer que vuelvas con él? ¿Cómo sabe dónde vives? No le habrás dejado subir, ¿verdad?

—Sssshhhh, vas a despertar a Pol. —No puedo con la rabia y me levanto del sofá—. Jorge, no tengo ni idea de cómo sabía mi nueva dirección, solo estuvimos aquí, en la terraza, tomando un café. —Gruño—. Me explicó lo que ha pasado con Jana, me pidió perdón y me dijo que se había equivocado, que siempre me ha querido a mí, bla bla bla...

—No me lo puedo creer, Sophie. ¿Aquí, en tu casa? ¿Y si llega a pasar algo? —Estoy tan cabreado, o puede que asustado; si le vuelve a pasar algo a mi morena...

Sophie se levanta del sofá y se pone frente a mí para parar mi trayectoria de león enjaulado. Me llama por mi nombre y pone sus manos en mis mejillas para que la mire. Tengo los ojos cerrados, intentando serenarme. La segunda vez que me llama, los abro y la miro.

—Cariño, no ha pasado nada. Tenía que cerrar esa puerta de mi pasado, lo necesitaba para seguir. Le dejé claro que nunca volvería con él, que yo ahora soy feliz y que no vuelva a molestarme más. Confío en que lo haga. Mark no es mala persona. Estoy segura de que seguirá adelante y no volverá a molestarnos.

—Espero que así sea, porque no sé lo que sería capaz de hacerle si lo veo merodear, de nuevo, por aquí.

—Por favor, no te preocupes. Quiero empezar a tu lado sin piedras que arrastrar. —Enrosca sus brazos en mi cintura y pega su cara a mi pecho.

Beso su cabeza y la abrazo con fuerza. No quiero una vida que no sea con ella. Cada día que pasa, tengo más claro que es la mujer de mi vida y quiero acabar la mía a su lado. Empieza a sonar la canción que le ponía en el hospital, cuando estaba dormida; *Tu Boca,* de Antonio José.

—Ven, vamos a bailar —le pido.

Nos movemos con calma, cuerpo con cuerpo y escuchamos la letra. Cuando empieza el estribillo se lo canto, bajito. Ella levanta la cabeza que tiene apoyada en mi pecho y me mira a los ojos. Los suyos están aguados. Esta canción transmite perfectamente cómo me siento a su lado, que sería capaz de cualquier cosa por ella, que la amo con todo mi corazón. Acerco mi boca a la suya y la beso, intentando transmitirle una pequeña parte de lo que siento por ella. Nuestras manos exploran nuestros cuerpos. Nos desnudamos despacio; primero, mi camiseta y después la suya. Antes de seguir, me pide que vayamos a la habitación, por si Pol se levanta y nos pilla en faena. Desconecto mi

teléfono y, al llegar a la habitación, nos fundimos el uno en el otro para adorarnos con nuestros cuerpos. Hacemos el amor con calma, disfrutándonos. Recorro su cuerpo, saboreo y mimo cada rincón hasta perderme en su interior. Me encanta ver su cara de placer cuando la hago mía y logro que se corra. Caemos los dos rendidos y abrazados.

—La canción que hemos bailado es preciosa. Me suena de algo, pero no tengo ni idea de qué, ni dónde la he oído.

—Te la ponía cada día que iba a verte al hospital, mientras estabas dormida. Necesitaba que supieras que estaba allí, que tenías que despertar para que pudiéramos ser felices. Te quiero, pequeña, y me encanta perderme en tu boca, como dice la canción.

—A mí también me encanta perderme en tu boca. Te quiero, *fireman*, no sabes cuánto.

Me lo imagino, ya que, si solo es la mitad de lo que la quiero yo, tendría suficiente. Noto como su respiración se vuelve suave y sé que se ha dormido. Aquí, abrazado a su cuerpo, soy consciente de lo afortunado que soy y lo pienso disfrutar. Este es mi pequeño mundo. Ella y mi hijo son mi pequeño mundo.

CAPÍTULO 28

Sophie

Son las nueve de la mañana y estamos en el aeropuerto de Madrid; vamos destino a Cádiz, para celebrar la boda de *Oso* y Teresa. Al viajar con los niños y en el estado de Tamara, hemos pensado que sería más cómodo ir en avión. En este vuelo vamos Dani, Tammy, Cloe, Jorge, Pol y yo; los demás invitados han decidido ir en vuelos posteriores. Los únicos ausentes serán Pedro y Marta, ya que, al estar a punto de ser padres, el médico les ha prohibido viajar.

Estamos sentados en los bancos a la espera de que llamen nuestro vuelo. Los hombres han ido a por unas bebidas. A mi lado, el asiento no deja de moverse; mi pequeño campeón está sentado, aparentemente tranquilo; mira todo a su alrededor, pero, como ya lo conozco, sé que está nervioso. Sus piernas, que todavía no llegan al suelo, se balancean hacia atrás y hacia delante, inquietas. Es su primera vez en avión, así que son totalmente comprensibles sus nervios.

—Pol, ¿estás bien? —le pregunto, y pongo mi mano es sus piernas para que pare el balanceo. Él asiente con la cabeza.

—Solo estoy un poco nervioso —dice, cuando ya pensaba que no me iba a contestar. Acaricio su cabeza, intentando transmitir tranquilidad—. ¿Crees que soy un bebé por tener miedo a ir en un avión?

—Por supuesto que no. A todos nos asusta un poco volar, sobre todo si es la primera vez. Mira, yo he viajado varias veces y todavía tengo cosquillas en la barriga cada vez que voy a subir a un avión.

—Eso me pasa a mí. Tengo algo aquí dentro —señala su estómago—, tengo miedo de vomitar delante de todo el mundo y que Cloe se ría de mí.

Sus últimas palabras me las ha dicho en voz baja, haciéndome saber que no quiere que nadie más se entere de su inquietud. Aparte de su miedo a volar, lo que le preocupa a Pol es hacer el ridículo delante de Cloe. Mi pequeño tiene una gran devoción por su amiga y está convencido de que será su chica, lo tiene completamente loco. Lo abrazo y le doy un beso en la cabeza para demostrarle mi apoyo.

—Tienes que estar tranquilo. Si quieres, podemos pedir una bolsa por si

tienes muchas ganas de vomitar. No debes tener vergüenza si es así. ¿Te cuento un secreto? —Asiente con la cabeza para que siga—. Todos estamos nerviosos, pero intentamos disimular para que no se note.

En ese momento, llegan los chicos con las bebidas. Dani se sienta entre Tammy y yo y le pregunta si está bien con una caricia en su barriga. Mi amiga asiente con la cabeza y besa sus labios agradecida por su preocupación. En un suspiro, mi princesa se sube encima de Dani, enseñándole algo en el teléfono. Yo sonrío por la felicidad que desprenden, me encanta ver a mis chicas tan bien.

—He traído unas botellas de agua —la voz de Jorge me saca de mis pensamientos, centrándome de nuevo—. Pol, ¿quieres agua?

El pequeño niega con la cabeza, da la sensación de que si habla o se desconcentra de sus pensamientos acabe desmayado. Jorge me mira, interrogándome con los ojos. Yo le contesto con una tímida sonrisa y encogiéndome de hombros. Lo vuelve a mirar sin que el niño sea consciente de nuestra conversación muda y después vuelve a mirarme con una sonrisa en la cara, haciéndome saber que ha entendido lo que le quería transmitir.

—No sé vosotros, pero yo estoy un poco nervioso —dice en voz alta—. Si vomito no podéis reíros de mí, ¿vale?

La cara de los pequeños es todo un poema, parece que se les van a salir los ojos de las cuencas al saber que alguien mayor tenga la misma sensación que ellos y, además, lo exprese en voz alta. Yo sonrío y miro a mi *fireman* orgullosa de su reacción. Con solo una frase, ha conseguido tranquilizar a los pequeños que, parece, se han quitado un peso de encima.

—Mami dice que podemos pedir unas bolsas, por si nos entran las ganas —explica mi pequeño, más aliviado.

Sí, ahora ya soy mamá. Hace unas dos semanas que tuvimos una charla donde Pol nos pidió llamarme así; se moría de ganas, pero no quería que yo me enfadara. A veces, no deja de sorprenderme la madurez que tiene, como es capaz de dialogar y expresar sus inquietudes, incluso de exponer sus razones. Así que no pude ni quise negarme; se me hace raro, pero me encanta oír como me llama «mamá».

Mientras seguimos nuestra charla, anuncian nuestro vuelo y nos ponemos en marcha. Pol va agarrado a mi mano como una lapa y no me suelta en ningún momento. Jorge se sienta al lado de la ventanilla, Pol en medio y yo en el pasillo. Antes de que el avión empiece su movimiento, le pido a la azafata tres bolsas de plástico, por si las moscas. El vuelo es tranquilo y, aparte de casi no

tener riego sanguíneo en la mano, debido a la presión del agarre del pequeño, acabamos el vuelo sin sobresaltos y llevándonos las bolsas sin utilizar.

***

Esperamos nuestras maletas que hemos tenido que facturar, hemos decidido quedarnos cuatro o cinco días. Al salir por la puerta, ya vemos a *Oso* que ha venido a recogernos. Nos fundimos en sus fuertes abrazos, que dan fe de lo feliz que le hace que estemos aquí. Ha venido con un primo suyo, ya que somos muchos y no cabemos en un coche. Ellos son del Puerto de Santa María, así que tenemos una media hora de camino. Nos comenta que está muy nervioso por la boda, que su familia está como loca con Teresa, a la que han acogido sin ningún problema.

Aparcamos afuera, descargamos las maletas y seguimos a *Oso* a través de unas verjas metálicas. La casa que hay frente a nosotros es preciosa; tiene dos alturas, color teja y un porche blanco precioso. Un amplio jardín, con una piscina en forma de ele, donde ya empieza a haber movimiento, puesto que los novios han decidido hacer la boda allí mismo. Jorge no está impresionado, no es la primera vez que visita la casa; cuando eran más jóvenes pasaban alguna semana aquí, en verano. La casa tiene cinco habitaciones y, después de mucho batallar con *Oso* y Teresa sobre que podíamos ir a un hotel, no ha habido forma de convencerlos, así que vamos a compartir la casa con sus padres y con ellos. Los demás invitados han sido repartidos por diferentes casas de familiares y amigos.

—¡Caramba, chiquillo! Qué guapo sigues —le dice la madre de *Oso* a Jorge, dándole un abrazo.

—Mamá, por favor, ya hemos hablado de eso de dejar a tu hijo en ridículo, ¿verdad?

—Anda, bobo. Todos conocen mi devoción por Jorge. Que sea una mujer mayor, felizmente casada, no quita que no tenga ojos para admirar a los amigos de mi hijo, sobre todo si son tan guapos como Jorge.

Yo me he quedado con la boca abierta, menuda mujer más descarada. El hombre que hay a nuestro lado, supongo que el marido, cabecea, dando a la mujer por imposible

—Conchi, qué gusto volver a verla —le dice Jorge, con una sonrisa—. Te presento a Sophie, mi chica, y este pequeñajo es mi hijo Pol.

—Encantada de conoceros. No has perdido el tiempo, muchacho, qué chica

más guapa te has buscado. —Esta mujer no tiene pelos en la lengua.

—Pequeña, él es Manuel, padre —dice, señalando al hombre de mi lado, al que saludo con dos besos—, y ella es Macarena, la hermana de *Oso*.

—Un placer conoceros. Les agradecemos mucho que nos dejen hospedarnos en su casa. Esperamos no ser una molestia. Ya le dijimos a *Oso*, bueno, a Manuel, que podíamos ir a un hotel...

—Ni lo pienses, siquiera. Esta también es vuestra casa. Vamos a pasar todos adentro a tomarnos algo fresquito, parece que aquí no quiere llegar el otoño.

Después de todas las presentaciones, nos adentramos y le hago saber a Conchi que tiene una casa preciosa. Compruebo que *Oso* tiene un humor muy parecido a su madre, así que, poco a poco, voy acostumbrándome a sus piropos descarados hacia Jorge.

—¿Qué sabemos de la novia? —pregunta mi *fireman*, pues, desde que hemos llegado, no la hemos visto todavía.

—La tienen reclutada en una habitación con no sé qué pruebas. Si hubiese sabido que, para casarme, tendría que estar tanto tiempo lejos de ella, os juro que no se lo hubiera pedido. —Todos los que estamos en la cocina nos echamos a reír—. Sí, vosotros reíros, pero llevamos aquí cinco días y creo que la he visto tres horas.

—¡Hala, hijo, eres más exagerado! —le reclama la madre. Las risas vuelven a la cocina. Otra cosa no sé, pero risas no van a faltar.

Macarena, la hermana de *Oso*, se ofrece a llevarnos a Tammy y a mí hasta la habitación donde se encuentra Teresa, haciéndose la última prueba de maquillaje. La habitación es enorme y vemos a Teresa delante de un gran espejo. Habla con dos chicas jóvenes. Está preciosa, el maquillaje es bastante discreto, a ella no le hacen falta muchas florituras, pues es una mujer muy guapa y, si le añadimos la cara de felicidad, no necesita nada más. Al vernos a través del espejo, abre mucho los ojos y se le ensancha la sonrisa.

—¡Ya habéis llegado!

Se levanta para agradecer a las chicas su trabajo y acuerda quedarse con ese maquillaje. Se despide de ellas y su futura cuñada se ofrece para acompañarlas a salir.

—Mírate, rubia, estás preciosa —dice Tammy, abrazándola con cariño.

La verdad es que, a pesar de conocernos desde hace poco, Teresa es una mujer fantástica, a la que ya consideramos parte de nuestras amistades. Fue una estupenda enfermera para Jorge y yo sé que él le ha cogido mucho cariño.

Todos estamos felices de que *Oso* y Teresa se hayan conocido. Es fantástico ver como él se desvive por ella y que ella, poco a poco, haya superado los malos momentos de su relación anterior. Es lo mejor que les podía pasar; encontrarse el uno al otro.

—Chicas, gracias por estar aquí con nosotros —nos dice, saludándome—. Me tratan fabulosamente, pero necesitaba unas amigas para poder relajarme un poco de tanta presión.

—La verdad es que la familia de *Oso* es un poco intensa — comenta Tammy—, y eso que llevamos aquí solo una hora, así que me imagino como te puedes sentir. Por cierto, ¿sabes que tu futura suegra le ha tirado los trastos a Jorge?

—¿En serio? —pregunta la novia, dirigiéndose a mí. Yo asiento con la cabeza e intento hacerme la ofendida—. Mira que Manuel la avisó. Parece que, desde que lo conoce, le cayó tan bien, y le agradece tanto que cuide de su hijo, que siempre que lo ve, no para de decirle lo guapo que es.

Después de que Teresa se desmaquille, acabamos las tres sentadas en la cama, contándonos nuestras batallitas y cotilleos varios, hasta que nos duele la barriga de tanto reír. La mejor terapia, sin duda. Estamos tan cómodas con la charla que no somos conscientes del tiempo que pasa hasta que la puerta de la habitación se abre y vemos entrar a los tres chicos, que vienen a buscarnos para ir a comer.

La tarde pasa tranquila. Los novios nos acompañan hasta la playa para dar un paseo. Dani y Tammy, deciden quedarse a descansar, así que nos llevamos a Cloe con nosotros. El clima es estupendo y el paisaje fantástico. Después de tomar algo en el bar de un pariente de *Oso*, decidimos recogernos y así no llegar tarde para mañana estar frescos.

—Venga, todo el mundo a descansar —nos pide Conchi, dando una palmada al aire—. Mañana hay que madrugar para estar impecables.

Nadie protesta a la petición, así que nos levantamos de la mesa, que entre todos hemos colaborado para recoger, y nos despedimos. Los tortolitos están sentados en un sillón con Teresa encima de *Oso*, haciéndose arrumacos.

—¡Tú! —Vuelve a la carga Conchi, señalando a su hijo—. Arrea con tu hermana y deja ya de sobar a la muchacha. Esto es pecado, que lo sepas.

—¡Venga ya, mamá! Estamos en el siglo veintiuno. Ya sabes que no somos vírgenes.

—¡Manuel! —le reclama una Teresa roja como un tomate.

—¿Qué le vas a explicar tú a tu madre? —le replica Conchi, palmeando el

pecho de su hijo—. ¿Te crees que yo no caté a tu padre antes de casarme?

—Yo no quiero escuchar esta conversación —replica Manuel padre, mientras niega con la cabeza y se despide de nosotros.

Los demás también nos retiramos a descansar con la sonrisa en la cara. La verdad es que esta familia es un tanto peculiar, aunque eso no quita que sea gente maravillosa.

***

Son casi las doce de la mañana. *Oso* y Teresa se casan a la una y media, así que la casa parece un hervidero de gente para arriba y para abajo. Me he asomado a la ventana de la habitación y la verdad es que el jardín está precioso. Los chicos ya se han vestido con sus sendos trajes y sus corbatas. Pol está guapísimo, parece un hombrecito. Han bajado a ver si la familia necesitaba ayuda en alguna cosa y aquí estoy yo, dándome los últimos retoques. Una tarde de compras con Tammy, encontré un vestido que me encantó y decidí que era perfecto para la boda. Es largo hasta los pies, de color rosa pálido con bordados e incrustaciones pequeñas y brillantes. Lo que más me gusta es el escote en uve que me queda fabuloso, para qué nos vamos a engañar.

—Pequeña, ¿has acabado? —pregunta Jorge, al entrar en la habitación.

Lo miro a través del espejo donde me estoy poniendo los pendientes y puedo comprobar, en su mirada hacia mí, que le gusta cómo me queda el vestido.

—Sí, ya estoy. ¿Puedes acabar de subir la cremallera? —le pido, mientras me aparto el pelo, que he decidido llevar suelto, hacia un lado, y me muerdo el labio inferior, provocándolo.

—¡Joder, morena! No sé si ayudarte a abrocharlo o quitártelo, directamente.

—¿Eso es que me queda bien?

—¡Estás increíble! —Besa mis labios con cariño. Con un beso que promete mucho más.

Estamos ya todos preparados, esperando a la novia. *Oso* está muy guapo, se hace raro verlo con traje, que le han tenido que hacer a medida por su tamaño. Es feliz, no ha parado de sonreír desde que lo hemos visto llegar. Comienza a sonar una canción de fondo, la que da entrada a la novia y todos nos quedamos con la respiración contenida. Teresa aparece del brazo de uno de sus hermanos

y está espectacular. Lleva un vestido recto de encaje con tirante ancho y escote en uve, con una cinturilla que ciñe sus curvas. Es un vestido sencillo, pero le favorece mucho. Lleva el pelo suelto, marcando sus rizos y una diadema joya colocada sobre la frente.

La reacción de *Oso* es igual que la nuestra, se ha quedado embobado con su futura mujer. Su mirada es de puro amor. Ella sonríe cuando lo ve y no le quita la vista de encima hasta que llega a su lado, como si a su alrededor no hubiera nadie más. «Estás preciosa», se lee en los labios de él. «Te quiero», en los de ella.

Jorge

Aquí estamos, sentados en esta mesa redonda, disfrutando de la felicidad de nuestros amigos. La verdad es que se les ve pletóricos. Nunca me hubiera imaginado que *Oso* se iba a casar antes que yo; el pobre siempre tuvo muy mala suerte con las mujeres y se le veía un poco desilusionado. Hasta que tropezó con Teresa, una mujer maravillosa, y han conseguido hacerse felices el uno al otro.

Todo estaba buenísimo, yo creo que voy a reventar de tanto comer; menos mal que todavía queda algo de tarde y la noche para poder hacer la digestión. Vemos como se levantan y se dirigen a la zona junto a la piscina donde no hay mesas, para abrir el baile. Es *Oso* y estamos en su territorio, así que os podéis imaginar que el típico vals que bailan los novios no va a ser tal. Ya sabéis con que música abren pista, ¿verdad? Habéis acertado, Los Rebujitos, cómo no; a todos, en la estación, nos tiene locos con la dichosa música. Cuando empiezan a sonar los acordes, a nuestro alrededor, solo se oyen suspiros.

—¡Oh, qué bonita! —Suspira mi morena. A ella también le gustan mucho.

—¿Conoces la canción? —le pregunto al oído. Asiente con la cabeza.

—Se titula *Sin Ti Me Encuentro Perdido*, tiene una letra muy bonita, no sé si Teresa lo sabía, pero le va a encantar.

Las parejas se unen a la vez que escuchan la letra de la canción y admiramos a los novios. *Oso* le susurra la letra a Teresa mientras la mira a los ojos, la verdad es que está loco de amor. Ahí donde se ve, tan grandote, siempre ha sido un hombre con un gran corazón y muy romántico. El pobre ha sido el centro de nuestras burlas en un montón de ocasiones, menos mal que tiene mucha paciencia.

Una vez acaba la canción y todos los ovacionamos mientras se besan, se abre la pista de baile. El primero en aparecer es mi hijo, en ese aspecto no se parece a su padre. A este le siguen varias parejas y las mujeres animadas por la novia. *Oso* nos viene a buscar para ir a pedir algo a la barra que hay en un lateral.

—Oye, ¿qué te parece si llamamos a *Blue* para ponerle los dientes largos? —le pregunto a *Oso*.

—Buena idea, *J*. El pobre debe de estar tirado en el sofá, mortalmente aburrido.

Lo llamamos en dos ocasiones sin obtener respuesta, es raro, pero a lo

mejor está durmiendo la siesta y no se entera. Decidimos hacernos una foto, varios amigos juntos, con nuestras copas y se la enviamos. Seguimos nuestra charla, aplazando la llamada para más tarde; si no estamos muy perjudicados, claro.

Miro hacia la pista donde la gente baila y me encuentro con la mejor imagen, la que me llena el corazón por completo. Sophie y Pol bailando juntos; se hablan y se ríen, mirándose el uno al otro. Hay tanta complicidad entre ellos que es maravilloso verlos. Quien no los conozca puede pensar que, realmente, son madre e hijo. Parece que ella nota que la miro y me busca en la mesa de las bebidas. Cuando nuestras miradas se encuentran, me sonríe y me manda un beso, al que respondo con una sonrisa. Vuelve a su tarea de baile sin hacerse una idea de cuánto la quiero y lo importante que es para mí.

Seguimos la fiesta sentados en una de las mesas, charlamos y reímos de las tonterías que decimos, la mayoría a causa del alcohol. Las chicas llegan a nuestro lado para descansar un poco. No sé cómo Tammy aguanta tanta marcha con esa barriga que tiene. Noto a mi morena detrás de mí, desliza sus manos por mis hombros, primero, y mi pecho después, mientras besa mi cuello. Menos mal que estoy sentado, porque si estuviera de pie, todo el mundo sería consciente de como me afectan sus besos. La cojo del brazo para traerla hacia delante y la siento en mis piernas. Busco su boca y la beso de forma efusiva, demostrándole cuanto la deseo. Oímos como todos a nuestro alrededor silban y nos abuchean; levanto mi brazo derecho y les enseño mi dedo corazón.

Mi teléfono vibra en la mesa, me ha llegado un mensaje y con Sophie encima de mí todavía, lo cojo para ver quién es.

Blue:

«Me importa una mierda que lo estéis pasando tan bien. No hay nadie más feliz que yo ahora mismo. Os presento a mi pequeño Iker».

Con razón no nos cogía el teléfono, parece que se ha adelantado el parto y en la foto que envía sale un *Blue*, con cara de felicidad, cogiendo a su pequeño. Al ver mi cara de bobo, Sophie me pregunta de quién es el mensaje y le enseño la foto.

—Ay, qué cosita más pequeña. ¿Ha salido todo bien? —me pregunta con la misma cara que yo.

—Todavía no le he preguntado, ahora lo llamaremos. Es precioso, ¿verdad?

—Sí y muy pequeño. Se le ve muy feliz. ¿Tenías tú esa cara cuando nació Pol? —me pregunta un poco tímida.

—Pues claro, ser papá es una de las cosas más maravillosas del mundo. Ya

sabrás lo que es cuando tengamos los nuestros.

Me mira con cara de asombro. No tengo claro qué significa su reacción, a lo mejor no quiere tener hijos y estoy metiendo la pata. La verdad es que ahora disfrutamos mucho el uno del otro y nunca hemos hablado del tema.

—¿Nuestros? —me pregunta con duda. Yo asiento con la cabeza, cauto—. Nunca hemos hablado de tener hijos y yo pensaba que no querías tener más. Después de todo lo que has pasado con Pol...

—Volvería a pasar por eso las veces que hiciera falta si después veo su sonrisa todos los días —le digo, señalando a mi hijo que juega con Cloe y tiene una sonrisa en la cara—. ¿Tú quieres ser madre?

—Ya lo soy —me dice, levantando una ceja.

—Lo sé. Pol te quiere con locura y sé que tú a él también, pero ya sabes a qué me refiero.

—No me lo había planteado, pero ahora que os tengo a vosotros, que tú quieres y viendo a *Blue* con su pequeño en brazos, pues me haría mucha ilusión.

—Pues no se hable más, esta noche empezamos a practicar —nos besamos, riendo.

Hacemos una videollamada con *Blue* para saber cómo ha ido todo. Cuando descuelga, lo primero que vemos es a un pletórico papá, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola, capullo! Enhorabuena —digo, expresándole mi alegría—. ¿Estás seguro de que es tuyo? Es demasiado guapo.

—¡Vete a la mierda! —me recrimina, riéndose—. Muchas gracias, estoy como en una nube. La verdad es que es una experiencia maravillosa. ¿Qué tal todo por ahí? ¿Cómo está el novio?

—Por aquí todo genial, la boda ha estado fabulosa, con mucho azúcar, ya sabes lo romántico que es *Oso*. Mira… —Giro mi teléfono para que vea el panorama, mientras lo oigo reír.

Somos así, siempre metiéndonos con nuestros amigos, aunque, en el fondo, tengamos claro que somos familia y que confiamos ciegamente los unos en los otros.

—Vaya, está todo muy bonito. Me alegro de que haya ido todo bien. Hola, Sophie —la saluda.

—Enhorabuena, papi. Tienes un pequeño precioso. ¿Cómo está la mamá?

—Gracias. Están los dos perfectamente. Un poco cansados porque ha sido un poco largo y con muchos nervios, ya que todavía faltaba casi un mes y

estábamos preocupados; pero ha salido todo bien, que es lo importante y ahora a disfrutar y a adaptarnos. —Ahora es él quien mueve el teléfono y vemos a una Marta, con cara de cansada, que nos saluda con la mano.

—¡Hola, Marta! Enhorabuena, cielo, tienes un niño precioso. Cuando volvamos, lo iremos a conocer. ¿Tú cómo estás? —le pregunta Sophie.

—Muchas gracias. Pues algo cansada, pero todavía me mantiene el subidón por la alegría de tener a mi pequeño en brazos. Vosotros lo estáis pasando en grande.

—Pues sí, la boda ha sido preciosa; Teresa va guapísima y *Oso* está pletórico.

Mientras ellas hablan, yo le hago señas a *Oso* para que se acerque, ya que sigue dándolo todo en la pista de baile.

—¿Qué pasa, *J*?

—Mira a quién tenemos aquí —Señalo mi teléfono. Lo mira y abre mucho los ojos por la sorpresa de ver a Marta con el pequeño en brazos.

—¡No me jodas! —dice con asombro.

—¡*Oso*! No digas palabrotas delante de mi pequeño —le reclama Marta, con una sonrisa—. Enhorabuena grandullón, ya me han contado que todo ha ido genial y que ya eres un hombre felizmente casado. Como puedes comprobar, nunca se me va a olvidar la fecha de tu aniversario de boda.

—Qué cosa más bonita. Enhorabuena a vosotros también. Mira, Teresa, qué pequeñajo. —Le enseña a su mujer, que sonríe a la imagen y le da la enhorabuena a Marta—. Dile al capullo de mi amigo, que tiene un hijo muy listo; ha escogido el mejor día para nacer, este pequeño promete. Puede estar tranquilo, a nivel de inteligencia ha sacado los genes de su madre.

—Te estoy escuchando y eso no tienes narices a decírmelo a la cara, *mamón*. Que sepas que te lo perdono porque estoy tan feliz que hoy no hay nada que me estropee el día.

Todos acabamos riéndonos de las pullas que nos lanzamos unos a otros; es lo que tiene estar demasiadas horas juntos en la estación. Después de acordar con *Blue* que a la vuelta iremos a conocer al pequeño Iker y que, cuando estemos todos, quedaremos para una comida o cena, nos despedimos para que puedan descansar un poco, sobre todo Marta, a la que se la veía realmente agotada después de doce horas de parto.

Seguimos con la fiesta que no decae en ningún momento. Los que parecen adolescentes y se lo están pasando en grande son mi padre y Juana, parecen dos chiquillos. Cada vez que miro hacia la pista, allí están ellos; baile para

arriba y baile para abajo, arrumacos por aquí y por allá. Es muy bonito ver a mi padre tan feliz. Él que siempre ha sido mi pilar; que antepuso su posición de padre y abuelo a su propia felicidad. Ahora se merece disfrutar con Juana, que lo hace tan dichoso y lo tiene muy consentido. Ellos son un claro ejemplo de que el amor no tiene edad y que hay que disfrutarlo y cuidarlo siempre; como pienso hacer yo el resto de mi vida.

***

Sobre la una de la madrugada, se decide cerrar la fiesta, más que nada para que los vecinos puedan, por fin, descansar. Hay mucha gente que ya se ha marchado y ahora quedamos los más cercanos. Los pequeños se han ido hace un rato a dormir a casa de la hermana de *Oso*, que tiene dos hijos más y con los que, tanto Cloe como Pol, han hecho buenas migas. Mi padre y Juana también se han retirado no hace mucho a casa de unos tíos de mi amigo y aquí estamos nosotros, sentados en el porche, disfrutando de la noche. Debe de hacer unos dieciocho grados, así que hace una temperatura estupenda para compartir charla y unas cervezas.

—Tammy, cielo, ¿por qué no te vas a dormir? Tienes cara de cansada, hija —le comenta Sophie a su amiga que tiene la cabeza apoyada en el hombro de Dani y lleva un rato con los ojos cerrados.

—No me quiero perder ningún chisme —le contesta, arrancando unas risas.

—Pues ni tú ni yo nos vamos a enterar de nada más porque ahora mismo nos vamos a descansar, que mi hijo va a salir hiperactivo por culpa de tu falta de sueño. ¿Has visto cómo tienes las piernas? —le reclama Dani, incorporándose, y tira de ella para que se levante.

—Valeee —se resigna ella—, pero con la condición de que me des un masaje en las piernas.

—Tira, anda. ¿Cómo voy a negarme si me miras con esa cara?

Nos reímos de como Tammy consigue engatusar a mi amigo y nos despedimos de ellos. Como el cansancio ya empieza a hacer mella en nosotros también, media hora después, decidimos acabar con la celebración y nos despedimos, hasta dentro de un rato. Intentando no hacer ruido, *Oso*, Teresa, Sophie y yo subimos a nuestras habitaciones.

Ha sido un día maravilloso, lleno de emociones y felicidad, pero ahora mismo me encuentro agotado, tengo unas ganas tremendas de pillar la cama, abrazar a mi morena y descansar.

—Cariño, ¿me puedes bajar la cremallera del vestido? —me pregunta Sophie. Porque llevo bastante alcohol en la sangre si no pensaría que su tono de voz ha sido muy sugerente.

—Claro, pequeña.

Me pongo detrás de ella y lo primero que percibo es el olor de su pelo, del champú que siempre utiliza. Cierro los ojos e inspiro para llenarme los pulmones de ella. Vaya, parece que se me está pasando el cansancio. Pongo mis manos en sus hombros, las deslizo por sus brazos y beso su cuello. Noto como se estremece por mis caricias, me encanta que su cuerpo reaccione de esa manera a mi contacto. Su cercanía tampoco es indiferente para mi cuerpo y así me lo hace saber mi entrepierna. Me acerco a ella un poco más para que note mi erección, al final de su espalda, y ella suspira. Empiezo a bajar la cremallera, pongo mis manos en sus hombros y le quito el vestido. La visión que tengo ahora de ella me corta la respiración. No lleva sujetador, acerco mis dedos a su columna y la repaso de arriba abajo, mientras la oigo suspirar.

—Joder, nena —le susurro al oído, para que sepa cómo me gusta lo que veo.

Lleva unas braguitas de encaje negras que solo cubre media nalga, así que mientras beso su cuello, acaricio esa parte sin cubrir. Cuando llevo un rato repasando su cuerpo con mis manos, se da la vuelta y me besa con fogosidad. Parece que a los dos nos ha desaparecido el cansancio. Mientras me besa, desabrocha mi camisa, la corbata hace mucho rato que ya no la llevo. Yo me recreo en sus pechos que son perfectos para mis manos y la cosa se desmadra, ya no hay paciencia entre nosotros. Solo tengo ganas de estar en su interior. Acabo de desabrochar, torpemente, mi pantalón y me lo quito como puedo. La llevo en volandas hasta la cama, la estiro en ella y le quito las bragas. Abro sus piernas y la devoro; soy más bien brusco, pero sé que ahora es lo que más nos apetece a los dos, hasta que la veo retorcerse de placer en la cama. Me incorporo encima de ella, besando su boca, compartiendo su sabor, para acallar sus gemidos y que no nos oigan los demás. Sin dejar que acabe su orgasmo, me introduzco en ella con fuerza y no paro hasta que noto como vuelve a estremecerse y estoy a punto de correrme.

—Pequeña, me voy a correr —le susurro al oído, y me hundo una última vez con fuerza hasta vaciarme en su interior.

—Te quiero —me dice, acariciando mi pelo.

—Y yo a ti, no sabes cuánto.

Me incorporo en mis codos para no aplastarla y observar lo bonita y

especial que es la mujer que tengo bajo mi cuerpo, y que ha decidido compartir su vida conmigo. No puedo ser más afortunado.

CAPÍTULO 29

Sophie

Ya casi estamos en Navidad. Este año es especial, hay más pequeños para celebrarla por lo que se vive de otra manera; con más ilusión. Al ser la primera desde que Jorge y yo estamos juntos, hemos creído que sería buena idea que la pasáramos en Nueva York. Estoy convencida de que va a ser una Navidad muy diferente, después de todos los acontecimientos por los que hemos pasado, nos merecemos disfrutar. Si algo tengo claro es que la ciudad los va a conquistar, y en Navidad es espectacular.

Aquí estamos, en el aeropuerto, esperando subir al *jet* de mi padre. No ha habido manera de que pudiéramos comprar los billetes, después de varias peleas por teléfono, tuve que ceder a su ofrecimiento de dejarnos el *jet* para viajar. Me *manipuló* con Pol para que aceptara y no me pude resistir. Sabe que ellos para mí ahora son lo primero y no ha dudado ni un solo momento en utilizar esa debilidad para convencerme.

Me fijo en mi pequeño, este va a ser su segundo viaje por aire. Aunque será bastante más largo que el anterior, también será diferente y en este vuelo podrá disfrutar de más comodidades. Vuelve a estar nervioso, como la vez anterior, y aunque ya le hemos explicado que va a ser algo diferente, supongo que no saber a qué se va a enfrentar no lo tiene muy convencido.

—Mami, ¿falta mucho para subir al avión? —me pregunta, sentándose en mis piernas.

—No, mi vida, pronto vendrá alguien a buscarnos. Ya verás como te gustará mucho el avión del abuelo Thomas —intento calmarlo.

—La verdad es que es guay ir en un avión para nosotros solos. Es como importante, mola. —Le sonrío, mientras vemos como Juana se sienta a nuestro lado.

La única pena que tengo de pasar esta Navidad en Nueva York es que vamos a estar lejos de mis chicas. Tamara ya se encuentra en un avanzado estado, pues el pequeño Adrián está previsto que nazca en febrero y se han quedado en Madrid. Parece que la familia de Dani, sus tíos y su hermana, iban a pasar estos días con ellos para conocer a Tammy y a Cloe. Sé de un pequeño que también se marcha con ese pellizco de tristeza al dejar en Madrid a su

chica.

—Estoy nerviosa —nos dice Juana—, es la primera vez que voy a viajar tantas horas en avión y la verdad es que volar no me gusta nada.

—No te preocupes, Juana. Mami dice que el avión del abuelo mola mazo y, además, estamos solos, así que si tienes que vomitar, estamos en familia.

El pequeño nos arranca unas carcajadas mientras vemos acercarse a Jorge y Eduardo, que vienen de tomar algo.

—Gracias, cariño, creo que ahora ya me siento más tranquila.

Poco después, una de las azafatas se acerca a nosotros para informarnos de que ya podemos subir al avión. La seguimos, se para en la escalera y nos saluda, deseándonos un buen vuelo. La primera en subir soy yo, no me quiero perder la reacción de mi campeón. Por supuesto no me defrauda, su cara es de total alucine; la verdad es que el avión es precioso y no le falta detalle. La cara de los tres adultos que faltan tampoco pasa desapercibida. Si uno no está acostumbrado a tanto lujo, a veces, puede llegar a superarte.

Después de hacer la visita guiada y resolver todas las dudas del pequeño para saber que es cada botón y cada puerta, nos sentamos y abrochamos nuestros cinturones para despegar. En el ascenso noto como mi estómago se retuerce un poco, así que recupero una bolsa que hay en uno de los laterales de las butacas. Jorge sigue todos mis movimientos y noto la preocupación en su cara, menos mal que el pequeño está al otro lado con su abuelo.

—Pequeña, ¿te encuentras bien? Estas muy pálida.

—Creo que sí. Se me ha retorcido el estómago. —Cierro los ojos, apoyo mi cabeza en su hombro e intento recuperar la normalidad, respirando lentamente.

—Me tienes preocupado. Ya llevas unos días con mal cuerpo. A ver si estás pillando una gripe o algo.

Yo sonrío, aún con los ojos cerrados. Me encanta que se preocupe tanto por mí y que esté tan atento; pues yo he intentado disimular un poco para, justamente, evitar esto, que se preocupe en exceso. Hace una semana me hice una prueba de embarazo para salir de dudas. Este me indicó que mis malestares matutinos y mi cansancio constante era debido a que algo grande crecía en mi interior. La verdad es que, después de nuestra charla en la boda de *Oso* y Teresa, donde nos pusimos de acuerdo en que queríamos ser padres de nuevo, no se puede decir que no lo intentamos muy a menudo y, por cierto, la puntería de mi *fireman* es tremenda.

Debo de estar de unas diez semanas. Me sorprendió que el mes pasado, mi

cantidad de menstruación fue muy inferior a lo que estoy acostumbrada, pero no le di la mayor importancia hasta, que este mes, ya no tuve nada de nada. Estoy feliz, pero todavía no se lo he dicho a nadie; bueno, mentira, Tammy sí lo sabe y Teresa también y creo que Juana se lo huele, esas miradas que me echa y su sonrisa me hacen sospechar.

—Cuando lleguemos a Nueva York, sería bueno que fueras a un médico y así nos quedamos tranquilos —me insiste Jorge.

—Jorge, cariño, no creo...

—Ni Jorge, ni nada —me corta, sin dejarme acabar de hablar—. No es normal que estés tan pálida. Que no soy tonto y me he dado cuenta de que llevas así varios días. Así que no quiero excusas, iremos al médico y punto.

—*Fireman*, no soy tu hijo pequeño para que me hables así —lo oigo bufar —, no pienso ir a ningún médico hasta que me toque. No estoy enferma, cariño. Estoy embarazada.

Sé que no es el mejor momento, pero no quiero que esté preocupado todo el viaje pensando en vete a saber qué cosas.

—Eres una cabezona. No puedes pensar solo en ti, ahora somos una familia y te tienes... —Su sermón pierde fuerza al darse cuenta de lo que he dicho. Estaba más pendiente de convencerme que en escucharme y mis palabras le han llegado tarde—. ¿Puedes repetir la última frase?

Levanto la cabeza de su hombro y lo miro a los ojos para repetir mis palabras y que entienda lo que se avecina.

—No estoy enferma. Estoy embarazada. Menuda puntería tienes, *fireman.* —Ahora el pálido es él. No sé cómo tomarme su reacción. Pensé que le haría más ilusión—. Quería contártelo en Nueva York, pero para que no estuvieras preocupado por mí todo el viaje…

—¿Vamos a ser papás? ¿Juntos? —susurra.

Yo asiento con la cabeza, mi vista se nubla un momento por las lágrimas que se agolpan en mis ojos, hasta que caen por mis mejillas y puedo comprobar que él también está llorando. Coge mi cara con sus manos, me limpia las mejillas y junta nuestras frentes.

—Te quiero, morena. No sabes cuánto. Me has hecho el hombre más feliz del mundo.

—Yo también te quiero, Jorge.

Nos besamos con cariño, demostrando al otro el amor que nos tenemos y lo contentos que estamos de compartir esta parte tan importante de la vida como es tener un hijo. Intentamos calmarnos ya que los dos pensamos que es muy

pronto para darle la noticia a Pol; es muy pequeño y el tiempo se le puede hacer muy largo. Cuando nos separamos y salimos de nuestra burbuja, vemos como Eduardo y Juana nos miran con cariño y sus ojos nos dicen que no hace falta que les contemos la noticia, pues ya se lo olían y ahora se lo hemos confirmado. Nos sonríen para afirmar que para ellos también es una noticia maravillosa.

***

Cuando llegamos a Nueva York, son las ocho de la mañana. Ha sido un vuelo muy agradable. Tanto Pol como yo hemos descansado bastante, así que no se nos ha hecho tan largo. Al bajar del *jet*, ya nos espera Steven con el coche en la pista. Mi pequeño corre hacia él, cuando lo ve, y le da un abrazo que Steven no se espera. Su cara nos hace soltar a todos una carcajada. Es un hombre muy serio que no suele enseñar nunca sus emociones, aunque eso no significa que no tenga corazón; simplemente, lo tiene blindado. Para mí es una persona muy importante y a la que quiero mucho. Ha cuidado siempre a la familia y no habrá vida suficiente para agradecérselo.

—Hola, Steven. Me alegro mucho de verte —saludo, manteniendo las distancias.

—Bienvenida, señorita Sophie. Yo también me alegro de verla. Está preciosa. Tiene ese brillo especial que da la felicidad y no sabe lo contento que estoy por eso. —Esta vez no pienso reprimirme, así que lo abrazo y le doy un beso en la mejilla.

Nos subimos todos al coche y cogemos rumbo a casa de mi padre. Con el divorcio, nuestra antigua casa se la quedó mi madre. Así que él y Alison compraron una nueva vivienda, para disfrutar de su amor, ahora sin esconderse. Nunca he visto a mi padre tan feliz como lo es ahora y espero que la noticia de que va a ser abuelo, aunque a Pol ya lo considera un nieto, lo haga más dichoso todavía. No creo que mi hermano Nico le vaya a dar nietos, por lo menos en breve, y Jana, bueno, por lo poco que sé de ella, últimamente no lleva una vida demasiado sana. Desde que Mark la dejó, por encontrarla en plena faena con otro, su vida ha sido ir de fiesta en fiesta y ponerse hasta las cejas de alcohol y drogas.

Al final, tanto ella como mi madre, gracias a su alto poder adquisitivo, contrataron a unos buenos abogados y, como lo único que había en su contra que las relacionara con Clara y todo el plan tramado, era la palabra del ruso,

no fue difícil salir indemnes de los cargos que se les imputaban en un principio.

—¿Qué tal todo por aquí, Steven? —le pregunto. No quiero pensar en cosas tristes.

—Todo bien. Con su padre para arriba y para abajo. Ya sabe que él siempre está liado con algo.

Ya hemos llegado y mientras Steven aparca el coche, yo abro la ventanilla y saco mi cabeza para ver la nueva casa de mi padre. Es un precioso edificio de construcción histórica; mi padre me explicó que perteneció a una actriz famosa. Mientras miro embobada, la puerta se abre y veo a mi padre y Alison esperándonos con una sonrisa. Alguien los empuja un poco por detrás y veo asomar la cabeza de mi nana. Ella lleva aquí ya unos días, se empeñó en que esta Navidad la quería organizar ella, como había hecho siempre. Por supuesto, cedimos, con la condición de que este año ella también se sentara a la mesa con nosotros.

Salimos del coche para recibir su bienvenida. El primero en buscarla, como siempre, es el pequeño de la casa.

—¡Cómo has crecido! —le dice mi padre, orgulloso, mientras lo abraza con cariño.

—Hola, abuelo Thomas. Tenía muchas ganas de venir a conocer tu mundo. —Todos sonreímos por su comentario. Todavía no tiene muy claro que el mundo es el mismo, que lo que cambia es el país.

—Pues no te preocupes, iremos a conocer todo lo que quieras.

—Hola, papá —lo saludo, una vez deja a Pol en el suelo—. No abrumes al pequeño, por favor. Ya sabes que nosotros no llevamos tu ritmo de vida.

—Hola, pitufa. Caray, qué recibimiento, ya me estás echando la bronca. Vas a ser una gran madre, cariño. —La última frase me la dice al oído, mientras me besa y me abraza.

Una vez nos hemos saludado todos, nos invitan a entrar. Mi padre va delante para enseñarnos un poco la casa y cuando llegamos al salón, casi me da un ataque al oír los gritos de sorpresa. Allí dentro, sin que nosotros supiéramos nada, están Carlos con Paula, *Oso*, Teresa y Nico, mi hermano. Ahora ya no tengo ninguna duda de que será una Navidad maravillosa. Solo nos falta el *cachito* que hemos dejado en Madrid.

***

Hemos pasado los días disfrutando mucho de la ciudad, hemos paseado por Times Square y la Quinta Avenida, visitado el Puente de Brooklyn o la Catedral de San Patricio. Lo que más impresionó a Pol fue la Estatua de la Libertad y el paseo en *ferry*. Aprovechamos para ir a un partido de baloncesto, del que salimos llenos de autógrafos y camisetas. De algo tiene que valer que tu padre tenga una empresa de material deportivo, ¿no?

También fuimos a la ginecóloga que tenía aquí, en la ciudad, para asegurarnos de que todo iba bien. Y así es. Todo está en orden y los dos hemos llorado de la emoción al escuchar el latido de nuestro bebé. Jorge me mima y cuida mucho, incluso diría que demasiado y, a veces, tengo que frenarlo para que me deje un poco de espacio. Pero es fabuloso saber que me quieren tanto.

Los días vuelan y ya es Nochebuena. Como la mayoría somos españoles o residimos en España, hemos decidido celebrar las fiestas haciendo un *mix*. Esta noche haremos cena tranquila y pronto a dormir para que llegue Santa Claus. Mañana celebraremos el día de Navidad en familia.

Después de la cena y de conseguir que Pol se fuera a dormir para que mañana pudiera abrir los regalos de Santa Claus, nos sentamos todos en el salón a charlar un rato. Aprovechamos que estamos casi todos reunidos para dar la noticia del embarazo.

—Me gustaría proponer un brindis —dice Jorge, incorporándose.

—Me parece una buena idea, muchacho —comenta mi padre—. Tenemos muchas cosas que celebrar, ¿por dónde quieres empezar?

—Creo que sería genial que quien quiera, brinde por una cosa. —Todos sonríen y asienten con la cabeza—. ¿Quién empieza?

—Empiezo yo —solicita *Oso*—. Por los grandes amigos, por la familia y por las mujeres maravillosas como la mía.

—Por la salud y porque todos encontremos y conservemos la felicidad —comenta Eduardo, mientras abraza a Juana.

—Yo brindo por las casualidades de la vida, que nos hacen encontrar a la mejor gente y al amor, por supuesto. —Todos reímos con las palabras de Paula que acaba el brindis besando a Carlos.

—Pues yo por la fama, las mujeres y el dinero —suelta Nico y volvemos a reír—. No, es broma, aunque eso tampoco está mal. Pero a mí me gustaría brindar por que cada uno encuentre la felicidad a su manera y sea feliz con lo que hace.

Mi hermano me mira y me guiña un ojo. Ahora es el turno de mi nana.

—Ay, *Diosito*. Yo tengo tantitas cosas por las que brindar en mi vida —

suspira para seguir—, sobre todo me gustaría brindar por la familia Prescot, por darme la facilidad de ser dichosa y tratarme como a una más de la familia.

—Por la familia que uno encuentra en la vida, que no siempre es la misma que le toca por naturaleza. —Este parco en palabras es Steven.

—Mi brindis es por tener la suerte de rodearme de tan buena gente; gente positiva, que suma mucho a mi vida. Un nuevo hijo que hace muy feliz a mi hija y un pequeño que ensancha mi corazón cuando me llama «abuelo». —Las palabras de mi padre hacen que se me escapen las lágrimas; bueno, dado mi estado, tampoco es tan difícil.

—Bueno, quedamos nosotros —dice Jorge, cogiendo mi mano—. Brindamos por que podamos disfrutar en muchas más ocasiones así, todos juntos, aunque hoy nos falta gente. Y queremos aprovechar para anunciar que vamos a ser papás, así que me parece un muy buen motivo para brindar, ¿no creéis?

Es impresionante como en cuestión de poco tiempo, puede cambiar tu vida. Los dos hemos estado en la cuerda floja, hemos superado un accidente y un secuestro y, ahora celebramos nuestra próxima paternidad. ¿Qué más le puedo pedir a la vida? Soy feliz, muy feliz.

Jorge

Que duro es volver al trabajo de nuevo. Se nos han acabado las vacaciones de Navidad y hay que volver a la rutina. Aunque, a partir de ahora, nuestras vidas van a ser diferentes, mientras esperamos la llegada de nuestro bebé.

La Navidad en Nueva York ha sido alucinante. La ciudad es preciosa y, admirarla de la mano de neoyorquinos, una gozada. Hemos disfrutado de todos sus rincones y por supuesto de las visitas más típicas. Hemos paseado por Central Park, aunque hacía un frío de mil demonios, esa parte de naturaleza en medio de la ciudad es impresionante. Para hacerlo más mágico, nos pilló una nevada y pudimos disfrutar de una guerra de bolas de nieve. Fuimos a patinar a Rockefeller Center, donde acabé con el culo dolorido y amoratado. Aprovechamos para ir a hacer una visita a mis compañeros bomberos de la ciudad y no podía faltar la visita al museo del 11-S. Como gran aficionado al baloncesto, gocé de un gran espectáculo viendo un partido de los *New York Knicks* en el Madison Square Garden. Vamos, que, tanto Pol como yo, disfrutamos como nunca.

Pero ya estamos de vuelta y hay que seguir con la rutina. Entro en la estación con la sonrisa que no me abandona desde hace unos cuantos días, y refleja a la perfección la felicidad que me envuelve.

—¡Hombre, *J*, bienvenido! —me recibe Tom con una sonrisa y un apretón en el hombro.

—¿Qué te cuentas, Tom? ¿Cómo va todo por aquí?

—Como siempre, ya sabes. Unos días nos morimos de aburrimiento y otros no podemos parar ni a mear —me explica, mientras me acompaña hacia la sala de las taquillas para cambiarme.

—¿Dónde están todos? —Es raro no haber visto a nadie más desde que he entrado, ni de los que entramos al turno ni del turno anterior.

—Ah, pues... —me responde indeciso, lo que me hace sospechar. Espero que no estén escondidos para hacerme alguna putada—. Creo que unos andan por la cocina y otros limpiando el material.

Frunzo en ceño, haciéndole saber a Tom que no me creo nada y que sé que algo trama esta panda de mamones. Como no puedo saber qué es, si hay algo, ya me lo encontraré. Dejo mi mochila en el suelo y me siento en el banco para desabrochar mis deportivas, me las quito, me incorporo y cuando me voy a quitar el jersey, veo que Tom sigue allí, de pie, mirándome.

—¿Te vas a quedar ahí parado mientras me desnudo? —le recrimino.

—Eh… No, voy a coger mi... —dice, señalando a su taquilla como si se hubiera olvidado algo.

Ya no me cabe duda de que aquí hay gato encerrado, así que niego con la cabeza y doy por imposible a mi querido compañero. Saco mis llaves del bolsillo y busco la de mi taquilla para sacar mi uniforme y guardar la ropa de calle. Lo que viene a continuación no me lo espero. A la llave le cuesta abrir y es raro porque siempre ha ido bien. Así que la giro y al ver que se resiste le doy un pequeño puñetazo para ver si logro que se abra y, zas, la puerta se abre y del interior salen despedidos un montón de peluches de todos los colores, a presión, como si estuviera lloviendo. Como os podéis imaginar, yo que estoy enfrente, bien pegado a la puerta, todos y cada uno de ellos impactan en mi cara.

Risas, gritos de enhorabuena, una botella de Coca-Cola y copas para brindar es lo que me encuentro al girarme y ver a todos los compañeros, partiéndose el culo a mi costa. Aunque, ahora mismo, piense que son unos cabrones, es fantástico compartir estos momentos con ellos. Somos como una familia y, por muchas bromas que nos hagamos entre nosotros, nos encanta compartir los buenos momentos de los demás y apoyar a muerte si estos no son tan amables.

—Mirad qué cara de bobo tiene —dice *Oso* para burlarse de mí.

—La misma de baboso que tenías tú en tu boda, capullo —lo pico.

—Gutiérrez, enhorabuena —me felicita el jefe—. Y ahora espabile en vestirse que tiene que trabajar más para mantener a la familia. No se crea el dicho de que donde comen dos, comen tres.

—Gracias, jefe. Lo tendré en cuenta.

Todos se ríen de sus palabras y entre burlas, abrazos y ánimos, para soportar las noches sin dormir que me esperan, consigo acabar de vestirme justo antes de que la sirena suene y tengamos que salir, dejando las copas y los peluches esparcidos por el vestuario.

***

Llegamos exhaustos de un incendio que se ha descontrolado, que nos ha dado bastante guerra y contra el que hemos batallado toda la noche, así que aprovechamos para ducharnos y conseguir poner la cabeza en la almohada un rato.

Tenemos la suerte de que el resto de día pasa tranquilo; unos, entre partidas de cartas o dominó; otros, viendo alguna película, e incluso, a alguno, como *Oso*, todavía le quedan fuerzas para entrenar en el gimnasio. Hacia allí me dirijo para charlar con él, porque, a pesar de que todos son mis compañeros, *Oso* y *Blue* son grandes amigos.

—Pero ¿tú no te cansas de subir y bajar pesas? —le pregunto, mientras me acerco a él, y me pongo detrás para ayudarlo con el peso que sube y baja.

—Me ayuda a relajarme —me dice con esfuerzo hasta que deja la barra en la base.

—¿Algo te preocupa? —lo conozco y, como lleva el turno más callado de lo normal, sé que algo le pasa.

—Tonterías. Ya sabes cómo me gusta sacarle punta a todo —le quita importancia al tema.

—¿Y vas a explicármelo o tengo que adivinarlo? —insisto.

Levanta una ceja cuando me mira y bufa, haciéndose el duro. Niega con la cabeza cuando se da por vencido.

—Ayer, Teresa y yo discutimos y no me gusta pelearme con ella. —Suspira y se frota la cabeza con ambas manos para continuar—. Veo como *Blue* mira a su hijo, o como tú te desvives por Pol y cuidas a Sophie con su embarazo... Me muero de envidia, Jorge. Yo también quiero tener un pedacito de ella y de mí. Pero parece que nuestras prioridades ahora no son las mismas. Para ella es demasiado pronto y yo creo que ya voy tarde, así que...

—No puedes olvidar que su vida ha sido diferente a la tuya. —Me siento a su lado y paso mi brazo por sus hombros para que sienta mi apoyo—. Entre eso y su profesión, donde ve cosas muy duras, puedo entender que quiera estar preparada para ser madre. Sé que la quieres con toda tu alma, pero un hijo es un paso importante. No me cabe duda de que serás un padre fantástico, pero creo que no la debes presionar y, cuando ella esté segura, llegará el momento y seréis padres, de una pequeña bruja que llevará a su padre por el camino de la amargura.

Nos reímos de mis palabras, porque sabe que eso mismo me pasará a mí como tenga una niña. Me conozco y sé que me volveré loco con ella, como sé que le pasará a *Oso* si algún día es padre, cosa que no me cabe la menor duda de que pasará.

Se acaba nuestro turno y salimos en masa. *Blue* está de vacaciones para mimar a su pequeño y, aunque nuestra charla lo ha relajado, *Oso* no está de ánimo, así que decidimos irnos a casa en vez de acabar en el bar de Mario,

como solemos hacer. Vamos de charla y riendo de un chiste, bastante malo, por cierto, que acaba de contar Tom, cuando veo la sorpresa que me espera fuera. Mi morena y Pol han venido a buscarme. Mi hijo se suelta de la mano de Sophie y viene a saludarme.

—¡Papi! Hemos venido a buscarte —me remarca lo evidente, tirándose a mis brazos.

—Ya veo, campeón. ¿Qué tal ha ido tu vuelta al colegio? —le pregunto, pues él también volvía a empezar después de las vacaciones.

—Bien, pero Rubén es tonto —me contesta, frunciendo el ceño como suelo hacer yo—. Le ha dicho a Claudio que Cloe es su novia. Eso es una *supermega* mentira. Todos saben que ella es mi novia, no la de él.

—Bueno, creo que aquí, quien debe decidir a quién quiere de novio es Cloe, ¿no crees? —le pregunto a mi hijo, mientras nos dirigimos hacia Sophie que habla con *Oso*.

—Por eso. Ella me quiere a mí. Bueno, no siempre, cuando se pone súper enfadada conmigo, no, claro. Entonces me dice que nunca más va a compartir su desayuno y se pasa unos días sin hablarme.

Su respuesta me hace reír. Miro a mi preciosa mujer y, aunque mi hijo tenga razón y a veces nos cuesta entendernos, no podemos vivir sin ellas. Me encanta cuando me mira y sonríe, o cuando me despierto mientras ella acaricia mi pecho. Cuando compartimos nuestros desayunos, hablamos de los planes que tenemos para el día o, simplemente, me mira en silencio y nos comunicamos sin palabras. Por supuesto, ni decir tiene, que lo que más me gusta, es cuando puedo besar sus labios o acariciar su piel. Cuando la veo cerrar sus ojos, mientras llega a su placer entre mis brazos, y me dice que me quiere.

Al llegar a ella, le paso un brazo por la cintura mientras mi otra mano se posa encima de su vientre, aún plano; pero haciéndole saber a mi bebé que estoy aquí. Beso sus labios, esos que me vuelven loco y no dejaría de besar nunca.

—¿Qué tal estáis, pequeña?

—Bien, cariño. Hemos salido a dar un paseo y hemos pensado que sería buena idea venir a buscarte.

—Ha sido una idea fantástica. Me encantan estas sorpresas. —Vuelvo a besar sus labios hasta que el pequeño nos interrumpe.

—¿Podemos irnos ya? Mira que sois pesados con los besos todo el día. —Bufa mi hijo para dejar claro su malestar, y tira de la mano de Sophie para

ponernos en marcha—. Tenemos que llegar pronto a casa de Cloe.

—Me ha llamado Tammy para ver si podíamos ir a ayudarlos, les faltan todavía algunas cosas en la habitación de Adrián. Dice que nos hacen una pequeña cena como pago —me aclara Sophie.

—Pues nada, vamos a ver qué necesitan.

Nos despedimos de *Oso* y cogemos mi coche para ir a casa de Dani y Tammy. A ver qué otra tontería se les ha ocurrido para la habitación esta vez. No tardamos más de treinta minutos en llegar, llamar a la puerta, que una preciosa pequeña nos abra y nos deje entrar, cabreada, porque hemos tardado demasiado.

—Jolines, habéis tardado un mundo —nos reclama Cloe.

—A mí no me eches la bronca. Han sido ellos que todo el día se están dando besos —dice mi pequeño, alargando las palabras.

—Pues mira, pueden juntarse con mis padres. También están con besos y besos. Se piensan que no veo como papá le toca el culo a mamá. Son unos marranos.

Los vemos alejarse hacía la habitación de Cloe, charlando como si nosotros no estuviéramos delante. Sophie y yo nos miramos para salir del asombro por la conversación que hemos escuchado. Hasta que no aguantamos más la risa y estallamos en carcajadas. Así nos encuentra Tammy, cuando se asoma para saludarnos.

—¡Hola! ¿De qué os reís?

—*Honey*, tendríamos que tener más cuidado con lo que hacemos delante de esos dos diablos. Y dile a Dani que no te sobe tanto el culo.

—¿Cómo sabes tú que Dani me soba el culo? ¿Nos vigilas? —pregunta Tammy.

—Tu hija se lo ha explicado a mi hijo —explico para resolver sus dudas.

Dani también se acerca a saludarnos y aprovechamos para contarles toda la conversación de nuestros enanos. Nos echamos unas risas mientras vamos a la cocina para coger unas bebidas antes de empezar la sesión de manitas.

Cuando ya nos hemos acabado nuestra primera cerveza, nos vamos a la habitación para que Dani me diga en qué puedo ayudarlo.

—Tammy ha comprado este vinilo para poner en la pared. Como te puedes imaginar no lo quiere aquí abajo —me explica, mientras señala la pared—, sino allí arriba. Yo solo no puedo y no quiero que ella se suba a la escalera, así que échame una mano.

—Claro, esto lo hacemos en un momento. —Me preocupaba que fuera algo

más laborioso—. ¿Tú cómo lo llevas? Ya falta poco para conocer a Adrián.

—La verdad, estoy acojonado. Tú ya sabes que a Pol casi no lo cogí de pequeño. Me dan pánico los bebés. Joder, parece que se van a romper, no sé cómo cogerlos. ¿Y si se me cae? —La cara de mi amigo lo dice todo.

—Es normal que tengas miedo, Dani, pero cuando lo veas, cuando veas la cara de tu hijo y lo tengas en tus brazos, todo eso se evaporará. Te sale un instinto de protección, de orgullo. Lo miras y eres consciente de que es un pedazo de ti y que te necesita. Después, los miedos son otros y, te puedo asegurar, que son peores, porque son miedos que tú no vas a poder controlar.

—Joder, colega. Me lo has pintado de puta madre...

Acabamos de poner el vinilo entre risas y confesiones. Si de una cosa estoy seguro es de que mi amigo va a ser un gran padre. Sé que va a intentar, por todos los medios, estar a la altura; que se va a esforzar todo lo que pueda y, aunque no sea perfecto, el hecho de intentarlo todos los días ya merece la recompensa, que no es otra, que ver como tus hijos sonríen y son felices.

Yo también lo estoy viviendo y, por muy duro que haya sido en momentos, sé que lo he conseguido y seguiré intentándolo cada día, para que mis hijos no pierdan la sonrisa nunca. Y qué mejor manera de hacerlo que al lado de una mujer maravillosa, mi otra mitad, mi vida. Mi pequeño mundo.

CAPÍTULO 30

Sophie

Seis meses después...

La habitación de nuestra pequeña ha quedado preciosa. Hemos pintado la pared de color malva, los muebles y la cuna son blancos y está llena de muñecos. A cada tienda que hemos ido, Pol ha escogido un muñeco para su hermana. El día que le dijimos que iba a tener una hermanita y su cara se iluminó con una gran sonrisa, tuve claro que va a ser un gran hermano. Que sea una niña ya no le ha hecho tanta gracia, pero qué le vamos a hacer. La cara de su padre cuando supimos el sexo del bebé también fue un poema. Ahora están encantados, por supuesto, pero ellos querían otro chico para ser multitud.

Yo estoy feliz, me daba igual el sexo, lo único importante es que todo salga bien, pero el hecho de que, al ser una niña, estemos más equilibrados, también me hace ilusión.

—Mierda. —Eso lo he dicho yo.

Llevo desde ayer por la noche con contracciones. Todavía no eran seguidas y, como me falta una semana para salir de cuentas, supuse que eran normales, ahora ya empiezo a preocuparme. El dolor ya es seguido y más fuerte. Así que he decidido volver a repasar, por quinta o sexta vez ya, la bolsa de mi pequeña para llevar al hospital.

Jorge está trabajando y Pol se ha ido con Eduardo y Juana a dar un paseo, así que estoy en casa con mi nana. Camila no se ha separado de mí ni un momento, menos mal que la tengo a ella y me ayuda en todo, porque con esta barriga ya casi no me puedo mover. Al final, se quedó con el piso que había alquilado Jorge, en el edificio de Juana, así que la tengo muy cerca.

—Nana —la llamo, y en un segundo la tengo a mi lado—. ¿Crees que me llegará si solo llevo tres pijamas para Ava?

Ese es el nombre que ha ganado, por mayoría, en la votación familiar que hemos hecho.

—Mi hijita, no estamos tan lejos del hospital. Si necesitas más cosas cualquiera de nosotros venimos y te lo llevamos.

—Tienes razón. Estoy algo nerviosa, nana. Por un lado, tengo muchas ganas

de verle la carita, pero, por otro lado, tengo mucho miedo. No sé si sabré cuidar de un bebé tan pequeño y... —no puedo seguir. Un dolor agudo me cruza la espalda y hace que me doble por la mitad.

—¡Ay, mi niña! Creo que pronto vamos a conocer a esa pequeña —dice al ver el charco que hay a mis pies.

Cuando me recompongo un poco y miro al suelo donde mira mi nana, soy consciente de lo que pasa. He roto aguas, así que esto ya va en serio y yo no sé si estoy preparada para lo que viene. Oímos el timbre del portal y Camila corre para ver quién es. Solo espero que no sea Eduardo con Pol. No quiero que el pequeño me vea con este dolor, lo pasaría mal y no vale la pena.

—Es Tammy —confirma mi nana.

Es un gran alivio, ella no hace tanto que ha sido madre y seguro que me puede ayudar. Estoy paralizada y no sé qué narices hacer. En febrero nació el pequeño Adrián y aunque tuvieron que hacerle cesárea, ya que el pequeño estaba de nalgas, tiene bastante reciente su maternidad.

—¡Hola! ¿Dónde estáis? —Mi nana le ha dejado la puerta abierta, para no separase mucho de mi lado—. ¿Otra vez revisando la lista? Joder, niña, ¿estás de parto?

—Veo que eres muy perspicaz —le recrimino, mientras aguanto mi barriga que vuelve a ponerse dura y hace que me doble de nuevo.

—Vale, vale. Calma, ya sé que ahora mismo matarías a alguien, pero no la pagues con nosotras. ¿Habéis llamado al *culpable* de esto? —Negamos con la cabeza y vemos como coge el teléfono para llamar a Jorge—. Camila, ayúdala a lavarse un poco y que se cambie de ropa. Yo cojo las maletas y organizo la huida.

Mi amiga siempre tan cachonda, no estaba tan simpática cuando era ella la que estaba de parto, que casi se lía a tortazos con una enfermera. Mi nana me ayuda a lavarme un poco y me pongo un vestido largo y fresco, estamos en julio y en Madrid ya hace mucho calor. El recorrido desde la habitación hasta la puerta de la entrada se me hace eterno. Tenemos que parar en varias ocasiones por culpa de las contracciones.

—¿Estás bien? —Miro a mi amiga con cara de cabreo por la pregunta que me ha hecho—. Vale, perdona, es una pregunta muy tonta, lo siento. La buena noticia es que Dani está abajo, esperándonos con el coche, ha conseguido hablar con Eduardo y Juana que se han quedado con los niños.

—Si hay una buena noticia, ¿significa que hay una mala? —le pregunto.

Intento hacer las respiraciones que nos enseñaron en las clases de

preparación al parto que, por cierto, a mí no me sirven para nada.

—Qué lista es mi niña —se burla mi amiga con una sonrisa que rápido desaparece de su cara al ver la mía por querer matarla—. No he podido hablar con el bombero. Está en una salida, pero me han prometido que intentarán ponerse en contacto con su grupo y decírselo.

—¡Oh, mierda! No puedo tener a Ava sin Jorge a mi lado.

Entre el dolor que tengo y los nervios, me pongo a llorar como una niña pequeña solo de imaginarme estar sola en el parto; que Jorge no llegue a tiempo.

—Tranquila, mi niña. Lo primero es llegar cuanto antes y estoy segura de que Jorge llegará a tiempo. No te preocupes por eso ahora —intenta tranquilizarme Camila.

Bajamos al portal donde ya vemos a Dani dando vueltas por la acera con el teléfono en la mano. Al oír el portal se gira y se dirige a nosotras para ayudarnos a entrar en el coche.

—Ya están aquí. Voy a llevarlas al hospital. ¿Quieres hablar con ella? —Oímos decir a Dani a su interlocutor—. Sophie, es Jorge, quiere hablar contigo.

Le pasa el teléfono a Camila que me ayuda a llegar al coche, mientras Tammy y Dani meten las maletas en la parte de atrás.

—Mi morena, cariño. —Oír su voz hace que no pueda parar de llorar y esa congoja no me deje responder—. Escúchame, pequeña, respira como nos enseñaron. Te quiero, nena. No te preocupes por nada, voy a estar ahí con vosotras, te lo prometo.

—Te quiero. —Es lo único que sale de mi boca antes de volver a sentir otra contracción.

Mientras me meto en el coche, oigo como mi nana contesta las preguntas que él le hace por teléfono. Cierro los ojos e intento sincronizar mi respiración para calmarme, estoy agotada y esto no ha hecho más que empezar.

Cuando llegamos al hospital, me sientan en una silla de ruedas y de inmediato me llevan a un *box* para analizar mi estado. Estoy dilatada de siete centímetros, así que esto va más rápido de lo que yo imaginaba y Jorge todavía no ha llegado.

Me suben a una habitación y me preparan. Me ponen la bata del hospital y el monitor para controlar las contracciones y el latido de mi pequeña. Oírlo me relaja un poco, es fuerte y rápido, mi pequeña tiene ganas de conocer el mundo, solo espero que espere un poquito hasta que llegue su padre. Tammy

no se separa de mí ni un minuto, sé que, si mi *fireman* no llega a tiempo, ella va a estar ahí para ayudarme. Al cabo de media hora entra la matrona para revisarme.

—Sophie, preciosa, estás dilatada de casi nueve centímetros. Para ser primeriza esto va muy rápido. Ahora ya no vale la pena poner la anestesia epidural. Dentro de muy poquito vas a conocer a tu pequeña. Vamos a bajarte a quirófano. ¿Quién te va a acompañar?

—Yo. El papá está de camino, pero todavía no ha llegado —le explica Tammy.

Mis lágrimas resbalan por mi cara. Sé que mi amiga va a ser un gran apoyo, pero yo quería que fuera Jorge quien me ayudara y el primero en conocer a Ava.

—Pues acompaña a esa enfermera para que te ponga guapa. Cuando todo esté preparado te hacemos entrar —le explica la matrona.

—Tranquila, cariño. Lo importante es que vais a disfrutar de Ava los dos juntos —me dice Tammy.

Entiendo las palabras de mi amiga. Ella, con Cloe, no tuvo a su pareja en el quirófano, pero tampoco después. Me da un beso en la cabeza y la veo marchar.

Necesito que esto se acabe ya. El dolor empieza a ser insoportable y me flaquean las fuerzas. Menos mal que después de tanto sufrir, tendré la mejor recompensa; un angelito, una pequeña princesa. Una vez entramos en el quirófano, tengo muchas ganas de empujar y así se lo hago saber a la matrona. Todos se empiezan a mover con rapidez a mi alrededor, pero el dolor no me deja pensar.

—Vamos, que ya le veo la cabeza. —Oigo decir a la matrona—. Sophie, cuando notes la contracción, empuja. Ya casi la tenemos aquí.

—No puedo, no tengo fuerzas —lloriqueo de impotencia.

—Dos empujones y la tendrás encima de ti —me pide la matrona.

Al notar como se acerca la contracción, consigo chillar con todas mis fuerzas y empujar todo lo que puedo. Una parte de mí me pide que siga, que no me rinda. La otra, la que está cansada, que cierre los ojos y me dé por vencida.

—Pequeña, mi morena. Ya estoy aquí. Un último esfuerzo, cariño.

Sus palabras en el oído y el calor de sus manos cuando coge la mía, es lo único que necesitaba para seguir adelante. Con él a mi lado, sé que no me rendiré nunca.

—Has llegado —le digo, llorando por la emoción y el esfuerzo.

—Te lo prometí. No me lo iba a perder por nada del mundo.

Con el final de sus palabras oímos como nuestra niña vacía sus pulmones con un fuerte lloro.

—Ya tenemos aquí a la pequeña Ava. ¿Quieres cortar el cordón? —le dice la matrona a Jorge.

Este no se lo piensa y con las lágrimas por sus mejillas corta el cordón umbilical de nuestra pequeña. La ponen encima de mí para que nos conozcamos. Es preciosa, una ratita.

—Bienvenida, cariño —susurro, dándole un beso en su pequeña frente.

—Es preciosa, cielo —dice Jorge, mientras besa su manita—. Te quiero tanto.

Besa mis labios y después mi cabeza. Nos retiran a la pequeña para revisar que todo esté bien y retiran la placenta. Estoy agotada, pero la emoción no me deja cerrar los ojos. Nos dejan un rato en una sala antes de subirnos a la habitación y le entregan la pequeña a su padre. Ha pesado tres kilos y cincuenta gramos, y todo está perfecto. Ahora está más bonita, la han aseado un poco y viene dormida, también está agotada.

Verlos a los dos juntos, como Jorge la acaricia y le susurra cosas o le besa sus manitas, compensa todo el sufrimiento del parto y casi, se me olvida todo el dolor.

Ahora que soy madre por segunda vez, y que Ava es tan pequeñita, me cuesta más entender a mi madre. Yo daría la vida por ellos, lo único importante, a partir de ahora, es que sean felices y verlos crecer. No puedo entender, como una madre, como fue la mía, sea capaz de anteponer cualquier cosa a la felicidad de sus hijos. Quiero pensar que, en la vida, todo lo malo que uno hace el karma lo devuelve. Hace más de un año que no la veo, todo lo que sabemos de ella, es por la prensa. Parece que se ha casado de nuevo con un hombre bastante más joven que ella. Estoy convencida de que no tiene corazón y volver a casarse solo ha sido por orgullo, para que la gente vea que no ha perdido su posición y que sigue siendo esa mujer que se cree que lo puede todo y solo le interesan las apariencias. Lo que me da tranquilidad es que yo nunca seré como ella, que voy a apoyar a mis hijos en todo lo que necesiten y a ayudarlos todo lo posible a ser unas buenas personas y, sobre todo, felices.

—Pequeña, ¿estás bien? —me pregunta Jorge al ver que estoy en mi mundo.

—Sí, mi *fireman*. Pensaba en todo el trabajo que nos espera, de ahora en

adelante, para que nuestros pequeños sean felices. Espero hacerlo bien, aunque no sepa por dónde empezar.

—Lo haremos bien. Ya empezamos con Pol y estoy seguro de que con Ava también sabremos hacerlo. Seguro que nos equivocaremos muchas veces, pero tenemos la enorme suerte de contar con unas familias y amigos estupendos.

Le sonrío, apoyando sus palabras. Somos muy afortunados de estar rodeados de tan buena gente; la familia no siempre es la que te toca, a veces, vas añadiendo miembros por el camino que sabes que nunca te fallarán, aunque no sean sangre de tu sangre.

***

Han pasado unos treinta minutos cuando nos vienen a buscar para llevarnos a la habitación. La pequeña Ava no se ha movido en los brazos de su padre, tan pequeña y ya sabe quién es la persona que la va a proteger siempre. No la puedo culpar, a mí me encanta que su padre me abrace y me encuentro segura y llena de amor a su lado.

En la habitación hay mucha gente y la enfermera nos pone mala cara y pide que las visitas sean rápidas y nos dejen descansar. No me he dado cuenta de que Jorge todavía sigue con el pijama del hospital, no se lo ha quitado por no dejar a su niña. Cuando entra, lo primero que hace es acercarse a un sillón que hay, se sienta y llama a Pol para que conozca a su hermana. La mirada de este lo dice todo. Sus ojos están muy abiertos, con cara de alucinado.

—Jolín, papá, es súper pequeña, parece que se va a romper —le dice el pequeño a Jorge, mientras intenta tocarle la manita.

Lo hace despacio como si le pudiera hacer daño. Le da un beso en la cabeza y cuando deja de observarla, me mira, analizando mi cara, para ver cómo me encuentro. Pol siempre ha hecho eso conmigo, me mira en silencio, durante un rato y me analiza para saber mi estado, siempre lo adivina; siempre sabe cuándo debe callar o, por el contrario, cuando necesito un abrazo o una palabra de ánimo.

Hemos creado un vínculo perfecto. Le sonrío, para calmar su ansia de verme bien. No dice nada, solo se acerca a mí, sube a mi cama y se acurruca a mi lado, me da un beso y me susurra al oído que me quiere. No se hace una idea del amor tan grande que le tengo, mi pequeño campeón. Cuando levanto la mirada, me encuentro con mi *fireman* y sé que todo va a ir bien. Me sonríe mientras todos conocen a la pequeña Ava. Le devuelvo la sonrisa y leo en sus

labios un «te quiero, pequeña». Todo vale la pena, todo lo sufrido, lo volvería a pasar solo por volver a tenerlos en mi vida. Ellos son mi pequeño mundo.

Jorge

Tres años después...

Estoy durmiendo, o no, no lo sé. Creo que me estoy despertando o, mejor dicho, me están despertando. Unas manos que conozco perfectamente están metidas en mi pijama y cogen mi miembro que se endurece como una piedra. En mi estado de semiinconsciencia, esas manos consiguen arrancarme un gemido y posterior media sonrisa, al notar a mi mujer tan dispuesta. En los embarazos, sus hormonas la mantienen muy activa, sobre todo a partir del segundo trimestre; como es su caso actualmente, pues está de cinco meses.

—Hay alguien que se ha despertado con ganas de fiesta —consigo murmurar cuando ya estoy más despierto. Como para no estarlo—. Cielo, ¿no tuviste suficiente anoche?

—Tenemos que aprovechar el tiempo que nuestros pequeños monstruos duermen.

No tengo ni idea de la hora que es, pero no hay mucha claridad, así que imagino que será temprano. Yo alucino de la vitalidad que tiene esta mujer, yo estoy muy cansado. Entre el trabajo, los amigos, Pol que, ahora que ya es más grande, busca más nuestro contacto y la princesa de la casa, Ava, que es un terremoto, voy destrozado. Pero no pienso decir que no a un buen revolcón.

—Feliz cumpleaños, cariño. Este es tu primer regalo, así que disfruta. —Se incorpora mientras acaricia mi miembro, arriba y abajo y masajea la parte más baja. Deja un reguero de besos en mi pecho y desciende hasta llegar al centro de mi cuerpo.

—¡Joder, nena! Menudo regalo —es lo único que puedo decir cuando noto como envuelve mi erección con su boca.

Rodea mi glande con la lengua y se lo mete en la boca, sube y baja en varias ocasiones. Como ella ha dicho, es mi regalo de cumpleaños, pero no lo voy a disfrutar si ella no disfruta conmigo, así que la hago parar, me incorporo y beso sus labios. Ella gruñe porque su objetivo es que me corriera, y eso haré, cuando lo haga ella también.

Me vuelvo a estirar, llevándola conmigo y poniéndola encima de mí. Sé que, en su estado, es una de las posiciones más cómodas. Levanto su camisón y me sorprende que ya no lleve bragas. Con mis dedos acaricio sus pliegues e inspecciono su interior. Ya está preparada para mí. Se pone encima y noto el

calor de su cuerpo y como me envuelve en su interior. Cómo me gusta el sexo con ella, es fabuloso disfrutarlo en su totalidad, cuando el orgasmo te llena de placer y te hace estallar el corazón.

La visión de ella encima de mí, con esa barriguita y sus pechos, que siempre han sido perfectos, pero que ahora están más llenos, me hace enloquecer y tengo que apretar la mandíbula para no correrme antes que ella. Me encanta ver como disfruta mientras me cabalga y busca su propio placer, ese que hace que se estremezca y me apriete en su interior. Como ahora mismo. Y yo le sigo, porque la visión es realmente sensual y acaba con toda mi cordura, provocando que estalle dentro de ella.

—Jolín, cada vez aguanto menos —me dice, poniendo morros.

Yo estallo en carcajadas y la estiro a mi lado para poder besar sus labios. Esta mujer me tiene loco.

—No te rías de mí —me reclama, dándome un guantazo en el brazo—. Es verdad, estas hormonas me tienen loca, casi no llego ni a ponerme encima de ti.

—Yo creo que esta ranita va a ser un macho —digo. Acaricio su barriga y noto como nuestro bebé se mueve—. Estás demasiado fogosa.

Parece que este nuevo miembro de la familia va a ser el más tímido de todos. Todavía no hemos podido ver sí será niño o niña. En las apuestas familiares va ganando niño. Que es lo que yo he votado. Criar a Pol fue muy duro, ya que lo hice solo con la ayuda de mi padre, Dani y Paula. Pero no os podéis imaginar lo difícil que es ahora con Ava. Mi princesa es un torbellino de alegría y amor, pero, que lo que transmite sea precioso, no quita que no pare ni un momento; no se le acaban nunca las pilas y nos lleva a todos, sobre todo a los hombres, de cabeza. Tiene una habilidad alucinante para embaucarnos a todos. Es la consentida de los abuelos y acaba haciendo lo que le da la gana. No nos espera nada con esta pequeña diabla. Así que, cada día, cruzo los dedos para que el que viene de camino sea un chico, y si es chica que sea un poco más relajada que su hermana.

Seguimos un rato más con nuestras charlas y arrumacos, disfrutando de la tranquilidad de estar solos, hasta que oímos como se abre la puerta de la habitación. Esta impacta en la pared y provoca un fuerte ruido, solo vemos un pelo negro que viene corriendo hacia nuestra cama. Notamos como el nórdico se mueve, destapándonos. La pequeña Ava trata de subir a la cama, pero como tira del nórdico, se resbala y no consigue su objetivo. Intentamos retener las risas, para que no se enfade, porque si es tremenda por las buenas, cabreada

es terrible.

—A ver, enana, que te ayudo a subir —le dice Pol, mientras la impulsa para que acabe de subir.

—Yo no soy ninguna enana, casi tengo tres años —le reclama la pequeña a su hermano y le enseña tres de sus pequeños dedos—. ¡Feliz cumple, *papito*!

Chilla, tirándose encima de mí. Abrazo su pequeño cuerpo y cierro los ojos para absorber toda la energía y el amor que desprende. Pol se pone entre Sophie y yo, estirado en la cama. Primero besa a su madre, dándole los buenos días, después a su barriga, saludando a su hermano, pues él, tiene clarísimo que va a ser chico, porque si no, ya nos ha dicho que se va a ir a vivir con su abuelo, que él no puede con otra mujer en casa. Palabras textuales. La pequeña diabla también tiene loco a mi campeón.

—Feliz cumple, papá. —Yo soy el último a quien se dirige, pero no me importa. No os imaginas lo que me llena el pecho la relación que han conseguido Sophie y Pol. Se llevan tan bien que hasta han desarrollado una gran habilidad para comunicarse con la mirada.

—Gracias, cariño. —Rodeo sus hombros con mi brazo y beso su cabeza. No puedo pedir más el día de mi cumpleaños que celebrarlo junto a los míos.

—Yo sé un secreto que tú no sabes —me dice mi hija, cantando.

—Eso es una suerte, princesa. —Noto como Sophie se tensa a nuestro lado —. Eso es que confían en ti porque ya eres mayor.

—Bueno, la verdad es que nadie me lo ha dicho, se lo he oído a mamá y a la tía Tammy.

—Señorita, ¿a ti nadie te ha dicho que es muy feo escuchar conversaciones de los demás? —le pregunta su madre.

—Yo estaba jugando y vosotras allí, a mi lado. ¿Qué quieres que haga? Si me tapo los oídos con las manos no puedo jugar.

—Será posible —le dice Sophie. Se incorpora y empieza una guerra de cosquillas que acaba con todos riendo y casi sin aliento.

Nos levantamos para desayunar y lo hacemos los cuatro juntos. Mientras engullimos nuestras tostadas con mantequilla o mermelada, escuchamos las batallas de Ava en la guardería o las historias de Pol con Cloe en el colegio. Si una cosa ha tenido clara mi hijo, desde que conocimos a las chicas, es que Cloe tiene el poder de su corazón.

—¿Qué os apetece hacer hoy? —les pregunto para organizar el día.

—Yo quiero ir a ver al abuelo Thomas —pide Ava.

—Ava, cariño, no podemos ir a Nueva York. El viaje es muy largo y

necesitamos más días para visitarlo y, señorita, el lunes hay *guarde* —le comento a mi hija para que entre en razón. Le encanta ir a Nueva York. Disfruta mucho allí, se nota la sangre neoyorquina que corre por sus venas.

—¡Ay, papito! El abuelo está aquí, ha venido a...

—Ava, a vestirse, venga —la corta Sophie, cogiéndola de la mano y arrastrándola hacia su cuarto.

Qué raro que mi suegro esté en Madrid y Sophie no me haya dicho nada. ¿Qué habrá pasado para que me lo tenga que ocultar? Las sigo hasta la habitación de la niña para saber a qué es debido el misterio.

—¿Tu padre está en Madrid?

—Sí, llegó ayer —contesta mi morena sin mirarme a la cara, mientras ayuda a Ava a sacarse el pijama.

—¿Por qué no me has dicho nada? ¿A qué ha venido? —le pregunto algo cabreado. Sabe perfectamente que odio que me oculte cosas.

—¿Para qué va a ser? —replica mi hija—. Quiere estar en tu fiesta.

—¡Ava! —la riñe Sophie.

—Te lo dije, mamá. Esta niña es una chivata. —Oímos a Pol desde el pasillo.

Me quedo parado en medio de la habitación de mi pequeña. La mandíbula casi me llega al suelo de lo alucinado que me he quedado. Mi mirada se centra en mi morena. Una fiesta sorpresa. De ahí tanto misterio estos últimos días y que se pasara pegada al teléfono todo el día.

—Lo siento. Quería que fuera una sorpresa —me dice, acercándose a mí y dándome un beso en los labios.

El timbre de casa me devuelve a la realidad y al levantar la mirada me encuentro con la de Ava. Está sentada en su cama. Tiene sus ojos verdes como los míos, rojos de las lágrimas que caen por sus mejillas. Sophie ha salido de la habitación para abrir la puerta e intentar no perder el control. Sé que no está enfadada con Ava, pero sí dolida por destapar el trabajo que, seguro, ha hecho todos estos días para organizar la fiesta.

Me siento al lado de mi pequeña y la cojo para sentarla encima de mí. Se acurruca en mi cuerpo y apoya su cabeza en mi pecho mientras su pequeño cuerpo se mueve por el llanto. Dejo que se calme para poder hablar con ella. Si algo tengo claro es que no lo ha hecho queriendo, pero tiene que entender que, a veces, hablar sin pensar o guiada por la emoción, puede hacer daño a los demás.

—Se me ha escapado. Yo no quería decir el secreto. Ahora mamá y el tete

van a estar enfadados conmigo toda la vida.

Me saca una sonrisa por lo exagerado de su comentario, pero es que, de verdad, se siente mal y sabe que ha metido la pata.

—No pasa nada, cariño. Solo les tienes que pedir perdón e intentar que no vuelva a pasar. Es muy importante guardar un secreto, porque alguien te cuenta una cosa que pocas personas o nadie más sabe. ¿Entiendes lo que te explico? —le pregunto para asegurarme que mis palabras sirven de algo.

Ella asiente a la vez que oímos como alguien toca con los nudillos en la puerta de la habitación abierta. Es mi padre el que asoma la cabeza. Le sonrío y él se acerca hacia nosotros. Me abraza y me felicita antes de dirigirse a la pequeña. Por como la mira, ya sé que Sophie le ha explicado lo que ha pasado.

—Hola, mi princesa. ¿Qué te pasa, cariño? —le pregunta, mientras acaricia su mejilla.

—Hola, *abu*. Estoy muy triste porque he metido la *pierna.* —Intentamos contener las carcajadas que casi salen de nuestras bocas.

—Yo también meto la pata alguna vez; bueno, creo que a todos nos pasa, pero ¿sabes qué es lo más importante? —Mi hija niega con la cabeza—. Pues lo más importante es darse cuenta, pedir perdón e intentar que no vuelva a pasar.

—Eso me ha dicho papi —le hace saber Ava.

—Es que los hombres de esta familia somos muy listos —le contesta mi padre, mientras me guiña un ojo.

—Y las mujeres muy guapas —le replica mi hija, que siempre tiene que tener la última palabra.

El drama no ha ido a más. Mi hija le ha pedido perdón a su madre y a su hermano, con la boquita pequeña, eso sí. Mira que nos cuesta a los humanos pedir perdón. Hemos acordado que me haré el sorprendido para que nadie más sepa que ya sabía de mi fiesta. Me paso el resto del día contestando llamadas y mensajes de felicitación y aprovechamos para ir a pasear, estamos en marzo y ya empieza a hacer mejor tiempo.

***

No me cabe duda de que esta noche, todos nuestros amigos y familiares estarán en la fiesta sorpresa, que ahora no es tan sorpresa. Mi morena está feliz por poder juntar a toda la gente que nos quiere, pero sé que tiene un

pequeño pellizco en su corazón por su madre y su hermana. Sophie es así, aunque ellas hicieran todo lo posible por amargarle la vida, las quiere y se preocupa por ellas. Aunque es feliz a nuestro lado, creando su propia familia, sé que desde que su padre le contó que Jana, su hermana, tuvo que ser internada en un centro de desintoxicación por los abusos de los últimos años, me consta que ha llamado al centro para saber de ella.

En lo que a su madre se refiere, poco sabemos. Las últimas noticias que tenemos es que se ha ido de Nueva York. Parece ser que su joven marido ha disfrutado a tope de su fortuna, dejándola bastante mal económicamente y con muchas deudas. Ahora vive en Costa Rica para intentar recuperar un poco su orgullo herido.

Sobre las nueve de la noche, nos dirigimos a *Mi pequeño mundo* que hoy, al abrir la puerta y oír los gritos de sorpresa, no es tan pequeño.

A medida que entro, recibo los abrazos de mi gente. Los primeros son *Oso* y Teresa, esta lleva en brazos a la pequeña Olga que duerme plácidamente. Hace cinco meses que mi amigo vio cumplido su sueño de ser padre.

Les siguen *Blue* y Marta, que poco después de tener a Iker, vino al mundo el pequeño Iván. El otro día, hablando con ellos, me dijeron que no descartan ir a por un tercero, a ver si hay suerte y les sale la niña.

También están Carlos y Paula. Estos dos nos traen a todos de cabeza con sus idas y venidas. Casi pasan más tiempo separados que juntos, pero es un ni contigo ni sin ti.

Hasta Nico ha podido venir. Me cuenta que acaba de aterrizar, pues estaban de gira en China. Mi cuñado es un alma libre. Supongo que el hecho de tener que viajar día sí y día también, hace complicado tener una relación estable. Pero es feliz con lo que hace y eso es suficiente.

A mi suegro lo acompaña Alison, por supuesto. Desde que pudieron disfrutar de su amor con libertad, no se han separado el uno del otro. Parece que esta mujer dulce y reservada, que se ha tomado la molestia de aprender nuestro idioma, lo ha hecho rejuvenecer diez años. Bueno no tengo claro si ha sido Alison o la pequeña Ava, que lo lleva loco.

No podían faltar mi padre y Juana, que siguen disfrutando de su amor y viajan de aquí para allí para aprovechar al máximo la vida. O mi amigo, mi hermano, Dani, con Tammy. Ellos sí que se han plantado con Cloe y Adri. Y eso que el pequeño Adrián es un niño maravilloso, muy tranquilo y que se pierde horas en el BookCafé de su tía, leyendo. Es el opuesto a nuestra Ava, por eso cada vez que ella se acerca a él, este sale corriendo y se nota como

los pelos se le ponen de punta. Y claro, mi pequeña diabla, que ya lo ha calado, no lo deja ni a sol ni a sombra.

Repaso el BookCafé y disfruto de la maravillosa visión de nuestra gente. De como Trini sirve las bebidas o nuestra nana se vuelve loca persiguiendo a todos los pequeños. Noto unas manos que rodean mi cintura desde atrás, no consiguen cerrarse en mi cuerpo, por culpa de su barriga. Me giro y rodeo su cuerpo por la cintura, me acerco a su cara y la beso.

—Espero que te haya gustado la sorpresa. Te quiero, mi *fireman*. Por muchos años más juntos.

—Yo sí que te quiero, mi morena. No sabes cuánto. No dudes que soy el hombre más afortunado del mundo y que cuando nazca nuestro bebé, te vas a casar conmigo. —Ella afirma con la cabeza.

—Sí, quiero —me susurra en el oído—. Quiero mi pequeño gran mundo a tu lado.

Porque eso es lo que nos ha pasado, queríamos conseguir nuestro pequeño mundo, que se ha convertido en lo más grande que tenemos. Amor, familia y amigos, ¿qué más se puede pedir?

EPÍLOGO

Pol

Quince años después...

Estamos a finales de junio, por lo tanto, a punto de acabar el colegio. Las ganas de verano y vacaciones hacen que los niños estén más nerviosos. En el gimnasio también lo notamos. Hace dos años que conseguí uno de mis sueños, tener un gimnasio dedicado a las artes marciales. Llevo haciendo karate desde hace años y disfruto mucho dando clases a los pequeños que vienen por las tardes a su extraescolar. Así que estoy en mi mundo y encima soy el jefe.

A mi padre y a mi abuelo no les hizo ni pizca de gracia que no siguiera sus pasos, pero nunca me llamó demasiado eso de apagar fuegos. Para eso ya tienen a mi hermana Ava que, si algo tuvo claro, desde bien pequeña, es que quería ser bombero. Lleva casi un año preparándose, porque, aunque ya tiene dieciocho años, nos sigue volviendo locos a todos y ha decidido que le gusta más Nueva York que Madrid y es allí, donde quiere ejercer la profesión. Va a caballo entre América y España, hace cursos de primeros auxilios e invade mi gimnasio, atacando al saco de boxeo siempre que está por aquí. Sabe que las pruebas de acceso son muy difíciles y no deja de prepararse ni un momento. Creo que, incluso, está un poco obsesionada, pero eso no se lo digo porque es capaz de comerme vivo.

Es jueves, son las siete de la tarde y aquí estoy, dando por finalizada la clase de los enanos. No os podéis imaginar lo que se disfruta con estos pequeños bichos.

—Peques, acordaos de que la semana que viene haremos la exhibición de final de curso. Todo el mundo está invitado para que vean todo lo que habéis aprendido y, después, habrá merienda —les comento, mientras los tengo sentados en la pared, a la espera de abrir la puerta y entregárselos a sus padres.

—Yo no quiero que mis padres vengan a verme, me da vergüenza —dice el pequeño Iñaki—. ¿Y si se me olvidan los pasos?

—No pasa nada, Iñaki, te pones para atrás y así no se te ve tanto —la que responde es Martina—, ya me pongo yo delante que los míos seguro que no

pueden venir, como siempre.

Cuando estás metido en el mundo de estos pequeños, te acabas dando cuenta de lo importante que es crecer rodeado de amor. Yo tuve esa suerte. Desde que Sophie entró en nuestras vidas, fui un niño más feliz, si cabe. Eso no significa que mi padre y mi abuelo no hicieran un buen trabajo, pero a mí siempre me faltó esa figura femenina, yo quería una madre. Tuve la suerte de encontrarla y es muy especial. Aún hoy en día, mantenemos ese pequeño poder nuestro de entendernos solo con la mirada. Pero también es verdad que en mi clase hay unos cuantos que, aun teniendo a sus padres, se sienten solos y eso hace que se me encoja en corazón.

—Pues mi madre seguro que viene —contesta Nacho—, el otro día la oí decir a su amiga que flipaba con el profe de karate, o sea que, aunque solo sea para verte a ti, vendrá.

El pequeño Nacho consigue sacarme los colores con su comentario y toda la clase se echa a reír. Sé que los padres de este pequeño cotilla están separados; la verdad es que su madre es una mujer preciosa, pero, si una cosa tengo clara, es que nunca mezclaría el trabajo con el placer. Cabeceo e ignoro su comentario para no darle más alas. Me dirijo a la puerta y llamo a los pequeños a medida que veo a sus padres.

Después del comentario de Nacho me he comido el coco y me da la sensación de que todas las madres me miran de manera insinuante. Vale, no me voy a quitar mérito, siempre he hecho mucho ejercicio y, físicamente, estoy bastante cañón. Me parezco a mi padre, así que soy *guapete* y nunca me han faltado mujeres con las que disfrutar cuando he querido.

Acabo de recoger toda la sala y me dirijo a la recepción donde la preciosa Nekane está acompañada por mi hermano Matthew. Sí, fue un niño, y menos mal, con una Ava tenemos suficiente. Nekane es la recepcionista del gimnasio, tiene veinte años y como ya he dicho es muy guapa y una gran chica, por eso hay un charco a los pies de mi hormonal hermano.

—¿Qué pasa, enano? —le pregunto. Sé que odia que lo llame así y por eso lo hago, me encanta meterme con él, aunque lo quiero con locura.

—Capullo —me insulta, cabreado, por herir su orgullo delante de Nekane. Ella le sonríe sin darle importancia al tema.

—¿Para eso has venido, para insultar a tu hermano mayor? —le pregunto, mientras levanto mi ceja a modo pregunta.

—Me manda mamá, de recadero, como siempre —bufa resignado—, para que te recuerde que el sábado tienes que venir a casa para celebrar el cumple

de Juana.

—Lo sé, es la cuarta vez que me lo recuerda esta semana. ¿Cómo voy a olvidarme? —Cabeceo—. Puedes decirle que lo recuerdo y que me he puesto una alarma a las nueve de la mañana y otra a las once.

Mi madre siempre busca alguna excusa para que estemos en contacto. Lo hace con los tres, pero yo soy un poco más despistado que Ava o Mat, e insiste más a menudo.

Mi gimnasio está a dos calles del BookCafé de mi madre, sí, todavía lo tiene y todavía sigue escribiendo. Ese es su pequeño mundo. Alguna vez he entrado en silencio y al no percatarse de mi visita, la he podido observar desde la puerta y os puedo asegurar que disfruta mucho con lo que hace, como me pasa a mí en estas cuatro paredes.

Me cuesta un buen rato que Mat y su cara de bobo, cuando mira a Nekane, se vaya a casa. Hoy vamos a celebrar el cumpleaños de Marcelo, mi amigo y profesor de *capoeira* y *jiu jitsu brasilero*. Como podéis imaginar, por sus especialidades, es brasileño. Se presentó a las entrevistas cuando abrí el gimnasio y hasta ahora. Cumple veintisiete años, es uno de los mayores del grupo, un gran amigo y mejor persona. Seremos unos quince, entre los amigos, los compañeros del gimnasio, e incluso, se ha apuntado algún alumno.

Después de llegar a casa y darme una ducha para ponerme guapo, cojo mi moto y me dirijo al restaurante donde hemos quedado. Cuando entro, ya está casi todo el mundo. Felicito a Marcelo con un fuerte abrazo y le entrego mi regalo. Sé que le va a encantar, es un reloj deportivo. Es un fanático de los relojes, pero dado que su economía no le da para mucho, a veces, tiene que disfrutar de ellos a distancia. Hoy no va a ser así, se lo merece.

Una vez he soltado a mi amigo, hago un repaso a la gente que hay en la sala del restaurante. Mi mirada se ilumina y tengo la misma cara de bobo que mi hermano hace un rato. Está sentada en la barra, con Nekane y está preciosa como siempre que la veo. Nuestras miradas se encuentran y me deleita con una gran sonrisa. Va a hacer casi un año que volvió de Londres, después de dejarme con el corazón destrozado al decidir que quería marcharse para ampliar conocimientos. Me acerco a ellas y, si algo tengo claro en mi vida, es que siempre fue ella, siempre fue Cloe.

—Hola, chicas —las saludo sin apartar la mirada de ella.

—Hola —me contestan al unísono.

Al final, conseguí el sueño más importante, a la mujer de mi vida. A esa que perseguía y protegía cuando éramos pequeños. A pesar de estar una temporada

separados, siempre supimos que éramos nosotros. El único inconveniente es que, a pesar de llevar juntos, como pareja, ocho meses, hemos sido bastante discretos y nuestras familias no saben nada. Bueno, menos Ava, que un día entró en el despacho del gimnasio sin llamar y nos pilló muy acaramelados. Le pedimos discreción y, otra cosa no, pero si algo saber hacer Ava, es guardar un secreto. De pequeña metió la pata una vez para un cumpleaños de papá y creo que aprendió perfectamente la lección. Nos da miedo la reacción de nuestros padres, ellos son grandes amigos y nosotros nos hemos criado juntos, como hermanos; aunque os puedo asegurar que yo nunca la he visto como tal, de eso estoy muy seguro. Así que parecemos dos adolescentes, ocultando un secreto a nuestros padres. Cada día se me hace más difícil estar cerca de ella y no poder tocarla o besarla como me gustaría.

Me giro en la barra para pedir una cerveza y aprovecho que nadie me puede ver para acariciar el costado de mi chica, que al notar el roce de mis dedos pega un pequeño brinco. Me encanta cuando se pone nerviosa y se muerde el labio inferior. Nekane se disculpa para ir a saludar a alguien y nos quedamos los dos solos en la barra.

—Estás preciosa —le susurro en la oreja y noto como su piel se eriza—. Cuando esto acabe te podrías venir conmigo, a mi piso. Llevo muchos días sin tocarte, sin estar dentro de ti...

—Pol, mañana hay que ir a trabajar. Sabes que necesito mi tiempo para despertar por la mañana y en tu piso no tengo ropa —se excusa.

Cloe es educadora infantil, también está rodeada de niños. Entre los dos podríamos escribir un libro con las anécdotas que tenemos de esos pequeños bichos.

—Joder, Cloe. Estoy un poco cansado de tener que ocultarnos como si hubiéramos hecho algo malo y no poder disfrutar libremente de ti. —Ella vive en el edificio de Juana, así que ir a su piso ni pensarlo.

—Lo sé, cariño. Solo un poco más de paciencia. Necesito que lo entiendan, Pol. No podría con mi conciencia si nuestros padres se enfadan por nuestra relación. Te quiero, lo sabes, pero ¿y si no sale bien?

Bufo. Sé que tiene razón, pero estoy seguro de que va a salir bien. Es la mujer de mi vida, ya lo era cuando tenía seis años. No podemos continuar hablando, ya que se unen a nosotros varios amigos. Pasamos la noche entre charlas y risas. Aprovecho que nos hemos sentado juntos, cosa que no le extraña a nadie, ya que siempre vamos juntos, para acariciar sus manos, piernas e intentar subir por su falda debajo del mantel. Tiene su morbo, pero

de vez en cuando, después de tantos meses ya cansa. Acaba la fiesta, pero no como yo quería; al final, cada uno se va a su casa. Mañana será otro día.

***

Los viernes son más aburridos, no hay clases con los pequeños y los mayores, al estar a las puertas del fin de semana, muchos ya ni vienen. Aprovechamos para practicar entre nosotros o aprender otras artes. Hoy me he decidido por el saco de boxeo, necesito descargar adrenalina, demasiados días sin tener sexo. Así me pilla mi hermana, dándole una gran paliza al saco.

—*Guauuu*, hermanito. Alguien tiene mucha retención de líquido —se burla de mí.

—Qué idiota eres, enana —le contesto casi sin aliento.

—Anda, no la pagues conmigo y, cuando acabes de ducharte, que hueles a mofeta, ve a tu despacho y hazle muchas cosas guarras a la morena que te espera.

Casi no ha acabado la frase que yo ya estoy corriendo hacia la ducha. Oigo sus carcajadas de fondo y no puedo evitar sonreír. Mi hermana Ava es todo un personaje, da por el culo de mil maneras diferentes, pero la quiero con locura y no cambiaría nada de ella. Es una mujer única, el hombre que consiga su corazón no va a aburrirse nunca.

Creo que no han pasado ni tres minutos, cuando entro en mi despacho como una exhalación. Se me ilumina la cara cuando la veo sentada encima de mi mesa con sus mallas y un top de deporte. Cierro la puerta y giro la llave, conozco a mi hermana y es capaz de entrar solo para fastidiar. Cloe me mira y hace un repaso de mi cuerpo, pues llevo el torso al aire y un pantalón corto. ¿Para qué voy a perder el tiempo poniéndome camiseta, si me la voy a sacar otra vez? Cuando nuestras miradas se encuentran y veo como ella se pinza el labio inferior, ya no puedo controlar mi cordura y, en dos pasos, acorto las distancias para estar entre sus piernas.

Nuestros besos son salvajes, ansiosos, demostrando lo mucho que nos echamos de menos. Le saco el top y la estiro sobre la mesa. Me recreo en sus perfectos pechos, los lamo, beso y muerdo. Cloe arquea la espalda para no perder el contacto de mi boca y la oigo gemir. Desciendo por su cuerpo y, mientras bajo, arrastro su pantalón, desnudándola de cintura para abajo. Me separo de su cuerpo para acabar de sacar su pantalón y la observo desde cierta distancia. Es perfecta, joder.

—No pares, por favor —me suplica.

Antes de acercarme de nuevo, me quito los pantalones. Recupero mis besos por su cuerpo, ahora de forma ascendente hasta que vuelvo a sus labios. Con mis manos en su espalda, hago que se incorpore, quedándose sentada en el borde de la mesa. Me rodea el cuello con sus brazos y sus manos se recrean con mi pelo. Sus piernas también me encierran y mi miembro roza su entrepierna. Se oye la música de las salas y nuestros gemidos.

La levanto de la mesa para apoyarla en la pared y la penetro, despacio, disfrutando de lo húmeda que está y de como me acoge en su interior. Cierro los ojos y aprieto la mandíbula para intentar controlarme. Estar dentro de ella y disfrutar de su cuerpo es increíble. Ya sé que es imposible, pero me quedaría así para siempre.

—Joder, nena —gruño, mientras muerdo su cuello.

Acelero el ritmo, no porque tenga prisa por acabar, sino porque no voy a ser capaz de aguantar más. Cuatro, cinco, seis empujones y noto como Cloe tiembla en mis brazos. Dos más me llegan para acabar conmigo. Apoyo mi frente en la suya para intentar recuperar aire y que nuestras respiraciones se tranquilicen.

—Te quiero, nena —le digo, mirando esos ojos marrones que brillan por el placer recibido.

—Yo también te quiero, cariño. —Me besa en los labios, suave, dulce.

Nos separamos y volvemos a la realidad, esa que me prohíbe disfrutarla sin restricción. La miro y decido que voy a coger el toro por los cuernos y hablar con mis padres. No puedo seguir así, la quiero demasiado, lo quiero todo con ella; pasear a su lado cogidos de la mano, poder besarla cuando me apetezca o abrazarla cuando estamos en la piscina del piso de mis padres. Así que la decisión ya está tomada, no soy un cobarde y pienso luchar por Cloe.

***

Hoy es la celebración del cumpleaños de Juana. Ya lo recordaba, pero por si acaso, me han sonado las dos alarmas que me puse por culpa de la insistencia de mi madre. Aun así, hace una hora que me ha llamado por si las moscas. Decido ir andando, ya que solo tengo media hora y así tengo tiempo para pensar en qué les voy a decir; cómo voy a enfocar el tema de mi relación con Cloe.

Entro por la puerta de la calle con mis llaves, subo al ático y llamo a la

puerta. Hace años que no vivo con ellos y aunque tengo claro, que sigue siendo mi casa, me gusta respetar su intimidad. El que abre la puerta es mi padre. Aunque los años pasan para todos, él sigue fantástico para su edad, con alguna cana y más arrugas, pero físicamente, no tiene nada que envidiarme. Supongo que todo ayuda, pero la felicidad y el amor, seguro. Mis padres están igual de enamorados que hace casi veinte años, cuando se conocieron.

—Hola, hijo —saluda, dándome un abrazo—. Llegas a tiempo para acabar de poner la mesa.

—Hola, papá. Mierda, nunca me libro.

—Esa boca, muchacho. ¿Esa es la educación que te han dado tus padres? —me recrimina mi abuelo.

Tengo la gran suerte de poder contar todavía con mis dos abuelos y las abuelas que adopté. El que está un poco más delicado de salud es el abuelo Eduardo que, a sus ochenta y un años, tiene bastantes problemas con la artrosis y hace unos años que tuvo que empezar a moverse en silla de ruedas. Juana lo mima un montón, como todos nosotros y aunque, al principio, le costó mucho asimilar la idea, ahora lo lleva bastante bien.

—Hola, *abu*. Yo también me alegro de verte —le digo, mientras me agacho y le doy un abrazo. Aunque se ha vuelto un poco gruñón, está encantado con las atenciones de todos.

—A ver cuando espabilas, te buscas una novia como Dios manda y traes niños a esta casa. —Siempre que nos vemos, me recrimina lo mismo.

—Si quieres niños te envío alguno de los que tengo yo en el gimnasio. —Cabecea y me deja por imposible—. ¿Dónde están todos?

—Juana y tu madre en la cocina. Ava en la piscina con Mat. Los demás no han llegado todavía —me contesta mi padre.

Voy primero a la cocina, donde encuentro a Juana y a mi madre. Tienen la música puesta y se están riendo de alguna cosa. No me han oído llegar, así que disfruto un poco de ellas, apoyado en el marco de la puerta. Las escucho charlar y gozo de la complicidad que tienen. Mi madre siempre quiso más a Juana que a su propia madre. Yo solo la conocí por fotos, pero me consta que les hizo mucho daño a mis padres. Hace unos ocho o nueve años que informaron a mi madre de que había fallecido en un robo en Costa Rica, donde residía. Parece ser que la alcanzó una bala. Le pasa algo similar con Tammy, también es más su hermana que Jana. Mi tía ha estados varios años saliendo y entrando de diferentes centros de desintoxicación. Es una espinita en el corazón de mi madre y mi abuelo Thomas.

Mi madre se gira para dejar en el mármol un plato y se da cuenta de mi presencia. Sigue siendo una mujer preciosa, no solo por fuera, que también, sino por dentro. Tiene el corazón más grande que jamás he conocido.

—Hola, cariño. No te hemos oído llegar. ¿Cómo estás? —me pregunta, mientras nos acercamos el uno al otro para saludarnos. La abrazo con todas mis ganas. Se separa de mí y me mira fijamente—. ¿Va todo bien?

Como ya he dicho, tiene ese poder de leerme la mirada y, sin que yo haya abierto la boca, sabe que algo me inquieta. Creo que es un poco bruja.

—Va todo bien, mamá. —No quiero comentar nada delante de Juana—. Hola, Juana. Feliz cumpleaños, estás preciosa a tus sesenta años.

—Ay, mi niño, que zalamero eres —me dice, riéndose por haberle quitado años—. Que sepas que son unos dieciocho años más. Por cierto, tú no te estarás tomando polvos de esos raros del gimnasio, ¿verdad? Cada día tienes más músculos.

—No, Juana. Puedes estar tranquila que no tomo nada de eso. Pero hago mucho ejercicio —le respondo, y dejo un beso en su cabeza.

Mi madre sigue mirándome en silencio. A veces, cuando me analiza tan profundamente, me da un poco de miedo. Parece que quiere meterse en mi cerebro para enterarse de mis inquietudes.

—Lo que tienes que hacer es buscarte una chica que te mime.

—Juana, tengo veinticinco años. Creo que todavía tengo tiempo, ¿no crees?

El timbre de la puerta nos corta la conversación y salimos de la cocina para ver quién llega. Mi corazón late deprisa al saber que la voy a ver dentro de poco. Mi madre, al pasar por mi lado, me dice que tenemos una charla pendiente y que no me voy a escabullir.

Cuando llegamos al salón, vemos que los que han llegado son *Oso*, Teresa y Olga. Hace unos cuantos meses que no nos vemos. *Oso* sigue tan loco como recuerdo cuando era niño, pero es un gran tío. Sigue con mi padre en la estación de bomberos. Teresa sigue de enfermera y es la más bonita que hay, aunque ahora, en belleza tiene una pequeña competencia. Para mala suerte de *Oso*, Olga es igual de guapa que su madre. A sus diecisiete años, trae locos a los hombres y, por supuesto, a su padre. Nos saludamos y charlamos un rato, mientras llega el resto de los invitados.

La que falta, como en los últimos años es Paula. Después de sus idas y venidas en su relación con Carlos; hace unos siete años, aceptó una propuesta para ir a África con una ONG. Cuando podemos hablar con ella se la ve contenta. La verdad es que están haciendo una tarea increíble con los niños.

Carlos no ha vuelto a tener una relación sería, que sepamos, desde que Paula se fue. Es un picaflor, disfruta cuando le apetece, pero su corazón se lo llevó ella a África.

—¡Joder, Pol! Cada día estás más fuerte —me dice mi tío Nico, dándome una colleja.

—Sí y también te puedo tumbar en medio segundo como vuelvas a darme una colleja —le recrimino.

No quiero reírme, pero no lo puedo evitar. Mi tío siempre lleva una sonrisa eterna en la cara. Creo que desde que lo conozco, puedo contar con una mano, las veces que lo he visto serio. Sigue siendo un donjuán, aunque ahora ya no canta, sino que tiene una de las productoras más importantes de América. Estuvo casado dos años, pero no salió bien y se divorció. Ahora está con una venezolana impresionante, unos quince años más joven que él. Aunque nos dejó claro que no se volvería a casar nunca más.

—¡*Uuuhhhh*! Pero que fantasma eres —se burla de mí.

Intenta volver a darme otra colleja. Acabamos como siempre, persiguiéndonos por todo el salón y con mi madre cabreada porque dice que somos peor que los niños pequeños. Razón no le falta.

—Pol, acompáñame a la cocina a buscar más cosas —me dice mi madre, después de echarnos la bronca. Su tono no me permite rechistar y tengo claro que toca charla.

Voy detrás de ella mientras mi tío intenta volver a darme algún guantazo. Mi abuelo Thomas me guiña un ojo, conoce a su hija y también sabe que el tono de voz que ha empleado para llamarme es de charla. El abuelo Thomas sigue con su empresa de material deportivo. Él me ayudó a montar mi gimnasio y todos los accesorios que tengo a la venta o para entrenar son de *Kick*. Alison sigue a su lado, ayudándolo en todo. Solo hace falta verlos para saber que se quieren como el primer día.

—¿Me vas a explicar que pasa en esa cabeza? —me pregunta mi madre, dándome un toque en la sien, una vez se ha cerrado la puerta de la cocina—. Y no me digas que nada, que nos conocemos.

—Estoy preocupado por una cosa.

—¿Pretendes que la adivine?

—Claro que no —bufo. No sé cómo explicarle mi inquietud—. Es por una chica.

—¿Y eso es un problema? ¡Ay, hijo, no te entiendo! ¿Está casada o tiene hijos? ¿Es mayor que tú? Sabes que mientras tú seas feliz, nosotros no vamos a

poner obstáculos. Solo tienes que ver a tu tío. —Chasquea la lengua y cabecea como si todavía le costase asimilar la relación de mi tío Nico.

—No está casada ni tiene hijos. Sí, es mayor que yo, pero solo un año. Y yo también creo que es mucha mujer para el tío —le contesto a todas las preguntas que me ha hecho por orden. Y acabamos riendo.

—Cariño, entonces, no entiendo por qué no estás feliz y no nos la presentas —me pide, mientras coge mi cara con sus manos.

—Es que ya la...

No puedo acabar mi frase porque la puerta se abre y el ciclón Tammy entra en la cocina. Esta mujer tiene más energía que todos nosotros juntos.

—¡Ups! Mierda. ¿He interrumpido charla madre-hijo? —Nosotros asentimos y sonreímos. Es imposible enfadarse con ella—. Pues, perdón, pero ya hablaréis más tarde.

—Cielo, ya te he dicho que estaban ocupados. Pero, como siempre, nunca me haces ni puñetero caso —se queja Dani.

—Es que muchas veces solo dices tonterías. ¡Au! —se queja de la cachetada que le ha dado Dani en el culo.

Nos saludamos con besos y abrazos. Ellos guardan un postre que han traído en la nevera y es, entonces, cuando mi cuerpo se tensa y nota su presencia, como siempre. Entra en la cocina y saluda a mi madre con un abrazo. Mi madre me mira por encima de su hombro y mi única reacción es ponerme rojo y los nervios me traicionan. Cloe se gira para saludarme, pero no se acerca a mí. Supongo que nota mi tensión en la mirada.

—Hola, Pol.

—Hola, Cloe. —No me meto con ella como siempre, ni la abrazo como suelo hacer—. Voy a llevar esto al salón.

Cojo un cesto con pan y salgo de la cocina.

—¿Y a este qué le pasa hoy? —Oigo preguntar a Tammy.

—Está muy raro. Es algo de una chica... —le explica mi madre y ya no oigo más.

Dejo el pan en la mesa y salgo a la piscina. Allí me encuentro con mis hermanos, Ava y Mat. También está Olga, la hija de *Oso* y Teresa y Adrián, mi *cuñado*. Me quito la camiseta y me tiro al agua, necesito refrescarme. Hago unos largos y cuando paro, a mi lado está Cloe. Tiene el cuerpo dentro del agua, apoyada en la pared de la piscina.

—¿Se puede saber qué mierda te pasa? —me pregunta mi chica, susurrando.

—Tú sabes perfectamente lo que me pasa.

—¡Jolín, Pol! Habíamos quedado en llevarlo en secreto y tú aceptaste —su tono empieza a subir un poco.

—Sí, joder, acepté. Prefería eso que nada. Pero ahora no tengo suficiente. Nunca tengo suficiente de ti. —Me he puesto delante de ella. Nuestros cuerpos están en tensión, los dos estamos cabreados—. Te quiero y no me avergüenzo de ello. No hacemos nada malo, joder. Y estoy hasta los huevos de esconderme.

—Pol, yo también te quiero. ¿Crees que esto no es difícil para mí? Pero no podemos priorizar nuestra felicidad por encima de nuestras familias.

—¿En serio?

Nos giramos al oír la voz de Tammy. Parece ser que nuestro tono de voz, que empezó como un susurro, se ha elevado y todos nos miran. Como si estuvieran en el cine, viendo una película. Al yo estar delante de Cloe y de espaldas a ellos, ninguno de los dos hemos sido conscientes de la cantidad de público que tenemos. Los dos hemos perdido el color de la cara y debemos de estar pálidos.

—Menos mal. No sé cómo esta juventud tiene tanto aguante. —Oímos decir a mi abuelo Eduardo.

—¿Te estás tirando a mi hermana?

—Adrián, esa boca —le recrimina su madre.

Mi primera reacción es mirar a mi madre, conseguir esa conexión que tenemos y saber cómo se lo ha tomado. Me mira y sonríe. Mi padre se acerca a ella y le da un beso en la cabeza.

—Te lo dije. Me debes veinte euros —le dice a mi madre—. Dani, y tú otros veinte.

¿En serio? Se lo imaginaban e incluso han apostado. Menuda familia. Y yo sufriendo en silencio para que no se lo tomaran a mal.

—¿Qué pasa, que a nadie le sorprende? —pregunta Cloe.

—Hija, lleváis toda la vida juntos —le responde Dani.

—¿Y no os molesta? Es decir, nosotros pensábamos que, al criarnos juntos, nos veíais más como hermanos y nos os gustaría que tuviéramos una relación.

—Esta juventud no se entera de nada —se queja Tammy.

—Chicos, ¿qué cosa nos puede hacer a todos más felices que seáis vosotros felices y encima juntos? —pregunta mi abuelo Thomas.

—Venga, vamos a comer, que estos dos ya han acaparado demasiado nuestra atención. Y, por cierto, a ver si espabiláis y nos hacéis abuelos antes

de que llevemos bastón —nos pide Tammy.

—Hombre, primero se tendrán que casar, digo yo —dice mi abuelo Eduardo, mientras todos se dan la vuelta y empiezan a entrar en el piso.

La verdad es que no me importaría nada casarme con Cloe, nuestros padres no fueron de grandes bodas. Tammy y Dani se casaron por lo civil, después de nacer Adrián, y mis padres hicieron una ceremonia muy íntima tras tener a Mat. A mí no me importa como sea, eso se lo dejo a elección de Cloe. Pero sí que la quiero conmigo el resto de mi vida.

Nos giramos a la vez para quedar uno frente del otro y cuando nuestros ojos se encuentran, nos echamos a reír a carcajadas. Es eso o echarse a llorar por lo ridículo que parece todo. Cuando conseguimos calmar nuestras risas, la rodeo con mis brazos por la cintura, como tantas veces he querido hacer y la beso, demostrándole todo lo que siento por ella.

—Te quiero, nena. Prepárate, porque ahora que todo el mundo lo sabe, no me voy a separar de ti ni un momento.

—Yo también te quiero, cariño. No sabes lo feliz que me hace tenerte pegado a mí como una lapa todo el día.

Nos reímos y volvemos a besarnos.

—Chicos, tampoco es necesario que os toméis al pie de la letra eso de hacerme abuela —nos reclama Tammy.

Sin ganas, nos separamos y nos vamos a compartir la comida con nuestra familia. Porque si hay algo seguro es que somos solo una. Repaso con la mirada la mesa y me doy cuenta de que no puedo ser más afortunado por compartir mi vida con gente tan maravillosa y que me hace tan feliz. Cuando cruzo la mirada con mi madre, sus ojos brillan mientras me sonríe. Me dice «te quiero» con los labios y sé que este es el mundo que ella quería y que ahora también es mi pequeño mundo.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Mi primer agradecimiento es para ti, que si has llegado hasta esta página, es que le has dado una oportunidad a mi primera novela. Deseo, de todo corazón, que hayas disfrutado de la experiencia y te haya gustado.

A mi otra mitad, por ser mi gran apoyo en esta locura. Te quiero como el mar, infinito, gigante.

A mi pequeño grandullón y mi morena, por aguantar mis ausencias.

A Bea, mi hermana y Esteban, mi cuñado. Por hacer el intento de querer leerlo sin tiempo para poder hacerlo. Por los consejos y el apoyo. Mil gracias.

A mis padres, por aguantarme siempre.

A Teresa, mi suegra, por su fortaleza y valentía. Creo que nunca le he dicho cuanto la admiro.

A mi prima Ana, por tomarse la molestia de invertir algo de su tiempo y darme sus consejos.

A Montse, por creer en mí ciegamente y darme ánimos para seguir con la historia.

A Elisa Mayo, agradecer, a esta gran escritora y profesional, todo el aguante y la paciencia que ha tenido con esta novata.

A mi familia y amigos, que en la lejanía y aunque no tengamos mucho contacto, me ayudan a recordar grandes momentos que me inspiran.

Y por último, no puedo dejar de agradecer a esos compañeros con los que compartí once estupendos años de mi vida y, que al igual que a mí, sus vidas se vieron desestabilizadas por los acontecimientos. Me gustaría decirles que sigan adelante como hasta ahora, que arriesguen, que innoven y saquen la parte positiva de los malos momentos, que siempre puede ser una nueva oportunidad. Mi cariño infinito a todos ellos.

SOBRE LA AUTORA

Nací en el Principat d'Andorra, un pequeño país situado entre España y Francia, donde resido y reparto mi vida entre el trabajo y mi familia.

Dedico mis pocos momentos libres a la lectura. Me encanta plasmar las ideas de mi cabeza, meterme en el mundo de mis personajes para que la gente disfrute leyendo.

Me apasiona la literatura romántica y erótica. No puedo vivir sin música y me encantaría viajar a New York, ciudad que me entusiasma.

Si queréis saber más sobre mí, solo tenéis que buscarme en las redes:

Facebook : Sonia Puente Duro

Twitter: @SoniaPuenteDuro

Instagram: @lecturasspd

REFERENCIAS MUSICALES

- *Shape of You* (2017) • ÷ (Deluxe) • Ed Sheeran.
- *Vivir Mi Vida* (2013) • 3.0 • Marc Anthony.
- *Despacito* (2017) • Despacito • Luis Fonsi ft. Daddy Yankee.
- *Dive* (2017) • ÷ (Deluxe) • Ed Sheeran.
- *Y Caíste del Cielo* (2016) • Tras la Máscara • Los Rebujitos.
- *Envuelto en LLamas* (2016) • Tras la Máscara • Los Rebujitos.
- *Corazón Partío* (1997) • Más • Alejandro Sanz.
- *Chantaje* (2016) • El Dorado • Shakira ft. Maluma.
- *Say My Name* (2018) • 7 • David Guetta, Bebe Rexha & J Balvin.
- *Yo Sigo Aquí* (2015) • Sin Colorantes Ni Conservantes • Los Rebujitos.
- *Meu Amor Marinheiro* (2009) • Fado • Carminho.
- *La Estrategia* (2017) • La Estrategia • Cali y el Dandee.
- *Un Milagro* (2018) • Alas • María Parrado ft. Antonio José.
- *Perfect Duet* (2017) • Perfect Duet • Ed Sheeran & Beyonce.
- *I Want to Break Free* (1984) • The Works • Queen.
- *Tu Boca* (2017) • A Un Milímetro de Ti • Antonio José.
- *Sin Ti Me Encuentro Perdido* (2015) • Tras la Máscara • Los Rebujitos.